
3 1761 04944595 0

HISTORIA CRÍTICA

DE LA LITERATURA URUGUAYA

Desde 1810 hasta 1885

CARLOS ROXLO

HISTORIA CRÍTICA

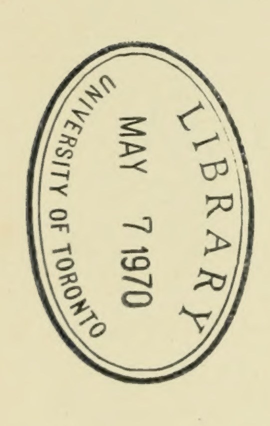
DE LA

LITERATURA URUGUAYA

EL ROMANTICISMO

TOMO II

MONTEVIDEO
A. BARREIRO Y RAMOS, Editor
Librería Nacional
1912



Montevideo. — Talleres A. BARREIRO y RAMOS, Bartolomé Mitre 61

CAPÍTULO VII

Poetas y prosadores

SUMARIO:

I. — *La poesía y la pintura.* — La dicción pictórica de los románticos. — El drama *Espinas de la orfandad.* — Eduardo G. Gordon. — Índole y muestras de sus composiciones líricas. — El teatro de Gordon. — Su drama *Desengaños de la vida.* — Carácter de sus comedias de costumbres. — Examen rápido de *La fe del alma* y *El lujo de la miseria.*

II. — Laurindo Lapuente. — Condiciones de su numen. — Muestras de su estilo poético. — Su tendencia didáctica. — *La sierpe y el cóndor.* — Serenidad y elegancia de la musa de Laurindo Lapuente. — Antonino Lamberti. — El bohemio y el rimador. — El numen de Lamberti es sincero y humano.

III. — La prosa romántica. — Don Andrés Lamas como historiador. — Muestras de su estilo. — La prosa de Juan Carlos Gómez. — Algo sobre la personalidad moral de éste. — Muestras de su dicción. — Lo que don Manuel Herrera, Domingo F. Sarmiento y Wenceslao Escalante dijeron de Gómez. — Reyes y De-María. — Muestras del estilo del último. — Algunos datos biográficos y críticos acerca de don Antonio Díaz.

I

Volvamos á los poetas de la edad romántica. La poesía tiene por objeto dar realidad á las apariencias. Leed la obra que sobre los límites de la pintura y de la poesía escribió Léssing.

Un cuadro poético no es sino una visión pictórica. Cuanto más clara y aguda sea la visión pictórica del poeta, más clara y aguda será la impresión que produzca en nuestro espíritu el cuadro entrevisto por su fantasía, cuyos pinceles están humedecidos en todas las rutiladoras tintas del iris. Protógenes fijó las reglas del arte de la pintura de acuerdo con las reglas del arte de la poesía, ya sólidamente establecidas por el mucho saber de Aristóteles. Simónides ha dicho que la pintura es una poesía callada, y que la poesía es una pintura parlante. Sólo se diferencian en que la esfera de los asuntos de la poesía es mayor, más amplia, mucha más extensa que la esfera de los asuntos apropiados al arte pictórico. En primer lugar, la belleza física de sus héroes y de sus visiones sólo es un accesorio para el poeta. En segundo lugar, el poeta no está obligado á concentrar el cuadro en un solo momento, pues puede seguir el asunto de que se ocupa desde su origen hasta su lógica conclusión. Un poeta, pues, debe caracterizarse por una imaginación pictórica poco común. No hay arte poético sin genio pictórico. Si la serpiente es un emblema de divinidad, y si el genio es un soplo de origen divino, las madres de todos los poetas debieron soñar, durante su preñez, con la visión de una culebra de ojos de rubí, como soñaron con la visita de una serpiente, antes de los dolores del alumbramiento, las madres de Aristodemo, Escipión y Augusto.

La poesía, empleando el pincel y el buril de la palabra, se vale de un medio á cuya excelsitud la pintura no puede alcanzar. La primera tiene á su alcance la línea, el color y el sonido, pudiendo el poeta, con una facilidad que le está vedada al pintor, personificar abstracciones y presentarnos á los seres alegó-

ricos como si fueran seres reales. Como observa Léssing, la púdica nube, que tanta importancia tiene en los poemas de Homero, no sería sino un detalle de poca importancia en los cuadros de Apeles. ¿Por qué? Porque el espectador no sabría, en la obra pictórica, lo que oculta la nube, en tanto que, en la visión poética, se sabe que la nube sirve para velar la lujuria de Venus ó para esconder á Eneas de los enfurecidos ojos de Aquiles.

El ensueño ó la visión poética es un cuadro que no siempre puede pintarse; pero es una pintura en la imaginación del artista, que no sabría traducirla en palabras, si antes no la viese en imágenes. Una palabra es á veces acabada pintura y descripción completa. Así sucede cuando Virgilio dice, hiriendo nuestra imaginación y haciendo soñar á nuestros ojos, *pulcherrima Dido*. En esta palabra están comprendidas la larga cabellera, los ojos dulcísimos, la fresquísima boca, el pecho incitante, las ebúrneas manos, y el ademán que encanta y enamora con su sencillez noble y su grandeza olímpica. Lo vago no excluye lo preciso. ¿Por qué? Porque, al herir nuestra imaginación, Dido será, según sea nuestro concepto de la hermosura, de tez morena y de ojos obscuros, ó de blanco color y de pupilas garzas, sin que, en ninguno de los dos casos, deje de ser *pulcherrima*, es decir, muy hermosa. Encontrar la palabra que pinta, en virtud de su puesto en la cláusula y en virtud de su poder educador, es el oficio y el fin de la poesía, oficio y fin que pocas veces tuvieron en cuenta nuestros románticos. Por ser pobre su dicción poética, fué casi siempre pobre el poder pictórico de las musas de Arrascaeta, de Fajardo, de Acha, y de Fermín Ferreira y Artigas.

También fué pobre la dicción poética de Berro y de Gómez. Por eso Marcelino Menéndez Pelayo ha podido decir con sobra de acritud:

"El malogrado joven don Adolfo Berro, que sigue á Acuña de Figueroa en el orden cronológico de los ingenios del Uruguay, fué, más que un poeta propiamente dicho, la esperanza de un poeta. Muerto á los veintiún años, no se le puede pedir cuenta muy rigurosa de sus versos.

"Algunas de sus poesías, *El esclavo, El mendigo, La Expósita, La ramera*, están inspiradas por la misma tendencia de filantropía cristiana. La forma es romántica, y revela la imitación de Espronceda, pero á la verdad muy poco afortunada. El estilo es endeble, vulgar é incoloro: las ideas simpáticas, pero triviales, y la versificación tan floja y desaliñada, que recuerda la del cubano Milanés, cuando en su segunda época trataba estos mismos asuntos.

"Tuvo más estro lírico y más grandilocuencia Juan Carlos Gómez, aunque no fuese poeta de profesión, sino publicista y hombre político. Pero ni sus enfáticos alejandrinos *A la libertad*, atestados de lugares comunes y de ripios y cascote de la peor especie, ni sus versos de sentimiento romántico son tales, que un colector de buen gusto deba recogerlos, si se exceptúa alguna composición breve como *El cedro y la palma*."

La misma inexperiencia échase de ver en nuestro teatro de aquellos días, que se resiente de los mismos prosaísmos y de los mismos abultamientos.

En 1859 el doctor José Pedro Ramírez dió á la escena un drama, en tres actos y un prólogo, titulado *Espinas de la orfandad*. La fiebre amarilla, cuando el drama empieza, enluta los hogares de Montevideo. Adolfo, galán joven de atrayente físico y altas pren-

das morales, consigue que don Carlos prohije á María, á la que dejó, la terrible dolencia, sin amparo en el mundo. Adolfo refiere que dos policianos querían apartar á María del lecho de sus padres, ya moribundos. Ante su resistencia, Adolfo intervino, condoliéndose de aquella soledad sin consuelo ni apoyo. Cuando María dá el último beso á los que ya no pueden escudarla con sus brazos de sombra, don Carlos la recoge y empieza el drama. El prólogo, lo mejor de la obra y cuyo diálogo está bien sostenido, es una pintura viva y real de los cuadros que el flagelo trazó en Montevideo. Sabido es que, en los cuatro meses que duró la epidemia de 1857, quedó casi desierta la capital, huyendo sus moradores hacia el interior del país afligido y siendo grandes las valerosas abnegaciones de que dieron ejemplo algunos ciudadanos. El prólogo de *Espinas de la orfandad* reproduce el espectáculo que ofrecieron aquellos días crueles, híbrida mezcla de pavores irresistibles y de sentimientos humanitarios. El drama, después, se aparta de la realidad para caer en el género de las novelas á lo Pérez Escrich.

Elina, entenada de don Carlos, adora en Adolfo. Los celos la torturan. Odia á María. Concluye, en su demencia, por calumniarla, afirmando que Adolfo y María han hecho, de la casa de don Carlos, el nido de un amor que condena la sociedad. Doña Carmen, madre de Elina, piensa con el cerebro de la celosa y quiere que la intrusa abandone el domicilio de su protector. De no hacerlo así, don Carlos sabrá los criminales quereres de María y Adolfo. — En el acto siguiente, en el acto segundo, Adolfo, rendido por lo dulce de la gracia y por lo intenso de los pesares de la huérfana, le escribe una carta pidiéndole una entrevista; pero la carta cae en poder de la calumnia-

dora, y Elina consigue que María le jure que rechazará las apasionadas promesas de Adolfo. Adolfo es suyo. Aquella boda fué el primer sueño de su adolescencia. María, por gratitud, debe respetar ese sueño. En su entrevista con Adolfo, María cumple lo prometido; pero ya ganada por el amor ardiente y generoso del apuesto galán. — En el acto último, en el acto tercero, María se halla convalesciente de la enfermedad originada por lo cruel de su sacrificio. Al ver su abnegación, Elina se apiada, pero no doña Carmen, á quien la bondad de la huérfana irrita y enloquece. Doña Carmen, entonces, trata de envenenarla; pero un amigo muy viejo de la casa, el noble Beltrán, la sorprende en el acto de preparar la pócima. Sin que doña Carmen lo eche de ver, Beltrán cambia el vaso en que cayó el veneno por un vaso de agua pura é inofensiva. La más importante de las escenas del acto tercero se desarrolla entre las dos jóvenes. Elina se arrepiente de sus ofensas, y dice á su rival que se una con Adolfo, puesto que Adolfo no comparte el ensueño de su corazón. En la angustia que le ocasiona el renunciar á la esperanza de su juventud, Elina, próxima á desmayarse, vá á beber el agua del vaso que trocó en inofensiva la vigilancia constante de Beltrán. Doña Carmen, que asistía oculta al coloquio de las enamoradas vírgenes, cree que ha envenenado á su hija y da un grito de angustia. Entonces Beltrán se presenta y exige, á cambio de su silencio, que doña Carmen consienta en el enlace de María y Adolfo. Y como es natural doña Carmen consiente sin resistir, besando con delirio los ojos de Elina. Madre, y muy madre, mientras Elina viva, ¿qué le importan á ella María y Adolfo?

Eduardo G. Gordon, nacido en 1838 y muerto en 1879, pertenece también á la escuela romántica. Fué

periodista y publicó, en 1860, un libro rimado, que consta de 217 páginas y que se titula *Hojas del corazón*. En ese libro canta al Uruguay, á Buenos Aires, á la libertad de Italia y á la muerte del coronel Pedro P. Bermúdez, sirviéndose con mucha frecuencia de la octava real, el alejandrino y la octavilla de arte menor. Canta también, en el mismo tomo de versos, al amor, al mendigo, al huérfano, á la primavera, al arroyo y á la pasionaria de floraje incásico, con una variedad de combinaciones rítmicas, aunque infantiles, que no encontramos en la mayor parte de los poetas de aquel entonces.

"Como las sombras de la tarde bello,
Como el beso purísimo del niño,
Como del sol el mágico destello,
Es su cariño.
Dulce es su voz cual mágica armonía,
Cual de la fuente el murmurar sonoro,
Cual la rica y sublime poesía.
¡Cuánto la adoro!
Y si en la tarde, entre las sombras, miro
La fugaz mariposa revolando,
De sus colores la belleza admiro
Siempre pensando.
Y si miro á la flor abrir su broche,
Me figuro á mi bien inmaculada,
Y entre las sombras de la triste noche
Ella es mi amada.
Si el arroyuelo murmurando siento
Discurrir por el césped matizado,
Allí mi bien está y allí su aliento
Aromado.
Ella es mi bien, mi amor y mi esperanza,
Pura como del niño el casto lloro;

En ella están mi mundo y venturanza.
¡Cuánto la adoro!"

En su composición *La primavera* se notan la misma elasticidad verbal y la misma variedad métrica.

"Ven, verás como en murmullo
Caen las aguas del torrente,
Arrastrando en su corriente,
Entre espumas, flores mil.
Ven, contempla entre las ramas
La torcaz hacer su nido,
Oyendo en triste gemido
Correr la brisa sutil.
Todo es bello,
Angel de amores,
Entre flores y verdor,
Y el encanto de la vida
Es, querida,
Nuestro amor."

Y sigue con idéntica espontaneidad sinfónica:

"Ven, y apóyate en mi brazo,
Mujer de amor y ternura,
Gocemos de la ventura
Sin pensar en lo que fué,
Que al deslizar nuestros pasos
Por esta senda de flores,
Tú me dirás tus amores
Y yo versos te diré.
De tu aliento
La ambrosía
Beberé,

Y contento,
Alma mía,
Viviré."

Gordon siguió rimando incesantemente desde 1860 hasta 1878. Era muy músico, buen rimador, un dulce cancionero; pero no se distingue ni por el brillo ni por la altura de las ideas. Su musa lírica, á pesar de los años, conservó el dejo infantil que hace amables sus rimas primeras, aquel dejo vagaroso y suave como un delicado y estivo perfume de flor. Oidle preludiar, sólo preludiar, un himno al trabajo:

"La aurora de la vida
Empieza para el arte,
La unión le hará potente
Del mundo en la extensión;
Sin el trabajo, hermanos,
Que tanta luz reparte,
No habría á la familia
La santa protección.

Agítese el martillo
Que es cetro prepotente,
Con ese va la idea
Que encarna la virtud;
Obreros, al trabajo,
Vuestro taller es templo
Do la honradez se anida
En plácida quietud.

Obreros, al trabajo
Con fe y perseverancia!
Volved á vuestras casas
Cubiertos de sudor;

¿Qué importa la fatiga
Si el alma está contenta,
Si el pan es amasado
Con verdadero amor?

Obreros, al trabajo!
¿Qué importa la fatiga
Si vuestros hijos duermen
Al ruido del taller?
No desmayéis, hermanos,
Que la labor obliga.
¡Obreros al trabajo:
Ya empieza á amanecer!"

Escuchadle, ahora, afirmar que el amor es la ley y el fin de la vida:

"Contempla la tarde de Agosto tranquila:
¿No vé tu pupila
Do quiera primor?
¿No miras el campo de verde esmaltado,
El bosque, la selva y el árbol poblado
De flores preciosas de vario color?

¿No escuchas la alondra trinando en la rama?
¿No miras la gama
Veloce correr?....
¿No escuchas las aguas brotar de la fuente,
Y luego en murmurio rodar mansamente
Rizando la alfombra de grama al caer?

¿No escuchas la dulce, sin par melodía,
La grata armonía
Del aura en la flor?
¿No sientes el trino del ave canora?

Pues ella repite constante, señora,
Con dulces acentos — *la vida es amor!*"

Y sigue diciendo:

"¿No ves la laguna de plata serena,
Rodar en la arena
De agáta y coral?
¿No ves como crece la flor en su orilla,
Y alfombra la presta la verde gramilla,
Serpeando en graciosa columna espiral?....

Si absorto un instante felice te miro,
Al pecho un suspiro
Arranca el dolor;
Y al oir tus palabras, mi labio enmudece,
Y el alma en extásis por tí se enloquece;
Y todo repite: — *la vida es amor!*"

Es imposible juzgar á Gordon, como sería imposible juzgar á los románticos de la época de Gómez, por el conjunto de una de sus poesías ó por el conjunto de su obra versificada. Sólo en ciertos detalles, sólo en algunas de sus estrofas, se conoce que aquellos espíritus eran poetas, poetas que morían sin florecer por culpas de su edad, por carencia de ambiente y por falta de tecnicismo. Si los juzgásemos con arreglo á su labor total ó á la totalidad de cada una de sus composiciones, nuestro juicio sería tan duro como el juicio que vertió sobre ellos el mucho saber de Marcelino Menéndez Pelayo, que sólo se muestra benevolente cuando se ocupa de don Francisco Acuña de Figueroa y de don Bernardo Prudencio Berro.

Gordon tuvo una pasión: el teatro.

El drama, si se atiende á su nombre, es la represen-

tación, visible y dialogada, de nuestra vida externa y pasional. El drama se parece á la epopeya y se vincula al género novelesco por lo grande y por lo absoluto de su objetividad. El drama se distingue de la novela no por el diálogo, puesto que conocemos novelas dialogadas, sino porque la novela nos narra la vida deteniéndose en el análisis de los tipos, en tanto que el drama ejecuta la vida presentándonos la síntesis de los caracteres.

A su vez la poesía dramática y la poesía épica son representativas de hechos humanos, siempre que éstos sean interesantes y verosímiles á los ojos de la musa ó á la luz de la escena. El drama habla y acciona, en tanto que la poesía épica describe y refiere. Los personajes, en la epopeya, dependen de la acción y no la originan, en tanto que en el drama los personajes originan y sostienen la acción, recogiendo el fruto de lo que sembraron con sus delitos ó con sus virtudes. La acción arrastra siempre en pos de sí á los personajes de la epopeya, en tanto que en el drama la acción tiene por base nuestra conducta, nuestro modo de ser, nuestro libre albedrío. El móvil interior de la epopeya es el hecho narrado, en tanto que en el drama la vida espiritual de los personajes es casi siempre el sujeto y el fin de la acción. Schiller decía que el teatro era una escuela de sabiduría práctica y un alto código de justicia social.

Todos los asuntos caben en el drama. El poder activo de la conciencia inspiró á Sófocles los coros de su *Antígona*. La lucha entre el orgullo ofendido y el mandato moral dá vida á las escenas del *Coriolano* de Shakespeare. El egoísmo, llevado hasta la locura, batalla y dialoga en *El Avaro* de Molière. El amor, convertido en demencia, es la musa á la que Goethe debe los ruidosos triunfos de su *Torcuato Tasso*. Los

trastornos orgánicos que produce el remordimiento, forman la trama del *Boris Godounof* de Pouchkine. Los conflictos entre la libertad individual y las leyes que son el sustentáculo de la familia, constituyen el fondo de la *Casa paterna* de Sudermann. Una paradoja sobre el divorcio anima los tres actos de la *Francillón* de Alejandro Dumas. Las violaciones y las matanzas de la guerra civil ennegrecen las páginas patéticas de *El odio* de Sardou. Todo cabe en el drama, menos lo que repugna á nuestra lógica y á nuestra naturaleza.

Gordon, como Schlegel, creía que la acción dramática era el cuadro embellecido, el cuadro poético y aleccionador de la lucha entre nuestros deberes y nuestras pasiones. Afirmaba, como los preceptistas de viejo cuño, que el fin del drama era la belleza ideal, la hermosura sin sombras, el perfume á que se refieren los diálogos platónicos. El drama, que por las decoraciones seduce á los sentidos, por el asunto y por el lenguaje, por los caracteres y los afectos, debe cautivar y enternecer al entendimiento y al corazón. La primera de las producciones escénicas de Gordon fué representada el 11 de Setiembre de 1858 en el teatro de Colón de Buenos Aires. Era un drama en tres actos y en verso, que llevaba por título *Desengaños de la vida.* Es una obra sin arte, llena de complicaciones enmarañadas é inverosímiles, sin ningún toque espiritual y pesadísima por la morosidad de su movimiento escénico. La acción se desarrolla en los últimos días del siglo XVIII. Los dos primeros actos pasan en Madrid. El tercero se desenvuelve en la capital de Francia. El barón de Peñaflor está casado con Elena. Ramón, que es el único hijo de aquel enlace, ignora que el barón ya no ama á su mujer y que idolatra en otra. Si Elena muriese, el barón podría unirse á la

que le seduce, porque personifica sus ambiciosos sueños de fortuna, de juventud y de sensualidad. Una enfermedad del corazón ha marchitado la delicada hermosura de Elena. El barón busca un médico, y trata de sobornarle para que apresure la labor destructora de la enfermedad. El médico resiste á las promesas; pero se asusta ante las amenazas, y fingiéndose cómplice del esposo culpable, narcotiza á la enferma, como fray Lorenzo narcotiza á Julieta en la obra apasionadísima é inmortal de Shakespeare. El barón, que se imagina libre, se casa con aquella que codició en secreto; pero, creyéndose engañado por ésta, mata al que supone autor de su deshonra y de su desventura. Después pide al suicidio un remedio contra el dolor, y un modo de olvidar el ultraje que mancha su nombre; pero Ramón, que cae del cielo como un aereolito, impide que aquel propósito se realice é infunde al barón el deseo de vengarse del médico que obedeció sus criminales órdenes. El doctor se ha refugiado en París. Allí van á buscarle el padre y el hijo; pero Elena detiene la mano de éstos, alzada ya contra el que con un engaño le salvó la vida, y mientras Matilde se refugia de los males del mundo en la quietud de un claustro, Elena vuelve á ser la baronesa de Peñaflor.

Eduardo G. Gordon no sobresale en el drama; pero sobresale en la comedia de costumbres. El estilo de la comedia es siempre familiar, como el desenlace de la comedia es siempre feliz. Los héroes de la comedia son siempre personas comunes, como el objeto de la comedia es siempre la pintura de las faltas y de los vicios de nuestros contemporáneos, sirviéndose unas veces de las situaciones cómicas que engendra el asunto y otras veces de la viva descripción de la modalidad de los personajes. Las comedias de Gordon están calcadas en las

comedias del teatro español del siglo pasado. *La fe del alma* de Gordon se parece, por la versificación y los caracteres, á *La cruz del matrimonio* de Luis de Eguilaz, como *El lujo de la miseria* se parece, por el argumento y el objetivo, á *La levita* de Enrique Gaspar. Gordon tiene la misma pobreza de consonancias que se nota en Eguilaz. Estad seguros, cuando tropecéis en las obras de ambos con las palabras *hombre, padre é hijos,* que los dos las consonantarán con *asombre* ó *nombre, cuadre* ó *madre, fijos* ó *prolijos.* Se dirá que no hay otras que concierten con ellas. Es muy posible; pero, aunque así fuera, el talento consiste en evitar con cuidado su frecuente empleo. También el método romántico y su espíritu de imitación perjudican á Gordon, quitando novedad á sus asuntos y realismo á sus personajes. Y es lástima que Gordon no soltara á tiempo sus muletas y no limara prolijamente sus obras, porque tenía una exposición fácil, un decir fluído y un conocimiento del teatro que ya desearían para sí muchos de los que hoy presumen de iluminados y no pocos de los que hablan con acritud de las obras escénicas versificadas, porque son incapaces de componer una redondilla con gracejo y soltura. Shakespeare, que era Shakespeare, escribió en verso muchas de las escenas de su *Hamlet* y de su *King Lear.* Schiller, sin dejar de ser Schiller, escribió en verso todo su *Don Carlos* y escribió en verso su *Guillermo Tell.* Echegaray, del que muchos se burlan porque no le alcanzan, ha escrito también en esquilianos ritmos la obra maestra del último acto de *Mar sin orillas,* sin que por eso deje de ser suya la prosa insuperable y nunca bien loada de *La Muerte en los labios.*

Gordon no es un creador de tipos épicos ó cómicos. Sus héroes son hombres como los más. Sus mujeres

no son mujeres de excepción, sino mujeres laboriosas y honradas, que entienden la vida como nuestras madres y nuestras abuelas. A cada instante siente uno deseos de decirles, cuando se indignan ó cuando se quejan: — Tiene usted razón. — El talento de Gordon no se ajusta á lo que no es humano; pero su humanidad no es una humanidad sutil y llena de recovecos, embrutecida ó sublimizada por el alcohol ó por el odio á los prejuicios, sino una humanidad que sufre, ama, ambiciona, intriga, se reproduce y muere como la mayoría de los seres humanos. Sus conflictos no son los conflictos, éticos ó sociales, que llenan el teatro de las últimas décadas. Son los conflictos simples, comunes, melancólicos y á veces casi patéticos, pero nunca impuros, á que nos tienen acostumbrados la crónica diaria, la charla social, el decir de las gentes que aun conservan el pudor necesario para no levantar las pesadas cortinas de su alcoba. Nada de adulterios, nada de feminismos, nada de neurosis dantescas, nada de egoístas derechos á la ventura, nada de motines contra la sociedad, y nada de esgrimir el puño contra las nubes, después de declararnos que las nubes son la alfombra del templo de la nada. Un esposo que juega, una mujer que sufre, una joven que ama, un mozo que pelea por llegar á ser algo, ó un rico que se avergüenza de las estrecheces de su familia, porque no sabe que no hay riqueza más preciosa que la virtud, esos son los asuntos de que se ocupa generalmente la musa de Gordon. Se me dirá: — Pero á nosotros no nos divierte nada de eso. — ¿Cómo, caballero y señora mía, ya no les divierten á ustedes *Los soldados de plomo* de Eguilaz ó *Las rosas de Otoño* de Benavente? Cúrense, si es así, porque tienen ustedes estragado el paladar moral. Las comidas picantes ó muy especiadas producen la dis-

pepsia. Están ustedes en serio peligro de apendicitis. Lo sencillo, cuando es bello, es doblemente hermoso, porque no usa de afeites para embelesar y para enternecer. Molière es sencillo y hasta vulgarote. No hay obra de Molière sin una lavativa. Moratín, más pulcro, es sencillo también. *El sí de las niñas,* es una deliciosa nonada, sin dejar de ser una obra maestra. ¿Decís que esto es poco? No es tan poco como parece. Lancemos, para probarlo, una ojeada sobre *La fe del alma* y *El lujo de la miseria.*

Es sencillo, claro, natural y aleccionador el teatro de Gordon. En *La fe del alma* flagela el vicio del juego y ensalza la virtud de la resignación. En *El lujo de la miseria* castiga el orgullo basado en la fortuna y encomia las altiveces de la dignidad que basa sus bríos en la labor honrada. Esto no es complejo, lo que no impide que esto conmueva. Deleita amonestando. Enseña entreteniendo. Sus obras no hacen malo á ninguno y reavivan en todos la noción del deber. El fin de la escena, para la célebre madama de Stael, era emocionar y ennoblecer el espíritu. *La fe del alma* dice al espectador que el padre de familia debe ser probo, paciente la casada, amorosa la joven, apegado al trabajo y fiero en su virtud el mozo sin rentas. *El lujo de la miseria* dice al espectador que no debe sacrificar la paz de los suyos y el honor de su nombre al estúpido gozo de parecer, porque la fortuna es una amante veleidosa y falaz que pronto se hastía y que pronto muda de favoritos. El lujo de los pobres está en su honradez, que no depende de los volteos de la rueda del acaso, porque la honradez, como todas las prendas del alma, forma parte de los bienes del mundo que no están expuestos á los caprichos de la casualidad. Desmontemos, para poner en relieve lo que decimos, el teatro de costumbres de Gordon.

La fe del alma, comedia en tres actos y en verso, se representó el 8 de Agosto de 1866 en el teatro de San Felipe.

Son las diez de la noche.

Eugenia se desconsuela, cansada de esperar á su marido Andrés.

Éste, que ha dejado de amarla, cada día vuelve más ceñudo y más tarde.

La abandonada llora, pero no se queja.

El matrimonio tiene una hija, una joven alegre como un jilguero, una joven que rivaliza con las rosas por la frescura y con las violetas por el candor.

Margarita adivina lo que pasa en su hogar: la esquivez de su padre y el silencioso lloro de la resignada.

Margarita cuenta á ésta última, para distraerla, que estuvo á punto de ser aplastada por los furiosos caballos de un coche. Un hombre la salvó. La madre se inquieta, y le pregunta si ha vuelto á verle.

— Sí, — le responde. — ¿Dónde? insiste la madre; Margarita dice, sonriente y turbada:

"— En mi pecho, madre, aquí
Aquí le he visto después."

El salvador es joven, pero la niña no sabe como se llama. Es amable, es simpático, es valiente, es bello, es generoso y vive en su memoria.

"*Margarita.* — Y desde aquella ocasión
En que os hice ahora el relato,
Yo conservo su retrato....
Eugenia. — ¿En dónde?
Margarita. — ¡En mi corazón!"

Andrés entra. Se irrita viendo trabajar á su esposa. ¿Por qué le esperan? ¿Por qué le espían? ¿Por qué le persiguen con reproches mudos?

"*Andrés.* — Yo reniego de mi mismo
Si esto no acaba en mal hora;
Esto más que amor, señora,
Es para mí un sinapismo."

Andrés tiene un amigo. Este amigo es una mefistofélica tentación. Este amigo le ha hecho conocer los goces del juego. El hogar, antes tranquilo y probo, navega hacia el descrédito y la ruina. Aquel hombre está loco y aquellas mujeres están perdidas.

Margarita, en el acto segundo, trata de que su padre vuelva á ser lo que ha sido. Para ello, pinta un cuadro. Ese cuadro representa

"La vida de un jugador."

Al oir ese título, Andrés se azora y Luis enrojece. Margarita dice:

"*Margarita.* — Ven ustedes á ese hombre
Con ese traje menguado?
Pues bien era un abogado,
Un procurador sin nombre,
A quien el trabajo daba
Un pasar no muy escaso,
Con el que diré, de paso,
Su familia sustentaba.
Y aunque sin nombre tal vez,
Él respetado vivía,
Porque respetar sabía
Su proverbial honradez,

Porque en su casa prolijo
Todo su mundo miraba,
Y su porvenir cifraba
En su mujer y en su hijo.
Pero llegó un día luego
Que á un amigo recibió,
Y ese amigo le llevó
A una carpeta de juego.
Allí el oro rodar vió
De una á otra mano pasando,
Y ese cambio contemplando
El primer doblón jugó!
A él, incauto é inocente,
La fortuna sonreía,
Y á su alrededor veía
La moneda reluciente.
La fortuna es siempre así
Y es más ingrata en el juego;
Dá el almíbar, pero luego
Vuelve la espalda.

Andrés. — (¡Ay de mí!)

Margarita. — La suerte fué desleal,
Siguió jugando y jugando,
Y así la vida pasando
Perdió el último real.
La familia abandonada
En la miseria vivía,
Y la madre se moría
Por el trabajo extenuada,
Al niño, que padecía,
El padre jamás miraba;
La fiebre le devoraba
Y sólo jugar quería.
Él, queriendo continuar
Para saciar su apetito,

Cometió el primer delito
Y robó para jugar.
Andrés. —¡Qué horror!
Margarita. — Si no he concluído.
Luis. — Mas el retrato es ficticio....
Margarita. — No, don Luis, ese es del vicio
El cuadro más verdadero.
Principia por diversión
Y en grados creciendo va.
Andrés. — (¡Mi hija copiándome está!
¡Oh, qué cruel expiación!)
Margarita. — Robó, dije, y al robar,
El honor que le quedaba
Con el robo lo jugaba
Sin poderlo remediar.
Y el hombre que lo arrojó
Al fondo del precipicio,
No horrorizado del vicio
Otro camino le abrió,
Y le condujo cruel
Sin oponer resistencia,
¡Tan grande era la influencia
Que ejercía sobre él!
Él le dijo: — hay que sacar
Oro aun matando al hermano, —
Y el ladrón armó su mano
De un puñal, para matar.
Y así, alejado del bien,
A nada oponerse quiere:
Y entonces le dijo: — ¡Hiere! —
¡Y fué asesino también!"

Andrés conmovido mira á su tentador, que trata de tomar á burla, antes de retirarse, el patético y lúgubre relato de la joven. Segundos más tarde se pre-

senta el mozo que salvó á Margarita. Ricardo es pobre. Su tutor le robó una fortuna, aprovechándose de su juventud y de su inexperiencia. Sabe que Andrés busca un escribiente. Solicita esa plaza y cuenta su historia. El culpable de todos sus infortunios es el bellaco que le robó su herencia.

"Oh! tal vez pudiera ser
Que yo le llegue á encontrar,
Y entonces le he de tomar
Cuenta de su proceder.
Ya el niño es hombre y perdón
No hay por su abuso insolente;
Yo le he de marcar la frente
Con el sello del ladrón."

Su tutor, que era tío de su madre, jugaba y perdía. Eso explica, aunque no disculpe, su cobarde falta. Huyó á Buenos Aires. Se llama Luis Arbués. Andrés Alarcón reconoce á su cómplice, y temeroso de un encuentro entre el despojador y el despojado, se niega á emplear á Ricardo en su estudio. Margarita aparece. Se turba, se sonroja, balbucea y refiere á su padre la heroicidad del joven á quien debe la vida. Andrés, á pesar de su enternecimiento y de su gratitud, quiere evitar á todo trance que se encuentren Ricardo y Luis. En estas andanzas Luis vuelve á entrar en escena; pero habla á la víctima de sus hurtos con tono despreciativo. Han pasado quince años desde que el tutor despojó á su pupilo. El niño se ha hecho hombre. Es otra su mirada, otra su fisonomía, otras sus maneras. Arbués, que no sabe quien es aquel jovenzuelo airado y moralizador, que le mira con odio y que le endosa una incomprensible catilinaria, atribuye

á demencia sus rigideces indignadas y desafiadoras. La escasez produce esos desequilibrios. Y Arbués se ríe. Ricardo le dice, herido por sus burlas:

"Hay tres clases, pienso yo,
De pobres, si se medita:
Hay los pobres de levita
Que usan cadena y reló.
Hay otros pobres que son
Los que muestra la experiencia:
Son los pobres de conciencia,
Los pobres de corazón.
Hay otros que despojó
Su tutor en dos instantes:
¡Estos son los vergonzantes
A que pertenezco yo!"

En el tercer acto, Luis ha pedido la mano de Margarita. Eugenia, que sabe que su hija idolatra en Ricardo, defiende el apasionado querer de su hija. La dicha no hace nido en los hogares donde falta el amor. Andrés, que supone rico é influyente á Luis, pleitea á favor de éste. El dinero es el soberano del mundo. El mundo es un mercado donde todo se compra. Los ricos adquieren, con un montón de oro, la honradez que les falta, la mujer que codician, la gloria con que sueñan. La fortuna es la fuente de la felicidad. Ricardo, enriquecido de pronto por una herencia, enrostra sus maldades á don Luis. El tutor, espantado y confuso, retrocede ante la cólera de su pupilo. Triunfan el amor y la juventud. Andrés abraza á Eugenia, y Ricardo pone un beso en los ojos de Margarita. El telón cae, y el público aplaude.

La segunda comedia de costumbres de Gordon se

titula *El lujo de la miseria*. Estrenóse, el 10 de Agosto de 1876, en el teatro de San Felipe. Está escrita en verso y tiene tres actos. El primero es exclusivamente de exposición. Gordon echó en olvido que la exposición escénica debe ser activa. El autor debe intercalarla con habilidad en el diálogo, ó entretejerla sin que se note con los hechos mismos. Gordon abusa de los parlamentos largos y de las narraciones extensas para darnos á conocer las causas de los incidentes y la situación respectiva de los personajes. Gordon emplea un acto entero para decirnos que Diego y Magdalena fundan la dicha en el trabajo y en la virtud, en tanto que Agustín y María creen que la felicidad nace de la riqueza y de la ostentación. María, esposa del banquero Agustín, es hermana de Magdalena, que se halla casada con un pintor, con el inspirado y generoso Diego. Magdalena vive para sus hijos; éstos son sus joyas; éstos son los rosales y las calandrias de su jardín. María vive para sus trajes, para sus fiestas, para humillar y ser envidiada, dejando que la nodriza y la institutriz hagan de sus hijos lo que mejor les cuadre. Lo primero es ser libre. El cuidado de los niños es una esclavitud. Agustín piensa lo mismo que María, mientras Diego comparte las opiniones y los cuidados de Magdalena.

El estilo del primer acto de la comedia se resiente de la lentitud de la exposición. Es familiar; pero está recargado de máximas y de digresiones. Los personajes no hablan, sino que más bien pronuncian discursos defendiendo su modo de entender la vida. En el segundo acto la acción se vuelve más animada y más interesante. Agustín dá una fiesta para ocultar el derrumbe de su fortuna. Las operaciones bursátiles le han arruinado. ¿Cómo salvar su crédito? ¿Cómo librarse de la bancarrota? Agustín se dice:

"Engañar con la verdad,
Usar deslumbrante lujo,
Y con las gentes de influjo
Tener familiaridad;
Hablar de grandes caudales,
Jamás pararse en los miles,
Tratar de ferrocarriles
Y de inmensos capitales;
Marchando por esa senda
De provecho y de fomento,
Puedo ser en un momento
Hasta ministro de Hacienda."

En medio del baile se presentan Diego y Magdalena. Van vestidos con pulcritud, pero sin las galas que requiere la sociedad reunida en la ostentosa mansión del banquero. ¿Cómo hacerlos entrar en la regia sala deslumbrante de luces y vestida de flores? Desentonarían en aquel oropel. Se les entretiene; se les hace sentir su falta de tino; casi se les insulta. Diego se irrita. La sociedad, dice, es una enorme farsa. Los guantes de cabritilla sólo le sirven para ocultar la suciedad de sus manos.

"Esa es vuestra sociedad,
La que el dinero ha creado,
No la que Dios ha enseñado
De amor y fraternidad!
Yo desprecio la altivez
Con que encubre su falsía,
Ni acato otra jerarquía
Que el trabajo y la honradez.
¿Qué importa la inteligencia
Si se metaliza todo;
Si el siglo es siglo de lodo,
Siglo sin fe ni conciencia?

Ser artista ó escritor!....
¿Qué vale una medianía
Delante la jerarquía
Del *agente* seductor?
La llave maestra, el dinero,
Que en las fraguas se ha forjado
Del altivo potentado,
Dije mal, del usurero;
Del hombre que sin talento,
Con la audacia, solamente,
Piensa, vive, sueña y miente,
Jugando al tanto por ciento!
Dejad pasar al vestiglo!
No, no os pongáis por delante;
Dejad paso al traficante,
Que es el balancín del siglo!
Paso dad al que conquista
Del oro la vil esencia!
Atrás la virtud, la ciencia!
Atrás los sueños de artista!
Entrada al agio fecundo!
Su elocuencia es el dinero,
Y esa es la llave de acero
Que abre las puertas del mundo!"

Justo es decir que, ya en 1330, el desmoralizador papel del dinero era cantado y reconocido por los versos del célebre Archipreste de Hita, con más paciencia y jovialidad que, en 1876, por los versos de Gordon.

María, indignada, arroja de su casa á Magdalena. Ésta le responde:

"Seré otra cosa mañana;
Cuando te llegue á faltar

Lo que el dinero conquista,
En la casa del artista
Encontrarás un hogar.
Todas las que ves allí
Modelo de aristocracia,
Cuando sepan tu desgracia,
Verás como huyen de tí!
Id y en esa sociedad
De mujeres vanidosas,
Preguntad á las esposas,
Por la virtud, la lealtad.
Preguntad en el hogar
Si la madre al hijo cría,
Y os dirán ¡qué tontería!
Hay amas que pueden criar.
Yo no piso ese escalón
Que á tanta desgracia lleva:
La pobreza no es la prueba
De la vil degradación!
Cuántas hay que en la inquietud
De esa miseria salvaje,
Cambian por un rico traje
Su pureza, su virtud;
Y hallan en su insensatez
Al mirar su propio ultraje,
Con girones del ropaje
Pedazos de su honradez."

En el tercer acto se cambian los papeles. Diego, que vende sus cuadros á peso de oro, recoge y paga las deudas del banquero. María, á quien consuela de sus desengaños el generoso cariño de Magdalena, conoce que la dicha no está en las galas, sino en el deber resignado y tranquilo. El hogar es la playa florida y apacible donde plega sus velas el navío del

corazón. Lo más dulce es velar, á la luz de la lámpara, el sueño de los hijos. Y María comprende que la parte mejor es la parte escogida por Magdalena.

II

A la misma escuela y á la misma generación de Heraclio Fajardo y de Fermín Ferreira pertenece Laurindo Lapuente, cuyas cualidades características son las cualidades que caracterizan á casi todos los poetas de aquella edad. Digamos, en justicia, que Laurindo Lapuente es más correcto y menos paradógico, más natural y menos exaltado, lo que no le impide ser tan alto en sus ideas y tan florido en sus imágenes como el más poeta de todos ellos. Por lo común nuestros poetas no buscan, como quería Taine, los caracteres esenciales ó salientes de cada cuadro ó de cada pasión. Una insignificancia, una serie de rasgos inexpresivos, les basta para rimar una oda ó componer un drama. Ignoran que, como dice Schlegel, "la poesía no debe exponer sino lo que es eterno, lo que es bello é interesante siempre y en todas partes." Lapuente ha cantado de un modo más grave y conciso, pero mejor que todos ellos, á la libertad coronada con el gorro frigio de las repúblicas.

"Emanación divina, alma del mundo
Es la sublime y santa libertad,
Que á la faz de los siglos lucha altiva
Por redimir la esclava humanidad.
Su causa es la justicia y el derecho
Que al hombre niega el despotismo hostil;
Su patria, el universo amenazado,
Y su bandera, el sol del porvenir.

Encarnada en el Cristo, hijo del pueblo,
Soportó los tormentos de la cruz,
Para saciar de sangre á los tiranos,
Y elevar sobre el crimen, la virtud.
Dios la inspira, la alienta, la sostiene,
Y le presta el poder del aquilón;
Y le cierra las puertas de la muerte,
Y la abrasa en el Etna de su amor.
El esclavo la busca en la victoria,
El prisionero en ilusión la vé,
Los pueblos la idolatran, los tiranos
Eslabonan cadenas á sus pies.
La razón, la conciencia, el pensamiento,
Cuando en las nieblas del abismo están,
A su influencia divina centellean,
Huye el error y triunfa la verdad.
Y la patria, el hogar y la familia,
La moral, la virtud, la religión,
Resucitan al bien y á la esperanza,
Que donde hay libertad, allí está Dios.
Ella á los hombres convirtió en titanes,
Ella á los pueblos enseñó á sufrir,
Ella á la vida coronó de bienes,
Ella á la muerte desarmó en la lid.
Grecia la vió en los campos de Platea,
Roma también de Bruto en el puñal;
Y los mundos la vieron combatida,
Y los mundos triunfantes la verán.
¡Que el sol del porvenir es su bandera,
Y al universo alumbrará ese sol,
Cuando, en los cuatro vientos, la república
Prodigue al hombre bienestar y amor!"

No es un secreto que todos nuestros románticos sabían, como el coro de *La Orestiada* de Esquilo, "que

la muerte es más dulce que la tiranía", y que todos ellos reconocieron, como el Apolo de *La Orestiada*, que la esclavitud no es eterna y que "hay muchos caminos de recobrar la libertad".

Laurindo Lapuente se distingue también de todos sus coetáneos y antagonistas por la tendencia didáctica de su numen, por su afición á la fábula y el apólogo, que no es otra cosa que el relato brevísimo de una acción alegórica, cuyos personajes acostumbran á ser seres inanimados ó irracionales. Esta acción encierra un principio de moral privada ó política, principio útil é ingeniosamente manifestado. Nacida en Oriente con el Pantchatantra, y cultivada en Grecia por el célebre Esopo, Fedro, que la hace florecer en Roma, la define así:

Nec aliud quid quam per fabellas quœritur
Duan corrigatur ut error mortalium,
Acuatque sese diligens industria.

Las composiciones de Laurindo Lapuente, á que nos referimos, no son verdaderas fábulas. Nuestro poeta no las vió bajo ese infantil y didáctico aspecto, aunque no podía desconocer la poderosa influencia que el apólogo tuvo en la antigüedad, en los tiempos bíblicos de David y en los tiempos republicanos de Menenio Agripa; pero aunque aquellas composiciones no sean verdaderas fábulas, ni por el tono del estilo ni por el modo de la concepción, con el apólogo se confunden por su alcance dogmático las poesías de Lapuente que se titulan *La tempestad y la calma*, *el Trío divino*, y en especial *La sierpe y el cóndor*. Leed esta última.

"En la cumbre del Andes gigantesco
Fundó su trono hermoso
Un cóndor majestuoso.
Con semblante burlesco
Una sierpe traidora le miraba,
Y mientras él absorto contemplaba
El desierto, la luz y el horizonte,
Ella, oculta de un monte
En la enramada umbría,
Imaginaba inquieta,
Con ansiedad impía,
Como clavar al cóndor la saeta.

A fuerza de arrastrarse
La astuta sierpe, consiguió elevarse
A la regia morada
Del cóndor, que en las nubes se cernía;
Y al crimen preparada,
Y lanzando silbidos de alegría,
Esperaba el momento
En el que el rey del viento
Se entregara al reposo,
Para clavarle el dardo venenoso,
Y al que encumbró la suerte,
Darle, traidora, inevitable muerte.

Pero el ave gigante,
Con su mirada altiva y penetrante,
Columbró desde el cielo
Al reptil que serpeaba por el suelo;
Y rauda descendiendo
Como flecha sobre él, le asió violenta,
Y los aires hendiendo
De justicia sedienta,

Se remontó á la altura
Y le lanzó sobre la roca dura.
Era el cóndor, el genio prepotente;
La envidia, la serpiente."

También tiene el carácter didáctico del apólogo, aunque tenga menos de apólogo por el estilo amatorio y lo personal del asunto, la composición que se denomina *La tempestad y la calma.* Oidla:

"Al ronco son del trueno
La tierra se estremece
Y el azul firmamento se obscurece.
Se agita el mar sublime y tempestuoso,
Y del profundo seno
Inflamado, terrible y pavoroso
Vomita hirviente espuma;
Esparce el huracán la espesa bruma;
Huyen sin voz las temblorosas aves;
Crujen las fuertes naves,
Y las olas del mar embravecidas,
Como sierpes heridas,
Impetuosas y altivas se levantan,
Se revuelven, se chocan, se atropellan,
Y en las rocas se estrellan
Dó sus ciegos furores se quebrantan!

Pliega sus raudas alas
El aquilón tonante,
Calma su ardor el trueno altisonante,
Y el cielo ostenta sus divinas galas.
Naturaleza hermosa,
Con tierno afán é irresistible encanto,
Extiende majestuosa
Por el haz de la tierra el regio manto.

Los serenos y plácidos ambientes
De aromas impregnados
Coronan los pensiles; las corrientes
Murmuran sus amores;
El grato són del órgano resuena,
Y el terso espejo de la mar serena
Tanta verdad inspira,
Que el padre de la luz en él se mira.

Así mi dueño amado,
Querub de mis anhelos,
A la paz y al amor arrebatado
Por el poder violento de los celos,
Tempestuoso se agita,
Y su ira y su desdén y su arrogancia
Y el furor que le incita,
Se estrellan en mi fe y en mi constancia;
Pero, al fin, el volcán de sus enojos
Dá el último respiro,
Y en el límpido espejo de sus ojos
Dó se retrata su alma
El nuevo sol de la esperanza miro.
¡Cuánta crueldad en el destino hubiera
Si el hombre no supiera
Que tras la tempestad viene la calma!"

El mismo carácter apologético y sentencioso se observa en la denominada *El llanto de la aurora:*

"La Aurora esplendorosa
Hija del sol ardiente
Y de la tibia luna,
Que con sus dedos de marfil y rosa
Abre al risueño día
Las puertas del Oriente,

De la adversa fortuna
Sufrió también la negra tiranía:
Pues la ciega matrona
Que en voltear la rueda se divierte,
Ni el riesgo nos advierte,
Ni á la belleza ni al amor perdona!

Perseguida la Aurora
Por la diosa inhumana,
De sus hijos lloró la triste muerte;
Y la muerte temprana
De lo que más se adora,
Con lágrimas de afán siempre se llora!
Lloró tanto la Aurora, que el destino
Conmovido formó de su divino
Llanto de perlas que á torrentes mana,
El rocío feliz de la mañana.
Desde entonces la Aurora
Cada perla que llora,
En una flor preciosa convertida
Al instante la ve — que agradecida,
Del céfiro en el ala,
Le envía el ámbar que su seno exhala.
¡Breve placer! — más tarde
El sol que en llamas arde,
Pulveriza las flores en su hoguera
Y corona de abrojos la pradera.
Y vuelve entonces á llorar la Aurora,
Y vuelven á nacer las mismas flores,
Y vuelven á brillar los resplandores
Del ardiente volcán que las devora!

Así la mujer llora
La ingratitud del sér á quien adora,

Y las perlas que ruedan á sus plantas
Se transforman después en otras tantas
Ilusiones de paz y de ternura;
    Pero al fin atesora
    Una falsa ventura,
Que amor le finge quien traidor le jura;
Y volverá á llorar amargamente,
Y nacerá otra llama más ardiente
    Que el corazón le abrase,
Y sus fibras por siempre despedace."

Más tal vez que las anteriores, aunque tenga su mismo carácter filosófico, vale la que se titula *El libro de la verdad.*

"El tiempo es el rey del orbe
Y el gigante de la edad,
Como Dios, es uno y trino,
Como Dios, es inmortal.
En él está la experiencia,
En él el saber está;
La historia del universo
Escrita lleva en la faz.
Los siglos que se atropellan
Y alados vienen y van,
Son los briosos corceles
De su carroza triunfal.
Y comparar con los años
Su infinita eternidad,
Es comparar nuestros días
Con las arenas del mar.
Á su imperio está sujeta
La orgullosa humanidad,
Y á su placer llora ó ríe,

Arde en guerra ó vive en paz.
Él inunda los planetas
De claror ú obscuridad;
Gobierna los elementos,
Rige el ser universal.
Y sentado entre ambos mundos
Sobre eterno pedestal,
Tiene abierto entre sus manos
¡El libro de la verdad!

Navegar por el pasado
Y descender hasta Adán,
Y volver del tiempo en alas
Hasta la presente edad:
Es abismarse en el caos
De la babel infernal,
Que han levantado los siglos
Á impulsos de la maldad.
Pero por más que se niegue
El pensamiento á volar
Por las ruinas del pasado,
El pasado es la verdad.
Y la verdad es la luz
Que nos muestra sin disfraz,
Lo que han sido hasta el presente
El hombre y la humanidad.
Á los rayos de ese sol
Que ilumina el bien y el mal,
Preguntémosle á la historia
Y ella nos responderá.
¿Qué ha hecho el rey de la creación
Desde su origen acá?
"Enseñorearse del mundo,

"Crecer y multiplicar,
"Erigir pueblos y tronos
"De grandeza colosal,
"Encenagarse en los vicios,
"Imbuirse en la maldad,
"Oprimir al inocente,
"Proteger al criminal,
"Encumbrar la tiranía,
"Destruir la libertad,
"Irritar de las pasiones
"El flamígero volcán,
"Existir para el presente,
"Morir para el más allá. —
"¿Y Salomón y su templo?
"¿Y los hijos de Abraham?
"¿Y Aquiles, Héctor y Troya?
"¿Y Alejandro y su ciudad?
"¿Y Grecia, Roma y Cartago?
"¿Y Pompeyo y Anibál?
"Imperios, reyes y esclavos
"¿Qué se hicieron? ¿dónde están?
"Cruzaron por las edades
"Cual nubes de tempestad,
"Preñadas de ardientes rayos
"Y en alas del huracán.
"Y pararon su carrera
"De la muerte en el umbral,
"Disueltas en fatuo fuego
"Y en humo de vanidad."
Así habla al entendimiento
De todo ser racional,
El eco de la experiencia,
¡El libro de la verdad!

El año que triste acaba
Y el que alegre va á empezar,
Son hijos de un mismo padre
Y hermanos de adversidad.
El que muere deja al mundo
Ardiendo en guerra infernal;
La América es un torrente,
Y la Europa es un volcán.
El que nace, trae lo mismo
Que el que ya descansa en paz;
Un *¡muera!* á la tiranía,
Y un *¡viva!* á la libertad....
Nuestro siglo es un portento
De progreso material,
Nos transportan los vapores
Y nos ilumina el gas.
Pero está obscura la ciencia
De nuestra felicidad,
Que es lo que llaman los sabios
La piedra filosofal.
Y en vano la busca el hombre
Con el más constante afán,
Porque mientras sus pasiones
Lo precipiten al mal,
Escrito en letras de fuego,
Leerá el terrible *¡jamás!*
En las páginas eternas
¡Del libro de la verdad!"

En 1867 Laurindo Lapuente publicó, en Buenos Aires, un folleto de 38 páginas bajo el título de *Meteoros*. Como él mismo decía, — "los *Meteoros* son una serie de pensamientos varios y breves como los fenómenos atmosféricos de que toman nombre." — Aun-

que á veces el odio á la iglesia y el rencor político quitan serenidad y gracia á su dicción, en ese folleto se observa también el carácter sentencioso y apologético del numen del autor de *Republicanas*. Usa con arte de la seguidilla, dando á los prosaísmos, casi siempre vulgares de su filosofía, aspectos y resonancias de cantar. Dice:

"Si á los hombres malvados
Quieres vencerlos,
Hiéreles con el arma
De tu desprecio,
Pues no hay ninguna
Que haga heridas más ciertas
Ni más profundas."

Dice también:

"De qué sirven al hombre
Tantos afanes,
Tanta pompa y orgullo,
Tantos caudales,
Si con un soplo
Su vanidad la muerte
Reduce á polvo."

Dice igualmente:

"El amor es fatuo fuego
Que arde en el aire y se apaga,
Si constante no lo anima
El soplo de la esperanza."

Dice por último:

"Nuestro cuerpo es un reloj
Cuya marcha el alma regla,
Nuestra lengua es la campana,
Nuestro corazón la péndola.
La vida marca las horas,
La muerte rompe las cuerdas,
Y es Dios el sublime artífice
De esta máquina perfecta."

El crítico brasileño, Alberto Conrado, — citado por Magariños Cervantes, — dice que la idea es de todo el mundo, consistiendo el problema en vestirla, en perfumarla, en hacer que se convierta en reina y en deidad. Con un poco de arcilla, que recoge en los públicos arenales, Lapuente cincela una copla, una fábula, un himno democrático, algo que nos persuade, nos cautiva ó nos conmueve. Tiene una personalidad propia y un característico modo de decir, cuyo secreto debe buscarse en la sencillez, aunque no se libre de las influencias que pesaron sobre todos los rimadores del tiempo aquel. Su fuerza reside en que nunca logra prescindir por entero de la complexión meditativa y generalizadora de su individualidad.

Laurindo Lapuente escribió también, en 1869, un folleto titulado *La política de Sarmiento*, en el que censuraba la labor gubernamental de Mitre, lo que le valió una jacarandosa crítica de Héctor F. Varela.

Agreguemos, para concluir, que la prosa de Laurindo Lapuente era bella, cortada y vibrante, como lo demuestran los artículos *La inocencia y el crimen*, *La escuela y el Estado*, *La cruz de América*, y *Las siete palabras de Cristo*, que publicó en *El Nacional* de Buenos Aires durante los años de 1862 y 1863.

Yo siento alguna predilección por Laurindo Lapuente. La que menos me agrada de sus composiciones es la que se titula *Perú y Méjico,* porque es la que más me parece que se asemeja á los modos de metrizar del tiempo aquel. Lo continuado de la exasperación romántica, lo ficticio de sus lacrimosos lamentos, el frenesí de que están perennemente poseídas aquellas musas, me abruman enervándome sin conmoverme sino en rarísimas ocasiones, actuando sobre mis nervios como bálsamo tranquilizador la serenidad elegante, bien vestida y casi clásica de Laurindo Lapuente, superior como lírico á los Fajardo, á los Acha y á Ferreira.

Aquellos poetas, que llegan á ser monótonos á fuerza de ser iguales en su modo de sentir y expresar, parecen nacidos más para la poesía épica que para la poesía lírica, cuando no parecen nacidos exclusivamente para el foro, la tribuna y el periodismo. Están mejor en el yambo patriótico, que reproducen hasta el cansancio, que en la cantata sentimental, lo que explica que sobresalga, en el crepúsculo de todos ellos, por el carácter íntimo de sus estrofas, Antonino Lamberti, que ha vivido la mayor parte de su existencia bajo el hospitalario cielo de Buenos Aires. Lamberti escribe mojando su pluma en la sangre de su corazón, lo mismo cuando canta las nostálgicas amarguras del destierro, que cuando canta los locos delirios del amor sensual. Este poeta no es un combatiente político ni un filósofo pesimista. Es un hombre que vive para sí, un hombre privado que nos cuenta su vida con una franca y con una emocionadora sensibilidad. La musa de sus ritmos tiene los ojos verdes, como la musa de Enrique Heine y como la musa de Gustavo Bécquer. Leed, si lo dudáis, *La tocadora de harpa.*

"Todo se estremecía
Al sonido de tu harpa,
Y te aclamé llorando
¡Yo que creía no tener más lágrimas!"

La musa de los sueños de este poeta, una pobre bohemia clorótica y apasionadísima, una flor que esparce sus exquisitos perfumes sobre un fangal, me hace pensar en la dulce y caprichosa Mimí de Murger. Se explica. Aquel poeta esencialmente íntimo, aquel maravilloso sentimental, vivió en el desorden, porque era un incorregible desequilibrado. Muchas veces le sorprendió la aurora escribiendo en el rincón de un café falto de aire y de luz, entre un vaso de cerveza y una copa de ajenjo. Cierto día, un rosario de tiros de revólver asusta á los vecinos de la casa que habita Lamberti. La autoridad entra, y halla al rimador fusilando un cartel en que está impreso el número cuatro. — Anoche le seguí en la ruleta, dice nuestro ingenio, y este pícaro no quiso salir ni una sola vez! — Lamberti tenía un mastín hermosísimo. El mastín estaba amaestrado en el arte de espantar á los acreedores. Cuando uno de ellos llamaba á la puerta del cuarto de Lamberti, el perro gruñía, y si alguno, más atrevido, penetraba en la estancia, el perro le asaltaba furioso y mordedor. — Todos los sábados, cuando vuelvo á mi casa, decía Lamberti, encuentro á mi mastín jadeante de cansancio, pero aún en acecho detrás de la puerta de mi habitación.

Su musa, la bohemia de sus sueños de iluminado, era un ángel caído. El poeta se reprochaba aquella caída, aquel doloroso desplume de alas.

"Desierta la pendiente
Y la hora sola y triste....

¡Ah! ¿por qué te asomaste
A escuchar los rumores del torrente?
¡Perdido allí me viste,
Y por salvarme á mí también caiste!"

Lamberti rima bien, de un modo siempre sincero y humano. Es romántico, pero no platónico, en sus amores, gustando hasta las heces de las heces del cáliz de la vida. Á medida que va envejeciendo, se aferra al placer, pidiendo á la fuente de las sensualidades algunas gotas más del agua del olvido. Tiene, sin tener la sucia grosería de los instintos del poeta galo, las franquezas malsanas de Verlaine.

"Si supieras que espléndida te veo
Al primer rayo de la luz incierta,
En el revuelto lecho, mal cubierta,
No dirías que es hora de partir.
No te vayas, que aun brilla en tu mirada
El fuego que una noche no ha extinguido;
Pálida por las fuerzas que has perdido,
Convidas á gozar hasta morir!
Dame más! hoy me amas! Otra suerte
A robar este amor vendrá mañana!
Llevo en mi frente la vejez temprana;
Otras huellas las mías borrarán!
La dicha que juraste para siempre
La quiero toda entera en un instante:
¡Mira las ondas de tu pecho amante
Como pidiendo mi caricia están!"

Antonino Lamberti es el más romántico, porque es el más personal y el más sincero de nuestros poetas. Es tal vez el más poeta de todos ellos, porque saca naturalmente del fondo de su propio sér la médula y la carne de sus estrofas, los nervios y el jugo san-

guíneo de sus rimas, como la araña saca del fondo de su propio sér la sustancia sutil con que teje la tela que apolicroman los rayos del sol. Su inspiración nos aleja de la poesía civil, de la poesía batalladora, de la poesía en que se plujo la inapagable sed de hermosura moral que padecieron nuestros mayores, aproximándonos á la era en que el dolor ficticio y el tribunado de melenuda frente dejarán de ser virtudes poéticas y méritos patrióticos, para ceder su puesto á la augusta verdad del sentir y á la alada gentileza de la dicción.

Es verdad que Lamberti es más argentino que uruguayo. Vivió siempre lejos de nosotros, no pudiendo sentir, como nosotros, el mal de nuestros rencores y de nuestras nostalgias.

Hizo bien el que dió á los civilizados que, en su deseo de independencia, se desligan de las preocupaciones de la civilización, el nombre de bohemios. Hay una sorprendente similitud entre el espíritu de su musa y el espíritu de aquella raza que ha hecho llorar, con el lloro de los aires zíngaros, las melódicas cuerdas de los violines de Hungría. El alma poética de Lamberti se parece al alma música de Coemak y de Hubay Jeno. Oid como la pluma de Barrenechea os describe la idiosincrasia espiritual de los zíngaros de Budapest:

"Insensible á las microscópicas y viles pasiones de la vida social, el bohemio no siente ambición, ni avaricia, ni envidia, ni vanidad; rechaza y huye del despotismo de toda ley; acepta las consecuencias fatales de una vida sin fin ni resultados; experimenta una repulsión invencible por el trabajo; no conoce la necesidad de ideas abstractas. Sentir es el resumen de toda la ambición de su vida y nada para él puede contrarrestar los placeres de la naturaleza.

"El bohemio ha creído huir así del dolor, atribuyéndolo á la vida social. Se ha engañado. Ha escarnecido todos los sentimientos del hombre civilizado, se ha apartado de todas sus pasiones, pero ha sentido también, como el hombre civilizado, su impotencia ante las condiciones tan precarias de la naturaleza y de la existencia humanas, y en las horas frías del hambre, de la enfermedad, de la lasitud espiritual, el orgullo y la libertad del bohemio se plegaron á un estado de alma que resiste al acero de la maldición y del sarcasmo: fué el dolor."

El dolor es la culebra en el pecho de la bohemía. Murget, Verlaine, Lamberti, Behety, Florencio Sánchez, son unos dolorosos. ¿Qué importa que, en su despreocupación y en su desequilibrio, no lo parezcan? En sus choques con la lógica y la vulgaridad de la vida, la vida los vence, y el que dice vencimiento dice dolor. ¿Aspiráis á adueñaros, contra las conveniencias, del fuego divino de la libertad? ¡Locos! ¡Más que locos! Zeus, vigilante, os entregará al martillo de Iphesto. La rutina, el pudor, el orden, la ley social serán vuestro Cáucaso.

No vaya á creerse que la bohemía es la señal reveladora de Antonino Lamberti. Aquello fué un pecado de la juventud, explicable por lo excesivo del goce de vivir. Aquello fué la válvula de la plétora imaginativa y del tumulto ardoroso de la sangre italiana de su ingenio activísimo. Hoy el mozo romántico, travieso y soñador, es un anciano grave y lleno de virtudes. Lamberti nació en la ciudad de Montevideo el día 10 de Mayo de 1845. Sus padres fueron don Juan Bautista Lamberti, capitán de la legión garibaldina y doña Catalina Cerruti, también italiana y que se distinguió por lo mucho de su hermosura. Al terminarse el sitio de Montevideo, siendo muy niño

aún, la familia del poeta se trasladó á Europa, volviendo á América poco tiempo después y radicándose en Entre Ríos. En 1859, durante la lucha entre el gobierno de Buenos Aires y la Confederación Argentina, Lamberti fué nombrado por el primero guardia marina del vapor *Guardia Nacional,* encontrándose en el combate que aquel año mismo la escuadra sostuvo con las baterías del puerto del Rosario. El 25 de Octubre de 1859, dos días después de la batalla de Cepeda, Lamberti figuró en el recio choque que mantuvieron en las aguas de San Nicolás de los Arroyos la escuadra de la Confederación y la de Buenos Aires, en la que se salvó el resto del ejército vencido en Cepeda y que fué la base del que dos años después debía triunfar en los campos de Pavón, hecho de armas que dió por resultado la unidad de la opulenta y libre República Argentina.

Más tarde Lamberti salió de la escuadra. Fué tres veces rico y tres veces pobre; pero fué, antes que rico y antes que pobre, poeta siempre, tomando la vida por el lado risueño, aunque en sus mocedades dijese otra cosa. Escribió versos, pero muchos versos, de los que se han perdido la mayor parte, y escribió versos únicamente por satisfacer las ansias de su espíritu, la índole de su mentalidad, pues, como él mismo dice, el verso es la más hermosa de las formas encontradas por el hombre para reproducir los sentimientos de su corazón. No cree en la duración de lo que produjo, pues, según su calología, para ser poeta se necesitan condiciones casi sobrehumanas, debiendo reunir, el que aspire á ese título, á un talento poco común y á una sensibilidad hondamente femenina, todas las idealidades de la juventud y todas las exquisiteces del artista inspirado. En el año de 1904 Lamberti volvió á Europa, de donde regresó para conver-

tirse en empleado del gobierno de la provincia de Buenos Aires. Hoy reside en La Plata. Ni envidiado ni envidioso, espera á la muerte, confiando en que el último secreto, el secreto del más allá, estará en armonía con la idea que tenemos de la bondad de Dios.

Entre los versos de Lamberti merecen citarse, de un modo especial, los que se titulan *Amaneciendo*. Dicen así:

"Brisa libre, matutina,
Que te vienes rumorosa
Á esparcir en mi ventana
De los campos el aroma,
Consentida en que te pague
Como siempre con estrofas.

Brisa libre, matutina,
Que apareces con la alondra,
Vagabunda perfumada,
Amiga del que trasnocha,
Dulce beso de los aires
En la frente pensadora.

Tú que hallaste muchas veces,
Aquí mismo, y á estas horas,
Más brillantes que el lucero,
Más hermosos que la aurora,
Los amores del poeta
Prometiéndose la gloria,

Mira la última esperanza
Como al hombre lo abandona,
Los designios de grandeza
Como pronto se evaporan,
La bandera más divina
Pisoteada en la derrota!

(Luego, fija la mirada
En la azul serena bóveda,
Mientras tenues resplandores
Daba al suelo el alba roja,
El amigo de la brisa
Prosiguió diciendo á solas:)

¿Quién te dice, corazón,
Que el día también no adora
Á esa noche fugitiva
De hermosura melancólica,
Siempre envuelta en manto negro
Con estrellas de corona?

Y tú, noche que te alejas
Porque el cielo se colora,
¿No será también el día
La causa de tu congoja?
¿Nadie sabe tu secreto?
La verdad es que tú lloras.

¿No serás una pasión,
Una vida siempre sola,
Y callada en la negrura
Que las penas amontonan?
¿La imposible prometida
De las almas soñadoras?

Blanca estrella del amor,
Vieja estrella siempre hermosa,
Confidente de los tristes
Desvelados que te invocan,
¿En lo grande y lo pequeño
No será la misma historia?

¿Por qué pienso que es el sol
Desventura creadora?
¿Qué son rayos de una lira
Los rayos que se desbordan
Sobre el mundo? ¿Sentimiento
Que fecunda cuanto toca?

¿Quién me dice que no sean,
En su extraña inmensa forma,
Ese día refulgente
Y la noche misteriosa,
Dos amantes perseguidos
Por la suerte que me azota?

Si eso es cierto y no quimera
De la pobre mente loca,
Si en la vida de lo eterno,
Como en ésta transitoria,
El celeste amor del alma
Tiene abismos que lo estorban.

Nada vales, infortunio
Que escondido aquí sollozas,
Comparado con el tiempo,
Con los siglos de zozobras,
De esos dos que no consiguen
Abrazarse y se enamoran.

Quien podría la tristeza
Explicarse de la gloria,
De la llama de los orbes,
Que ya viene temblorosa
Á besar con rayos de oro
El camino de la sombra!

Del poeta de los cielos,
Vencedor de mil antorchas,
Que ya incendia el horizonte
Y las cumbres arrebola,
Escuchando el regocijo
De la tierra y de las ondas!

Del poeta de los cielos,
Vencedor de mil antorchas,
Cuando ve que sólo encuentra
Donde es vida, amor y pompa,
Los desaires de la dicha
Que en los otros eslabona!

Cuando encuentra los diamantes
De tu llanto en las corolas,
En la púrpura y blancura
De jazmines y de rosas,
Cuando ve, noche adorada,
Que te vas porque él asoma!

III

Hablemos ya de la prosa de los románticos.

A la dicción científica y sin muchos afeites de Larrañaga, sigue la dicción batalladora de don José Luis Bustamante, que, en 1849, publica un opúsculo titulado *El bloqueo francés*. El carácter de la obra, que se resiente de las agrias pasiones de aquellos días, reduce su valor y le roba algo de su interés histórico. La prosa se acendra con la aparición de don Andrés Lamas. Ya hemos dicho que éste sobresale especialmente como historiador, siendo sus dotes características la claridad, la concisión, el orden, el interés y lo ilus-

trado del discernimiento. El campo que cultiva es la historia biográfica y particular, extendiéndose sobre un suceso de trascendencia, como el estallido revolucionario de 1810, ó sobre una personalidad de indiscutible influjo, como Catalina de Rusia ó Isabel la Católica. Por lo común, ya trate de la crónica de lo que fué ó ya haga la crónica de los sucesos á que asistió, utiliza el método que los retóricos llaman *ad probandum*, refiriendo los acontecimientos sumariamente, para discurrir con mayor amplitud sobre nuestra cultura, nuestros hombres, nuestras querellas y nuestra organización social, ilustrando lo que afirmaba con documentos y discutiendo el valor de los manuscritos que le sirven de testimonio. Oidle hablar del gobierno de la Defensa.

"Tenía que luchar, en el interior de la ciudad y en el exterior del país, con las intrigas, con la fortuna, con el oro del enemigo.

"Se pasaron días, semanas, meses, sin que el gobierno pudiese contar con tener en el día siguiente las raciones con que debía alimentar al soldado, al herido.

"Esta es la verdad rigurosa, sin exageración alguna; y esta verdad que explica las requisiciones, las exacciones violentas, las ventas por vil precio de las rentas futuras, de las propiedades públicas, de la misma Casa de Gobierno y hasta de las plazas de la ciudad, atestigua uno de los mayores prodigios y glorias de la defensa de Montevideo.

"El abajo firmado confiesa esa verdad con orgullo.

"Había patriotismo en esas ventas; muchas veces lo había en esas compras.

"Patriotismo, mucho patriotismo, mucha abnegación había en los miembros del Gobierno que escribían con mano firme su nombre en esas órdenes exacto-

ras, en esos contratos que transferían á los particulares las rentas y propiedades públicas, estando cercados por tierra y por mar por las armas de un enemigo implacable; rodeados de conspiraciones enemigas, del desaliento, del tedio, de la desesperación de los propios amigos; y sabiendo que esos actos serían juzgados algún día en circunstancias normales y por las reglas de los tiempos ordinarios.

"Sería necesario que los que así juzgan, pudieran, y no pueden, transportarse á aquellos momentos de sublime peligro, de sublime angustia, en que de un puñado de pesos y de algunas libras de pan dependía la salvación de Montevideo y de la República, la cabeza y la honra de las familias de los que tuvieron la gloria de vivir y de luchar entonces dentro de aquellos sagrados muros."

Dice después:

"Don Joaquín Suárez principió el sacrificio de su fortuna personal en el día mismo en que fué necesario recurrir al de los ciudadanos. Como después fué visto, la defensa devoró toda su crecida fortuna.

"En ese sacrificio le acompañaron sus ministros, don Santiago Vázquez y don Francisco Joaquín Muñoz, los dos patriotas acrisolados, veteranos de la independencia y de la libertad del Río de la Plata.

"Ofreciéndosenos la ocasión de adquirir pólvora, que nos faltaba absolutamente, no pudiendo completar la cantidad necesaria en el momento preciso, pues se trataba de un buque que estaba en la boca del puerto y que en horas seguiría viaje para Buenos Aires si no se cerraba el negocio dinero en mano, don Francisco Joaquín Muñoz malbarató un terreno que tenía en las orillas del puerto y llevó el dinero á la casa de Zimmermann, que era donde debía depositarse. En aquellos mismos días era escaso el pan en la casa de

la familia de Muñoz, ilustre en los anales de la defensa.

"Otro día, en que tratábamos en acuerdo de la documentación de todo lo que se había tomado para la defensa, el ministro Vázquez, dirigiéndose á Suárez, le dijo: "Señor Presidente, usted ha dado mucho sin tomar recibo: es preciso que mande hacer la cuenta y se le documente, como es justo." — ¡Eh! — contestó Suárez, con su natural sencillez, — yo no le llevo cuentas á mi madre.

"Estos eran los próceres de la Defensa: ese era don Joaquín Suárez."

Algunas veces trabajó á toda prisa, y sin someter á concienzudo examen las pruebas en que basaba sus conclusiones. Así, en la correspondencia sostenida entre don Bartolomé Mitre y don Diego Barros Arana, se anotan las deficiencias en que cayó su pluma al prologar la vida y los escritos del padre Lozano. Sin embargo, aun en esa misma correspondencia, se reconocen los buenos servicios que prestó su talento á la historia de América.

Hasta en la crítica literaria, el historiador se sobrepone al retórico. Ved como estudia las relaciones entre la revolución y la literatura:

"La revolución nos había colocado sobre un plano inclinado, y el impulso fué tan vigoroso, que pasamos, de un salto, en política, de Saavedra á Rousseau; en filosofía, del enmarañado laberinto de la teología escolástica al materialismo de Destut de Tracy; de las religiosas meditaciones de Fray Luis de Granada á los arranques ateos y al análisis enciclopédico de Voltaire y de Holbach.

"Ya no fué entonces, cuestión política solamente: entraron en choque violentísimo todos los elementos sociales, y como la fuerza material es impotente para

suprimir hábitos y creencias tradicionales, cumplió la revolución política en Ayacucho, dejando la social en su aurora. — Los sangrientos crepúsculos de la guerra civil son una consecuencia lógica de estos antecedentes.

"La literatura debió someterse á la influencia que se enseñoreaba del campo de las ideas; pero la musa francesa que había asistido á las saturnales de aquella revolución portentosa, que vestía el gorro frígido, y evocaba las sombras de Maratón y Salamina, cuando la Europa entera se desplomaba sobre ella, no podía traernos sino las formas del genio griego que la esclavizaba. — La poética de Aristóteles era su decálogo. — Esta innovación era de poca monta. Desheredada la raza austriaca del trono de España, por la muerte del imbécil Carlos II, y sentado en él un nieto de Luis XIV, los pirineos abatieron sus frentes altaneras, y el ingenio español, pervertido por el culteranismo en el siglo XVII, vino á postrarse ante la influencia gálica, que este es el hecho que representan Luzán y los otros llamados restauradores de la poesía castellana en el siglo XVIII. — Se solidaron, pues, entre nosotros las formas aristotélicas decoradas por Boileau y algún otro de sus continuadores; y encerrando á nuestros ingenios en estrechos carriles, detuvieron el vuelo, que, tal vez, habría desplegado el genio americano, en el momento en que hundiéndose el edificio colonial, brillaba entre sus ruinas la espada popular y tremolaba en las crestas de los Andes la enseña de la libertad de un mundo. Grandioso espectáculo, á que servía de teatro una naturaleza desconocida: desiertos sin horizonte, montañas que tocan á las nubes, llanuras que se doblan como las olas del mar, iluminadas por un cielo que vaciaba sus colores en nuestras banderas."

Dice, después, historiando la aparición del romanticismo en las dos orillas del Plata:

"Muy temprano apareció en las orillas del Plata el espíritu innovador; cuando recién acababa Víctor Hugo de dar á la escena su primer drama — *Hernani* — ya publicaba don Esteban Echeverría sus *Consuelos*. El momento era oportuno. La guerra de la independencia había terminado; y despojadas nuestras liras de la pasión guerrera que las ennoblecía y nacionalizaba, necesitaban armonizar su entonación con el estado de nuestro pueblo, que apuraba el cáliz de la desgracia y estaba menesteroso de doctrina y de verdad.

"El libro del señor Echeverría abrió una nueva época; es el punto en que se separa de nosotros el arte antiguo, para dar plaza al arte de nuestro día: se esconde de nuestra vista la poesía pueril, mero objeto de pasatiempo y solaz, abdican su imperio las sensuales deidades del paganismo, y raya en el horizonte un brillante crepúsculo de esa poesía, instrumento de mejora social, poesía de verdad, de sentimiento, que se alza á la contemplación de elevadísimos objetos. Pero era un crepúsculo, nada más: no tienen los *Consuelos* todas las condiciones que debe reunir el arte nuevo. Bien lo conoció el clarísimo ingenio de su autor, según se ve de una de las notas de su libro, y lo expresó, mejor que pudiéramos hacerlo, un literato argentino de merecida y envidiable reputación.

"Á los *Consuelos* siguieron las *Rimas* del mismo autor, vistiendo las galas, que con mano tan liberal, brinda al artista nuestra naturaleza física. Este es el mérito sobresaliente de esta obra. El señor Echeverría parece que se había inspirado con esas misteriosas armonías que producen los árboles del desierto, sa-

cudidos por el viento de la Pampa; y sus *Rimas* tienen el colorido local que es una de las condiciones que ha de asumir la poesía americana. El género descriptivo debe adquirir en América una existencia llena de energía y novedad, si lo realza y anima el pensamiento social, la idea civilizadora, que debemos pedir á todas las obras del talento.

"Nuestras necesidades de pueblo joven nos alejan no sólo del fatalismo clásico, sino también de la desesperación romántica. La misión social de la poesía debe armonizarse con el modo de ser de cada nacionalidad, como cada zona de la tierra produce sus aves, sus flores y sus frutos.

"La literatura francesa, que nos es tan familiar, cuenta por órganos ingenios de primera clase, y tiene muchos puntos de atracción para los espíritus jóvenes, para las imaginaciones ardientes, que debe cautivar, desde luego, por la altura y novedad de su entonación, por la bizarra desenvoltura de sus formas; corresponde, en general, á la situación que hemos indicado, y ofrece visibles riesgos, que encontramos un gran mérito en salvar.

"Porque en efecto; Hugo, Dumas, Balzac, Jorge Sand, Federico Soulié, el mismo Lamartine, después de la publicación de *Jocelyn* y la *Chute d'un Ange* — esa literatura escéptica y descreída que cuestiona ó vacila cuando se le pregunta por Dios, por sus altares, por las leyes que rigen al hombre y al universo, ó contesta con el Hamlet de Shakespeare — *palabras! palabras! nada más que palabras!* — ¿tiene un solo eco que responda á nuestras necesidades? — Si la hacemos caer en el corazón de nuestro pueblo, ¿qué podrá inducir sino trastornos, qué habrá de engendrar sino catástrofes? — Nosotros creemos que es preciso huir tanto de la literatura atea, como de la literatura

pagana; de la desesperación de Byron, como de la inapelable fatalidad de Sófocles."

Don Andrés Lamas poseía todas y cada una de las condiciones que necesita el historiador. La historia, que no es sino la narración de los hechos que han sucedido en los tiempos anteriores á nuestro tiempo, tiene á la verdad por carácter esencialísimo, debiendo mostrársenos clara, concreta, ordenada, digna é interesante. El historiador debe conocer á maravilla los hechos que relata, utilizando convenientemente sus conocimientos geográficos y arqueológicos, cuando el caso lo exige, sino también las costumbres, las leyes y las ideas dominantes en el período de que se ocupa. No le es lícito añadir circunstancias ficticias á las verdaderas, ni alterar el carácter ó el interés de un hecho, ni dejarse guiar por el espíritu de sistema ó de bandería. Libre y probo, fiel é imparcial, superior á los dictados de la ambición y de la gratitud, debe alabar el bien y censurar el vicio sin preocuparse de los lazos que le unen á la secta que elogia ó el grupo que censura. No debe ser, con menoscabo de la verdad, ni panegirista ni detractor, siendo el primero y el más alto de sus fines la exactitud en las narraciones y en los comentarios con que las acompaña.

Lamas, consecuente con su propia vida, es implacable con Rosas y con Rivera; pero, á pesar de todo, procura ser fiel y abundoso en razones. Esto es imprescindible cuando se quiere perpetuar lo que fué. ¿Qué importa que la versión de un hecho sea la más dramática, sino es la más probable? ¿Qué importa que se describa y cuente con elegancia, si las miras á que obedecemos, de un modo deliberado, son la preferencia injusta y el interés innoble? El historiador debe, además, distinguir y escoger los hechos para

limitarse tan sólo á los dignos de ser narrados, siendo dotes fundamentales del historiador la sagacidad política y la paciente observación de los caracteres. Estas dotes las tuvo, como pocos, don Andrés Lamas.

La historia exige, por añadidura, unidad de plan, partes encadenadas, sucesión cronológica, pormenores exactos, semblanzas parecidas, interés sostenido y una elocución rápida, simple, pintoresca, majestuosa y noble. La historia crítica, la historia *ad probandum*, la historia que ilustra los documentos y discute el valor de los mismos y que se place en deducir lecciones útiles al futuro, era la especie histórica preferida por el saber probado de don Andrés Lamas.

El estilo de Juan Carlos Gómez es más brillante, más tribunicio, más paradógico y más personal. Oidle en su elogio de Rivadavia:

"Me imagino á Rivadavia sentado en un peñón de la ribera de la metrópoli, amparado por los enemigos de su patria del furor de sus conciudadanos, viendo agitarse, tan amargas como su pensamiento, tan violentas como las pasiones de sus verdugos, las olas del Océano, que ponía entre él y su patria una barrera de mil leguas. ¿Quién no hubiera desesperado del porvenir en una situación como la suya? ¿Quién no se hubiera dicho, como Pitágoras, — todo está perdido en un pueblo que persigue á sus hombres virtuosos y que levanta altares á los malvados? ¿Quién no hubiera exclamado, como Byron, — no hay esperanza para las naciones, cuando los buenos ciudadanos tienen que buscar entre sus enemigos un refugio contra la persecusión de sus compatriotas?

"Rivadavia, sin embargo, no desmayó jamás. La superioridad de su carácter y de su inteligencia estaban arriba de las adversidades y de las miserias de la vida, como el sol está arriba de las nubes que lo in-

terceptan por momentos á las débiles miradas del hombre."

Y Gómez añade:

"El pueblo no ha tardado en darle razón, derribando esos ídolos de barro que profanaban la religión de la patria.

"El pueblo no ha tardado en darle razón, levantando estatuas á la libertad.

"El pueblo no ha tardado en darle razón, pidiendo á voces los restos mortales de Rivadavia, para que sean testigos de la condenación solemne que quiere hacer de las abyecciones que lo vejaron, y de la consagración espléndida que tiene prisa en hacer á las virtudes que lo dignificaron. ¡Qué lección para los que dudan, para los que se abaten, para los que se degradan!"

Y Gómez concluye:

"Contra tres cosas es impotente la rabia de los hombres: contra Dios, contra la virtud y contra el genio.

"Las injurias, los denuestos, las calumnias, se han disipado como el humo á la luz radiante de la virtud y el genio.

"La virtud y el genio destinaban á Rivadavia una sola gloria. La rabia de sus enemigos le ha conquistado otra: — la del martirio.

"Ellos se ven hoy envueltos en las nubes que amontonaron sobre su cabeza, — y el nombre de Rivadavia, para lección y ejemplo, ha quedado puro, brillando, como el sol, en el cielo azul y diáfano de la libertad del pueblo."

En todos sus párrafos, como en todas sus rimas, se echa de ver el orgullo ofendido. El fuego, siempre en ebullición, de su enorme amor propio, caldea la prosa de Juan Carlos Gómez. Oidle inaugurar sus clases de derecho:

"En la actualidad de la civilización, el derecho parece haber conquistado su puesto, y crecido en proporción de lo que se imagina empequeñecida la fuerza: los pueblos se rigen hoy por constituciones populares.

"Sus relaciones privadas están determinadas por Códigos largamente estudiados en que se han incluído las más adelantadas ideas y los resultados de la experiencia. Ninguna usurpación, ninguna rebelión, por injusta y por inicua que fuese, se atrevería hoy á levantarse en nombre de un interés ó en nombre de una personalidad.

"Todos despliegan la bandera del derecho. Es en nombre del derecho que se usurpa, en nombre del derecho que se oprime.

"En las relaciones privadas, las perfidias del fraude, las arterias del dolo, los abusos de oposición se amparan en las doctrinas del derecho; todos invocan el derecho y la justicia.

"Parece, pues, que los pueblos como los cardenales de Roma, pueden decir hoy: *Papam habemus!* — Tenemos el árbitro infalible, y el paladion invulnerable: nadie puede conducirnos hoy á su antojo á la desgracia y al dolor. Hay el derecho que nos salva, que nos escuda, tenemos el regulador supremo, que un pueblo ha sabido convertir en un lema soberbio: "Dios y mi derecho."

"Parece, pues, una realidad el derecho que todos proclaman y que todos enaltecen. Sin embargo, nada es menos cierto, lo que hacía decir á uno de los más ilustres de nuestros contemporáneos, el doctor López: "el mal de nuestra época es la mentira!"

Las decepciones de su vida, por una parte, y el pesimismo romántico, por otra, explican ese estilo espléndido, poco común, pero siempre quejumbroso y personalísimo. Su orgullo exacerbado no era la va-

nidad común, la soberbia vulgar y risible. Era el instinto del rango, el sentimiento de la jerarquía. El león sabe siempre que es león. El águila conoce que es águila. Eso explica su orgullo consciente y hermoso.

Don Manuel Herrera escribió, refiriéndose al modo como Juan Carlos Gómez hablaba de los hombres y de nuestro país:

"— Un crítico francés juzgando á M. Michelet como historiador, decía: "Es el capricho encarnado en la ciencia; cuanto más avanza más se singulariza. Generalmente, la edad apacigua los talentos y los disciplina. Aquí el proceso se opera en sentido contrario.

"Él va constantemente de lo general á lo particular, del sentido común al sentido individual, llamando todo á sí, aumentando siempre sus esfuerzos, por obligar y hacer ceder la historia á su voluntad, por ajustarla á su medida y reducir el género á las proporciones de su persona.

"Á Michelet le son necesarios la lejanía de la historia, las leyendas vagas, los recuerdos apagados. Es ahí que su potencia adivinadora, todo lo rehace y reconstruye."

"Cuando yo leía eso, decía, ¿no hay en ese cuadro, tan recargado de sombras y de exageraciones, respecto al renombrado historiador, *algo* del doctor Gómez?....

"En la historia contemporánea de nuestros días, usted se pierde casi siempre en las aventuras de sus apreciaciones personales, interesadas por lo general en hacer prevalecer una idea, una opinión de usted, que cuadra y sujeta su claro y lúcido juicio. — "

La crítica es exacta. Juan Carlos Gómez se parecía á uno de los héroes de Felipe Trigo. En sus inapagables ansias de ideal y en sus tremendas amarguras de no poder conseguirlo, falseaba inconscientemente los hombres y los sucesos, cegado por sus amarguras

y por sus ansias. Pero digamos en elogio suyo que tuvo la dolorosa entereza de no prostituirse y de no venderse. Esto siempre será adorable en un país como nuestro país, donde casi todos los hijos del numen se desviven por triunfar á la sombra del favor oficial, recordando á los copleros y á los juglares de los castillos de la Edad Media.

La probidad, romántica y caballeresca, de Juan Carlos Gómez fué, siempre y por todos, reconocida. Había en aquel hombre idólatra de Lamartine, el sentimentalismo morboso de Camilo y la impecabilidad política de Saint Just. La rectitud tejió como una aureola en torno del poeta, — como una aureola de las que circundan, en los misales góticos, la estática cabeza de los santos. Sarmiento dijo sobre su sepulcro: "Gómez muerto en la pobreza ha despertado, en ambas márgenes del Río, la memoria de la elevación caballeresca de sus sentimientos, de sus sacrificios sin ostentación, de su no enriquecerse, como se lo decía á uno de sus amigos la víspera de morir, cuando le era tan fácil hacerlo."

Y Sarmiento agregaba:

"¡Bella condición del espíritu humano que hace perdonar tantos errores y flaquezas á los pueblos! El culto á la virtud, al desinterés, al patriotismo, es más ferviente á medida que más escasean en la práctica; y cuando en torno de la modesta tumba de Juan Carlos Gómez, el desvalido, el amigo pobre, alejado del gobierno y aun de la prensa, vemos reunida la juventud de dos naciones, los representantes de sus letras, de sus diarios, de su pensamiento, y aun de su manera de sentir, debemos congratularnos recíprocamente los de ésta y los de la otra orilla del Río, de tener parte en esta manifestación de la opinión pública, que honra así la virtud en el que muere, para

que la generación presente no crea que el silencio es el asentimiento, cuando los buenos enmudecen ante el ejemplo triunfante del mal."

Gómez desempeñó durante breve espacio, en la universidad de Buenos Aires, la cátedra de Filosofía del Derecho. El doctor Escalante, que le sustituyó en Mayo de 1884, dijo á propósito de su enseñanza:

"Estaba en su puesto, aquí, en esta cátedra, el eminente talento del doctor Juan Carlos Gómez, fecundado por un alma calurosa, en la que se mantenía siempre vivo y encendido el amor sagrado de los más levantados sentimientos de la moral y del patriotismo. Detrás de su palabra, cuyo eco melancólico resuena aún en este recinto, apercibíase una vida pública austera, que no había esquivado á los sacrificios de la lucha ardiente en todos los terrenos de la actividad intelectual puesta al servicio de la patria.

"Todos los prestigios, pues, del talento, la virtud, la ciencia y la experiencia, habían colocado este puesto en una altura considerable, desde donde descendía, entre las galas de un bellísimo estilo, la idea trascendente de la moral, elevando y levantando al derecho, y protestando contra el espectáculo lastimoso del egoísmo frío y del utilitarismo grosero, que ofrece á veces la vida interna y externa de las naciones."

¡Lástima grande que aquel austero y aquel poeta desconociese que éramos libres por obra y gracia de nuestra bravura lacedemonia! ¡Lástima grande que aquel austero y aquel poeta se placiese en decir que la fuerza y el fraude nos impusieron la carga gloriosísima de la nacionalidad! ¡Lástima grande que aquel austero y aquel poeta, que nos decía independientes por favor brasileño, echara en olvido que mal pudo halagar nuestra soberanía á unos reyes que hicieron, para estrangularla, correr olas de incendio y ríos de

sangre desde 1816 hasta 1828! ¡Fuimos libres por acto propio y por voluntad propia, á pesar de todos los que querían hacer de nuestros límites, olas ó marcos, los límites de su tierra natal, demostrando que no supo ver en las entrañas de lo porvenir, á pesar de que tenía las pupilas llenas de sueños, el anexionismo ferviente y doloroso de Juan Carlos Gómez!

Para darnos cuenta de todas las galas de aquella dicción candente y embelesadora de que habló Escalante, escuchemos algo de lo que Gómez nos dice en su estudio sobre el *Celiar* de don Alejandro Magariños Cervantes:

"Nosotros renegamos del poeta que nos desconoce. Entone sus cantos en las alegrías de las tertulias: acompáñelos de los aires del piano: brille un momento entre las frivolidades de la tierra. Pero uno vendrá que nos diga palabras religiosas de esperanza, los votos callados de los corazones, las ilusiones de los buenos, que nos recuerde con amor los campos, los arroyos, los galopes en las cuchillas y nuestros compañeros de los días de sinceridad. Uno que nos muestre á los jóvenes de hoy, en esta tremenda época de preparación, alistados bajo todas las banderas, eligiéndonos armas, estudiando nuestros campos de batalla; sufriendo las privaciones y los peligros del soldado con la gloria de la patria por ensueño; mendigos en el hogar opulento del extranjero de pan y de ciencia con el pensamiento en el rancho de totoras del gaucho; esclavos en los bufetes del comercio calculando la prosperidad del país. Ese será nuestro, porque tendrá un suspiro para orear esas charcas de sangre en que nos revolvemos fatigados, y una maldición valiente y poderosa sobre todo lo que es malo; porque no se encerrará en sí mismo como la sensitiva al roce del infortunio á llorarnos sus desilusiones de niño,

ni nos repetirá impensadamente el rugido feroz que lo circunda; porque sabrá ver en esos girones arrancados á nuestra bandera los colores de la Independencia, y al través del polvo de las guerrillas la majestuosa imagen de la patria.

"Sí, ese será nuestro, y lo bendeciremos cuando un soplo del pampero arranque del cielo el luto de las nubes, y la creciente de las aguas arrastre al Océano la sucia púrpura de nuestros ríos. Allí donde no ha permitido Dios que pueda permanecer huella ninguna, iremos á respirar en las auras de la mañana y á beber en la linfa de las emociones santas los secretos de la vida y de lo eterno; arrancaremos de las flores que cubran el suelo las más bellas para la guirnalda del poeta, y no lo dejaremos encadaverecer en las irritaciones del ánimo ni en la soledad del corazón. En vez de envenenarnos en el desdeñoso hastío de un alma de veinte años, lloraremos las secretas congojas de la vida humana ó nos embelesaremos en la intuición de la dicha — por qué no? Su inmensa idealización, la suma intensidad en sus emociones, el embellecimiento de todo en la naturaleza, la religiosidad en los afectos, nos revelan la creación en toda su magnificencia, el alma en toda su elevación, espléndida Poesía!"

Bien es verdad que el poeta escribió los párrafos que anteceden en 1845. Aún no consideraba la existencia como un cilicio, la política como un pudridero, y el mundo como el foso de los núbicos leones de Daniel. Después vendrán los días en que Gómez nos dirá, como Esquilo, que los desterrados se alimentan de esperanzas, y en que la vida se cebará con aquel romántico, que, á juzgar por algunas de sus estrofas, debió sentir algo parecido al condenable amor que Chateaubriand sintió por su hermana Julia.

Continuemos.

Nuestra prosa, — que es doctrinal con Acevedo, pedestre con Fajardo y sin filigranas con Fermín Ferreira, — vuelve á tomar, bajo la docta pluma de don José María Reyes, el carácter científico que le impusieron Dámaso Larrañaga y Pérez Castellanos. Reyes dió á luz, en 1859, una siempre apreciabilísima *Descripción geográfica de la República Oriental del Uruguay,* sin que ofrezca mucho de resaltante, como labor de estilo y obra literaria, aquel concienzudo y difícil trabajo, digno de estima y de hondo recuerdo por razones de más cuantía que las que nacen del valor de la forma. Aquel libro pertenece á lo que el género didáctico llama *tratados magistrales,* siendo tan claro y metódico por su plan, como correcto y sencillo por el lenguaje. No tienen, si se las considera literariamente, una importancia mucho mayor las producciones históricas de don Isidoro De-María.

Nace éste el 2 de Enero de 1815. Hace sus primeros estudios bajo la férula de la Sociedad Lancasteriana. Es tipógrafo y periodista, diputado y cónsul de la república en Entre Ríos. Pronto se dá cuenta de la vaciedad de nuestras discusiones, y abandona la política por la enseñanza, preguntándose, como Barros Arana, cómo es posible preferir el cultivo de la primera al cultivo de la segunda, cuando la primera sólo produce injustos desengaños á sus incautos fieles. Fiel á su propósito de acercarse á los niños, por miedo á los hombres, fué miembro de la Comisión de Instrucción Pública é inspector general de Escuelas, ganándose simpatías y aplausos, aunque no bienes, con lo probo de su conducta y la educadora profusión de sus textos históricos. No entendía la historia como nuestro Lamas. Escritos para instruir á los que nada

saben, nuestra historia crítica y filosófica les debe poco. Empleaba el método que los preceptistas llaman *ad narrandum*. Refería los hechos con claridad sencilla, siendo escasas y pocas y no muy profundas sus observaciones sobre los caracteres y los sucesos. Después de algunos trabajos de menor cuantía, publicó, en 1880, sus *Elementos de historia de la República Oriental del Uruguay;* en 1883, tres tomos titulados *Anales de la Defensa de Montevideo;* en el mismo año, otros tres tomos sobre *Rasgos biográficos de los hombres notables* de nuestro país, y hacia el fin de su vida los volúmenes anecdóticos de su *Montevideo Antiguo,* de mucha importancia para el que se interese por las intimidades del tiempo que pasó. De su estilo dirá más de lo que nuestra pluma pudiera decir la página siguiente. Habla del Uruguay:

"Nací en sus riberas, creciendo bajo el azulado cielo que le sirve de espléndido dosel.

"Dejadme que por un momento me transporte en alas del pensamiento al seno del pintoresco Uruguay, y contemple extasiado las islas, los bosques y las flores que lo engalanan, embalsamando su ambiente y deleitando la mirada del viajero y de los moradores de aquella comarca.

"Dejadme que postrado de hinojos admire y bendiga en él uno de los rasgos magníficos de la obra sublime del Creador, leyendo en ese libro misterioso de la naturaleza, escrito con caracteres imborrables por la mano de Dios.

"Dejad que en plácidos ensueños se deslice mi barquilla sobre la tersa superficie de ese espejo donde se retratan los tupidos y altos arbolados naturales de perenne verdor que bordan sus orillas, mudos testigos de tantas acciones heroicas, de los primeros acentos

de la fe, y también del martirio desde los remotos tiempos en que Solís, Gaboto y Álvarez Ramón pisaron sus arenas."

Agrega después:

"El Río de la Plata es hijo de dos ríos de gracia y de poesía: Uruguay y Paraná, como para dar á entender que la libertad y el progreso de los pueblos son hijos de las musas. El Océano es la unidad, la vida misma del espíritu humano. Sin ese lazo divino la humanidad no fuera un solo y mismo hombre que vive siempre y perpetuamente progresa.

"Entramos en el Uruguay dejando á la derecha el Carmelo, la creación de Artigas, y á esa altura la isla Sola. ¡Cuánta belleza en la perspectiva! Una sonrisa inefable es la expresión de las impresiones plácidas del viajero. Á unas seis millas de navegación se halla la estancia de Castells, construída con subterráneos, desde remotos tiempos, por los jesuítas, con la entrada á unas veinte millas de distancia del arroyo de las Víboras. Más adelante Punta Gorda, solitaria y desierta entonces, y que en una prominencia descuella hoy el obelisco iniciado y erigido por Domingo Ordoñana á la memoria del inmortal Solís, del insigne Gaboto y de Álvarez Ramón, primeras figuras históricas en el descubrimiento de estas regiones y en la exploración del Uruguay."

Y concluye:

"Cientos de velas lo navegan: el chalanero boga alegre en su barquilla en torno de las islas; el vapor surca sus aguas, acorta las distancias, acelera la comunicación y facilita los transportes.

"Parece que sus bosques sonríen más, que sus ramas inclinadas besan más contentas las aguas que bañan su pie, y que las avecillas que los pueblan y alegran con su variado plumaje y sus trinos, se concer-

tasen para acompañar más plácidos el progreso, el movimiento y la prosperidad de aquellos sitios pintorescos que se retratan en el espejo de las aguas del Uruguay."

Don Isidoro De - María diseña con claridad; pero desconoce las artes del estilo. Ved como nos relata las primeras horas de la cruzada de los Treinta y Tres:

"El triunfo de Ayacucho acababa de poner el sello á la independencia americana. Todos los pueblos de nuestra habla eran libres. Sólo la provincia oriental estaba sujeta á una dominación extranjera. En medio del subido entusiasmo con que se celebraba en Buenos Aires la victoria de Ayacucho, se reunieron un día unos cuantos patriotas orientales á festejarla con Lavalleja en el saladero de Barracas. Éste vuelve la vista á su patria y deplora su esclavitud. Cruza por su imaginación la idea de libertarla, y manifiesta con viril acento su disposición de abordar la empresa, si lo apoyasen. Sus compañeros y amigos presentes acogen la idea con entusiasmo, y desde aquel momento contraen el compromiso reservado de poner manos á la santa obra de la redención de la patria. Siete hombres abnegados lo contraen, y conciertan los medios de reunirse secretamente é iniciar á algunas personas más, de su íntima confianza, en el pensamiento, para trabajar en el sentido de realizarlo.

"Celebran una segunda reunión en la casa de negocio de don José Antonio Villanueva, de que era gerente don Luis Ceferino de la Torre, á que asisten once personas. Se ponen de acuerdo sobre los principales puntos de la gloriosa empresa que trata de abordarse, y nombran á Lavalleja jefe de ella, sirviéndole de título el acta original del compromiso patriótico contraído, que ponen en sus manos.

"Desde aquel instante Lavalleja y sus compañeros sólo se deben á la patria. Juran salvarla ó perecer en la demanda. Sus bienes, su sangre, su vida se los consagran. Son pocos, no pueden disponer de grandes recursos para la empresa; pero deben contar y cuentan con el patriotismo de sus paisanos, con la cooperación de sus compatriotas, que á la voz de la patria han de ponerse en pie para sacudir el yugo de la dominación extranjera.

"Lavalleja escribe porción de cartas á antiguos amigos ó paisanos de acción ó de influencia en la Banda Oriental, para conocer su disposición y buscar su apoyo. Su hermano don Manuel, don Atanasio Sierra y don Manuel Freire, afrontando el peligro, son los conductores, y los que, cruzando disfrazados nuestros campos, las llevan con seguridad á sus títulos. Se ponen de acuerdo con los patriotas don Tomás Gómez y don Juan Arenas para la proporción de caballos en la costa, y regresan afortunados y satisfechos de su arriesgada y patriótica comisión.

"Los iniciadores de la empresa reunen particularmente los primeros recursos en Buenos Aires, armas y municiones, y contribuyen ellos mismos con cuanto pueden, sin economizar sacrificios personales. Lavalleja se desprende de sus economías, del fruto de su trabajo para contribuir al equipo.

"Pronto todo, con la reserva consiguiente, para que ni el enemigo se aperciba, ni el gobierno de Buenos Aires cruce su plan y lo impida, en los primeros días de Abril, en dos expediciones sucesivas, se lanza el intrépido Lavalleja con 32 patriotas orientales al seno de la patria, desembarca en la Agraciada el 19 de Abril, burlando la vigilancia de los cruceros del Imperio, y despliega al viento la tricolor de Artigas, llevando escrito por lema *Libertad ó Muerte*.

"La cruzada inmortal está emprendida. Lavalleja es su primera figura. La fortuna y la gloria los acompañan. Una serie de sucesos felices los conduce triunfalmente, en menos de veinte días, hasta el Cerrito de la Victoria, donde flamea la bandera de la libertad al frente de la plaza de Montevideo, ocupada por las tropas del Imperio."

¿Qué es lo que le falta, para ser durable, á la obra del viejo De-María? En primer lugar le falta el estilo. El estilo es prenda de duración, de virilidad. Los griegos le llamaban carácter. La ciencia histórica es el poema épico de la verdad. Un poema no puede escribirse sin arte y sin filosofía. No hay que olvidar que, como decía Alfonso de Lamartine, lo que no merece ser bien referido, tampoco mereció ser ejecutado. — En segundo lugar, ninguna de las labores de don Isidoro pertenece al género magistral. Todas ellas son labores didácticas elementales y de corto vuelo, no pasando, hasta cuando el autor se excede á sí mismo, de relatos en que se atiende á los pormenores diminutos y cronológicos más que á la crítica profunda y divulgadora de enseñanza social. Para mí sin el elemento filosófico, que la justifica, la historia no existe. Sin ese elemento, es un juego de niños, es á modo de divertida colección de fábulas que no tienen sentencia que las alumbre. La historia, para ser historia, debe demostrarnos que el destino del hombre es el progreso constante y sin fin. El que dice progreso dice libertad. La libertad se parece al alma. Es el alma del mundo. Es incorruptible, es imperecedera, es casi divina. El hierro no la hiere, la llama no la incendia, el aire no consigue modificarla. De-María fué un laborioso, un perseverante, un hombre de bien; pero no fué un literato ni un historiador. No podía serlo. Le faltaban base científica y educa-

ción retórica. La más original y la más pintoresca de sus labores, el *Montevideo Antiguo*, se reduce á una serie de apuntes de recuerdos, de cuadros truncos ó á medio hacer, de trazos de efemérides ó esbozos de costumbres, que ayudan á la reconstrucción de lo pasado, pero que no nos dan la visión concreta, animada y artística del tiempo que fué. La historia es el ayer convertido en mentor doloroso y experimentado de los días que vienen. Ese mentor nos dice que el fin de la vida es el progreso constante é indefinido. Ese mentor sabe, declara y jura que sólo se llega al fin por el camino, unas veces de rosas y otras de zarzas, de la libertad. La epopeya de la libertad, á la que cada siglo agrega un canto nuevo, ¿cómo se llama? Ya lo hemos dicho. Se llama la historia del género humano. El viejo De-María bosquejó lienzos, que no son pinturas. El viejo De-María abundó en detalles, pero no supo unirlos y componerlos y analizarlos, para deducir verdades de índole universal. Sus libros son ensayos, nobles ensayos que corren á perderse en el cementerio de nuestras bibliotecas. Así debe ser. La historia, como ciencia, sube hasta la verdad de la filosofía. La historia, como arte, vive de lo bello, y lo bello no existe donde el estilo falta y falta la visión resucitadora. Para mal de sus libros, no era un filósofo ni un visionario reconstructor el viejo De-María.

El honesto tipógrafo no era un artífice de la forma. Ignoraba los secretos resortes del decir majestuoso y ornado con riqueza. Su pluma se mueve mucho mejor en los estrechos límites de las biografías de sus *Hombres notables* que en los capítulos episódicos de su *Montevideo Antiguo*. Para hablarnos de la calle de los Judíos ó del casal de tigres que invadió los claustros del convento de San Francisco, á pesar del interés que

tiene esa aleccionadora excursión á los tiempos que fueron, se necesitaba una fantasía pictórica y una facundia verbal de que careció nuestro De-María. Éste es apreciable bajo otros conceptos. Fué un historiador fiel, y probo, y moral. Fué un cronista circunstanciado é incorruptible; pero carece del bello estilo y de la crítica profundidad que se observan, por ejemplo, en don Andrés Lamas.

Concluyamos este capítulo, por demás somero, dedicando algunas palabras á don Antonio Díaz, nacido bajo el puro cielo de España, llegado al Uruguay en 1804, y muerto en la ciudad de Montevideo el 11 de Setiembre de 1869.

Cuando en 1806 los ingleses desembarcaron en el puerto del Buceo, don Antonio Díaz, que era comerciante, actuó de subteniente en uno de nuestros batallones de infantería, ganándose, durante el sitio que sufrió la plaza, un golpe de sable en la anchurosa frente y dos de bayoneta en el busto viril. Belona le hizo suyo, y desde aquel instante prefirió la estrategia á los libros de caja, uniéndose con heroicos vínculos á la tierra bendita en que las fuentes claras, las cúspides redondas y los valles verdes se perfuman y alegran con el cálido aroma del trigo en sazón.

Tenía entonces unos quince años, pues nació en la Coruña el 26 de Mayo de 1789.

Hizo suya la causa de las colonias contra la metrópoli, más por sed de justicia que por vulgares ansias de ambición personal, y capitán le hallaron los homéricos lances de las Piedras, entrando á formar parte del ejército del general Rondeau en 1810, para recibir otra herida de gravedad en el campo de gloria del Cerrito. Ostentando sus cicatrices como medallas, fué ayudante y amigo del general Alvear, que supo seducirle y encariñarle con el talento de sus intrigas y el

febril entusiasmo de sus ambiciones. Caído éste en 1815, le acompañó en el derrumbe de su poder y emigró á Buenos Aires, donde permaneció, dedicado al comercio, hasta 1821. Cuando el Plata declaró la guerra al Brasil, don Antonio Díaz volvió á tomar las armas, luchando como bueno en Ituzaingó. Nuestra independencia le hizo llorar de júbilo, y besó mentalmente las heridas que bordaban su cuerpo al alborear la luz inolvidable del 18 de Julio de 1830.

Ministro de hacienda en 1838, siguió al destierro al general Oribe, permaneciendo alejado de nuestras costas hasta 1843. Contribuyó, con la templanza de sus opiniones, á la paz de 1851. Basta lo que antecede para comprender que militó en las filas del partido blanco, por el que siempre tuvieron los españoles predilección marcada; pero justo es decir que no avivó la hoguera del odio entre las divisas, cuya causa y origen nos explicó en su historia. Al volver del destierro y hecha la paz, tornó á actuar en política sin acritud y con ponderación, encontrándole al frente del ministerio de la guerra la dolorosa tragedia de Quinteros, que no supo prever ni acertó á evitar; pero que amargó sus horas y enlutó su espíritu, inspirándole el generoso afán de apartarse para siempre de la vida pública. Lejos de ella y escasísimo en bienes le hallaron los sucesos que vinieron después, y que el viejo soldado miró con los ojos henchidos de tristeza. La amante pálida, la amante muda, la amante sin labios, le encontró escribiendo el libro de nuestra historia, pues el general Díaz manejó la pluma con la misma solicitud con que manejó la espada.

Movido por el deseo de ilustrar é ilustrarse, el glorioso soldado de las Piedras, el noble veterano de Ituzaingó, colaboró con asiduidad en casi todas las publicaciones que vieron la luz en nuestro suelo desde

1814 hasta 1839, en que fundó y dirigió su periódico *El Universal,* del que ya hemos hablado y que duró dos lustros. Era moderado y conservador. No le placían ni el sufragio universal ni la elección directa. Entendía que el gobierno de las sociedades no pertenece á los más, sino á los más cultos y á los más probos. Á conocerle, hubiera sido partidario del voto calificado. Estábamos en el aprendizaje de la democracia, siendo imprudente que nos quisiéramos equiparar á los pueblos maduros. Decía en 1829:

"En otros países, donde el árbol de la libertad ha producido ya frutos más sazonados de los que nosotros podemos recoger hasta ahora, el acto de una elección directa es el más interesante de cuantos pueden excitar su celo. Allí se ve luchar el verdadero espíritu público y los impulsos más vehementes del patriotismo entre la sumisión á las leyes y la exaltación del entusiasmo, sin romper por eso las barreras de la moral ni del orden público. Á la vista de ese espectáculo imponente, el hombre libre se inflama de un noble orgullo, los mandatarios se edifican, los esclavos se confunden. Es el espectáculo de la verdadera y de la única majestad de la tierra: es el pueblo subiendo á la eminencia del trono legítimo de la soberanía que elevándose á él pasajeramente, anuncia que es su único dueño, y que lo renuncia libremente por su propia fecilidad."

Nosotros éramos anárquicos y turbulentos por la falsedad de nuestra concepción acerca de la soberanía de las multitudes. Confundíamos la licencia con la libertad. Concentrando sus ideas, agregó más tarde:

"¡Desgraciado el pueblo que ignore que la soberanía reside en él: pero desgraciado también el que no conoce la necesidad de someter su propia fuerza por su misma felicidad y por el bien común!"

La más importante de sus labores es la *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata,* compuesta de doce volúmenes y que estudia, no sólo el modo de ser de nuestros aborígenes y el ciclo de los combates por nuestra independencia, sino una parte de los sucesos comprendidos entre 1828 y 1866. Esa obra se distingue, no por las galas y la elevación de su estilo, sino por la imparcialidad con que relata y juzga los hombres y las cosas que sucedieron á la declaración de nuestra soberanía. Empezada á publicar á los ocho años después de su muerte, esa historia, muy rica en pormenores é inédita en parte, demuestra la mucha ilustración y la gran laboriosidad de don Antonio Díaz.

CAPÍTULO VIII

Alejandro Magariños Cervantes

SUMARIO:

I. — Noticia biográfica. — Su fecundidad. — Clasificación de sus obras. — Un juicio de Lafuente.
II. — Opiniones de Emerson sobre la poesía. — Peculiaridades de la persona y de la musa de Magariños. — El prólogo de *Brisas del Plata*. — Análisis y fragmentos de esa obra. — Algunas palabras sobre *Horas de melancolía*. — De la poesía nacional. — Trozos de *Palmas y ombúes*.
III. — *Celiar*. — Lo que dijeron Ochoa y Larra. — El asunto de la leyenda. — Muestras de su versificación. – Nuestra falta de tradiciones. — Benéfica labor de Magariños.
IV. — *Caramurú*. — La novela romántica. — Análisis del asunto y del estilo de la obra. — La descripción de Amaro. — Magariños y Cooper. — El duelo en la pulpería. — El incidente de las carreras. — Caramurú y los romances caballerescos. — La hechicera charrúa. — El combate con el yacaré. — Algunos lunares. — El color local. — De la crítica y de los críticos. — Resumen.

I

Presidiendo y coronando toda la edad romántica, se hiergue la figura de don Alejandro Magariños Cervantes.

Nació en Montevideo el día 3 de Octubre del año 1825.

Fueron sus padres el coronel uruguayo don José María Magariños y la dama andaluza Encarnación Cervantes.

Tuvo por maestro de primeras letras al popularísimo don Juan Manuel Bonifaz.

Iniciáronle en la ciencia del derecho el doctor Vargas y el doctor Alsina.

Ya había publicado, al cumplir los tres lustros, un epítome sobre la oratoria y varias poesías, que llamaron la atención de los entendidos.

En 1844 y en 1845 vivió en el Brasil, como agregado á la Legación Oriental de Río Janeiro, donde esbozó el *Celiar*.

Vuelto al país, actuó de secretario del general Fructuoso Rivera, asistiendo á la creación de la Asamblea de Notables y á las estériles tentativas pacificadoras de sir Tomás Hood.

En 1846 partió para Europa, escribiendo durante la travesía una novela, *La Estrella del Sud*, de la que ya hablaremos y que publicó en Málaga.

Se graduó de doctor en jurisprudencia en la universidad de Madrid, formando parte de la redacción del diario *La Patria*, en cuyos folletines hizo insertar la novela humorística *Las plagas de Egipto*.

De la redacción de *La Patria* pasó á la de *El Orden*, en cuyas columnas dió á la publicidad sus *Ensayos históricos y políticos sobre el Río de la Plata*.

En 1850 hizo representar una comedia, en tres actos y en verso, que se titula *Percances matrimoniales*.

En 1852 dió á luz una leyenda poética, á la que puso el armonioso nombre de *Celiar*, — leyenda que prologó, abundando en elogios, Ventura de la Vega.

Publicó, también en Madrid, las páginas de su célebre *Caramurú*.

La Semana, *La Ilustración* y *El Museo de la fa-*

milia le contaron en el número de sus más asiduos colaboradores, vinculándose estrecha y amistosamente con Cánovas, Zorrilla, Castelar, Ochoa, Baralt y Núñez de Arce.

Pasó luego á París, como corresponsal de *El Mercurio* de Valparaíso y de *La Constitución* de Montevideo, fundando en la capital francesa la *Revista Española de ambos mundos,* que afirmó y agrandó sus relaciones con los literatos peninsulares de mayor fama, como Lafuente, Orgaz y Rua Figueroa.

Algún tiempo después, abandonando su empresa periodística, regresó á España, escribiendo en *El Porvenir* de Sevilla y haciendo representar, en uno de los teatros de la alegre ciudad andaluza, su sátira política *El rey de los azotes.*

El 20 de Noviembre de 1855 regresó al Uruguay.

En 1856 fué cónsul general de la República en Buenos Aires. En 1861 fué fiscal de Estado. Fué rector de nuestra Universidad en 1878. Fué, en fin, senador y ministro, y fué, más que todo, el poeta de *Celiar* y el novelista de *Caramurú.*

Es el más fecundo y el más universal de nuestros escritores. Sus obras pueden clasificarse así:

En verso: — *Impresiones y recuerdos, Horas de melancolía, Brisas del Plata, Romances y baladas, Celiar,* y *Palmas y ombúes.*

Teatrales: — *Percances matrimoniales,* comedia en tres actos; *El rey de los azotes,* sátira en uno; *Suicidios y desafíos,* otra comedia en tres; y *Amor y patria,* drama en verso y en cinco jornadas.

Novelas: — *No hay mal que por bien no venga, La Estrella del Sud, Justicia de Dios, Odio y amor, La espada de dos filos* y *Caramurú.*

Escribió también varios libros de crítica filosófica y literaria. De uno de éstos, del *Ensayo sobre las re-*

públicas del Plata, decía don Modesto Lafuente al editor catalán don Manuel Sauri:

"Ahora bien, para llenar dignamente su objeto, el autor ha tenido la previsión y cordura de hacer un estudio profundo y concienzudo de las principales obras que han visto la luz sobre América, así como de la importante colección inédita del distinguido cronista don Juan B. Muñoz, existente en la Biblioteca de la Academia de la Historia, para lo cual yo mismo le recomendé eficazmente al apreciable y entendido joven escritor don Tomás Muñoz, jefe de dicha Biblioteca, y también de la publicada, no ha mucho, en Buenos Aires por don Pedro de Angelis, sobre la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata.

No hay más que leer un capítulo de la obra de mi recomendado, para conocer cuan familiares le son todos los historiadores del Plata, y las obras de Azara, Navarrete, Ulloa, Garcilaso, Humboldt, Robertson, Prescott, de Pradt, Torrente, Chateaubriand, Tocqueville, etc., fundando siempre sus opiniones en hechos consignados por tan competentes escritores: sobre este punto excuso insistir porque la obra se recomienda por sí misma."

Lafuente agregaba:

"Si he de decir á Vd. mi opinión con toda lealtad, debo asegurarle que esta producción me ha parecido notable, y que descubre en su autor las más bellas disposiciones para este ramo importante de la literatura; facultad analítica para examinar, concretar, clasificar y eslabonar los hechos; perspicacia para descubrir las relaciones que los unen, y remontarse hasta su origen; estilo animado y vigoroso, aunque á veces no muy castizo; instrucción y conocimientos históricos, un espíritu de investigación y laboriosidad re-

comendables; intenciones siempre puras y elevadas que le disculpan á los ojos del lector, cuando éste no está de acuerdo con sus opiniones. Creo que bajo el modesto título de *Ensayo histórico - político sobre las Repúblicas del Río de la Plata,* ha trazado un cuadro muy interesante y animado de la verdadera situación en que poco más ó menos, se encontraron todas nuestras antiguas posesiones, desde que las conquistamos á la civilización hasta que la desgracia nos las arrebató. Bajo más de un concepto considero útil su publicación: servirá para rectificar muchas ideas erróneas en que han incurrido escritores de primera nota, destruir algunas preocupaciones que abrigamos todavía, é ilustrarnos al mismo tiempo, sobre las Colonias que aún nos quedan. Yo por mi parte confieso ingenuamente que he encontrado en ella muchas cosas nuevas, y creo haber leído algunos libros."

Magariños Cervantes, en el libro de que así hablaba don Modesto Lafuente, trata de explicar por razones climatológicas y razones de raza, nuestra falta de aptitudes para el gobierno propio. Estudia, á grandes trazos, el período colonial y el movimiento emancipador, señalando la influencia de aquellas edades sobre nuestro especialísimo modo de ser. Entusiasta y sincero, mira sin acritudes al porvenir, creyendo que éste realizará, cuando suene la hora de nuestra dicha, el pensamiento que purpuraba los hornos de la revolución por la independencia continental. Aquel libro está lleno de nosotros, como llenos de nosotros están todos los libros que escribió la pluma de Alejandro Magariños Cervantes.

II

Tratemos del poeta.

Dice Emerson, en sus *Siete Ensayos*, que el hombre no es más que la mitad de sí mismo. La otra mitad del hombre es la expresión. El poeta es el complemento del hombre. El poeta es el intérprete del culto de lo bello, que todos sentimos con más ó menos fuerza; pero que sólo el numen sabe expresar con acierto y exactitud. El poeta, dice Emerson, es el que nombra y representa lo bello. Los poetas han sido enviados al mundo con un fin de expresión. Es claro que el ritmo no es lo que constituye el poema. Lo que constituye el poema es el pensamiento, creador del ritmo; pero el poeta es el que encuentra la frase más oportuna, más musical y más infalible para traducir los secretos de la naturaleza física y moral. El universo es la exteriorización del espíritu que lo anima. Todas las cosas son símbolos de los modos del alma de la naturaleza. Emerson agrega que siendo el mundo, para el espíritu, como un montón de verbos y de nombres, de símbolos y emblemas, el poeta es el que nace iniciado para articular los nombres y los verbos, ó de otro modo, para traducir los emblemas y descorrer el velo de los símbolos. Así, "el poeta percibe la independencia del pensamiento para con el símbolo, la estabilidad del pensamiento, y lo frágil del emblema." Y Emerson añade: "El poeta ve el universo como si fuera transparente, y nos muestra las cosas en su verdadero orden, pues, gracias á su más fina percepción, toca las cosas más de cerca, y las ve desvanecerse ó metamorfosearse. Percibe que el pensamiento es multiforme, que en la forma de cada criatura existe una fuerza que la impele á elevarse

hacia otra forma mejor, y sin apartarse de esa percepción, utiliza formas que expresan aquella vida que circula, y su lenguaje fluye de la corriente de la naturaleza."

Sólo la poesía conoce, al mismo tiempo que la esencia de cada sér y la exterioridad de cada cosa, el nombre propio de esa esencia y de esa exterioridad, creando palabras que parecen revelaciones. El poeta es el fundador del lenguaje simbólico ó representativo. El lenguaje, dice Emerson, es la poesía fosificada. El verdadero artista es el que traduce lo que habla lo bello en la tierra, en el aire, en el agua, en la nieve, en la flor, en la oruga, en el pájaro, en el brío del hombre, en los ojos de la mujer, en todas las formas del espíritu del universo. La imaginación del poeta está hecha para exaltarse, su garganta para cantar, y sus labios para rejuvenecer el verbo infinito que habla la vida, añadiendo nuevas voces á sus muchas voces, y nuevas cláusulas á sus muchas cláusulas. Admitiendo, como admitimos, que Emerson acierta, las comarcas y las nacionalidades son modos de ser de las apariencias y del espíritu de nuestro globo. Cada una tiene sus poetas propios, como cada idioma tiene sus traductores y sus gramáticos, como cada país tiene sus sociólogos y sus historiadores. Homero es Grecia, Virgilio es Roma, Dante es Italia.

En este sentido fué muy poeta nuestro viejo Alejandro Magariños Cervantes. Conoció, como pocos, lo que dice lo bello en nuestra flora, en nuestra fauna, en nuestras estrellas, en nuestros usos, en nuestros dolores, en nuestros estoicismos y en nuestros ideales, alzando su canto hasta la augusta dignidad de lo que cantaba. Él fué el primer intérprete del indio, del payador y del montonero, como fué también el primer intérprete de lo que sueñan el óleo del yerbal,

las flores del naranjo, las espumas del río, los claveles del aire, y las rimas silbadoras de la calandria. Aun nos parece verle en su estudio de la calle de Sarandí, junto á los estantes en que se apiñaba la obra enciclopédica de Mellado. Aun nos parece verle, empezando á grisear, con la frente amplísima, los ojos habladores, los labios gruesos, la barba entera y ancho de espaldas, hablar y discurrir, con el orgullo que dá la gloria, sobre el arte divinísimo de trovar. Gustaba más del mate que del café, y la guitarra le era más dulce que la lira griega. Su retrato, que figura en la galería de *El Indiscreto*, adornaba los muros de su gabinete de laborioso, y es aquel retrato, que danza hace un minuto ante nuestros ojos, el que nos permite evocar su figura fuerte y como caldeada por los hervores étnicos de su vida interior. Era moreno, algo sonrosado, muy en calvicie, de obscuras pupilas, de cuello corto, nativo en el decir hasta la incorrección y con la parla bastante prosopopéyica. Dómine benevolente y muy respetado, fué grande su influencia sobre su tiempo, templándose todas las arpas de aquel entonces al compás de los himnos del autor sin envidias de *Palmas y ombúes*. Alentó á todos y para todos tuvo frases de esperanza, á pesar de lo enorme de su justa soberbia, como soberano dulce á sus súbditos por su desprendimiento en repartir heráldicos escudos para la portezuela del carruaje y cintas policromas para el abierto ojal del pardesú. Su decálogo estético se encuentra en el prólogo de las *Brisas del Plata*.

Allí nos dijo el autor del *Celiar:*

"Volviendo á la literatura, inútil parece añadir que todos sienten y comprenden hoy que la poesía americana, para merecer ese nombre, es preciso que ofrezca novedad en el fondo y en la forma, que sea la expre-

sión de la naturaleza y de la sociedad americana."

Y agregaba después:

"Hijos de la revolución, hemos procurado penetrar en las entrañas de nuestra sociedad, buscando sin más norte que la fe, como Colón el nuevo mundo, la solución del problema político y social, cuyos misterios han de revelarnos el triunfo definitivo de la democracia."

Y añadía:

"Para humedecer nuestra paleta, hemos pedido á la naturaleza sin rival del edén americano sus tintas magníficas, y en sus vírgenes selvas, en sus extraños animales, en sus inmensas cordilleras, en sus flores desconocidas, en sus ríos gigantescos, en las escenas originales de la vida de nuestros campos, hemos tratado de sorprender el sello de grandeza y poesía con que las marcó la divina mano, al resbalar por la frente de América, con el cariño de un padre á la hija predilecta de su corazón."

Y seguía diciendo:

"Descendientes de un pueblo heroico, no hemos renegado sus bellas tradiciones ni roto el eslabón que une nuestra vida á su vida. Sólo en el profundo estudio de lo pasado, dice un recomendable escritor, aprenderemos á apreciar el presente y descubrir la llave del porvenir. La sangre de los conquistadores, la de los indios, y aun la de la infeliz raza africana hierve en las venas de la América libre, como fermentan en estado de fusión diversos metales en el crisol, donde se condensan los elementos que más tarde han de formar una estatua colosal. Perdidas en las páginas de la historia del nuevo hemisferio, ó transmitidas de padres á hijos por la tradición popular, existen hechos, episodios, rasgos que son verdaderos diamantes."

El poeta se proponía pulimentar esos diamantes con la lima del ritmo, engarzándolos artísticamente en el joyel del verso, resumiendo su ideal estético con estas palabras:

"Dios y la libertad, mi patria y América; el pasado, el presente y el porvenir; nuestra sociedad y nuestra naturaleza; las ciudades y los campos; nuestras esperanzas y nuestros desengaños; el amor y la religión.... han sido mis genios inspiradores, han sido las fuentes donde he bebido las ideas de todo lo bello, original y progresivo que pueda haber en este libro."

Alejandro Magariños Cervantes no se apartó nunca de aquella profesión de fe. Pensó en las últimas horas de su tarde lo que había pensado en las primeras horas de su juventud. El viento del crepúsculo cantó á sus oídos la misma canción que le habían susurrado las fraganciosas brisas del amanecer. El programa era extenso y hermoso. Acaso en demasía hermoso y extenso.

Las *Brisas del Plata*, que comprenden no menos de setenta y tres poesías, se publicaron en 1864 y en dos cuadernos, formando un total de 256 páginas de nutrida lectura.

Empiezan así:

"El arpa, ¡oh gloria!, dáme
De cuerdas no tocadas,
Vibrando con las Brisas
Del Plata en rebelión,
Que en armonioso estruendo
Sus olas agitadas
Sacude como herido
Indómito león.
Cantemos.... pero sea
Con lira americana,

Con inspirado acento,
Con patriotismo y fe;
Alcemos nuestra frente
Radiosa, altiva, ufana,
Para seguir la senda
Que marca con su pie.
  La fúlgida esperanza
Ceñida de ilusiones,
Que sin volver los ojos
Siempre adelante va;
Esa esperanza, es faro
Que guía los pendones,
De aquellos que aun muriendo
Te invocan, libertad!
  Venid en torno mío
Los que sentís ardiente,
Al nombre de la patria,
Latir el corazón;
Los que abrigáis aun bellos,
En vuestra noble frente,
Visiones y recuerdos
De espléndida ilusión!"

Y dice en otra parte de su preludio:

  "Nacido en la ribera floreciente
Que besa el Uruguay en su carrera,
Una hoja, oh patria, depondré en tu frente
Y acaso un laurel más en tu bandera.
  Cantaré tu valor incontrastable
En dura esclavitud ó alta fortuna,
Y el arrojo inmortal con que indomable
El mundo te admiró desde la cuna.
  Volaré del pasado hasta el presente
Ansioso recorriendo tus anales,

Para ceñir tu sién con esplendente
Aureola de estrellas inmortales.
Y siempre en pos de tí, madre del alma,
Tus huellas seguiré con ilusorias
Esperanzas, forjándome una palma
Que corone tus hombres y tus glorias.
Y doquiera me inspires poesía
Allí me encontrarás siempre constante,
Que una sonrisa tuya, patria mía,
Será á mi pobre afán premio bastante."

El poeta, que creía en la patria, creía también en la divinidad.

"No se evapora el alma
Como fugaz centella,
Recorre los espacios
De su ideal en pos;
Y ese ideal que marca
Su luminosa huella,
Es la eternal ventura:
El ideal es Dios."

Del mismo modo que creía en la patria y en la divinidad, creía en la gloria. La composición dedicada á la gloria es una de las mejores de *Brisas del Plata*. — Para nuestro poeta, como para Balzac, la gloria es el sol de los muertos. Sólo, cuando desgranada la arcilla, el espíritu libre se remonta al espacio que cruzan los soles,

"Viene entonces la gloria, casta virgen
Que huye del hombre cuanto más la implora,
Y en su sepulcro se le entrega y llora
Porque viviendo le negó su amor;

La tierra besa que sus restos cubre,
Y el puro llanto que á raudades vierte,
En luz y aromas y laurel convierte
La vil escoria que inspiraba horror."

Padece del delicioso mal del americanismo. Á cada instante tropezáis en sus versos con las cosas de la tierra charrúa y las cosas del mundo colombiano.

"Es muy joven todavía
La América, más su seno
Es raudal de poesía
Que, majestuoso y sereno,
Se eleva como las ondas
Del inmenso Paraná;
Y cual descuella lujosa
Su virgen naturaleza,
Así en su grey poderosa,
Con su sello de grandeza,
La inteligencia titánica
Sobre todas brillará...."

Las naciones de Europa están cansadas. América es fuerte como una amazona virgen y joven. El suelo de Europa ha producido mucho. El suelo de América espera á la semilla como la desposada espera al novio feliz. América es fecunda, América es amante, América es libre, América es demócrata, América es la patria del futuro. Y el poeta dice con arrobamiento:

"Nosotros tenemos un cielo de rosas,
Montañas y ríos, praderas grandiosas,
Desiertos y mares de inmensa extensión;
Doquier que miremos un germen de vida
Allí encontraremos, cual chispa escondida
Que salta al impulso del férreo eslabón."

Cuando vuelve de Europa, suspira al divisar las costas de la patria:

"Al fin te ven mis ojos ¡oh dulce patria mía!
Delirio de mis sueños, imán de mi deseo;
Al fin tras nueve años, al fin Montevideo,
Puedo aspirar tus brisas, llorando de alegría,
Llorando de alegría, que al fin tus playas veo!

Recuerdos candorosos de la apacible infancia,
Primicias de la Musa que me abrazó hechicera,
Ardientes emociones de la pasión primera,
Verted en torno mío la virginal fragancia
Que exhala el puro cielo de mi oriental ribera!

¡Cuan leve y grata el aura! Cuan bello el sol anega
Las rocas orientales con fúlgidos reflejos!
Desnuda y tan hermosa como la Venus griega,
Saliendo de las ondas, la tierra de amor ciega,
¡Cual sus amantes brazos me tiende desde lejos!

Dejadme que la mire, y solo, en la ancha popa,
Las fibras de mi pecho sentir una por una
Vibrando cual ramaje que agita inmensa copa,
Contar al manso viento que me arrulló en la cuna,
Por qué á mi dulce patria nunca olvidé en Europa."

¡Qué desventura! Las rojas llamaradas de la guerra civil envuelven al terruño. Entre el trébol de sus cuchillas hay cruces nuevas. Se está solventando, á lanzazos y á tiros, el pleito interminable de los colores. ¿Quién arrojó la chispa? ¿Dónde está Caín? ¿En qué grupo se encuentra el alma de Abel?

Y el poeta solloza:

"No acuso á nadie.... ¡Lloro la estéril experiencia
De la que no aprendemos ni escarmentamos nada!
¡Lo que sanciona el crimen y usurpa la violencia,
La sangre derramada, la mísera existencia,
Que á todos nos reserva la ley atropellada!

No acuso á nadie.... todos, y yo como el primero,
En días lamentables de vértigo y delirio,
Sañudos esgrimiendo la pluma ó el acero,
El seno de la Patria rasgamos lastimero,
Hiel á su hiel mezclando, martirio á su martirio!

¿Y siempre será el mismo nuestro destino impío?....
¡Oh! no! Dios es piadoso, y el bien al alma domina:
En tempestad deshecha, yo he visto el mar bravío,
Y aunque dudé un momento, roto el celaje umbrío,
Al suspirado puerto mi nave se encamina.

Así en virgínea selva del suelo americano,
Cual raudo meteoro, de pronto hirviente llama
Se extiende, centellea, salta, se enrosca y brama
En lenguas mil de fuego; flamígero oceano,
Que destrucción y muerte por donde va, derrama!

Cae la gigante palma y el arazá rastrero;
El fuego al par devora la ortiga y el aroma;
La tórtola inocente y el tigre carnicero;
La sierpe y la flor pura que su veneno doma;
El vil carancho imbécil y el trinador jilguero!"

A lo largo del camino de nuestra historia, todas las liras patrias han cantado ese mismo y lúgubre treno. Quiso nuestra desventura resucitar en el jardín nativo, sin razón para ello, la sangrienta contienda de la casa de Lancáster con la casa de York. ¡La rosa

blanca y la rosa purpúrea, los símbolos de Oribe y de Rivera, habrán sido, tal vez, gratos á los ojos del Dios del Sinaí, pero no á las pupilas del Dios del Huerto de los Olivos!

Alejandro Magariños Cervantes se distinguía por la pureza de su patriotismo y por el color local de sus amplias estrofas. Trató y quiso americanizar nuestra literatura. Él es el cantor feliz del mburucuyá, de nuestra indígena pasionaria. Jesús agonizaba sobre la escueta cumbre, caía la sangre de su costado,

"Y acaso cuando él herido
Ya sin fuerzas, tristemente,
Al pecho inclinó la frente
Sin exhalar un gemido,
De aquella sangre inocente
Una gota cayó al suelo,
Y la tierra sin consuelo
Brotó una flor de esperanza,
Como prenda de alianza
Entre los hombres y el cielo."

América recibió, fecundándola, las semillas de la flor milagrosa, en torno de cuyos sagrados capullos zumba la avispa y el mainumbí, la avispa de oro de la lechiguana y el pajarillo grácil de pico suctador.

Y siempre así, siempre incansable y buena la musa canta las cosas y las hazañas de nuestro suelo. Hace frío. Atardece. Un anciano y un niño cruzan presurosos el campo de batalla de las Piedras.

" — ¿Por qué el paso detienes, y qué miras,
Padre, con tanto afán? .... ¿por qué suspiras?
— En este campo que inmortal hiciera
Del indomable Artigas la victoria,

No se ve un monumento, ni siquiera
Levantada una piedra á su memoria.
— Pero tiene una página en la historia!
— Niño, en tu pecho el entusiasmo late,
En tu rostro infantil se pinta el brío;
Vamos que es tarde....
— Ya no tengo frío:
Llévame al sitio donde fué el combate!"

Nuevo en las imágenes, variado en el ritmo, noble en las ideas, americano y criollo en los ensueños y en los decires, así es el estro de Alejandro Magariños Cervantes en *Brisas del Plata*. Aquella musa es como un mirlo silbando en el alero de un rancho campestre, por cuyas tapias suben el triunfo de las hiedras y el lujurioso amor de las rosas del monte. Aquella musa es un zorzal canturriando á la plácida sombra de nuestros membrillos, entre cuyos verdores dormita la crucera de frente aplastada y los cucuyos abren sus voltaicos focos. Aquella musa es la patria con sus declives atrebolados, con sus llanuras cubiertas de trigo, con sus arroyos de espumas requebradoras y con sus noches anacaradas por luminares que centellean con parpadeos de ojos de mujer. Aquella musa, crédula y enamoradísima de todo lo bello y todo lo probo, no adivinó la próxima venida de los ridículos y tristes superhombres que idolatran espasmódicamente en Wagner, en Ruskin, en Nietzsche, y en D'Annunzio.

Horas de Melancolía es un libro que vale menos que *Brisas del Plata*. Consta de más de trescientas páginas, se compone de cincuenta poesías y fué impreso en 1852. Á pesar de lo incipiente de su tecnicismo, ni la ternura, ni la sensibilidad, ni la imagi-

nación faltan en algunas de aquellas composiciones, cuyo preludio comienza así:

"Hay horas en que el alma bajo el peso
De algún vago pesar que no comprende,
En sí se reconcentra y luego tiende
Sus ojos anhelantes en redor;
Y busca en lo que mira, en lo que siente,
Fugaz un pensamiento, alguna idea,
Que vibre con las suyas, ó que sea
Un eco de alegría ó de dolor.

Acaso, en esas horas, la tristeza
Al pasar nos envuelve con su manto,
Y si en los ojos no resbala el llanto,
Rebosa el pecho de escondida hiel;
Y un momento después, dulce memoria
Nos transporta del báratro hasta el cielo,
Como en su clara ninfa un arroyuelo
Refleja á un tiempo zarzas y clavel.

Y ¿nunca habéis sentido esa amargura
Llena de celestial melancolía?
Y en alas del amor y la poesía,
Dulcemente latiendo el corazón,
¿No os habéis detenido con encanto
En el primer objeto, en la primera
Emoción fugitiva que viniera
Á inundaros de suave inspiración?

En el libro no escasean los ripios y abundan los adjetivos impropios. El ripio es la maleza de la poesía. El ripio es la palabra inútil ó la frase superflua que empleamos para completar las sílabas del verso, — ó para darle viciosamente la rima que exige la métrica de la estrofa. A pesar de los defectos que señalamos, las composiciones *El cometa*, *En un baile de más-*

caras, Los hijos del genio, y *El destino,* dan relieve y valor á las páginas de *Horas de melancolía.* Entre esas páginas nos sabe á mieles la que lleva por título *Ondas y nubes.*

"Como esas ondas es nuestra vida,
Como esas nubes nuestra ilusión,
Y la esperanza perla escondida
En lo más hondo del corazón.
Mientras el astro de amor las dora,
Mientras no brama recio huracán,
Hacia la playa, tranquila ahora,
Con dulce arrullo corriendo van.
Pero si ruge furioso el viento,
Si oculta airado su disco el sol,
Ondas y nubes, en un momento,
Su calma pierden y su arrebol.
El rayo incendia la mansa nube,
Y á su sangriento fulgor se ve,
Como se rompe y al cielo sube
Negra la nube que blanca fué."

No sanean el libro de que tratamos las bocanadas agrestes del pampero. No hay en él ceíbas de capullos de púrpura. No hay en él cardenales sobre los brazos del ombú patriarcal de las lomas. El poeta se equivocó. Su lira no fué hecha para cantar á Safo y á Isabel Segunda. Aquel republicano no conoce el idioma que place á los reyes. Aquel hablista pulcro sabe poco de los enajenamientos del amor voluptuoso y febril. Su mundo es otro. Su mundo es el mundo de la pava montés, del ñandú sibilante, de las nieves japonesas del guayacán. Su mundo es el mundo del concolor, del coatí, de la zarza con flores, del corcel con abrojos entre las crines. Su mundo es el mundo

donde ha nacido y donde se ha criado, el mundo de los ríos en que flotan los camalotes y que atraviesa la sonrosada nube de plumas de los flamencos. Ése, y no otro, es el mundo del numen de Alejandro Magariños Cervantes.

Así lo comprendió el perspicaz buen gusto de nuestro poeta. Así lo comprendió y no volvió á insistir en aquel camino. El cantor del azahar adornó nuevamente su lira con gajos de albahaca, dejando á las reinas y á las eróticas tranquilas en su trono y á solas con sus goces. Mientras Isabel adora en Celiar, la poetisa de Mitilena puede despeñarse, siempre que le plazca, pronunciando á gritos el nombre de Faon. Así lo comprendió el íntimo buen gusto de nuestro poeta, y volvió á ceñirse su gorro de demócrata y á empuñar nuestra flébil lira sexticorde, la de la trilla y la de la yerra, la que escuchan gozosos el perro cimarrón y el gaucho montaraz. Su musa era de aquí, de la tierra que aroman los claveles del aire; que verdean los tréboles, con ojazos obscuros en la túnica verde; que idolatran los tordos, embriagados con sangre de las vides salteñas; que iluminan los clavos de la gran melancólica cruz planetaria; y que tiene más culandrillos en los declives que dan al arroyo, que pepitas doradas en las mazorcas del cobrizo maizal que la brinda sus jugos. Por eso volvió á ser nuestra y americana, americana y nuestra, la poesía de Alejandro Magariños Cervantes. Su numen recordó que había dicho, casi al nacer, en *Brisas del Plata*.

"Hijos del numen, inspirados vates,
Que ardiendo en entusiasmo y patrio fuego,
Moduláis á la vez en vuestra lira
El canto varonil y el tierno ruego.

¿No escucháis el redoble? ya os convocan:
Majestuoso tended el raudo vuelo,
Y cual bandada de ágiles condores,
Audaces remontémonos al cielo!

De pie y erguidos, al combate prontos,
Que nos sorprenda el toque de diana,
Y al gigante clamor que en torno suene,
Que despierte la lira americana!

Guirnaldas teja de laurel fragante
El ángel de la virgen poesía,
Y corone la sien del escogido
Que levante más alta su armonía!

Y tú, invisible, cariñoso padre,
Escucha al coro que inspirado ruega,
Deja que suba á tu morada y robe
La voz del rayo que á tu trono llega!

Y al cruzar el confín americano,
Raudal de eterna inspiración desate,
Y llenando los ámbitos del mundo,
Como un inmenso trueno se dilate!"

Aquí estaba el genio de Magariños. Ésta debió ser siempre su poesía. Cuando hablaba así, era insospechable su espontaneidad. Cuando hablaba así, abríamos á sus acordes el corazón rendido y satisfecho.

Y habló así muchas veces:

"En la cuchilla y el llano,
De fresca sombra cubierto
El ombú se eleva ufano,

Siempre á los ranchos cercano
Como el genio del desierto;

Protege el pajizo techo
Y brinda con mano franca
Al viajero abrigo y lecho:
El huracán más deshecho
De su base no le arranca.

Puede con mortal congoja
En la recia sacudida
Ver volar hoja tras hoja;
Ó el rayo que el cielo arroja
Calcinar su copa erguida.

Mas si no tocan las llamas
Las raíces protectoras,
Tu savia, ombú, desparramas
Y pujantes, vividoras,
Haces brotar nuevas ramas."

La poesía nacional no es otra cosa que la idealización de las bellezas típicas de un territorio, sirviendo de marco á la idealización de los caracteres excepcionales de un pueblo ó de una raza. Poesía nacional era, pues, la poesía de nuestro poeta, pobre en sinfónicos tecnicismos, pero no pobre en imágenes y en afectos. Los modernistas, que piensan sin quererlo como los clásicos, creen más en el trabajo que en la inspiración. Magariños Cervantes, sin dejar de ser un laborioso insigne, creía en la inspiración más que en el trabajo, y la buscaba donde deben buscarla los hombres de América. Si, como ya hemos dicho, la poesía es una mixtura de afectos y de imágenes, ¿qué cosas podrán emocionarnos como nuestras cosas? ¿qué

pincel tendrá más brillantes y nuevos colores que el pincel que se dedique á copiar lo propio? Como el árbol es hijo del suelo y del clima, el numen es hijo de la educación y del medio ambiente. ¿A qué ocuparse de las flores malsanas de Baudelaire, si Baudelaire ya extrajo todos los venenos de las flores del mal, de aquellas flores que crecían en los arietes y emponzoñaban la atmósfera de su jardín? En nuestro huerto hay otras flores malignas, que no son aquellas, y que esperan ansiosas que libe su cáliz alguna avispa desesperada por el invencible afán de lo extraño. ¿Á qué imitar las ascensiones y los derrumbes del vicioso Verlaine, si nuestro medio quiere otras ascensiones y otros derrumbes, porque nuestro espíritu, como el churrinche, sólo sabe volar en los horizontes que azula el boyero y sobre los boscajes donde se eleva la altivísima copa del yaribá? Poesía nacional, que por ser nacional está destinada á vivir á través de los tiempos, fué la poesía, en ocasiones tosca y no siempre música, de don Alejandro Magariños Cervantes. No se distingue por la elegancia del estilo. No tiene delicadezas de cortesano del decir primoroso. Hay en la materialidad de sus sensaciones, aun de las más poéticas, algo de primitivo, que no le permite dar á la forma de sus estancias la fluidez sutil é imponderable de lo étereo. Es un payador vigoroso más, mucho más, que un artífice refinado; pero es el primero de nuestros payadores, el que inicia en la santa idolatría de lo nuestro á las musas doctas y almibaradas que le sucederán. Su influencia fué decisiva y enorme. Era el maestro, el iniciador, el juez y el pontífice de los románticos címbalos de su edad. Muchos, que no gustan de la rima y el ritmo, aprendieron á querer á la patria en los capítulos de romance de su *Caramurú*.

Una de sus más extensas y de sus más característica labores poéticas es la obra en dos tomos que se titula *Palmas y Ombúes*. El primero de esos dos tomos, elegantísimamente impresos por nuestra más celebrada casa editora, forma un total de más de trescientas páginas, no bajando de quinientas páginas el segundo. La obra, — ofrece un doble carácter: unas veces el numen se distingue por lo nativo, y otras veces el numen es filosófico, pero con una filosofía robusta y sana, que pregona los milagros de la virtud y de la libertad. Estudiando la primera de las modalidades de aquel numen irradiador, oidle decir:

"De un pueblo entero el alma colectiva
Tiene su foco, y vibra, y se condensa
En el alma del vate. ¡Cuan dichoso
El que en la fuente viva
Del popular torrente,
Su atmósfera respira,
En su onda bebe inspiración inmensa,
Y traduce en un cántico armonioso
Lo que su pueblo piensa,
Lo que su pueblo siente!"

Ya lo hemos dicho. Ese poeta es muy nuestro y muy americano:

"América mi madre,
Tierra del Porvenir, bendita seas!
Alcázar esplendente
De una futura raza de titanes,
Donde puede ya el hombre alzar la frente
Con el civil orgullo
Del esclavo que ha roto su cadena:
América mi madre, en fiero arrullo,
Te saludan rugiendo tus volcanes,

Y al sacudir altiva tu melena
De bosques de laureles y de palmas,
El grito salvador, que es himno y ruego
Dios y la Libertad! brota en tus labios,
Y electriza magnético las almas.
De la fe y de la Patria el santo fuego
En tu mirada audaz relampaguea,
Y arrollando las sombras, vencedora,
Avanzas imponente,
El lucero del genio en la alta frente,
En la siniestra el faro de la idea,
Y en la diestra la espada redentora!"

En las tristezas cívicas de 1881, el zorzal de los molles le dijo á la patria:

"La sombra que hoy enluta
Tu cielo, Patria amada,
Es nube que el Pampero
Arrastrará al pasar.
El pueblo Oriental siempre
Al toque de llamada,
Sereno alzó la frente
Y se aprestó á luchar.
En paz ó en guerra, siempre
Con abnegado exceso,
Su sangre, su riqueza,
Su pensamiento dió:
De libertad en aras
Y en aras del progreso,
La oliva del trabajo
Con el laurel ató."

Aquel esperanzado en el porvenir, decía después:

"¡Benditos los acentos
Viriles del patriota,

Que al pueblo adormecido
Sacuden con afán;
Sus lágrimas de fuego
Condensan gota á gota,
La tromba que en sus alas
Levanta el huracán!
Si queman esas lágrimas
Que el patrio duelo arranca,
Las gotas del trabajo
Riegan el suelo en pos;
Y evaporadas juntas
Forman la nube blanca,
Que atrae y en lluvia esparce
La bendición de Dios!
Vivificante lluvia
Que el yermo fecundiza,
Lo mismo que las almas
Ya muertas á la fe!
Raudal que al pueblo exánime
Reanima y electriza,
Con bríos para erguirse
Como el león, de pie!"

En otra de sus composiciones, solloza sobre nuestra indiferencia por el público bien.

"Nos matan ó enjaulan
Tiranuelos cínicos,
Porque no sabemos
Ante un gran peligro,
Cual los animales
Prudentes unirnos,
Y enfrenar su audacia
Formando atrevidos,
Contra el mal los buenos
Muro de granito.

Ved como la hembra
Pequeña del mirlo,
En el bosque sola,
¡Con cuanto heroísmo,
Cual si águila fuera,
Defiende á sus hijos
Contra los reptiles
Que acechan su nido!
Cuando la serpiente
Tiende sus anillos,
Y á subir empieza
Por el tronco erguido,
Hambrienta de huevos
Y de pichoncillos,
Ella, previsora,
Suelta agudo grito,
Que el macho repite
Volando en su auxilio.
Innúmera hueste
De valientes mirlos
Al reclamo acude,
Gira en remolino,
Y á la sierpe embisten
Con uñas y pico.
El reptil su enorme
Boca enfurecido
Les muestra rugiendo,
En vano.... los mirlos
No se asustan, diestros
Con certero ahinco
Los ojos le arrancan,
Y huye el vil ofidio,
Ó despedazado
Queda al pie del nido."

Siempre dogmatiza con el ejemplo tomado de nuestra historia ó de nuestra naturaleza. Eso explica la novedad de sus tropos y el encanto de sus metáforas. También nos pertenece su filosofía. Leyó, pensó, y escribió para nosotros. Sus *Violetas y ortigas*, hablan en prosa de cosas nuestras. *Palmas y ombúes* hablan en verso de nuestro ayer y nuestro porvenir, de nuestros dolores y nuestras esperanzas. Es á nosotros, sólo á nosotros, á quienes dice:

"Amad el bien, amadle con delirio,
Con ardiente pasión, con la fe ciega
Que llevaba al cristiano hasta el martirio."

Es para nosotros, para nosotros sólo, que imitaba reflexivo el modo de metrizar de Ricardo Gutiérrez:

"No basta, no, que al fúnebre redoble
Del tambor que convoca á la pelea,
En hueste innumerable avancen fieros
Los que van á morir, sin que comprendan
Por qué se baten,
Ni por qué quedan
Á millares tendidos en el llano,
Regio festín brindando á la epidemia!

El error, la miseria, las pasiones,
Esparcen en el alma sus tinieblas,
Y ya amenguan ó eclipsan, sino apagan
El salvador fanal de la conciencia:
El asesino
Arma su diestra;
El hombre pervertido se degrada,
Y ante ídolos de barro se prosterna.

No hay razón, no hay derecho, no hay justicia,
No hay más ley en el mundo que la fuerza,

La libertad es sueño, cuanto existe,
Perpetua evolución de la materia;
Dios es un mito,
Vana quimera:
Eso dicen los sabios de la Europa,
Y eso á la incauta juventud se enseña!

Es mentira! el eterno Prometeo,
La humanidad entre sus grillos presa,
Cuando vencer no puede á su enemigo
Hasta en silencio contra el mal protesta.
Vuelve sus ojos
Á otras esferas,
Y en Dios, en la razón y en el derecho,
Para ir hasta el martirio encuentra fuerzas!

Al desbordado mar opone el dique,
El imantado hierro á la centella,
El Tribunal augusto de los pueblos
Á la bestial matanza de la guerra;
Y sustituye
La última pena,
Por la expiación y enmienda del culpable,
Á quien así el castigo regenera."

Gracias á su numen la poesía nacional fué y se desenvolvió, aunque los nuevos se sonrían ante las rudas sonoridades del laúd del patriarca del ciclo de los románticos melenudos y quejumbrosos. Decía Sarmiento: "La humanidad es una tierra dura é ingrata, que rompe las manos que la cultivan y cuyos frutos vienen tarde, muy tarde, cuando el que esparció la semilla ha desaparecido." Sin aquellas rudas sonoridades, sin aquellos ripios de que nos burlamos, nuestra musa aun iría con las trenzas colgando y el vestido corto. Ellos dieron á la niña, sin preocuparse

mucho de lo insonoro de su idioma métrico, un alma de mujer buena, dulce, creyente y apasionadísima. Nuestro poeta tuvo, al encarnar en sí las características esenciales del molde colectivo, la personalidad individual, ese patrimonio resaltante de los hombres diferenciados de que habla Ingegnieros.

III

Digamos algunas palabras sobre *Celiar*, leyenda romántica publicada en Madrid en Agosto de 1852. Está escrita en variedad de versos, y forma un volumen de más de cien páginas á dos columnas.

Hablando de esa leyenda decía á sus lectores don Eugenio de Ochoa:

"En ella hallarán una lectura de las más amenas, ardientes amores contrariados, mujeres puras como ángeles, y hombres perversos como demonios; descripciones de países que en nada se asemejan á nuestra caduca Europa; caracteres que en fuerza de ser extraños, parecen imposibles, y sin embargo son reales; costumbres que para nosotros los españoles tienen un interés vivísimo, porque son las de una gran porción de nuestros hermanos; batallas, incendios, raptos, y como vestidura de toda esa gran variedad de elementos poéticos y novelescos, una versificación lozana, rica de felices ornatos; tan variada en sus tonos, como lo es en sus mil accidentes la narración, ora rápida, ora difusa, de unos sucesos cuyo interés no decae ni un momento, porque siempre hablan al alma ó á la imaginación. Cuando no conmueven excitan la curiosidad: á veces producen á la par ambos efectos, que es uno de los mayores triunfos que puede conseguir el poeta, después del de enseñar y hacer amables las verdades morales."

Hablando de la misma obra, Luis Mariano de Larra dice que la imaginación de nuestro poeta era más robusta y más rica que la imaginación de los artífices europeos. La poesía de aquel poema exótico era "la poesía del alma, ruda como el valor, exagerada como el heroísmo.

"Cierto que á veces falta la corrección en sus versos, las reglas en sus formas; pero no es menos bello el torrente por rodar entre riscos desiguales que el canal que arrastra sus aguas siempre con la misma tranquilidad entre los muros fabricados por la mano del hombre. Nosotros preferimos, sin pretender que sea justa nuestra opinión, el genio aunque desordenado, al arte y al método. Del primero brota la inspiración á través de los defectos; del segundo nace la monotonía de las mismas bellezas.

"Plácido, Heredia, el mismo Magariños Cervantes atienden más á lo que sienten que á lo que piensan; podría decirse que escriben con el corazón. El genio no necesita reglas para volar. Asciende, se eleva sobre la multitud, y si su propia impetuosidad le hace descender alguna vez, es para remontarse más alto, para romper los lazos que le oprimen, para fijar sus miradas donde los ojos de la muchedumbre no pueden mirar sin deslumbrarse."

Celiar empieza así:

"Fatal es el presente
Para la raza hispana!
Doquiera, en ambos mundos,
Su estrella fatal es!
Do quiera nos abruma,
Como expiación tirana,
Del irritado cielo
La maldición talvez!

Dejad que se remonte
Del entusiasmo en alas,
Y un día más sereno,
Y un aura más sutil,
En el espacio inmenso
De las etéreas salas,
Busque y encuentre acaso
Mi espíritu febril.
Dejadme en las riberas
Del anchuroso Plata,
Cave sus verdes islas
Y bosques de azahar,
Absorto en las riberas
Que su cristal retrata,
Por montes y llanuras
Risueño divagar.
Dejadme, sí, dejadme,
Perder en el desierto
Sombrío, inmensurable,
Sin vallas ni confín,
Y sorprender su horrible
Sublime desconcierto
Al grito del salvaje
Cargado de botín."

Y el mago de los montes en que la mulita luce su caparazón, decía después:

"Ya miro en lontananza
Cruzar cual meteoro,
Las desbandadas huestes
Del arrogante infiel,
Y retemblar el suelo
Con estridor sonoro,
Bajo el sonante callo
Del rápido corcel.

Diviso á mis gauchos
En potros no domados,
Volviendo del rodeo,
Bajar en confusión
Por cercos y barrancas,
Por valles y collados,
Cual banda de condores
Que vuelan en montón.
Los miro de allí á poco,
Mientras la sombra avanza,
Sentados en el tronco
Del secular ombú,
En pláticas sabrosas
De amor y confianza,
Ver asomar la luna
Y á su argentina luz,
Las nubes, las estrellas,
Los árboles, las flores,
Los montes y los ríos
En mágica ilusión,
Cubrirse con su velo
De místicos fulgores,
Y sorprender en ellos
Á Dios el corazón.
Dejadme, pues, que ciego,
De mi entusiasmo en alas,
Un día más sereno
Y un aura más sutil,
En el espacio inmenso
De las etéreas salas,
Busque y encuentre acaso
Mi inspiración febril."

El poeta, después de habernos descrito en un largo romance octasílabo lo que era la patria oriental en

el siglo XVIII, nos transporta á los cármenes de la estancia de don Diego Sandoval. Éste, que es bondadoso y rico, tiene una hija llena de gracia, á modo de jarro de inocente hermosura.

"Pura violeta del roble
Entre el follaje escondida,
Blanca tórtola perdida
En un bosque de azahar,
Flor y ave cuyo canto
Y suavísima fragancia,
Al viajero á la distancia
Le revelan donde están,
Isabel simbolizaba
Cuanto el pensamiento alcanza,
Emblema de la esperanza,
Delirio de la ilusión;
De alma angélica y de formas
Que de hermosura tesoro
Eran el cerco de oro
De joya de más valor."

Don Juan de Altamira, comandante y tirano de un pueblo próximo á la estancia, amaba á Isabel; pero Isabel no le correspondía, porque en el fondo de los ojos de Isabel está impresa la imagen de Celiar.

"Para amar á aquel hombre y adorarle
Y sentir en el alma nuevo ser,
Bastaba una vez sola contemplarle
Sujetando un fogoso pangaré.

Ó como tromba de pujanza llena,
Con el lazo en la cincha del bridón,
Á los vientos tendida la melena,
Derribando al novillo más feroz.

Ó valeroso en el extenso llano
El bramido del tigre al escuchar,
El poncho envuelto en la siniestra mano,
Y en la otra firme el matador puñal:

Aguardar á la fiera frente á frente,
Y al sentirla ya encima, hundir veloz
El poncho por su boca de repente,
Y partirle de un golpe el corazón."

El padre quiere que la doncella se case con don Juan. Isabel se resiste, y en una yerra desaira al español, que hipócrita y taimado finge que cede la mano de la joven á su rival feliz. Cuando faltan tres días tan sólo para la boda, llega un chasque á la estancia. Un tío de Celiar agoniza y desea abrazarle antes de morir. Aquel anciano sirvió de padre al mozo. ¿Cómo dejarle que se vaya sin verle por última vez? El gaucho gallardo se dirige á Entre Ríos. En mitad del trayecto, le sorprende la noche.

"Pero triste, silenciosa
La luna, por accidente,
Con una aureola encarnada
Entre las nubes se mece,
Y rápida por instantes
En lento girar asciende
Iluminando los campos
Dó, con lumbre transparente,
En la empinada cuchilla
Su albo disco resplandece.
Y Celiar sin zozobra,
Porque es aunque joven fuerte,
Por la mitad de la sierra
Iba al trote lentamente,
Cuando huyendo el vaqueano,

Le grita, — ¡los indios vienen! —
Sin inmutarse el gallardo
Mancebo, la cara vuelve,
Echa mano á las pistolas,
Y valeroso detiene
Al ágil potro que para
Las orejas velozmente:
Observa á poca distancia
Diez hombres de poncho verde,
Cuyos rostros bajo un ancho
Pañuelo desaparecen.
  El joven conoce al punto
Cual es su intención aleve,
Y juzgando contra tantos
Imposible defenderse,
Cierra espuelas á su potro
Y en la fuga busca inerme
Su salvación.... Vano empeño!
Los que alcance le dan tienen
En vez de caballos águilas
Que el aire veloces hienden.
Y — ¡deteneos! — le gritan
Más furiosos persiguiéndole,
Y arrojándole las *bolas*
Que silbando y revolviéndose
En los piés de su caballo
Se enredan como serpientes
Que en rededor de su presa
Sus mil anillos extiende.
Al instante, encadenado
El parejero no puede
Ni obedecer á la espuela,
Ni romper sus grillos fuertes.
  En inútiles esfuerzos
Se agita, pugna, pretende

Sacudir sus ligaduras;
Pero vacilando pierde
El equilibrio y al punto
Dá en tierra con el jinete,
Como formidable mole
Que de un monte se desprende."

El jefe ó capitán de los perseguidores, el español celoso y vengativo, sepulta por tres veces su puñal en el hercúleo pecho del caído, diciéndole con amarga ironía:

"¡Vé á tomar en el infierno
Y apura allí hasta las heces,
El mate que tu querida
Á la vuelta iba á ofrecerte!"

Todos saben que el matador es don Juan; pero nadie se atreve á acusarle por aquella traición. Es el representante del rey de Castilla. En su poder compendia todo el poder de España. Sin embargo, don Juan no está tranquilo. El cadáver de Celiar ha desaparecido. ¿Qué se ha hecho ese cuerpo del apuñaleado? ¿Quién lo ocultó, y dónde está oculto? Don Juan no lo sabe y esto le angustia. Á veces tiene miedo. No hay nada más espantable, para los viles, que lo misterioso. Saben que la sombra, la gran justiciera, no está con ellos. La sombra es Dios. Dios asusta á don Juan.

Entonces aparece otra mujer, Emilia. Es la sobrina de un buen sacerdote, que la recogió y sostuvo en su orfandad. Quedó, á los diez años, sola en el mundo. Abusando de la inexperiencia de sus sentidos, un hombre la sedujo. Carlos, enamoróse luego de la seducida, ofreciéndole su nombre y su fortuna; pero la se-

ducida, que va á ser madre, muere en desolación, confiando el secreto de su culpa á Carlos. Este se propone vengarla y huye al desierto, sin que ninguno sepa ni el fin que persigue ni el lugar donde esconde su incurable pena.

El poeta nos traza, entonces, un rápido bosquejo de los charrúas.

"Deshecho en largas guedejas
En torno al desnudo cuello,
Cerdoso y negro el cabello
Inquieto se vé ondear;
Ó erizarse como flechas
Sobre la aplastada frente,
Si de ira ó miedo tremente
No acierta el salvaje á hablar.

Aquellos ojos hundidos,
Aquella mirada incierta,
Aquella boca entreabierta,
Y cobriza palidez,
Despiertan dentro del alma
Una sensación penosa,
De repugnancia medrosa,
De incertidumbre y doblez.

Son atléticas sus formas,
Mas carecen de hermosura;
Es muy recia su estatura,
Su presencia muy brutal;
Pero aquel tronco animado,
Potente lleva en sí mismo,
Tan selvático idiotismo,
Tanta fuerza material:

Que parecen, agrupados,
Y corriendo á toda brida,
Una mole que impelida
Por el brazo de un titán,
Mintiendo trémula lava
Con cabezas, potros, sables,
Baja en haces formidables
De la cumbre de un volcán!"

Poco tiempo después los charrúas están dirigidos por un ser misterioso, indomable, que hostiga ferozmente á los españoles. Ese cacique se llama Toluba. Toluba es el rey de los montes; el indio rey de las espesuras salvajes, y vírgenes, y llenas de murmullos inexplicables. ¿De dónde vienen esos murmullos? ¿De qué están formados? ¿Quién los produce? La musa no lo sabe é interroga á los nidos, á los brotos purpúreos, á las gusaneras pendientes de las ramas que dora el estío con sus lluvias de sol.

"¿Ó acaso vaga en la selva
Algún *cimarrón* famélico,
Y en el disco de la luna
Clava sus ojos sangrientos,
Tiende el cuello, el aire aspira
Y hacia el llano dirigiéndose,
Con triste, fúnebre ahullido,
Convoca á sus compañeros
Para caer como hienas
Sobre el ganado indefenso?

¿Rival del *cóndor,* acaso
Por entre el ramaje espeso,
Algún águila gigante
Tiende majestuosa el vuelo,

Entre sus agudas garras
Ya su presa dividiendo,
Y apagando sus gemidos
Con el crugiente aleteo
Y áspero grito de gozo
Que ronco repite el eco?

¿Por ventura el potro errante,
Que jamás conoció dueño,
Vió pasar cual meteoro
Á la yegua del desierto,
Y la llamó con salvaje
Relincho de amor frenético,
Los ojos centelleantes,
Tendida la crin al viento?"

Toluba, que no es otro que Carlos, arroja á los indios sobre el pueblo donde reina don Juan. Celiar reaparece y mata al español; pero Isabel no será de Celiar. La muerte se los lleva para bendecir sus nupcias en el cielo. Y el poeta llora sobre su sepulcro, en octavas reales, el último adiós.

"Dormid, sombras, dormid! Tibia la luna
Os preste melancólica su lumbre,
Y las nocturnas brisas, una á una
Sobre esa cruz en vaga muchedumbre,
Murmuren los cantares que en la cuna
Con acento de paz y dulcedumbre,
Le canta, dirigiéndose al Eterno,
La cariñosa madre al niño tierno.

Dormid, sombras, dormid! y lentamente
Destrenzándose en hebras bullidoras,
Un arroyo de margen trasparente
Os cuente con su voz las tardas horas;

Dormid, sombras, dormid, y reluciente
Escondida en las ramas tembladoras,
Multitud de aves ricas, ciento á ciento,
Trinen á par del amoroso viento.

Y tú, oh tumba, que guardas sus amores
Y con ellos también su triste historia,
Conserva en derredor fragantes flores,
Que recuerden al mundo su memoria;
Quizá uno de tantos trovadores,
Más feliz ó más digno de la gloria,
Te inmortalice vencedor un día
Con cantares de espléndida armonía."

La poesía no se reduce á la simple metrificación de las palabras. Se puede metrificar discretísimamente, sin ser poeta ni cosa parecida. Los resortes verdaderos de la poesía son el sentimiento y la imaginación. En la leyenda, que acabamos de diseñar, el verso no siempre nos satisface; pero es indiscutible que, aunque muy abultados, el sentimiento y la fantasía supieron llorar y ver de un modo poético el romance amoroso que nos narraban. *Celiar,* como casi todas las narraciones de índole parecida á la suya, es una novela en verso, cuyo carácter legendario no sube desde la multitud hasta el poeta, sino que baja desde el poeta hasta la multitud. La musa no recogió el asunto que la impresiona de labios populares, sino que se esfuerza en que se popularice el asunto que la alucina, el asunto con que soñó en sus horas de fiebre. El poeta engendra la tradición, y no es la tradición la que inspira al poeta. El duque de Rivas procedió de otro modo. *Maldonado y la azucena milagrosa* tienen una fortísima base popular. También procedió de otro modo don José Zorrilla. El pueblo inter-

vino en la creación de *El capitán Montoya,* como intervino en la creación de *Margarita la tornera,* que se llama *Sor Angélica* en los archivos tradicionales de Francia. Es que la Europa, monástica y feudal, la de las supersticiones y los milagros del medio evo, es un nido de crónicas y de consejas. En nuestro buen país, mucho más joven y de historia reciente, las crónicas faltan y las consejas tan sólo existen en gestación. No tenemos aquí ni elfos escandinavos, ni ondinas germánicas, ni silfos como los silfos de gala progenie, ni burladores como los burladores de ceceo andaluz. Magariños Cervantes, al convertir los sueños de su musa en populares sueños, daba á la patria el sello que caracteriza á las naciones viejas y soñadoras, donde hay willíes que se columpian en las ramas del sauce que platea la luna, y gnomos que custodian á los diamantes que danzan su vals de destellos en las cavernas de la montaña. Visitad un país de leyendas propias, de fantásticos cuentos nacionales, y veréis que el sentimiento patrio de sus hijos es hondo y profundo, muy profundo y muy hondo, porque es un sentimiento heredado y robustecido por las canciones que las nodrizas cantan junto á las cunas. Nosotros no tenemos consejas. Ya las tendremos cuando nuestro sol llegue á la cumbre de las montañas. No han de faltarnos, no, cuando se haga añejo el espumante vino de nuestras glorias. Hasta entonces la poesía será la madre de la tradición, en vez de ser, como parece lógico y natural, la tradición el origen de la poesía. Así pensaba, y pensaba bien, el romántico numen de Alejandro Magariños Cervantes. Su poesía, por influjos del tiempo, ya no actúa, á modo de sortilegio, sobre nuestro espíritu. Sus estrofas, aun sus estrofas de más valer y más sonoridad, no son ya á nuestros ojos sino flores cloróticas, flores enfermas,

flores sin jugo, cual claveles y salvias de verdor ya muerto. Sin embargo, el soplo del ideal, que las concibió, aun levanta sus perfumes purísimos más allá de la tierra. Pasó la primavera, pasó el estío, y hasta puede decirse que pasó el otoño de aquel fecundo numen; pero, á pesar de todos los pesares, todavía se leen con emoción profunda y respetuosísima las páginas de *Celiar* y de *Caramurú.*

IV

Caramurú es la mejor de todas las novelas de don Alejandro Magariños Cervantes.

La novela, según los preceptistas, es un simple relato de sucesos ficticios, cuyo fin esencial es recrear el ánimo y embelesar la imaginación de los que la leen. No se diferencia fundamentalmente de la epopeya, sino porque la epopeya se escribe en verso, en tanto que la novela se escribe en prosa, debiendo ser los sucesos inventados por el novelista, más verosímiles que los sucesos de que el poeta épico se ocupa y refiere. Los orientales, aficionadísimos á lo extraordinario y á lo maravilloso, fueron los primeros que la cultivaron en cuentos y parábolas. En nuestros días no hay género literario más extendido y más popular que el género novelesco, que va siendo tendencioso y dogmático en grado sumo, si hemos de juzgarle por las últimas producciones de los Carol y de los Bazin.

Para los románticos la novela no era el reflejo artístico de la realidad. Desdeñaron ó desconocieron la belleza y las enseñanzas que se desprenden del estudio y de la pintura de lo orgánico de la vida, y cuando entraban por excepción en las heredades del

realismo, pronto se perdían en las encrucijadas del realismo falso y pueril. Víctor Hugo decía, en el año 1833 y en el prólogo de su *Han de Islandia:* "En toda obra pensada, — drama, poema, ó romance, — entran tres elementos: lo que el autor ha sentido, lo que el autor ha observado y lo que el autor adivinó. En la novela en particular, para que sea buena, es preciso que haya muchas cosas sentidas, muchas observadas, y que las cosas que adivinamos se deriven lógica, simplemente, y sin solución de continuidad, de las cosas observadas y de las cosas sentidas." — Los románticos, por lo general sintieron mucho, y poco adivinaron, pudiendo afirmarse que carecían del instinto de la observación. Hay palomas que no tienen el instinto del rumbo, sin dejar por eso de ser palomas. No podía escaparse á esta ley de su escuela don Alejandro Magariños Cervantes.

Es verdad que pintó los paisajes y los usos de nuestra campiña; pero lo hizo como si hubiese contemplado lomas y usos á través de un velo columpiante y perturbador. Aquello es el terruño sin ser el terruño; aquello es nuestro génesis sin ser nuestro génesis; aquella es nuestra vida sin ser nuestra vida. Empieza describiendo una pamperada que quiebra los ramajes del ñandubay, y hace oscilar furiosa las copas del ombú, "árbol gigantesco, de enorme tronco y pobladas ramas, que brota espontáneamente en nuestras interminables soledades." — Bajo ese árbol se guarece un hombre. — "Era un joven como de veintiocho años; alto, de tez morena y vigorosa musculatura. Cubría su espaciosa frente un sombrero portugués de copa redonda y ancha ala, adornado con algunas plumas de pavo real, entre las que se distinguía un ramito de flores silvestres ya marchito y atado en la cinta del sombrero con otra de seda. Abundantes cabellos

negros, tersos y relucientes, flotaban sobre sus robustas espaldas, en agradable desorden; su larga y poblada barba, que le llegaba hasta el pecho, caía sobre la botonadura de plata de su poncho, especie de capa cerrada que se mete por la cabeza; sus ojos rasgados y brillantes, coronados por espesas cejas que se unían en forma de herradura, tenían una indefinible expresión de arrogancia y de orgullo, templada por cierto aire regio é importante, que subyugaba ó predisponía á su favor. La nariz aguileña, la boca grande, pero muy delgados los labios, revelando la desdeñosa altivez del que se cree superior á cuanto le rodea.

"Cuando el viento levantaba el halda de su poncho, distinguíase debajo de él una chaqueta de grana bordada con trencilla negra: un pañuelo de espumilla formaba el chiripá, liado por la cintura á guisa de saya, recogidas las puntas entre los muslos para poder montar á caballo, y sujeto al cuerpo por un tirador, especie de canana de piel de gamuza, del cual pendía un enorme puñal de vaina y cabo de plata: anchos calzoncillos de finísimo lienzo, adornados en los extremos con un gran fleco ó crivao, resguardaban sus piernas, y descendiendo hasta los tobillos, ocultaban á medias unas espuelas de plata colosales, y las blanquecinas botas de potro formadas con la piel sobada de este animal. Dichas botas, partidas en la punta, dejaban al descubierto los dedos de los pies para asegurarse mejor en los estribos, de forma triangular y tan pequeños que apenas daban cabida al dedo principal."

El hombre era un gaucho.

"Un gaucho es un hombre que se ha criado vagando de estancia en estancia, que vive y tiene todos los hábitos, inclinaciones é ideas de la vida nómada y

salvaje, amalgamadas con las de la civilización. Espíritu indómito, audaz, lleno de ignorancia y preocupaciones, pero valiente hasta el heroísmo; carácter excéntrico y original, que no conoce más leyes que su capricho ni anhela más felicidad que su independencia, que desprecia al hombre de las ciudades y cifra su ventura en los azares, en los peligros, en las violentas emociones de su existencia errante y vagabunda."

No olvidemos que esto no fué escrito para nosotros. Lo minucioso y explicativo de la descripción, el afán de definir las prendas del vestuario y la clase á que pertenece el protagonista, lo prueban de sobra. Nuestro público no necesita, y menos necesitaba entonces, que le expliquen lo que es el poncho y el como están formadas las botas camperas. Nuestro pueblo sabe lo que es el ombú y sabe como fueron los gauchos de antaño. La novela y sus personajes están escritos é imaginados para despertar la atención de los madrileños, pudiendo decirse que Caramurú es un Celiar en prosa, como Celiar es la encarnación poética de Caramurú. Como Celiar adoraba á la dulce Isabel, Caramurú se muere por la cándida Lía, y como Celiar tuvo por adversario al extranjero don Juan de Altamira, Caramurú tiene por adversario al extranjero Conde de Itapebí. El mismo asunto, del que nacen no pocos incidentes análogos, inflama al novelista y al poeta épico, interviniendo simpáticamente los charrúas en el romance y en la leyenda, aunque el Tapalquem de *Caramurú* no sea un blanco disfrazado de indio como el rencoroso Toluba de *Celiar*.

La acción de la novela se desarrolla en 1823 y en el departamento de Paysandú. En la noche de la tormenta, Caramurú rapta á la amorosa Lía, escondiéndola en las enmarañadas soledades del bosque, y dá

poco después, seguro de que la virgen está bien oculta, en "una pulpería, ó lo que es lo mismo, en un ventorrillo ó taberna *sui generis,* donde se expendía detestable vino, aguardiente, miel, torta, flores de maíz, tasajo ahumado y otros comestibles." En esa pulpería se reunen, todas las mañanas y al caer de la tarde, los gauchos de diez leguas á la redonda. Todos son altaneros y belicosos como gatos monteses. — "Á la menor palabra indiscreta, á la menor alusión que lastimara su nimia susceptibilidad, los puñales salían á relucir y no volvían á la vaina sino teñidos con la sangre de uno de los combatientes. Los espectadores, tranquilos é impasibles, se levantaban de los cráneos de caballo que les servían de asiento, y formando un ancho círculo en torno de los dos combatientes, les dejaban acuchillarse á su sabor hasta que corría la sangre. Entonces se interponían y les obligaban á darse las manos, á menos que alguno hubiese muerto, lo que rara vez acontecía, porque existen ciertas reglas de nobleza entre aquella gente desalmada, que les veda matar á su contrario por causas triviales. Les basta únicamente con *señalarlo, marcarlo en la jeta,* como ellos dicen, *para que aprenda en adelante á qué pingo echa el pial.*"

Me detengo en transcribir detalles para que se vea con que equipo nació la novela nativa, nuestra novela. El Cervantes peninsular dijo, con orgullosa justicia, que era el primero que había novelado en lengua castellana. El Cervantes criollo, con valer mucho menos, también pudo decirse, con legítimo orgullo, que era el fundador de nuestra novela histórica, y aun de costumbres. También, como las del Cervantes español, las novelas que engendró el ingenio y parió la pluma del Cervantes criollo, no eran traducidas ni arregladas de lenguas extranjeras, sino libres de hurto·

y muy suyas propias. Se engañan, pues, los que le encuentran parecidos y semejanzas con Fenimore Cooper. No hay puntos de contacto espiritual entre nuestro poeta y el novelista norteamericano, fuera del desaliño del estilo, que es grande en los dos, y fuera de la modalidad de sus diálogos, que en los dos distan mucho de ser naturales. En lo único en que se asemejan, si esto es parecerse, es en que Cooper describe algunas veces, como en *Los colonos,* la salvaje belleza de los bosques nacidos en las márgenes de Oswego, mientras Magariños describe siempre la virgen hermosura de los bosques del Uruguay, como lo hace en las páginas de su *Caramurú.* Nuestro poeta, con llegar á mucho, no llegó á más, pues faltan á su gloria las admirables novelas marítimas en que se funda la fama universal de Cooper, — aquellas novelas destinadas á vivir siempre y que encantaron las horas de nuestra niñez, — aquellas novelas en que aun releemos con delectación las aventuras de *El espía, El pirata* y *La bruja del mar.* Es cierto, sin embargo, que así como las novelas de Magariños se desarrollan durante la época en que batallábamos por nuestra independencia, algunas de las novelas de Cooper, como *Wyandotte,* se desarrollan durante la época en que se batallaba por la independencia del norte del continente, como es cierto también que en muchos de los romances de Cooper hay indios, del mismo modo que los indios actúan en el *Celiar* y en el *Caramurú* de Magariños Cervantes. Deducir de esto semejanzas de imitación nos parece imposible. Los parecidos, en este caso, son inconscientes é incidentales. Aunque Cooper no hubiera existido, existirían frondas, charrúas, usos exóticos y batallas por la libertad en las novelas de Alejandro Magariños Cervantes. El hombre rojo de Magariños no es el hombre rojo de Cooper, no es el hombre rojo de

El rastreador y de *La pradera*, no es el hombre rojo del *Último mohicano*. En la serie de romances de Cooper, que se denomina serie de Leather-Stocking, el indio es el héroe dominante, el héroe único, el héroe por excelencia, el héroe en torno del cual gira toda la trama, siendo ese indio idealizado el indio que aceptó como bueno la literatura. Leed *Los cuchillos de oro* de Paul Feval. El hombre rojo de Magariños Cervantes está más cerca de la realidad, no constituye el alma de sus asuntos, nada sabe de higiene, y en ningún caso sube á las enhiestas alturas morales á que suele ascender el indio de Cooper. Los relatos de batallas de éste en nada se asemejan á los relatos de batallas de nuestro Magariños, por ser otro el medio en que se celebran, y otros los recursos de los combatientes, y otro el poder pictórico de cada una de aquellas creadoras musas, aunque el autor del norte y el autor del sur sientan, del mismo modo elevado y sincero, el poderoso hechizo de la libre naturaleza, de la naturaleza virgen é inmaculada que enrojece los ojos del corcel de Caramurú y que recoge el último suspiro de los labios de Leather-Stocking.

Continuemos el interrumpido relato de la novela de Magariños. En la pulpería, donde se concierta una batida de tigres al compás de los cantos de los payadores, un grupo se ocupa del misterioso rapto de Lía. Un malevo afirma que conoce al raptor y que sabe donde éste ocultó su presa, lo que ocasiona un lance entre el maldiciente y Caramurú. Con el poncho arrollado en el brazo izquierdo y las agudas hojas de los cuchillos brillando en el aire, los dos paisanos se espían y amenazan como dos concolores prontos á servirse de la garra y el diente. — "En vano era inclinarse, amagar al brazo y tirar al pecho, hacer falsos ataques á un punto reiteradas veces, y caer de repente

sobre el otro con la velocidad del rayo; en vano clavar una rodilla en tierra para herir al contrario por debajo, ó retroceder intencionalmente, girar como una rueda, serpear como un buscapié, cambiar á cada momento de posición como una ardilla.... ¡en vano!.... En vano dejar correr el puñal á lo largo de la hoja buscando los dedos ó la muñeca. En vano asestarse sin parar quince ó veinte golpes seguidos para fatigar la vista del contrario, y deslumbrarle en las rápidas evoluciones del acero más veloz que el pensamiento... ¡todo era inútil!... Siempre el hierro rechazaba al hierro, despidiendo azuladas chispas, siempre el poncho recibía el golpe mortal, y el tajo no llegaba á la piel, gracias á la celeridad y presencia de ánimo de los combatientes. Parecía que tenían una armadura oculta, ó que una mano invisible, en el momento crítico, desviaba las certeras é inevitables puñaladas que uno y otro se dirigían."

Muerto, al fin, su enemigo de un golpe en el corazón, Caramurú se resiste á los celadores que pretenden aprisionarle, monta en su caballo, le hunde las espuelas, y cruza los campos á todo correr; pero sintiéndose perseguido de cerca, al pasar junto á un grupo de árboles añosos, se agarra sin pararse á sus fornidas ramas, se hunde en la verdura de los sarandíes, y deja que los soldados enceguecidos sigan á la carrera en pos de su corcel. Cuando cesa el rumor del galope frenético, el gaucho marcial, el campesino indómito, se dirige al pueblo de Paysandú, penetrando en la aristocrática residencia del acaudaladísimo brasileño don Nereo Abreu de Itapeby. Caramurú, para don Nereo, no es Caramurú, sino Amaro. Don Nereo cree que Caramurú ha muerto. Caramurú es un montonero, un centauro, un héroe, un patriota, que trae á mal traer á los invasores, luchando por la libertad

de los orientales tan pronto en Minas como en Tacuarembó. Como Amaro afirma que Caramurú vive y que volverá á reaparecer más airado que nunca, don Nereo, comprendiendo que Amaro sigue las aguas de Caramurú, amenaza al gaucho con el anatema de los imperiales. — "Sea en buen hora, responde Caramurú. ¡Moriremos, si Dios así lo quiere; pero moriremos libres!" — Don Nereo se persuade, con ceño y disgusto, de que Amaro es uno de los que sostienen el espíritu audaz de la montonera, "llamada así, porque sus fuerzas se componían de pequeñas divisiones de caballería, sin disciplina, sin armas casi, sin sueldo ni retribución de ninguna clase, formadas en un día para divolverse al siguiente, y sin más ley que la voluntad del caudillo que las regía."

Caramurú pide á don Nereo una letra de diez mil pesos sobre Catamarca. Ha muerto á un hombre, y es preciso que la justicia no le haga pagar caro su desafío. El brasileño se niega á dar la letra solicitada; pero ofrece cien mil patacones de buena ley, si el gaucho le busca un caballo que triunfe en una carrera en que está empeñado su honor. Caramurú se dirige á un toldo charrúa. Es amigo del cacique Tapalquem. La tribu posee un caballo, rápido como una flecha, impetuoso como el pampero, y que relincha cuando le llaman por el eufónico nombre de Daymán. Caramurú pide ese caballo en préstamo á Tapalquem. Éste, que debe muchos favores al paisano valiente, engaña y atemoriza á su tribu, disfrazando de espíritu del mal á Caramurú. — "Tendió el gaucho la mano temiendo caer en la obscuridad, y tropezó con otra mano que le arrastraba al fondo de la tienda. Sintió que le quitaban el sombrero, el poncho y el chiripá; que le envolvían las piernas y brazos con largas tiras de cuero de lobo; que le echaban encima un manteo,

formado con dos pieles de tigre con un cinturón de colas de mono y de yegua, y que le acomodaban en la cabeza un enorme cucurucho de piel de carnero, del cual pendía una especie de antifaz ó careta, también de cuero, que le ocultaba enteramente el rostro." — Los salvajes, al ver aquella aparición, se arrodillan lanzando espantosos gritos, y el montonero se aleja, á favor de la lobreguez de la noche y del pánico de la indiada, llevándose al invencible y gallardo alazán.

La carrera celébrase, poco después, á corta distancia de Paysandú. Aquella descripción vale la pena de ser leída. Juzgad:

"Magnífico era el golpe de vista que ofrecía la extensa llanura, cuajada de gentes de todas edades, sexos y condiciones. Cuadro encantador que, trasladado al lienzo mientras lo iluminaban los tibios resplandores del sol de la tarde, reflejaría una de las faces más bellas y poéticas de la vida de nuestros campos. Variados y caprichosos trajes, indómitos bridones, adornados con regia esplendidez ó con salvaje pompa....

"Los ricos *chamales* de seda, los graciosos sombreros de *jipi-japa*, salpicados de raras y preciosas flores, cuyo hermoso colorido no igualaba á su fragancia; las lujosas vestas de grana y terciopelo; los bordados ponchos con flamante botonadura de filigrana, que descendía en triples hileras desde la garganta al pecho; los puñales incrustados de brillante pedrería, se confundían con el grosero lienzo, con la raida bayeta, con las remendadas chupas, con los abollados sombreros y grasientos cuchillos de los *peones* y gauchos pobres. Los briosos corceles, ostentando con marcial orgullo las argentadas estrellas y cadenillas, que eslabonadas y pendientes en el centro de un sol de oro, esmaltado de rubíes, envolvían su cabeza como una

red de nácar, y sujetaban el freno y las riendas, también de plata, hacían resaltar más el humilde arreo de los que por toda gala llevaban el *lazo* arrollado sobre la grupa de su caballo, y la frente y los encuentros de éste ceñidos por una banda de lucientes plumas...."

Sobre la llanada, en aquella hermosa tarde de sol, Daymán y Atahualpa alargan y recogen su elástico cuerpo, devorando el camino.

"Daymán y Atahualpa, bañados en sudor, arrojando por sus abiertas narices una columna de humo, y mirándose con ira, redoblaban sus esfuerzos á cada palabra de sus amos, cuyas largas cabelleras confundiéndose con sus crines, ondeaban como serpientes amenazadoras que se enroscaban silbando sobre sus cabezas.

"Por una ilusión óptica muy fácil de comprender en la rapidez de su carrera, en medio del torbellino de polvo y la nube vaporosa que los envolvía, los rayos del sol quebrándose y repercutiéndose velozmente, les prestaban á cada momento nueva forma y colorido. La imaginación asaltada de un vértigo fantástico, ora creía ver á la distancia dos fenómenos luminosos, dos de esas sombras colosales que al caer la tarde suele divisar con espanto el viajero que ignora su causa, en las cimas de la alta cordillera: ya dos enormes moles de granito bajando por el rápido declive de una montaña al fondo de un valle; tan pronto dos gigantes cóndores, batiendo sus anchas alas y cerniendo su raudo vuelo al confín de la llanura; como dos toros salvajes que salen del bosque con atronador mugido, llevando encima dos tigres feroces, cuyas aceradas uñas les desgarran la piel, clavada la boca en su cuello, hecho trizas por sus afilados dientes....

"No faltaban ya más que seis cuadras para llegar á la meta; la ansiedad y la expectación iban en aumento. Un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por el pausado galope de los caballos, se sucede á la animada conversación de los circunstantes. Nadie habla, nadie pregunta nada, nadie levanta la voz ofreciendo juego; todos miran, todos suspensos y ansiosos, como si se tratare del más grave é importante asunto, aguardan, latiéndoles el corazón á que se decida el triunfo.

"De repente Daymán pasa á su contrario, y un grito, semejante al estampido de un trueno, retumba de un extremo á otro; Atahualpa, furioso, lo alcanza y lo pasa á su vez; habla el gaucho á su corcel, y éste le deja de nuevo atrás; torna Atahualpa á alcanzarle y torna Daymán á adelantársele. El corredor del primero apela entonces al último recurso; se incorpora, sus talones espolean los flancos del vencido, revuelve el brazo á un lado y á otro cruzándole con el látigo los arcos y el vientre. El noble corcel indignado, levanta la cabeza, tiembla de coraje, da un bufido, y, por vez postrera, alcanza á su rival.

"Amaro imita el ejemplo de su competidor y cierra piernas á su caballo sin castigarle.

"Daymán al sentirse aguijoneado eriza la crin, irgue las orejas, tiende el cuello, alza la frente arrojando llamas por los ojos, la inclina, hiriéndose los encuentros con la barbada del freno, y más veloz que una bala al escaparse del tubo inflamado que la contiene, hiende los aires, porque sus pies no tocan la tierra.

"Atahualpa hace un último esfuerzo, se agita, alarga sus crispados miembros, aspira el aire con ardientes resoplidos, sigue con la vista empapada en lágrimas las huellas de su vencedor; pero ¡ay! en vano!.... en el mismo momento que éste pisa la meta triun-

fante, cae reventado él á cincuenta pasos, arrojando un río de sangre por la boca y las ventanas de las narices.

"Un coro de aplausos y vivas atruena la llanura."

Apenas el alazán cruza victorioso la raya, un soldado reconoce en Amaro á Caramurú. Éste huye á lomos del parejero indio. La tropa hace fuego sin lograr tocarle. El rebelde se azota al río que limita el campo, y desaparece entre las espumas anacaradas del cristal azul.

¿Quién era y qué fué de la joven que raptó el paisano?

"Lía era hija de un rico y distinguido abogado oriental, y había nacido y educádose en Montevideo, en aquella hermosa ciudad que se levanta en la orilla izquierda del Plata, como un mburucuyá silvestre á la clara margen de un riachuelo.

"Rayando apenas en esa edad dichosa en que la infancia se confunde con la pubertad, y la fisonomía refleja la candidez del adolescente y los hechizos de la mujer, su belleza á los trece años, sin haberse desarrollado del todo, producía esa magnética influencia, ese vago é indefinible embeleso que atrae las miradas de los hombres y les obliga á volver involuntariamente la cabeza, si pasa por delante de ellos, para seguirla con la vista como una aparición ideal, como al trasunto de la mujer que se han forjado en sus ensueños de amor y de poesía.

"Imposible nos sería decir á punto fijo en qué consistía este prestigio, prestigio que se escapaba al ojo más perspicaz al querer analizarlo, semejante á un fluído inmaterial. No se limitaba á una parte determinada de su físico ó de su alma; estaba derramado en todo su sér; lo mismo en su cutis sonrosado y transparente, aunque moreno, que en sus ojos pardos,

expresivos y voluptuosos, como en su aéreo talle más flexible que las ramas del sarandí, lo mismo en su reluciente cabello, sedoso, negro y ondeado, en sus manos tornátiles y reducidos pies dignos del cincel de Phidias, como en su boca de ángel que semejaba el temprano capullo de una rosa, entreabierto con el rocío de la noche y esponjándose con los primeros rayos del sol."

Aficionadísima al baile, la doncella quebranta su salud en los giros del vals y en los quiebros de la bolera, viéndose obligada á refugiarse en la dulce y robustecedora soledad de los campos. Está prometida, sin conocerle, al conde Alvaro Abreu de Itapeby; pero Caramurú la salva de las tenazas mordientes de un yacaré y la joven se prenda de su salvador, huyendo con Amaro. Éste la llevó á su guarida, escondiéndola en pleno bosque, entre lianas y capullos bermejos, en la choza mejor del rancherío donde reside la montonera capitaneada por Caramurú.

"Las paredes eran de barro y cañas; el techo de forma angular, de una paja larga y compacta, llamada *totora;* la puerta se componía del cuero seco de un novillo. No cubrían el suelo ricos tapices de Persia, sino frescas hojas de laurel, *yerba mora* y *salsafrás*, entremezcladas con el aromático *trébol* y la olorosa *gramilla.* En vez de cuadros, flores silvestres colocadas en toscos jarrones de tierra. Un grueso tronco, cubierto con la piel de un leopardo, servía de mesa; el de una palmera de sofá, y otros menores de butacas, todos resguardados por magníficas y variadas pieles. En fin, una preciosa hamaca, tejida con las plumas de las aves más estimadas por su brillo y hermoso colorido, arrollada y pendiente á falta de clavos, ofrecía un cómodo lecho al que quisiera extenderla de una pared á otra para descansar en ella."

Caramurú sabe, poco después, que Lía es la hija única de don Carlos Niger, á quien Amaro debe no solo la vida, sino el bien, mil veces más precioso, de la libertad. Lía es devuelta á su padre, quien, conociendo el amor de la joven y el patriotismo del paisano, conviene en bendecir los desposorios de la pueblera con el gaucho. Esto dá lugar á un caballeresco lance entre don Alvaro y Caramurú. Amaro perdona la vida á su rival; pero vuelve á medirse de nuevo con el conde en la batalla de Ituzaingó.

"Por último se encontraron: Amaro revolvió el brazo atrás, y su lanza, describiendo un doble círculo, corrió certera entre sus dedos, recta al corazón de su enemigo.

"El conde, que era un excelente tirador de toda clase de armas, la rechazó con su espada, y casi se la arranca de las manos. Vuelve Amaro á acometerle otra vez, y vuelve él á desviar los golpes que le dirige. Ataca don Alvaro, y con tal velocidad y destreza, que apenas puede aquel defenderse con la lanza: arrójala enfurecido y empuña el sable.

"Chócanse, rebotan, martillean y crugen los aceros en sus potentes diestras: los dos combaten con encarnizamiento, ciegos de ira, sedientos de venganza, mas no consiguen herirse.

"De repente dá el conde un grito, inclina lentamente la cabeza sobre el cuello del caballo, extiende el brazo, suelta la espada, vacila, pierde los estribos, y cae al suelo.

"Ancho raudal de sangre se escapa de su pecho; una traidora lanza lo ha traspasado por detrás de parte á parte.

"Amaro indaga con la vista quien ha sido el aleve que se ha atrevido á herirle cuando combatía cuerpo á cuerpo con él; el hierro ensangrentado de uno de

sus montoneros le revela al culpable; váse á él, y le tiende á sus piés de una cuchillada.

"El desgraciado creyó hacer un servicio importante á su jefe, librándole de un enemigo que tan bien se defendía y atacaba.

"En seguida se desmonta, examina la herida y mueve la cabeza dolorosamente. ¡La lanza que le ha traspasado estaba envenenada!"

El conde muere; pero reconociendo que el gaucho invencible es su hermano natural, un hijo que su padre tuvo fuera de matrimonio, y el romance concluye bendiciendo el moribundo los amores de Lía y de Caramurú.

Caramurú pertenece, dentro de nuestra literatura, al género de las novelas épico-heroicas.

Caramurú es nuestro libro de caballería, nuestro Amadis de Gaula.

El fondo del romance de nuestro poeta, como el fondo de los romances caballerescos, está constituído por amores platónicos y combates extraordinarios. siendo el valor y la fidelidad el sello característico de sus héroes. No hay en *Caramurú*, como en las fábulas mediovales de los caballeros de la Tabla Redonda, dragones alados ni prodigiosos encantamientos; pero hay, en la novela de nuestro autor, una buena bruja macábrica, con cuyas artes debieron soñar los niños y las vírgenes del tiempo romántico. — "Una india vieja y de deforme aspecto, cuya pequeña estatura estaba compensada por una obesidad monstruosa, apareció en el umbral y se detuvo hasta que el tubichá, con un gesto imperativo, la indicó que pasara adelante. Era ésta la hechicera de la tribu. Venía cubierta con una grosera manta de lana, y traía al cuello un collar de dientes humanos: cerdosos y enmarañados cabellos coronaban su aplastada frente; sus pe-

queños ojos de fiuna, desnudos de párpados, desaparecían en sus órbitas amoratadas, hundidas y cavernosas; su gruesa nariz, chata como la del tigre, y sus abultados labios prolongándose hasta cerca de las mandíbulas, carnosas y vueltas hacia afuera, dejaban entrever unos dientes largos, puntiagudos y separados. La piel de un gato montés servíale de delantal, y en sus sienes, muñecas y tobillos ostentaba con orgullo una triple sarta de cascabeles, petrificaciones y cuentas de colores que producían un ruido agradable, aunque monótono, siempre que se movía. Por último faltábanle, como á muchos de sus compatriotas, en los dedos de los pies y de las manos algunas falanges, pues los charrúas acostumbraban cortarse una cada vez que se les moría algún deudo ó persona muy estimada."

Del mismo modo si no hay en las páginas de *Caramurú* golpes y dentelladas entre encantados gigantes y fabulosos grifos, hay una contienda entre el protagonista y un yacaré que vale tanto como aquellas dentelladas y aquellos mandobles. El yacaré mata el redomón en que cabalga Amaro. — "El terrible anfibio le había abierto en el pecho una ancha puerta, por donde salía un raudal de negra sangre, que él bebía ávidamente.... Cuando el reptil se hartó de beber, metió su larga y aplastada cabeza por el pecho del caballo para devorarle las entrañas. El gaucho se levantó, y conceptuando inútil la *bola perdida*, vista la imposibilidad de herirle en la cabeza, se le fué acercando cautelosamente, y con mano firme y certera le escondió en la juntura de una de las patas delanteras la hoja de su puñal hasta el pomo, revolviéndosela dentro el breve instante que tardó el yacaré en sacar la cabeza de los encuentros del caballo. El agresor, impasible y sereno, retrocedió dos pasos, y

volvió á esgrimir la bola perdida. Esta vez el golpe fué más certero: la metálica esfera se hundió toda en una de las concavidades de la frente, y los sesos del animal asomaron al través de la rasgada concha. Iba el valiente gaucho á ultimarle con nuevos golpes, cuando el reptil comenzó á dar vueltas, desatentado y furioso, escarbando la tierra y arrojando sangre por la boca; de repente se detuvo, dió un rugido, acompañado de un fuerte sacudimiento, y agitándose con las ansias de la muerte, cayó de espaldas, encogió las patas, y expiró. Tenía partido el corazón."

Caramurú vale la pena de ser leído, si se le considera como obra de deleite, como simple romance. El lenguaje no siempre es propio, ni siempre es castizo, ni siempre es levantado, ni es primoroso siempre. Hállanse en las páginas de la obra muchos apresuramientos é incorrecciones, siendo el autor víctima de su afán de definir con exactitud una naturaleza, unas costumbres, unos apetitos y una indumentaria que los europeos apenas conocían ó conocían mal. Casi todas sus descripciones son débiles ó abultadas, casi todas nos parecen cuadros á medio hacer, á casi todas les pediríamos más lima y más mesura, lo que no obsta para que sean sincero objeto de nuestro encomio el trágico lance de la pulpería y el épico incidente de las carreras. Hay allí rasgos muy próximos á la verdad. Hay allí matices que son matices de vida. Aquellas páginas han sido las precursoras de los cuentos y las novelas que hoy celebramos y que hoy aplaudimos porque huelen á trébol, porque traducen el modo de pensar y sentir de nuestra campaña. ¿Á qué detenerse en señalar lunares de forma? Oficie otro de Zoilo ó de Aristarco. Contentémonos con decir que, para ser eternas, les falta á aquellas páginas el gran espadazo del arte. Su autor, como la mayoría

de los románticos, despreciaba la forma, olvidando que, sin la forma, no hay labor literaria que el tiempo respete. Lo mismo puede decirse de los personajes. Todos son secundarios, excepción hecha de Lía y de Caramurú. No hablemos del conde de Itapeby. Es un traidor de folletín ó de melodrama, que quema testamentos y compra asesinos para librarse de su hermano menor. No hablemos tampoco del duelo á pistola entre éste y el gaucho de melena larga, porque ni aquello estuvo nunca en las costumbres de nuestra campiña, ni es de creer que el conde aceptara contienda de tal índole con un rival de poncho y de lloronas. El poeta sólo se propuso embelesar, sorprender, adquirir un lauro, y consiguió su objeto. Don Francisco Orgaz y don Rafael María Barald hablaron con elogio de *Caramurú*.

El asunto tampoco tiene nada de trascendente. Los dramaturgos y los novelistas de aquel entonces no adivinaron los problemas sociales que preocupan á los novelistas y á los dramaturgos de la hora que pasa. Tenían sus soñadores ojos fijos en el pasado, mientras nosotros tenemos las azoradas pupilas puestas en el futuro. Entendían ellos que la finalidad de su literatura era difundir las heroicidades de nuestra historia, pintar las arrobantes bellezas del pago nativo, y defender lo puro de nuestras costumbres de todo contagio de perversión. Sólo fueron psicólogos por incidencia, por casualidad, como hizo versos, sin saber que versificaba, el célebre Ovidio. Á pesar de eso, Caramurú tiene las características de nuestro gauchaje: es montaraz, callado, soberbio, belicoso, pródigo de su sangre y de la ajena, apasionadísimo de su amada y de la autonomía de su país. Adora en el campo y en la libertad. Tal vez el autor lo poetizó en todos sus instintos; pero, á pesar de estas exa-

geraciones idealizadoras, Caramurú es nuestro cuando ama, cuando codicia, cuando galopa, cuando se oculta y cuando pelea, como son nuestros el veloz alazán que dirige y el yacaré escamoso en cuyo vientre oculta la hoja de su puñal. Lía también es nuestra con sus ingenuidades de niña, sus ojos de venada, su corazón de fuego, su gusto por el baile, y la docilidad con que sigue al gaucho que la enamora, aunque se nos ocurre que el autor debió colocar su cuna en un medio un poco menos culto y un poco más agreste que el medio en que se forman su inteligencia y su corazón. No importa. Magariños Cervantes fué un explorador atrevidísimo y venturoso. Él delineó y cultivó la primera granja. Los que después han edificado villorrios y ciudades, no amenguarán la gloria de aquel aventurero bravo y sagaz. Él adivinó que teníamos, en nuestra naturaleza y en nuestra historia, recursos para el romance y para la leyenda, siendo hijos suyos, aunque en nada se le asemejen, los cultivadores del género novelesco y del género legendario con que se honra nuestro país. Él fué el primero que nos contó que el caicobé era una sensibilidad, la calandria un himno, el colibrí una piedra preciosa, el venado una tímida gracia, el ñacurutú una enorme tristeza, nuestras mujeres un tesoro riquísimo de mansedumbre amante y nuestros paisanos un fecundo venero de poesía entusiasmadora. ¿No basta eso para eternizar el nombre y el numen de Alejandro Magariños Cervantes?

Concluyamos, insistiendo en que no faltan inverosimilitudes ni incorrecciones en *Caramurú*. Hay en los amores de Amaro y Lía un platonicismo poco en concordancia con el modo de ser de la vida del bosque, que parece creada para los festines del instinto genésico. Talpaquem nada tiene de indio, y el hecho

de que Amaro sea Caramurú, no explica la facilidad con que don Carlos Niser se aviene á bendecir los desposorios de la incauta doncella con el bizarrísimo montonero. ¿Á qué insistir? Nunca mordimos por gusto ni censuraremos por afición. No nos tentó jamás convertir en burlas lo que costó á otros algunas onzas de sangre buena. No somos agudos, ni epigramáticos, ni impertinentes, ni por demás severos, hablando de los autores y de los libros con lealtad espontánea y sincera, pues nunca el odio literario movió nuestra pluma, ni la movió tampoco el deseo de comerciar con las alabanzas. Nos atrae lo que ya no existe y no pasará, más que lo que existe y pasará pronto, pues estamos muy lejos de suponer que todo aquello que no es modernísimo, que todo aquello que no es del hoy, queda disuelto y pulverizado por los desdenes de los innovadores de última hora, como estamos muy lejos de suponer que todo lo viejo es bueno y que no hay en lo nuevo cosas dignas de encomio, tan dignas de encomio como las buenas cosas que nuestros padres soñaron y escribieron. La hermosura artística no tiene edad. Todo lo hermoso es clásico. Yo ya sé que ciertos estudios, como la estética y la retórica, están en desuso, no necesitándose, para ser crítico impresionista y vapuleador, haberse quemado las pupilas y las pestañas leyendo á Aristóteles ó aprendiéndose de memoria lo que dice Blair. Para poder criticar con graciosa desenvoltura, hemos encerrado en la alacena de nuestra cocina á todos los latines, hasta al latín de Cicerón y de Quintiliano. Para decir aquello que nos sugiere un libro, fuera de las reglas ó contra las reglas, no se necesita ser un erudito como Alberto Lista ó haber leído una décima parte de lo que ha leído Menéndez Pelayo. Yo ya sé todo esto; pero sé que sé poco y no me atrevo con

ciertos libros y con ciertos autores. Yo ya sé todo esto; pero esto, aunque sabido, no me convence ni me persuade de que puedan oficiar de jueces, en prosa ó poesía, los que no conocen sino por la fama á Cervantes ó á Horacio. Para apreciar, en una obra artística, la belleza de la forma, el valor del fondo, y los primores del desenvolvimiento, fuerza es conocer por anticipado las reglas del arte y no ignorar lo que la retórica ciceroniana bautizó con el nombre de filosofía, porque quien dice arte dice técnica y quien dice fondo dice preparación. Así, por falta de cánones, se cae en el absurdo de juzgar á una obra romántica con arreglo al ideal calológico de nuestros días, que es lo mismo que si quisiéramos juzgar á Rubens con arreglo al ideal calológico de Carlos Jacque. La oposición de las escuelas no puede ser un método crítico razonable, desde que la lógica de la crítica exige que se estudien los productos de cada escuela dentro de su respectiva modalidad. Operar directamente con cantidades heterogéneas es un absurdo lo mismo en literatura que en matemáticas, pues así como el matemático distribuye y juzga á las cantidades con arreglo á su especie, el crítico sensato clasifica y juzga y considera á todas las obras con arreglo á su índole literaria. El realismo de los románticos se reducía á su respeto por el color local, á la observación del medio ambiente de lo pasado, siendo imperdonable que, movidos por nuestro sentimiento de la realidad, por nuestras predilecciones religiosas ó literarias, neguemos grandeza á las concepciones dramáticas de don Joaquín Estevanez y fecunda invención á la musa excepcionalísima de Echegaray. El que á mí me parezca que la novela no debe ser docente ó tendenciosa, no me autoriza, ni mucho menos, para negar que son hermosísimas las descripciones

que leí en Pereda, ó para sostener que no tiene talento, ni miras altas, ni planes bien trazados, ni tipos verosímiles, ni patéticos toques, ni decir sabroso, el célebre y sincero y naturalísimo Pérez Galdós.

Por su fantasía, por su color local, por lo flexible de su fecundo ingenio, y por lo novedoso de los horizontes en que desplegó sus alas caudales, merece bien del público y de la crítica nuestro ilustre Alejandro Magariños Cervantes.

¿Á qué repetir que, en muchas ocasiones, el oído poético le faltaba? ¿Á qué repetir que esto es de lamentar, porque no deja de tener una gran importancia, cuando en verso se escribe, la predisposición ó no predisposición del oído á las retóricas adaptaciones del ritmo y de la rima? ¿Á qué repetir que la poesía en general, y muy especialmente la poesía del género lírico, necesita del auxilio de toda la escala cromática y de todos los combinados sinfónicos del verbo, para traducirnos sus ansias y para identificarnos con sus amarguras? No me haréis reir, si la música del verso no ríe, como no me haréis llorar, si la música del verso no llora. Debéis presentarme la imagen envuelta en su correspondiente forma orquestral, para que la imagen actúe sobre mi espíritu de un modo concreto, como pintura, y de un modo idealizado, por la psíquica irrealidad que la música presta al sentimiento. Es necesario que la emoción estética, nacida de la imagen, esté formada no sólo por la emoción que producen las líneas y los colores del estilo trópico, sino también por la emoción que despiertan en el espíritu los arabescos musicales que delatan mi estado de tormenta ó placidez moral. Así al encanto preciso de lo pictórico se une el encanto que surge de la idealidad inconcretizable de la armonía, encanto que desaparece bajo los golpes groseros de la diso-

nancia. Así, como Walkiria conquistadora de vuestro corazón, la imagen pasa ante vuestros ojos cabalgando sobre la idealidad de la música. Si su lanza es la idea, su corcel es el ritmo. Todos los poetas, todos los rimadores sobresalientes, todos los maestros en el arte dificilísimo de conmover rimando, saben que el pensamiento surge en sus celdillas ya combinado en apropiada forma musical, como lo reconocía y confesaba Schiller.

Es tonto repetir, después de lo dicho y de lo extractado, que el romancista de *Caramurú,* fuera de sus amores á lo nativo, pensaba, como Lope de Vega, que — "tienen las novelas los mismos preceptos que las comedias, cuyo fin es haber dado su autor contento y gusto al pueblo, aunque se ahorque el arte." — Esto que opinaba el muy célebre numen de *El desdichado por la honra* y de *La más prudente venganza,* también debió opinarlo el celebrado numen de *La Estrella del Sur* y de *Justicia de Dios,* puesto que á entretener y seducir al público, más que á forjar arte de duración larga, se dedicaron en sus novelas el ingenio de Lope y el de nuestro Cervantes. No es este último ni un psicólogo de alto vuelo, en lo que atañe á los caracteres, ni un observador fino, en lo que con las costumbres se relaciona, ni un hablista sin melladuras, en lo que al estilo toca y compete; pero es, en cambio, por su mucha fecundidad, por su nunca cansada imaginación, por los múltiples tonos de su paleta, por su amor vivísimo á nuestras cosas y por lo benéfico de su influjo sobre nuestras almas, el patriarca de los patriarcas de nuestra incipiente literatura.

Por estas razones encontramos su obra digna de encomio, y por estas causales su obra merece bien del porvenir.

Merece bien, y por lo que lo merece, perdurará. Sus versos son de los pocos versos que dicen de memoria el sabiá y la calandria, cuando la tarde besa, con su opalina luz, á los nidos ocultos entre las ramazones del espinillo agreste y el canelón montés. Su nombre es uno de los pocos nombres que el pampero repite al quebrarse en las cimas de la sierra de Guazunambí, como su nombre es uno de los pocos nombres que el pampero repite al encrespar el agua de las lagunas de Mazangano. Es que en la poesía de nuestro Magariños cuajó el terruño, en que el jazmín fabrica su dulcísima esencia y el pitanga elabora su bullente licor; en que el cardenal silba en las palmas del monte de abanico gigante, y en que el sábalo sube culebreando por el azul espejo de los ríos hondos; en que brillan aún los fuegos de la aurora y el carmín del crepúsculo sobre el osario de aquellas tribus catequizadas por el proselitismo, de arrullos de paloma, de los frailes como Guzmán y Villavicencio. Es que en la poesía de Magariños vive toda la patria del tiempo que fué, con los arroyos en cuyas márgenes, que conoce el cisne, prendieron sus fogones de ñandubay los héroes de Artigas, y con las pendientes atreboladas, á que el ombú dá sombra, por donde treparon los bomberos, de astucias de jaguar y tórax de púgil, que precedían al escuadrón lacedemonio de Lavalleja.

CAPÍTULO IX

Nuestra literatura en 1870

SUMARIO:

I. — Ojeada histórica. — Ellauri y Latorre. — La elocuencia política. — Pedro Bustamante. — José Pedro Ramírez. — Agustín de Vedia. — Características de su ética y de su dicción. — Ejemplos y resumen.

II. — Los prosadores. — Marcos Sastre. — Fragmentos. — *La Calandria.* — *Los árboles.* — Dos palabras sobre las novelas de Acevedo Díaz. — La personalidad literaria de Palomeque. — Daniel Muñoz. — Sus artículos de costumbres. — *La feria.* — *Antaño y Ogaño.* — *Cristina.* — Rápido examen de este capullo de novela.

III. — La poesía. — Aurelio Berro. — Estudio y muestras de su numen. — Wáshington P. Bermúdez. — Bermúdez y el género satírico. — Fragmentos de algunas de sus poesías. — El drama *Artigas.* — Orosman Moratorio. — Matías Behety. — *La mujer abandonada.* — Pérez Nieto. — *Apariencias y realidades.* — Victoriano E. Montes. — Excelencias de su inspiración. — Pruebas de su valer. — Dos líneas sobre Joaquín de Salterain. — Juan Zorrilla de San Martín. — Examen y fragmentos de *Notas de un himno.*

I

Nuestra literatura, desde 1870 hasta 1885, siguió siendo romántica.

Avanzaba, sin embargo, hacia la verdad.

Apareció el culto de la forma con la oratoria aca-

démica de Juan Carlos Blanco y con los cervantescos decires de Daniel Muñoz.

Se refinó el respeto del color local con el primero de los romances de Ramírez y con la primera de las novelas de Acevedo Díaz.

El verso, en fin, se perfeccionó con Aurelio Berro, Wáshington P. Bermúdez, Joaquín de Salterain y muy especialmente con nuestro inspiradísimo Juan Zorrilla de San Martín, nacido á la fama junto á la cegadora epopeya de mármol de la Florida.

Vamos á estudiar, pues, á muchos de éstos y de otros ingenios en sus albores, sin perjuicio de extender más tarde este rápido estudio con cariñosa solicitud, á medida que lo requieran el orden cronológico ó la arquitectura espiritual de nuestro humilde y sincero trabajo.

Mientras, desde 1870 hasta 1885, la prosa se desenvuelve de un modo maravillante y la poesía arrumba su monótona canción romántica, las públicas libertades navegan entre sirtes, atropelladas y sacudidas por todos los pamperos del militarismo y de la dictadura.

El doctor Ellauri se ungió con la banda presidencial en 1873.

Reñida su elección y divididos fundamentalmente los legisladores, el nuevo mandatario ofreció su renuncia, que no fué aceptada. Como una advertencia de lo futuro, aquel día las tropas salieron de sus cuarteles, ávidas de influir, con el ruido de sus fusiles, sobre la voluntad de la legislatura.

Honrado, pero envuelto en complicaciones económicas de solución difícil, y débil de carácter, pero más débil por la falta de miras de los núcleos políticos que le circundaban, el doctor Ellauri no supo impedir la crisis monetaria que nos abatió, ni el mo-

tín militar que abatió su poder, arrojándonos en el fondo de la dictadura de don Pedro Varela.

Si el gobierno de Ellauri se caracteriza por la revolución de Noviembre de 1874 y por el motín militar de 1875, el gobierno de Varela cruza nuestra historia escoltado por el fantasma de la barca *Puig*, que navega, á merced de las olas y de los vientos, con rumbo al paraíso de las Antillas.

El curso forzoso y la bancarrota, la revolución tricolor y el golpe de zarpa del militarismo concluyen con el espúreo gobierno de Varela, asumiendo franca y resueltamente la dictadura el coronel don Lorenzo Latorre.

Desde entonces los legionarios de Sila imperan en Roma; pero nuestro Sila no es el Sila de Michelet. No desciende de la ilustre familia Cordelia. No tiene por émulo al rencoroso Mario. No ha vencido á Mitrídates en el Asia Menor.

Nuestro Sila no es más que un soldado feliz, que uno de nuestros muchos productos de cuartel. Es alto y es robusto, tiene melena obscura y ojos dominadores. Lleva el kepí á lo bravo, torcido siempre, siempre sobre la oreja, que no sabe escuchar ni sabe aprender. Como Luis XI, obedece á la influencia de su barbero, que es un español locuaz y cortesano. Maltrata á los que se atreven á caricaturarle. Aquello es un delito de lesa majestad. La imagen de César equivale á César. César es sacratísimo é inviolable. Embellece la capital. Derrumba sus murallas. Su gobierno es gobierno de justicias y de venganzas. Usa la cuerda contra los rateros, y á veces el puñal contra sus enemigos. El sistema impotente de la violencia es el sistema que le cautiva. No concibe otro régimen que el régimen sin régimen del gobierno absoluto. Y los legionarios idolatran en el dictador, hasta que,

el 13 de Marzo de 1880, Santos sustituye á Latorre, encarnándose en la triste persona del desmañado y flojo doctor Vidal.

Durante este período la honradez patricia y el decoro cívico se asilaron en la literatura. ¿Recordáis lo que Boissier nos dice sobre la Roma de Nerón? Se conspiró valiéndose de la elocuencia y la filosofía; se escribieron artículos de costumbres y silvas patrióticas; se preparó el futuro por medio de la ética kantiana y el arte romántico.

La oratoria política también tuvo sus momentos de fulgente esplendor. En la sesión del 4 de Marzo de 1873 don Pedro Bustamante expuso la necesidad de pedir explicaciones al ejecutivo sobre el despliegue de fuerzas realizado mientras se discutía la renuncia presidencial del doctor Ellauri. El señor Isaac de Tezanos se opuso á la moción. El doctor José Pedro Ramírez la sostiene y dice:

"La situación que crearon á Montevideo las repetidas renuncias del Presidente de la República, ha sido completamente excepcional y de verdadera agitación popular.

"Presentada por dos veces la renuncia del Presidente de la República, surgían diversos conflictos que agitaban todas las pasiones y ponían en movimiento todos los intereses que había afectado la lucha presidencial.

"El Presidente de la República — según voz pública — elevaba su renuncia con carácter de indeclinable; y un acontecimiento de tanta trascendencia debía interesar inmediatamente á la Asamblea Legislativa, y debía tal vez provocar su reunión inmediata en aquel mismo día en que la renuncia era elevada, para que el Poder Ejecutivo no estuviese acéfalo un

solo momento, como lo manda la Constitución — puesto que ni presidente del Senado había.

"Se creía pues, y con fundamento, que la convocatoria vendría inmediatamente, y que tal vez en ese mismo día la renuncia del Presidente, debía ser tomada en consideración.

"El pueblo de Montevideo estaba á esas horas en las plazas públicas y en las calles: porque la cuestión entrañaba demasiado interés para que no sucediera tal cosa.

"Es en esa situación, que á las cuatro ó cinco de la tarde, los cuerpos de línea de la capital, empiezan á llegar á la plaza pública; y es en esa situación, que el Presidente de la República, sorprendido, ocurre á los cuarteles para averiguar la verdad del hecho y mandar retirar esos cuerpos.

"El hecho, por más que quiera decirse otra cosa, era sumamente grave; importaba un acto verdaderamente censurable, verdaderamente digno de represión y castigo. — Dígolo con dolor de mi corazón: porque sin tomar en consideración para nada la confianza que indudablemente pueden ofrecer los antecedentes y honorabilidad de esos jefes diré — que á uno de ellos le profeso sincera y alta amistad, pero los hombres y las afecciones son nada, allí donde sólo debe existir el juego libre y armónico de las instituciones y de la ley.

"Por consiguiente, sólo tomo en consideración el hecho, el hecho de que en los momentos mismos en que debía suponerse que la Asamblea Legislativa tomaba en consideración la renuncia del primer magistrado de la República, todos los cuerpos de la guarnición se presentaban en la plaza pública sin orden del Presidente.

"¿Qué medidas ha adoptado el Presidente de la República?.... No son del conocimiento oficial de la Cámara.

"¿Y la Cámara sin abdicar de su dignidad y su decoro, podría guardar silencio sobre un hecho de esta naturaleza?.... ¿no está en su deber, — deber de conciencia, deber de dignidad, preguntar al Poder Ejecutivo — qué significaba aquella aglomeración de fuerzas en la plaza pública, en los momentos mismos en que él acababa de elevar su renuncia y en que la Asamblea debía ocuparse de ella?.... ¿y no debía preguntarlo con tanta más razón, desde que esos mismos jefes proclamaban que venían á manifestarle adhesión y simpatías?....

"Mal, muy mal empezaría la Asamblea, si no se preocupase de inquirir el verdadero carácter del hecho á que me estoy refiriendo: empezaría por suicidarse por grados; y las Asambleas que empiezan de ese modo, concluyen por soportar el látigo de un mandón arbitrario y tiránico."

Acto continuo el doctor Vázquez Sagastume apoya á los señores Bustamante y Ramírez.

"Hay un hecho existente que envuelve un ataque ó una amenaza á la libertad y á la independencia con que debe deliberar el Cuerpo Legislativo, — por las circunstancias especiales que le rodean.

"Quiero dejar bien establecido que mi palabra no importa una acusación á ninguno de los jefes; no importa el desconocimiento de sus sanas intenciones y patrióticos propósitos.

"Importa solamente (y quiero dejarlo bien constatado) la necesidad en que me creo — como representante del pueblo, de defender un principio que considero amenazado ó agredido.

"De las peripecias ó inquietudes por que ha pasado

el país para llegar á la resolución del 1.° de Marzo, — los espíritus inquietos todavía en los momentos de la solución del 2 de Marzo, — la reiteración de la renuncia del Presidente de la República, conmovió profundamente los ánimos todos de la capital.

"Bajo esa impresión, multitud de ciudadanos y el pueblo entero, acudió ansioso á la plaza pública. — Era de suponer, y era lógico presumir, que la Asamblea General inmediatamente fuese convocada para tomar conocimiento de ese grave acontecimiento que ponía en conmoción los destinos del país. — Era pues lógico presumir que inmediatamente la Asamblea General se ocupase de su consideración.

"En estos momentos aparece la tropa armada, en actitud imponente, frente á la casa de la Representación Nacional.

"¿Qué importa esta simple manifestación?....

"Importa por lo menos, inquietud para la confianza que debe reinar en las deliberaciones del Cuerpo Legislativo.

"Pero á esta actitud imponente se agregaba algunos conceptos y opiniones que circulaban. — Se hizo inmediatamente voz general — que las tropas venían á insistir para que el Presidente no renunciase, ó al menos para que la Asamblea no aceptase su renuncia.

"Esto era ya una imposición.

"En efecto: ¿qué importa la fuerza armada diciéndole á la Asamblea, — no queremos que se acepte la renuncia?.... Importa la coacción; y la coacción material.

"Y si este hecho, que no ha producido felizmente resultados funestos, se silenciase ó se dejase de considerar simplemente por la Asamblea General ó por los diputados, — ¿ésta no asentiría tácitamente á su legitimidad?.... ¿no establecería el funesto prece-

dente de que la fuerza pública tiene la facultad de manifestar á la Asamblea su voluntad?.... no abdicaría el derecho, que tenemos de pedir plena y amplia libertad de garantías é independencia de nuestros actos y opiniones?.... no faltaría al deber solemne, cuando vemos un principio así amenazado y agredido, de salir á su defensa?....

"Nuestra actitud no importa una agresión al Poder Ejecutivo, no importa una censura al Ministerio, no importa un ataque á nadie. — Importa solamente la demostración pública de que cumplimos el deber que nos hemos impuesto al sentarnos aquí — de defender la soberanía nacional representada en la Corporación de que formamos parte.

"Particularmente muchos diputados tienen conocimiento de los esfuerzos del Presidente de la República; pero oficialmente la Cámara no lo sabe, — según la manifestación que acaba de hacer la Mesa.

"Es práctica, me parece, y es deber del Presidente de la Asamblea General convocarla cuando tiene asuntos importantes para ello; y se convoca generalmente con un día de anticipación.

"La moción que se ha hecho no importa un ultraje, ni una censura; importa solamente el cumplimiento de un deber que no se puede aplazar."

El buen derecho triunfa y uno de los ministros concurre á la sesión siguiente. Por desgracia estábamos cansados de reyertas y de revoluciones. Muchos pedían un gobierno fuerte, como las ranas del apólogo pedían un rey. Las ranas tuvieron un culebrón voraz y los enemigos de las tormentas de la democracia tuvieron un Varela, un Latorre, un Santos y un Vidal.

Más tarde, en la sesión del 30 de Abril de 1873, se discute un proyecto haciendo responsables á los funcionarios públicos de los perjuicios que infieran á

los habitantes de la República, violando en sus personas las leyes tutelares de la seguridad individual y de la libertad privada. El autor del proyecto es José Pedro Ramírez. El proyecto es defendido por Pedro Bustamante. Bustamante expuso:

"La Comisión dice perfectamente en su informe: — la seguridad de la vida, de la libertad y de la propiedad del hombre, son las bases fundamentales del orden: á tal punto, que sin que ellas estén sólidamente garantidas, no se consiguen sociedades civilizadas, y hubiera podido agregar más, señor Presidente, hubiera podido agregar, — que son la base y la garantía más sólida de la conservación de la paz pública y del juego libre y regular de las instituciones republicanas.

"Hay una escuela entre nosotros, señor Presidente, que yo considero que nos ha hecho tanto mal.... como las escuelas de los caudillos y de los gobiernos personales: esta escuela es la que de cierto tiempo á esta parte viene haciendo la propaganda de *paz á todo trance.*

"No. La paz á todo trance siempre es cara.

"La paz á todo trance, es bueno que la quieran ó la busquen los pueblos enervados, los pueblos envilecidos, indiferentes á todo lo que sea la adquisición de la fortuna. Pero los pueblos verdaderamente viriles, no se contentan con la paz, — no dicen paz á todo trance.

"Porque hay dos especies de paz: una principio de vida, y otra principio de muerte. Y es la paz, principio de vida, la que buscan los pueblos que desean ser libres.

"Por lo demás: no hay dos opiniones en el país — no puede haberlas en país alguno, acerca de la conveniencia y de la excelencia de la paz. Fuera de los

que tienen interés personal en la guerra, y de los que medran con ella ¿quién puede no desear la paz?....

"Es en cuanto á los medios de conservar la paz que pueden diferir las opiniones.

"Entre nosotros, ya sabemos como no puede conservarse. No puede conservarse, cuando los poderes públicos no se encierran dentro de los límites de la Constitución; no puede conservarse, cuando no hay garantías efectivas para esos bienes que trata de garantir el señor Representante por Maldonado y la Comisión que ha patrocinado su proyecto.

"Entonces no puede haber paz, — por más que se quiera, por más que se pugne para que la haya; por más que se diga — *la paz á todo trance,* no vendrá como no ha venido nunca.

"Podrá conseguirse una paz más ó menos duradera; pero esa no es paz fecunda, esa no es la paz que nosotros debemos desear y que estamos encargados — en la esfera de nuestras atribuciones — de proporcionar al país.

"Para que esa paz se obtenga, señor Presidente, es necesario, indispensable, que la vida, la libertad y la propiedad, estén sólidamente garantidas."

Eso mismo les ha dicho el país, durante largas décadas, á todos sus gobiernos. Los gobiernos no han querido entenderle. Con su falta de garantías, con su extraño modo de comprender nuestras libertades, con la arbitrariedad de sus apasionamientos, han proseguido echando carbones en los hornallas de la guerra civil. Son ellos, sólo ellos, por lo general, los que enarbolan el estandarte de la revolución, dando razones ó dando pretextos á la indómita furia de nuestros exaltadísimos bandos históricos. El barco de la república es fuerte y velero. Los incapaces son sus timo-

neles. ¡Á sus timoneles castigará la musa de la historia!

En los debates del 5 de Mayo de 1873, al discutirse un proyecto de ley interpretativa del artículo 81 de la Constitución, el doctor don José Pedro Ramírez, dijo:

"Algunas de las medidas que se proponen por la Comisión y que forman parte del proyecto que aconseja, son tan oportunas, que vienen á resolver cuestiones que no hace mucho tiempo preocuparon seriamente á los Poderes públicos y al país entero.

"Se sabe que con motivo de prisiones arbitrarias practicadas por el Poder Ejecutivo, de prisiones por tiempo ilimitado, de destierros también arbitrarios, — el Superior Tribunal de Justicia reclamó contra los avances perpetrados por el Poder Ejecutivo, diciendo que no podía el Poder Ejecutivo sustraer á los ciudadanos por ninguna causa y bajo ningún título á la jurisdicción de los Tribunales. Y se recordará que el Poder Ejecutivo negó completamente que el Poder Judicial pudiese entrometerse en ese asunto.

"Bien: por el proyecto que aconseja la Comisión de Legislación se consagra el perfecto derecho de la Alta Corte de Justicia para reclamar siempre que las personas atacadas sean sacadas de sus Jueces naturales ó sean penadas sin el juicio ó sentencia legal.

"El que la interpretación dada al artículo 81 venga acompañada de medidas adoptadas para que no pueda en ningún caso el Poder Ejecutivo violar su interpretación legítima, no desvirtúa la fuerza de la interpretación; al contrario, la robustece.

"Interpretar un artículo constitucional y al mismo tiempo establecer penas contra el magistrado que menoscabe el derecho de consagrar esa interpretación, es

robustecer la fuerza de la interpretación, es complementar el pensamiento.

"En cuanto á que tenga otro carácter una ley interpretativa que una ley reglamentaria, ó que una ley que disponga sobre puntos generales de la legislación, no participo de la opinión del señor diputado preopinante.

"Creo que la interpretación que haga de un artículo constitucional una Asamblea Ordinaria, no tiene más fuerza ni otro carácter que las disposiciones que adopta sobre cualquier otra materia. No es posible creer que una Asamblea Ordinaria pueda tener facultades constituyentes, y que se arrogue la facultad de legislar sobre alguna materia algo que otra legislatura no pueda tomar en consideración, reconsiderar ó derogar.

"Puede haber opiniones en sentido contrario; pero me parece que la más aproximada á los principios generales de nuestra organización política, es que una Asamblea Ordinaria no puede legislar sino con un carácter transitorio, — no permanente, ó con la fuerza que sólo podría tener una Asamblea Constituyente."

Así reconocían el alcance y los límites de su derecho y de sus deberes los oradores de 1873. Así honraron lo popular de su investidura los Bustamante, los Velazco, los Ramírez, los Vedia, los Vázquez Sagastume.

Don Agustín de Vedia nace en Montevideo, funda *La Democracia*, es uno de los deportados de la barca *Puig*, vuelve al periodismo cuando se eclipsa la estrella de Latorre, se establece más tarde en Buenos Aires, dirige la *Tribuna*, y entrega á la prensa libros que la crítica sabia recoge con aplauso, como los comentarios sobre *La Constitución Argentina*, como el volumen acerca de *La isla de Martín García y la ju-*

risdicción del Plata, como el folleto que se titula *Derecho federal y antonomía provincial.*

Es Vedia un laborioso, un padre amantísimo, un ciudadano austero. Escribe con doctrinario y erudito decir, siendo hombre de consejo y voluntad firme. Sobresale entre los oradores de la edad de oro de nuestra elocuencia parlamentaria, entre los oradores legislativos de 1873. Él nos dirá, de un modo admirable, en la sesión diurna del 7 de Mayo:

"No basta desgraciadamente consignar los principios y derechos en las leyes, para alcanzar los beneficios inapreciables que sólo brotan de la educación del pueblo. — Si la Legislación de un país no es el reflejo de su verdadera situación social, las instituciones sólo sirven para dar á conocer los loables, pero débiles esfuerzos de algunos de sus ciudadanos.

"No basta consagrar el principio en la Ley: es indispensable que reine en las costumbres. — Es preciso que las Leyes sean algo más que una página en nuestros Códigos; es preciso que se encarnen en la conciencia pública; que sean una creación viva y animada por el sentimiento popular.

"No hemos llegado desgraciadamente á esa altura, pero no quiere decir eso que no vayamos en ese camino.

"Si la obra de reformar nuestras costumbres es una obra lenta y difícil que requiere el concurso de todos los buenos ciudadanos, el principio es — como se ha dicho — la mitad del todo; y el principio es grabar en la Ley las nuevas verdades, las nuevas conquistas alcanzadas por el progreso de la razón humana."

Él nos dirá, de un modo admirable, en los debates del día 9 del mismo mes:

"Es una verdad dolorosa, señor Presidente, que la verdadera democracia no existe entre nosotros.

"La democracia es el Gobierno de todos; y nuestros Gobiernos son siempre, y tienen que ser — dada nuestra condición social, la expresión de la más afortunada, de la más audaz, ó de la más fuerte de las minorías — con relación á la masa común de los habitantes.

"La gran mayoría del país arrastra — con corta diferencia — la vida miserable del coloniaje; pesan sobre ella las cargas abrumadoras, y no disfruta de ninguno de los beneficios de la civilización: vive en una noche sin aurora; en la densa noche de la ignorancia. — Esa gran masa de preocupaciones y de tinieblas, se levanta como un obstáculo invencible contra toda idea de reforma y de progreso.

"¿Pretenderemos afirmar la República sin modificar su fundamento vivo?.... Eso sería pretender edificar sobre lodo ó sobre arena.

"La República no se constituye sin ciudadanos. Estos no se forman sin educación, sin aptitudes, sin inteligencia.

"¿De qué sirven las declaraciones pomposas de derechos que consignan nuestras leyes, si no hay en los ciudadanos aptitud para conocer y ejercitar su derecho?.... No tener conciencia del derecho, y carecer de él, son dos cosas idénticas. La ignorancia que es el envilecimiento del espíritu, no es sino el pedestal de la tiranía.

"La democracia es el Gobierno del pueblo por el pueblo; pero, ¿qué ha de salir del seno de un pueblo que carece de las aptitudes y de idoneidad para el Gobierno propio?

"Si vive en la ignorancia y en el atraso, podrá ser libre por su Constitución escrita; pero será en realidad esclavo por su mísera condición social. Los derechos no son más que simples teorías cuando la edu-

cación no los ha grabado en el alma de los ciudadanos.

"La cuestión de la educación del pueblo, es la gran cuestión de la democracia — la escuela es el fundamento de la República. — Esa cuestión, se ha dicho, refunde en sí todas las demás cuestiones: no hay institución, no hay reforma que no necesiten hallarla resuelta, y que se realicen si chocan con la ignorancia y el atraso de las masas.

"En tanto que la política nacional no se proponga el fin determinado de combatir la ignorancia, podrán aplazarse las dificultades opuestas á la organización definitiva de la sociedad; podrán alcanzarse soluciones transitorias ó aparentes; pero ahí estará, como amenaza terrible, contra la paz y contra la propiedad, el triple problema de la miseria, de la libertad, y del progreso.

"Sabido es que del desarrollo de la instrucción pública depende el desarrollo de la riqueza; y que más se enriquece el país que mayor inteligencia aplica al trabajo, porque más se desenvuelven en él las fuerzas productivas que están atrofiadas en el ser sumido en la abyección de la ignorancia.

"Bajo cualquier aspecto que se considere la cuestión de la educación, — social, política ó económicamente, ella tiende á fundar la vida, la independencia y la grandeza de las naciones.

"Fuera de ella, no vemos sino perpetuación del funesto legado del coloniaje; la miseria, la disolución, ó el despotismo!....

"Resolver la cuestión de la educación pública, es resolver todas las cuestiones."

Vedia nos dirá, de un modo admirable, en la sesión del 10 de Junio del mismo año:

"Abolir impuestos que no dan para pagar los ser-

vicios á que se destinan, es economizar los gastos inútiles de percepción y dar un paso adelante en la tarea de corregir los vicios de nuestro actual sistema financiero, que nacen de la multiplicidad de gastos — como está reconocido en la ciencia económica.

"Recomiendan los economistas, la necesidad de reducir á los mínimos términos los gastos de percepción de los impuestos. Un escritor muy moderno, tratando de hacer comprender esa necesidad y lo que importan los excesivos gastos de percepción, cita oportunamente un apólogo de un bufón y cierto rey.... Y encuentro que es una invención que puede ser aplicable entre nosotros; pues lo mismo podía haber hablado de cualquier individuo y cierto Presidente.

"Interrogado este bufón por su señor, — por qué era que gritaba contra lo excesivo y lo gravoso de los impuestos que venían á las arcas del tesoro público, — éste por toda respuesta — tomó un pan de manteca, y haciéndolo pasar por la mano de todos los cortesanos presentes, lo mostró — cuando hubo terminado la vuelta — disminuído en dos terceras partes al llegar á las manos del rey.

"Lo mismo sucede en este caso.

"Así llega al Erario público el producto de esos impuestos onerosos, después de haber pasado por la mano de numerosos empleados."

Vedia nos dirá de un modo admirable,—combatiendo las complacencias con el error convertido en hecho, — que el hecho en sí nada significa y que no hay peligros en oponerse al hecho, cuando el hecho es un crimen ó una ilegalidad. Sosteniendo esa tesis exclama en la sesión de 22 de Octubre de 1873:

"El peligro real, el verdadero peligro, es el que yo he señalado, el de que los espíritus templados en

el amor de la verdad y de la justicia abdiquen de sus convicciones sagradas en holocausto á ese éxito inmediato y precario. Ese éxito, señor Presidente, es, la exigente y tiránica deidad que nos va á arrebatar una á una todas las ilusiones del alma y que no nos dejará al fin sino el desengaño; y lo que es peor, la amargura y la oscilación.

"El verdadero peligro lo he visto yo, señor Presidente, en esa predisposición de los espíritus á reconocer y acatar los hechos consumados como una sentencia contra la cual fuesen impotentes todos los esfuerzos humanos, que no tuviésemos más remedio que acatar con la ciega resignación del fatalismo musulmán.

"Yo rechazo, señor Presidente, esa doctrina; y la rechazo porque estoy profundamente convencido de que se vé el peligro donde no existe, y se desconoce donde verdaderamente existe; porque estoy seriamente convencido de que á título de evitar el mal, se pacta con él, se le comunica fuerza, se le dá vida, contrariando el orden de la naturaleza que sólo hace nacer el bien de una lucha necesaria, lógica y benéfica contra las resistencias que se le oponen."

Vedia habla como pensando, habla con lentitud, habla como si careciese de preparación, cuando era enorme la que tenía, y como nunca adula á las muchedumbres, como no es pintoresco ni metafórico, la barra le aplaude muy pocas veces, aunque siempre le escuche con la más respetuosa de las seriedades.

Ramírez es más vibrante y más popular. Copioso, fecundo, batallador, de figura atrayente, de tribunicios gestos y bien reputado, hay pocos que le igualen y no hay ninguno que le supere en aquel período legislativo, que es de los mejores entre los mejores.

Los oradores de 1873 no son muy profundos ni se

distinguen por lo novedoso de sus ideas. Nos ofrecen, en cambio, virtudes ejemplares y sentimientos óptimos. Por eso su palabra conmueve y apasiona. Es que la azula el sol, el sol sin manchas, el sol vivificante de la autoridad moral. Muchos son jóvenes, casi adolescentes; pero aquellos jóvenes saben que no les basta, para imponerse, el atractivo de la juventud. La juventud, para ser adorable, necesita ser pura, necesita ser proba, necesita ser desinteresada, necesita ser buena. Para eso, para resplandecer, la naturaleza ha creado la mocedad, como ha creado la primavera para el perfume de los rosales y para la música de los nidos. ¡Para eso: para resplandecer y para enamorar!

Los oradores de 1873 convierten su investidura en un sacerdocio. No son venales ni oficialistas. Hablan como hablan los apóstoles y los convencidos. Ramírez dice con sencilla virilidad:

"Creemos que la esencia del principio de la libertad aplicada á todas las instituciones humanas, ha de traer la felicidad de los pueblos, con preferencia á las combinaciones arbitrarias de los hombres; y estamos dispuestos á sufrir las consecuencias de la veleidad de los pueblos, más bien que persuadirnos de la falsedad de un sistema que está basado en la naturaleza misma y que ha sido promulgado por el Creador Supremo.

"Sobre esas veleidades de los hombres y de los pueblos, están los principios eternos que tienen su raíz en la naturaleza y su desarrollo en la libertad.

"Yo creo, señor Presidente, que es preferible hundirse con esos principios en la hora de la adversidad; porque si bien es cierto que el juego libre y armónico de las leyes naturales puede alguna vez producir el caos, la mano torpe que quiera corregir esas leyes no hará sino obstar á que el juego de esas leyes natura-

les traiga la reparación y arranque al caos el orden, y á la tempestad la bonanza."

Dice también, hablando de la penalidad de los funcionarios públicos, en la sesión del 4 de Junio de 1873:

"Señor Presidente: en uno de los proyectos primitivos, se decía simplemente — que el funcionario público que atentara á las garantías individuales, fuese considerado como infractor de la Constitución.

"Y efectivamente; infractor es de la Constitución.

"¿Y se sabe, señor Presidente, cuál es la pena que tiene en todos los Códigos la infracción del Código Fundamental?.... La pena de muerte; — en todas partes donde esa pena existe. Se considera como el mayor de todos los delitos que pueden cometerse. Y sólo viviendo todavía como vivimos, bajo la atmósfera deletérea en que se ha mirado con el mayor menosprecio la comisión de delitos de esta naturaleza, puede decirse — que es una pena muy grave la de dos años de prisión y trabajos públicos al magistrado que burlándose de todas las leyes, inflige muchas veces la misma pena á ciudadanos meritorios, nada más que por satisfacer sus pasiones personales ó sus propósitos de predominio y de absorción.

"¿Qué tendría de inmoral, de injusto, de inicuo, que barriese las calles públicas el magistrado infiel que atentase y conculcase las garantías individuales?...."

Aquellos hombres tenían la obsesión de la rectitud y de la libertad.

El 6 de Junio, Ramírez agregaba:

"Yo digo, señor Presidente, y lo digo fundándome en un principio inconcuso de legislación penal, que la circunstancia de la espectabilidad del ciudadano que delinque, de su mayor ilustración y responsabilidades, es una circunstancia agravante y no atenuante

del delito; y que por consiguiente; lejos de mirarlo la ley con particular compasión, debe mirarlo con extrema severidad.

"Después, señor Presidente, hay otra consideración todavía para extender, en vez de limitar, el término de la responsabilidad de los funcionarios públicos, y esta consideración es — que en el caso de los delitos ordinarios perpetrados por particulares no es probable que influencias ilegítimas entorpezcan el curso y acción de la justicia; mientras que en el caso de los delitos cometidos por altos magistrados, es muy posible que esas influencias se pongan aún después del tiempo en que el funcionario público ha ejercido su empleo; es probable que esas influencias vayan pasando de una á otra administración, y que si el término se limita, la responsabilidad sea completamente ilusoria.

"Si queremos dictar una ley que no sea de puro lujo, de pura ostentación de principios democráticos y de patrióticos deseos de hacer efectivas las responsabilidades de los funcionarios públicos, es necesario que ensanchemos la esfera de acción de los ciudadanos, y que estrechemos el círculo de fierro en que han de quedar encerrados los funcionarios públicos.

"No hay delito más grave, vuelvo á repetir, que el que puede cometer un funcionario público convirtiendo la autoridad que el pueblo y la ley le confieren para defender los derechos de todos los ciudadanos, — convirtiéndola en agresión de esos mismos derechos; y nunca será la ley bastante severa para reprobar y castigar ese delito."

El fin de la oratoria es la persuasión. Su objeto no es otro que el de mover los ánimos en pro de una causa, combatiendo las dificultades que le oponen sus enemigos y tratando de persuadir á los indiferentes

de que es buena la causa que sustentamos. La oratoria comprende una parte lógica y otra afectiva, que son inseparables y que se manifiestan en todo discurso. El orador, en la parte lógica, se ocupa de convencer, destruyendo la argumentación de sus adversarios, y se ocupa de persuadir, en la parte afectiva, infiltrando sus convicciones en el espíritu de los que le escuchan. El orador verdadero se caracteriza por la fortaleza de su cariño hacia la causa cuyo triunfo persigue con denuedo viril. No bastan el vigor intelectivo, la memoria grande y la imaginación vivaz para imponerse en las batallas de la tribuna. La fé y el entusiasmo son condiciones indispensables en los torneos de la oratoria, tan indispensables como el buen porte y como el órgano sonoroso, claro y seguro. La convicción profunda y el sentimiento fuerte realizan milagros, porque no hay virtud más contagiosa y más irresistible que la virtud de la sinceridad. Los antiguos definían al orador con estas palabras: *vir bonus dicendi peritus.* El orador no es, pues, sino una probidad que sabe decir. Y eso eran, en su mayoría, nuestros grandes tribunos de 1873. Vedia es serio, preciso, árido en ocasiones y sin retórica ornamentación. José Pedro Ramírez es más brioso, es más meridional, es más cálido y es más imaginativo. Á pesar de eso, los dos subyugan y los dos apasionan, porque los dos están encariñados con la justicia y con el terruño. Escuchándolos, el espíritu se convence de que el sentimiento es el resorte de la elocuencia. *Verœ voces ab imo pectore,* decían con razón los preceptistas de la antigüedad. No basta que el discurso sea oportuno y sólido, como no basta que el orden y el atractivo reinen en el discurso, si el orador carece de prendas morales, si no es austero y desinteresado, si no sabe sufrir por la verdad y el bien, si no

se parece en lo íntimo de la factura espiritual á los Vedias y á los Bustamantes y á los Ramírez.

Bustamante es exaltadísimo como partidario; pero siempre se impone por la hidalguía de su franqueza. Escuchadle:

"Cuando se habla de corazón, señor Presidente, yo no necesito poner la mano sobre el mío para saber donde está, porque lo siento latir, y bien fuertemente. Jamás he sido insensible á sus inspiraciones; y acaso, señor Presidente, debo jactarme de que si á veces he errado, he errado por él; y si muchas he acertado, por él he acertado también. Dominan los sentimientos de mi corazón, á mis ideas y mi inteligencia; y actúo generalmente por él y nada más que por él."

Tiene frases que cortan como un cuchillo:

"Yo no engaño á nadie, señor Presidente, ni con la palabra ni siquiera con mi semblante adusto."

En su respeto por la libertad, aquellos hombres parecen cíclopes que guardan una mina de piedras preciosas. Alguien habla de la confianza que deben inspirar los elevados propósitos de los poderes públicos. Bustamante responde con acritud:

"Señor Presidente: si algo es el gobierno republicano, es un gobierno que no está nunca á la confianza que le pueden inspirar las personas; por eso es que se toman garantías contra los errores posibles de las personas, y contra los delitos políticos.

"Ahí no se deja nada á la confianza.— Ahí se deja todo á los hechos, y se deja á las leyes que prescriben como debe proceder cada uno dentro de las funciones que le corresponden.

"Yo puedo tener individualmente la confianza que quiera en el Presidente de la República ó en cualquiera de los ministros de Estado; pero la confianza que yo tenga para mi fuero interno, no tiene nada

que ver con sus actos, que es lo que la Cámara debe apreciar: sus actos deben ser apreciados por el criterio legal; y llamarlos á hacer efectiva su responsabilidad, cuando haya lugar para ello."

Defiende la institución de la guardia nacional y dice:

"Me explico perfectamente el consejo de Cicerón á su hijo: "No basta ya colgar las armas, es menester romperlas."

"Pero ese es el grito del desaliento y de la desesperación!.... y no creo que nuestro país esté en ese período.

"Cuando ya no había esperanza ninguna para la libertad, decía eso Cicerón; y agregaba: "ya no es de un buen ciudadano ocuparse de la cosa pública."

"¿Estamos en esa situación nosotros?.... Yo digo que no, señor Presidente.

"Yo no sé,.... ó mejor dicho: yo sé que la guardia nacional no tiene nacionalidad: no es de ninguna nacionalidad.

"La guardia nacional es una institución republicana; — esencialmente republicana. Eso es lo que es la guardia nacional.

"No parece que en todas partes tenga malos efectos como supone el señor Representante.

"¿Á quién está principalmente confiado la guardia del orden público en los Estados Unidos, modelo de todas las Repúblicas?.... á tres millones de guardias nacionales!....

"No se venga argumentando contra la institución de la guardia nacional, con lo que haya podido ser hasta ahora entre nosotros. — Porque por esa regla, señor Presidente, tendríamos que renunciar á muchas instituciones de las que tenemos. — Y no quiero recordar más que una, la del Jurado.

"¿Es el Jurado entre nosotros, lo que es en otros países?.... responde todavía hoy al objeto de la institución?.... No. ¿Por qué?.... por falta de educación pública; porque no la tenemos bastante avanzada para que el Jurado surta todos los efectos buenos que debe producir.

"¿Suprimiríamos el Jurado por eso?.... En ese caso, suprimiríamos una de las principales garantías que tiene el ciudadano.

" — "El servicio de la guardia nacional corrompe á los hombres: es menester que se olviden hasta de manejar las armas!...."

"¿Y con qué nos defenderíamos el día que fuera necesario salvar la independencia amenazada?....

"¿Con mil quinientos ó dos mil soldados de línea?....

"Yo no estoy, señor, por que se fomente el espíritu militar; pero yo no estoy tampoco por que se enerve el ciudadano al extremo de hacerle absolutamente extraño el manejo de las armas.

"En Francia y en otros países hay numerosísimos ejércitos de línea, que absorben la sangre, la riqueza y el sudor de los ciudadanos.

"¿Qué han hecho en la guerra con Prusia esos ejércitos de línea?.... No han salvado siquiera la dignidad de la Nación!...."

Sostiene, en otra discusión parlamentaria, que no hay bien como el bien de la libertad:

"Es verdad que es un Estado pequeño la Suiza.... por eso se creerá sin duda por algunos señores Representantes que no debe servirnos de escuela. Entretanto, aquel Estado pequeño es el mejor gobernado de toda la Europa. ¿Por qué?.... precisamente porque allí se ha dado libre carrera á todas las libertades y se ha rendido culto y protección á todos los derechos del ciudadano y del hombre, en el orden polí-

tico, como en el orden civil, como en el orden religioso. Allí la ley que impera es la ley de la libertad: allí todo está fundado sobre el principio democrático *del gobierno del pueblo por sí mismo;* y como las libertades todas son solidarias, como forman un contingente del cual no puede apartarse una sola rueda de las que lo constituyen sin que todas las demás se separen entre sí, por eso es que allí coexisten todas esas libertades á la vez.

"Esta larga discusión, señor Presidente, ha venido á patentizar para mí, una triste verdad; y es: — que el miedo á la libertad subsiste hoy entre nosotros, como ha subsistido siempre el miedo á los inconvenientes.

"No se aprecian para nada las ventajas; no se trata de contrapesar las unas con las otras; no, para nada absolutamente. ¿Tiene inconvenientes, puede producir males?.... luego renunciemos á los bienes.

"No es de ahora, señor, que el miedo á la libertad ha sido funesto para este país. Todos los males que hemos experimentado pueden explicarse por ese miedo, — personificado principalmente en los Gobiernos y en la acción de los Gobiernos.

"¿Por qué, señor?.... por falta de fe de los Gobiernos en el poder moral; por falta de fe en la fuerza de los medios morales y en el concurso de la opinión pública.

"De la doctrina del miedo á la libertad, se hacía eco uno de nuestros gobernantes, cuando se presentaba ante la Asamblea; trayendo bajo la forma de un dilema, esta cuestión:

"“¿Qué es mejor?.... ¿violar la Constitución para salvar el país, ó caer del poder respetándola?....”

"Era el miedo á la libertad, señor, lo que hacía hablar así á aquel gobernante, — y no otra cosa. Aquel

gobernante no tenía fe en el poder moral de los Gobiernos, ni en el poder moral de la opinión pública."

Todos aquellos hombres tienen la misma altivez y la misma probidad de lenguaje. Oid á Ramírez:

"Puede ser que alguna vez haya sido demasiado partidario; puede ser que en las luchas populares haya cometido errores, pagando tributo á la exaltación del sentimiento; pero cuando he venido á este lugar, me he desnudado de todas las pasiones y me he cubierto con la investidura de la magistratura popular que me ha confiado el pueblo, y el escudo nacional que tengo al frente, y esa balanza de la justicia que en él se vé, son los símbolos de mi profesión de fé política."

Todos creen en los portentos de la democracia, del sistema representativo y del debate libre. Es también Ramírez el que nos dirá:

"Los que se jactan, señor Presidente, de ser positivistas, los hombres prácticos, han de escandalizarse de que la Cámara á que pertenezco, pierda un tiempo precioso en dictar leyes sobre la responsabilidad civil de los funcionarios públicos, sobre las garantías individuales con que la Constitución ha querido rodear la libertad y el honor de los ciudadanos, en vez de autorizar la creación de nuevas vías férreas, de decretar puentes, de improvisar colonias; de tocar en fin, con la vara mágica del principio autoritario la roca estéril que nos han dejado las administraciones pasadas, para que produzca como por encanto los beneficios que encierra al amparo de la paz y al amparo de los poderes constituídos. Y más han de escandalizarse todavía los hombres positivistas y prácticos de que perdamos nuestro tiempo en averiguar si se violan en los ciudadanos esos principios demagógicos que nuestros constituyentes promulgaron hace medio siglo, y según los cuales no es dado que la mano de

la arbitrariedad pese, ni una hora ni un momento, sobre el último de los habitantes de la República, cualesquiera que sean las circunstancias que se invoquen. Pero los que pertenecemos á otra escuela política (y creo que la Cámara en su gran mayoría pertenece á esa escuela ó vá en vía de pertenecer), los que pagamos tributo á esas seductoras ilusiones que se llaman derecho y libertad; los que no creemos, ni esperamos nada de las conquistas materiales y vemos sólo en ellas un injerto de civilización bastarda, cuando no van precedidas ó acompañadas de las conquistas morales; los que no concebimos el verdadero progreso si no tiene por base una situación de instituciones, garantidas de libertad y de orden; los que vemos cruzar hasta con tristeza la locomotora del ferrocarril, si como en el Paraguay, bajo López, sólo acusa la existencia de una tiranía brutal decorada con las galas de una civilización mentida, creemos, por el contrario, que ninguna Asamblea hasta ahora ha ocupado mejor su tiempo: porque ninguna como la actual ha planteado sus reales en el campo de la lucha, abierta hace medio siglo entre la prepotencia de los gobiernos personales y las resistencias de los ciudadanos honrados."

Para los oradores de 1873 las palabras deberes y derechos son á manera de una obsesión dulce y embriagadora como los zumos de las palmas salubíferas. Escuchad á Vedia:

"Todos los constitucionalistas modernos nos enseñan, que la suma de poder público que la sociedad delega al Gobierno, está determinada por los fines de ese Gobierno y limitada por los principios de justicia. No se le delega al Gobierno otro poder que el que es indispensable para el cumplimiento de aquellas miras. Las demás facultades son privativas de la com-

petencia individual. Las leyes no pueden abrogar ni restringir esas facultades que son anteriores y superiores á toda Constitución, y que la sociedad se reserva siempre — expresa ó implícitamente."

La oratoria política, que es la principal especie de la oratoria, nunca voló más alto en nuestro país. Por su entereza, por su franco calor, por el empuje de sus afectos, por la variedad de sus tonos y de sus estilos, por la honradez en el fraseo y en el pensar, pocas tribunas habrá comparables á nuestra tribuna legislativa de 1873. Los oradores de aquel período parecen retóricos como Maury, hombres de toga como Thouret, principistas sinceros como Buzot, aturdidos sublimes como Barbaroux. No lo extrañemos. Entre ellos se sienta y con ellos dialoga Julio Herrera y Obes, aguzando las puntas diamantinas de su ingenio ático, que nos hace pensar en el ático ingenio de Alcibíades. No lo extrañemos, porque también entre ellos se sientan y con ellos se dialogan aquellas dos escuelas vivas del arte de decir con primor ó con lógica, que llevan el nombre de Vázquez Sagastume y de Ambrosio Velazco.

Inclinada sobre el abismo de donde van á salir la dictadura y los gobiernos electorales, la libertad hace un esfuerzo supremo para cristalizarse en nuestras instituciones y en nuestras costumbres. ¡Tiempo perdido! ¡Ya está aparejada, con todo su velamen, la barca *Puig!* ¡Ya rechinan las espuelas de Latorre y de Santos!

Dentro de poco podremos decir dolorosamente, repitiendo las frases de don Ambrosio Montt:

"No hay nada más detestable que la generación del poder por el poder. Es burla de toda dignidad, mengua, abuso, injusticia y escándalo. Si hay algo peor que la monarquía, es el simulacro desleal y risible de

la república, porque es la virtud fingida, la hipocresía de la libertad, una impotencia jactanciosa y soberbia. Yo todo lo prefiero á esta vergüenza, que me parece extrema é intolerable: cohecho de rico, seducción de fuerte, violencias de partidos, audacia de demagogia, disparos, cuchilladas, lo más borrascoso que pueda suceder en la más borrascosa de las democracias. Á lo menos hay en la tormenta acción, movimiento, vida, sacrificio, patriotismo, generosas pasiones. En la elección de palacio no hay cosa alguna que aliente ó consuele. Es la mentira del poder, la mentira del derecho, la mentira de la república, la mentira de la ley, la mentira de la soberanía, una inmensa y vergonzosa mentira social y política!"

Sinteticemos.

El doctor Bustamante es preciso, oportuno, grave, tenaz, sin figuras pictóricas, sobrio y austero, desenvolviéndose sus discursos con meditada y artística graduación. El doctor Ramírez es inquieto, agitado, pasional, impaciente, reñidor, ingenioso, entusiasta, brusco, hiperbólico é irregular en sus ademanes. Vázquez Sagastume es de cabeza erguida, de correctos perfiles, de frente espaciosa, de expresivo rostro, de cortesía dulce y caballeresca, de voz polisonora como un órgano afinadísimo, galano en sus metáforas, pomposo en sus decires, de verba tan cegante como arrulladora. Don Agustin de Vedia, que fué nuestro maestro, es menos retórico, menos fascinador, menos ciceroniano, menos hombre de formas; pero es más profundo, más intransigente, más vindicativo de la moral, con mayor solidez en sus pensamientos, y de una simplicidad que asciende, en ocasiones, hasta lo sublime de la oratoria griega.

II

Mientras la oratoria política se desenvolvía de tan gran manera, todos los géneros de nuestra literatura se iban vigorizando.

Por el tiempo á que nos referimos, don Marcos Sastre, nacido en la ciudad montevideana al nacer la centuria décimonona, nos sedujo el espíritu con su prosa poética, hablándonos maravillosamente de árboles y calandrias parecidos en todo á nuestras calandrias y á nuestros árboles. Su prosa actúa no sólo como un medio de comunicar ideas, sino también como un medio de producir efectos artísticos. En ella armonizan de un modo acordado la parte lógica y las delicadezas de la estructura gramatical. Su prosa es música, porque la frase se mueve en el mismo tono y en la misma dirección que su pensamiento, que es afectivo y romántico en la mayoría de las ocasiones.

En su pasión por el Paraná, la prosa de Marcos Sastre precede á la lira de Rafael Obligado. Se pierde entre las islas del río delicioso, y dice al perderse, contemplando el paisaje que le rodea:

"Aquí el naranjo esférico ostenta majestuoso su ropaje de esmeralda, plata y oro; allí el cónico laurel de hojas lucientes refleja el sol en mil destellos; allá asoman sus copas el álamo piramidal, la esbelta palma, el enhiesto aliso y el sauce de contornos aéreos, que mece sus cabellos al leve impulso de los céfiros; más allá los durazneros, de formas indecisas, compiten entre sí en la copia y variedad de sus pintados frutos; y por todas partes el ceibo florido, patriarca de este inmenso pueblo vegetable, muestra orgulloso sus altos penachos del más vivo carmín, y extiende sus brazos á las amorosas lianas, que lo visten de galas

y guirnaldas, formando encumbrados doseles, graciosos cortinados y umbrosas grutas que convidan al reposo y al deleite."

El rancho del morador de las islas vale más á sus ojos que el palacio de un rey.

"Sí, en medio de estas cabañas solitarias, es donde reinan la seguridad, la calma y la armonía; bienes debidos, no al freno de las leyes, sino á la influencia de la religión, de la libertad y la naturaleza. Esta madre liberal é inagotable prodiga en estos ríos y estos campos, como en el siglo de oro, sus bellezas y sus bienes. Todo parece aquí preparado para las satisfacciones y el bienestar del hombre, sin el trabajo abrumante que por todas partes lo persigue. Todo le induce al fácil cultivo de tan fecundo suelo; todo le inspira el amor á la paz y la confraternidad.

"¡Libertad anhelada! ¡dulce reposo! ¡deliciosa correspondencia de las almas ingenuas! ¡placeres puros, bálsamo del corazón! ¡al fin, os he encontrado! ¿En dónde construiré mi humilde choza? Fluctúo sin resolverme entre tanto sitio encantador, como el picaflor que gira sin decidirse á elegir el ramito de que ha de colgar su pequeño nido."

Conoce todos los secretos de aquellas frondas y es el camarada de todas las aves de aquellas espesuras.

"Repentinamente despierta mi atención una música deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del bosque. Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves, cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados, y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecían haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis

ojos buscan anhelosos la Sílfide, la Ondina ó la Sirena que produce el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables alas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario, me presenta en su cima á la *calandria* ejecutora de aquel portento de melodías.

"Á los hechizos de la música uníanse la inexplicable gracia de los movimientos del ave.

"Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo remontaba con raudo vuelo describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver á subir, sin cesar en sus hermosos concentos. Ciérnese en el aire, cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiese allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular y exhala suspiros melodiosos que no pueden menos que corresponder á la voluptuosidad de sus recuerdos, degradándose al paso que asciende el cantor en rápido remolino, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aún en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrepitosos y brillantes, llenan los espacios del bosque, sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los trasportes de su júbilo celebrando sus dichas y sus glorias."

Leed la página que dedica á los árboles, sus confidentes y los grandes amigos del agricultor:

"¿Qué compañeros más útiles del hombre que los árboles que, á la vez que amenizan su mansión mantienen la fertilidad del suelo que cultiva? Los árboles protegen las vertientes, impiden la pronta evapora-

ción de las aguas y atraen las lluvias y los rocíos. Los árboles depuran la atmósfera de los gases perniciosos, exhalan el oxígeno que nos da la vida, depuran y fecundan el suelo que los nutre, después de colmarnos de sus dones. Los árboles nos dan alimento, medicina, vestido, casas, muebles, utensilios, embarcaciones, vehículos de toda clase y mil productos necesarios para las artes todas. Los árboles nos refrigeran con su sombra en el verano y mantienen el fuego del hogar en el invierno; nos protegen contra el huracán y contra el rayo; ofrecen abrigo á las aves y forraje á los ganados; proporcionan recreo á nuestros ojos, melodía á nuestros oídos, perfume á nuestro olfato, regalo á nuestro gusto, grata y útil ocupación á nuestros brazos, vitalidad á nuestro cuerpo y elevación á nuestro espíritu.

"Por poco que se observe la vegetación del delta argentino se notará muy luego que son dos los rasgos que la particularizan; el uno es la confusa mezcla de árboles, diferentes en forma, en follaje y en color; el otro la prodigiosa variedad de plantas sarmentosas, llamadas enredaderas, bejucos y lianas; las cuales dan á sus arboledas un aspecto muy variado, é imprimen á sus paisajes cierto aire festivo y romántico, en que consiste su mayor encanto. La vista no se harta de recorrer, ni la mente de admirar la profusión de vegetales, aun de las más apartadas familias que se agrupan y entretejen confundidos, sin perjudicarse al parecer, sirviendo además de apoyo á las plantas trepadoras, nutriendo las parásitas y abrigando las aéreas que no participan de los jugos de la tierra, ni usurpan la substancia del árbol que las lleva.

"Los árboles que han cumplido el período fijado á la existencia de cada especie, parecen aún por largo tiempo frondescentes con el prestado follaje de las

lianas que los envuelven, y cuando sus carcomidos troncos caen al suelo para devolverle con su descomposición los principios que de él han recibido, todavía la naturaleza se apresura á velar las huellas de la muerte revistiéndolos de una túnica de verde musgo, adornada de helechos y agáricos. ¿Cómo explicar tan activa como inagotable fecundidad? El supremo grado de fertilidad del terreno, la extraordinaria profundidad de esa tierra vegetal, el riego frecuente de las mareas, la propiedad fertilizante de las aguas del Paraná por su tibieza y de las del Plata por su limo, la ausencia completa de aguas corrompidas, y finalmente, la angostura de las zonas numerosas, que hace más accesibles las masas vegetales á la acción del sol y demás agentes atmosféricos, todas éstas deben ser las causas de tan copiosa y exuberante vegetación.

"Así también se comprende por qué la flora del delta nos presenta el aspecto de una latitud más elevada, por las numerosas especies de árboles y plantas de hoja permanente, que dan á sus bosques la fisonomía alegre de la primavera, á pesar de los fríos y heladas del invierno, formando un notable contraste con la vegetación agostada de la costa.

"Mas ¡ay! que pronto desaparecerá tanta amenidad, tanta belleza, ante los rudos pasos de la industria desnaturalizada por la codicia y el error. Con dolor se ven ya desaparecer los bellos árboles que hacían la delicia de nuestro Tempe á los golpes del hacha, acerada como los corazones en que el interés ha ahogado el sentimiento de lo bello, y ciega como la ignorancia que labra su propia ruina.

"¡Árboles bienhechores, que fuisteis el encanto de mi infancia, y que siempre he contemplado con enajenamiento y gratitud, yo os ampararé, yo os conservaré ilesos como os crió la naturaleza, sobre los arro-

yos que rodean mi rústica vivienda, para que vuestro espeso ramaje continúe derramando sobre ella la frescura de vuestra sombra, el bálsamo de vuestras flores, la ambrosía de vuestras frutas, el canto de vuestras aves! ¡Ah, esparcid como siempre en torno de mi cabaña la fragancia y el regalo, la salud y la alegría!"

Ninguno de nuestros artífices en prosa ha escrito nada que supere en sentimiento, frescura y armonía á las descripciones de Marcos Sastre. Es didáctico, persuasivo, espontáneo, elegante, correcto y dulcemente emocionador. Se diría que Chateaubriand le ha enseñado á traducir la naturaleza, si le quitaseis sus dejos amargos á Chateaubriand. Se diría que es un discípulo de la retórica de Rousseau, si Rousseau hubiese soñado con la hermosura nítida y serena que amaba Marcos Sastre. Ese escritor es un poeta á lo Lamartine, en cuya prosa revive la idílica suavidad de Bernardino de Saint Pierre.

Desde 1870 hasta 1885 la prosa se desenvuelve de un modo maravillante y la poesía arrumba su canción romántica. Entonces aparece Carlos María Ramírez, rimador, polemista, tribuno, con algo de mago, casi profeta, espíritu proteico que escribe novelas y editoriales, discute de finanzas y conoce la historia de nuestro terruño más que su propia historia. Tiene amplia ciencia, mucha penetración, retentiva enorme, probidad suma y esplendoroso verbo, aquel diplomático, senador y ministro, que es, — para ser aún más que todo esto, — uno de los vencidos en los palmares de Puntas de Soto.

También Eduardo Acevedo Díaz, por aquel entonces, hizo sonar su clarín de combate en el palenque de nuestras letras. Nacido en 1851, ha sido periodista, senador y ministro diplomático. Se le considera como uno de nuestros primeros escritores en prosa, distin-

guiéndose su elocución, que peca algunas veces de trabajada y no muy flexible, por lo sonoroso de su pomposidad y lo poco común de su robustez. Se ha dedicado, con acertada solicitud, al cultivo de la novela de carácter histórico, desarrollándose sus asuntos en la edad de los choques por nuestra independencia, y siendo las costumbres que describe, lo mismo que los paisajes que dibuja, copia y espejo de las costumbres y los paisajes de nuestro país. Entre sus obras principales, citaremos *Brenda, Ismael, Nativa, Grito de gloria* y *Soledad*. *Brenda* es la más deficiente de sus novelas. *Ismael* es la mejor de sus producciones. Sus descripciones valen más que sus diálogos, siendo más fiel su pluma cuando reconstruye los usos que fueron que cuando trata de la psicología de sus personajes. Su verba es romántica y realista su modo de componer, pues gusta del detalle y de la amplitud, aglomerando, cuando nos pinta un bosque, toda la flora y toda la fauna de nuestro clima, á fin de dar al cuadro, que nos bosqueja con detenimiento, inconfundible y portentoso matiz nativo. Esto, que sería absurdo en la realidad, dá relieve y esplendidez al localismo de sus ficciones, algunas de cuyas páginas son intachables modelos de decir castizo y majestuoso, como el primero de los capítulos de su *Ismael*, ó como la descripción del incendio del monte en *Soledad*, ó como el sobrio lienzo en que trazó su pluma los incidentes de *El combate de la tapera*.

También, por aquel entonces, inician su cruzada hacia el triunfo el color marfileño y la bondad amable de Alberto Palomeque. El doctor Palomeque no es un estilista; pero es un ilustradísimo y noble ciudadano. Jurisconsulto, periodista, diputado y orador de raza, nunca consideró su talento y su influencia como mercancías, prefiriendo el destierro con sus es-

trecheces á las inmorales ventajas de la claudicación. Se habrá equivocado, como todos lo hacen, por ofuscamiento ó por no querer someterse á la lógica de la necesidad, á las orientaciones del medio nativo; pero en el opúsculo, en la prensa, en la tribuna, en la cátedra, en todas las actividades de su vida, fué el paladín virtuoso y decidido de sus propias ideas, no modificándolas nunca por interés, aunque á veces las modificara por convicción. Alto, de frente ancha, de color marfileño, de ojos vivos, de facciones abiertas, de voz sonora y de parla afluente como inagotable raudal montés, hay pocos oradores que entretengan y que cautiven como este copioso y erudito y ameno orador. El estilo de sus libros es el estilo en uso en la prensa diaria, aunque pulimentado y enriquecido por lo constante de la costumbre de escribir sobre asuntos de historia y de derecho, siendo mucho y muy digno de recordación lo que lleva narrado de nuestros hombres y de nuestras cosas. Su labor, mal conocida y mal apreciada, es enorme y merecedora de singular aplauso, siendo muy de sentir que nuestras vicisitudes y su orgullo ofendido le hayan hecho asilarse bajo un espacio que no es el que debiera recibir el adiós de sus ojos vivísimos. Generoso sin tasa, se ganó gratitudes imperecederas, y bravo como todos los hombres de fe en su ideal, dijo en la tribuna lo que no era del gusto de la multitud, que, seducida por su franqueza y por su osadía, aplaudió sus altiveces de convencido elevado y caballeresco.

Así, Alberto Palomeque resalta y nos seduce por lo grande de su fecundidad, por lo copioso de su erudición y por la viril rectitud de su pensamiento. Abogado, periodista político, orador parlamentario y tribuno popular de inagotable verba, no hallaréis, en sus escritos y en sus discursos, los afeites y los primores

del decir retórico. Descuidado, familiar, ingenioso y amigo de citas, pocas veces escala las cumbres más altas de la elocuencia; pero, en cambio, con una anécdota, con un chiste, con una reflexión oportuna, con el sobrio desenvolvimiento de una época histórica, con la acabada figura de un personaje, con un rasgo caballeresco, ó con una actitud sinceramente proba, se gana el espíritu de sus lectores ó conquista el aplauso de sus oyentes. De alta estatura, de ojos brilladores, de perilla romántica, de voz musical y de fácil dicción, todo lo que trata lo trata bien, aunque todo lo trate al correr de la pluma ó sin aliños de orador académico. Detesta á los caudillos y mira con piedad á las revoluciones, lo que no obsta para que fulmine, con rigor dantoniano, las dictaduras, y para que condene, con virtud catoniana, á los gobiernos faltos de probidad. Los que se dediquen á escribir la crónica del tiempo que fué, mucho de útil encontrarán en su extensa y esparcida labor. *Mi año político,* compuesto de ocho volúmenes, y *El año fecundo,* volumen de más de ochocientas páginas, son á modo de crónica cinematográfica de los sucesos acaecidos en nuestro país desde 1887 hasta 1898. En aquellas obras, cuyo interés corre parejas con su desaliño, el cronista se ocupa de lo importante y de lo trivial; pero aumentando el valor de los sucesos públicos que relata, con lo docto y sincero del comentario, que tan pronto es caricatura de torpes ridiculeces como rojo cauterio de corrosivas llagas. El historiador futuro hallará en las páginas de aquellos libros mucho que espigar, como encontrará mucho que aprender en los dos tomos de los *Orígenes de la Diplomacia Argentina* y en el estudio que sobre don *Melchor Pacheco y Obes* ha publicado el doctor Palomeque en la *Revista histórica* de 1910 y de 1911.

Los últimos libros publicados por el doctor Alberto Palomeque, — 1909, — se titulan *Conferencias históricas* y *La jurisdicción del Plata*. Su estilo en nada difiere del estilo de los que antes engendró su pluma; pero, como los que antes engendró su pluma, estos dos estudios, que constan respectivamente de 244 y 286 páginas, son interesantísimos por el caudal de doctrina y la abundancia de datos que contienen. El segundo se ocupa, — además de nuestros derechos á Martín García, la laguna Merín y el río Yaguarón, — de la jurisdicción de las aguas del Plata, tal como la entendieron Artigas y Sarmiento, tal como se deduce de nuestros límites del año 25 y del tratado del año 28, tal como se desprende del sentimiento de justicia y de solidaridad que debe guiar á los pueblos del Uruguay y de la Argentina. *Las Conferencias históricas*, de cuyas opiniones no siempre participamos, son aún más interesantes que el libro anterior. Se ocupan especialmente de nuestra diplomacia en el Paraguay, deteniéndose en las personalidades de Lamas y de Castellanos.

Hacia la misma época — 1873 — florece y se impone Daniel Muñoz, que ha sido periodista, ministro diplomático é intendente municipal de Montevideo.

Daniel Muñoz, ó lo que es lo mismo Sansón Carrasco, sube á las cumbres de la popularidad, no bien aparece, por lo español del fraseo de sus artículos de costumbres y por lo punzante del realismo tendencioso de su *Cristina*.

Las descripciones y los artículos de costumbres de Carrasco se distinguen y nos deleitan no sólo por la finura y sagacidad de sus observaciones, sino también por lo pictórico y cálido de la fantasía, que agrupa sabiamente, exprime con gracejo y colora con arte lo visto y lo observado. El estilo, sin embargo, es lo que más vale en aquellos artículos, cuya casticidad, cuyo

sabor arcaico, cuyos ricos matices, cuyos variados tonos, cuyas sabrosas burlas y cuya elegancia sin amaneramientos no han encontrado aún verba que los iguale ó que los supere. Oidle referirnos sus impresiones ante el histórico monolito de la Florida, ante el altar grisáceo de la Piedra Alta.

"La Piedra Alta no es sólo un monumento histórico, sino también una obra artística de la naturaleza, situada en un rincón solitario, en el cual aun los espíritus más huraños á los encantos de la madre eterna tienen necesariamente que someterse, subyugados por la apacibilidad del panorama, con una ancha laguna por delante, en cuyo espejo se miran y reflejan el cielo azul y las riberas verdes, temblorosas las imágenes al verse retratadas en la linfa vagamente rizada por la brisa de la tarde, cruzado el aire por ráfagas moradas de bandadas de torcaces y por fugitivas sombras negras de enjambres de tordos que vuelan en busca del reparo del cercano monte.

"Más allá, la corriente se enrula en blancas espumas encrespada por arrecifes ocultos en los senos del río, produciendo un murmullo continuo, arrullador por su monotonía, como esas melopeas con que las madres adormecen en el regazo á sus hijos; y una vez vencida esa resistencia, de nuevo se explayan las aguas en la laguna, aquietadas como si descansasen del esfuerzo, ofreciéndose en lámina pulida para que en ella se copien y contemplen todos los detalles del monte que le sirve de frondoso marco.

"Resalta entre el uniforme verde con que se viste la arboleda, el tono rojizo de los sarandíes, cuyo follaje se tiñe con tintas encendidas de ocaso otoñal antes de desprenderse de las ramas para dejarse arrastrar por la corriente, y esta agonía del arbusto que tanta gloria recuerda, parece una nueva vida, como

esa resurrección momentánea de la llama en sus últimos fulgores, engalanándose con el color brillante que ostenta el airoso cardenal en su copete erguido como un jopo de altivez y de victoria."

Y dice después:

"Desde el suburbio de la Florida, se extiende la colina en rampa suave que va á morir en el río, y como surgiendo de entre las aguas, se levanta en la orilla la Piedra Alta, como una terraza de propósito construída para contemplar el panorama que la circunda: el monte espeso enfrente, á uno y otro lado el arroyo de caprichoso curso, ora explayando en tranquilas lagunas bordeadas de camalotes y espadañas, ora aprisionado dentro de ásperos arrecifes por sobre cuyas puntas retoza la corriente saltando desmenuzada en rumorosas y juguetonas espumas; detrás el Cerro Pelado, con sus laderas tendidas, y en cuya calvicie refulge con vivísimos destellos una piedra blanca, como si fuese un copo de las nieves eternas que sirven de tocado á los inaccesibles penachos de la cordillera andina, y todo en derredor el perfil ondulado de las lomas verdes, moteadas aquí y allá por las manchas de los ganados que en ellas triscan."

Seguidle ahora en su descripción de la playa de los Pocitos, cuya curva, en arco, y cuyo panorama, rico en verdores, nos traza su pincel antes de decir:

"Todo esto, sin embargo, médanos, árboles, costas, promontorios, no es más que el marco del gran paisaje del mar, siempre mudable y cambiante, según la hora, según el viento, según vengan las corrientes de los cenagosos canales del delta ó de los profundos y transparentes senos del Océano; ora tendido como una inmensa sábana azul, ora agitado y convulso en olas barrosas devueltas por el pampero, otrora moteado de vellones blancos rizados por la virazón; so-

litario un rato, otro rato surcado por la afilada proa de algún trasatlántico que entra en reclamo del puerto ó se aleja para apartadas costas, poblado al caer la tarde por las barcas pescadoras que regresan de sus atrevidas excursiones como bandadas de aves, impulsadas por sus grandes y graciosas velas latinas que tienen corte y vibraciones de alas, cruzándose las barcas que vienen en busca de la anhelada amarrazón con las gaviotas que van en demanda de su amoroso é ignorado nido, llevando unas y otras el sustento de los suyos.

"Completan esta animación del dilatado cuadro del mar las escenas de la playa en que son actores bañistas y paseantes, los unos refrescándose en las inquietas aguas, los otros recorriendo la costa, cambiando saludos y miradas, otros sentados en la amplia terraza contemplando el atrayente proscenio de que son protagonistas las olas, que parecen seres vivientes por la movilidad con que retozan, atropellándose unas sobre las otras como aguijoneadas por el afán de ver cual de ellas ganará más terreno sobre las pulidas arenas, hasta que después de mil tentativas infructuosas por alcanzar un montículo que se defiende como un baluarte, llega una mayor que las demás, toda enrulada de espumas rubias, y pasa la meta allanando la deleznable prominencia objeto de tantos ataques.

"El mar tiene el mismo poder de atracción que el fuego, como todo lo que es mudable y vario. Las olas como las llamas, fijan la atención del espíritu en esos ratos en que se quiere no pensar en nada, y las horas pasan insensibles en esa contemplación vaga, esperando siempre ver algo nuevo, interesándose en el avance lento de las aguas que van ensanchando sus dominios por pulgadas, hasta que la costa se revela contra la invasión y empieza á hacer retroceder al

asaltante, desalojándolo de las posesiones con tanto tesón conquistadas, y quedando ambos dentro de sus naturales fronteras rehaciéndose para volver al poco rato á empeñar la interminable lucha."

Vedle resucitar el espectáculo de nuestra antigua feria, mucho más animada y característica que la feria de hoy.

"Á la derecha, como quien sale por la plaza de la Independencia, están instalados en primer término los puestos de flores y plantas de jardín: las violetas, reunidas en pequeños mazos, bañando sus tallos en el agua para conservar su frescura; ramos abigarrados en que campean todos los colorinches, desde el rojo escarlata de los claveles hasta el blanco deslumbrador de las azucenas; plantas de camelia, con sus hojas barnizadas y sus flores correctas, simétricas, formadas de pétalos persistentes que parecen tallados en mármol; matas de pensamientos con sus florecillas que remedan caritas de mico con ojos amarillos; plantas de jacintos, de entre cuyas hojas brota una vara vestida de campanillas moradas, jazmines del cabo, con sus hojas lucientes y sus flores de azúcar; naranjos enanos, vestidos con su follaje de raso esmeralda, entre el cual asoman los frutos redondos y dorados, al par que las ramas superiores parecen cabezas de novias, coronadas de azahares.

"En frente, desde lo de Roselló hasta la zapatería Franco-Española, la escena es menos poética, pero en cambio más suculenta: jamones, chorizos, morcillas, madejas enteras de salchicha, y toda suerte de embutidos de cerdo, despidiendo cierto tufillo que despierta en el estómago apetitos porfiados, de esos que no se acallan hasta que se ha satisfecho su deseo. Y al lado de los salchichones, quesos de chancho, compuestos con los menudos de la cabeza, variado mosaico de trozos

suculentos, envueltos en una capa de tocino blanco como merengue; grandes ruedas de mortadella incrustadas con pedazos de carne roja entre la mullida blancura de la grasa; y presidiendo toda aquella variada exposición de manjares condimentados con los restos de sus mayores, se ve un lechón entero, afeitado desde el hocico hasta el rabo, los ojos fruncidos y la piel arrugada, reemplazadas las entrañas con hierbas aromáticas y especias perfumadas que dan á la carne un sabor delicado.

"Al lado de los chancheros, instala su tienda improvisada un librero de viejo, cuyos estantes reunen la más disparatada colección de autores y de épocas: obras de Voltaire al lado de los discursos de Bossuet; el Baroncito de Faublas junto á Abelardo y Eloísa; un tomo de Don Quijote codeándose con un Almanaque de Prieto; entregas sueltas del Correo de Ultramar; un diccionario taladrado por la polilla desde la A hasta la Z; tres de las siete Partidas; y al lado de todo esto, romances de amor, consejas de aparecidos, y cuentos iluminados de la vida de don Perlimplín y del Cid.

"Más allá siguen otra vez plantas; plantas de adornos para patios y salones, sobresaliendo entre todas las variadas especies de helechos cultivados por Margat, desde el culantrillo, cuyas hojas temblorosas parecen sujetas en alambre casi invisible, hasta las *scyatea excelsa*, de delicado follaje que se abre como paraguas al extremo del tronco esponjoso, entre cuyos húmedos resquicios crecen las parásitas que lo visten.

"En seguida hay un vendedor de jaulas y pájaros: cardenales con su penacho rojo y pecho blanco, saltando con gallardía de un palo á otro, y lanzando sus penetrantes silbidos; canarios de plumaje de oro, en-

crespada la garganta mientras gorjean con trinos prolongados; jilgueros con su bonetito de terciopelo negro; gorriones blancos con picos rosados; cotorritas de Australia plumadas de verde cardenillo y golilla dorada; *federales* de pecho rojo; mirlos negros de largo pico amarillo; *siete colores* de pecho anaranjado y cabeza azul; tordos de pluma brillante obscura, con cambiantes tornasolados; calandrias, venteveos, mixtos, chingolos y otros cien ejemplares de la raza alada, todos azorados con el bullicio, destrozándose contra los alambres de las jaulas."

¿No parece este cuadro, por sus colores, un cuadro de Goya?

Y concluye diciendo:

"Á las nueve de la mañana, la feria está en su auge: por todos lados movimiento, bullicio, gritos, cantos de pájaros, cacareos de gallina, gruñidos de cerdo, y dominando todos los ruidos, la voz del rematador que grita: — "¿No hay quién dé más? ¡Se va, señores, se va la rica botonadura de camisa, por cinco centésimos!"

"Los que vienen de misa y van á misa pasan por la feria: á la feria van los que tienen novia ó la buscan: allí hay de todo: flores frescas y caras bonitas; pájaros de vistoso plumaje y mujeres de elegante porte; por allí desfila el Montevideo madrugador y todo el Montevideo devoto y todos los que salen á la calle con cualquier pretexto, así es que las anchas aceras de la calle 18 de Julio son pequeñas para dar paso á la corriente humana que va y viene en continuo hormigueo.

"Aquí un ciego que canta; allí un individuo que imita el canto de los pájaros; allá uno que pregona cigarrillos y fósforos; éste que ofrece las violetas frescas; aquél que encomia la baratura de sus artículos; el otro que anuncia que se le acaban los ricos

pasteles; y todos porfiando por vender con más ahinco á medida que el tiempo avanza y se acerca la hora de terminar la venta, las once de la mañana.

"Cuesta hacer levantar los puestos á los vendedores, tanto como cuesta hacer levantar de la cama á los muchachos remolones: dan vueltas, guardan la mercancía todo lo más lentamente que pueden, se dejan estar con los compradores de última hora para dar tiempo á que lleguen otros, pero al fin los policianos activan el desalojo de flores, de legumbres, de condimentos, de pájaros, de animales y de aves; no quedan más que los desperdicios inútiles, pisoteados, enlodados, hasta que los barrenderos borran ese último vestigio del activo comercio matutino y vuelve la calle á quedar limpia y despejada.

"Ciérranse las puertas de las tiendas y almacenes por mayor, donde los dependientes y sus amigos se instalan para presenciar el animado desfile de la mañana, comentando entre mate y mate la gracia de ésta ó la belleza de la otra; los balcones se despueblan de las familias que desde allí presencian el bullicioso espectáculo, y todo vuelve á su orden, mientras los pesados carros de basura van recogiendo los restos que ensucian el empedrado.

"Una hora más tarde, la calle vuelve por un momento á reanimarse, no ya por la feria de aves y verduras, sino por la exhibición de lo que Montevideo tiene de elegante y hermoso en sus hijas, que, según el decir de los de afuera, son las más hermosas y elegantes mujeres del mundo."

Vedle, en fin, deleitarse en la pintura de los famosos carnavales de antaño, en los que faltaban la serpentina y la luz eléctrica; pero en los que hubo siempre mayor regocijo y menos empaque que en nuestros

insípidos carnavales de ahora, que huelen á muerto y que nos dejan una abundante ración de hastío:

"Decía, pues, y digo, que ahora quince años, y menos aún, se jugaba el carnaval á huevazo limpio, cosa de todos sabida, pero como el tiempo pasa, y con él se van los recuerdos, no estará demás hacer memoria de aquellos tipos especiales de nuestro carnaval, y digo nuestro, porque no he oído jamás hablar de que, fuera del Río de la Plata, se jugase á carnaval como entre nosotros, de aquella manera *criolla*, que degeneraba, las más de las veces, en sopapos.

"Convengo con los que dicen que aquello era bárbaro, pero quiero, también, que convengan conmigo en que era muy divertido; era más espontáneo, más popular, y, sobre todo, más barato.

"Los edictos policiales sólo prohibían el uso de huevos de avestruz y otras armas por el estilo, capaces de dar en tierra con los transeuntes, y el comienzo del juego se anunciaba con un cañonazo, disparado desde la que fué fortaleza de San José, y no hay para qué pintar la ansiedad con que los jugadores esperaban, reloj en mano, el estampido guerrero para emprenderla con el primer incauto que pasase.

"Todo era sonar el cañonazo y echarse á la calle centenares de muchachos, con canastas los unos, y con cajones los otros, colgados con un cordel de los hombros, anunciando á grito pelado:

¡A los buenos güevitos de olor
Pa las niñas que tienen calor!

á lo que otros contestaban:

A los buenos güevitos de triqui traque
Pa las niñas que usan miriñaque.

"Llevaban los muchachos su frágil mercancía muy arreglada en hileras rojas, verdes, azules y amarillas, según el color dado á la cera con que se tapaban las cáscaras después de llenarlas de agua nominalmente perfumada, á razón de un frasco de *eau de cologne,* de aquellos larguiruchos, por cada balde de agua, y retobadas con trapos de todos colores, cortados en redondo, y sumergidos dentro de la cera hirviendo para pegotearlos en el huevo relleno, que quedaba convertido en temible proyectil."

Sigue después:

"Allí era el salir apresuradamente á los balcones las señoritas, armadas de sus jarros, echando agua con una mano sobre aquellos peripuestos donceles, y defendiéndose con la otra de los proyectiles que ellos les arrojaban con toda mesura, *á barajar,* para no lastimarlas.

" — Acérquese, pues, no sea cobarde; decía una dirigiéndose á alguno de los campeones.

" — Me acercaré si usted me tira esa flor que tiene en la cabeza, contestaba el amartelado galán.

" — Allá vá, venga á recogerla.

"Caía la flor bajo los balcones, apresurábase el caballero á levantarla, y cuando con una amable sonrisa iba á saludar á la dueña, recibía en el rostro un torrente de agua que le enceguecía y ahogaba, desgracia que él trataba de disimular diciendo con toda galantería:

" — ¡Como ha de ser! No hay rosas sin espinas....

"Y así seguía el juego por largo rato, ellos aguantando un diluvio de agua que les dejaba ensopados, y ellas recibiendo los huevos de cera, que se estrellaban en sus manos, perfumándolas con exquisitas esencias, no sin que de vez en cuando se oyese á alguna gritar:

"— Puf! Está podrido.

"Cuando ambos beligerantes quedaban ya rendidos de la refriega, empezaba la parte galante de la fiesta. Los caballeros arrojaban á manos llenas cartuchos de confites, y ahí era el gritar y manotear de los chicuelos, que estaban á los desperdicios, lanzándose en masa sobre la vereda cuando algún cartucho no llegaba á su destino, empujándose, pateándose por agarrar la codiciada presa, mientras los jugadores hacían toda clase de esfuerzos para barajar las coronas que en cambio de los confites les llovían, retribuyendo ellos todavía el obsequio con cajas especiales, de antemano destinadas á fulana y á zutana, á quienes las enviaban por medio de sus sirvientes, no atreviéndose á correr el albur de que, al arrojarlas, cayesen entre la turba multa de arrapiezos que andaban á caza de gangas."

La descripción concluye magistralmente:

"Había, también, los jugadores típicos, grandes jinetes que se hacían cerrándole piernas al caballo para pasar entre dos cantones, en medio de una granizada de huevazos y una lluvia de bombas, costaleando el caballo sobre las piernas, azorado con la bulla, con los proyectiles que lo herían, con lo resbaladizo del suelo y con la constante amenaza de los lados y del frente y de atrás, sin atinar por donde huir para librarse de aquel infierno.

"La calle, sembrada de retazos de papel y de cáscaras de huevo, denunciaba á los jugadores que, ocultos tras de los pretiles de las azoteas, acechaban á los incautos. De repente aparecía un transeunte, y mirando con cara de pillo se aventuraba por la cuadra peligrosa, en la seguridad de burlar á los que le esperaban. Si las bombas y cáscaras estaban sobre una acera, tomaba él por la de enfrente, calculando entre

sí que los jugadores estarían encima de él, y contra ellos se defendía pegándose todo lo posible á la pared para resguardarse con las cornisas y balcones. ¡Inocente! Cuando más contento iba felicitándose de su travesura y sonriéndose del chasco que había dado ¡zás! de atrás de una puerta que él ni sospechaba, le disparan un balde de agua que le ensopa de los piés á la cabeza. Aturdido por la sorpresa y temeroso de una nueva arremetida, saltaba al medio de la calle, y entonces le aprovechaban los de arriba, apedreándole á huevazos, haciéndole tambalear á baldes de agua, y muchas veces dando con él en tierra de un bombazo certeramente acomodado en la cabeza. Entonces se armaba una de silbidos, de gritos, de toques de corneta y de matraca que atraían á todos los curiosos, prudentemente aglomerados en la esquina y cuando más encantados estaban éstos gozando con las desgracias del caído, ¡cataplum! llovía sobre de ellos una tina de agua que les dispersaba, echando pestes y maldiciones contra el travieso que tan donosamente les había burlado."

Hablemos de *Cristina*.

Acabábamos de salir de la pubertad, cuando apareció aquel capullo ó esbozo de romance de Daniel Muñoz.

La novela turbó nuestro sueño y nos hizo llorar. Muchos han llorado sobre sus páginas, como muchos han llorado sobre las páginas, en nada parecidas, de la *Graciela* de Lamartine.

Hemos vuelto á leer el doloroso romance nativo hace pocas mañanas, en el último crepúsculo de nuestra vida, en nuestro crepúsculo sin perfumes y sin estrellas, siendo esa lectura para nuestras añoranzas y nuestras saudades, lo que el espíritu de la poesía,

el espíritu que preside y concierta las voces de la noche, era para la musa de Longfellow.

Cuando *Cristina* se publicó ya andaban á la greña nuestros liberales y nuestros católicos. Las polémicas filosóficas se habían iniciado con ardimiento en las columnas de los órganos periodísticos. *Cristina* era una novela de tesis, era un alegato contra lo rígido de la clausura monjil, era un argumento en pro de la libertad religiosa, que ha sido y que es uno de los más férvidos ideales de la democracia. *Cristina* era una novela de tesis, siendo su espíritu tendencioso análogo al espíritu tendencioso que inspira las páginas de *Doña Perfecta* de Pérez Galdós, y contrario al espíritu tendencioso que inspira las páginas de *La Barrera* de Renato Bazin.

Comenzaba con un brochazo de colorido local, con la salida dominguera de la misa de la una de la tarde. Aquel brochazo, rico en realidad y rico en luz de sol, rejuvenece aún, devolviéndole sus festivas animaciones, á nuestra vieja plaza de la Matriz. No negaré que fatiga algún tanto la lectura de la primera mitad de la novela. Es monótono y carece de brillo el relato de los incidentes á que dá lugar la amorosa pasión de la joven atribulada, á quien separa de su elegido la católica y persistente voluntad de sus padres. En su último tercio, la novela, — que tiene por base un suceso de crónica, un asunto real, — se vuelve dramática é interesantísima. Cristina, separada para siempre de su primer amor, resuelve renunciar á la vida del mundo y refugiarse en la vida del claustro, aferrándose á sus recuerdos como la hiedra se hunde en las hendiduras de las ruinas. Es una hermosa página la descripción fidelísima de la toma del velo de la sin ventura. Al verla perderse, envuelta en sus

hábitos, en el fondo del convento de las Salesas, el alma se acongoja y los labios bendicen á pesar suyo. Cuando después muere, por haber respirado larga y profundamente el cáliz de la flor de sus recuerdos, con los ojos vueltos hacia el jardín de la mansión claustral, los labios murmuran estos melancólicos versos de Coppée:

"Pourtant elle cueillit, un jour, dans ce jardin
Une fleur exhalant un souvenir mondain,
Qui poussait la malgré la sainte obedience;
Elle la respira longtemps, puis, vers le soir,
Saintement, ayant mis en paix sa conciencie,
Mourut, comme s'eteint l'âme d'un encensoir."

El romance llega á lo patético cuando nos pinta la desesperación de la pobre madre de la enclaustrada, al saber que las reglas de la orden le impiden despedirse de la moribunda, de la siempre querida, de aquella cuyos labios no la besarán más. ¡Exige, ruega, se postra, se arrastra de rodillas por el pavimento de la prisión monjil, y se nos aparece pálida, con un cerco violáceo bajo los ojos, con los labios contraídos por un sollozo horrible, con las manos deshechas de tanto juntarse para suplicar, y con una arruga de demoniaca sobre la frente, de la que ha desaparecido la idea de Dios!

Cristina levantó protestas y aclamaciones. Los católicos la condenaron, y los liberales convirtieron la verdad del asunto en arma de combate. Era un arma de agudísima punta y de cortante filo. ¡Era un arma terrible contra la regla que aparta á las madres del lecho en que sus hijos mueren entre extraños, violando las leyes sacratísimas de la naturaleza, que dicen que las madres han sido creadas para recibir el primer quejido y el aliento último de los hijos sin

dicha! ¡Era un arma terrible contra la regla que olvida que, en la historia del cristianismo, hay una mujer, con el pecho traspasado por siete puñales, junto á la cruz en donde agoniza el mártir del Gólgota!

III

Por el mismo tiempo, es decir, en el período literario que va desde 1870 hasta 1885, Aurelio Berro reverdece la entonación excelsa de Quintana. Es comúnmente frío, impetuoso á ratos, y siempre perfecto, á pesar de que Clarín decía que los poetas excepcionales no son perfectos nunca. Don Manuel del Palacio solía afirmarnos confidencialmente que Aurelio Berro era el primero de los inspirados de su generación. Nacido en 1834, ministro y legislador en tiempos difíciles, Aurelio Berro tiene algo de clásico, en la pureza y en la fluidez de sus composiciones. Al inaugurarse el monumento de la Florida, en el certamen nacional de 1879, obtuvo el primer premio, la codiciada medalla de oro. Sus poesías aun no han sido coleccionadas, á pesar de sus muchos merecimientos. Leed su soneto á *La pena de muerte:*

"Nace el hombre de espíritu dotado
Que los resortes de su ser anime,
Y su alma, libre, movimiento imprime
Al cuerpo esclavo á su poder atado.

En un instante de furor, cegado,
El tosco mango de un puñal oprime,
Y el arma vil del asesino esgrime
Contra quien fué para su amor formado.

Huir la sombra de su crimen quiere
Y el castigo á la vez, ¡angustia vana!

La ley severa su cabeza hiere.
Tiende su vuelo el alma soberana,
El barro sólo se deshace ó muere;
¡Y se ha cumplido la justicia humana!"

Leed este fragmento de su oda *A Rivadavia:*

"No era mi voz, que, resonando ahora
Debiera alzar de inspiración desnudo
El canto de loor; grave y sonora,
El arpa de los bardos Argentinos,
Ansiara yo escuchar, atento y mudo.
Pero reina el silencio; el tiempo avanza
Llega la hora propicia,
Y audaz mi acento á levantarse lanza
Y el grito que le arranca la justicia.

Para el sabio y el bueno
Cabe, á la vez, idolatrar la Patria
Y amar la humanidad: el noble seno
Acoge todo bello sentimiento,
Y del genio profundo,
Abarca un pensamiento:
La extensión del hogar y la del mundo.
¡Tal fuiste, Rivadavia!
¿Qué importa, pues, si se meció mi cuna
Donde la tuya no? De la fortuna
Fué disponerlo así: su brazo fuerte
Un pedazo de tierra nos designa
Para ir á la vida ó á la muerte.
Quédale á la virtud, severa y digna,
Salvar con su poder el linde estrecho,
Y la fibra mover del entusiasmo
En suelo ajeno y en extraño pecho.

No temas, Rivadavia, que mi canto,
Con lisonja falaz, tu nombre ofenda

Y el brillo fulgurante de tus hechos,
Fuera del campo de su luz extienda.
Pródiga fué tu mente generosa
En gérmenes de bien; pero, no siempre
La cosecha abundosa
Recoge el sembrador; — voraz, impía,
La discordia surgió; luchaste en vano,
Y, largos años, despertaste al día
Ausente de tu suelo Americano."

Por lo común es frío. Está dotado de una serenidad arcaica. Ved sus estancias á *La amistad*.

"En medio del jardín nacen las flores
Que el sol ardiente con sus tintas baña
Pintando de purísimos colores
Las tiernas hojas de belleza extraña.

Pero ese mismo sol secára impío
Los hermosos capullos que arrebola,
Si la dulce frescura del rocío
No empapara en la noche su corola.

También así, la flor de la existencia
Encuentra en el amor rayo fecundo,
Que alimenta el principio de su esencia
Y derrama su aroma en todo el mundo.

Pero ay! ella también pronto cayera
Presa insensible de fatal desmayo,
Si otra fuerza del cielo no viniera
Á templar los ardores de ese rayo.

Es la amistad, consuelo de la vida,
Dulce rocío bienhechor del alma,
Que brinda á la existencia combatida
Ancho raudal de perdurable calma."

La inspiración de Aurelio Berro no es una inspiración permanentemente espontánea. La voluntad, la inteligencia y el gusto crítico intervienen en su manera de componer. Esto se adivina ó más bien se conoce, en lo puro y recogido de su fraseo, en lo regular y ordenado de sus imágenes, nunca maravillosas ó inverosímiles. No hay, ni aun en sus más celebradas composiciones, largas y tumultuosas tiradas de versos desenvolviéndose en períodos magníficos y esplendorosos. Lo reflexivo de su método le quita gracia y le cierra el camino de la popularidad. La efervescencia interior, el sentimiento exaltado que desborda en imágenes, no son cosa suya, porque no están en la naturaleza, algo clásica, de su inspiración. Su numen es un numen meditativo y cuerdo, que jamás simpatiza con lo ilógico y con lo incoherente. ¿Quiere decir esto que no sea un iluminado? De ninguna manera. No hay poesía sin estro, como no hay volcanes en ignición sin llamas plutónicas. Lo único que queremos decir es que en tanto que su imaginación se orienta en el sentido que desea su voluntad, Aurelio Berro le deja libres las alas. Hay en sus composiciones versos y aun estrofas que nacieron de golpe, que nacieron sin trabajo, que nacieron hechas. En cambio cuando su numen se extravía, ó cuando las imágenes no responden á la índole de lo cantado, Aurelio Berro reprime el impulso creador de su musa, la disciplina, y vuelve á lanzarla por el buen camino. En síntesis: Aurelio Berro no es un repentista como Lamartine, como Alfredo de Musset ó como Víctor Hugo.

La más inspirada y la más célebre de sus composiciones es el canto *Al monumento*. Principia recordándonos el modo poético de decir de Espronceda.

"¡Pára, cálido sol, tu raudo vuelo!
Que la onda brillante
De benéfica luz que adorna el suelo
Con la espiga y la flor, ciña radiante
Ese grupo de mármoles y bronces,
Barrera levantada al hondo olvido,
Y alto padrón de gloria
Donde graba el esclavo redimido
La primer frase de su libre historia!
Truene el ronco cañón, no ya de muerte
Mensajero fatal; su acento augusto
Al amor de lo grande y de lo justo
Eleve el corazón del hombre fuerte.
Vibre en el viento el címbalo sonoro:
En armonioso coro
La voz de los levitas, retumbando
Bajo las anchas bóvedas, difunda
Allá en el templo el cántico ferviente;
Y mientras, vuelto en vaporoso velo,
Del turíbulo ardiente
En lentas nubes el incienso humea,
Aquí bajo la bóveda del cielo,
La plegaria del pueblo alzada sea!"

Después, con una entonación tan feliz como vigorosa, se deja arrastrar por la oleada hirviente de sus visiones:

"¡Dios y la libertad! Tal era el grito
Que el corazón de Lavalleja henchía,
Cuando el bravo proscrito
Á la victoria rápida y segura
Su indómita falange conducía.
¿Lavalleja clamé? Grande figura,
¿Por qué no estás aquí? ¿por qué el Eterno
Los días de los héroes no prolonga

Aún más allá del término marcado
Á la vida vulgar? ¡Ah! yo te viera
Sobre ese frío pedestal alzado,
Con el roto girón de tu bandera,
Trémulo el brazo, trémula la planta,
Ornar esa columna
Que la justicia á la virtud levanta.
Yo te saludo, veneranda sombra
(Y las lágrimas saltan á mis ojos
Cuando mi voz te nombra).
Si allá, en el éter que circunda el suelo
Donde yacen sepultos tus despojos,
Tu espíritu flotante se pasea,
Al contemplar el pueblo que apiñado
Ese mármol rodea,
Al fruto de tus obras consagrado,
Séate dulce la gloriosa ofrenda,
No menos justa porque fué tardía;
¡Y desde el éter, de tu amor en prenda,
Á tu patria tu espíritu sonría!
¡Salve otra vez el bueno entre los buenos,
Y para mí el mejor!.... ¡Si entusiasmado
En la homérica historia me absorbía
De tus ínclitos hechos,
No era sólo el valor lo que veía!
Bravo te hallé cuando en la ansiada arena,
Del primer paso al estampar la huella,
Con los tuyos juraste
"Salvar la patria ó perecer por ella".
Héroe te ví de Sarandí en la pugna,
Lanzando á la carrera tus bridones,
Animado de aliento soberano,
Gritar á tus legiones:
"Carabina á la espalda y sable en mano".

Concluye así:

"¡Vivos están los hechos de los héroes!
¿Qué importa que, cegado
El odio vil por la pasión, los tuerza?
Pocos, inermes eran,
Y triunfos alcanzaron sobrehumanos.
¿No sabéis el secreto de su fuerza?....
¡Todos eran hermanos!
Pura fraternidad, hija divina
De un Dios de amor y sacrificio santo,
Fruto feliz de la sin par doctrina
Que alienta el corazón y endulza el llanto:
Tú eres la roca inmoble
Donde el torrente mugidor se estrella;
¡Tú eres el fuerte roble
Que entre el furor del huracán descuella,
Sin que el furor del huracán lo doble!
El amor es la unión, ella la fuerza,
Y en ese incontrastable fundamento,
En medio los embates que la acosan,
La humana sociedad halla su asiento,
Y *honor, poder y libertad* reposan.
¡Necio aquel que pretenda,
Tejiendo el interés y el egoísmo,
Cubrir su prole con instable tienda!
En su infecundo anhelo,
¡Ay! será en vano que prolijo imite
De la fraternidad la trama santa:
Va laborando en hielo
Que el primer sol de la pasión derrite,
Ó el primer golpe del dolor quebranta.
¡Dios y la libertad! Allí aspiremos
El aura de verdad que nos anime

Delante de ese noble monumento,
Que en nuestras almas el respeto imprime,
De un Génesis divino el pensamiento,
De la fraternidad la idea fecunda;
¡Que el germen puro derramado al viento,
Fertilizando nuestras almas, cunda!
Fraternidad el estandarte sea
Que muestre á nuestros hijos el camino
Do en cada paso aproximar se vea
El ideal de su feliz destino;
Y si un día, tal vez, desfalleciendo
Con el polvo y el sol de la jornada,
Sientan que su valor vá decayendo
Y que se dobla su cerviz cansada,
Vengan aquí, pregunten á ese mármol
Cuanta es la fuerza que en la unión se esconde,
Y escuchen en la voz de los recuerdos
Lo que el pasado al porvenir responde."

Por la misma época Wáshington P. Bermúdez esgrime con la diestra el látigo fulgurante de Juvenal, y sacude en la zurda el mordiente chicote de Quevedo.

Nacido en 1847, Wáshington P. Bermúdez es uno de nuestros más castizos rimadores. Grande es su fama como poeta lírico, pues tiene en su lira la cuerda que solloza y la cuerda que ríe, la imprecación ceñuda de los yambos y el zumbido de avispa de lo burlesco. Derrochó muchas sales y no pocas iras en las páginas policromas de *El Negro Timoteo*. Periodista y político y autor dramático se impuso por su ingenio, más acerado que hoja toledana y facón campesino, en días de infortunio para la libertad. Magistrales son muchas de las escenas de su drama *Artigas*, las del último acto principalmente, como son magistrales las estrofas con que el drama concluye, aquellas

estrofas del himno á la tricolor heroica y baleada, que huele á salitre y cuyos zumbos suenan á salves de clarín. Gramático expertísimo y retórico hábil, Bermúdez posee una dicción poética musical y sin mancha. Leed su melancólico salmo á *La vida:*

"Es la vida cual monte cuya falda
Cuesta mucho subir.
En la cumbre del monte, una guirnalda
Nos podemos ceñir.

Son los treinta años, con su luz, su fuego,
Su ruido y su placer
Que pronto pasan, porque luego.... luego
Se empieza á descender.

Y el pie resbala por la falda opuesta
Sin poderlo evitar.
Para alzarse á la cumbre, ¡cuánto cuesta!
¡Y cuán poco bajar!

La guirnalda de rosas, que encontramos
En la cima, después,
Cuando en el fin del viaje nos hallamos,
¡Se ha vuelto de ciprés!"

Su lira ascendió muchas veces hasta la nota épica. El 9 de Setiembre de 1873 leía, en el escenario de Cibils, una composición titulada *¡Gloria á los bravos!* — El ejército imperial se acerca á Paysandú. Paysandú se defiende:

"Trabóse con empeño la desigual batalla,
Y luchan sin descanso la fuerza y el valor;
Un círculo de fuego corona la muralla,
Y vése entre las balas flotar la bicolor!
La bicolor bandera, cubierta de girones,
Aun flota en las ruinas de la viril ciudad;

Y en vano bronce y muerte vomitan los cañones,
¡Refleja en el incendio su sol de libertad!"

Los brasileños se arrojan al asalto. Paysandú los rechaza con energía. Al fin, los sitiados salen de sus murallas. La victoria, al principio, combate con ellos; pero, rodeados por fuerzas superiores, ceden al número, después de haber dejado cubierta de cadáveres la llanura. La ciudad cae vencida; pero el triunfo no es honroso para el vencedor, en tanto que la derrota será la glorificación eterna de los vencidos.

"¡Cincuenta contra uno! Si en desleal victoria
La frente del verdugo ciñóse de laurel,
En páginas de acero la americana historia
Ya tiene consignada su maldición sobre él!
¡Cincuenta contra uno!.... La desigual batalla
No quebrantó el esfuerzo del bravo lidiador;
Y cuando los cañones rompieron la muralla
La postrimer defensa la tuvo en su valor!
Cincuenta contra uno!.... Para vencer esclavos
Sobraban los campeones de la ciudad viril;
Preciso fué, preciso, que la legión de bravos
Cayera entre las redes de la emboscada vil!"

Y sigue:

"¡Honor al heroísmo y á los valientes gloria,
Murieron combatiendo por patria y libertad;
Sus nombres inmortales, grabados en la historia,
Irán resplandecientes á la futura edad!
Salud á los escombros de la ciudad famosa,
Donde, la sién orlada por fúnebre cipré,
La libertad escribe con mano temblorosa:
—¡Aquí la noble tumba de los guerreros fué!—"

Wáshington P. Bermúdez tiene una altísima concepción del ideal estético. Para Bermúdez, como para

Roussel-Despierres, la hermosura artística es la forma codiciable y simpática de lo bueno, encontrándose el principio de la actividad moral en la simpatía que lo probo provoca en nuestras almas. Para Bermúdez, como para Roussel-Despierres, el ideal estético, en el que se confunden el bien y la hermosura, dirige y gobierna nuestra conducta íntima y nuestra labor pública, porque la vida estética es esencialmente social, desde que desenvuelve las virtudes en que la sociedad encuentra su perfección, agrupando á todas las voluntades puras en torno de las aras del bien colectivo. Para Bermúdez, como para Roussel-Despierres, la belleza es inseparable de la libertad, lo que le permite utilizar el verso como un látigo y como un hacha, como un instrumento fecundo y educador, en contra de los tiranos ensoberbecidos y en bien de las muchedumbres acobardadas. La sátira innoble es una hepatirrea, de la que se desprenden materias biliosas, como de las lavas en fusión se desprende á raudales el cloruro de amonio. La sátira de Bermúdez es sátira buena. Su indignación es una indignación varonil, generosa y noble. Leed los asonantes de *Los treinta dineros* y sobre todo leed las vibrantes octavas de su *¡Anatema!*

"Cuando la impura Roma de los Césares,
Degradada nación sin ciudadanos,
Circos! Circos! pedía; y sus tiranos
Le daban diversiones y baldón;
Dicen que en el sepulcro se animaba
Del severo Catón el polvo leve,
Y que al oir los gritos de la plebe,
Temblaba con patricia indignación!

Cuando el eco brutal de los que piden
Para la patria un absoluto dueño,

Del bravo Lavalleja, el hondo sueño
Llegue en aciago instante á perturbar:
Las cenizas del padre de los libres,
Al escuchar la voz ignominiosa,
De cólera y vergüenza entre la fosa,
Como las de Catón han de temblar!...."

Y sigue:

"Mas ya pasaron como vago sueño
Esos días de espléndidas memorias;
Pasaron en sus lides y sus glorias,
Como un poema de la antigua edad,
Y sobre las cenizas de los héroes,
Guardadas por el ángel de la tumba,
Ahora la ciega multitud derrumba
El templo que habitó la libertad!

Hoy raquíticas almas, patria mía,
Manchan el brillo de tu vieja gloria;
Y preparan cien hojas á tu historia,
Escritas en la tinta del baldón.
Los que vengan después, los postrimeros,
Encontrando tus páginas manchadas,
Al nombre de las tumbas degradadas
Le arrojarán su justa maldición!...."

Y añade:

"Los que piden el yugo, los que quieren
Hacer de un hombre, un ídolo sagrado,
No son tus hijos, no! Te han renegado
Abjurando tus dogmas y su fe.
Son tus hijos aquellos que veneran
La libertad, la ley, la democracia,
Los que doblan su sien á su desgracia,
Y no se postran de un mandón al pie!

Esos tus hijos son, tus ciudadanos
Los que no te perjuran, ni te niegan;
No son hijos los Judas que te entregan,
Víctima triste en manos de un señor,
Son tus hijos aquellos que rechazan
Los dogales, y el miedo y la mancilla;
Y no la oscura gleba que se humilla
Ante un hombre, ó un rey, ó un Dictador!"

Y concluye:

"Mientras exista juventud valiente,
Bañada por el sol del patriotismo;
Cuya alma noble, en su viril bautismo,
Tuvo á las libertades por Jordán:
Ni las épicas luchas de tus héroes,
Ni los ecos marciales de tus cantos,
Ni las palabras de tus libros santos,
En nuestros corazones morirán!

El patrio fuego, en el altar del alma,
Latente brillará, como lucía,
En lámpara sagrada noche y día,
Perpetua luz sobre el romano altar:
Hasta que pueda, al terminar la noche
Que envuelve á la República en su velo,
La sacra antorcha iluminar el cielo
De la libre conciencia popular!....

Suene el grito de Pedro en el Pretorio,
Y con canto triunfal la muchedumbre,
En afrentosa cruz, lleve á la cumbre
Del vil Calvario al nacional honor.
También la Libertad, como el apóstol,
Gloriosa, altiva, vencedora y fuerte,
Ha de surgir del seno de la muerte
Hiriendo con su luz al Dictador!"

Estos versos, escritos en 1876, son tal vez los mejores que ha producido la musa de Bermúdez.

Este es un excelente poeta satírico. Es satírico en sus composiciones serias como en sus composiciones jocosas. La sátira es el medio de que se sirve para tatuar al crimen en la frente, como es el medio de que se vale para poner en ridículo las flaquezas humanas. La sátira es proteica, es poliforme. Sátiras son los yambos de Augusto Barbier y sátiras son muchas de las odas funambulescas de Teodoro de Banville. La sátira significa indignación y odio, lo mismo que significa burla y menosprecio, pudiendo la sátira cazar á los tiranos como los bengaleses cazan á los tigres, y pudiendo burlarse de los ridículos con el alfilerazo del chiste aleccionador. La sátira es, al mismo tiempo, jaguar y mosquito. Tiene garras que ultiman y tiene zumbos que desesperan. La sátira es la protesta del ideal contra la glotonería de nuestros instintos, protesta que unas veces se sirve de la oda y otras del retruécano, según la alcurnia y la calidad de lo que la irrita. Sátiras eran los yambos de Simónides, como sátiras son muchas de las páginas métricas de *Les quatre vents de l'Esprit* de Víctor Hugo. La sátira proclama, con burlas y veras, la actividad del amor, lo perpetuo del bien, lo fecundo del sacrificio, lo santo de las cunas, lo augusto de las canas y lo noble del arte. La sátira, que parece un misántropo molieresco, es un optimista que cree en el triunfo definitivo de la trinidad platónica, como don Quijote creía en Dulcinea y como Rudel, príncipe de Blaye, creyó en Melisinda, princesa de Oriente. Así, para la sátira, la moral absoluta no es, no puede ser una moral ridícula é impracticable, sino que es una moral posible, y menos metafísica de lo que pensaron las germánicas especulaciones de Kant y Fichte. Por

eso la sátira, con burlas ó veras, procura exaltar la pasión de lo bueno y lo hermoso, oponiéndose á la victoria de todo lo deforme, como el arcángel armado de Milton se oponía á los torvos deseos de Satanás. La sátira es un género compuesto, caracterizado por la unión de lo épico y lo lírico. Es como el rayo que brota del antagonismo entre lo burdo de las realidades y las excelencias del ideal. Es la chispa que surge, como el rayo en la noche, del contraste existente entre nuestros anhelos de perfección y lo mefítico de la atmósfera mundana que nos rodea. La sátira es Alceo, es Horacio, es Marcial, es Ariosto, es Marot. La sátira se llama Rabelais y se llama Cervantes. La sátira se cubre con los rasgos fisionómicos de Sterne y de Parini. La sátira dialoga en las comedias de Moratín y ríe en los artículos de Mariano José de Larra. La sátira fraterniza con el fecundo ingenio de Figueroa; la sátira dirige la bien cortada pluma de Sansón Carrasco; y la sátira, en fin, es la que caldea y la que dá valor á casi todas las producciones de nuestro Wáshington P. Bermúdez.

Wáshington P. Bermúdez es hijo de aquel coronel Bermúdez citado ya en el tomo primero de esta humilde obra. Poeta lírico y dramaturgo de buena ley, lo que no le impedía ser un militar sapiente y heroico, el coronel Bermúdez escribió además de *El Charrúa,* otro drama en cuatro actos y en lengua rimada. La acción de ese drama, titulado *Un oriental,* se desarrolla en la época inolvidable de nuestra independencia, en el ciclo homérico de nuestras batallas por la soberanía del jardín charrúa, correspondiendo el calor y el brío de sus estrofas al brío y al calor del sentir generoso de aquella edad gallarda. El drama *Un oriental* quedó sin concluir, publicándose sólo sus actos segundo y tercero, durante el período presiden-

cial de don Gabriel Antonio Pereira, en las columnas de *La Nación,* que redactaba entonces don Ramón de Santiago. El coronel Bermúdez escribió también una *Táctica de caballería,* que no publicó y cuyos originales guarda como un tesoro la piedad filial de Wáshington P. Bermúdez.

Wáshington P. Bermúdez, respondiendo á esta gloriosa ascendencia, es un admirable poeta lírico y un admirable poeta epigramático. Ocupémonos primero del último, hablando de sus *Simplezas y picardías,* libro que contiene cincuenta epitafios, más de doscientos cuarenta epigramas, algunos cantares de intención política y otras muchas composiciones burlescas. Algunos de los epitafios escritos por nuestro poeta se leen con justa delectación, no siendo, como es lógico y corriente, sino jugueteos epigramáticos de donaire jacarandoso y de aleccionadora mordacidad. Dicen, por ejemplo:

"Aquí yace Gil Espada,
Que murió de erisipela,
En su vida tuvo nada."
— Este fué maestro de escuela.

Ó dicen:

"Aquí yace Fray Sagunto
Que en olor de santidad
Murió ayer...." — Hagamos punto
Porque ese olor.... — En verdad
Que huele mal el difunto.

Citemos otro:

"Aquí duerme Juan Guerrico
Que con Artigas sirvió.

Era muy rico, muy rico;
Pero á la patria cedió
Su fortuna y falleció
Mendigando...."—Me lo explico.

Y citemos éste, complemento y antítesis del anterior:

"Aquí yace don Juan Mendo,
Que en nuestras guerras civiles,
Á la autoridad vendiendo
Sables, lanzas y fusiles,
Juntó miles y más miles.
Rico murió...."—Ya comprendo.

La sátira ocupa el primer lugar entre los géneros compuestos, mixtos ó de transición. La siguen, en orden, la poesía bucólica y la novela. Como en el romance combinan su fecunda unión el drama y la epopeya, ó como en lo bucólico se asocian amorosamente lo que sentimos y lo que pintamos, en la sátira celebran sus inmortales bodas lo lírico y lo épico, las comicidades á que da lugar la crítica de lo que vemos y las indignaciones que nos producen las bajas impurezas de la realidad. El contraste entre el ideal que nos apasiona y el medio en que actuamos; el ansia de deprimir burlescamente al medio, para que el ideal resulte más enamorador; el combate que nuestra conciencia libra con ese medio torpe ó vicioso, actúan en la sátira, á modo de saeta, por la gracia del chiste, ó actúan en la sátira, á modo de lanzazo, por las grandes virtudes del odio á lo ruin y el odio á lo inmoral. Si unas veces el numen, despreciativo, mantea al medio entre sarcasmos y carcajadas, otras veces el numen, airado y torvo, llueve sobre el medio

la lava de sus iras, siendo el poeta, en el primer caso, un bufón que alecciona á la corte entre ruido funambulesco de cascabeles, y siendo el numen, en el caso segundo, á manera de paladín andante que, desfaciendo entuertos y vengando agravios, defiende los dominios y endiosa las bellezas de la dama Justicia.

De esto se deduce que la sátira es épica, porque describe el espectáculo que la indigna ó de que se burla, y que la sátira pertenece al género lírico, porque el poeta opone á ese espectáculo el modo de pensar y sentir de su espíritu dogmatizador. El poeta no siempre se deja ver. Á veces, como en el epigrama, su personalidad desaparece, sirviéndose de una sencilla y rápida reticencia pictórica para corregir ó ridiculizar. Á veces, también, el poeta modifica los signos diferenciales de la realidad viciosa, que no siempre es burlesca, caricaturándolos para que nuestra risa los desprestigie y les pierda el miedo. Wáshington P. Bermúdez, que la conoce bien y que la emplea maravillosamente, sobresale en la sátira y triunfa en todos los géneros de lo cómico. Es epigramático excelentísimo, como Figueroa, en sus *Simplezas y picardías*, folleto de 167 páginas que vió la luz en 1894. No observa, como Figueroa, la máxima de atacar al delito y no al delincuente; pero, como Figueroa, hace un desparramo de aticismos donosos en sus epigramas políticos y sociales, que á veces toman un ligero matiz de verdor de manzana. Si este es un defecto, defecto es este que tuvieron también Quevedo é Iglesias. Con este defecto y magüer el abuso que hace de nombres propios, por su abundosa sal, por lo agudo de su intención, por lo castizo de su decir y por las perfecciones de su fácil rima, merecen encomio y agradarán siempre muchos de los chispazos de nuestro Bermúdez.

Ved un ejemplo de su epigramática donosura:

"—¿Qué es el honor, Marcenal?
—Una cosa descuidada
En singular, y buscada
Continuamente en plural."

Y este otro:

"El tonto Gaspar Morales
Dijo á un pillete zumbón
Y andaluz por más señales:
—¿Me explicarás lo que son
Las urnas electorales?
—Te lo diré de buen grado,
Contesta el interpelado:
Son ciertas urnas, Gaspar,
En que el voto popular
Suele quedar enterrado."

Y este otro:

"—¿Ves esa niña que vá
En ese carruaje?.... Allí,
Con aquel sujeto?—Sí.
—Es la Baldomera Chá.
—¿Con qué casados? Pues yo
Ni lo había imaginado.
—El sujeto es el casado;
Pero Baldomera, no."

Y este otro:

"—Nadie como yo, Pilar,
Lo juro por mi sillón,
Dice el ministro Gaspar,
Sabe la Constitución
Tan hondamente guardar.

Y en efecto, no mentía
El funcionario gandul
Cuando esa cosa decía,
Pues guardada la tenía
En el fondo de un baúl."

Y este otro:

"Sintiéndose el pobre Pepe
Con un dolor de barriga,
Dijo á su sirviente Hormiga:
— Llama al médico Julepe.
Oyendo la orden, Ramón
Grita al criado con presura:
— Oye y también trae al cura
Que le dé la extremaunción."

Y este otro:

"— ¿Sabes que es la Trinidad?
Dice un cura al niño Jadre.
— Sé quien es. — Pues dilo. — Padre,
Siento alguna cortedad.
— Déjate de ello y á ver.
— Pero, padre, tengo empacho....
— ¿Qué es la Trinidad, muchacho?
— Es una mala mujer."

Y este otro:

"— Yo bien sé lo que es moral,
Virtud, honor y decencia,
La casquivana Clemencia
Dice hablando con Marcial.
Y Marcial con ironía
Dále esta contestación:
— Sí, lo mismo que el ladrón
Sabe lo que es policía."

Y este otro:

"Un comisario que fué
Injuriado por un preso,
Dando parte del suceso,
Puso entre otras cosas, que:
"Fuí llamado hombre sin fe,
Arbitrario y sin piedad,
Y amén de otra cantidad
De insultos los más atroces,
Me dijo ladrón á voces....
Y todo esto es la verdad."

Si Bermúdez domina los géneros cómicos inferiores, haciéndose aplaudir en el epigrama y el epitafio, también sobresale brillantemente en la sátira superior, como bien lo dicen los derroches de agudeza garbosa esparcidos en todos los números de *El Negro Timoteo*. Aquel periódico, que supo hacerse temer y estimar, se atrevió con Latorre y se atrevió con Santos. Por ser valientes, ágiles, donairosas y escritas en muy pulida lengua castellana, mucho de bueno hallamos en aquellas páginas, con las que la caricatura política alcanzó un desarrollo que no conocíamos en nuestro país, y mucho de bueno podríamos citar de ellas, si la índole y el plan de nuestro trabajo no pusiesen justas limitaciones á nuestro gusto. Vayan, como muestra, los versos que siguen, llenos de facilidad y de travesura.

"Como unas seiscientas
Visitas, quizá,
Su Excelencia ha hecho
Desde Marzo acá.
Á pie y en tranvía
Y en coche simón,

No rehusa sistema
De locomoción.
  Unas por recreo,
Otras por placer,
Y otras por el gusto
De mirar y oler.
  Con ello nos prueba
Dicho buen señor,
Que es un Presidente
Muy visitador.
  ¡Seiscientas visitas!,
Que salen á tres
Diarias, más ó menos,
Ó noventa al mes.
  Tal es el prurito,
Tal es el afán,
De andar como muestra
Que tiene don Juan.
  Así el gobernante
De nuestra nación,
Hace su trabajo
Y administración.

  Sigue dando ascensos,
Pero á tutiplén,
Ya que por el mango
Tiene la sartén.
  Los que favorece
Su rumbosidad,
Son de la famosa
Colectividad.
  Fuera de ellos, nadie,
Por rojo más fiel
Que se muestre, llega
Ni á cabo furriel.

En cuanto á los otros
Que asciende don Juan,
El que menos tuvo,
Salió capitán.
Así, dando ascensos
Á más y mejor,
Prueba que es un hombre
Muy ascendedor.
Y si ahora por cientos
Los despachos dá,
Mañana por miles
Los concederá.
De este modo el jefe
De nuestra nación,
Hace su trabajo
Y administración.

Á unos cien banquetes,
¡Qué barbaridad!,
Ora en las afueras
Ora en la ciudad,
Ha asistido el hombre
¡Bendito de Dios!
Y en un día, á veces
Se le ha visto en dos.
De todo ha tragado,
Hasta el alcuzcuz,
Con tanto apetito
Como un avestruz.
Lo cual nos demuestra
Que tan buen señor,
Es un tragaldabas
De marca mayor.
Verdad que ya estuvo
Su Excelencia, un par

De veces enfermo,
Del mucho tragar.
  Por eso al presente
Cuando va á engullir,
Se harta de pepsina
Para digerir.
  De este modo el jefe
De nuestra nación,
Hace su trabajo
Y administración."

Más que esta letrilla de nuestro poeta, es modelo de sátira, por su difícil metro y su moral alcance, la composición que sigue y que se titula *Langosticidio en tercetos:*

  "La estación del estío.... sin calores,
¡Qué nubes de langostas que nos trajo,
De toda edad, origen y colores!
  Las vemos por arriba y por abajo,
Á derecha é izquierda, con las cuales
Van á tener aquí mucho trabajo.
  Tan grande es la invasión de los fatales
Nuevos Muzas y Atilas, que do quiera
Se les halla, por grupos desiguales.
  Y van, con disciplina verdadera,
Como dignos guerreros uruguayos
Que el Gobierno mandase á la frontera....

. . . .

  Mas vuelta á la langosta aborrecible,
No tanto cual las rudas invasiones
Que esta administración sufre impasible.
  Langostines, langostas, langostones,
Todo á la vez, en diferentes pagos
Cayeron por legiones de legiones.

Y no golpes en vago ó golpes vagos
Son los golpes que da, sino certeros,
Que produce innúmeros estragos....
. . . .
En su voracidad archicreciente
No dejan hierba en pastizal ninguno,
Ni verde en árbol de hoja permanente.
Como en desquite de forzado ayuno,
Tampoco dejan ni raíz en planta,
Ni dejan cerda en animal vacuno.
Dó la incontable hueste se levanta
Cubre la luz del sol y dó desciende
Más que la fiebre del Janeiro espanta.
Como buque veloz, las aguas hiende,
Cual hoz, abate los espesos trigos;
De ese terrible alud ¿quién se defiende?
Contra tantos hambrientos enemigos,
Es inútil cualquier estratagema,
Vanos los fosos, vanos los abrigos.
No hay huerto ni jardín que no los tema;
Y ante su ciega rabia prepotente,
Resignarse ó morir es el dilema.
Y otra más inhumana é inclemente
Se halla también en campos y ciudades,
Con boca y ojos y actitud de gente!
Se la mira en las propias vecindades
De palacio, y aún entre sus muros,
Haciendo multitud de iniquidades.
Langosta son los Presidentes duros,
Que dicen profesar del cristianismo
La alta moral y los principios puros:
Que se engríen del agua del bautismo,
Con que la santa iglesia militante
Los ha librado del eterno abismo;

Pero que dejan fusilar, no obstante,
Á este y otro infeliz, que delincuente
Fué, más que por maldad, por ignorante:
Desoyendo la súplica vehemente
Del que en capilla está, lento suplicio
Y el ruego de la prensa independiente.
Es langosta quien tiene por oficio
Comprar sueldos, con treinta y con cuarenta,
Y con cincuenta y cien de beneficio.
Langosta vil es la perrada hambrienta
De otras diversas clases de usureros
Que al comerciante por menor revienta.
Llámense prestamistas ó banqueros,
Por más fieles católicos y píos
Que fueren los citados caballeros,
Son más reales y bárbaros judíos
Que aquellos prisioneros que colgaban
Su arpa en los sauces de extranjeros ríos.
Son langosta feroz esos que clavan
Á sombrereros, sastres, zapateros,
Que de los tales cuentan y no acaban.
Langosta son matreros y cuatreros,
Más funesta y cruel que la saltona,
Para los desgraciados estancieros.
Langosta los que ocupan la poltrona
Ministerial y dan "certificados"
En vez de oro ó de plata barrigona.
Langosta los de golpe levantados
Á capitán, mayor y comandante,
Que á la patria le comen dos costados.
Es langosta la banda trashumante
De logreros que buscan un destino
Dó puedan pelechar en un instante.
Langosta el insensato lechuguino
Que se precia de noble, y fué su abuelo

Un mozo de cordel ó un capuchino.
  Y langosta temible, de alto vuelo,
La que casa con viejo, le devora
Su gran fortuna y lo convierte en lelo.
  Y todo el empleadillo que en buen hora
Claro que para sí, roba unos giros,
Es de la peor langosta voladora.
  El que mata á un soldado en dos suspiros,
Como el.... mayor aquel, mal condenado,
Langosta que merece cuatro tiros.
  Como ninguno al mozo le han pegado,
Se deduce que entre hombres y langostas
Reza también lo de hijo y entenado.
  Langostas los correos y las postas
Donde diarios y libros se extravían,
Y se leen gratis, del autor á costas.
  Esos que concesiones nos pedían
Para un ferrocarril en la frontera,
Por ver si á un sindicato las vendían,
  Y los que han de venir de mar afuera
Con proyectos de fábricas y puertos,
Ítem, langosta son, de la viajera.
  Los que llegan aquí casi cubiertos
De harapos y de roña repugnante,
Sin un maravedís y de hambre muertos,
  Que enriquecidos luego lo bastante,
Tono se quieren dar en los salones,
Son langosta, que dicen emigrante.
  Son langosta, además, los histriones
Que adulan al poder, los mercenarios
Que venden su conciencia y convicciones:
  Los que cazan ó pescan "voluntarios"
Langosta son.... Mas basta con lo escrito
Para probar cómo en sentidos varios
Hay langostas en número infinito."

Mucho valen las composiciones de índole civil y patriótica de Bermúdez, que ya hemos citado. Deleitan al gusto, templando y ennobleciendo la voluntad. No valen menos, y tal vez las superan, sus composiciones de carácter bíblico, las escritas y las publicadas sobre los episodios del Evangelio. Calcando las frases y suctando la esencia, siempre dulcísima, del libro de los libros, Bermúdez enriqueció nuestro haber literario con dos lucientes joyas. Aquellos versos, por la armonía de sus consonancias y por la serenidad de su filosófica elevación, humedecen los ojos del que sabe leer. En sus sobriedades, en la llaneza de sus palabras, en el contenido vuelo de su emoción, hay mucha y muy honda y muy inmortal poesía. Cuando el verso es así, cuando el verso piensa y el verso siente y el verso depura, el verso merece ser recogido por la posteridad. Su sencillez irradia, como un reflejo inmaculado del sol de lo futuro, porque en verdad os digo que el futuro es amor, justicia, inagotable misericordia, es ternura que llorará por todos los dolores y bálsamo que caerá sobre todas las llagas. ¡Harapos, esperad! ¡Desposeídos, vuestra hora se acerca! ¡Obscuridades, ya en todos los abismos empieza á amanecer! ¡Oh los niños sin pan, oh las madres en luto, oh los viejos sin casa, no existiréis en el tiempo que viene! ¡Oh cerebros por donde no pasó la luz del silabario, pronto blanquearéis en el cerebro iluminado de vuestros hijos! ¡La vida va escribiendo en todas las conciencias las divinas bondades del sermón de la Montaña!

Bermúdez lo sabe, su voluntad lo quiere, su musa lo desea, y por eso su musa, leyendo el libro santo, ha escrito las octavas de *La limosna de la viuda.*

"En el templo y en frente de la arquilla
Dó echaba sus ofrendas el hebreo,

Se encontraba el apóstol galileo
    Que falleció en la cruz:
Sentado estaba y sus celestes ojos
Á las gentes que entraban dirigía,
Aquellos ojos en que siempre ardía
    Suave y serena luz.

Y miraba Jesús cómo el escriba
De largas ropas, ostentoso y vano,
Al echar las monedas, en la mano
    Hacíalas sonar;
Para que el pueblo viese la limosna
Que dejaba en la arquilla, como ejemplo
De caridad; y en lo mejor del templo
    Se iba luego á sentar.

Y pasó una mujer junto al apóstol;
Era una viuda viejecita y pobre,
La cual dos piezas de gastado cobre
    En la arquilla dejó.
Nadie la vió depositar su ofrenda,
Sino Jesús que lo observaba todo;
Y en seguida la viuda en un recodo
    Del templo se postró.

Llamando á sus discípulos entonces,
El buen apóstol: — "En verdad os digo,
Profirió, que esta viuda sin abrigo
    Y acaso sin hogar,
Echó más en la arquilla que los viles
Fariseos y escribas orgullosos,
Por de fuera sepulcros muy hermosos,
    Por dentro un muladar.

"Que los ricos dejaron en la arquilla
Las sobras de su espléndida riqueza,

Y esta mujer, echó de su pobreza
Todo lo que posee.
Á los ricos miráronles las gentes
Ostentar las limosnas que arrojaron;
Las gentes á la viuda no miraron,
Pero el Señor la vé!"

Sean cuales fueren nuestras ideas sobre la eternidad, siempre nos mereció profundo respeto el apóstol sublime que erraba por los caminos, por los senderos, por las orillas del mar de Galilea. Los pobres, los humildes, los perseguidos, los sin ventura, los que se detenían para suctar la miel de las parábolas junto á los templos, al borde de los lagos, sobre la cumbre de las montañas, ante la puerta de los sepulcros, tuvieron razón de sobra para bendecirle, porque su fe era amor y porque su enseñanza era caridad. En aquella plegaria infinita y reconfortadora, los débiles estaban seguros de no ser olvidados, porque el apóstol dice que el grano de mostaza es la simiente que dá el mayor de los árboles, y hasta las impurezas se sintieron queridas, porque el apóstol dice que ningún pastor debe abandonar á la oveja extraviada en mitad de la noche. Hoy la dulzura de su doctrina aletea, como una paloma, sobre la humanidad. Las almas han resucitado, resucitado para no morir, como el hermano de María y la hija de Jairo. Hoy ya el apóstol no podría decirnos, como á los sacerdotes del reino de Judea: — "Vosotros sois de aquí abajo, y yo de lo alto; vosotros de este mundo, y yo del otro. Y ninguno, entre vosotros, podría ir donde voy yo."

Bermúdez se ha compenetrado del espíritu del Evangelio, traduciéndole con fidelidad en los hermosos y musicales versos de *La mujer adúltera*.

"Jesús, el hombre bueno,
Ante un concurso numeroso y lleno
De admiración por su doctrina, hablaba
Cosas tan bellas, con palabras tales,
Que, no habiendo escuchado otras iguales,
Al oirlas el pueblo se extasiaba.

El hijo de María,
"Olvidad las ofensas, les decía;
Socorred á la viuda y al mendigo,
Temed á Dios y no invoquéis en vano
Su santo nombre; amad á vuestro hermano,
Y haced bien y favor al enemigo."

Esto enseñaba, cuando
Llegó un grupo de escribas, arrastrando
De la rasgada túnica á una hebrea,
Que al mirar á Jesús bajó la frente;
Mientras el grupo aquel, con voz rugiente
Exclamaba: — "Rabí, maldita sea!"

— ¿Por qué?, Jesús pregunta;
Y la pobre mujer las manos junta
En la actitud del que al Señor implora;
Luego derrama congojoso llanto,
Y profiere: — "Rabí tres veces santo,
Maldíceme también: soy pecadora!"

Jesús, el hombre bueno,
Cógela de la mano y con sereno
Tono que llega al corazón y mueve
Todas sus fibras: "— ¡Infeliz!, murmura,
¿Cuál tu pecado fué?" — ¡Deja á la impura!,
¡No la toques, rabí!, grita la plebe.

Dirige á la culpada,
Jesús el bueno, una fugaz mirada
Que la inunda de luz; sus tristes ojos
Entorna la mujer, lanza un gemido,
Y asiéndose á la cola del vestido
Del buen Jesús, cae á sus pies de hinojos.

Mas con rencor siniestro
Prorrumpe el grupo acusador: — "Maestro,
Es adúltera, vil; la sorprendimos
Cometiendo el pecado abominable;
Que muera lapidada la culpable,
Cual lo ordenan las leyes que seguimos."

"— ¿Qué dices?...." Los escribas,
Con palabras así, que inofensivas
Eran al parecer, mas que encerraban
En su oculta intención acre veneno,
Tentaban á Jesús, el hombre bueno,
Porque la muerte de Jesús ansiaban.

Jesús nada responde;
Pero contempla á la mujer, que esconde,
Toda temblando de vergüenza y miedo,
La cabeza hermosísima entre el manto;
Y escribe en tierra, el buen Jesús, en tanto
Misteriosas palabras con el dedo.

Mas la turba judía,
Nuevamente volviendo á la porfía:
"— Rabí, qué dices?", repitióle airada;
Jesús entonces levantó los ojos,
Y mirando al concurso, sin enojos
Tendió la diestra á la mujer culpada.

Ésta, alzando la frente,
Clavó en Jesús una mirada ardiente,
Y abrazóle después, como la hiedra
Se abraza al árbol.... Y el apóstol dice:
"—¡El que esté sin pecado, á esta infelice
Que arroje al punto la primera piedra!"

É inclinó mansamente
La cabeza Jesús; la delincuente
Besóle con unción entrambas manos;
Mas oyendo á Jesús la plebe aquella,
Retirándose fué, y al frente de ella
Marchaban los rabís y los ancianos,

Cuando solos se vieron
Jesús y la mujer:—"¿Los que quisieron
Lapidarte dó están? ¿Acaso, dijo
Jesús el bueno, condenóte alguno
De los escribas?"—"No, rabí, ninguno,"
Contesta la mujer con regocijo.

"—Ni yo tampoco; véte
Pero escucha, mujer; antes promete
No volver á pecar...." Y la infelice
Llora un instante sobre el puro seno
De Jesús, y se va; y el hombre bueno,
¡En el nombre del Padre la bendice!"

El Nazareno habló con esta majestad sencilla, bajo la sombra de los olivos y junto á las aguas del mar de Galilea. La caridad, una caridad afectuosa é ilimitada, es el nuevo mandamiento que lega á sus discípulos. San Juan lo dice así. En San Mateo se encuentran estas palabras:—Anda, vende lo que tienes, y dálo á los pobres.—Su caridad, que á ninguno ol-

vida, alcanza á los hambrientos, á los que tienen sed, á los faltos de asilo, á los que van desnudos, á los encarcelados, á todos los que sufren. El Maestro, que era humilde de corazón, amó á los humildes; pero aquella caridad iluminada, aquella celestial misericordia, no se detiene en los dolores físicos y desciende hasta el antro de las llagas morales. En el hogar se encenderá el sarmiento y la mesa del hogar se cubrirá de flores, para que el hijo pródigo encuentre dulce y tibio el aire del hogar. El que proclama la excelsitud de las virginidades, pondrá su mano perdonadora sobre la frente de la prostituída, cuando la prostituída le sahume con su ungüento los pies y le seque los pies con su cabellera en casa de María. El que dice á las ceguedades de los ojos del cuerpo: ¡Cesad y ved! — les dice á las ceguedades del espíritu: — ¡Disipáos y abríos á los fulgores de la luz moral! — En el atrio del templo acogerá á la adúltera, que el pueblo amenaza, porque la culpa no se ha hecho para el castigo, sino para la enmienda y la purificación. Así es el Jesús del Evangelio, y así es, calcado en el Evangelio, el Jesús de Bermúdez.

Wáshington P. Bermúdez es, también, el autor de un drama criollo, en cuatro actos y una apoteosis, que se titula *Artigas*. El drama, subdividido en ocho cuadros, fué un triunfo para la compañía de Podestá, imprimiéndole su autor en 1898. El primer acto, que se llama *La patria vieja*, consta de tres mutaciones de decoración ó cambios de lugar. En la primera, — un rancho, — Monterroso, Latorre, Torgués y Sierra comentan con ira el decreto en que Posadas priva de sus empleos y acusa de traidor al general Artigas, ofreciendo una recompensa de seis mil pesos al que le entregue la persona del ilustre caudillo de Las Piedras. Artigas llega, dando orden de leer á las tro-

pas y de comunicar á las autoridades de todo el terruño el decreto del directorio de Buenos Aires.

"*Artigas.* — (Á Latorre). Que se lea ese documento á las tropas y luego prepárelas para emprender marcha.

Latorre.—La orden será cumplida. (Sale con Sierra).

Artigas. — (Á Monterroso). Dirija circulares á los Cabildos y demás autoridades de mi dependencia, acompañándoles una copia de ese decreto, para que por bando lo hagan conocer á los vecindarios respectivos, á fin de que nadie ignore el ofrecimiento del Director Posadas.

Monterroso. — Así se efectuará.

Artigas. — Veremos si entre mis queridos paisanos ó entre mis gauchos heroicos, cuya única riqueza consiste en las pobres armas con que se baten en defensa del honor y de la libertad de su tierra, se halla acaso uno, solamente uno, que quiera ganarse seis mil pesos, presentando al Supremo de Buenos Aires la ensangrentada cabeza del general Artigas!"

La segunda mutación del acto primero, — *El campamento de Artigas,* — nos ofrece un animado y naturalísimo coloquio de la soldadesca sobre el decreto directorial, lo que da lugar á que Rosita, gaucha joven y hermosa, nos cante unas décimas en honor del blandengue, décimas que suben, á modo de salve, entre ronda de mates y arpegio de guitarras. En la tercera y última mutación del mismo acto, — *La bandera tricolor,* — Artigas presenta á Latorre y Monterroso su estandarte inmortal, el estandarte que luce transversalmente una franja purpúrea como una flor de ceibo. Latorre, después, forma á los soldados, y desplegando la insignia adorada de los lustros de glorioso martirio, les dice con patriótica majestad: "He aquí nuestra bandera, compañeros, nuestra santa bandera, la que nos guiará en las batallas, nos alentará en las derro-

tas, nos estimulará en los triunfos, velará por la vida del vencido, cobijará al prisionero y cubrirá nuestros despojos mortales. (La agita. Pausa). Compañeros: esta bandera es nuestra madre, nuestra hija, nuestra esposa, nuestra hermana, nuestra amiga y nuestra amante, ahora, mañana y siempre, porque es la imagen viva, el emblema puro, la personificación gloriosa, el recuerdo inolvidable del hogar y de la patria. Os la entrego con la plena seguridad de que vuestro heroísmo sabrá honrarla en el campo del honor. Capitán, (se adelanta y coge la bandera el capitán Sierra) reciba usted este sagrado depósito, y si quiere la desgracia que algún día caiga en poder del enemigo, que caiga dignamente, cuando yo, cuando usted y cuando el último de sus sostenedores, hayan perdido hasta la postrera gota de su sangre."

Y así fué hecho, según dice la historia.

Escribiendo estas líneas se nos llenan de lágrimas los ojos y una grave ternura hace palpitar nuestro corazón. Es que pasa el espíritu de la leyenda por los silencios de la noche tranquila y evocadora. Es que estos silencios están preñados de nombres augustos y de visiones apocalípticas. Es que las sombras dicen Ibiracoy, India Muerta, Carumbé, Pablo Páez, Santa María. Es que, en el fondo de la noche, aparece la orilla de un arroyo profundo, y en esa orilla hay cuerpos destrozados por la metralla de los obuses pórtugos. Es que sobre el arroyo, rojizo y gemidor, las lechuzas pasan silbando lúgubremente: — ¡Este es el campo de Catalán! — Es que, en el fondo de las calmas solemnes de la noche, se dibujan las orillas de un río, y en las orillas selváticas de ese río hay cuerpos lanceados bajo el cadáver del inmortal Sotelo. Es que, junto á ese río, los chajáes gritan dolorosamente: — ¡Aquí fué la batalla de Tacuarembó! — Es que la

tricolor, la de Andresillo y la de Latorre, fué defendida, como una hostia sagrada, hasta que el terruño ya no tuvo más sangre para defenderla, como quiso el héroe que nos pintó en la escena la musa de Bermúdez.

El acto segundo consta, también, de tres cuadros ó mutaciones. En el primero, — una habitación pobremente amueblada, — una familia humilde y patriota es perseguida por los imperiales. El rancho, al fuego; las mozas, de botín. En el cuadro segundo, — la costa de una cañada con pajonal, — las mozas se quejan de su destino, entre las burlas de los soldados. — En el cuadro tercero, — *El juramento de Torgués,* — éste se promete fusilar al enemigo que caiga en sus manos, cuéstele lo que le cueste su crueldad. — Este acto, á pesar de su movimiento y su intención dramática, no me place del todo. Lo hallo artificioso y un poquito vulgar. El acto tercero, — *La victoria de Guayabos,* — se impone por el buen uso de los modismos, por el gracejo en que abunda el diálogo, y por el relato, en estilo criollo, de la batalla en que Rivera venció á Dorrego. El acto concluye con danzas del pago y con unas décimas, bien cortadas, que entona, con su voz de jilguero del monte, la juvenil frescura de Rosina.

El acto más bello, el transcendental, el mejor de los actos de la obra, es el acto último, *La venganza de Artigas.* Se divide en dos cuadros. En el primero, seduce é impresiona la conversación sostenida por aquéllos que el gobierno de Buenos Aires entrega á la omnímoda voluntad del héroe de las Piedras. — Son sus enemigos. Son los que le azotaron con el ultraje, y le apartaron de la victoria dejándole solo. — Son sus enemigos. Son Vázquez, Zufriategui, Larrea, Balbastro. Son Paillardel, Fernández y Díaz. Vázquez dice: — Es de buen tono observar las formas hasta

en presencia de la muerte. — Larrea dice: — De aquí á cinco ó seis horas reanudaremos la conversación en el otro barrio. — Fernández dice: — Si ese barrio existe, que aun está por averiguarse el hondo misterio. — Balbastro dice: — ¡Amigos, fortaleza y serenidad! — Zufriategui dice: — ¿Llegó el momento? — Estoy pronto. Vamos.—Y Vázquez concluye:—¡Qué tranquila ha de ser la noche de la eternidad!

Larrea satiriza. Fernández insulta. Díaz reflexiona. Vázquez parece más cerca de Dios.

El cuadro segundo, — el campamento de la montonera en la margen del Uruguay, — principia con un coloquio entre el padre Monterroso y el coronel Latorre. Monterroso se afirma en su misión interna. La tricolor flameará sobre una patria rica, valerosa, soberana, feliz, independiente, ¡patria de democracia, de fraternidad, de concordia, de fecunda labor! Latorre le dice: — Es el sueño de Artigas. — Y Monterroso le responde con dulce y profética majestad: — "¡Es el sueño de Artigas, es mi sueño, es el sueño de usted y ojalá sea el sueño de todos los hijos de esta tierra heroica!"

Los prisioneros, los procesados, los perdidosos, se presentan ante el blandengue. Buenos Aires se los abandonó. Es dueño de sus vidas. Artigas, después de recordarles sus insultos ó sus traiciones, les azora con sus promesas de desquite y venganza. — "Puedo vengarme, quiero vengarme y he de vengarme." — Y se venga, mandando á un herrero que les saque los grillos, y diciéndoles que están en libertad. — ¡El general Artigas no es un verdugo!

Y comienza la apoteosis. Un templo y el busto del Precursor. Tres mujeres, con tres banderas. Una lleva en su diestra la de Latorre. Otra lleva en su diestra la de Sarandí. Otra lleva en su diestra la del sol que

fulgura en las aguas azules del Uruguay. Las tres dicen su himno al que triunfó en las Guachas.

"He aquí la noble insignia que guiaba á tus valientes,
Tu tricolor sagrada, tu vieja tricolor,
La que paseó Entre Ríos y Santa Fe y Corrientes,
Como perpetuo emblema de indómito valor.
La que onduló en la cumbre famosa del Cerrito,
Obscureciendo el lampo del pabellón del Cid;
La que en Montevideo, de muros de granito,
Entró soltando el polvo y el humo de la lid!
La que en el paso honroso de la postrer jornada,
Ya para siempre rotas las alas del condor,
Chorreando sangre el cubo, la tela destrozada,
Salió, girón de gloria, del campo del honor!
La que flameó en Guayabos llevada por Rivera,
La que afrontó cinco años al rudo portugués;
Ésta es, heroico Artigas, tu tricolor bandera,
Si grande en la victoria, más grande en el revés!
He aquí la que entre el plomo y el fierro y la metralla,
Vencida ó vencedora, del Chuy al Uruguay,
Siguió dos largos lustros tu potro de batalla,
Y fué, triste reliquia, contigo al Paraguay!
Allí, cubierta el asta de fúnebres crespones,
Veló tu cuerpo frío la noche del dolor;
Mas hoy con ecos gratos de Piedras y Misiones,
Hoy vuelve á saludarte tu vieja tricolor!"

Y la apoteosis, que cierra el drama, concluye con este sinfónico terceto:

PRIMERA MUJER

La tricolor bandera triunfante en los Guayabos....

SEGUNDA MUJER

La tricolor bandera triunfante en Sarandí....

TERCERA MUJER

Y ésta que anuncia un pueblo de libres y de bravos....

TODAS

Las tres, heroico Artigas, se abaten ante tí!

PRIMERA MUJER

Eterna tu memoria para la patria sea!

SEGUNDA MUJER

Memoria que ha salido más pura del crisol!

TERCERA MUJER

Y allá por donde anduvo tu potro de pelea,
¡Quién sabe si algún día no brillará mi sol!"

¡Siempre el mismo sueño de engrandecer la patria! ¡El sueño sepultado bajo las ruinas de Paysandú! ¡El sueño que flota sobre la tumba de Aparicio Saravia!

Y allá por donde anduvo tu potro de pelea,
¡Quién sabe si algún día no brillará mi sol!

El drama *Artigas*, cuyos mejores actos son el primero y el último, por su respeto á la verdad histórica, por la armonía entre los elementos psicológicos é históricos que contiene, por la unidad é interés de su sentida acción, por la acentuada belleza en los caracteres de sus personajes de más importancia, por lo vivo y animado de sus coloquios, por lo flexible y sencillo de su vocabulario es, entre todos nuestros dramas de índole criolla, el de más pujanza, el de mejor factura y el más conmovedor. Es indudable que el exceso de criollismo le perjudica, pecando de triviales algunos episodios y algunos gracejos; pero

es indudable, también, que el que ha escrito la obra sabe utilizar las masas, haciéndolas vivir y moverse dentro de lo relativo de la realidad escénica, como es indudable que el último acto resiste á todos los esfuerzos de la crítica, que, por lo común, prefiere descubrir errores á ensalzar hermosuras. Cada acto tiene su propia acción, es decir, su exposición y su nudo y su desenlace, siendo de advertirse que, en cada acto, los cuadros ó mutaciones se siguen en escala ascendente de interés y de movimiento, lo que indica instinto teatral y destreza dramática. El lenguaje responde, lo mismo que las ideas, á la índole de los caracteres y á la singularidad de las situaciones, quedando impresos en nuestros ojos y sonando en nuestros oídos las imágenes y las palabras de Artigas, de Monterroso, de Torgués, de Vázquez, de Larrea, y de Zufriategui. Es de aplaudirse y de encomiarse esta tentativa por la creación del verdadero teatro histórico nacional. Es así como el arte de la patria se impondrá al futuro. Es así como la musa dramática debe hablar cuando habla de Latorre y de Lavalleja.

Bermúdez ha escrito también *El baturrillo uruguayo,* que es obra de ingenio, y *Los oradores de la Cámara,* libro que nos seduce por la fidelidad de ciertas semblanzas y por la elegante pureza de su dicción.

Completemos el somerísimo estudio que antecede, diciendo que Bermúdez tiene escritos y guarda inéditos, lo que es de sentir, amén de las novelas *La divisa blanca* y *Un drama en la Pampa,* las producciones teatrales, *La guerra civil,* en cuatro actos y en verso; *La muerte de Artigas,* también en cuatro actos y también en verso; *Caer en el abismo,* en cuatro actos y en prosa, — y *Ante todo el deber,* en prosa y en dos actos.

Wáshington P. Bermúdez es un laborioso. Hace bien. Hace perfectamente. Francklin decía: — "La ociosidad se parece al orín; consume más que el trabajo."

También en 1877 toma impulso la poesía de carácter gauchesco ó criollo con Antonio D. Lussich.

Éste publicó, hacia aquella decadente época, la segunda edición de *Los tres gauchos orientales*. Es esta obra un coloquio sobre las causas y los sucesos de la revolución de 1870. Su segunda parte, *El matrero Luciano Santos*, es otro coloquio acerca de los hechos más importantes acaecidos desde la paz de Abril hasta la elección presidencial del doctor Ellauri. Las dos partes, á las que siguen dos composiciones en alejandrinos y en lenguaje recto, forman un volumen de 251 páginas. Antonio D. Lussich versifica con soltura, con facilidad, hasta con garbo. Narra bien lo que narra; y usa los modismos con mucho acierto; pero sus descripciones carecen de luminosa y pintoresca policromía. Su musa es excesivamente desaliñada y vive en calabozo de prosaísmos. Por otra parte, el estilo criollo, verdaderamente criollo, criollo sin tinturas retóricas, sólo lo concibo y sólo me deleita en obras empedradas de pensamientos, en obras que cruza y vivifica un chispazo genial, en obras á las que la originalidad sirve de pasaporte y excusa, como el *Martín Fierro* de don Rafael Hernández.

En aquella misma é inolvidable época, durante la cual Pedro Ximenez Pozzolo compuso sus más acertadas rimas, se dió á conocer el infortunadísimo Orosmán Moratorio. Nacido el 22 de Abril de 1852, se pasó la existencia combatiendo á ponchazos y dentelladas con la realidad. Comerciante, á quien faltaba el sentido práctico para los negocios, y literato, que no sabía que la literatura necesita aprenderse como todos

los oficios, se gastó en esfuerzos para domeñar á los monstruos de la fortuna y para vencer á los númenes de la escena, hasta que, en 1898, cortó con su propia mano la enredada madeja del hilo de sus días, como cortó la madeja enredada del hilo de sus horas Gerardo Nerval. Su ingenio, destinado á sobresalir en las composiciones de índole campesina, nos dejó un libro de esbozos dramáticos, en los que, cuando no abusa de lo bajo cómico, abusa enormemente de la sensiblería mal encauzada. Algunos de sus sainetes fueron muy aplaudidos. Leed *En el año 2000*. Leed también *La carraspera y la tos*. Su obra de más valía, su mejor esfuerzo, es el drama criollo que lleva el título de *Juan Soldao*.

Sin embargo, Orosmán Moratorio merece respeto por lo fecundo y poligénico de su labor escénica, no siempre bien rimada y en pocas ocasiones bien concebida. Sus obras, publicadas en 1896, forman un volumen de unas trescientas sesenta páginas, comprendiendo los dramas *Culpa y castigo*, *Cadenas rotas*, *María* y *La flor del pago*, además de las humoradas y juguetes cómicos *Las dos Margaritas*, *La carraspera y la tos*, *Un trozo de Aída*, *En el año 2000* y *El baile de Ña Toribia*. Figuran también, en aquel volumen, el monólogo *Una virgen y un demente*, la comedia infantil *El mejor de los premios*, y la zarzuela *Las campanas de la aldea*. — Ya en 1885 Moratorio abordó el drama histórico de asunto extranjero, tomando por tema la invasión napoleónica y el denuedo español de 1808. Aquella obra en tres actos, *Patria y amor*, constituye, con *Juan Soldao*, lo más trascendente de su apreciable esfuerzo teatral. En las composiciones escénicas de carácter nativo y aún en las líricas, la musa de Moratorio es algo infantil. Así, en *La flor del pago*, — donde un gaucho de entrañas aprovecha

los celos de otro gaucho para tratar de desprenderse de un rival preferido, — no faltan ni el vasco, ni el inglés, ni el gallego que hacen reir con lo bilingüe de su vocabulario y con su ausencia de adaptación al medio criollo. La caricatura de algún italiano de baja estofa, la pulpería con enramada agreste, y el pericón con relaciones de chiste burdo ó lirismo grosero, fueron imprescindibles en las primeras horas del teatro nacional, que nació calcado en los viciosos moldes de *Juan Moreira* y de *Pastor Luna*. La versificación, porque casi todas las obras de Moratorio están escritas en verso, es fácil y descuidada, tan descuidada como fácil y sencilla, dejándose ver que el poeta no pulió el instinto con el estudio. Si abunda en parlamentos de corte español, algunos de sus diálogos no carecen de naturalidad y de viveza. Los defectos de Moratorio no son sólo de Moratorio. Se advierte en todos y cada uno de los que han escrito, en verso y sobre usos criollos, para nuestra escena. Para copiar, en verso, costumbres nacionales, y traducir, en verso, nativos sentires, nuestros poetas carecían del instinto de la poesía natural, que llora cantando, que es amor y filosofía y sentimiento hondo, que es como luz solar en los regocijos y como luz de luna en las tristezas, y que ha hecho, en fin, justamente célebres las callejeras coplas de Ferrán, de Trueba, de Medina, de Posadas y de Machado. Sólo Regules, del que ya hablaremos, canta como un canario; como el canario que me traje al destierro, que murió en el exilio y que enterramos devotamente, mi compañera y yo, bajo las ramas de un frondoso jazmín. ¡Qué en paz repose, bajo el arbusto grácil, el ovillito amado de plumas amarillas!

El teatro romántico se caracteriza por que no supo separar lo ético de lo artístico. Nuestros padres pen-

saban, como Schiller, que "el teatro, más que otra institución pública del Estado, es una escuela de sabiduría práctica, un derrotero á través de la vida social, una clave infalible para los revueltos laberintos del alma humana." Y decían, con Schiller, que "el teatro es el cauce común por donde la luz de la sabiduría, que emana de la parte mejor del pueblo, se derrama para difundirse en rayos más suaves á través de todo el cuerpo del Estado. Ideas más refinadas, principios acrisolados, sentimientos más puros, fluyen de allí por todas las venas del pueblo: las nieblas de la barbarie, del fanatismo sombrío, se desvanecen y la noche huye ante la victoria de la luz." Los autores dramáticos de nuestro romanticismo, creían, como Schiller, que el teatro era una institución moral.

Hacia esa misma época entra en la sombra el numen de Matías Behety.

Matías Behety nació en Montevideo. Era de origen vasco. El padre murió poco después de su nacimiento. La viuda, inconsolable y santamente buena, púsose á ganar con la aguja y el lienzo el pan de sus hijos. Sin otro auxilio que aquel recurso humilde y doloroso, Matías Behety estudió sin descanso para llegar á ser doctor en derecho. Era de carácter dulce y afeminado, de voz delicada y encantadora, de inteligencia grande y muy comprensiva. Al quedarse viuda, la madre de Behety se trasladó con los suyos á Buenos Aires. Nuestro poeta se doctoró allí. Trabajó en el estudio de don Manuel Quintana. Trabajó con ahinco, haciéndose estimar y querer. Entró, poco después, en la redacción de *La Tribuna*. ¿Qué pasó en su conciencia? ¿Qué puñalada le asestó la vida, haciéndole sangrar, una por una, las fibras más sensibles del corazón? Nadie lo sabe; pero lo cierto es que perdió su apacibilidad y se volvió sombrío, como el verde aterciope-

lado de los alfalfares en las noches de lluvia. El horno de su espíritu se puso á fundir hierro, hallándose ya inhábil para cocer el almorí jugoso. El bebedor de agua se aficionó al ajenjo. Hizo de la ginebra su inspiratriz. El morigerado se abrazó á las lujurias. Entonces vino la miseria terrible y embrutecedora. En vano cayeron, suplicando á sus pies, la madre y la hermana. La bohemia, que es una mala y afrentosa amante, le había secado la miel del corazón. Un día le gritó al dueño de la taberna, donde se embriagaba para olvidar: — ¡Libertadme de esta mujer que ríe en mi mesa! — La mujer no existía. En cambio existían la locura, el delirio, el aniquilamiento corpóreo y cerebral. Arrastrado por el vértigo de todas sus potencias, se iba acercando á la claridad sin fin, azul, augusta, transparente, inefable, estrellada. La gran claridad, apiadándose de aquel remordimiento torturador y de aquella profunda melancolía, abrió los brazos y recogió al bohemio. Una aurora grisácea lo encontraron muerto en mitad de la calle, lo mismo que á Edgard Poé. La ciudad de la Plata fué el último refugio de Matías Behety.

Escuchad uno de los mejores suspiros de su musa:

"Hacia tu hogar encaminé mi paso
Y me detuve trémulo en su puerta!
El sol se sepultaba en el ocaso,
Y al abrazarme me dijiste: ¡muerta!

La sombra me inundó. El alma entera
En un sollozo se agitó doliente,
Al mirar esa hermosa primavera
Desmayada en el rayo de su oriente.

¡Muerta! exclamé, y respondiste: ¡muerta!
Delante su ataúd caí postrado....

Cerré los ojos y la ví despierta,
Su angelical semblante iluminado!

Me hablaba, y sonriendo enternecida,
Envuelta en nubes de flotantes velos,
—¡Ah! no lloréis, me dijo, mi partida:
Yo era la desposada de los cielos!"

Más docto y más artístico que aquel numen sin dicha es el avaro numen de Victoriano E. Montes. Se inició con *Mi ahijado Mauricio*. Ya Alejandro Magariños Cervantes hizo resaltar lo feliz del asunto y la belleza de las descripciones de aquella delicada joya poética.

"Mauricio, es este el nombre del pilluelo,
Fué amigo de mi infancia;
Aun aspiro la mágica fragancia
De aquellas horas de color de cielo.

La hora en que salía de la escuela
Ansiaba el muy ladino,
Y á las *narias*, la *embopa* y la rayuela
¡Cuántas veces jugó con su padrino!

Cuantas veces también (Montes, perdona
Á aquel niño sin juicio)
Por fas ó nefas me llevé á Mauricio,
De amigo y compañero de *rabona*.

Vagábamos como unos galopines
Por la antigua *Tablada*,
Gustando de la miel azucarada
Que encierran los sabrosos *macachines*.

Juramos guerra á muerte á los *pirinchos,*
Nuestras pedradas fijas
Dejaban un tendal de lagartijas,
De *cuises,* cardenales y *quirquinchos.*

Avergonzáos, famosos cazadores!
Dos pequeñuelos solos
En un día cazaron cien *chingolos!*
(Sin alusión política, señores)."

Mauricio, el niño negro, se convierte más tarde en un buen remendón, en un bravo oficial de zapatero, en un héroe de la lezna y el cordobán. Su padrino, á pedido suyo, le enseña á leer.

"Comenzó la lección; difícil, lenta
Es siempre la ascensión de la montaña,
Y tropieza, y rueda, y se enmaraña
El viajador, mas ay! si desalienta.

Arriba está la luz! ved su vislumbre!
Es preciso seguir. Sus! ¡adelante!
Que con dura labor perseverante
Se coloca la piedra en la alta cumbre!

Comenzó la lección; torpe, insegura
Su voz modula apenas una letra,
Y es ya un rayo de luna que penetra
En lo intrincado de una selva oscura.

Terminó la lección; mi buen ahijado
Retorna á su labor. ¡Dios le proteja!
Mas ay! qué pena al corazón me deja
¡Ay! qué amargo recuerdo ha despertado.

Al deletrear su voz era un profundo
Ahogado, intenso, lúgubre gemido,
Yo sentí mi semblante humedecido,
Que recordé á mi padre moribundo.

Pobre viejo ¡cuán noble y bueno era!
Hijo de sus esfuerzos y ardimiento,
Fundó un hogar y con viril aliento
Cayó lidiando al pie de su bandera!

Bajo la influencia de un dolor punzante
Anoche al recogerme me decía:
Al deletraer, la voz de un tierno infante
Remeda el estertor de la agonía.

Mas hoy de mi cerebro por el cielo
Un meteoro cruzó fosforescente,
É irguiéndose en el lecho de repente,
Tiré las mantas y pisé en el suelo;

Y me dije: — esa voz triste y doliente
Que aún vibra funeral, esos gemidos
¿No serán los aullidos
De la ignorancia que morir se siente? —"

Hay más de un verso duro en *Mi ahijado Mauricio;* pero sus ligeras incorrecciones de métrica, y aun de lenguaje, están salvadas por la hidalguía de los conceptos, lo brioso del numen y lo nuevo del tema.

Alzado su hogar en tierra argentina, donde se consagró al sacerdocio de la abogacía y de la enseñanza, Montes ha escrito poco, muy poco, lo que es de sentir, porque su pluma metrifica siempre, en todos los casos, con arte exquisito. Hemos dicho cien veces que no es al mármol pentélico ni al mármol de Faso

que los poetas de América deben pedir el bloque con que más tarde se labrará su estatua. Hemos dicho también que no es en la historia y en la naturaleza de las patrias donde no han nacido, que deben buscar asunto de inspiración y motivo de rimas. Es aquí, en este mundo nuestro, en este contiente maravilloso, en estas patrias jóvenes en que hay glorias no cantadas aún y bellezas naturales que están por describir, donde la poesía americana tiene y tendrá, para sus cultores, embriagueces desconocidas y un campo inexplorado.

Así lo ha comprendido Victoriano E. Montes. Así lo ha comprendido, obteniendo, en cambio, una celebridad reservada á muy pocos, pudiendo asegurarse que sus versos vivirán mientras haya quien crea que los heroísmos americanos y las cosas continentales merecen fervoroso respeto.

Leed *El Tambor de San Martín.*

Bastan esas estrofas, destinadas á circundar de luz los últimos días de los veteranos de la independencia sudamericana, para comprender todo lo que vale y puede la musa de Montes. Cruza por ella el soplo gigante de los vientos que bajan de las cumbres andinas. Se mueven sus estrofas al compás de las alas de algún ave que ha visto los lances de San Lorenzo y el campo de batalla de Maipú.

Original y emocionada, novedosa y emocionante, *El Tambor de San Martín* es, tal vez, la mejor de las poesías del doctor Montes, lo que no le impide, afortunadamente, ser la más popular. En esa producción cada estrofa es un cuadro; cada verso, un armónico acorde. Aquel numen sueña con los redobles del tambor heroico, y crea estas estrofas:

"Allá van los bizarros batallones!....
Y en Maipo, en Chacabuco y en Junín,

Destrozan las ibéricas legiones,
Arrollando artilleros y cañones
Al toque del Tambor de San Martín!

Cuentan que, en lo más recio de un combate,
Incendia una granada al polvorín!....
Firme y de pie, su fibra no se abate,
Y entre montañas de humo el parche bate,
Impasible el Tambor de San Martín!"

Y formando contraste con el belicoso ardimiento de estas estancias, siguen las tres que van á leerse, y que es difícil, una vez leídas, no aprender de memoria.

"Joven y hermoso, en Lima y sus afueras
Lucía su uniforme y su espadín,
Su airoso porte y bélicas maneras,
Crugiéndole las botas granaderas
Al rumboso Tambor de San Martín!

Qué tiempos! Qué aventuras! Cuántas *cholas*
De alma angélica y tez de serafín,
Suspiraban llorosas, mustias, solas,
Porque oyeron las dulces mentirolas
Del galante Tambor de San Martín!

Enfermo yace el invencible atleta,
Relegado de un pueblo en el confín;
Ya no hay dianas ni toques de retreta....
¡Pasó, pasó la juventud inquieta
Del ardiente Tambor de San Martín!"

También son muy hermosos, aunque de otro carácter, los idílicos versos de *La tejedora de ñandutí.*

"Graciosa, esbelta, pura y sencilla,
Con aleteos de *mainumbí,*
Al brazo lleva su canastilla
La tejedora de ñandutí.

Flores de ceibo su boca imita,
Su talle es fino como el *pirí.*
¿Quién la resiste, si es tan bonita,
La tejedora de ñandutí?

Carlos la adora, y oye en el sueño
Dulces palabras en guaraní,
Y que le llama su amado dueño
La tejedora de ñandutí.

Ayer la dijo: — ¡Qué hermosa eres!
¡Oh, paraguaya, muero por tí!
Juntos haremos, si tú me quieres,
Muchos tejidos de ñandutí.

— "Gracias, responde, pues soy dichosa
En las riberas del Tacuarí,
Donde es amada como una diosa
La tejedora de ñandutí.

"Mi novio cuida sus lindas cabras,
Siembra mandioca, planta maní;
Más primorosas son sus palabras
Que mis tejidos de ñandutí.

"En su *canoa* me lleva al lado,
Me da fragante *peripotí*....
¡Si lo supieras! Le tengo atado
Con suaves lazos de ñandutí.

"¿Quién es más noble, quién es más *rico*
Que mi adorado? ¡Feliz de mí!"

Y coqueteaba con su abanico
Lleno de estrellas de ñandutí.

Cogió, sonriendo, su canastilla
Y, con la gracia del *mainumbí,*
Siguió su ruta, tierna y sencilla,
La tejedora de ñandutí."

¿No bastan esos trozos para patentizar el ingenio brillante y la rica imaginación de Victoriano E. Montes.

Mi ahijado Mauricio fué dado á luz en 1877. Empezaba el ascenso. En Febrero de 1893, ya en la cumbre de la montaña, el autor de *La tejedora* publicaba otra poesía de altísimo numen y de estilo relampagueante, *El pintor de batallas.*

Eran briosos y eran gallardos aquellos endecasílabos. Aquellas estrofas lucían como una buena hoja de acero damasquino, con lo osado de sus figuras y lo pulido de su metrificación. No lo extrañemos. Tocados por la varilla mágica del estro de Montes, los asuntos se agrandan y se idealizan. Salidas de la purificadora fragua de su cerebro, las ideas centellean siempre con luz de astro, como nítidas claridades de estrella.

Leed estas estrofas:

"Te dió su inspiración Echeverría,
Castelli el alma, Necochea el brazo,
Mármol su tormentosa fantasía,
Su indómita altivez el Chimborazo.

Tu muerte, como el sol está irradiando;
¡En himnos mil la admiración estalle,
Oh pintor que has caído batallando
Á los piés de la estatua de Lavalle!"

Y estas otras:

"¡Oh, pintor! en tus cuadros opulentos
Vibra el clarín y ondean los pendones,
Vuelan á combatir los regimientos
Y vomitan la muerte los cañones.

¡Cómo tu inspiración relampaguea
Al trazar la silueta de los bravos,
Que hicieron fulgurar en la pelea
El sable redentor de los esclavos!

Tú, con corceles de tremantes crines,
Con morriones, penachos y oriflamas,
Y arengas de tambores y clarines,
En patriótico ardor el pecho inflamas!

Se ve, se asiste al bélico torneo;
Ruedan allí las armas hechas trizas....
Oh, del pincel altísimo Tirteo,
Tú apostrofas, tú incendias, tú electrizas!

En tu paleta y tu pincel hay rayos,
Tempestades, catástrofes, escombros,
Antros, cumbres, hipérboles, desmayos,
Estampidos, relámpagos y asombros."

Y éstas, con que el canto concluye y que en nada desmerecen de las anteriores:

"Huérfanos de tu mano cariñosa
¡Ay! ¿qué harán tu paleta y tus pinceles?
Ellos debieran coronar tu fosa
Convertidos en bosques de laureles!

Y allí, al silencio nocturnal profundo
Dando el ramaje al huracán que zumba,

Publicar, sollozando por el mundo
Los poemas que duermen en tu tumba.

Tus cuadros y la sangre de tus venas
Conquistaran, de Grecia en el recinto,
La admiración de Apeles en Atenas,
Y el lauro de los héroes en Corinto!

Dále ¡oh, gloria! un mirífico destello,
Dadle, ¡oh, poetas! vuestro excelso canto,
Pintar los triunfos de la patria es bello,
Y morir por la patria es noble y santo."

La composición está llena de ardimiento, de atrevidas imágenes, de color seguro y de amplísimo ambiente. Como él dijo al pintor de las luchas homéricas, podemos nosotros decirle á su numen:

"En explosiones bélicas estallas
Y el pintor se transforma en el soldado,
Como hombre que ha pintado las batallas
Y que ama las batallas que ha pintado."

Es así, sólo así, como deben escribir aquellos á quienes las hadas concedieron el milagroso don de dominar la rima. Es así, siempre así, cuidando de hacerla grandilocuente y arrebatadora.

Julio Noriac ha dicho que la gloria es la embriaguez de los que no aman el vino. Sólo es aristocrática, tanto en el mundo del arte como en el reino de la naturaleza, la ebriedad producida por el alcohol que contienen los vinos generosos.

La embriaguez producida por los malos versos, es tan plebeya, tan poco hidalga, como la embriaguez producida por el aguardiente y por el peleón.

Victoriano E. Montes está libre de esta última ebriedad. Es un refinado. Es un enemigo de lo grosero. Sólo el néctar le sabe bien á su paladar de elegante meticuloso. Su musa se crió en muy blancos, muy finos y muy nobles pañales. Sus idilios rivalizan con los de Teócrito y sus cantos se parecen á los de Tirteo.

Volvamos á la historia de nuestro teatro.

En 1876 un drama, en cuatro actos y en prosa, sube á la escena del teatro de San Felipe. Su autor, que es un periodista ardoroso y un tribuno de garra, se llama José Cándido Bustamante. La obra se titula *La mujer abandonada*. Se forjó en los hornos del romanticismo. Ni Bermúdez, ni Fajardo, ni Acha, ni Gordon, ni Bustamante se someten á la regla de las tres unidades preconizada por Aristóteles y que Mairet hizo triunfar sobre el teatro francés en 1629. Bustamante quiere presentarnos un problema de filosofía moral y se anuncia como de índole tendenciosa; pero la obra se desenvuelve y concluye como una aventura de folletín. No faltan en ella frases ingeniosas ni coloquios escritos con difícil desembarazo; pero el autor desconoce la técnica teatral, ó sea el arte de mover las pasiones de los personajes y la tela de araña de los sucesos. Como dice Vitu, la facultad dramática es un don de la naturaleza. El arte de presentar los hombres y los acontecimientos en un orden claro, en una serie de escenas lógica y sencillamente encadenadas, caminando por graduaciones hábiles hacia un desenlace nuevo ó previsto, es un arte que no enseña ningún maestro y que no se aprende en ninguna universidad. Digamos de paso que ese don no es un privilegio exclusivo de la escuela realista. Los románticos también lo poseyeron, como lo demuestran *Le marquis de Villemer* de la Jorge Sand y *La haine*

de Victoriano Sardou. Si la primera de estas producciones es una obra maestra por el diálogo y la pintura de los caracteres, según Camilo Le Senne, la segunda es también una obra maestra por lo verídico de los tintes del medio y lo grande de la intensidad trágica del asunto, según nos dice el propio Emilio Zola. Es que la hermosura existe con las escuelas y sin las escuelas. Es que la hermosura se ríe de todas las fórmulas literarias, que no la han creado, que son posteriores á la hermosura, y que sólo valen cuando la hermosura se concede el placer de fecundarlas. No habléis de escuelas cuando habléis de genio ó de ingenio. *Les Effrontés* de Augier viven aún por el incomparable estilo teatral de sus réplicas, como la *Marion Delorme* de Víctor Hugo aún nos hace sentir con la viviente, trágica y vibrante unidad de su apasionada y maravillosa amplitud.

Si don José Cándido Bustamante no infundió el soplo de una larga existencia á su drama en cuatro actos, no fué por culpa del romanticismo. Fué por falta de práctica, fué por falta de arte, fué por falta de vocación. El asunto, cuando se inicia, promete lo que no dá. Analicémoslo. La escena se desarrolla en una de las ciudades sudamericanas, durante el año de 1853. Don Ramón, viudo rico y hombre de sociedad, tiene una hija, Flora, y un hijo, Carlos. Flora ama á lord Williams, un inglés separado de su mujer por poderosos motivos de honor. El padre de Flora quiere casarla con Enrique, un calavera, un inútil, un galanteador, que es el amante de la adúltera esposa de lord Williams. La joven se resiste, lucha, confiesa que no querrá jamás al elegido por la poca cauta voluntad paterna; pero don Ramón logra que lord Williams convenza á Flora de que debe casarse con Enrique Wilson. El conflicto dramático empieza bien. Lord

Williams, que se sabe amado por la doncella y que principia á amarla, se ve obligado á elegir entre su inclinación y su lealtad. La segunda vence. El caballero inglés hace que la virgen cese en sus rebeldías de apasionada, herida en sus románticas ilusiones por la voz del ídolo secretamente reverenciado. Después lord Williams resuelve partir, poniendo la salobre inmensidad del mar entre sus hidalguías y la tentación. Él ya no ama á la mujer que lleva su nombre; pero mientras ésta arrastre su apellido, el lord no faltará á ninguno de los altos deberes que contrajo. Le pagará sus lujos sin volverla á ver, sin recibirla bajo su techo. En estas circunstancias, ¿de qué le vale y para qué quiere aquella inocencia que se le brinda, aquella inocencia de la que no le es dado abusar sin trasgredir las leyes vitales del honor? Don Ramón es su amigo. Don Ramón, sin saber que la joven le adora y que su voluntad gravita hacia la joven, le pide que asesine las confusas é irrealizables esperanzas de ésta. El lord se somete, aceptando como bueno aquel sacrificio; pero comprendiendo que sólo la ausencia atenuará el dolor que aquel sacrificio le producirá.

En el acto segundo nos encontramos en la casa de la esposa de lord Williams. Hay en ella un reloj que no anda desde hace dos años y que invariablemente señala las diez. Al empezar el acto, Clara sabe por don Ramón que Enrique la abandona. Flora es ya la prometida de Enrique Wilson. El mismo Enrique confirma la angustiante nueva. En vano Clara llora, suplica, se abraza á las rodillas de su voluble amante. Este permanece inflexible. ¿Qué motivos aduce para justificar aquella ruptura? Según el drama, la madre de Wilson desea aquel enlace, y aunque Wilson no ama á su prometida, Enrique, en primer lugar, es un

ambicioso que se propone subir muy alto valiéndose de la inmensa fortuna de Flora, y en segundo lugar, Enrique está pesaroso de la posición irregular que le crean sus vínculos con Clara, sabiendo que entre ella y él se alza, como un obstáculo insuperable, la caballeresca figura de lord Williams. El dramaturgo no se ha atrevido á profundizar la psicología de todas las pasiones bastardas. El verdadero motivo es otro. Desde que Enrique sabe que Clara es suya, por la libertad en que la deja el engañado lord, la querida se le convierte en carga y dogal, porque ya no es la tentadora fruta pendiente de las ramas del cercado ajeno. Bustamante pasa ligeramente sobre este lógico cambio, que constituye la idea motriz, el fondo humanísimo del *Tragaldabas* de Augusto Vacquerie y de *El acróbata* de Octavio Feuillet.

Hasta este momento el drama de Bustamante no ha sacudido ni nuestro corazón ni nuestro cerebro. Como dice Vitu, el público que asiste á los teatros sólo se deja seducir por los buenos sentimientos y los actos generosos. Víctor Hugo no se engañaba cuando decía que el arte escénico era un sacerdocio, una enseñanza, una tribuna y un púlpito. Para que un drama triunfe se necesita que en él se mueva un personaje simpático, por cuya felicidad ó por cuya victoria nos interesemos. Lord Williams es un hombre espiritual, correcto, distinguido, y que oculta, bajo un exterior friamente altivo, sentimientos profundos. En el segundo acto aprendemos á conocerle. Lord Williams visita á Clara para anunciarle su viaje á Inglaterra. Don Ramón, su amigo y apoderado, entregará á la esposa culpable cuanto ésta necesite para mantener el fausto de su vida habitual. Lord Williams habla con frialdad, desdeñosamente, con irónicos dejos. Clara se queja. Entonces lord Williams le recuerda

su falta. Eran las diez de la noche del 12 de Setiembre de 1851. El lord, al volver á su casa, encontró á Clara en los brazos de Enrique. No existía el divorcio. Lo reemplazaron con una separación por consentimiento mutuo. Dos años han pasado desde aquel día de tristeza y de infamia.

"*Lord Williams.* — Ahí están, señora, esos muebles que hoy conservan la misma situación de entonces. Nada se ha cambiado, nada se mudó, ni el polvo que desde aquel momento no se ha movido de sus tapices; todo por mi orden. Yo creí que esos testigos mudos, pero acusadores de vuestro delito, hablasen á vuestra conciencia. ¿Qué habéis hecho después? ¿Habéis, por ventura, tratado de reparar vuestra falta por la enmienda?

Clara. — Milord, matadme, pero no me humilléis.

Lord Williams. — ¡Humillaros! ¿Y vos que habéis hecho conmigo? ¿Dónde está mi honor? Desde aquella fecha os abandoné creyendo que mi generosidad é hidalguía os convirtiesen al bien; pero en vano. La mujer, que resbala una vez, no se detiene jamás sino en el fondo del abismo. Lloráis, pero vuestro llanto no es el que la amargura del corazón, el arrepentimiento hacen aparecer á los ojos; son las lágrimas del despecho al veros abandonada, humillada.

Clara. — ¡Cómo! ¿Vos sabéis?

Lord Williams. — Todo lo sé; yo mismo he ayudado; yo he contribuído á hacer real ese enlace, rompiendo á pedazos mi alma, con tal de que vos sintieseis la espinas de la expiación."

La memoria de su madre es un culto para lord Williams. Hay muchas mujeres. Madre no hay más que una. En nombre de aquella adorada memoria, la adúltera consigue enternecer al esposo ofendido. La falta no se habrá colocado inútilmente bajo la protección

de aquella sombra de cabellos blancos. Lord Williams perdona; pero conoce que no puede olvidar é insiste en partir. El perdón honra al hombre; pero, en aquel momento, degradaría al esposo. ¿Cómo recoger lo que le devuelve el hastío de su injuriador? Sin embargo, si dentro de un año, en el mismo día, á las diez de la noche, vuelve y encuentra á la adúltera regenerada, lord Williams olvidará del todo, tornando á ser el marido de Clara.

El acto tercero huelga, es inútil. Todo lo que encierra, podría decírsenos, facilitando la rapidez de la acción y en beneficio de su interés, en una de las primeras escenas del acto siguiente. Flora se casa con Enrique; pero conociendo sus relaciones con Clara y fiel á la dulce memoria de lord Williams, sólo será su esposa para el mundo, para la sociedad, para los extraños. Dentro de su hogar, vivirán cada uno su propia vida. Esto no es más que un capricho de niña voluntariosa. Clara no tiene razón alguna para que Enrique se someta á este régimen ascético y manoseado por todos los novelistas. No es una aristócrata que se casa con un plebeyo, creyendo haberle comprado con su fortuna, como la heroína de *Le maître des forges* de Jorge Oneth. No es una seducida que se casa despreciándole con su seductor, para darle un nombre á su hijo, como la Inés Fonseca de *La dama de noche* de Fernández y González. Flora, que no tiene inconveniente en confesar que ama á un hombre casado, no está en condiciones de imponer sus romancescos platonismos á Enrique. Flora no es más que una desequilibrada. Tampoco entendemos el objeto que el autor se propuso haciendo que Don Ramón sepa los amores de Enrique con Clara y la inclinación de Flora hacia lord Williams. ¿Es que Bustamante quiso castigar al padre por haber tiranizado el cora-

zón de Flora? Dado el rumbo elegido por aquel corazón, el padre procedió divinamente bien. El capricho romántico de la niña no era de los mejores. Entre Enrique y Flora, casi preferimos á Enrique.

En el cuarto y último acto, el autor nos traslada á un chalet, en plena campiña y entre montañas. En ese chalet, propiedad de un pariente de Wilson, habitan don Ramón, Flora y el aburrido Enrique. Éste, á quien el tedio quita el sueño y el hambre, vuelve sus ojos hacia los días en que vivió hechizado por los ojos de Clara. Cerca del chalet, existe una casa que parece un convento. Su puerta y sus ventanas no se abren jamás. Á través de los cristales, Enrique ha percibido un rostro virginal y encantador. No pudo verle bien, pero aquel rostro evoca el recuerdo tiranizante de sus dichas muertas. El mayordomo le dice á Enrique que aquella reclusa, cubierto el rostro con un espeso velo, se pasea á veces por las montañas, asomándose pensativa á los precipicios. Hay uno muy cercano, en el fondo de la escena. Es el preferido por la tapada, por la misteriosa, por la siempre muda. Le llaman el precipicio de la muerte y tiene doscientos cincuenta pies de elevación. La dama de las cumbres sólo recibe á los cazadores, cuyas presas compra. Las perdices parecen ser su manjar favorito. Enrique, para entablar conocimiento con aquel fantasma, con aquella visión, con aquel secreto, le pide al mayordomo que le entregue, sin decirle su nombre, el morral que, lleno de perdices, trajo de la caza. El mayordomo cumple el mandato. Clara, que es la encubierta y la misteriosa, imagina que el dadivoso es lord Williams, que ha vuelto. Se acerca la noche y aquel día es el día 12 de Setiembre. En el morral hay bordadas dos iniciales *E* y *W:* Edmundo Williams. Clara ya no

se acuerda de Enrique Wilson. Cuando Enrique aparece, estimulado por el mayordomo, Clara se angustia y comprende su error; pero en tanto que Enrique suplica y Clara le rechaza, surge lord Williams en el fondo de la escena, sobre la que ya flotan los tules del crepúsculo vespertino. Clara se arroja con desesperación en el precipicio de la muerte, Enrique se suicida, lord Williams nos dice que así es la existencia, y Flora se prepara á querer de nuevo á sir Williams. Don Ramón reasume la filosofía del drama, afirmando que la infelicidad es el patrimonio de las mujeres abandonadas. La moral, es decir, el público, responde al filósofo: — ¡Qué no den lugar á que las abandonen! — Y el público tiene razón. ¡Sería curioso que la lascivia aspirase á los mismos premios y á las mismas consideraciones que la honradez!

Tal es el drama. Su lenguaje cautiva por lo sobrio, aunque no siempre sea dramático. Es un estudio que pudo ser algo por el estilo de *Les idées de madame Aubray*. Una prédica evangelista, un piadoso sermón de pastor protestante. El autor se ha contentado con esbozarnos una novela que concluye con un doble suicidio. La tesis no resulta. El esposo engañado, si se reconciliase con su engañadora en el acto segundo, nos movería á lástima. Sería cosa de mantearle si recogiera las sobras de Enrique. El dramaturgo, creyendo que censuraríamos más tarde la entereza del lord, nos ha evitado una enormidad. Mejor, mucho mejor. Así Edmundo Williams es siempre un correctísimo gentilhombre, lo mismo cuando nos narra el afrentoso cuadro que destrozó su vida conyugal, que durante su primera y difícil entrevista con Flora. Clara no pertenece á la familia de las grandes amorosas como Manon Lescaut ó como Margarita Gau-

tier. Es una burguesa que cae porque sí, y que trata de erguirse porque la dejaron. Nunca podrá decirle á lord Williams, como Manon Delorme á Didier:

Ton amour m'a refait une virginité.

Al rededor de estos personajes gira toda la trama. En ellos se concentra todo el interés de la labor escénica. Enrique, Flora, Carlos, Ana, el mismo don Ramón no son sino fantoches, incidentes necesarios para el enredo y el desenlace. Si Enrique, como nos afirma en un trivial monólogo, sólo se casa por ambición, ¿en qué se conoce después de la boda? Si Flora, como el autor pretende y el lord nos dice, es una juventud digna de ser amada por su hermosura espiritual, ¿cómo carece de esa gracia inefable que se llama pudor? En fin, don Ramón, sabiendo todo lo que le cuentan los labios de Ana, ¿cómo no trata de impedir algo de lo que sucede, insistiendo en que Flora, olvidando á su lord, sea la verdadera mujer de Wilson? El doble suicidio corta el nudo; pero no resuelve el problema. Lo único que la obra demuestra no es que el abandono, la viudez, la soledad sean la causa de ese suicidio. La causà está en la culpa. Suprimid la culpa, y el conflicto, el desamparo, el dolor, la muerte carecerán en absoluto de razón de ser. El problema ha sido mal planteado. En lugar de llamarse *La mujer abandonada*, el drama debió llamarse *La mujer adúltera*.

En ocasiones, hacia 1877, la poesía romántica parece morir. Necesita una renovación, una metamorfosis. No palpita con la pulsación interna y acalenturada que se nota en Juan Carlos Gómez. No siente las añoranzas de la hermosura inconquistable é inaccesible de que nos hablan los vientos del mar, el lánguido cabeceo de las acacias, el perfume de los brezos

floridos, la oración vespertina de las aves, y la trémula claridad de los astros que azulan la noche. Se diría que se esfuma la visión de la belleza doliente y velada, que vieron los románticos columpiándose en la verdura tímida de los sauces llorones, ó aspirando, con el cabello hundido en las enredaderas murales de nuestros jardines, el perfume virgíneo de los pétalos blancos del jazmín nacional. Así, en 1877, Javier Freire publica sus correctos, pero poco inspirados, *Ensayos Poéticos*. Así, en 1877, Alberto Flangini da á conocer las cadencias vulgares de sus *Páginas rotas*. Así, en 1877, Estanislao Pérez Nieto entrega á la censura sus *Albores y crepúsculos*, diminuto pomo de esencia familiar, pequeña colección de versos subjetivos y no mal rimados. Por fortuna para éste, no es en aquel folleto donde debe buscarse la causa de los aplausos que entonces conquistó, sino en algunas de las composiciones que viven olvidadas en nuestras revistas y en nuestros diarios. Pérez Nieto, sin ser un gran poeta, es un poeta sentido. Es difícil leer sin emocionarse la elegía que se titula *¡Un ángel más!*

"Yo también presa fuí de un devaneo,
Y mil dichas soñó la mente mía,
Bellas como la imagen del deseo,
Brillantes cual la luz del medio día.

Soñé.... lo que se sueña al acercarse
El más feliz instante de la vida,
Cuando vá entre los brazos á estrecharse
Á la hija aun no admirada y ya querida.

Sí, soñé lo que sueña el padre amante
Que el fruto de su amor próximo siente,
Y crée escuchar su grito penetrante,
Y crée estampar un beso en su alba frente.

Mas la noche llegó del desencanto
Cuando nació mi prenda idolatrada,
Sin brotar de su pecho el primer llanto,
Sin la luz de la vida en la mirada.

Allí rígida estaba, inmóvil, fría,
Muerta al nacer cual esas bellas flores,
Que abren su cáliz al romper el día
Y troncha el vendabal con sus furores.

Y lloré! Si al mirar desvanecida
Una ilusión, los hombres han llorado,
Al ver á la hija de su amor perdida
¿No ha de llorar un padre infortunado?

¡Hija mía! el destino en sus enojos
Negó á mi corazón dándole agravios,
La primera mirada de tus ojos,
La primera sonrisa de tus labios.

Dejadme en mi rudísimo quebranto
Lamente esa ilusión evaporada;
Dejad que bañe mi mejilla el llanto
Al perder á mi prenda idolatrada."

Estanislao Pérez Nieto es, también, el autor de un drama, en tres actos y en verso, que se titula *Apariencias y realidades*. El drama fué representado, y muy aplaudido, el 24 de Mayo de 1877 en el teatro de Cibils.

Hallábanse, entonces, en abierta pugna dos sociedades de aficionados: la "Talía", formada por elementos nacionales, y la *Julián Romea*, cuyos componentes eran de origen peninsular. Estas sociedades ejercieron una gran influencia sobre nuestro público, imponiéndole sus predilecciones, que eran las predilecciones del público romántico español. Ni los intérpretes de

las obras que se representaban, ni el auditorio que asistía á sus vibrantes triunfos, — porque noches de triunfo fueron aquellas noches, — conocían las excelencias y los progresos del teatro francés. La poesía lírica del romanticismo, no sujeta á cánones, sólo fué la expansión natural y lógica de una sensibilidad profundamente agitada por las aspiraciones de un medio humanista y demócrata. El romanticismo, en la poesía lírica, no tuvo reglas imprescriptibles y tiranizadoras que barrer á ponchazos. En el teatro sí, y por eso el litigio entre las dos modalidades artísticas se resuelve á la luz de las candilejas. Víctor Hugo creyó, desde el primer momento, que el romanticismo no triunfaría total y definitivamente hasta que imperase sobre la escena. Ya Diderot, Manzoni y Stendhal habían intentado derribar los muros de las tres unidades, atribuídas sin razón á Aristóteles.

Víctor Hugo, en el prólogo de su *Cromwell*, y Alfredo de Vigny, en el prólogo de su *Othello*, expusieron las teorías fundamentales del drama romántico, que, desdeñando lo grave y lo pomposo de la tragedia, — la que no admitía que lo feo y lo ridículo pudieran ser recursos calológicos, — proclamaba la necesidad de la yuxtaposición de lo cómico y lo patético, porque si lo cómico y lo patético marchan casi unidos en el mundo de las realidades, también deben marchar á poca distancia en el mundo de la escena, desde que, para Víctor Hugo, "el arte reside en la armonía de los contrarios", y desde que, para Alfredo de Vigny, "el arte debe parecerse á la vida, arrastrando, en torno de la acción, un torbellino de hechos." Así lo grotesco y lo trágico se suceden, sin confundirse, lo mismo en el *Angelo* de Hugo que en *La Mariscala de Ancre* de Alfredo de Vigny ó en *Enrique III y su corte* de Alejandro Dumas.

En 1877, el realismo francés, que ya había renovado la novela, había también renovado el teatro, tratando de convertirle en una representación fiel y directa de la vida contemporánea. Ya Dumas hijo se había atrevido á decir en el prefacio de una de sus obras: "El más grande de los autores dramáticos de todos los tiempos será el que conozca el hombre como Balzac y el teatro como Scribe." La nueva fórmula de Dumas, la fórmula de *La Extranjera*, representada en 1877, así como la mejor de las fórmulas de Sardou, la fórmula de *El Odio*, representado en 1874, eran tan desconocidas para nuestros actores y nuestro público, como eran desconocidos para nuestros actores y nuestro público los sencillos procedimientos de Augier ó las espiritualísimas futilidades de Meilhac y Halevy.

Nuestro público y nuestros intérpretes amaban y preferían el teatro rimado peninsular, fieles al recuerdo y á la leyenda de Burón, de José Valero y de Rafael Calvo; amaban y preferían el teatro rimado peninsular no sólo en sus grandes dramas, sino también, y mejor aún, en sus obras de segundo orden, en sus engendros de calidad inferior. Las verdades morales convertidas en teoremas demostrados por el desarrollo de una acción lógica, que constituyen la médula del teatro de Dumas hijo, y el estudio de las pasiones y las costumbres contemporáneas, que constituyen la médula del teatro de Augier, valían menos para nuestros intérpretes y para nuestro público que cinco décimas de corte calderoniano ó que una intriga más enredada que ramazón de burucuyá. Los amores contrariados por el destino, los crímenes que engendra el desdén, la virtud victoriosa, la maldad en lloros y escarnecida, todo lo que explotaba el romanticismo español de segunda clase, era preferido á los

conflictos entre el honor y el dinero de que trata Augier, ó á los problemas del adulterio y la prostitución de que trata Dumas.

El drama *Apariencias y realidades* respondía á las predilecciones de nuestro público. Su acción se desarrolla en 1825. Don Damián es el tutor de Elena, que es hermosa y rica. Un joven, Carlos, hace la corte á Elena; pero Elena está enamorada de Alberto, que es primo suyo y sobrino de don Damián. Carlos convence á don Damián de que Alberto tan sólo busca la fortuna de Elena. Don Damián se irrita y promete oponerse á aquellos amores. Alberto, valiente y patriota, anuncia que va á unirse á los Treinta y Tres, despidiéndose, en quintillas musicales y bien cortadas, de su ídolo lacrimoso y gentil.

"*Alberto.* — ¿Me amas tanto, Elena, dí?
Elena. — ¿Y lo pudiste dudar?
Si tú me enseñaste á amar,
¿Cómo no he de amarte á tí?
Pregunta al labio tremante,
Cuando triste y solitaria
Lejos de tí, sollozante,
En mi sencilla plegaria
Rogaba á Dios por mi amante.
Pregunta al aura ligera,
Que resbala entre las flores,
Cuando tierna mensajera
Suspiros de mis amores
Llevaba á tierra extranjera.
Á esas flores del estío
Que mi duelo contemplaron,
Y á las perlas de rocío
Que sobre ellas se posaron
Junto con el llanto mío.

Pregunta al ave parlera,
Que gime en la selva umbría,
Cuando al vago viento diera
Con su queja lastimera
La trémula queja mía.
Y á esa luna, que esplendente
En el alto cielo brilla,
Que tanta lágrima ardiente
Vió correr por mi mejilla
Pensando en mi amante ausente.
Y el ave, el sol, y la flor,
Y las brisas, y el rocío,
Te dirán por mi dolor
Si es infinito el amor
Que atesora el pecho mío!"

Al finalizar el acto primero Carlos persuade á Elena de que Alberto huye para unirse á una rival adorada, y le pide tres días para proporcionarle las pruebas de la traición de su prometido.

El autor, en el segundo acto, nos traslada al campamento de los libertadores. La carpa de Carlos se alza junto á la tienda de Alberto. En tanto que el asistente del segundo, Ardilla, limpia, próximo á su carpa, las armas de su jefe, el asistente del primero, Betún, reniega de la vida militar.

"*Betún.* — Linda vida, por mi fé,
Es la que el soldado pasa;
De acá para allá incesante
Corriendo la caravana,
Con ese cielo por techo,
Con el suelo por almohada,
Con un churrasco por cena....
Cuando el churrasco no falta.

Muerto de frío en invierno,
Sufriendo el viento y el agua,
Muerto en mitad del verano
Con un calor que achicharra,
Y á media vuelta un encuentro,
Y á otra media una batalla,
Y si cumple bien.... ¡garrote!
Y si cumple mal.... ¡ya escampa!
¡Maldita sea la vida
Que el pobre soldado pasa!"

Carlos, sabiendo que Elena se halla en una villa próxima con don Damián, resuelve una asechanza contra el honor y la vida de Alberto. Manda un billete al general enemigo, asegurándole que aquella noche puede atacar el campamento, que estará sin rondines, con éxito seguro, — y envía otra carta al general patriota, anunciándole el ataque nocturno, que se efectuará por una pérfida insinuación de Alberto. Cuando Carlos confía estos mensajes á Betún, Ardilla oye el coloquio, indignado y resuelto á impedir la infamia que adivina su lealtad. Ardilla es un asistente parecido á los asistentes que encontramos en el *Don Tomás* de Narciso Serra y en *El juramento* de Olona. Si no tiene su lenguaje, tiene su corazón. Mientras Carlos espera, tendido en su carpa, la vuelta de Betún, Julia se le aparece. Julia es una joven engañada por Carlos. Este, al saberla madre de un hijo de su falta, la abandonó.

"*Julia.* — Yerta la flor de la inocencia mía,
Entre las manos de aquel hombre ajada,
Huyó de mí, dejándome en un día
Madre.... en el deshonor.... y abandonada!
Sola quedé en el mundo, sin más guía

Que Dios, sin más amparo ni fortuna
Que el fruto aquel de la ignominia mía,
Al que rodeó el dolor desde la cuna.
Del hogar de mis padres me arrojaron,
Y la madre y el hijo al monte huyeron,
Y el techo que los hombres nos negaron,
Las fieras de los bosques nos lo dieron."

Carlos medita una nueva infamia. Ofrece, á Julia, protección y cariño. La deja en su tienda y pasa á la de Alberto. Dice á éste que Julia se le ha presentado, asegurándole ser la querida de un sargento, de quien viene en busca. Le agrega que es preciso alejar del campamento á aquella mujer, que está casi loca de pena y de ira por el cobarde abandono de su seductor. Alberto, embozado y haciendo el papel del sargento, puede hablar con ella, fingir que huye en su compañía, y evitar un escándalo, tal vez un crimen. Alberto se enternece.

"*Alberto.* — Sí, sí, comprendo, imagino,
Y hasta paréceme ver
El cuadro que han de ofrecer
Bellísimo, peregrino,
Una mujer, que deplora
Un momento de extravío;
Un niño, que de hambre y frío
Convulso y doliente llora;
Una anciana, á quien la pena
Troncha la vida inhumana;
Y una funeral campana,
Que á muerte lúgubre suena.
Y más aún obscureciendo
Ese cuadro, un hombre, en fin,
Se divisa en el confín
Á campo traviesa huyendo.

El rostro vuelve de frente,
Y en sus inquietas facciones
Se pintan las impresiones
Que dentro del alma siente.
Pretende ocultarlo en vano,
Y aunque de su hazaña riendo,
La conciencia remordiendo
Le grita á voces: ¡villano!
Que aquella anciana madre es
De la mujer que engañó,
Á quien infame arrancó
Honor y vida á la vez;
Su amante, la que deplora
Un momento de extravío;
Y convulso de hambre y frío,
Es.... ¡su propio hijo el que llora!"

Carlos, mientras Alberto trata de conseguir que Julia se aleje, manda á buscar á Elena. Esta, oculta, oye la conversación que sostienen Julia y Alberto, que pasa como si fuera Carlos á los ojos de la Julia. En estos andares vienen los portugueses. Alberto, imponiéndose al pánico que la sorpresa produce en las tropas, rechaza el ataque y acuchilla á los atrevidos. No importa. Reo de traición, Alberto va á ser pasado por las armas. En el último acto todo se arregla. Elena conversa con Julia. Julia le dice que su seductor no es Alberto, sino Carlos. Ardilla trae prisionero á Betún, y Betún no niega el mensaje que se le encomendó para perder á Alberto. Ardilla narra que siguió á Betún hasta la tienda del general enemigo.

"*Ardilla.* — Salió al poco rato,
Y al salir.... pesquelo;
Se opone, hace fuerzas,
Lo cojo del cuello;

Pretende dar gritos,
La boca le cierro;
Se mueve, se agita,
Me muerde este dedo;
Me saca este ojo
De un golpe certero;
La rabia me abrasa,
En ira me enciendo,
Le tiro, le arrastro,
Le hostigo con esto, *(saca el pie)*,
Y por ignorados
Y largos senderos,
Le llevo á la tienda,
Cual manso cordero,
Del heroico jefe
Que manda este ejército.
Allí canta claro,
Deshace el manejo
Que á vuestra inocençia
Audaces tendieron."

Carlos es condenado á muerte y Elena se arroja en los brazos de Alberto.

Como se ve, el asunto no puede ser más inverosímil y más infantilmente complicado. No se basa en un hecho del libro de la vida, ni concuerda con la índole de las pasiones de la edad en que ocurre el drama. En cuanto á los personajes, el menos ducho advierte que accionan como muñecos de cartón, obedientes al impulso que el poeta imprime á los hilos invisibles con que los maneja. Son muñecos ágiles, valientes, de rostro expresivo, capaces de las más viles y de las más gloriosas hazañas; pero sólo muñecos, tan títeres como los títeres maravillosos de Salsilli ó de Holden. Ardilla es el hermano mayor de Boby y de Miseri-

cordia. El acto segundo, que es el más importante, es menos que mediocre como intriga y como factura, si exceptuamos algunas estrofas talladas con ingenio. Carlos se parece á los traidores de todas las zarzuelas de aquel entonces, y Julia se parece á todas las seducidas de los romances del tiempo aquel. Nuestro gusto se encontraba en pañales, á pesar de que ya conocíamos mucho de lo mejor de lo producido por la escena española, pues los excelentes cómicos de la "Romea", adiestrados por la práctica de la Romeral, nos habían obligado á aplaudir *El hombre de mundo* de Ventura de la Vega y *El tanto por ciento* de López de Ayala. Es que el gusto, como el paladar, se educa poco á poco, se educa noche á noche, y aquellos espectáculos, que se verificaban de tarde en tarde y en los que la elección de las obras no siempre fué buena, — se usó y abusó de *La Carcajada,* — labraban lentamente sobre lo híbrido y lo anticuado de nuestra artística predilección. Por otra parte, y esto es esencialísimo, nuestros dramaturgos no eran dramaturgos sino por acaso, carecían de práctica y de lectura, no habían visto mucho y no contaban con aptitudes para mejorar lo que conocían. Ibarra y Prado nos proporcionaban, lo que es de agradecer, las ediciones de las obras dramáticas de Martínez de la Rosa, Hartzenbusch, Zorrilla, Eguilaz, Bretón de los Herreros y Gil de Zárate, hechas por la casa Garnier de París; pero aquellos manjares eran demasiado suculentos para el espíritu de nuestros dramaturgos, que sólo rimaban y concebían por incidencia y sin retórica preparación.

La poesía dramática, como bien dice Menéndez Pelayo, no es más que la vida humana en acción y en espectáculo. Todo nuestro teatro, desde Gordon hasta Pérez Nieto; todo aquel teatro, de intriga vulgar y en el que abundan los parlamentos, es, con sus esbo-

zos, un confuso reflejo de los sentimientos, de las ideas y de las costumbres de nuestros hogares en el segundo tercio de la centuria décimonona, época en que no comprendíamos el feminismo, del que se burlaba Orosmán Moratorio con su sainete *En el año 2000,* y época en que el concepto masculino de la moral era un concepto plebeyamente simple, calcado en el concepto que de la moral burguesa tiene Schopenhauer. El medio ambiente influía sobre los dramaturgos, que á su vez trabajaban por el mantenimiento de las modalidades del medio ambiente, trazando á brochazos, no á pinceladas y de un modo artístico, las pasiones y los caracteres con que la sociedad los puso en contacto. Ninguno de nuestros autores supo sacar de las realidades de la vida privada del tiempo aquel, que eran realidades de genuina cepa española, concepciones revolucionarias ó filosóficas de vuelo condóreo, porque ni sus númenes, poco trabajados, se prestaban á ello, ni el medio les ofrecía, en cantidad apreciable, los elementos necesarios para conseguirlo. El estado del arte en nuestro país, y el equilibrio de nuestra atmósfera social, que sólo la política perturbaba, pesaron sobre nuestra escena durante el período que va desde Gordon hasta Pérez Nieto.

Hacia la misma época Joaquín de Salterain teje sus primeros gorjeos de ruiseñor tesálico. Es un poeta correcto y dulce, sin grandes visiones ni arrebatos ardientes. Es médico de fama. Ha sido diputado, senador y ministro. Con su canto *La lira rota* obtuvo el segundo de los premios en el certamen de la Florida. Su estro lírico es inspirado, sonoro, puro, y muy cuidadoso de la dicción.

¿Queréis estimarle por su energía? Leed estas décimas.

Si la verdad es proscrita,
Si la libertad perece,
Si la conciencia enmudece,
Si el corazón no palpita
Y si una raza maldita
Destruye con sus furores,
Á los primeros albores,
De una aurora de bonanza,
El germen de la esperanza,
El brillo de sus colores;

Yo que orgulloso me siento,
Porque corre por mis venas
Sangre de libres, que apenas
Modera mi pensamiento;
Yo que los males presiento
Del porvenir que te espera,
Te ofrezco mi vida entera,
Y se indigna mi razón
Al mirar como un crespón
Arrollada tu bandera.

Yo, que de libre blasono
Yo, que tu nombre bendigo,
Yo, que al déspota maldigo
Y le revelo mi encono;
Yo que venero ese trono
De la justicia bendito
Yo, que aborrezco al delito,
Al crimen, la tiranía,
Libre te amo, patria mía,
Y te adoraré proscrito."

¿Deseáis quererle por su delicadeza de rimador? Oidle evocar los gloriosos días de la gloriosa Grecia:

Visión, cuanto lejana esplendorosa,
¿Quién como tú, radiosa,
Iluminando siempre, le sugiere
Poemas al amor y nunca muere,
Olvidos al despecho y le comprime,
Desdenes al ingrato y le perdona,
Anhelos al esclavo y le redime,
Lauros al vencedor y le corona?

Contigo dialogaron,
Las ninfas, las nereidas y sirenas.
Los céfiros alados conversaron,
Sonriendo con los mirtos y verbenas
De las frondas amenas....

El tono del ambiente,
Con tintes apacibles diseñado,
Difundió sus matices,
Del otero al vallado;
Del rostro, hasta la mente
De los pueblos alegres y felices.
Al colérico ultraje,
Sucedió la ironía;
Las elegantes formas del lenguaje,
Á la palabra rebuscada y fría;
La duda del saber á las espúreas
Nociones del añejo fanatismo:
¡El culto del desdén, por las injurias;
El premio del recuerdo, al heroísmo!

Dice después:

"¡Los dioses volverán! las muchedumbres,
Cansadas ya de socavar cimientos,
Buscarán en las cumbres
Luz y más luz, estímulos, alientos,

Caricias de ideal, y poesía
Que cante alegremente,
Que inspire nuestro ser y que sonría
Con amorosos besos en la mente.

¡Visión, cuanto lejana, esplendorosa,
Mecida por la brisa rumorosa,
Y perpetuo vaivén del mar Egeo!
Tú, como Prometeo,
Rebelde prisionero encadenado,
Señalas y confortas el anhelo
De conquistar el porvenir soñado,
Mirando al infinito, siempre al cielo,
Tú velas con la gloria,
En el panteón gigante de la historia,
Sostienes al espíritu en su duelo
Y le muestras radiante,
El porvenir, diciéndole: ¡Adelante!....
Visión, cuanto lejana más hermosa,
Que sonriendo, alboreas
Nimbos de claridad, en la brumosa
Noche del corazón, ¡bendita seas!"

El señor Joaquín de Salterain es uno de nuestros médicos más afamados. Nació y estudió en Montevideo, perfeccionando su carrera en París, donde fué uno de los discípulos predilectos del célebre profesor Galezowski. Al volver á su patria, fundó una clínica gratuita para los pobres. Las enfermedades de la vista son su especialidad. Se distinguió, desde muy joven, entre nuestros poetas. Obtuvo en 1879, con los hermosos versos de *La lira rota*, el segundo de los premios en el patriótico certamen de la Florida. Ha sido miembro de la Dirección de Instrucción Pública, vicepresidente del Consejo de Higiene, secretario de la

Facultad de Medicina, médico del servicio oftalmológico del Asilo de Huérfanos, senador, diputado y ministro de Relaciones Exteriores bajo la honrada y libre administración del señor Cuestas.

Es corresponsal de diversos institutos científicos, es oficial de la Legión de Honor, y el país le debe el establecimiento de la *Liga contra la Tuberculosis,* de la que ha sido el alma y el impulso.

El doctor Salterain ha pulsado todas las cuerdas del plectro lírico. El amor, la patria, la caridad y las melancolías que engendra el vivir, han servido de asunto y de acicate á su inspiración, que si no deslumbra por su vuelo condóreo, cautiva y seduce por lo acendrado de su sentimiento y por lo exquisito de su delicadeza. Rima con notable desenvoltura y con visible espontaneidad, sin defectos que deslustren y afeen su forma, que, por lo común, está calcada en los procederes del parnaso español más que en las peculiaridades del parnaso francés. Romántica y peninsular es, por ejemplo, la poesía que se titula *Arcaica:*

I

"Reclinada en tu ajimez,
Dime, por última vez,
Que acudirás á la zambra,
Que abandonarás la alhambra,
Para ver á tu muslime,
Para endulzar sus enojos:
Cuéntame, cántame, dime
La leyenda de tus ojos.

Disciplinados claveles,
Matizando los vergeles
Te servirán de alcatifa,
Los murmullos de la rifa

Entre las aves canoras,
Dormirán con tu mirada:
Serán las noches, auroras,
Y el crepúsculo, alborada.

La vega, como un pensil
De romero y toronjil,
De albahacas y de alhucemas,
Suspirará con las yemas
De sus brotos nacarados;
Cantaremos á la sombra
De los naranjos dorados,
Con las mieses por alfombra.

Hechicera zahorí
De mis ensueños hurí,
De mi cariño sultana,
De mis congojas tirana
Y de mis ansias, querida
Barcarola del anhelo,
¿Qué fueran sin tí, la vida,
Los prados, el mar, el cielo?

II

Castellano caballero,
El de la cota de acero
Y penacho carmesí,
El de luengo tahalí,
Ancha daga, recta espada,
Blasón con orla de gules,
Y en la divisa bordada
Grifos y sierpes azules;

El de las lides robustas,
El ganador de las justas
Y campeón de la belleza,
El que rinde su fiereza,

Cuando gana en la porfía,
Sin mancilla y sin desdoro,
Según cabe á su hidalguía,
Según cumple á su decoro;

Si rondando por la vega,
Cuando la morisma llega,
No vaciláis en buscar,
En la lucha singular,
El rescate del valor:
Sabed que de no sentir
La esperanza del amor,
Quisiera, más bien, morir.

Que la dicha es baladí
Cuando me aleja de tí,
Como es la vida, una muerte
Si me priva de quererte,
Y pues mirando tus ojos,
Á medio morir me tienes
Acórtame con enojos,
No me mates con desdenes.

III

Señora, la más fermosa
Y cuitada, temblorosa
Como perla de rocío,
Trasparente como el río,
Como la esperanza, válida,
Como el albor que rutila,
Como los mármoles, pálida,
Como la vega tranquila;

La que borda los balcones
Con claveles reventones,
Y en el pecho levantado
El clavel más colorado,

Con el hálito calienta,
La que pide con sonrojos,
Y la súplica sustenta,
Con el verso de sus ojos;

Trovador de tu donaire,
Luz del alba, flor del aire
Que la brisa balancea:
Mariposa que aletea,
Con los besos del rocío,
Con los cálidos rumores
De las márgenes del río,
De la selva, de las flores:

Caballero, mal ferido,
Si me confieso rendido,
El decirlo no es tibieza,
Sino valor y nobleza,
Y ha de saber tu hermosura
Que donde ilumina el sol,
Ha sido la fe, bravura
De todo hidalgo español."

El doctor Salterain ha tenido el valor y el buen gusto de conservarse fiel á la poética que predominaba en su juventud. El decadentismo, el simbolismo, el futurismo, todas las excentricidades engendradas por la sed de originalidad y de nombradía, no le han convencido. Es el mismo que fué: el mismo que cantaba, en 1878, las viriles cuartetas *El desterrado,* y el mismo que cantaba, en 1900, los dulces asonantes de su melancólico *Otoñal.* Su ingenio es muy flexible, adaptándose á todos los asuntos y á todos los tonos del género lírico. Comparad, sino, la composición romancesca que hemos transcrito, con las décimas que se titulan *Puesta de sol.*

"Es de tarde.... sombra vaga....
Densa bruma, luz incierta
Descendiendo, casi muerta....
Estertor que se propaga,
Y crepúsculo que apaga
Lentamente sus fulgores,
Mucho campo, muchas flores,
De matiz desvanecido....
Tristes, tenues resplandores....
Ni un rumoroso latido....

En el fondo del paisaje,
Melancólico y grandioso,
Un objeto misterioso
Se diseña, — su ropaje
Con el húmedo follaje,
Los contornos ennegrece,
Sombra fúlgida parece
De la niebla vespertina,
Que se descubre, que crece,
Que se mueve y que camina.

¿Es fantasma perseguido?
¿Es arrullo blando y leve
De la bruma que se mueve
Con el beso del gemido?
¡Es un ser! — ¡Es un caído,
Sin fuerzas y sin aliento,
En el derroche sangriento
De la batalla, dejado
Como inútil instrumento! —
¡Un anónimo, un soldado!

Joven, ágil, atrevido,
Con la fe del entusiasmo,

La ceguedad, el espasmo
Vigoroso del descuido;
La conciencia del olvido,
Y el olvido de la suerte,
Como si fuera la muerte,
Cobarde ser invisible
Que la pujanza convierte
En realidad imposible.

¡Un soldado! — La pupila
Con expresión dolorosa,
Inmóvil, ancha, vidriosa,
Ni se fija, ni vacila....
El semblante se perfila,
La frente más elevada....
La piel, rígida, crispada....
El pecho sin un anhelo,
Y la cabeza, inclinada,
Hacia atrás, mirando al cielo:

¿Sueña, mira, siente acaso,
Y con el último aliento
Se agiganta el pensamiento
Como el sol en el ocaso?
¿Recuerda el postrer fracaso
De la lucha, los consuelos
De los maternos desvelos,
Con sonrisas prodigados,
Los juveniles anhelos,
Los besos enamorados?

Es en vano: al paroxismo
Del choque violento y rudo
Contesta el síncope mudo,
Sin conciencia de sí mismo.

Que el dolor, como el abismo
Insondable, cuando inmenso,
Al espíritu suspenso,
Subyuga y atemoriza,
Vuelve al valor, indefenso
Y al corazón paraliza.

En sus ansias ignoradas,
No está solo, noble bruto
Jadeante corcel, hirsuto,
Con las orejas paradas,
Las narices dilatadas
Y los miembros contraídos,
Le acompaña: los latidos
De su pecho, tumultuosos
Parecen hondos gemidos
Prolongados, dolorosos....

Fidelidad y nobleza
De bruto disciplinado,
Compañero del soldado
En la gloria y la pobreza,
Gratitud de la fiereza
Y fiereza del instinto
Más elocuente, si extinto
El beneficio parece,
¡Tan extraño, tan distinto
De aquel á quien obedece!

Esperanza engañadora
La del que apenas alienta!....
Ni el caballo se impacienta
Ni el herido se incorpora;
Congoja desgarradora,
Parece que se sintiera,

Como nota lastimera
En el húmedo follaje....
Dibuja la luz postrera
Melancólico el paisaje.

Después.... en la boca fría
Un hilo de sangre fluye,
Traidor, rastrero.... y concluye
El drama de la agonía....
Tarde triste, luz del día
Macilenta, bruma espesa....
El ave al nido regresa....
El corcel, desorientado,
Los espacios atraviesa
Huyendo, como espantado.

....

....

....

En la nube vespertina,
El rosicler desparece,
El ambiente palidece
Y se borra la colina....
Poca luz, mucha neblina....
Crepúsculo que refleja
Su fulgor como una queja....
En las sombras un caído....
Puesta del sol que se aleja....
Ni un recuerdo, ni un gemido."

Más que las que preceden, caracteriza bien el estro suave, armonioso, delicado, ingenuo, y un poco triste, — no hay arte sin tristeza, — de este rimador que sabe rimar, la composición que lleva por título *El Ritmo Eterno:*

"¡Silencios de la selva perfumada!....
En la tarde callada,
De ténues y lejanos resplandores,
Al beso de la brisa vespertina,
Se nublan los matices de las flores,
Y borra sus contornos la colina;
Envuelven lentamente,
Las sombras, el ambiente
Pardusco, melancólico y brumoso;
El bosque silencioso,
Como el viento dormido,
Sueña rumores, arrullando al nido,
Con hálitos de aroma y de verdura....
Y ante la escena vaga, el pensamiento
Evoca los recuerdos y murmura,
Una oración, un cántico, un lamento.

Es la voz del pasado,
El aroma perdido,
Volviendo á palpitar en el vallado,
En la fronda y el nido;
Es el canto soñado,
La oración del perdón y del olvido:
Del perdón generoso
Que, sin herir al ofensor, consuela,
Del olvido sin rastro y sin estela,
Que borra, como el piélago anchuroso,
El raudo surco, de la blanca vela.
Es voz, en el solemne y prolongado
Silencio del crepúsculo; es aroma
De tiernas margaritas, en la loma;
En los mares del alma, suspirado
Arrebol que perfila
El cielo, iluminado
Con claridad armónica y tranquila.

Yo sé que más allá de sus albores
Risueños y serenos,
Los horizontes llenos
De rayos vengadores,
Forjan los huracanes del abismo;
Yo sé que la verdad es heroísmo,
Tan sólo desbordado en el ambiente
Del campo, de la selva, del torrente,
Donde la inteligencia humana, soñadora,
Vive, palpita y sin cesar escruta
Lo indescifrable, la escondida ruta,
Más atrayente, cuanto más distante;
Yo sé que un solo paso hacia adelante,
Camino de su búsqueda, le cuesta,
Verdor, el más lozano, á la floresta,
Nidos los más ignotos,
Al rumoroso ambiente del follaje,
Nublados al espíritu y remotos
Horrísonos fulgores al paisaje.

Yo sé que la esperanza,
No tiene realidad, sino en la mente,
Me lo dijo la bruma en lontananza,
El cielo despejado y trasparente;
La sed que me devora,
Por aspirar, y nunca se mitiga
La musa de mis versos redentora,
Jovial ó plañidera, siempre amiga:
Me lo dijo la tarde;.... pero acaso
La realidad prevista y sugerida,
Como la luz se borra en el ocaso,
¿Puede borrar los sueños de la vida?

¡Sombras y lontananzas del sendero!....
Cada vez que ligero
Hiende los aires la paloma blanca,

En busca de otro sol y de otros climas,
Corsario de las cimas,
El halcón agorero,
Estremecido en su columpio, arranca
Despojos palpitantes, á los nidos
Más altos y escondidos;
Cada vez que vislumbra
El ideal querido, el pensamiento,
De nuevo la penumbra
Proyecta la tristeza de su aliento,
Y esfuma los contornos anublados
De los sueños pasados:
¡Perpetua oscilación del movimiento!
Sin ella ¿qué sería
Del triste que á la suerte se confía?
Monótona, inmutable
La sensación intensa, perdería
Su atractivo adorable,
Su encanto la esperanza y la ternura;
Hasta la luz de la polar estrella
Quizás parecería,
Brillando eternamente, menos pura,
Más pálida, más vaga, menos bella.

Suspiros del ocaso
Llevados por el beso de la bruma,
Diseños juguetones de la espuma,
Sonriendo allá á lo lejos, en el raso
Del anchuroso margen, los latidos
Jamás interrumpidos,
De nuestras armonías y canciones
Son himnos de la vida que palpita,
Parece agonizar y resucita,
Con nuevas y fantásticas visiones....
La noche avanza, vive

La sombra en el espacio, rumoroso,
Se acerca lentamente, se percibe
Como el eco de un salmo religioso,
Y de nuevo se va, porque recibe
El beso de la luz, esplendoroso.

Y así también ¿sucederá, indecisa,
Como el mentido alarde,
Al gárrulo concento de la brisa,
La pausa del silencio de la tarde?
¿Morirá la sonrisa
Del bosque y la espesura,
Con el ropaje de la noche oscura,
Extinguirá en la calma,
Sus entusiasmos líricos, el alma?

Mientras vagando leve
La brisa de la tarde apenas mueve
La superficie de la mar tranquila,
Mientras lánguida oscila,
Pintando sombras y borrando flores,
La luz en sus fulgores,
¡Perpetua florescencia y armonía!
En la floresta umbría,
El despertar del resplandor latente,
Arrulla, en las tinieblas, los matices
De las horas felices,
El pimpollo caliente,
Mecido en el follaje rumoroso,
Los pétalos temblando colorea,
El pensamiento mismo en su reposo,
Las formas elabora de la idea.

En el vaivén perenne de la vida,
Vuelve á cantar los himnos de la fronda
La ráfaga dormida;

La congoja más honda,
Mitiga con el tiempo sus anhelos;
El espíritu sordo á la ternura,
Notas percibe al contemplar los cielos,
La noche más ingrata y más oscura
Con el beso del aura se ilumina:
Todo ante tí se inclina,
Eterna ondulación del movimiento;
Visión que al ocultarse nos fascina,
¿Qué fuera de la vida sin tu aliento?

Finalmente, y hacia los mismos días, Juan Zorrilla de San Martín, infiltrando sangre de mozo en las arterias de la patria literatura, viste al espíritu, al alma, á la esencia de la esencia de nuestro país, con las galas retóricas del andaluz y germánico numen de Bécquer.

Ya antes de que se nos revelase con la épica sublimidad de *La leyenda patria*, conocíamos á Zorrilla de San Martín por sus *Notas de un himno*, libro de versos de cincuenta poesías y doscientas páginas, publicado en Chile por el año de 1877.

Era aquel libro el libro de un cantor católico, que si mucho sabía de los himnos alzados por el rey David, sabía mucho más de las leyendas y de las rimas de aquel que nos dijo que la poesía no morirá en tanto nazcan flores primaverales y mujeres hermosas.

La fe y el amor eran los faros á cuya luz bogaba, en aquel entonces, la musa de Zorrilla. La fe sobre todo. Una fe infantil, de católico convencido, de católico apasionado de las casullas sacerdotales, y de las campanas pendientes de las torres de cúpula redonda. Una fe infantil, de católico convencido, de católico idólatra de las vírgenes pálidas y de apuñaleado corazón, que reinan sobre los cálices de oro, y los in-

censarios humeadores, y los querubines con alas de cera, y las tormentas de sonidos del órgano que canta las aleluyas de los pascuales días. Una fe infantil, de católico convencido, de católico que cree en los pontífices de tiara y de corona, de católico que sueña con los pájaros de San Francisco de Asis y con los éxtasis de la muy apasionadísima Santa Teresa.

Ved como rima en 1877:

"Dios en mi corazón, Dios en mi frente,
Radiosa con la luz de esa creencia:
Esa es mi noble aspiración ardiente
Que bulle abrasadora en mi conciencia.

¡Esa es mi fé, mi juramento santo,
Ante quien sér é inteligencia postro:
Lo lanzo al mundo.... Si mi fé quebranto,
Lánzeme el mundo su anatema al rostro!"

No hay nada en el mundo que pueda hacer vacilar la fe del poeta. Este es un ingenuo y un contemplativo. Jamás ha vacilado. La duda no tiene entrada en su corazón. No hay fuente poética más copiosa y más pura que el cristianismo con lo cruento de su martirologio y con lo teatral de sus ceremonias. El poeta lo sabe. Con la frente enhiesta y con la planta firme, canta orgulloso la excelsitud del dogma que le electriza, y dice al cielo con tranquila entereza:

"Yo alzo la voz, Señor, alzo la frente;
Y, entre el silencio y la quietud inmensa,
Llego tranquilo hasta besar tu mano....
¡Paso hasta mi Señor!.... ¡Yo soy cristiano!
Con la sangre de un Dios hasta Dios llego;
De pié sobre los mundos humillados
En sus brazos me entrego;
Con el sello del Cristo sobre el labio,

Con sólo mi bautismo
Orgulloso me siento ante Dios mismo."

No hay para él poema como el poema del niño misterioso que buscaban con furia los soldados de Herodes. *Et incarnatus est.* Ha nacido el pequeño que nos salvará. Los vagidos, que salen de la cuna sin lienzos, hacen estremecer de alegría á los mundos. Una estrella se ha detenido sobre el umbral. El asno y el buey se han acercado á la cuna, y han compadecido al que esparció en el éter la polvareda dorada de las nebulosas.

"Llovía; el pesebre
Tan sólo abrigaba
El hálito tibio
Del asno y del buey;
Y absorto el anciano
Y absorta la madre
Postrados besaban
Del Niño los pies;
Y el Niño lloraba
Del viento y del frío,
Y el frío y el viento
Lloraban también.
Los cielos cantaban,
Los astros crecieron
Y el mundo oyó sones
Ignotos para él.

La aurora
Buscaba
Á Belén."

Siendo así, ¿quién se atreve, después de haber pasado diecinueve centurias de adoración, con el representante del Dios del Calvario? Roma es del pontí-

fice, porque Roma es la ciudad que, con sus trescientas sesenta y cinco iglesias, pone en contacto la tierra con el cielo. Atila se detuvo ante el pontificado. Napoleón, por agredir al pontificado, perdió la diadema entre las nieves del Beresina y en el lúgubre foso de Waterloo. ¡Están malditos esos que llegan á golpear de nuevo en las puertas de Roma! ¡Esos hombres insultan, cuando la llaman, á la libertad, á la virgen esposa de Armodio y de Espartaco!

"¡No puede ser! El dogma de los libres
No apadrina la audaz hipocresía,
Y jamás el puñal del asesino
En sus páginas santas,
Con la sangre de pueblos ni de reyes,
Escribió ni una sola de sus leyes.
¡Ah! ¡no mintáis, no blasfeméis, cobardes!
La libertad se mancha en vuestros labios,
Que asaltar á un anciano abandonado,
Crimen es de vosotros solamente,
No de la libertad, que en las batallas,
Noble en sus iras, levantó la frente."

El poeta adora en el pontífice, en el heredero de la gloria de los Bonifacios y de los Clementes. No ha de quedar ni piedra sobre piedra del edificio levantado por los conquistadores de la augusta y pontificia Roma. Se ha de perder hasta la memoria de la memoria de los que la arrebatan á las manos paternales del ilustre Pío.

"¡Yo amo tanto tu nombre!
¡Tu noble ancianidad venero tanto!
No me es dado por tí, verter mi sangre;
Mas vierto al menos mi oprimido llanto.
¡Ah! si pidiera sangre tu corona,

Por ceñirla á tu sien encanecida
Vertiera el pecho mío
Toda la que sedienta de martirio
Aliento en los raudales de mi vida.
¡Qué feliz si en el campo de la gloria
Fuera el ¡ay! de mi muerte
La gran diana triunfal de tu victoria!"

Entonces ya Zorrilla sobresale y se impone por su originalidad, por su fantasía, por su ardimiento, por su música y por su dicción. Se paran á escucharle porque es poeta, porque es muy poeta, ese joven que cree, ama y espera en la inmortalidad. Rima sin esfuerzo. Es deliciosamente desaliñado. Sus gestos, sus miradas, su reir, el mover de sus brazos, el modo como sacude su cabellera, son acordes de lira. Canta al dolor, á la amistad, á la patria, á las hojas del bosque; pero sobre todo canta á la mujer ensueño, á la mujer quimera, á la mujer con alas, á la mujer flotando en una sombra cuya diafanidad tiene resplandores de luz.

"Si me asomo á tus ojos brillantes,
Tan verdes, tan verdes,
En un campo una estrella caída
Mirar me parece.

¡Ah, si son habitados los astros,
Y en ellos se duerme,
¡Quién pudiera habitar esa estrella
Por siempre, por siempre!"

La bien amada tiene algo de visión. Flota, se esfuma y pasa sin delinearse de un modo preciso.

El amor del poeta tiene mucho de éxtasis.

Es un arrobo, una salve, el versículo de una intraducible letanía oriental.

"Era tarde. De un salmo lejano,
Aspiraba el compás religioso;
É impregnado de su alma inocente,
Lo espiraban más puro sus ojos.

Las estrellas reían en ellos
Cual de un lago tranquilo en el fondo;
Y pasaban las nubes tan leves
Como dulce visión de un insomnio.

¡Quién pudiera infiltrarse en silencio,
En un salmo de amor cadencioso;
Absorber el perfume de su alma
Y morir palpitando en sus ojos!"

Oidle como llora en su *Ultimo insomnio:*

"Dáme asilo de un día solamente
Dentro tu corazón,
Para esperar la muerte, que se acerca
Y viene de mí en pos.

Cansados de llorar están mis ojos;
Solo en el mundo estoy;
Te dejaré la herencia de mis lágrimas....
¡Vivirán más que yo!

En ellas lego al mundo mi fortuna,
Mi adorado dolor;
Ellas darán altares á mi sombra
Y á mi recuerdo amor.

Aunque el polvo me cubre del camino
Y lastimado estoy,

Del naufragio implacable de mi dicha
Mi lira se sàlvó.

En el hogar tranquilo de tu alma
Dame paz y calor;
Yo cantaré tu nombre.... Eternamente
Viviremos los dos.

Ábreme, estoy cansado. Ya la muerte
Se acerca de mí en pos;
Dame asilo de un día solamente
Dentro tu corazón."

Entonces el becquerianismo se apoderó de nuestra literatura poética, como se había apoderado del alma de Zorrilla de San Martín. Tuvo, entre nosotros, muchos adoradores, el sueño, el imposible, el vago fantasma de sombra y luz que turbó las horas del noctámbulo y febriciente poeta peninsular. Todos quisieron agregar una estrofa al himno gigante y extraño, presagiador de una nueva aurora para los espíritus, que había oído ó había soñado, como el eco de una rondalla que pasa á lo lejos, el que nos dice que las golondrinas llaman con sus rémiges á los balcones de la dulcísima, cuyo jardín morisco luce en sus tapiales colgaduras y ramilletes de madreselvas. Entonces la inspiración de nuestras musas fué, como había deseado el poeta,

"Enfermedad sin nombre,
Que, de la sombra, arranca
Oleadas de visiones,
Leyendas sin color;
Palpitación que imita
Un lento toque á muerto;
De objetos sin espíritu,
Nerviosa animación...."

CAPÍTULO X

El santismo y las letras

SUMARIO:

I. — La edad de oro del Ateneo. — La lucha filosófica. — Jesús. — La doctrina evangélica. — El nuevo culto y el culto pagano. — Los bárbaros y la nueva ley. — Constitución de la iglesia.— Los obispos y los sínodos provinciales. — Los obispos y los reyes. — Descrédito del poder episcopal. — Orígenes del pontificado. — Los primeros papas y las persecuciones religiosas. — Juliano. — El poder temporal de los papas. — Gregorio VII.— Conflictos entre los papas y los emperadores. — Inocencio III. — Decadencia moral de los pontífices. — Alejandro VI. — La Reforma. — Los cultos disidentes y el culto católico. — El espíritu moderno y las religiones reveladas. — Manuel B. Otero y Prudencio Vázquez y Vega. — El presbítero Mariano Soler. — *La Razón* y *El Bien Público*. — Francisco Durá. — Las escuelas políticas y las modalidades religiosas. — El racionalismo. — Erasmo. — La instrucción laica. — La moral y el sistema kantiano. — *Los Anales del Ateneo*.

II. — El general Santos. — Perfiles de su administración. — La riqueza pública y el mantenimiento de la paz. — El asesinato político. — El progreso y las revoluciones. — Las conferencias de don Pedro Bustamante. — La moral política. — El valor cívico. — La autoridad moral. — Aparición de *El Plata*. — El manifiesto constitucionalista. — El doctor Angel Floro Costa. — Su estilo y sus ideas. — La tesis fundamental de su *Nirvana*.

III. — La poesía en el Ateneo. — Carácter épico de su lirismo. — Los poetas ciudadanos. — Enrique de Arrascaeta. — El doctor José Sienra y Carranza. — La rima. — Necesidad de las reglas. — Su razón de ser. — Luis Melián Lafinur. — Como poeta y como prosista. — Sus folletos históricos. — Artigas. — La sátira.

— Anacleto Dufort y Alvarez. — La poesía popular. — Elías Regules. —*Mi tapera.* — Ricardo Sánchez. — La poesía como elemento sociológico. — José J. del Busto. — Su vida y su numen. — Análisis de sus composiciones. — El arte por la idea. — Los poetas de la antigüedad. — Conclusión.

I

El Ateneo del Uruguay se fundó á raíz de la paz de 1872. Se llamó primero *Club Universitario,* dedicándose desde sus primeros días á resolver los problemas literarios y filosóficos que hoy nos agitan y que ya entonces nos inquietaban. Allí Anselmo Dupont, con su palabra fluida; Manuel Otero, con su saber científico; Vázquez y Vega, con las rigidices de su puritana moralidad; Wáshington P. Bermúdez, con el chiste ó el nervio de sus estrofas, y Juan Carlos Blanco, con lo girondino y lo esplendoroso de su elocuencia, encantaron y entretuvieron á su auditorio, del que formaban parte Pablo De-María, José Sienra y Carranza, Aureliano Rodríguez Larreta, Domingo Aramburú, Martín C. Martínez y Justino Jiménez de Aréchaga. Empezó el Ateneo sentando sus reales en una modestísima sala de la calle de Treinta y Tres y pasó luego á la calle de Soriano, para concluir en el regio palacio que actualmente ocupa en la amplísima plaza donde se hiergue la imagen luminosa de la Libertad. Allí escuchamos, siendo casi niños, la palabra influyente y austera de Pedro Bustamante, que fué diputado, senador y ministro de Hacienda bajo el débil gobierno del doctor Ellauri. Cuando éste cayó derrumbado por el militarismo, Bustamante se retiró de la escena política, viviendo tres lustros en la obscuridad de una estrechez proba, hasta que en 1886 reapareció en el palenque de la vida pública, tornando

de nuevo á ser legislador y ocupando la presidencia del Banco Nacional. El doctor Bustamante murió en 1891. — Allí también, en el Ateneo, conocimos y tratamos á Daniel Muñoz, que fué uno de los fundadores de *La Razón* en 1878, dirigiéndola con acierto hasta 1893. Cuatro años antes, es decir, en 1887, Muñoz ocupó la secretaría del Banco Nacional, trabajando á las órdenes de don Emilio Reus. En 1894 Muñoz fué designado para Jefe Político de la Florida, y en 1896 ejerció el cargo de ministro plenipotenciario ante el reino de Italia, de donde pasó, con el mismo carácter, primero á Londres y luego á la Argentina. Ha sido intendente de la ciudad de Montevideo. Entonces, en la época de la dictadura de Santos, era un escritor de costumbres, un escritor satírico y de castiza verba. Ha cambiado de actividad; pero no de carácter. Daniel Muñoz sabe burlarse de sí mismo, lo que no es poco. Ya en la montaña, decía con gracejo á uno de sus muchos apologistas, que "fué una marmota hasta los veinte años, y que en la edad madura resultó un haz de gracia y de agilidad." Y en esto último no se equivoca, porque ha escrito páginas tan bellas y tan donosas como sus artículos acerca de Emilio Reus y acerca de los rosales apurpurados del señor Eastman.

La edad de oro del Ateneo está comprendida en el lustro que abarca desde 1880 hasta 1885. En la primera de nuestras sociedades literarias se congregaron, durante aquellos días, el coraje civil, el respeto á la ley y la esperanza en la resurrección de la libertad. Todas las aspiraciones del espíritu público se valieron allí de las galas de la elocuencia y de la poesía para protestar contra lo arbitrario, para defenderse de lo corrosivo, para mantener los fuegos de la hornalla en donde se consume el cinamomo

azul de la fe en el futuro. Allí recitó sus versos más viriles Melián Lafinur; allí escuchamos las mejores estrofas de Sienra y Carranza; allí abrió su vuelo la académica prosa de Juan Carlos Blanco; allí nos dijo que la tierra charrúa era digna y capaz de ser independiente la tribunicia verba del doctor José Pedro Ramírez.

En el Ateneo se desenvolvió el filosófico movimiento que ha despoblado nuestras iglesias, educándonos en las prácticas emancipadoras del libre examen. En las inolvidables y ruidosas veladas de aquel lustro triste y preclaro, todas las religiones positivas comparecieron ante el tribunal de la conciencia pública, estudiándoselas en sus orígenes, en su predicación, en sus reglas, en sus ceremonias y en su finalidad. Como el culto católico era el más favorecido por nuestras leyes y el de mayor arraigo en nuestras familias, la religión católica fué la más castigada en aquellos debates, hundiéndose en todos los tejidos de su vetusto cuerpo el bisturí filoso de la crítica sabia.

Se trató al cristianismo con benignidad; pero Jesús perdió su carácter divino, para convertirse en el buen nazareno que perdona á la adúltera y que apaga su sed en el cántaro rojo de la samaritana. — El apóstol de Galilea no es ya el taumaturgo cuya venida anuncian Ageo y Daniel, Miqueas é Isaías; sino el magnánimo predicador de una nueva doctrina moral, en la que el débil es preferible al fuerte y el humilde al grande, enterneciendo á las multitudes de todos los tiempos con el sabroso jugo de sus parábolas y con el ritmo del sermón de las misericordias, pronunciado al hundirse los oros del sol de las puestas en las aguas perpetuamente azules del Tiberiades.

Según los ortodoxos del cristianismo, el cristianismo es una religión revelada, es un hecho sobre-

natural, es como el pan de la vida, es como la síntesis de la verdad absoluta. Para nuestros tribunos, el cristianismo era un simple hecho histórico, una transformación de la doctrina mosaica, una de las etapas del espíritu humano en su no interrumpido ascenso hacia la luz; pero, aun aceptándolo como un código de ética superior, el cristianismo ascético, el que quita al hombre la libertad de pensar, considerando á las almas como aves de paso sobre la tierra, y el que acepta sumiso la esclavitud civil, predicando el desdén de los intereses mundanos, no podía ser grato á los que luchaban por el derecho en aquel triste período de nuestra historia.

Preparada por la filosofía, por la escuela pitagórica y la escuela socrática, la religión cristiana vino á su tiempo, siendo más progresista que el mosaísmo por la ardiente caridad de sus prescripciones. Así nuestros tribunos y nuestros maestros reconocieron y alabaron como virtudes el perdón de las injurias, el sacrificio por el ajeno bien, el desprecio de las riquezas, la igualdad de todos los hombres ante el tribunal de la justicia sin fin, la encumbración de los simples de espíritu, y el cosmopolitismo que nace de la fraternidad que predicaron los labios de paloma del vagabundo de Palestina.

Harto sabían los oradores del Ateneo que la idea de la unidad del poder divino es una idea semítica, como la idea de la trinidad celeste es una idea aria, y como la idea de la inmortalidad del espíritu es una idea platónica; pero también sabían que el cristianismo, con la sencillez incomparable de sus preceptos y con el infantil hechizo de sus apólogos, había sembrado gérmenes de amor en los yermos morales de la antigüedad, como siembran las palmas el lloro de su polen sobre las abrasadas arenas del desierto.

Cristo, con los ojos clavados en el cielo y con los labios henchidos de bendiciones; Cristo, que acaricia á los niños de los humildes y anuncia á los esclavos la existencia sin fin de una vida mejor; Cristo, que viene cuando las creencias politeístas naufragan en la descomposición de las sociedades que ellas habían engendrado y habían mantenido; Cristo, que habla de esperanzas y de misericordias, cuando gorjean los verderones el rezo de la tarde en el olivar; Cristo, que aparece cuando todos los dioses de la antigüedad bostezan de hastío bajo las bóvedas de los templos romanos, donde el Apolo griego se angustia al encontrarse junto al índico Bhrama y á la siria Thola; Cristo, que nace en mitad de un establo, una noche de nieve, sobre un montón de paja, entre un asno y un buey; Cristo, que muere en lo alto de una cruz, coronado de espinas, al compás de los truenos y entre dos ladrones, surge en la historia del progreso del mundo, cuando el progreso necesita, para su desarrollo, de la unidad de Dios.

Así lo dijeron los oradores ateneístas. Si no aceptaban el ascetismo como ideal de la vida, porque el aislamiento absoluto es incompatible con los deberes que la vida impone, y si no aceptaban la concepción que la nueva ley tuvo del estado, porque enamoradísimos de la patria no se creían extranjeros sobre la tierra, aceptaban, en cambio, las pequeñas historias sobre el grano de trigo, la viuda pobre y el hijo pródigo. Reconocían las excelencias de la moral cristriana. San Pedro, explicando la buena nueva á la luz del ayer; San Pablo, difundiendo la universalidad del dogma; San Juan, dando á ese dogma un origen divino, responden al deseo de renovación religiosa que agitaba á la antigüedad. Como las flores se vuelven hacia el sol, el tedio de las almas se volvía

hacia el espacio tejido con nubes y cubierto de estrellas; pero el politeísmo era infecundo para calmar la sed de las almas, porque al politeísmo debían su sér la teocracia oriental, el absolutismo babilónico, las castas egipcias y el imperio romano. La nueva fe, cuyo origen se encuentra en un portal; cuya progenie se halla en una carpintería; cuya predicación empieza en los caminos; cuyos primeros levitas son pescadores humildes; cuyo sumo sacerdote muere en un patíbulo ignominioso, reunirá en torno suyo á todos los débiles, á todos los parias, á todos los malditos, á todos los simples de corazón, á todos los que la antigüedad destierra del festín de la vida. Es aquello como un soplo de pureza y de democracia, como un soplo de virtud y de generosa fraternidad, vagando sobre un mundo esencialmente autócrata y sensualista. Cuando murió Jesús, imperaba Tiberio. Aquel sofista, con diadema y con púrpura, era hipócrita, medroso, corrompido, cruel, y cubierto de llagas. Roma no valía mucho más que su César. Se esperaba la llegada del ángel del Apocalipsis, y llegó la paloma sin hieles del Evangelio.

Así lo reconocieron nuestros oradores, para tronar después contra el pontificado, híbrida confusión del poder temporal con el espiritual, que contrariaba y empequeñecía lo predicado por el mártir del Gólgota. El culto cristiano tiene por objeto la eternidad. El paganismo fué una religión del estado, una religión impuesta por la fuerza social, una religión que tuvo por acicate los goces de este mundo, una religión que confundía su poder con el poder cesáreo. El nuevo culto, al proclamar la igualdad espiritual de todos los hombres, hizo que los pobres, los hambrientos, los lacrimosos, los perseguidos con injusticia, se desarraigaran de la patria terrestre, para vincularse, como el

musgo á la roca y la hiedra al olmo, á la patria celestial, al reino de Dios. El culto apostólico vino á ser el culto de la conciencia, el culto del espíritu, el culto de la esperanza en una vida sin fin, el culto independiente de todas las coronas, el culto desprendido de todos los afanes mundanos, el culto antinómico del culto politeísta, que quería que la religión fuese una religión oficial, una religión del estado y para el estado, aunque el estado tuviera por ídolos y por augures á un verdugo como Tiberio ó á un incestuoso como Caracalla.

La absurda amalgama del poder político con el poder espiritual, que inicia Constantino y remacha Teodosio, no podía placer á unos hombres hechos para combatir por todas las libertades, desde la augusta libertad de voto hasta la sacratísima libertad de la conciencia. La iglesia, convertida en un poder más alto que el poder de los pueblos; la iglesia, tostando por herejes y persiguiendo por revolucionarios á los que discuten ó niegan sus dogmas; la iglesia, monopolizando la enseñanza y queriendo que el milagro, la mentira, lo obsurdo, lo anticientífico y lo antinatural se aceptasen como hechos lógicos é incontrovertibles; la iglesia, apoyando á los reyes y apoyándose en ellos, no podía ser agradable á unos tribunos apasionadísimos de la libertad, á la que se volvían como el loto hacia el sol y el sauce hacia el río. Reconocieron que el cristianismo estuvo en lo justo al introducir la providencia en la historia, porque cuando la tiranía de la ignorancia ó el odio de las sectas pretenden destruir el progreso, la voluntad infinita y la mano inflexible de la sombra estrellada hacen que se disipen, como nubes ligeras, esas pretensiones criminales y absurdas; pero no ocultaron que el cristianismo procedió mal cuando quiso sustituirse á la pro-

videncia, como se había sustituído á los reyes y como había suplantado á las muchedumbres, convirtiendo á la providencia en un cadáver amortajado en la inmutable inmovilidad de sus doctrinas. Alarico y Atila se creían también impulsados por lo invisible. — "Alguien me empuja" — decía el primero y — "yo soy el azote de lo ignorado", — gritaba el segundo; pero ni Alarico ni Atila osaron afirmar que con ellos concluía para siempre la obra de Dios. El cristianismo, inmóvil como el agua corrupta, maldice ya todas las innovaciones, todos los progresos, todos los adelantos futuros del espíritu razonador, por los labios inquisitoriales de San Ignacio de Antioquía.

Los oradores ateneístas estudiaron también el choque de las nuevas ideas con los instintos de las hordas nacidas en los balsámicos bosques de Germania. Los bárbaros representan, en la historia, el individualismo, la libertad, la regeneración del mundo antiguo por el hierro y las llamas. El cristianismo representa la unidad de creencias, de rezos, de costumbres, de aspiraciones, y sobre todo, la unidad moral. Ante los bárbaros, el cristianismo es la autoridad en medio de la anarquía, la compasión en medio de la matanza, el silabario en medio de la incultura. — El mundo, que los bárbaros sacuden y desgarran para subdividirlo en nacionalidades, se organiza para el progreso primero bajo la autoridad episcopal, y después bajo la supremacía de los pontífices. El politeísmo y la esclavitud, la violencia y lo absoluto del poder cesáreo, dominan y gangrenan al mundo, cuando el imperio latino se descompone y aparecen las hordas germánicas, con el escudo sobre la espalda y la lanza en la diestra, para beber la sangre de los patricios en el hueco del cráneo de los lictores y para profanar la hermosura de las vestales sobre la piel de lobo que les sirve de

lecho. Los bárbaros no tropiezan con otro poder organizado que el poder de la iglesia. Cuando Jesús asciende á los cielos desde la cumbre del monte Thabor, los apóstoles empiezan su ascensión hacia el Capitolio. — La dignidad episcopal, casi coetánea del diaconado y del sacerdocio, ya existe en los tiempos de San Atanasio y San Agustín. Los obispos detienen á la horda invasora, arrojando sobre sus odios y sobre las llagas morales del mundo antiguo, el aceite balsámico de las clemencias del sermón de la Montaña.

Al establecerse el cristianismo, los obispos concentraron en sí casi todo el dominio eclesiástico, administrando á su antojo los bienes del clero y no reconociendo otra autoridad que la autoridad de los sínodos provinciales. Cuando el poder de los obispos se debilita, ó mejor aún, cuando se extravasa, cuando se adultera, cuando se corrompe, nace el papado, que no es sino la concentración de todas las fuerzas del cristianismo en una mano sola. — Hasta el año 492, hasta los tiempos del papa Gelasio, los obispos, al recibirse de su investidura, no prestan juramento de sumisión al obispo de Roma. La autoridad pontificia crece al decrecer la autoridad episcopal, pues á medida que el sol de los obispos disminuye en fulgores, el sol de los pontífices se magnifica. — ¿En qué fundaban los obispos su poder terreno? — La divinidad de Cristo, proclamada en Nicea, dió pretexto á la curia para pretender dominar al estado, porque el universo no es de los hombres, sino de Dios, y como la iglesia es el más alto de los representantes de la divinidad, la iglesia predomina sobre el imperio, por ser el símbolo, la heredera, la esposa amadísima de Jesús. El rey debe humillarse ante el sacerdote, del que depende su vida inmortal, que legitima su poder con la gracia del óleo sacratí-

simo, y que es el procurador del cielo en la tierra. — Como, en cada diócesis, el obispo sustituye al nazareno de la leyenda y los curas á los apóstoles que el nazareno disciplinó, los obispos, cuya importancia se mide por la importancia de las ciudades cuyo espíritu guían, proclaman la divinidad de su episcopado, una vez que el mundo admite y reconoce la divinidad de Jesús. Como consecuencia lógica de su supremacía, los obispos, reunidos en cónclave provincial, formulan el dogma y establecen la disciplina; pero, en sus luchas con las jurisdicciones de poder terreno, no siempre consiguen imponer como leyes lo resuelto por los concilios episcopales. Únase á esto, las rivalidades originadas entre los gobiernos eclesiásticos de los distritos próximos y de confusos límites, y se verá como la aristocracia episcopal, ávida de unidad y sedienta de dominación, tuvo que concentrarse en una sola mano fuerte y ungida. Entonces, sólo entonces, aparece el pontífice con su túnica blanca como la nieve y su tiara deslumbrante de pedrería, bendiciendo y avasallando á la cristiandad desde lo alto de la cúpula de San Pedro.

Á pesar del papado, los obispos siguen imponiendo á la iglesia su dominación desde el siglo V hasta el siglo X, porque los papas aún necesitan de ellos más que ellos de los papas, siendo los obispos los que estorban á la autoridad civil y los que tiranizan al clero inferior, despojando á los monasterios de sus riquezas. El orgullo de los obispos, antinómico de la humildad cristiana, y la codicia de los prelados, antinómica de sus votos de pobreza, corrompieron y desacreditaron la sagrada función episcopal. Surgió la simonía, que puso las dignidades eclesiásticas al alcance del mejor postor, comprándose los obispados para explotar las riquezas del clero, que eran casi

siempre riquezas territoriales, feudos de horca y cuchillo. — Los obispos parecen barones con yelmo, condes con acicate, duques con coselete, entreteniendo sus ocios en la caza y la guerra, la lujuria y la intriga. — Electos por los reyes, formando parte de la corte de los monarcas, en lucha con los abades de los conventos, y malquistos por el clero inferior á causa de los abusos de su poder temporal y espiritual, los obispos acabaron por distanciarse de los concilios, dando lugar á que su conducta fuese censurada con acritud en el año 572 por el sínodo de Braga y en el año 589 por el sínodo de Toledo. Roma, celosa de su potestad y de su hegemonía, ayudó á los concilios, comprendiendo que la iglesia necesitaba unirse para prevalecer, organizándose como una sociedad superior dentro de la sociedad laica. Al fin, en el último tercio de la centuria décima, la divinidad de Jesús, repartida en parcelas entre todas las diócesis, se encarnó omnipotente é íntegra en el obispado de Roma.

El sacerdocio romano, anterior al cristianismo, dividíase en cargos y ministerios, siendo éstos múltiples, como eran múltiples las divinidades de la religión de la antigüedad. Se llamaba augur al sacerdote encargado de consagrar los actos de la vida pública; fecial al sacerdote encargado de consagrar los actos de la vida privada, y flaminio al sacerdote encargado de consagrar los actos de la vida religiosa. Existe, además, en el paganismo, un sacerdote supremo, un pontífice máximo, un rey espiritual, que vela por la conservación de los dogmas y por la pureza de las costumbres. Ese sacerdote, ese pontífice, ese rey, disciplina á las vestales, consagra á los flamines, regula las ceremonias y comenta los principios de la teogonía, concluyendo los emperadores por ceñirse la estola pontifical, cuando el poder pontifical se hizo

sospechoso al poder cesáreo. Calígula, el enamorado de la luna; Nerón, el tañedor de cítara; y Cómodo, el hijo de Faustina y de Marco Aurelio, el hercúleo gladiador que despedazaba á los tigres y á los hombres en las bregas del circo, fueron pontífices máximos en la antigua Roma.

Esa es la fuente del pontificado católico, que copió sus sacerdotes máximos del paganismo, como copió sus órdenes monjiles de la orden contemplativa y celibataria de los terapeutas. La supremacía del obispado de Roma, sobre todos los obispos y todos los fieles, fué establecida por el concilio de Sárdica. Éste decretó que los obispos podían acudir en apelación de lo resuelto por los cónclaves provinciales ante el prelado de la ciudad eterna. — Después los pueblos, del mismo modo que se habían apoyado en los reyes contra el poder feudal, se apoyaron en los papas, cuando el poder de los reyes y de los obispos se hizo despótico y tiranizador. Los primeros pontífices, pontífices sin título y hombres de virtud, habían sellado con su sangre su fe religiosa. San Clemente, un judío convertido por los apóstoles San Pedro y San Pablo, sufre el martirio bajo las águilas de Trajano, cuyo panegírico compuso Plineo el Joven y de cuya historia se ocupó Flavio Eutropio. San Evaristo muere por sus creencias el 26 de Octubre del año 102. — San Víctor, que nace bajo la lluvia de oro derretido del sol africano, paga con la vida su cristianismo cuando gobierna al mundo Septimio Severo, que muere de tristeza en la ciudad de York.

El hierro y el fuego son impotentes contra el ideal. Al pensamiento no se le encarcela, ni se le mutila, ni se le pone en cruz. Contra la convicción se destemplan las uñas del leopardo y se embotan los agudos colmillos del tigre. No lo olviden los déspotas y los

sectarios. Las persecuciones hicieron que el cristianismo arraigase más hondo en la conciencia humana. La primera persecución tuvo lugar á raíz del incendio de Roma. Acusados de autores de aquel delito, los fieles arden envueltos en túnicas impregnadas de pez, ó son entregados, vestidos con la piel de las fieras hirsutas, al rencor instintivo de los perros feroces. Trajano, Marco Aurelio, Septimio Severo, Maximino y Decio prosiguen la obra trágica de Nerón. ¿Qué ganan con ello? Ya en la época de Diocleciano, el cristianismo, que aún no era la religión dominante en el imperio, alzaba sus altares cerca de los altares de los viejos ídolos. La impudicia de Venus centelleaba próxima á la castidad de Jesús. Nada pudieron las furias del sofista Hierocles, consejero de la persecución de Diocleciano. En recompensa, Hierocles fué nombrado gobernador de Betania y de Egipto; pero la paloma evangélica vió crecer la longitud de sus nevadas rémiges, á pesar del martirio de San Edesio y de las torturas de San Epifanio.

Constantino abolió los suplicios; pero Juliano los restableció. Juliano, según Gregorio de Nazianze, era de mediocre talla, de cuello de toro, de pies deformes y de inseguro andar. Tenía vivos los ojos, la mirada furiosa, la nariz insolente, la boca grande, puntiaguda la barba, grosera la risa y ridículo el gesto. Su pecho era horrible y velludo como el de un león. Enemigo de los espectáculos teatrales, sobrio en sus costumbres y afanado en su administración, aquel apóstata era intrépido y generoso. Perdonó á un eunuco encargado de asesinarle. Maris, obispo de Calcedonia, insultó á Juliano. Maris era ciego. Juliano se contentó con decir á Maris, que le reprochaba brutalmente su apostasía: — "El Galileo, anciano, no te devolverá la luz de los ojos." — Músico y poeta, Ju-

liano amaba la hermosura de las fiestas del paganismo, lo humano de los dioses que llevaban sobre los labios la graciosa sonrisa del numen griego. Cuando subió al imperio, la cristiandad estaba dividida, en auge el cisma ario, y los obispos se disputaban el bien de las diócesis, como los lebreles un pedazo de corzo ó una costilla de jabalí. Juliano, ante el desorden de la cristiandad, se rodeó de augures y de retóricos, resucitando los sacrificios ante el ara de Apolo y ante la imagen de la Fortuna. Colmó de oro y de honores á los apóstatas. Persiguió á los creyentes, llenando con el cuerpo de las vírgenes y de los niños todos los aljibes y los estanques de Heliopolis y Ascalón, Gaza y Cesaréa. — ¿Qué logró con esto? — Joviano, que le sustituye en el trono imperial, militaba en las filas del mártir del Gólgota. Después, la púrpura romana se divide en dos, el paganismo entra para siempre en la obscuridad, y los bárbaros atraviesan las espumas del Rhin, hasta que una donación de Pepino el Breve, monarca franco, dá á los papas la soberanía del exarcado de Ravena, origen de la victoria definitiva de la fe nueva y del poder temporal de los pontífices supremos de la nueva ley, de aquellos pontífices que son como los herederos de la gloria y de la santidad alcanzadas por el martirio de Pedro y Fabián, de Lucio y Esteban.

Secularizada la iglesia, la iglesia se depravó, vendiéndose sus dignidades á precio de oro y adquiriéndose sus bienes á precio de intriga. El monacato dejó de ser puro, del mismo modo que el bajo clero, el clero evangelizador, dejó de ser libre, sometido como se hallaba al poder feudal de los obispados y á la absorbente tutela de las coronas. Sin embargo, los mismos pontífices, á pesar de su terrestre fuero, debían obediencia á los emperadores, que eran el origen

y la salvaguardia de lo temporal de su soberanía. Gregorio VII tomó á su cargo la ardua tarea de independizar y de fortalecer á la iglesia de Cristo. Siendo prior de Cluny, fué llamado á Roma y nombrado cardenal por León IX. Gracias á su influencia, los papas que siguieron á León IX anatematizaron la simonía y establecieron el celibato sacerdotal; pero cuando el monje de Cluny se trocó en pontífice, el pontífice, completando las reformas de sus antecesores, prohibió á los eclesiásticos que aceptasen la investidura de una mano lega y excomulgó á los legos que se atreviesen á conferirla. Para Gregorio VII el cayado de los pontífices era más formidable que la espada de los reyes, porque el poder de los pontífices se deriva directamente del poder de Dios, del que escribió el decálogo á la luz de las zarzas del monte Sinaí.

Para Gregorio VII, si la iglesia de Cristo aparecía venal y liviana, debíase á su falta de independencia, desde que sus ministros eran instituídos por los reyes del mundo y alentados por éstos en la codicia de las cosas terrestres. Si el papa ocupa, en la vida del siglo, el mismo lugar que ocupa en el cielo el mártir de Judea, los ministros del dogma de la crucifixión sólo deben obedecer al representante del rey del Calvario. La iglesia no existe sino por el papado, como el papado no existe sino por Dios. El origen, la fuerza, el código, el tribunal, la patria y la razón de ser del sacerdocio se encuentran en Roma. El papa debe arrancar á los sacerdotes de los lazos que los encadenan al poder de los príncipes, como Moisés arrancó á los judíos del vasallaje de los faraones, apoyados sobre la férrea cota del cocodrilo sacro y sobre el testuz duro del toro divino, para agruparlos bajo el poder directo é inapelable de Jehová.

La iglesia, apoyada en los reyes, estuvo bajo el tutelaje de las monarquías desde la irrupción de los bárbaros hasta el siglo XI. Carlo Magno era emperador y papa. Los reyes, á pesar de los cánones, nombraban á los obispos, puestos á sus órdenes por los códigos de la caballería, desde que los obispos eran á modo de señores feudales, á modo de barones con pendón y caldera. Así los reyes conferían el anillo y el báculo, símbolos de la dignidad episcopal. En consecuencia los reyes negociaban con las prelacías, resultando que las dignidades eclesiásticas eran vendibles como un predio ó un buey. Los abades y los clérigos, simoníacos y batalladores, ordenados casi en subasta pública, vivían en la ignorancia y en la liviandad. En la edad media, el clero se depravó como la multitud. Silvestre II y Clemente VII truenan contra el desborde de las costumbres de los prelados y del sacerdocio. El último reprocha, á la aristocracia eclesiástica, su avidez, su lujo, su impudicia, su falta de caridad para con los pobres. El primero se encrespa contra el servilismo del clero inferior, que aplaude los actos de los poderes terrenos, aunque esos actos contraríen y deslustren la doctrina evangélica. — El obispo Gregorio de Tours sepulta vivo, junto con un cadáver, al cura Anastasio. — El abate de Noréis tiene dieciocho hijos. — Bajo Pío IV, el fraile dominico Matteo Bandello escribe novelas que huelen á mancebía, y el abate de Villaumbrosa, Agnolo Firanzuola, hace reir, leyéndole sus celebrados cuentos picantes, á Clemente VII. Los reyes intervinieron también en la designación de los papas. Enrique III presidió la elección de cuatro pontífices. Hijos del siglo y encadenados al poder real, los papas no supieron librarse de las pasiones que ulceraban al clero. Recordemos, de paso, la insaciable codicia de Be-

nito IX y el libertinaje hondísimo de Juan XII. El gran genio político de Gregorio VII comprendió lo que sería el pontificado, si el pontificado ponía un dique á la impureza y un dique á la usura, rehaciendo el prestigio de su poder. Toscano, benedictino, monjil, austero, estudioso, dado á la reflexión, tenaz, y duro como un hierro de fragua, Gregorio VII apela á los decretos y apela á las lides para convencer á los príncipes que no pueden seguir prostituyendo y esclavizando á la iglesia de Dios, cuya soberanía es superior á la soberanía de todos los Césares. Gregorio VII pretende, en el fondo, anular al estado, haciendo que las púrpuras coronadas rindan vasallaje al vicario de Cristo. Frente á la monarquía universal, á la que aspiran y con la que sueñan los emperadores, aquel monje inflexible predica y sostiene que la monarquía universal pertenece á los papas, diciendo, en una de sus epístolas, que el pontificado representa al sol, en tanto que el poder de los reyes sólo es comparable á la luz de la luna. Enrique IV, rey de Alemania, encontró exorbitantes estas pretensiones, y reclamando la jurisdicción administrativa de la investidura de los prelados, siguió nombrando y destituyendo obispos. Gregorio VII le cita á Roma, donde un concilio debía juzgar su conducta; pero Enrique le contesta amenazándole, deponiéndole y reuniendo una dieta antigregorina en la ciudad de Worms. Entonces aquel monje rígido y temerario, á quien sus enemigos acusan de nigromancia y de atribuirse el don de la profecía, excomulgó al rey, ordenando que en las iglesias de sus dominios se apagase la luz de las lámparas y el órgano permaneciese mudo, velándose los crucifijos con negros crespones y revistiéndose los sacerdotes con la estola negra, como en los días de funeraria solemnidad. Esta medida, provo-

cando protestas contra el poder real, hizo que los sajones y los turingios abandonasen la causa de la corona, declarándose en rebelión los señores de Suavia, Baviera y Frasconia. Viendo el abismo abrirse ante sus pies, Enrique IV, con una pequeña escolta y en medio del invierno, se dirige á Italia. Cruza el monte Cenis, y, cuando ya se acercaba á Milán, Gregorio VII fué á esperarle tras de los triples muros del castillo de Canosa, ante cuyas puertas, descalzo y vistiendo un sayal de lana, con las rodillas clavadas en la nieve y con los labios cortados por el frío, el emperador esperó, durante tres días, el perdón del pontífice. Es verdad que luego, arrepentido de haberse humillado ante aquel monje orgulloso y colérico, reanudó la guerra, logrando que el papa muriese en el exilio y que los normandos saqueasen á Roma; pero también es cierto que la escena de Canosa no tiene precedentes en la historia del mundo antes de la exaltación del monje de Cluny al trono de San Pedro.

Divididos los estados en nombre de Dios y encendida la guerra civil en nombre de Cristo, se desbordan las ambiciones monárquicas de Roma. Fundándose en las donaciones de territorio que les fueron hechas por Pepino el Breve y por Carlo Magno, de las que no existe ningún acta original y cuya autenticidad jurídica siempre fué puesta en duda, aunque son mencionadas por los historiadores de aquellas épocas como hechos reales, los pontífices se consideran como soberanos y tratan con los reyes de igual á igual, aunque juzgándose y diciéndose más altos que los reyes mismos, por el doble carácter de su investidura monárquica y de su soberanía sobre la cristiandad. Urbano II, natural de Reims y obispo de Ostia, sube al papado en 1088, predica la primera cruzada, dá im-

pulso á las órdenes militares de caballería, é interviene, aplastándole con el martillo de las excomuniones, en los asuntos íntimos de Felipe I de Francia. — En 1115, la soberbia y el poder de los papas se centuplican bajo Silvestre IV, por la donación de la condesa Matilde, amiga y protectora de Gregorio VII. Ésta, en su testamento, legó á la Santa Sede todas sus posesiones de Luca, Módena, Reggio, Cremona, Espoleto y Mantua. Entonces, los pontífices se sienten reyes de verdad y luchan por el acrecentamiento de sus riquezas. En defensa de la valiosa donación condal, que Enrique V se niega á desconocer, Calixto II excomulga á Enrique y Enrique cede, renunciando al derecho de la investidura de los prelados, aunque no al patrimonio de los bienes de la condesa. Adriano IV, no menos duro y no menos celoso de su autoridad, exige la entrega de los feudos condales al emperador Federico I, excomulgando por usurpador de los bienes del clero al rey de Sicilia, y excomulgando á la ciudad de Roma, por hospedar en la amplitud de sus muros eternos al contumaz hereje Arnaldo de Brescia. Así, entre pleitos y lidias y excomuniones, el pontificado llega á su apogeo. Inocencio III, que cuenta apenas treinta y siete años cuando sube al solio, es el más insigne de los representantes de la unidad católica. Combate encarnizadamente las herejías y niega á los emperadores el derecho de confirmar el nombramiento de los pontífices, reuniendo en sus manos el poder civil y las instituciones eclesiásticas. Es erudito, prudente, firme, astuto, generoso y de una rara belleza corporal. Cree que el fin del pontificado no se limita á la conservación de la unidad del culto evangélico. El pontificado puede y debe aspirar al mejor gobierno de las sociedades sometidas á la fe del Calvario. Se propone completar

la obra de Gregorio VII, emancipando á la curia de la dominación alemana y restaurando la absoluta libertad de la iglesia. ¿Por qué el papado no ha de tener, sobre todos los reyes de la cristiandad, la influencia que tuvo sobre los reyes visigodos de la península ibérica en el siglo quinto y en el siglo sexto, gracias á la labor absorbente y evangelizante de Toribio, obispo de Astorga, y de Leandro, obispo de Sevilla, que habían sido, antes de ser prelados, secretarios y familiares de León el Grande y de Gregorio el Máximo? Inocencio III hubiera querido, como Pío II, morir cruzado; pero no pudiendo realizar ese sueño de su adolescencia, alienta á los reyes de Castilla contra los muslimes é impulsa á los pueblos de la Europa contra los albigenses. Así, celoso de su autoridad suprema y anhelando extender el fuero pontificio, no sólo unge á los reyes de Aragón y Bulgaria, sino que interviene en los negocios públicos de Polonia, Hungría, Alemania, Escocia y Portugal. Es el juez de los reyes. Es el árbitro que dispone del derecho y la justicia por cuenta de Dios. En todos los anales del pontificado no hay, no ha habido y no puede haber una influencia moral más alta que la influencia moral de Inocencio III.

Después de esta época de florecimiento, el desarreglo de las costumbres, la sed de lucro de los vicarios, la invasión de la filosofía y el desarrollo de las artes paganas, vuelven á deprimir y á inficionar el mundo católico. La negra oleada sube hasta el Vaticano. Con Inocencio VIII empiezan el nepotismo y la decadencia. Inocencio VIII, que agoniza de languidez, permite que se abran las venas de tres pequeñuelos, esperando remozarse y rejuvenecerse con los empirismos de la embrujada transfusión de la sangre. Julio II, guerrero y diplomático, erudito y artista,

se place en la lectura de las fábulas licenciosas del Aretino. Juan de Médices, conocido con el nombre de León X, ama más la escultura que la teología, mata sus ocios pescando en Bolsena, y pasa sus noches leyendo las octavas del lascivo Ariosto, lo que no le impide apoderarse, por el hierro y las llamas, del territorio de Pésaro y el ducado de Urbino. Alejandro VI es el símbolo de la ambición, estando su corte más llena de misterios y más llena de crímenes que las terroríficas novelas de Conan Doyle. Fué abogado en su juventud, cardenal en su edad madura, y pontífice en su vejez. De alta estatura, de negros ojos, de nariz aguileña, de moreno color y complexión nerviosa, materializa el catolicismo, consintiendo la ruina del mundo eclesiástico y desatando al monstruo de las revoluciones. Su reinado es el reinado del nepotismo. Sus hijos disponen libremente del poder de la tiara, y su hija única, de cabellos rubios y de pupilas negras, pasa de brazo en brazo y de lecho en lecho. El papa distribuye prebendas, beneficios, capelos y episcopados entre sus parientes, apelando al veneno, al oro y á la intriga para abrir á sus deudos el camino que lleva á la dominación. Su corte parece la corte de un emperador romano. La materia, principio del mal, es adorada frenéticamente por aquel protervo príncipe de los apóstoles. Rodeado de prostitutas, cuyos bailes recuerdan el ritmo de las antiguas bacantes gaditanas; servido por pajes, que deshojan capullos sobre las copas de oro finísimo, en donde hierve el vino de topacio y en las que chispea el néctar de rubí; presidiendo, desde un sillón en que luce el escudo pontifical, la mesa en cuyo centro brillan las plumas de los faisanes multicolores; adormeciéndose, después del placer, á los dulces compases de una música lenta y voluptuosa, aquel epicúreo,

aquel réprobo, aquel corrompido, resucita las frenéticas bacanales romanas en los maravillosos jardines y en los artesonados salones del palacio pontifical.

El descenso sigue. El derrumbe se precipita. La llaga se ahonda. La epidemia se agrava. El eclipse se extiende sobre la cristiandad. Clemente VII, siempre indeciso y errabundo siempre, como una nave que vaga entre dos escollos, entre Carlos de Gante y Francisco de Francia, apresura el naufragio de los pontífices con corona y vé entrada á saco, por ocho largos días, á la Roma imperial de Gregorio VII é Inocencio III. Con él termina, por un largo período, la autoridad moral de los papas, que apuñalea con los cuchillos de la debilidad y de la indecisión de su política. Tomó parte en la liga de Coñac contra Carlos V y asistió á los progresos de la reforma en la Inglaterra de Enrique VIII. Bajo su férula, el catolicismo fué la contraposición más completa de la sociedad cristiana de los primeros tiempos, de aquella sociedad humilde y fraternal, que vivía entre las tumbas de un subterráneo alumbrado por la luz vacilante de unas antorchas, para salir de aquel sepulcro, falto de aire y rico de humedad, en busca del destierro, el trabajo en las minas, la rueda giratoria, la llama calcinante, la cruz ensangrentada y las fieras del circo, cuando el universo se abrigaba bajo las púrpuras de Nerón y Septimio Severo.

Así, estudiando el apogeo y las vicisitudes del pontificado, hablaban los oradores ateneístas á nuestra juventud. La iglesia, que fué casta y educadora mientras sólo aspiró á la tutela de los espíritus, mancilló la blancura de sus primeros días al imponerse una misión terrena de carácter político y carácter civil. Es verdad que el amor de las artes y de las letras encontró estímulo y apoyo en los pontífices, que ha-

cen que Miguel Angel eleve la cúpula de San Pedro y que Rafael pinte las galerías del Vaticano, adquiriendo además, á peso de oro, los mármoles en que la antigüedad había divinizado la hermosura de Diana y la fuerza de Hércules. Esto es verdad; pero también es cierto que esa renovación del paganismo contribuyó al relajamiento de las costumbres y al descrédito de la religión. La basílica de San Pedro, orgullo de los papas, dividió al cristianismo en dos grandes porciones. Julio II la empezó á edificar y León X quiso concluirla, apelando al comercio de las indulgencias. Entonces aparece la reforma con Zuinglio y Erasmo, con Lutero y Calvino. ¿Qué importa la reacción que vendrá después? Aunque Pío V, amortajado en su sayal y metido en su celda de cenobita, apele al hierro y apele á la hoguera, el bajel eclesiástico no llegará á puerto. Aunque Gregorio XIII tienda sobre las almas la red del jesuitismo absorbente y enervador, fomentando las ligas en que bravea el católico brío de los Guisas, el encanto se ha roto. La conciencia comprende que llegó su hora, el examen se aguza, y la filosofía adelanta los labios para recibir el beso del sentido común. Las estrecheces de la liturgia ya no satisfacen, desde que la liturgia es como la horca de la razón libre, y el pontificado ya no se impone, desde que se sabe que son los pontífices débiles de espíritu y flacos de cuerpo.

La dominación de la iglesia tenía por único justificativo la altruísta espiritualidad de su fin, y sólo era legítima en tanto que la iglesia viviese la vida del espíritu, la vida de la virtud y de la inteligencia, la vida del ascetismo y la predicación. La reforma, que rompe la unidad católica, que separa del pontificado á una gran parte de la cristiandad, que fulmina á los vendedores de las cosas celestes, que convierte á la

razón en juez y comentarista de la verdad revelada, es un paso de avance hacia lo porvenir, á pesar de las intolerancias de su sectarismo. El cauce estaba roto. Aquella revolución era como un somatén universal, precursor y anuncio de otras rebeldías más filosóficas y más humanas. Así, lentamente, la idea del progreso, la creencia en una perfectibilidad ascendente del espíritu, el dogma de un mejoramiento infinito y sin soluciones de continuidad, sustituye á las inmovilidades de la fe revelada é inconmovible. La doctrina de las costumbres llegará á valer más que los dogmas especulativos y abstractos. Á fines del siglo décimosexto, los príncipes ya no se creen obligados á defender despóticamente la fe de su clero y la libertad de conciencia queda garantida por el edicto de Nantes, como quedan descartadas las guerras religiosas por la paz de Westfalia.

La reforma influyó de un modo poderoso en los adelantos de la tolerancia, porque al destruir la unidad cristiana y al derrumbar la integridad del poder de la iglesia, preparó el advenimiento y la libre expansión de la filosofía, que tuvo que luchar con un enemigo menos potente de lo que hubiera sido sin la reforma. Es verdad que, como decía Schiller, el cristianismo es la religión de los artistas. El culto reformado no tiene ningún atractivo exterior. El culto católico habla, en cambio, á los ojos y se apodera de la fantasía con sus iglesias góticas y con sus templos revestidos de pinturas murales, en las que los querubes, con las alas más rubias que el capacete del dorado faisán mongolés, forman coro á las santas de rostro palidísimo y túnica nívea. El culto reformado es severo y frío. La religión católica es pagana en sus formas y teatral en sus espectáculos, con sus cruces de ébano y sus cálices de oro, sus candelabros

brónceos y sus incensarios humeadores, sus cortinajes de damasco viejísimo y sus rosas abiertas sobre el altar, que parece un búcaro gigantesco cuando sonríe la primavera bajo el verdor luciente de los grandes bosques. El culto reformado es un culto interior. El culto católico es un culto de hechizos, un culto oriental, con la poesía salomónica de sus salves, sus cantos gregorianos, sus tiaras con piedras de matiz policromo, sus albas de blancura tenue y virginia, sus parlantes palomas con las abiertas rémiges junto al cuello extendido, sus navidades henchidas de aleluyas, sus pascuas sombreadas por montes de palmeras, sus entierros de pompa fúnebre y sombría, sus dantescos castigos y con la voz de bronce de sus campanarios, que anuncian el alba y lloran sobre el crepúsculo vespertino, que llaman á los fieles cuando brilla el incendio, y atruenan con sus gritos de somatén cuando el pago, la patria, la tierra queridísima de nuestros padres gime bajo las plantas injuriadoras de la invasión.

Esto es verdad, como es verdad también que la iglesia católica y la reformada son cultos revelados, batalladores, inquisitoriales, sin piedad para las ideas que los hostilizan. Por eso, si el culto reformado, enemigo del renacimiento y la filosofía, no satisface al espíritu de nuestra época, tampoco le satisface el culto católico, con las intolerancias de su unidad y con lo inmóvil de sus doctrinas, porque creyéndose aún el poseedor de la verdad absoluta, el ultramontanismo de hoy, como el del medio evo, quemaría por herejes, si resucitasen, á los grandes filósofos como Sócrates y á los grandes reformadores como Jesús.

Ha pasado la hora de las religiones únicas, absorbentes, estaduales, infalibles, que no se discuten y que no progresan. Los jueces con máscara y capuchón;

las salas de tortura, con sus cuñas y sus tenazas; las hogueras inquisitoriales, con sus procesiones y con sus cánticos; las guerras religiosas, con lo terco y lo irascible de su crueldad, ya no diezmarán á los pueblos empobrecidos. Ya Bruno no morirá sobre rojos carbones, ni Servet palidecerá de miedo ante el feroz Calvino, ni Galileo tendrá que retractarse de haber descubierto que la tierra camina del mismo modo que marchan las ideas, á pesar de los índices y de las encíclicas que condenan y maldicen á la libertad, que es la ley y que es el fin del progreso. Sí, las ideas marchan por el cielo de los espíritus como los astros por el cielo de los soles, y las religiones, cuando quieren oponerse á la marcha de las ideas, son irreconciliables é incompatibles con la civilización, que es el soplo bendito con que fecunda las tierras de la historia la piedad infinita de los labios de Dios.

Esto es lo que explicaron á nuestra juventud, en las veladas del lustro triste, la vasta erudición de Manuel B. Otero y el idealista liberalismo del malogrado Vázquez y Vega. Una vida sin mancha, una vida de privaciones y de austeridades, daba indecible influjo á la prédica del segundo, mientras la oratoria del primero cautivaba y enardecía, porque aquella elocuencia, llena de recuerdos históricos y citas filosóficas, había calentado sus caudales rémiges en el horno de los fulgores del sol del Brasil. Frente á ellos, defendiendo con brío y con altura el dogma católico, se levantaba un teólogo distinguido, un enamorado de la ciencia geológica, uno de nuestros mejores primaces eclesiásticos, el presbítero Mariano Soler.

Don Mariano Soler nació en el departamento de Maldonado hacia 1845. Estudió en el Colegio de los Padres Jesuítas de Santa Fe, y recibió las órdenes

sagradas en el Colegio Pío Latino-Americano de Roma. Vuelto á su tierra, fué diputado, cura párroco y vicario general de la diócesis, teniendo por prelados y por amigos á monseñor Vera y á monseñor Yéregui. Este último murió en sus brazos. Hacia ese tiempo Soler hizo algunos viajes á Palestina. En aquella árida y triste región asiática, que cruza el dromedario y en que vive el chacal; en aquellos lugares, que ensombrece la cumbre del Gelboe y refrescan los soplos que rizan las aguas del Generareth; allí donde alzó sus banderas el reino de Judá y donde hoy tremola sus estandartes el vilayeto turco de Damasco, Soler sintió las nostalgias de la vida ascética y contemplativa. Así cuando, sobre el ataúd de monseñor Yéregui, los católicos del Uruguay pidieron que el viajero se transformase en el obispo de Montevideo, Soler se encaminó hacia Roma, para manifestar al Pontífice Sumo que quería vestir el sayal franciscano y dedicarse á la vida monástica junto al Santo Sepulcro. León XIII le consagró, á pesar de sus súplicas, diciéndole con bondadosa y grácil autoridad: — Yo lo quiero así. — Soler, como orador, valía muy poco. Careció de elegancia y era de muy difícil, indócil y rebelde lenguaje. Le faltaban unción visible y sentimiento comunicativo para brillar en la cátedra que ilustran Bossuet y Masillon. No era un artista de la palabra. Fué más bien un obrero de la idea. Era, en cambio, frugal, muy laborioso, muy dado á los libros. Dedicaba pocas horas al sueño y muchas al trabajo. Murió en 1908. Deja escritos algunos estudios transcendentales, de los que citaremos *El racionalismo y el protestantismo*, *Las dos Romas*, *La América precolombiana*, *El problema de la educación*, *La sociedad moderna* y el *Viaje á Oriente*.

Á Otero y Vázquez, como ya hemos dicho, respondió don Mariano Soler.

Éste sostuvo que no hay religión sin misterios; que el cristianismo es la más poética, la más humana y la más civilizadora de las religiones; que el saber terreno y la terrena filosofía pueden vivir y desenvolverse sin batirse á la greña con la fé del pasado, como lo prueban la vida y las obras de Newton y Leibniz.

Ya Otero y Vázquez, en compañía de Daniel Muñoz y de Anacleto Dufort y Alvarez, habían fundado, en 1878, el diario *La Razón*. Las controversias filosóficas se iniciaron en las columnas de este órgano periodístico, el que dió lugar á que apareciese, bajo el título de *El Bien Público*, un órgano católico dirigido por Zorrilla de San Martín y redactado por Francisco Durá, de española cuna y de saber no escaso, castizo en el decir y acre en el responder, fuerte en el raciocinio é ingenioso en la sátira. La palabra hablada, como el eco al sonido, siguió muy pronto á la palabra escrita, interesándose doctos é ignaros en aquellos debates elocuentísimos, porque á ninguno se le ocultaba que las escuelas políticas no son sino un reflejo de las modalidades filosóficas. Las batallas revolucionarias se inician siempre en los altos dominios de la idea. Sin Rousseau jamás llegarías á Robespierre, como sin Hegel jamás llegarías á la filosofía de la historia aplicada al progreso, porque sólo el que dijo que la historia del mundo es la historia de la libertad, engendra narradores republicanos como Michelet y propagandistas radicales como Fewerbach. El racionalismo, la modalidad filosófica de Otero y de Vázquez, es un conjunto armónico y sistemático, en que se desenvuelven, sometidas á un mismo plan fundamental, la ética, la lógica, el derecho, la política y la

filosofía de la historia. Dentro de las normas reglamentarias de ese conjunto, que sólo admiten como verdad lo que es susceptible de ser pensado sin subvertir las leyes del pensamiento, las creencias reveladas son creencias expúreas, sosteniendo que la verdadera creencia es sólo la que nace y se desenvuelve dentro de la razón de cada uno. El racionalismo tiene un precursor ilustre en el célebre Erasmo. Como Erasmo, el racionalismo sostiene que las escrituras están llenas de errores é inexactitudes. Como Erasmo, el racionalismo niega que en el sacramento de la eucaristía se halle la presencia real de Jesús. Como Erasmo, el racionalismo se burla del pecado original, la predestinación y la gracia plena, contrariando lo mismo á Lutero que á San Agustín.

Se aludió á todo lo que antecede, aunque sin historiarlo como hacemos nosotros, en los metafísicos debates del Ateneo. Los católicos contestaron; pero hábiles, sumamente hábiles, no defendieron á la iglesia romana, que era la agredida, sino al cristianismo, á la providencia, á la idea de Dios. Mostraron como frente á la decrepitud del mundo antiguo, frente á la corrupción de la sociedad pagana, frente á los emperadores neuróticos como Tiberio y como Calígula, frente á Roma en que se almacenan los trigos de Sicilia y en que se amustian las rosas de Nápoles, frente á Roma que muere de placer en sus huertos de Albano y en sus quintas de Tivoli, surgió una creencia misericordiosa y espiritual, que proclama la igualdad de los verdugos y de las víctimas, de los señores y de los esclavos en nombre de la redentora y humanitaria cruz del Evangelio. Dijeron, como Frayssinous, que el cristianismo era un monumento divino, porque no de otro modo podía explicarse la prodigiosa rapidez de su triunfo; dijeron, como Lacordaire, que el cris-

tianismo era la verdad revelada, encontrándose en su universalidad el mejor testimonio de su certeza; dijeron, como Lamennais, que la oración es el rocío que reanima el alma de los hombres, cuando la abaten el dolor ó la culpa, y dijeron, como Masillon, que admitir que todo fenece con nosotros, negando la justicia del juez invisible, es querer que el Universo se hunda en el más espantoso de todos los caos, destruyendo los muros que separan á la virtud del vicio. Cruzaron el aire, como proyectiles, San Agustín defendiendo el dogma de la gracia y el principio del pecado original; Bossuet, que compara la vida á un castillo de naipes, diciendo que el más sabio no es el que dirige con más solicitud sus asuntos terrenos, sino el que prepara incesantemente el asunto gravísimo de su eternidad; Donoso Cortés, recitándonos los párrafos esplendorosos y musicalísimos de su académico é inmortal discurso; Balmes, en fin, persistente en su empeño de armonizar el catolicismo con la filosofía escocesa y aún más persistente en su empeño de demostrarnos la superioridad de la religión católica sobre la reformada. Aquello, en ocasiones, pareció una querella de estudiantes de metafísica. Se pusieron á contribución todos los teólogos, todos los autores seglares, y se hizo uso de todas las formas de la elocuencia, discutiéndose, como era natural, todo lo discutible: la predestinación, el confesionario, el celibato sacerdotal, la clausura monjil, la enseñanza laica y la ética racionalista. Se abrazaron la paradoja y el silogismo. Se citó á Quinet, á Renán, á Flammarión y á Strauss.

Á las cuestiones de carácter metafísico, uníase una cuestión de carácter más práctico. El presbítero Mariano Soler regía un instituto, poco menos que agraciado con la anómala facultad de expedir títulos aca-

démicos y diplomas universitarios. Esto irritaba á los campeones de la enseñanza laica y el pensamiento libre. Ante sus ojos, la universidad no podía consagrar unos títulos casi rubricados por la iglesia, porque si los establecimientos universitarios basaban su enseñanza jurídica en el derecho natural, los establecimientos de índole católica tenían que basar su enseñanza jurídica en el derecho canónico, que es el menos natural de todos los derechos. Para los oradores racionalistas, la escuela debe ser laica en todos sus grados. La escuela ha de basarse en el principio de la libertad de la conciencia humana, dejando á los cerebros que busquen en sí mismos su camino moral. La moral es independiente de todo culto, desde que la moral no pertenece á la religión, sino á la filosofía. Sócrates es anterior á Jesús. Platón ha precedido á San Pedro. La escuela debe obedecer á la ciencia, producto de la razón y enemiga del dogma. Del mismo modo que el estado religioso crucifica á San Pablo y tortura á Servet, la escuela religiosa prefiere el sistema de Ptolomeo al de Copérnico, y el criterio histórico de Bossuet al criterio histórico de Montesquieu ó de Herder.

Los racionalistas del Ateneo, sin negar la existencia de un sér sobrenatural, consideraban nulas é inconsistentes las pruebas teóricas de la existencia de Dios. Todo lo absurdo, todo lo milagroso, todo lo incomprensible les repugnaba, no reconociendo como verdadero sino lo que se deriva de la razón, lo que existe sin ofender ni destruir las leyes del pensamiento lógico. — No hay absurdos para la fe, — respondían los adversarios de Otero y Vázquez, — agregando que, sin el freno de la religión, la moral era una palabra vana. — No lo entendían así los ateneístas. Kant, el fundador de la escuela crítica y el más alto

de los creadores de la filosofía del conocimiento, les había enseñado que hay en nosotros un precepto del bien que no nos viene de la experiencia, precepto que nos obliga á buscar el bien por el bien en sí, y no por los resultados que el bien produce. El mismo Kant les había dicho que la ética es independiente de todas las religiones positivas, porque si bien Dios puede ser concebido como el autor de la obligación hacia la ley moral, no puede ser concebido como la causa de la ley moral misma, desde que la ley moral no puede ser desobedecida ni contrariada por el poder de Dios.

Los racionalistas del Ateneo, ¿procedían sólo por espíritu filosófico y por amor á la libertad religiosa? — Viviendo en un tiempo de esclavitud, su objeto era doble, pues harto sabían que, al defender á la libertad religiosa, defendían indirectamente á todas las libertades. El movimiento religioso trasciende siempre al movimiento político. La teocracia, que tiraniza el pensamiento y la voluntad, es la natural aliada de los poderes usurpadores. Así, Jesús, al atacar al politeísmo, ataca á los césares. Así la Reforma, al atacar al papado, ataca al imperio. Cuando el pensamiento y la voluntad se revelan contra un culto estadual y domeñador, los déspotas se sienten agredidos y amenazados. Durante las fúnebres horas del lustro triste, toda invocación á la libertad era un tañido de somatén. Por eso cuando en 1881 se fundan *Los Anales del Ateneo*, eco de las controversias filosóficas que hemos reseñado ligeramente, corren á brindarles su colaboración y á fortificarlos con el prestigio de su nombradía Alejandro Magariños, Pedro Bustamante, Agustín de Vedia, José Pedro Ramírez, Juan Carlos Blanco, Alberto Palomeque, Martín C. Martínez y Justino Jiménez de Aréchaga.

II

El Ateneo no fué sólo una cátedra filosófica; fué también una tribuna política.

El general Santos subió al poder el primero de Marzo de 1882, gobernando al país, á pesar del país, hasta 1886. Su dominación personal, tiránica y desquiciadora, ha sido una de las peores dominaciones que han clavado sus garras en el seno cobrizo de la tierra charrúa. Si no bastasen para ennegrecerla los martirios de Volpi y Patroni, la ennegrecerían los asesinatos de Paso Hondo y la desaparición de Sánchez Caballero. Si no bastasen para caracterizarla los levantamientos de Máximo Pérez y Máximo Layera, la caracterizarían lo popular de la revolución del Quebracho y lo dramático del suicidio de Ortiz.

Puestas en cruz todas las libertades, entradas á saco todas las rentas, abierta la jaula de todos los servilismos y viviendo en clausura todas las virtudes, aquel tiempo recuerda los romanos tiempos, los tiempos en que la espada de las legiones convertía á un obscuro soldado en dictador feliz. Creció nuestra deuda á medida que menguaba nuestra soberanía, pidiéndonos satisfacciones casi á cañonazos un marino europeo, y el decoro cívico se refugió en el estudio de la literatura, mientras los apóstoles y los secuaces del lábaro del estómago, los oportunistas de todas las horas y los que no creen en los milagros de la rectitud, rodeaban al hombre de mezquina talla y de faz enjuta, de cabello obscuro y de ojos mesméticos, que se gastaba un año del público caudal en cubrir de diamantes las pequeñas sandalias de una bailarina.

Sin embargo, aquel afortunadísimo aventurero no era un soldadote vulgar. Tuvo, sí, todos los vicios

que se adquieren en el cuartel. Era lascivo, compadre, presuntuoso y tiranizador; pero, á pesar de su petulancia y de lo escaso de su cultura, se distinguía por lo vivaz de su inteligencia asimiladora. Bajo lo encarnado de su quepí, con galones y lentejuelas, ardió la llama de la comprensión fácil, y en sus ojos profundos, de fruncido ceño y de mirar ardiente, labró su cueva la educadora bruja de la curiosidad. Fué dadivoso y paternal con los militares, de donde salía y cuyo encumbramiento simbolizaba; pero trató al país como si el país fuese el despojo de una batalla, el resultado de una victoria. Placíale el poder por razones de orgullo, por amor al fausto, por las liviandades que permite saciar, por todos los goces que del poder dimanan, y por el pánico que infundía á las gentes su sultanesca escolta de negros hercúleos.

Se refinaron, en la altura, su palabra y sus vicios, adquiriendo el afán de las carnes satinadas, los vinos burbujantes, los muebles costosos y los ditirambos endiosadores; pero, en el balanceo de su persona y en lo carnavalesco de su vestimenta, dejó traslucir siempre la cuartelera cuna de su ambición. Vivíamos en plena orgía militar. Todas las tardes, entre dos luces, se formaban dos filas de soldados sin armas ante su palacete, guardado por un mastín de dientes feroces que respondía al nombre de Belén. El sátrapa repartía, entre sus genízaros y con sus propias manos, una exigua porción del botín adquirido saqueando al país, lo que no era obstáculo para que, cada noche, más de un soldado ébrio detuviera, con ruegos de mendigo, á los transeuntes de las calles más céntricas de la ciudad. Á pesar de que nuestras rentas no eran depositadas en el tesoro público, sino en las arcas particulares del dictador, aquel aparatoso bajá de tres colas, hablaba en sus mensajes del florecimiento á

que nuestras finanzas habían llegado bajo su égida; pero los presupuestos siempre mal pagados, como la espuma y como la marea crecen con el hervor, crecían sin tasa con el desborde administrativo y con las agitaciones del espíritu popular, siendo el de 1882 de 9.094.870 pesos de nuestra ley, y el de 1886 de 13.018.530 pesos de la misma moneda. Así, todos los balances de aquel lustro triste se cierran con un déficit que nunca baja de un millón en oro, menos el de 1884 en que el déficit sube á 2.726.439 pesos nativos.

En su último mensaje presidencial, el hombre de la bota de charol y el dolmán de alamares alardea del empeño que puso en sostener la paz y en sustituirse á la prepotencia de los caudillos, como si la paz, conquistada con la crucifixión de la libertad, no fuera el más efímero de los bienes, y como si el despotismo de los césares depredadores no fuera más terrible que la influencia de los probos caudillos paisaneros. El dogma del mantenimiento de la paz, esa eterna y manoseada excusa de los gobiernos ruinosos y liberticidas, ha costado al país más oro y más sangre que todas las revueltas que hemos sufrido, porque nuestras revueltas, estudiadas á fondo, no han sido sino el fruto de la paz varsoviana con que nos han agasajado nuestros dictadores. Aquella paz, de que el gobierno se enorgullecía, produjo la santa revolución vencida en los palmares de Puntas de Soto, ungidos con los jugos de las azules venas de Samper y de Gil. Aquella paz, de que el tirano hablaba en sus mensajes, produjo también la tentativa desesperada del teniente Ortiz, que marcó para siempre, con una lista roja, el enjuto semblante del general Santos.

Ya lo hemos dicho en más de una ocasión. El asesinato político es contraproducente, no dá fruto de bendiciones, y sólo sirve para honrar á las víctimas,

cimentando el poder de su casta ó de sus ideas. Ya hemos dicho que está, comprobando este aserto, toda la historia. Ya hemos dicho que lo atestiguan desde la cruz de Cristo, espléndido pórtico hecho por los gentiles para la entrada triunfal de una religión nueva, hasta la hoguera en que se disuelven los miembros de Juan Huss, cuyas cenizas, llevadas por los vientos, siembran á la distancia los gérmenes fecundos del pensamiento libre. Ya hemos dicho que lo comprueban desde el asesinato de César, que abre á las púrpuras imperiales los muros de Roma, hasta el asesinato de Enrique de Valois, que abre las gradas que conducen al trono á Enrique el Bearnés. Ya hemos dicho que lo atestiguan desde el asesinato del príncipe de Orange, causa de la victoria definitiva de los humildes marineros de Holanda sobre todo el poder de Felipe II, hasta el asesinato del príncipe de Berry, que prolonga, por el divino influjo de la piedad, los últimos instantes de una dinastía. Ya hemos dicho que lo comprueban desde el patíbulo de Carlos I, que engendra á Cromwell, hasta el patíbulo de Luis XVI, que engendra á Napoleón, y ya hemos dicho, en fin, que lo atestiguan desde la muerte del general Dorrego, que desata torrentes de encono, hasta la muerte del general Lavalle, que desata torrentes de exterminio.

En cambio condenar y maldecir á las revoluciones, es condenar al progreso y maldecir á la civilización. Es maldecir al progreso, porque en medio de las inquietudes republicanas que las conmueven, Atenas pule sus divinos mármoles, Roma articula sus códigos eternos, Venecia descubre el vaivén de la brújula, Pisa difunde las leyes del péndulo, Génova utiliza las letras de cambio y Strasburgo esparce los tipos de la imprenta, para universalizar las grandes verda-

des que conquistan las razas superiores. Y si condenar á las revoluciones es condenar al progreso, maldecir á las revoluciones es maldecir á la civilización, porque es maldecir de aquella revolución británica, que establece la supremacía de los parlamentos sobre las coronas y que azula los horizontes de todas las libertades políticas, como es maldecir de aquella revolución francesa, que proclama la igualdad de los hombres ante el derecho, la abolición de los privilegios hereditarios, la soberana realeza de la multitudes y el aniquilamiento del cristianismo tradicional, poniendo al servicio de estas voladoras ideas el lenguaje de Mirabeau, la audacia de Dantón y los ensueños filosóficos de Robespierre.

El miedo á las revoluciones empequeñece á las almas sin salvar á los estados, porque convierte á los que sistemáticamente las combaten en cómplices de los que arrebatan á los pueblos su libertad, proclamando la prepotencia de los bienes materiales sobre todos los bienes. Santos, con ser Santos, murió en el destierro, siendo resistido por los ateneístas desde 1882 hasta 1886. Así, durante el lustro triste, la literatura es un apostolado, una cruzada, una predicación. El tiempo, el estado social, la falta de partidos organizados para la resistencia, explican aquel sacerdocio civil. Todos los poetas de aquellos días anteponen el pensamiento á la forma, como Luis Melián Lafinur. Todos son ciudadanos antes que rimadores, como el patriarcal Enrique de Arrascaeta.

"La libertad es aire que al pueblo vivifica."
"La Roma de los Titos no es la que el mundo aprecia."

Se prefiere la libertad armada á la paz servil. El homenaje de todas las razas no va dirigido á la Roma

de Augusto; sino á la Roma de la república, á la Roma de las plebeyas agitaciones, á la Roma historiada por Michelet, á la Roma que demandó sus leyes y sus artes al numen de Atenas.

En la tribuna del Ateneo, Pedro Bustamante se alzó contra la teoría de las dos morales, predicada por Nisard en la universidad de París y bajo el reinado de Napoleón III.

"El hombre es responsable porque es libre. Porque es libre y responsable, por eso decimos que es un sér moral. Y como todo sér moral está sometido á una ley análoga ó armónica con su naturaleza, de ahí que el hombre esté sometido á la ley moral; ley que nos distingue de los seres inferiores; ley que es el fiscal de nuestras propias acciones, y la regla de nuestros juicios en la apreciación de las ajenas; ley, en fin, cuyos preceptos son proposiciones tan evidentes por sí mismas, que fuerzan la convicción á la manera que todas las verdades primeras ó necesarias."

Los moralistas antiguos y modernos, agregaba el orador, dicen y proclaman que la moral es una para todos los hombres y para todos los núcleos sociales.

"No hay más que una moral, dicen ellos; en cuanto á la palabra *moral política*, ellos no designan una moral distinta de la común y sí sólo una de sus aplicaciones. La sociedad, decía Zenón, no descansa sobre otro fundamento que la justicia, y la recta razón que ordena y prohibe es una ley que, derivando de la naturaleza misma de las cosas, se extiende de Dios al hombre y del hombre al magistrado. Platón y Aristóteles piensan, en este particular, exactamente como Zenón, y todos tres proclaman á una que fuera de la moral y la justicia no hay punto de apoyo para la palanca que mueve al mundo político."

El ilustre conferenciante hubiera podido agregar

que todas las escuelas filosóficas del mundo antiguo pensaban lo mismo que las escuelas estoica, socrática y aristotélica. Anaxágoras, uno de los representantes más altos de la escuela jónica, admite la existencia de un sér superior, que distribuye los bienes y los males con arreglo á los principios de la justicia, que es la ley de las leyes. Otro de los representantes de la misma escuela, Pitágoras, á quien los helenos llamaban hijo de Apolo, decía que las áncoras más sólidas eran las virtudes del alma, siendo el amor y la ciencia los fundamentos en que se basan las relaciones entre gobernantes y gobernados. Para Pitágoras, la justicia era tan necesaria que nada puede subsistir y perdurar sin el auxilio y sin el consejo de la justicia. Y lo mismo que los filósofos de la antigüedad pensaban los oradores antiguos. Isócrates estableció la igualdad como base de la política. Los poderosos, dice, deben conducirse con los débiles, como desearían que los débiles se condujeran con los poderosos, si cambiase el giro de la fortuna. La justicia quiere que el derecho de cada uno sea reconocido, y respetado por todos los demás. La tiranía es tan funesta para los tiranos como para los pueblos, que desangra y estruja. Para Demóstenes, en fin, el deber no se calcula, la justicia es superior á la utilidad, y la conciencia debe guiar nuestros actos, como si fuese un código de origen divino. Todas estas citas pudo agregar, en el curso de su conferencia, el maestro de la juventud de aquel lustro de patrióticas penas y angustias ciudadanas.

Bustamante añadía, ocupándose del principio de la utilidad convertido en principio de moral política:

"La necesidad contrapuesta á la justicia, la salvación pública por la supresión de toda forma, la conservación del orden por los golpes de Estado, —ver-

daderas revoluciones oficiales, — la justificación de los medios por los fines, la arbitrariedad convertida en principio de autoridad, son capítulos del evangelio ó más bien del código infernal de la razón de Estado, y siempre que oigáis algunos de ellos, tened por cierto que se medita una iniquidad. ¡Mentira! no hay crimen necesario. ¡Mentira! no hay tropelía útil. ¡Mentira! no hay abuso justificable, ni mal que pueda convertirse en bien ó producirlo, ni consideración alguna que autorice á un gobernante á exceder los límites del mandato que ha recibido del pueblo, que es el único soberano!"

El orador, austero y ceñudo, estaba en lo cierto. El principio de la salud pública, el principio de la razón de estado, el principio de la conservación del orden, es la bandera hipócritamente enarbolada por todos los degolladores de la libertad. Cuando la libertad estorba, se la encarcela en nombre de la salud del pueblo, ó se la acuchilla en nombre de la salud del estado. Por la salud del pueblo, Robespierre guillotina. Por la salud del estado, Bonaparte se transforma en Napoleón.

Y Bustamante concluía así su conferencia: "Que otros entonen, pues, himnos en honor del despotismo hipócrita ó templado; el demócrata liberal y aun el liberal no demócrata temerá todavía más, para su país, del primero que del segundo. Que otros busquen en la comprensión y el fraude seguro abrigo contra las posibles tempestades de la libertad, reduciendo el honor y la grandeza de la nación á un mezquino cálculo de pesos, reales ó centésimos. El hombre reflexivo, que no se deja deslumbrar por las apariencias, sabe que bajo el despotismo, cualquiera que él sea, no hay licor tan generoso que no se vuelva un tósigo, ni bien que al fin no se disuelva en mal; y el político previsor

y experto temblará, más aún que de las tempestades del océano, de esas calmas mortales de los trópicos, en que, como dice Emilio Castelar, el mar duerme, y la inmovilidad envenena los aires, y corrompe las aguas, y pudre el buque."

De este modo respondía el anciano ilustre á los que prefieren el despotismo á la inquietud civil, y á los que consideran que los bienes materiales son los más altos de todos los bienes. Poco importa una avenida más, si se disfruta de una libertad menos. Poco importa que la casa de los legisladores sea de ladrillo, si en la casa de los legisladores habita la conciencia de la nación. El conferenciante anteponía la libertad tempestuosa á la quietud suicida, considerando, con suma razón, que la autoridad no nace del goce del poder, sino de la justicia y de la cordura con que se ejerce el mando conferido por la soberanía de la multitud. Se degrada el que, por miedo ó por cálculo, obedece á la injusticia y á la malignidad. El pueblo no debe nunca sacrificar sus libertades á la autoridad de sus gobernadores, siendo preferible correr los vendabales que surgen de la práctica de la soberanía á convertirse en el juguete de los caprichos ó de las venganzas de un poder sin autoridad moral. No sólo debe combatirse la dictadura, es decir, la supresión de la vida normal por el sometimiento de las leyes á la voluntad de un gobierno ó de un ciudadano, sino que debe combatirse á todos los gobiernos de tendencias dictatoriales, aunque éstos se cubran con la máscara de la legalidad, es decir, á todos los gobiernos cuyo poder no se apoya en la muchedumbre, sino en los cuarteles, aunque los títulos legitimarios de esos gobiernos estén rubricados por la mansedumbre de los legisladores que elabora la máquina oficial á ciencia y paciencia de la sobe-

ranía de la multitud. Poco significa para el derecho que existan todas las magistraturas republicanas, si todas ellas están absorbidas y monopolizadas por una mano sola, porque la dictadura no es un nombre, sino un hecho, y poco significa que el nombre falte, si el hecho existe. Si es una demencia organizar perpetuamente á los partidos del llano para la revolución sin finalidad, demencia que se paga muy cruelmente en el día de la victoria, es un enorme crimen educar á las patrias para la servidumbre, porque del antro de la servidumbre sólo se sale por la puerta de hierro y de llamas de las revoluciones. Así, ni las revoluciones ni la dictadura deben entrar en el dogma de ningún partido. El exceso de electricidad política dá origen á las primeras, que estallan como el rayo, y nacen las segundas cuando la materialidad de los intereses, amenazados por las inquietudes de la democracia, se sobrepone á los preceptos de la ley moral, á la religión del deber y del sacrificio. El verdadero causante de las revoluciones es el poder, como el verdadero artífice de las dictaduras es la nación.

Bustamante, después de haber explicado así los verdaderos fundamentos de la moral política en 1878, cuando la dictadura nos desangraba, explicó, en otra luminosísima conferencia, el significado y el alcance del valor cívico. Esa segunda conferencia, dada también en el Ateneo el 5 de Enero de 1883, era un indignado grito de protesta contra los que, por falta de carácter y por respeto al hecho, rodeaban y enaltecían al general Santos.

Bustamante sostuvo que el valor cívico tiene su origen en el patriotismo, fuente común de todas las virtudes del ciudadano, agregando que el valor cívico, como todas las grandes virtudes públicas, tiene sus anales y su martirologio. Dijo que esa virtud, que

exige una fuerza de voluntad superior y una vivísima pasión por el bien, nos ofrece más de un vivificante ejemplo en las marmóreas páginas de la revolución inglesa, como lo atestiguan los nombres de Bradshaw y Lilburn, de Harison y Milton.

Esbozada así la materia de su discurso, el orador agrega:

"Digo, pues, con un gran publicista y político moderno, que la primera cualidad del hombre público, la primera de todas, no es el talento, sino el carácter. Jorge Wáshington no fué otra cosa que el tipo más acabado de esa especie de hombres, y entre tanto él ha eclipsado á todos los grandes genios que le han precedido ó sucedido en el mundo; ha fundado la independencia y la libertad de su país; ha echado ó ayudado á echar en él los cimientos de un poderoso imperio, objeto hoy de la admiración de los más, de los celos de algunos, y ha dado, no sólo á su patria, sino al mundo entero, el grande y saludable ejemplo de la practicabilidad de la república democrática, que sin él acaso sería todavía hoy una utopía para muchos y un problema para todos."

Después de haber probado, con esa cita, que vale más el carácter sin genio que el genio sin carácter, — y, en este caso, el que dice carácter dice virtud, — el orador condena la habilidad política, la escuela del éxito, las blanduras con el crimen empurpurado, y dice con brío, refiriéndose á los que no entran en transacciones con el delito y con el error, que hacen bien y que aciertan procediendo así, porque si los mejores cálculos engañan á menudo, la conciencia no engaña jamás: la conciencia es el único juez que no se equivoca y es el único lazarillo que no se extravía. La blandura, el acomodamiento á las circunstancias, la ausencia de valor cívico, no pueden cantar, en nin-

guna ocasión, las dianas jubilosas del triunfo definitivo. Por el camino de los perjurios, de las debilidades, de las apostasías para con el deber, no se llega jamás á la victoria, ni se asciende jamás hacia la cumbre en que clarea la luz del porvenir.

"¿Triunfos? No los hay, señores. Lo que hay, sí, son grandes y repetidos desastres para los pueblos que los creyeron. Una vez inducido, un hombre ó un partido, á entrar por el aro fatal de los acomodamientos, un primer error lo empuja á otro error, una falta á otras, porque la fecundidad del mal raya en prodigiosa; y así, de renuncio en renuncio, de claudicación en claudicación, de caída en caída, váse rodando hasta tocar el fondo del abismo, y piérdese al fin no ya el valor cívico, sino otro cosa más preciosa aún, y, si posible es, más necesaria para los que suben que para los que bajan la montaña de la vida: el pudor cívico."

Esas palabras son dignas de eterna recordación, porque contienen una profunda enseñanza. La caravana de los adoradores del éxito, la caravana de los que se doblegan ante el hecho brutal, la caravana de los que entienden que contemporizar no equivale á ceder, vá ensanchando sus filas en las repúblicas sudamericanas. Por miedo al desorden ó por apetitos de comodidad, se quema más incienso á los gobiernos fuertes que á los pueblos viriles, llamándose incultura á las resistencias dignificadoras, y sacrificándose á la paloma de las ideas sobre el mármol obscuro del altar de los intereses. Ya Pedro Goyena decía, en uno de sus más memorables discursos, que "nos hemos habituado á considerar que la primera ciencia social es la que trata de la producción y el concurso de los objetos materiales", olvidando que hay en el corazón sentimientos más altos que el impulso á que obede-

cemos al creer que las únicas relaciones existentes entre los miembros de la familia humana son las que se derivan de nuestro carácter de compradores ó vendedores de alguna comodidad ó de algún bien terreno. Ese materialismo, deletéreo y corruptor, sólo nos ofrece, en el orden político, el triste espectáculo de la fuerza suplantando al derecho, con la cobarde complicidad de las multitudes y con la indiferencia, no menos cobarde, de las clases dirigentes ó conservadoras. Así, rebajando la dignidad humana, la claudicación se transforma en sabiduría, el miedo en cordura, el egoísmo en humanidad, el vicio en virtud, el deber en lujo, la patria en conveniencia, aprendiendo las juventudes á doblegarse hasta convertir la política en un negociado, que se abandona á la explotación de los más ruines, de los más incapaces, de los menos sinceros y de los menos probos. Como el valor civil ha desaparecido, como se carece de la virtud de la renunciación, como el único objeto es llegar fácilmente y llegar de prisa, como todas las propagandas generosas y firmes mueren sin eco, la moral del interés impera en los hogares, en los talleres, en los institutos y en las plazas públicas, extendiéndose, sobre los orígenes y sobre las pasiones de los que suben, aquel triple velo que la musa homérica extendió compasiva sobre las liviandades de los dioses olímpicos. Antes la juventud, el Romeo de Shakespeare, no quería sobrevivir á la Julieta de la libertad, sacrificándose sobre su sepulcro, como los legionarios sobre los ya fríos despojos de Otón. Hoy Romeo se acerca al sepulcro donde yace su amada, pálida y hermosa como el lucero del crepúsculo matutino, no para ofrecerle su vida en holocausto, sino para vender, al mejor postor, las joyas que relucen sobre el seno escultórico de Julieta.

En la misma tribuna del Ateneo, en 1882, Bustamante sostuvo la tesis educadora de que los primeros puestos de una república deben ser asignados al talento y á la virtud. Esos son los dioses cuyas aras es preciso cubrir de verbena, circundando las columnas de sus altares con guirnaldas de rosas y poniendo en las lámparas de su santuario el aceite más fino de nuestra heredad. Los triunfadores nada significan si con las virtudes de su vida privada y con las claridades de su vida oficial no acrecientan los prestigios éticos del país, porque sólo los triunfos, fundados en el bien, merecen alabanza, y sólo las victorias, logradas para el bien, son victorias definitivas.

"En todos tiempos, el hombre político que descuella á la vez por el talento, por la probidad, por la firmeza de carácter y por la independencia de opiniones, hizo parte principalísima del tesoro moral de su país, y lo que más ha de estimar y ver de aumentar todo país, pues nada le levanta tanto y le asegura tan larga vida, es precisamente su tesoro moral; pero él es un verdadero hallazgo en un siglo como el nuestro, más todavía que ilustrado y progresista, muelle y descreído, que acabará muy mal y será precursor de espantosas catástrofes sino logra cortar esta fiebre de riqueza que lo devora y poner un dique al desborde de pasiones democráticas que lo minan."

"Sí, — agregó el orador, — las fuertes individualidades son siempre necesarias, como que llevan la iniciativa en todas las grandes cuestiones y las grandes cosas; pero momentos hay en que ellas parecen concentrar en sí toda la vitalidad moral de un pueblo; en que ellas ven, y piensan, y obran por todos; en que pesan más que todos en la balanza de los destinos sociales, por manera que la pretensión de eliminarlas de la política militante, es una pretensión absurda

y criminal, propia tan sólo de las democracias bastardas; de esas democracias envidiosas de toda superioridad, soberbias con los débiles, pero más que débiles con los soberbios, con tal que adulen sus vicios y pasiones; de esas democracias que dan á beber la cicuta á Sócrates, que imponen el ostracismo á Arístides, y que ponen en manos de Catón el acero con que se atraviesa el pecho para no sobrevivir á la pérdida de la libertad."

No participamos del concepto que el orador tuvo sobre los hombres providenciales. No creemos en éstos ni en su taumaturgia. Entre la opinión de Carlyle, que vé en el culto de los héroes la raíz central de todas las religiones, y en la labor de los héroes la causa de la cultura de todas las sociedades; entre la opinión de Carlyle y el criterio de Le Bon, que sin negar la influencia de los grandes hombres sobre los sucesos, no cree que los grandes hombres posean la divina virtud de imponer ó cambiar el curso lógico de la evolución de los núcleos humanos, preferimos el criterio democrático de Le Bon. Reconocer como bueno el fetichismo de Carlyle, sería reconocer justificada y providencial la tiranía de un Richelieu ó de un Cromwell, concesión imposible en un país como nuestro país, en el que nunca les faltarán zalemas y jaculatorias á un Melgarejo ó á un Porfirio Díaz. Lo que sí aceptamos es que la autoridad moral, ó sea el ascendiente que por su honradez y por la firmeza de su carácter ejercen ciertas personalidades superiores — vale más que la autoridad gubernativa, — ó sea que la autoridad que cuenta con los medios materiales para compeler ó reprimir, — si la autoridad gubernativa carece de los prestigios de la autoridad moral. Lo que sí aceptamos es que los puestos avanzados de la república, los más prominentes y los más lu-

minosos, pertenecen de pleno derecho á los hombres que hacen del deber una religión y de la patria un culto, "huyendo de la manía de encarar las cuestiones políticas de orden superior por el sólo punto de vista de los intereses y de las conveniencias." Lo que sí creemos es que es tanta la autoridad de la moral, que, "aun en los tiempos de mayor oprobio, aun en el seno de las sociedades más descreídas y más indulgentes para con ciertas debilidades y flaquezas, el instinto del bien jamás llega á extinguirse por completo." Lo que sí afirmamos, con el conferenciante, es que el instinto del bien, aun en las sociedades decrépitas, "se mantiene oculto, como el fuego bajo la ceniza, y que en tanto exista, ni pueblos ni partidos aceptarán por sus guías naturales y por representantes de sus principios, tendencias y aspiraciones, á aquellos que en nada creen sino en los intereses." Lo que sí repetimos con el orador, es en que no hay autoridad que más pueda hacer por los progresos reales de un país, que la autoridad sin violencias, que la autoridad sin ejércitos y sin verdugos que se llama autoridad moral.

Así, con frase sobria y candente, castiza y bien timbrada, predicaban los oradores ateneístas la religión del deber, que tiene las hidalgas generosidades de Bayardo y el incansable valor de Brooke, la desinteresada integridad de Pitt y el republicano patriotismo de Von Stein. Es verdad que Pedro Bustamante no estaba solo en aquella notabilísima batalla por el bien, pues secundaba su acción educadora casi toda la prensa política del país, desde *El Plata*, fundado en 1880 por Carlos María Ramírez, hasta *El Heraldo*, fundado por Julio Herrera y Obes en 1881. *El Plata*, á pesar de lo corto de su existencia, sirvió para arrojar las primeras semillas del partido constitucional. Felicitábase del estado de disolución de las viejas agrupa-

ciones tradicionales, considerando como sacrílego el pensamiento de reorganizarlas, por entender que los progresos de la razón pública no consentían en el resurgimiento de sus banderolas, manchadas por el plomo y teñidas por la sangre de la guerra civil. Las viejas fracciones no habían sido nunca instrumentos de civilización, sino medios utilizados por la codicia de los caudillos para explotar la ignorancia de las multitudes en beneficio propio y en menoscabo de nuestra vida institucional, de nuestros ideales de nación trabajadora y libre. Había, pues, llegado la hora de cerrar el período de las disensiones armadas, encadenando la fuerza al servicio de la ley y curándose del estrabismo moral que produce la pasión política.

Dos errores servían de base á la prédica del primer diario constitucionalista que tuvo el país, errores en que han persistido impenitentemente sus herederos. Uno de esos errores consiste en creer que el caudillaje gubernamental, el caudillaje cuartelero y poderoso, el único caudillaje que crea las dictaduras, desaparecerá con la supresión de los partidos tradicionales, y el segundo error consiste en negar á los partidos de divisa y lanza toda acción progresiva en la trágica historia de nuestro ayer, en la turbulenta historia de nuestra vida republicana. Se está en lo justo al condenar las revoluciones como sistema, cuando no son sino el último derecho de los oprimidos, porque sólo los partidos demagogos son sistemáticamente revolucionarios; pero no se está en lo cuerdo enseñando á los ciudadanos las ventajas del sometimiento y la prédica platónica del respeto á la ley, predicándoles, como consecuencia de la premisa anterior, que la riqueza material, la riqueza práctica, la riqueza que se avalúa en cifras, es la primera de las riquezas civilizadoras de un país. Del mismo modo se está en lo

justo al condenar las pasiones atávicas de los viejos partidos; pero no se está ni siquiera en lo cuerdo negando que muchas veces sus sacrificios han sido útiles y enaltecedores, siendo utópico querer desarraigarlos del alma y de las costumbres de nuestro país, para sustituirlos con otra nueva agrupación política, casi sin historia, sin prestigio en las masas, y cuyo decálogo, cuyos principios y cuyas verdades sólo se diferencian de los principios y de las verdades que sostienen los viejos credos, en el odio y el desdén con que los apóstoles de la secta novísima miran todo lo actuado por los partidos que se apoyan en la viril heroicidad de sus tradiciones.

El manifiesto del partido constitucionalista, piedra angular de los editoriales de *El Plata*, fué redactado por el doctor Carlos María Ramírez y fué leído, ante una numerosa asamblea de ciudadanos, por el doctor José Sienra y Carranza en la tarde del 16 de Mayo de 1880. La ocasión no podía ser más oportuna para los misioneros del constitucionalismo. El país gemía bajo el peso de las culatas del fusil de los pretorianos, sin que pudiese oponer á sus expoliadores la resistencia que nace de la acción colectiva. Hallábanse en plena desorganización, sin nervio y sin norte, los dos núcleos tradicionales, algunos de cuyos levitas y catecúmenos, mal avenidos con la infecunda quietud en que vivían, se apresuraron á congregarse bajo la flámula de la naciente comunidad. Uno de los seducidos por las nobles, pero utópicas esperanzas, que se desprendían del manifiesto; uno de los que se consideraron total y solemnemente desligados de los antiguos partidos, creyendo que con la panacea de la propaganda evitarían á la república el cataclismo de una nueva convulsión civil, — como si la propaganda pudiera modificar el espíritu de los que no creen en el

derecho, porque saben que son una autoridad exclusivamente basada en la fuerza, — fué el doctor Alejandro Magariños Cervantes.

Esto le valió algunos palmetazos de Angel Floro Costa, que acababa de publicar su célebre *Nirvana*, uno de los libros de más cerebro y de mejor lenguaje que han visto la luz en el Uruguay. El doctor Floro Costa le decía al doctor Magariños Cervantes que "es el mayor error en que puede incurrirse en política, separarse de una comunidad consagrada por la autoridad del tiempo, para embanderarse bajo el optimismo de una fracción artificial." Añadía que le extrañaba que tan fácilmente hubiera olvidado "que los partidos políticos son organizaciones naturales en todo país del mundo, son homogenizaciones de ideas y sentimientos de formación lenta y secular," agregando que "lo que constituye su rico capital histórico y su prestigio, son sus tradiciones, — vale decir, esa acumulación de hechos gloriosos que les dá unidad y fuerza en las masas, sin la cual es inútil esforzarse en vivificar ó dirigir la conciencia de los pueblos."

El doctor Floro Costa era un hombre de pequeña estatura, de calvicie precoz, de ojos iluminados por la más burlona de las malicias, de cuerpo de tonel, de manos de príncipe y de piernas que se encogían bajo la grave carga del abdomen sanchesco. Leyó sin descanso, reflexionó sin tregua, almacenó mucho, y tuvo, por dón de naturaleza y por costumbre perseverante, un estilo propio, el más personal y el menos imitable de los estilos. Diseminó en sus párrafos las palabras exóticas, las voces científicas, los vocablos técnicos, que manejados por él con rara habilidad, tenían la atracción del misterio, el delicioso encanto de lo desconocido, para la inmensa mayoría de sus lectores. Supo de todo y de todo trató, cayendo, den-

tro de la esfera de su dominio, las finanzas, las leyes, la historia, la sociología y hasta las mismas ciencias naturales. Hasta los últimos instantes de su existencia se hizo sentir en el sitial legislativo que honró con sus luces, con sus proyectos, con su verba irónica y siempre pulida. Le faltó, sin embargo, el prestigio que dá la fe en las ideas, doliéndose á sus íntimos de su falta de autoridad moral. Como había leído mucho, como era mucho lo que había observado y había padecido, no creyó ni en la virtud de los hombres ni en la influencia educadora de las doctrinas. Para aquel escéptico, el lábaro del estómago era el lábaro de la humanidad, teniendo sus raíces en el interés los actos y los pensamientos de que más se vanagloria la muchedumbre. Por una inconcebible amalgama de condiciones contradictorias, aquel escéptico de la vida era un romántico de la idea, porque tenía, en todo lo que proyectaba, el delirio de las grandezas, tal vez por haberle demostrado la realidad que, lo mismo para los hombres que para las patrias, el oro es la lámpara embrujadísima del cuento árabe, la lámpara preciosa que permite realizar todos los deseos. Sus menipeas le hicieron temido y célebre. Elocuente y diestro, satírico en la forma y duro en la intención, despedazó soberbias y humildades, méritos y deméritos con el látigo de su estilo. Se creía el heredero de las ideas de Juan Carlos Gómez, cuyos ensueños anexionistas recogió en su *Nirvana*.

Nacido en Montevideo, durante el año de 1839, y muerto en Buenos Aires, á mediados de 1907, después de haber sido catedrático y fiscal de hacienda y legislador, don Angel Floro Costa no legó á nuestras letras, aparte de sus menipeas y de sus discursos, otra obra trascendentalísima que su *Nirvana*, en la que sostiene que la vida orgánica, la vida vegetativa

y la vida moral de los pueblos reposa sobre el desarrollo de sus intereses económicos, debiendo ser la tarea primordial del estadista moderno el arreglo científico de esos intereses tiránicos. Desde que las necesidades de los pueblos son menos éticas que materiales, es una locura anteponer los problemas de la moral á los problemas prácticos de la vida, locura criminosa si se tiene en cuenta que salvar á los hombres de la tiranía de la materia, proporcionándoles por medios legítimos el bienestar que se deriva de la fortuna, es también resolver los problemas de la vida espiritual, con arreglo á las leyes de la justicia y en beneficio de la civilización. Libro interesante, como obra literaria y como obra de pensamiento, era aquel libro franco y positivista, en el que se estudiaban con acritud nuestros hombres y nuestras cosas, buscando la manera de descifrar científicamente el enigma de nuestra organización y de nuestro futuro. Libro interesante, por la forma y el fondo, era aquel libro franco y positivista, válvula ciclópea de los resentimientos personales y de las opiniones filosóficas de su autor, que araba hondo en el campo de nuestra economía y de nuestra historia, con un lenguaje originalísimo y pocas veces superado en el mundo de nuestras letras. Libro interesante, y cuyo interés persiste todavía, era aquel libro positivista y franco, que valió á su autor críticas agudas y réplicas crueles, mereciendo largo y detenido estudio, porque no está tan falto de patriotismo como se supone ni deja de abundar en enseñanzas dignas de justiciera recordación. Aquel libro basta para dar altísimo relieve literario al saber profundo de que siempre hizo gala la cáustica soberbia de Angel Floro Costa.

III

La musa lírica unió sus voces á las voces de la filosofía y de la elocuencia. — La primera cooperaba á la obra de la liberación nacional, al afirmar que el estado no puede promulgar dogmas, como promulga leyes, ni valerse de su fuerza coercitiva para imponer las prácticas de un culto, como se vale de su fuerza coercitiva para imponer la práctica de sus códigos, como los faraones imponían á los hebreos el culto idolátrico de sus divinidades y como los tribunales atenienses quisieron imponer el culto politeísta á la iluminada conciencia de Sócrates. — El Estado y el dogma son dos entidades diversas é inconfundibles, por ser diverso é inconfundible su campo de acción, pues en tanto que el primero realiza el derecho en la práctica, el segundo realiza el bien en el espíritu. — El espíritu religioso es incoercible é inviolable, porque no puede ser aprisionado, ni proscripto, ni puesto en hogueras. — El Estado puede, por medio de la fuerza, obligarnos á obedecer sus leyes civiles; pero no puede, ni aun violentamente, imponernos sus leyes religiosas, porque si las leyes civiles nacen de un pacto social, que á todos alcanza, las leyes religiosas nacen de un pacto entre la conciencia y el cielo, pacto unipersonal y que se ríe de hierros, como se ríe de verdugos, porque á la conciencia no llega el Estado, aunque el estado se llame Diocleciano en Roma, Enrique VIII en Inglaterra ó Catalina de Médicis en Francia. — La idea religiosa pertenece al fuero interior, y del mismo modo que la ley escrita no llega á la vida privada, la ley escrita no llega al sagrario de la conciencia, porque del mismo modo que la ley es-

crita no puede imponerme mis costumbres domésticas, la ley escrita no puede imponerme mi verdad filosófica, no puede obligarme á preferir Orígenes á San Agustín, Fichte á Jacobi, Hegel á Schopenhaüer. — El Estado preside todos los actos de la vida de relación social, porque los actos de la vida de relación social, de la vida legislada, son la materia que interesa y compete al Estado; pero la vida religiosa, la vida del rezo, la vida de la conciencia, la vida del espíritu, nada tiene que ver con los fines terrenos del pacto social en que se basa la existencia de la nación. — Pensar de otro modo era, para los filósofos ateneístas, legalizar todos los despotismos, porque, ¿qué se salvará de la fuerza coercitiva del Estado, si el Estado se juzga con autoridad para dirigir el pensamiento, el alma, el sér interior, las relaciones del espíritu con lo insondable y con lo inevidente, preparando un encierro para Campanella y un turbión de chispas para Servet?

Defendida la libertad de pensar, origen de todas las libertades, por la filosofía, la oratoria se batió por la libertad política, afirmando el derecho de las multitudes para oponerse á las dictaduras sinceras ó con máscara. — Por los austeros labios de los tribunos ateneístas, sostuvo que de la comunidad de la naturaleza humana se deduce la igualdad de derechos que la república confiere á sus hijos, encarnando la voluntad de la nación en la voluntad de la mayoría y predicando que el poder era el patrimonio legítimo de los mejores. — Sostuvo también que las democracias debían defender enérgicamente su libertad, enalteciendo el valor cívico como una virtud y considerando sin autoridad verdadera á los poderes faltos de autoridad moral, porque no hay autoridad legítima allí donde la soberanía del pueblo, que es el que crea y des-

envuelve la civilización, desaparece ante la voluntad de un cacique libidinoso y antojadizo. — Condenó, en fin, la doctrina del éxito, recordando que los poderes de larga duración no se fundan jamás sobre la iniquidad y sobre la mentira. — No son inútiles, dijo, los sacrificios que se hacen sobre el altar augusto del deber. — El porvenir bendice siempre los esfuerzos del hoy, aunque las abnegaciones del hoy parezcan desprovistas de utilidad práctica. — Demóstenes, al defender la libertad de las repúblicas griegas y al predicar que la justicia es el fundamento de todos los poderes, no venció á su destino; pero venció al futuro, rodeando de guirnaldas de perenne laurel la tribuna de Atenas.

El Ateneo quiso que la voz hechizadora de la poesía reforzase la prédica de sus oradores y de sus filósofos. — Bajo sus bóvedas se reunieron hablistas y poetas, unos, como Juan Carlos Blanco, para castigar al naciente naturalismo, que estaba en pugna con lo romántico de aquellas horas de brega, y otros, como Guillermo P. Rodríguez, para cantar en versos libres, en versos sin asonancias ni consonancias, al porvenir de Montevideo. — Todos los poetas ateneístas eran poetas líricos. — La poesía lírica es esencialmente subjetiva, es el hombre individual, es la realización poética de nuestras impresiones, y sólo por acaso se convierte en el intérprete de los sentimientos que embargan á la multitud. — La poesía épica es el hombre colectivo, la sociedad, la pregonera del alma del pueblo, la reveladora de las costumbres y de los afanes de una época histórica. — Como en el lustro triste, el poeta sentía y pensaba lo mismo que su auditorio, nuestro lirismo tuvo un marcado carácter épico, que no se advierte en el lirismo de las décadas posteriores. — Calíope, la madre de Orfeo y de Lino, la musa

de la elocuencia y de la poesía heroica, reinó sin rivales en aquellos cinco años de patrióticos desconsuelos. — Al frente del grupo de rimadores, por motivos de edad, se encontraba Enrique de Arrascaeta, nacido en 1819, romántico y correcto, de inspiración escasa y de labor sin brillo, que aprendió á versificar al mismo tiempo que aprendían á versificar Alejandro Magariños Cervantes y Juan Carlos Gómez. — Arrascaeta, que había formado parte de la legislatura de 1858 y que fué uno de los secretarios ministeriales del presidente Berro, se hallaba al fin de su crepúsculo vespertino y envuelto en la aureola que le habían formado, en los albores de nuestra literatura, los ritmos de sus poesías de 1843 y 1844, los ritmos con que cantó *A una niña* y á *La flor del desierto*. — Arrascaeta no pudo sustraerse al movimiento general de los espíritus, pues le obligaban á acompañarle sus octavillas ptasílabas de 1877, las octavillas de *Las letras en la antigua Roma*, en las que había dicho que nuestros oradores y nuestros poetas, olvidándose del amor, debían cantar, por el decoro de la república, á la virtud y á la libertad.

"Si Codro ensalza á Bruto
Más tarde será en vano,
Tiberio en su garganta
Sofocará la voz;
La libertad muriendo
Les mostrará Lucano,
Y á abrirse las arterias
Le obligará Nerón."

José Sienra y Carranza se alzaba en pos de Enrique de Arrascaeta. — Nacido en Montevideo el 4 de Julio de 1843, José Sienra y Carranza es un orador de

elegantes períodos y es un literato de atildada fraseología. — Se graduó de doctor en leyes al cumplir los veinte años, siendo en 1873 agente confidencial de nuestro país ante la República Argentina, y siendo en 1874 nuestro ministro diplomático en el Paraguay. — En *La Democracia*, en *El Pueblo*, en *La Tribuna Popular*, en casi todos los diarios de Montevideo, ha dejado la huella de su talento fuerte y robusto, distinguiéndose por la virilidad de sus políticas convicciones. — Polemista de garra y legislador en diversas épocas, su ingenio flexible, como la achira de nuestras costas y como el ala de nuestras torcaces, ha libado el zumo de la belleza en el cáliz de todas las flores del espíritu. — Su canto *A una paraguaya* le valió la popularidad, más que por lo novedoso de la forma, incorrecta y poco musical como la de la mayoría de nuestros románticos, por la lírica exaltación de los sentimientos que revela y traduce. — En las batallas del Ateneo, trató de sublimar la fe de los combatientes, con el recuerdo de las virtudes de los tiempos legendarios del país charrúa, recitándonos las cuartetas de su poema épico *La caída*.

El canto *A una paraguaya*, por la ardentía de su lirismo y por la sonoridad de algunas de sus estrofas, es la más inspirada de las composiciones de Sienra y Carranza. Su forma adolece de algunos defectos; pero son tan ligeras las faltas á que aludimos, si se las compara con la robustez de la entonación y con lo profundo de la emotividad de la célebre poesía, que la crítica desenarca su ceño ante la hermosura de la mayor parte de las estrofas que recitábamos con entusiasmo en nuestra juventud, y que aún repetimos con emoción al bajar de la cumbre de la montaña de nuestra vida, envuelta para siempre en los pálidos y fúnebres oros del sol de las puestas.

"Era el padre?.... era el hijo?.... era el esposo?....
Curupaytí tal vez le vió asombrado,
Tinto en sangre el acero, valeroso,
Alzando el patrio pabellón radioso
Sobre el campo de muertos alfombrado."

La popular elegía se desenvuelve así, conmovida y majestuosa, en todas sus estancias, en todas sus quintillas, en toda su extensión.

"Era el padre?.... era el hijo?.... era el esposo?....
Fueron todos tus hijos, desgraciada,
Fué la madre y la hermana, fué el brioso
Doncel apuesto y el anciano añoso,
Fué tu Jesusalem, rota y saqueada!"

No extrañaríamos que, en las augustas tristezas de la noche, los vientos paraguayos repitiesen este salmo desolador al pasar por las cumbres de la sierra de Maracayú y al mover las plateadas espumas del Tebicuarí. No extrañaríamos que los vientos paraguayos, los vientos de la nación vencida y desgarrada, repitiesen ese salmo desolador al cimbrar las florestas de naranjos de las Misiones y al romperse en las zarzas de los declives de Cerro Corá.

Insistimos, sin embargo, en que la composición tiene algunos defectos de forma, que contrarían y menoscaban su efecto orquestral.

"Y ora, ahí estás, sobre tu mismo suelo,
Expatriada en la patria, junto al templo
Donde el incienso se levanta al cielo,
Donde se entona el himno del consuelo
De Aquidaban por el solemne emplo."

En primer lugar, se echa de ver la falta de graduación en el empleo de las consonancias. Entre *tem-*

plo y *emplo,* la primera palabra es la más indicada, por el juez del oído, para el cierre de la estrofa, por su robustez y por la mayor frecuencia de su uso. El vocablo *emplo* es una licencia, y no es una palabra castiza. Es una voz adulterada, un ripio á que obliga al poeta la necesidad de buscar un consonante á templo, necesidad que pudo evitarse cambiando las palabras finales de los versos segundo y quinto. La estrofa hubiera ganado, haciéndolo así, porque la mixtura de consonantes y asonantes, que se advierte en ella, es inadmisible. La rima, ó sea la igualdad ó semejanza en las terminaciones de las palabras finales de los versos, obedece á leyes que se asemejan á las leyes del arte sacratísimo de la música. La poesía es música también. Las asonancias, cuya introducción en la poesía castellana se atribuye á los árabes, disuenan en las composiciones aconsonantadas. ¿Por qué? Porque las fibras de nuestro oído, en lugar de recibir la impulsión á que el consonante las había acostumbrado, reciben una impulsión distinta y menos fuerte, que no produce una armonía acariciadora, sino una disonancia desagradable. El sonido, como la luz, es un resultado de las ondulaciones del éter. Las tres mil fibras, con que terminan los filamentos del nervio acústico, son tres mil cuerdas que las ondulaciones del éter ponen en movimiento. Cada una de estas cuerdas recoge y reproduce la vibración elemental para la que está acordada, naciendo el deleite de la combinación de las ondas armoniosas en una serie de movimientos paralelos. Si estas ondas, en lugar de combinarse así, se mezclan y entrecruzan, se contrarían y se destruyen en sus puntos de intersección, ó sea en los sonidos finales de los versos. Cuando se mezclan y entrecruzan los asonantes y los consonantes en una estrofa, cada filete nervioso, en lugar de

recibir una impulsión única, es solicitado por dos impulsiones desacordadas, que nos producen, al contrariarse, un sentimiento de malestar con sus intermitencias de vigor y dulzura. Así, la poesía, como la música, es el arte de escoger, distribuir y combinar los sonidos, no sólo con arreglo á la significación de cada uno de ellos, sino también con arreglo á las relaciones que existen entre las notas del mosaico orquestral. Esas son las razones en que nos basamos para sostener que es inadmisible la híbrida mixtura de asonantes y consonantes en una estrofa. Alguna vez es necesario detenerse en estas minucias. ¿Qué es la obra literaria? Una obra artística. Entonces la literatura, como todas las artes, obedece á leyes, y así como el arquitecto no puede construir casas duraderas sino aplica las leyes de la resistencia y del equilibrio, el literato no puede escribir bien si mira con desprecio las leyes del lenguaje, ó mira con encono las leyes de la rima. Estamos de acuerdo con los que sostienen que el estudio de las reglas, de los métodos empíricos, de lo que podríamos llamar la ciencia del arte, es insuficiente para formar verdaderos artistas, porque ni ese estudio engendra la imaginación creadora, ni ese estudio desenvuelve el estilo personal. Nadie lo niega; pero también es cierto que en todas las artes existe una porción de convencionalismo, una parte mecánica, de la que no pueden prescindir, por mucho que lo ansíen, el creador y el crítico. El poeta y sus jueces deben saber su oficio, como el músico debe saber necesariamente cuanto se relaciona con la armonía, la fuga y el contrapunto. Un pintor, que pintase desobedeciendo á las leyes de la perspectiva, ó ignorando el efecto que resultará de la combinación de dos colores complementarios, no llegaría jamás á concluir conscientemente un lienzo vendible. Todos sus afanes

serían estériles. Todas sus jornadas serían infecundas. Por otra parte, las reglas literarias no son el engendro de un capricho dogmático. Existían y se aplicaban, en lo que tienen de útil y esencial, antes de que los retóricos existiesen. Así las reglas del ritmo y de la rima, como todas las reglas musicales, están basadas en las leyes á que obedece el funcionamiento fisiológico de uno de los sentidos corporales de nuestro sér. La primera condición de una obra de arte es estar bien hecha. La perfección en el oficio es la primera necesidad del artesano. El poeta no es sólo un buzo del mar del pensamiento. El poeta es, también, uno de los artífices de la palabra. No hay obra de arte sin ejecución, y no hay ejecución sin reglas. En todas las obras, y especialmente en las obras cuyo fin es lo bello, deben evitarse las incorrecciones, para salvar de mohos corrosivos al pentélico mármol de la inmortalidad. Eran muy hermosas, pero de una hermosura limpia de lunares, las Minervas de oro y de marfil cinceladas por Fidias, cuando Alcibíades escuchaba embebido las lecciones de Sócrates, y cuando Pericles, el discípulo de Anaxágoras y de Zenón de Elea, apagaba su sed de deleites en la copa purpúrea de los labios de Aspasia.

También al lado de Arrascaeta se alzaba la rígida figura de Luis Melián Lafinur. — Este combatiente de la democracia liberal y reformadora, nacido en los albores de 1850, se dió á conocer como poeta y como orador en los días de oro del Ateneo. — Ha sido jurisconsulto, legislador, ministro diplomático, y tiene en su caudal algunos importantes folletos sobre historia.—Conoce como pocos la de nuestra patria, siendo de sentir que no haya adaptado sus aficiones á sus estudios y á sus aptitudes.—Lector incansable, no hay verdad que no le cueste más de una noche de febriciente

insomnio, y caballero de la libertad, ha sufrido por su adorada más de un martirio enaltecedor, más de una prueba dignificadora. — Luis Melián Lafinur es un ejemplo acabado de que se puede ser ciudadano eminente y hombre de talento, sin ser poeta sublime y perfectísimo, pues á todas las composiciones que ha producido les faltan la armonía sinfónica y la imaginación verbal. — Su musa, austera y noble, no tiene el poder de sujetar los elementos acústicos de la palabra á las leyes musicales de la versificación, logrando así que la versificación enamore y cautive al oído, como no tiene el poder de traducir sus afectos y sus impresiones por medio de imágenes luminosas, que coloren á modo de pincel y que esculpan á modo de buril. — Si como orador es conceptuoso, erudito, ardiente y tenaz, como poeta es duro y prosaico á pesar de lo poliforme de su inspiración, que espía el cántico de la alondra, cuando la luz del alba platea los capullos del naranjal, ó repite el grito espartano de nuestros héroes en los homéricos avances de Sarandí. — Entre los trabajos en prosa de Luis Melián Lafinur merecen especialísima mención un estudio de crítica literaria, *Las mujeres de Shakespeare*, y dos folletos de crítica histórica, *Los Treinta y Tres* y *Las charreteras de Oribe*. — En el primero de estos folletos, muy digno de estima por los datos biográficos que contiene en sus notas, trata de establecer la nómina verdadera de los que militaron en la gloriosa cruzada del Arenal Grande, y en el segundo de estos folletos, muy digno de estima por los pormenores que contiene acerca de la batalla de Ituzaingó, trata de persuadirnos de que es inverosímil la leyenda que nos pinta al coronel Oribe arrancándose las charreteras, cuando el regimiento que comandaba huyó desorganizado ante el volcán de fuego de la infantería del

enemigo, para volver en busca de las insignias de su coronelato, con aquel mismo regimiento detenido en su fuga por la pundonorosa acción de su coronel. — Es de lamentar que, impulsado por el noble deseo de restablecer la verdad histórica, el erudito autor de esos dos interesantes folletos, destruya leyendas que se han hecho carne en el espíritu de la multitud, y ataque el cimiento de la estatua de personalidades altísimas, como la personalidad cinco veces sagrada del general Artigas. — Si aceptásemos como verdaderas todas las conclusiones á que arriba el autor de *Los Treinta y Tres*, ¿qué ganaríamos con esa merma de nuestras glorias tradicionales? — Menos que nada. — No hay pueblo sin leyendas, sin divinas mentiras, sin relatos inverosímiles sobre su cuna y sobre sus hazañas. — Recorred las riberas del lago de Constanza, subid á lo más alto de los montes Réticos, atravesad la sinuosa cadena del Oberwal, y el himno de las olas, el zumbo de los vientos, el rumor que levantan las nieves al fundirse, os cantarán el nombre de Guillermo Tell. — ¿Qué ganarías con decir á las olas, los vientos y las nieves que Guillermo Tell, el matador de Gessler, el héroe popular eternizado por la musa de Schiller, es tan sólo un engendro de la imaginación soñadora de la Suiza? — Os ganarías el odio de un pueblo, sin destruir la ficción evangelizante, porque la historia del arquero glorioso durará lo que duren los riscos de las cumbres del Urí y las aguas del lago de Neufchatel.

Por otra parte, la leyenda artiguista es algo más de lo que supone el criterio histórico del doctor Luis Melián Lafinur. Hace ya mucho que el vencedor de las Piedras ha dejado de ser "el bárbaro que, enfurecido y deshecho, dió la espalda al enemigo, para ir á debatir en otro suelo querellas de menguado pre-

dominio personal." Distanciándose cada vez más de sus detractores, la justicia póstuma y la gratitud pública ya no consideran al fundador de la nacionalidad uruguaya como "la negación de la vida civilizada", y como un déspota, "que, menos indómito que el último gaucho de nuestras guerras civiles, no supo quebrar su lanza en el patrio suelo, para cavarse una fosa frente á frente al enemigo." El hoy no piensa como pensaban algunos de nuestros intelectuales de 1885.

Ha sonado la hora de la reparación. La luz se ha hecho. La verdad ha flotado sobre las aguas de la diatriba. Pasó la calumnia, y el corazón de nuestras juventudes se enlaza al recuerdo del blandengue de la leyenda heroica, como la hiedra á los sepulcros que cubre con lo verde de su cortinaje. Hoy sabemos bien que fué el blandengue, el épico blandengue de nuestra historia, el primero que les dijo á las ondas azules del arroyo, á los trebolares de la cuchilla, y á la calandria mecida en los fragantes columpios del guayacán, como un rezo que flota sobre un incensario: — ¡ Preparaos, espumas y jugos y endechas y perfumes, para saludar el gozoso amanecer de una patria libre! — Hoy sabemos que, al escuchar aquellas palabras, los negros ojos de su corcel de guerra centellearon, y que, antes de sentir el roce de la espuela del caudillo inmortal, su caballo criollo sacudió las crines y emprendió un largo galope por la autonomía de nuestro pago, galope cuyos ecos resonarán, mientras la patria sea, bajo todas las naves del santuario de nuestra historia. Hoy sabemos que aquel galope parece una salvaje pamperada de chispas, lo mismo en las resplandecientes mañanas del triunfo que en las tardes sin sol de la derrota, porque aquellas chispas son los rubíes rojos y los diamantes negros con

que la nacionalidad centuplica el valor de la corona de su soberanía.

Hoy sabemos que, siempre gallardo sobre su corcel y siempre clavando sus pupilas azules, que tienen los cambiantes de ópalo del acero morisco, en las listas tricolores de su estandarte libertador, el blandengue recorta, con el filo de las lanzas de sus montoneros, el mapa del país, no sólo entre las dianas triunfales de las Piedras y de Santa María, sino también entre los lloros ardientes con que el patriotismo desesperado se adoba el corazón en las trágicas horas de India Muerta y de Arerunguá. Hoy sabemos que sólo valiéndose de los giros tumultuosos de la oda pindárica, que suena á torrente que vá rodando por la garganta de un desfiladero, la musa patriótica podría decirnos lo que fué aquel continuo chocar de sables y aquella continua detonación de fusiles de pedernal; aquellos entreveros, en que los trabucos rugieron proezas, y en que los moribundos, antes de caer, se enrojecían toda la mano en el feroz empuje de la última puñalada; lo dantesco de los episodios de Carumbé, la tristeza de la retirada de Maldonado, y lo sublime de la agonía de la montonera, cuando los clarines tocaban á degüello en los choques apocalípticos de Tacuarembó.

Hoy sabemos, en fin, que aquella leyenda es algo más que una leyenda de estrofas marciales. Aquella leyenda es también un ejemplo de verdad democrática, porque en medio de la lucha desigual y bravía, el caudillo maneja con honradez los dineros públicos, educa á las muchedumbres en la escuela del voto, predica el evangelio del abecedario, y en sus famosas instrucciones del año 13, adelantándose al congreso de Tucumán y poniendo sus hombros á la altura de

los hombros de Rivadavia, declara lo absoluto de la independencia de las colonias; proclama el principio de la libertad civil; exige que se diga, en la legislación, que cada conciencia tiene la inviolabilidad de un asilo sagrado; y en el artículo 18 de aquellas instrucciones inolvidables, pide el aniquilamiento de todos los despotismos de cuartel, como salvaguardia de la realeza de los pueblos tendidos á lo largo del río charrúa.

Hoy sabemos, también y en resumen, que el mejor, el más puro, el más valiente, el más constante y el más indómito de nuestros montoneros, no sólo luchó contra el dominio secular de los españoles, y contra la fiebre hegemónica de los de la otro banda, y contra la sed de conquista de los lusitanos, sino que asimismo cansó su mano y melló su sable lidiando con las dudas y las flaquezas del tiempo suyo, porque cuando los hombres más ilustres de aquellas horas buscaban un monarca á quien ofrecer el manto de púrpura de las tierras del sur del mundo occidental, el jefe de los orientales, mientras la paisanada dormía el sueño del heroísmo junto á los fogones hechos con troncos de ñandubay, tejía la cucarda del gorro frigio de nuestro futuro republicano con sus célebres instrucciones, entrevistas á la melancólica luz de las estrellas del patrio cielo y entregadas á los que debían representarnos en la asamblea constituyente de Buenos Aires.

Luis Melián Lafinur leyó algunas composiciones de carácter cívico en las veladas del Ateneo; pero en ninguna de ellas, no siempre claras en el lenguaje y siempre desprovistas de forma, se observan la nitidez en el decir y el íntimo sentimiento que se observan en sus composiciones, de índole elegíaca, *Date Lilia* y *El canto de la alondra*.

Luis Melián Lafinur ha escrito en prosa, — además de los folletos históricos que hemos citado, — *El problema nacional,* análisis de las dolencias de nuestro medio, y un estudio de crítica literaria acerca de *Las mujeres de Shakespeare.* Sus versos, que son muchos, forman dos colecciones: una, publicada en un libro de 210 páginas en 1909, responde al título de *Ecos del pasado,* y la segunda, publicada en un libro de 105 páginas en 1910, responde al título de *Los grandes y los pequeños.*

Casi toda la obra poética del doctor Luis Melián Lafinur se resiente de precipitación y de falta de lima. No nos extrañemos, porque la finalidad última de este numen vehemente no es la belleza, sino la verdad filosófica y el denuedo civil. Nuestro poeta, por otra parte, sabe que todavía no hemos llegado á la época de la perfección literaria, y tiene el buen gusto de no creer en la inmortalidad de lo que produce.

"El poeta de verdad, que en el lenguaje propio y único del verso, con rima impecable, en conceptos cincelados en que no falte ni sobre una coma, cante todas las pasiones del hombre, todas sus aspiraciones, el amor, el patriotismo, la libertad, la gloria, y señale en su poesía, como Shelley ó Swinburne, los rumbos que debe seguir la humanidad para la conquista de los grandes ideales de regeneración social y política, con rechazo enérgico y absoluto de todos los fanatismos, de todos los retrocesos, desigualdades, hipocresías é infamias que traban todavía el desenvolvimiento de la personalidad humana, ese es un poeta que la América Latina aún no ha producido."

Por lo agresivo de su temperamento y por la índole de sus más celebradas composiciones, diríase que el doctor Luis Melián Lafinur nació para el cultivo de

la sátira grande, de la sátira con que se complacía la musa fustigadora de Juvenal. Así es, en efecto, pues sátiras políticas, y no otra cosa, son las décimas de su *Inmortale odium* y los eptasílabos de *Las dos fechas,* como su afición á la sátira se descubre en los tercetos que dedica á *Quevedo* y en los versos libres que consagra á *Tácito.*

Es rudo, por lo general, el lenguaje métrico del doctor Luis Melián Lafinur. El oído melódico le falta hasta cuando es poeta por la intensidad patriótica de sus visiones, como en su oda sobre *El lustro horrible,* como en las asonancias de su canto á *La libertad,* ó como en la balada de índole nativa y que se titula *La huérfana del Chamizo.* Aunque menos alto, su ingenio nos place más en sus melancolías *El canto de la alondra* y *Date Lilia.*

Luis Melián Lafinur persigue á los tiranos con noble y justa saña; pero sin preocuparse de lo que exigen el gusto estético y las claridades resplandecientes del idioma español. Anubla en ocasiones esas claridades, como si la limpidez de su pensamiento, perturbado por la vengadora pasión de la ira, se obscureciese y torciera el giro natural de las frases. Su temperamento de combatiente se muestra en todas las rimas de *Ecos del pasado,* hasta en algunos de sus *Arpegios,* composiciones de carácter íntimo, en las que se nota la influencia de Bécquer y de Heine. Es, más que todo, un batallador. Siempre, ó casi siempre, fustiga con rabia á la dictadura, sin olvidarse de amenazar al catolicismo. Encarándose con la primera, le dice que sólo nos azota y perdura porque hemos perdido la virtud democrática y la altivez cívica.

"Nos cruza el rostro el látigo
De impúdicos histriones;

Pasión de aliento vívido
No está en nuestras pasiones,
Y en femeniles lágrimas
Sólo el ardor se ve.
Hemos tirado pródigos
La herencia de la gloria;
La hemos trocado, imbéciles,
Por la más vil escoria,
Y hoy ni remedo lánguido
Somos de lo que fué."

No importa! El fango que levantó una oleada, otra nueva oleada lo devolverá al fondo obscuro de donde salió en días de borrasca.

"El mal, como las olas, sube y baja;
Y en el hirviente piélago ondulando,
Puede la tempestad alzar bramando
El fango que en los fondos encontró;
Mas si levanta entre su blanca espuma
Una ola, escorias del inmundo abismo,
Soberbia en pos viene otra que allí mismo
Hunde lo que antes la primera alzó."

Encarándose, otras veces, con el fanatismo supersticioso, evoca la carcajada purificadora y satírica de Voltaire:

"Sobre la libre tierra americana
La intolerancia cruel su vuelo tiende:
¡Levántate, Voltaire!.... De nuevo enciende
La luz que anhela la conciencia humana.

Otrora la ironía soberana
Que de tu pluma en rayos se desprende,
Rasgó la hipocresía que hoy desciende
El pensamiento á ahogar con faz villana.

El fanatismo que á tu voz cediera,
De eternos odios exhalando el resto,
Aunque entre ruinas vergonzosas, late.

¡Y es tiempo ya de que ese resto muera!....
¡Levántate, Voltaire!.... Corre á tu puesto;
Suene tu carcajada en el combate."

Esa misma tendencia á la sátira de carácter épico, á la censura áspera y vivísima, — tendencia que reposa en el odio al mal y en el amor al bien, — se observa igualmente en las composiciones de aliento largo que se titulan *Los Treinta y Tres, Tentanda vía,* y *Los semi-dioses.* Esos arrebatos nobilísimos de un cerebro que espera en el porvenir, si valen mucho como labor de proselitismo, valen mucho menos considerados como labor artística. Los versos, sin que dejen de ser medidos con toda exactitud, carecen de gracia, de flexibilidad, y la combinación de las palabras, aun siendo muy prosódica y castiza, está hecha de tal modo que, en ocasiones, la poesía se convierte en prosa por la alcurnia de los vocablos ó por el modo de colocar los vocablos en la frase rimada. Es la imaginación verbal, es el instinto músico, es la íntima virtud que transforma el lenguaje en pintura, lo que falta á esas composiciones vehementes, sentidas, opulentas en propósitos nobles y que cruza como un fluido eléctrico de cólera santa. La visión existe, en toda su majestad, en el acto de concebir; pero se debilita, en su dibujo y en sus matices, en el acto de componer. Falta don poético, maestría, arte, lo que llamamos técnica y gusto, en ese rimador, atlético y púgil, que esgrime el verso como una maza sobre el crimen, sobre la opresión, sobre la mentira, sobre la astucia, sobre la sordidez, sobre lo que ex-

plota los torpes miedos, las codicias viles, las cándidas creencias del alma popular. En su sed de purezas y en su afán de castigos, el poeta es áspero y poco melodioso. Fuerte y ceñudo y batallador, no juega, como Teodoro de Banville,

Follement avec l'or et les perles des rimes.

Así al doctor Luis Melián Lafinur, para ser un verdadero poeta satírico, sólo le falta sazonar la hiel de sus indignaciones con las sales atenienses de la ironía. Cuando recuerda las glorias del tiempo viejo, para compararlas con las decrepitudes del lustro triste; cuando estrangula la voz en la garganta del genio de la guerra, sirviéndose del coro que los pueblos y las vírgenes continentales le cantan á la paz cinco veces bendita; cuando hace que el obrero, de manos encallecidas y pensadores ojos, dialogue con la republicana sombra de Lincoln, su lirismo no es el lirismo de las visiones encantadoras que cunea la esperanza de lo porvenir; sino el lirismo torvo é irascible, casi misántropo, que nace del odio á la injusticia, á la sangre, á la ambición, á las debilidades que actúan sobre el progreso como el verdete sobre las armas de un paladín dormido y agarrotado por maléficas artes. Y, sin embargo, en su cólera y en sus anatemas hay un fondo de desprecio y de lástima, hay un fondo de olímpico desdén hacia lo que hiere con el férreo martillo de sus estrofas. Á veces se diría que esa musa encuentra su camino, y deja que su desprecio se transparente, como en las coplas y en la letrilla en que pone en cruz al feminismo y á la adulación; pero, por lo general, ese poeta es un poeta cuyo numen se parece á la fragua en que forja cuchillos y picas la heroica y fiera rusticidad del legendario y hercúleo coloso de Persia. Oidle en *Tácito:*

"De época umbrosa en que es el mundo estrecho
El dolor para ahogar que lo conmueve,
Nace potente el fúnebre anatema.
Evocador del hondo cataclismo
De la justicia y la moral proscritas,
Surge el varón á quien ninguno alcanza
En el rigor de su robusto acento:
Flagelador austero de ignominias.
Los monstruos execrables que de Roma
La libertad y la honra escarnecieron,
Y á la dominadora audaz del orbe
Hundieron en el fango y el oprobio,
Ya juzgados están. Yacen por siempre
De la vergüenza en el profundo abismo
Que la Historia para ellos ha cavado
Con mano firme y voluntad serena.
Mas si no hubiese Tácito su mente
Luminosa, y sus odios implacables
Contra el crimen atroz, puesto al servicio
De la augusta Verdad, ¿quién conociera
El ruin descenso de la romana estirpe?
¿Quién la degradación que perseguía
Como sombra ultrajante á los plebeyos,
Sin que el pretenso prócer se librase
De ser servil cual la infamada casta?

Es el cuadro tan tétrico y sombrío,
Que peligrara su color sangriento
La realidad de horripilantes líneas,
Y sólo se tomaran sus escenas
Por fantástico sueño de lo impío
En la imaginación atormentada,
Si el seguro pincel no descubriese
Que la ficción no cabe allí do impera,
Como estrella polar de un mundo ignoto,
La verdad rutilante de la Historia."

Dicho queda, pues, que el lirismo de Lafinur es un lirismo yámbico en la más elevada acepción de la frase. No hay que imaginarse, aunque lo haya dicho Voltaire, que la sátira es siempre picante y juguetona. Taine nos enseña que la sátira es hermana de la elegía, porque si la primera recoge el lloro de los oprimidos, la segunda se bate sin temor con los opresores. Sátiras son también las indignaciones y las vehemencias de Juvenal. *Facit indignatio versum.* El yambo viene á ser la sátira de los griegos, y la voz yambo, por su etimología, no es sinónimo de burla, sino de golpe. Así el yambo se caracterizaba por lo furioso, amargo y duro de la verba, aunque su ritmo fuese volador y fácil. El yambo latino, como pie de verso, se componía de una sílaba breve y una sílaba larga, lo que no impide que lo emplee para burlarse y para zaherir la musa de Horacio. Luis Melián Lafinur se complace, como Juvenal y como Barbier, en el recuerdo de las virtudes de lo pasado para que resalten las imperfecciones de lo presente. Luis Melián Lafinur, como Juvenal y como Barbier, desdeña las armas frívolas del ridículo, para empuñar la espada de la execración viril y generosa. Luis Melián Lafinur sabe que la sátira es el complemento de la historia, y piensa, como Nisard, que Juvenal aclara y justifica á Tácito.

Luis Melián Lafinur, como Juvenal, ama los retoricismos del arte oratorio, y aunque como artista es inferior al poeta de Aquino, odia á la raza de los déspotas y los falsos escribas con la misma cólera con que odiaba á los senadores envilecidos y á los pueblos degradados el satírico insigne que vagó, nervioso é inquieto, por las laderas de la verde colina de Diana y por las sucias calles del barrio de Suburra. Luis Melián Lafinur, cuya forma es más inhábil que la de

Barbier, tiene el vigor, la llama, el aliento, las inspiraciones honestas y altísimas que hicieron popular al satírico ilustre nacido en París, cuando la muchedumbre era una ralea postrada ante el ídolo que empequeñecía el nombre amedrentante, la imperial corona y la épica leyenda, escrita á cañonazos, del primer Napoleón.

Concluyamos. La sátira pertenece al género didáctico. Su culto es el culto de la hermosura, el bien y la verdad. Aunque Quintiliano nos asegure que la sátira es de exclusivo origen latino, — *satira tota nostra est,* — sus fuentes se remontan, si se la considera como invectiva, á los poetas griegos de la edad de Arquiloco y Simonides. La sátira admite todos los tonos y se sirve complacientemente de todos ellos, desde las amables indulgencias de Horacio hasta las amarguras hiperbólicas de Gilbert; pero, por lo común, es áspera, severa, inexorable y declamatoria, neutralizando lo rudo de sus vigores con la sublimidad de sus energías. La sátira mejora. Taine dice, hablando de Thackeray, "censurar una falta es alabar el mérito contrario, y no se inmola una víctima sin erigir un altar." Agreguemos que, cuando florece en épocas de despotismo y de turpitud, — (1880 á 1885), — la sátira es viril y hasta temeraria. Nevio paga con la libertad sus epigramas contra Metello, y Casio Severo paga con el exilio sus ataques á Augusto. Luis Melián Lafinur responde á esta honrosísima tradición, cuyos orígenes podéis buscar en Théognis de Megara. Luis Melián Lafinur se parece á Cayo Licinio, cuyos versos difusos y mal torneados y sin mucho respeto á las leyes de la armonía, criticó la horaciana retórica; pero que, según el mismo Horacio nos dice, no trepidó en arrancar el antifaz brillante con que se encubrían los hipócritas del poder ó de la virtud, fla-

gelando con su sangrienta fusta á los enemigos del bien social y del reposo público. De la vehemencia de Lafinur puede decirse lo que Julio Scalígero decía de la vehemencia de Juvenal: *ardet, inflat, jugulat.* En Luis Melián Lafinur la ira no es condenable malignidad, sino que es la explosión de la conciencia ofendida de un ciudadano probo. Pretende, aunque no lo consiga y aunque sepa que su empeño es difícil, que los perjuros y los viciosos, como quiso Percio,

Virtutem videant, intabescantque relictâ.

Acaso se engañe; pero yo entiendo que es así, y sólo así, el numen rudo, pero austero y moralizador, que hierve en las estrofas de Luis Melián Lafinur.

Los vengadores del derecho ofendido y la moral burlada, cuando poseen una inteligencia poco común, son unos dolorosos. La voz superioridad puede traducirse, sin equivocarse, por melancolía. No os fiéis de las exterioridades. Ya Aristóteles sostuvo que casi todos los hombres célebres son melancólicos. Se explica. La preeminencia nativa del encéfalo, que rompe el equilibrio de la inervación, y los deseos atormentadores de una perfección indefinida, propios de toda superioridad intelectual, justifican lo afirmado por Aristóteles. La belleza, la juventud, el poder, la fortuna y la gloria, ¿qué son, en resumen? Nada más que ruido que dura un instante, porque, como enseña Pascal, la eternidad rompe toda medida y anula toda comparación. El mundo es un espectáculo desalentador. El mundo no es bueno. Los superiores miran y se angustian pensando, como Say, que la perversidad hace el mal, que la debilidad lo consiente y que la ignorancia lo aplaude. Entonces, como Walds, meditan para deducir que la vida posee el secreto de hacer amar la muerte. Chenies afirmaba que el hombre que

llega á los veinticinco años sin ser misántropo, ha nacido sin corazón. Schiller sostiene que el árbol de la ciencia no es el árbol de la vida. Los pueblos más avanzados no son pueblos alegres. Subir es desgastarse y envejecer. José Martí decía al final de un banquete: — Brindo, señores, por los pueblos tristes. — Los superiores son taciturnos y solitarios. La soledad no es hermana de la alegría. Madama de Stael ha escrito esta profunda frase: "En la soledad los objetos se abultan, ni más ni menos que se hinchan los cuerpos puestos en el vacío de la máquina neumática." En la soledad se vive de la imaginación. No nos quejemos, porque Hippel no se engaña cuando predica que la imaginación es el pulmón del alma. Por la imaginación los espíritus, casi asfixiados por la atmósfera de las realidades, respiran el aire puro del ideal. Bendigamos la tristeza que descubrimos en Juvenal, en Cimabue, en Molière, en Beethoven, en todos los grandes, desde los físicos como Priestley hasta los naturalistas como Swammerlan. Á esas tristezas meditabundas y solitarias se deben los triunfos mejores de la ciencia y del arte. Y el arte ha sido una de las altas pasiones del espíritu, probo y reconcentrado, del doctor Luis Melián Lafinur. Oidle:

"Nada semeja el ímpetu fecundo
Con que el estro creador brilla y se enciende.
¡Paso á la inspiración que el vuelo tiende
En alas de su espíritu gentil!
¿Quién detiene esa llama que electriza
Al profético, insomne pensamiento,
Que arranca todo un mundo en movimiento
Del pincel, de la estrofa, ó del buril?
Brillas ¡oh ideal! del arte en el consorcio

Como fúlgida antorcha duradera.
La nota del dolor, la verdadera,
En Beethoven se siente palpitar!
¿Se sueña una mujer? — Es Fornarina.
Con su verso estremece el viejo Esquilo;
Mirad, dice en su faz Venus de Milo:
El genio, aun á las rocas hace hablar!"

¡Es que el arte y la ciencia, es que el estudio y la meditación, son la fuente sellada y el huerto cerrado de los adoradores del sol del Ideal!

Á los ensueños y á las esperanzas de los ateneístas, mezclaba sus ensueños y sus esperanzas el sentimentalismo de Anacleto Dufort y Álvarez. — Nacido en 1855; nacido en aquel departamento de Maldonado, que fecundan las azules corrientes del Aiguá y limitan las grises serranías de Carapé, Anacleto Dufort y Álvarez cruza, sin detenerse, por el mundo de nuestra lírica, como un ave que cruza, sin detenerse, por una atmósfera de relámpagos.—Desde 1877 toma parte en la batalla filosófica y política, que conmueve al país, más como hombre público que como poeta. — Escribe en *La Revista Americana,* redacta *La Idea,* funda *La Razón* y es uno de los vencidos del Quebracho, aumentando el caudal de nuestros estudios históricos con sus folletos la *Batalla de Cagancha* y la *Invasión de Echagüe.* — Es un poeta delicado, suavemente correcto, sin transportes líricos, y es un prosista gramatical, sin imágenes retóricas, sin cinceronianas magnificencias. — Fué diputado, senador y ministro, distinguiéndose, en nuestra tribuna parlamentaria, más por su sensatez que por el brillo de su dicción. — Aquel legionario del sentido común, todo lo veía sin cristales de aumento. — Aún en medio de

los deliquios de la mocedad, aún bajo el sol de oro de la juventud, se preguntaba lo que es el amor y se respondía con instinto burgués:

"¡Es luz y alegría,
Sufrir muchas penas,
Y después.... es hallar en un hijo
La dicha suprema!"

Contribuyendo al movimiento liberal del Ateneo, aunque en menos transparencia que los anteriores, se hallaba un médico distinguido, el doctor Elías Regules. — Hijo, por la índole de su ingenio, de Bartolomé Hidalgo, y hermano, por la índole de su métrica, de Orosmán Moratorio, Elías Regules se ha apoderado del corazón de la muchedumbre por la espontaneidad, la frescura y la gracia de sus versos campesinos. — Su musa es la calandria que saluda á la aurora, gorjeando en los verdores del guayacán en flor; es la torcaz del pago, que puebla con su arrullo las horas de la siesta; es como el gargantillo, cuando despide al día en el dosel de púas del zarzal silvestre. — Su numen tiene un instinto gráfico prodigioso, siendo sus imágenes á modo de pinturas, á modo de brochazos de cuño velazquino. — Calcula una distancia, y dice sonriendo:

"Hay diez leguas acostadas
Á lo largo del camino."

Os habla del crugir que levanta el apero en los rítmicos vaivenes del trote, y os reproduce el eco del rozar de las pilchas con la suave cadencia de una metáfora:

"El barullo del recado
Que se queja de oprimido."

Cada una de sus décimas es un cuadro completo. — Su vocabulario parece una paleta; su versificación parece un pincel.

"Pisa lomas, cruza el llano,
Pasa el arroyo y la sierra,
Como arreglando la tierra
Con la palma de su mano;
Y es tan seguro baqueano
Aquel resuelto jinete,
Que, cual si fuera un juguete,
Abras, sendas y picadas,
Parece que están atadas
Al cabresto de su flete."

Nadie, como Regules, ha encarnado en sus versos el suave declive de nuestras lomadas, el sinuoso espumaje de nuestras corrientes, la floración selvática de nuestras arboledas y lo huraño de la índole de nuestro gauchaje, cuyos rasgos característicos han sido y son aún la bravura y la melancolía.

"Soy el taita que retruca
Generoso y altanero,
El que saluda al pampero
Con el sombrero en la nuca;
El que peliando se educa
Y apriende á golpe y revés,
El perseguido del jués,
El entenao de esta tierra....
Que es el primero en la guerra
Pá ser último dispués."

Nadie, como Regules, ha encarnado en sus versos la riqueza apolicromada de nuestros anocheceres; la nívea blancura con que se viste el trepador columpio de nuestras jazmineras, cuando el sol del estío hierve

en los oros azucarados del camoatí; la agreste guirnalda con que la gramilla cubre al barranco, por donde desciende la culebra de plata del manantial canoro y saltador; los rumores ocultos en el fondo del pajonal salvaje, donde hacen nido la víbora de la cruz y el gato montés.

"El arroyo descuidado
Moja jugando la orilla,
Donde bebe el coronilla
Y el sarandí colorado;
Como recuerdo soñado
De la selva virginal,
Alegran el pajonal
Los gritos del terutero,
Los redobles del jilguero
Y las quejas del zorzal."

Elías Regules es el representante de la poesía popular. Entre nosotros el pueblo no tiene, para expresar sus alegrías y sus tristezas, ni la copla aragonesa ni la endecha gitana. La décima, cuando no el romance octasílabo, las sustituye; pero como al gaucho le falta la policromía verbal, que es el rasgo característico del pueblo español, la poesía de nuestros campos es muy pobre en matices y modulaciones. El gaucho es un poeta que siente mucho; pero que no sabe expresar lo que siente. Elías Regules domina la décima de un modo asombroso, ennobleciendo su plebeya alcurnia, su ritmo de payada sin elevación. La musa de Regules es la alfarera artística del barro popular. Convierte los odres, de confección rústica y grosera, en ánforas y búcaros de labor primorosa y de subido precio. La sensación informe que nuestro campesino legendario siente, cuando el zorzal despide

á la tarde desde la verde cúpula del ombú ó cuando le apuñalean con los cuchillos de seda de sus pestañas los ojos de negrísimo terciopelo de una mujer, Regules la transforma, valiéndose de los diez versos de la espineta, en una sensación elevada y sugestionadora. Así la musa de Regules, nativa y campera, adorna la abundante mata de su cabello obscuro con margaritas rojas, y zahuma la carne morena de su cuerpo joven con el óleo de los capullos del ceibal indígena, mientras con los ojos abiertos, muy abiertos, recorre nuestras lomas y nuestras llanadas, para fotografiar, en la cámara obscura de su retina, las costumbres peculiares de nuestro pueblo y el mapa accidentado de nuestra tierra. *Mi tapera,* la más sentida de las composiciones poéticas de Regules, es una joya, un chiche, una maravilla de cadencia y de gracia, á cuyos compases, dulces y melancólicos, se doma el potro, se enlaza la res, se recoge el trigo, se pisan las uvas en el lagar, se conciertan las bodas, y se entorna los ojos de los niños, cuando la noche negrea la enramada del rancho de terrón.

"Entre los pastos tirada
Como una prenda perdida
Y en el silencio escondida
Como caricia robada,
Completamente rodeada
Por el cardo y la flechilla
Que, como larga golilla
Van bajando á la ladera,
Está una triste tapera
Descansando en la cuchilla.
Allí, en ese suelo fué
Donde mi rancho se alzaba,

Donde contento jugaba,
Donde á vivir empecé,
Donde cantando ensillé
Mil veces al pingo mío,
En esas horas de frío
En que la mañana llora,
Cuando se moja la aurora
Con el vapor del rocío.
Donde mi vida pasaba
Entre goces verdaderos,
Donde en los años primeros
Satisfecho retozaba,
Donde el ombú conversaba
Con la calandria cantora,
Donde noche seductora
Cuidó el sueño de mi cuna,
Con un beso de la luna
Sobre el techo de totora.
Donde resurgen valientes,
Mezcladas con los terrones,
Las rosadas ilusiones
De mis horas inocentes,
Donde delirios sonrientes
Brotar á millares ví,
Donde palpitar sentí
Llenas de afecto profundo,
Cosas chicas para el mundo
Pero grandes para mí.
Donde el aire perfumado
Está de risas escrito,
Y donde en cada pastito
Hay un recuerdo clavado;
Tapera que mi pasado
Con colores de amapola
Entusiasmada enarbola,

Y que siempre que la miro
Dejo sobre ella un suspiro
Para que no esté tan sola."

Regules ha ensayado el teatro; pero *El Entenao*, más que un verdadero drama, es una pintoresca serie de cuadros, en que hay una esquila y una tradicional corrida de sortijas, — cuadros que se distinguen, especialmente, por la exactitud de los tipos y por la naturalidad del lenguaje criollo.

También Ricardo Sánchez, un corazón enamorado de la etérea hermosura, hizo sus primeras armas en el Ateneo. Más tarde dirigió *El Indiscreto*, periódico literario fundado en 1882, que ha sido una de las primeras y más valiosas revistas ilustradas de nuestro país. La característica del ingenio de Ricardo Sánchez es la fecundidad. Su musa no se distingue por la magnificencia de la imaginación y por lo novedoso de las combinaciones métricas; pero se capta el respeto y la simpatía con lo policromado y lo poliforme de su abundancia. Su numen se parece al arroyo que corre sin descansar, reflejando en sus aguas, no siempre con limpieza, lo purpúreo del cielo, lo verde de los bosques, lo híspido de las rocas y lo gris del barranco, cuya pared esmaltan los culantrillos con el brillante lustre de sus hojas dentadas. Su género predilecto es el pean, es la elegía, es el canto consagrado á los movimientos dulces del corazón. La elegía, que gustó del dístico y tuvo entre los griegos un carácter educador; la elegía, que fué desde sus orígenes un canto melancólico, inspirado por la muerte de una persona amada, por algún desengaño amoroso, ó por el sentimiento de un dolor nacional; la elegía, la especialidad de Tíbulo y de Propercio, la generosa musa de Ovidio, no es tan arrebatada como la oda en

la manifestación de sus afectos, distinguiéndose especialmente por su ternura y por su sencillez. Menos fantástico que reflexivo, el género elegíaco se aviene con la inspiración grave y tranquila de Ricardo Sánchez. Éste, en el mundo de nuestra literatura, representa al hornero industrioso y trabajador. Hace ya cinco lustros que se dió á conocer, y en esos cinco lustros no ha dejado pasar un día sin escribir, de acuerdo con las retóricas advertencias de Horacio. Así ha logrado, no sin angustias, domeñar á la forma, que hoy le obedece como un corcel sumiso, y enlazar en la urdimbre de sus versos cantábiles, aunque á veces prosaicos, más de una idea de alcurnia nobilísima. Sus virtudes son una rígida probidad estética y un apasionadísimo culto del arte. Su estro es la prueba más acabada de lo que puede la voluntad, ese incontrastable deseo de vivir, que hace que el risco se trasforme en montaña, y el yuyo en encina, y la rosa en perfume, y el cardenal en música, y el astro en resplandor, según dice y perjura la metafísica experimental de Schopenhaüer. Los triunfos juveniles de nuestro poeta, los que no se olvidan, los que turban con el alcohol del ajenjo verdoso de la esperanza, están vinculados al ciclo de oro del Ateneo. Por eso, tres lustros después de su aparición en el estadio de nuestras letras, Ricardo Sánchez le dijo al Ateneo, recordando la batalla filosófica y política á que asistió en las ardientes horas de su mocedad:

"Estábamos en pugna con dos obscuridades:
La fuerza y la ignorancia, brutales potestades
Unidas por el crimen, en nombre de su fe;
Y en frente, reducido, brotando claridades,
El núcleo de los buenos, como un titán, de pie!

¡Que tiempos los de entonces de franca y noble [audacia
Para llevar al pueblo la luz de la razón,
En esa triste noche de nacional desgracia,
Cuando abatida y débil la santa democracia
Para morir buscaba refugio en un rincón!
Lo halló en el Ateneo, que le franqueó sus puertas
Cerradas para el vicio y al entusiasmo abiertas,
El último baluarte de nuestra juventud,
En donde renacieron las esperanzas muertas
De los desencantados del bien y la virtud.
Las épocas son otras y la enseñanza es mucha,
La diaria voz del reto, aguda no se escucha
Como el clarín de guerra de voluntario audaz;
Tenemos por almohada los lauros de la lucha
Y floja la armadura, dormimos hoy en paz.
Pero si acaso un día, que puede ser mañana,
De nuevo miro aprestos, cuando se toque diana,
Y en vez de unas estrofas, distinto nuestro rol,
Mi espada se precisa para la lid romana,
Iremos al combate, de cara siempre al Sol!"

Una de las mejores composiciones de Sánchez, inspirada en la lectura de Víctor Hugo, es la que se titula *Piedad Suprema.*

"¡Nunca vejéis á la mujer caída!
¡Compadecedla en su dolor profundo!
¡Del árbol de pureza de la vida
Ella tal vez fué gota suspendida
Que al fin cayera al lodazal del mundo!
Quizá el remordimiento seca su alma
Como á la planta la opresora hiedra....
¡No la miréis con insultante calma!
¡Ni aun el que logre de virtud la palma
Debe arrojarle la primera piedra!

¿Quién puede asegurar, en la existencia,
Que llegará al final de la jornada
Sin deshojar la flor de su inocencia,
Puras las manos, blanca la conciencia,
Y con la frente erguida, inmaculada?
¿Quién puede, en el desierto de la vida,
Decir, al contemplar el negro vicio:
—¡No beberé de esta agua maldecida!?—
¿Y si no halla la fuente apetecida?
¿Y si ataja su marcha un precipicio?
¡Es el futuro inexcrutable arcano!
Si la mujer, cual gota de rocío,
Brilla en la planta de acaso humano,
Darla puede su beso el sol de estío,
Como tragarla el fétido pantano!"

No desconocemos que la perfección rítmica y el arrebato lírico faltan en ocasiones á Ricardo Sánchez. La romántica generación de 1885 creyó, como Navarro Viola, que la misión de las musas era poner la religión, la filosofía, la política, las verdades más altas, al alcance del pueblo. Cumplió este cometido con ingenuidad; pero con numen frío, sin detenerse en el estudio de las complicaciones estéticas y de los preceptos de la retórica. Á casi todos aquellos forjadores de rimas hay que recordarles continuamente el verso de Boileau:

Preniez mieux votre ton. Soyez simple avec art.

En las veladas del Ateneo, en aquel ambiente cargado de pasiones generosas y de exaltadísimas esperanzas, la poesía patriótica tenía que llegar necesariamente á la plenitud de su floración.—Esa floración se realizó, al fin, encarnándose en el numen mesenio de José G. del Busto.

Del Busto cerró para siempre sus fatigados ojos en la mañana del 27 de Junio de 1904.

Fué uno de los primeros poetas y uno de los primeros oradores de su generación.

Apareció cuando agonizaba el romanticismo, siendo su vida á modo de novela dolorosa y larga.

Á la edad en que los otros son todavía adolescentes tímidos, él escribía ya en las columnas de *La Razón,* — baluarte por entonces del pensar sin cadenas, — y ya explicaba historia en los salones del Ateneo, — parecido por esos días á aquellas universidades libres á las que debe su maravillosa vitalidad el mundo germánico.

Fué un orador potente por la voz, por el gesto, por el surco luminoso de las ideas y por la eufónica hermosura de las palabras.

Fué también un poeta prodigiosísimo, con más colores en la fantasía que matices tiene el polvillo irisado que cubre las alas de las mariposas nacidas en los trópicos; con un conocimiento tan refinado de las leyes del ritmo, que parecía sabedor del secreto de lo que cantan aquellas liras puestas por los pintores de la antigüedad en las nítidas manos de los ángeles; con un corazón profundo como el mar, pero como un mar que en su seno guardara tan sólo limpidísimas perlas y corales de dulces tonos rosáceos; con un amor frenético por la gloria, por el renombre, por la inmortalidad, pero con un amor que la envidia no manchó nunca con el soplo más tenue del suspiro más suave.

Desde 1881 hasta 1883, aquella lira canta al amor, al genio, á la virtud y á la libertad; pero, obediente al influjo de los exaltados puritanismos de Vázquez y Vega, el madrigal le place menos que el yambo, y oficia más en los rudos altares de Tirteo que en los

altares afrodisíacos de Anacreonte. Así aquel numen, unas veces melancólico y otras entusiasta, vibra mejor cuando azota la frente de los déspotas con el látigo de las ciudadanas indignaciones, que cuando dice las salves del requiebro ante los rojos labios ó las negras pupilas de una mujer.

Su canto *A Grecia* es inspiradísimo, á pesar de las muchas incorrecciones que mancillan su forma. La cuna del arte, la patria del numen, la tierra del genio, la sibila coronada de mirtos y de rosas que baña sus pies en las ondas de un mar perpetuamente cantador y azul, se apoderó del alma del poeta civil, que quiso divinizarla en sus estrofas, como ella había divinizado al hombre en la serena inmovilidad de sus estatuas y como ella había divinizado á la naturaleza en los asoleamientos primaverales de los órficos himnos.

Entre todos los poetas helénicos, ¿cuál es el que prefiere el poeta uruguayo? — El poeta uruguayo prefiere á Píndaro, que en el desorden de sus estrofas predica el culto de la libertad y la religión de los héroes que han muerto por la patria, haciendo que revivan, al soplo de su numen, el indomable valor de Aquiles y el sacrificio augusto de Ifigenia. — La Grecia, que le cautiva y que le apasiona, no es la Grecia en que Venus surge del fondo del oleaje azul, reclinando su desnudez en un lecho de nácar que custodian los celosos tritones y en torno del cual vuela un blanquísimo bando de arrullantes palomas. La Grecia á quien dice su trovada de amor el poeta uruguayo, es la Grecia de Maratón, es la Grecia de las Termópilas, es la Grecia inmortal de Salamina.

"¡Silencio! De la noche entre las brumas,
Del golfo en las corrientes azuladas,

Chocan los remos, saltan las espumas,
Y la Diana del mar bruñe cascadas.
Avanzan las galeras,
Formadas en batalla,
Desdeñando el peligro, el oleaje,
Y al hallar de otras naves la muralla,
Valientes y ligeras
Se lanzan al fragor del abordaje.
Tiemblan y cambian de color las olas;
Himnos de libertad y servidumbre
Se mezclan en titánicas querellas;
Huye el déspota audaz de la colina;
En la orilla, en el llano y en la cumbre
Brotan cantos, laureles y corolas,
Y el cielo dá más luz á sus estrellas
Para alumbrar el mar de Salamina!"

El poeta sabe que sólo después de haber conquistado el cielo de la libertad, las patrias conquistan el cielo del numen.

"Y en medio de las ruinas que se alzaron
Al beso de la aurora,
En medio de los himnos que brotaron
Sobre la tumba heroica de Teseo,
La escuadra redentora
Dió fondo en el Pireo.
Fué entonces, ¡sacra Atenas!
Que tu musa gigante, estremecida
Por el soplo de luz de la victoria,
Para cantar mejor se abrió las venas,
Y con sangre de dioses encarnando
De Fidias el cincel, la voz de Esquilo,
Dejó la flor de gloria
En mármoles y cantos esculpida.

Fué entonces que, lanzando
Alaridos de indómita fiereza,
Los faunos del Eurotas y del Nilo
Doblaron á tus plantas la cabeza.
Y Palas, la gran Palas,
La diosa del Olimpo soberana,
Abandonó su hogar, quebró sus alas,
Y al suave resplandor del sol heleno
Subió á engendrar la ciencia
Allá.... sobre la Acrópolis lozana,
Del Partenón en el marmóreo seno!

Grecia, que supo vivir en íntimo consorcio con la libertad y el arte, vivirá en la memoria de las naciones hasta el último día de las patrias terrestres.

"Si dioses, héroes, mártires y ondinas
No tuviesen más templo que la tumba,
Ni más historia que la historia ignota
Del árbol que en la noche se derrumba;
Si en la historia del tiempo todo ardiera,
Y de tu estatua rota
Sólo quedasen las cenizas frías....
¡Grecia, de tus cenizas, de tu hoguera,
Como el ave inmortal renacerías!"

El canto á Grecia, lo mismo que el canto á Polonia, no son sino un himno á la libertad, por la que clamaban todos los hombres probos del país charrúa bajo la corruptora dominación santista. — Esos dos ensayos, — que no sólo tienen el desorden, sino que también tienen el vuelo desigual del numen pindárico, — retrataban indirectamente el estado de los espíritus en aquel lustro gris; pero nuestro poeta, que era un poeta esencialmente lírico, necesitaba esculpir con

mayor precisión el pensamiento y la conciencia de aquellas horas tristes. La poesía lírica no es sino la expresión de los sentimientos del espíritu del poeta; pero la poesía lírica, á causa de su carácter esencialmente sugestivo, puede llegar á ser, en ocasiones excepcionales, un reflejo del estado pasional del hombre y del estado pasional del mundo que le rodea. En las edades sincréticas, cuando todas las almas piensan y sienten del mismo modo, el poeta lírico se transforma en el pregonero de las torturas y de los ideales de su sociedad y de su siglo, porque al traducir el estado de su alma, traduce el estado del espíritu de su nacionalidad y de su tiempo. La poesía lírica es eminentemente individual; pero hay instantes en la vida de las naciones en que el sentimiento individual no es sino la imagen del sentimiento colectivo. Entonces el poeta, al cantar las angustias que laceran su alma, canta las angustias que laceran el alma social, siendo su espíritu como una lámina pulida y brillante que recoge y devuelve los luminosos rayos que le envía el mundo exterior.

Así cuando muere Prudencio Vázquez y Vega, que había predicado con el ejemplo y con la palabra el odio á los desbordes del régimen santista, el poeta bendice sus virtudes estoicas y canta de rodillas ante sus despojos.

"Era una hacha de acero
Que el deber, y no el hombre, manejaba;
Un carácter que nunca vacilaba,
Y enérgico y austero,
Como un rayo ante el crimen se forjaba.
Era un faro encendido
En el pico gigante de la sierra
Donde cuelgan los cóndores su nido;

¡No miraba á la tierra
Su pensamiento en el espacio erguido!
Amigo, fué un hermano;
Apóstol, su palabra estaba ungida;
Maestro, fué un ejemplo soberano,
Y al romperse su vida
El molde se rompió del ciudadano."

El muerto era digno de aquellas estrofas. Vázquez y Vega fué, en una época de desesperanzas, la encarnación del civismo y de la probidad. — Era justo, era austero, era inflexible con los déspotas y los cortesanos. Su desdén y su cólera caían sobre los contemporizadores como una lluvia de lava ardiente. — Luchó con denuedo, — abroquelándose entre los sacros muros de sus pobrezas incorruptibles, — en el periodismo, en la tribuna, en la cátedra y el hogar contra la corrupción que nos invadía y contra el satrapado que nos mancillaba. Fué ciudadano siempre y en todo, hasta en la tesis presentada al concluir su carrera de doctor en derecho, respondiendo á los que le acusaban de habitar en las nubes y lejos de la tierra: "Si vivimos en las nubes, preciso es confesar que en las nubes se hallan también la honradez y la virtud; preciso es confesar que en las nubes se originan también hechos prácticos como la lluvia que fecunda y el rayo que mata."

Por eso, ante el sepulcro de aquel gran carácter, la musa del poeta dijo bien al decir:

"Ya no tengo á mi lado
Al compañero fiel, al noble guía;
¡Ay del amigo que se queda aislado!
¡Ay de la patria mía
Que pierde acaso su mejor soldado!

¡Patria de mis amores,
Madre que Dios al engendrar maldijo,
Añade un dolor más á tus dolores,
Y ven á sembrar flores
Y á llorar en la tumba de tu hijo!"

Hacia la misma época, del Busto escribe *El último de los Treinta y Tres*. — Es un romance épico. — Principia con una evocación del pasaje heroico. — En la playa, silenciosa y obscura, se oye un rumor de remos. — Se divisa una luz sobre las aguas, á la que responde el brillo de otra luz que se enciende sobre la orilla. — ¿Quiénes son los que llegan entre ruido de armas y ruido de olas?

"Son ellos! los proscriptos,
Los héroes de la lucha legendaria,
Los vengadores del honor violado,
Los Treinta y Tres de la legión sagrada!"

Cuando el último de los libertadores muere en la pobreza y en la obscuridad, después de haber agonizado por mucho tiempo, la musa indignada se hiergue y grita:

"¡Menguada edad la nuestra
En que el viento polar todo lo arrasa;
En que glorias, derechos y leyendas
Ruedan en el turbión de la desgracia!....
¡Época de ignominia,
Burla irrisoria de la suerte amarga,
En que el hombre de bien se cubre el rostro
Y alza palacios la opresión villana!"

El aplauso con que eran recibidos estos apóstrofes demostraba lo probo del corazón del país, puesto que los recuerdos gloriosos y las altiveces educadoras aún

se mantenían en todo su poder y todo su hechizo. Se ardía en deseos de renovar la juventud de la nación, y en medio del naufragio de las leyes, del despojo de la hacienda pública, del orgullo del déspota sin consejo, el verso esparcía la esperanza de lustros mejores y la prosa sembraba la religión de la libertad. — En vano los militares y los palaciegos, encumbrados y enriquecidos por el favor del sátrapa, ponderaban las excelencias maravillosas del cesarismo. El público pensaba, como Montesquieu, que un déspota se parece al salvaje que derriba á los árboles para comerse los frutos que cuelgan de sus ramas. — No creía, como Hobbes, que el despotismo es un mal legítimo, porque es un mal necesario. El pueblo charrúa aun no prefiere el bienestar á la libertad. — El pueblo charrúa sabe, como Stuart Mill, que los buenos déspotas son más perjudiciales que los déspotas malos, porque los primeros enervan el pensamiento de las clases cultas y adormecen las pasiones generosas de la muchedumbre. — "El reinado de Augusto, dice Stuart Mill, prepara el de Tiberio."

Por otra parte, aquella satrapía era una satrapía innoble y ruinosa. — Era el régimen político de Bizancio. — Como en Bizancio, la lisonja, la intriga, la deslealtad, el motín cuartelero servían de escalera á la ambición sin base y sin ley. — Como en Bizancio, nuestros Migueles y nuestros Basilios habían sido palafreneros antes de ser pontífices y emperadores. — Eso explica la resonancia de las estrofas de nuestro poeta, que el 5 de Setiembre de 1882 recitaba la mejor de sus composiciones, *El ideal*, desde lo alto de la tribuna del Ateneo.

"¡Abrid las puertas á la buena nueva,
Esclavos del palacio y la cabaña!

¿Queréis ser hombres y queréis ser libres?
¡Fuera temor! ¡Subid á la montaña!"

En la sagrada cima, donde esplenden los faros de la eterna aurora, vierte sus perfumes la flor del ideal. — El ideal es la augusta trinidad de lo verdadero, lo bueno y lo hermoso. — El ideal es el conjunto de todos los ensueños vividos por el poeta en las horas ardientes de la inspiración. — El ideal es

"El nido que calienta la enramada,
La noche que dá voz al ruiseñor,
La bandera sagrada de la patria
Flameando en la batalla del honor.
La luz del sol; la libertad soñada
Alzándose inmortal sobre el pavés;
Cristo en la cruz, Humbolt en la montaña
Y el mundo de rodillas á sus pies.
La ciencia y Dios; la rauda catarata;
La esperanza y su cielo brillador;
El viento, en los balcones de Julieta,
Balanceando la escala del amor."

En su ascenso á la cumbre, vencedora de la tarde, á veces la humanidad se extravía por los vericuetos de la montaña, enrojeciendo los ásperos picachos con la sangre que vierten sus pies desnudos; pero á pesar de lo obscuro de la noche, de lo ágrio del sendero, de lo voraginoso de la tempestad, la caravana sigue trepando hacia la sacra altura, en la que tal vez nunca clavará su bandera.

"Mas ¿qué importa? Los vientos del progreso
La impelen con más fuerza á las alturas,
Y el genio misterioso que la alienta
Desprende sus flotantes vestiduras,

Canta Homero y los ciegos ven el día,
Los rayos encadena Prometeo,
Hiende Fulton la espuma de los mares
Y hace andar á la tierra Galileo.
¡Dios! — en el circo infame exclama el mártir,
Y — ¡Patria! — en el cadalso el girondino;
Wáshington cruza el Delawar, valiente,
Y á Bolívar encuentra en su camino."

El poeta, alistado en la inmensa caravana que corre hacia la cumbre, se extravía en una noche de borrasca y de obscuridad, encontrándose, al fin, solitario y triste en una selva más lóbrega que la selva del primer canto del poema dantesco. El viento le trae un grito de náufrago, y, á la luz de un relámpago, vé que baja, de una pendiente aguda, un copioso torrente de color de sangre.

"Chocaban en el aire las espumas
Y silbaban las olas al caer;
Una roca se alzaba á flor de agua
Y en ella estaba asida una mujer.
— ¿Quién eres? — exclamé, de anhelo loco,
Saltándome en el pecho el corazón;
Y ella, casi sin voz, como una madre,....
— ¿No me ves? — contestó con aflicción.
— ¡Patria! — grité tendiéndole los brazos
En el delirio de mi ardiente amor;
— ¡Patria! — volví á decir con extrañeza,
Y — ¡Patria! — repetí con hondo horror.
¿Cómo flotas sin vida en el torrente
Cuando espera tus besos el hogar?
¡Hija de Dios! ¿Quién te arrancó del cielo
Para arrojarte al negro muladar?
— ¡Ay! exclamó, también en la mañana
Hacia la cumbre intrépida marché,

Y reclinada en mis valientes hijos
Cien veces mi cabeza coroné.
  En la paz, en el triunfo, en la derrota,
Genio, lauros y sangre derramé;
Con fe en el porvenir, siempre serena,
La tricolor bandera enarbolé.
  ¡Pobre de mí! Mis hijos me olvidaron
Para lanzarse á fratricida lid;
Y muerta de dolor, entre sus filas
Rompí mis armas, y les dije: — Herid! —
  Brindaron con mi sangre en mil orgías
Y yo la mesa fuí de su festín;
Jugaron á los dados mis girones
Y en mí saciaron su venganza ruin!
  ¡Cuánto baldón! Para colmar la afrenta
Puso un caballo sobre mí su pié,
Y sin fuerza, sin luz, sin esperanza,....
En el torrente, mísera, rodé! —
  Calló la patria. De vergüenza lleno
La voz en mi garganta se anudó,
Y al peso abrumador de los recuerdos
El llanto mis mejillas abrasó.
  — Madre, le dije al fin, mucho has sufrido;
Pero aun queda un albor. ¡Ponte de pie!
— No puedo, contestó la desgraciada
Con ronca voz. — ¿No puedes? ¿Y por qué?
  Alza la frente donde anida el rayo
Y arranca de su sueño al huracán;
Acuérdate que siempre los tiranos
Duermen sobre la lava del volcán.
  Y si hay Cónsul que en torpe servilismo
Se atreve á profanar tu pabellón,
Y lo entrega al caballo de Calígula,
¡Hunde en el polvo al Cónsul y al bridón!"

Después de este derroche de lirismo desordenado, el poeta, conducido por la musa ardiente y soñadora, llega á la cumbre donde se entreabre la flor del ideal. Á los piés de la cima se vé un horrible abismo, de cuyas negras fauces se escapa un haz de sulfúreas llamaradas. En el seno del cráter, se derrumban los tronos protervos y los falsos altares. Allí los tiranos, sin patria y sin hogar, aplacan el hambre, que los consume, royendo los cráneos hediondos de sus víctimas. — El poeta, espantado ante tanta miseria, cierra los ojos, hasta que la musa, envuelta en un velo que es como un rayo de luna, le dice que mire hacia la cumbre, donde palpita é inciensa la flor de los sueños. — Allí irradian los faros de la eterna aurora: ¡el amor, el bien, la libertad, la hermosura sin fin!

En esa ascensión hacia el porvenir, en ese hermosísimo canto, el poeta transforma el dolor colectivo en su dolor individual y resume las esperanzas de todos en sus patrióticas esperanzas. — Justo era, entonces, que el público simpatizara con el artista. — Nunca la musa de éste voló más alto y voló con más brío. — Guyau ha dicho: "La concepción del arte, como todas las demás, debe constituir una parte cada vez más importante de la solidaridad humana, de la mutua comunicación entre las conciencias, de la simpatía á la vez física y mental, que hace que la vida individual y la vida colectiva tiendan á fundirse." — Y Guyau agrega, en *El Arte desde el punto de vista sociológico:* "La emoción artística es esencialmente social; tiene por resultado ensanchar la vida individual, haciéndola confundirse con una vida más amplia y universal. El fin más elevado del arte es producir una emoción estética de carácter social." — En el pueblo uruguayo de 1882, en aquel pueblo esquilmado y enflaquecido por una dictadura cuarte-

lera, la frenética vibración de aquellas tirteanas estrofas debía despertar la emoción estética de carácter social en que el filósofo francés ve el fin más elevado del arte. — Del Busto fué, en aquellos momentos, el intérprete del pensamiento y de la conciencia de su país. — ¡Esplendor pasajero! — ¡Fugitiva claridad meridiana de un numen sin fortuna! — Un extravío de la juventud, reparado más tarde con prodigalidad y envuelto en la leyenda de una muy ardiente pasión amorosa, llevó á nuestro poeta, sin amigos y sin recursos, á la patria de Góngora y de Garcilaso.

En mezquitas, cambiadas en catedrales; en jardines, cruzados por el pie pequeñuelo de las reinas muslimes; en caminos que llena, como un himno de gloria, el sol andaluz, el pobre soñador sufrió del mal de las añoranzas, pensando en el perfume de los aromos que vuela por el aire de nuestras cuchillas. Dicen que allí recitó comedias y que vivió de la limosna de los extraños. Muchos años después volvió al terruño en que el hornero labra su choza de albañil, riñendo en nuestra prensa grandes batallas por la cultura, por el derecho, por la concordia. Habló de arte y escribió rimas; pero que ya no eran las rimas febricientes, con la fiebre del genio, de los días hermosos de su juventud. Por segunda vez vió disiparse sus ilusiones, como pálidas hojas de sauce que caen en el agua, y que la vertiginosa corriente lleva río abajo, río abajo. Después.... ¡después se vino á pique, mordido por la anemia, gastado por la vida!

Luchó con su dolencia, sin dominarla, aquel representante de la edad romántica, de la edad de oro del metro y del numen, de los tiempos que tenían un ideal más brillador que las piedras preciosas del manto sultanesco de Sherazada. Al compás de los clarines de la guerra civil cayó en la lucha con la realidad, sin

comprender el espíritu de las últimas horas en que había vivido, horas que pertenecen á la burguesía del mundo intelectual, á los mediocres de la imaginación.

Al agonizar el mes de Julio de 1904, desprendióse el espíritu del poeta de la terrena forma que le sirvió de túnica, para ir á recoger la cinta de laureles que le guardaba, esperándole en los pórticos de la inmortalidad, la musa de sus cantos, cinco veces tan bella como la Julieta que él nos pintó en la ventana que caía sobre el jardín más florido de la Verona del Medio Evo.

Concluyamos. La generación de José G. del Busto no creía en las virtudes del arte por el arte. Aquella generación no quiso ni supo desvincular al numen de las agitaciones filosóficas y políticas que alteraban las olas oceánicas del alma popular. Predicó el dogma del arte por la idea y para la idea, dogma que nosotros predicamos aún, porque, para nosotros, la poesía, como todas las manifestaciones de la intelectualidad de un país, no es otra cosa que un soldado austerísimo del progreso. Los poetas de la antigüedad, los iluminados de las edades clásicas, entendían así su noble misión. Grecia, que con un trozo de árbol forma una lira y con un trozo de mármol forma una diosa, dió á sus poetas un carácter divino, profético, sacerdotal, por ser semidivina la musa de su Homero, el cantor de Chios, el que hechizó el escudo y la lanza de Aquiles. Así en Grecia, donde el arte es la resplandecedora apoteosis del espíritu humano, Orfeo, el tracio teogónico y argonauta, el músico á cuyos compases se efectúan la vendimia en otoño y la siega en estío, limpia, con su lira, de monstruos la tierra, y ablanda, con su lira, las furias del infierno, logrando casi rescatar del poder de la muerte á su esposa Eurídice. Así en Grecia, que es como la musa

del mundo antiguo y que es como la sibila de los antiguos cultos, Píndaro, dorio y aristócrata, celebra las costumbres y canta las glorias de los atridas feroces y atléticos; sublima á los héroes que luchan y mueren por la libertad de la patria. Así en Grecia, donde hay una ninfa oculta en cada tronco primaveral y una sirena oculta en cada ola mediterránea, Simónides, que gana cincuenta y seis veces el laurel de Olimpia, quema el incienso de sus endechas ante los altares de la virtud, y Alceo, irritable y pronto á la cólera, insulta y maldice á los tiranos de Metilena, besando con sus labios la sangrienta espada, ceñida de mirto, de los libertadores Harmodio y Aristogitón.

Con Del Busto se cierra el ciclo de oro del Ateneo.

Desde Varela, algo deletéreo quedó en nuestra atmósfera. Los hombres empezaron á reirse de la honradez, y las mujeres tuvieron una idea menos alta de la virtud. El pudor no dá joyas, el vicio sí. Nos descomponíamos. Los ateneístas trataron de evitar la disolución. ¿Lo consiguieron? En lo que se refiere á la vida política la retardaron; pero no en lo que se refiere á la vida social, porque al engrandecer el horizonte filosófico de los espíritus, quitaron á las ignorancias irreductibles el báculo y la antorcha de la fe ciega, de aquella fe con que los tebanos se prosternaban ante el disco melancólico de la luna. De todos modos hicieron bien. El universo se debe á la verdad, aunque las almas, para llegar á ella, tengan que parecerse á las mariposas que cruzan lo infeccioso del lamedal para embriagarse con los jugos azucarados de la flor montés. Las almas deben adherirse á la verdad, como se adhiere la lamprea de mar á la roca granítica donde bullen los flecos tornasolados de la

espuma blanca, porque la verdad, si existe lo absoluto, es la esencia de la esencia de Dios!

El resultado fué que se agrandó el horizonte de las conciencias con aquella ardiente polémica filosófica; pero el período de renovación, iniciado así, no podía contentarse con depurar la fe de las almas. Quiso también ejercer lo salutífero de su influencia sobre lo impuro de nuestro triste ambiente ciudadano. Después de los dolores de la dictadura habíamos caído en el satrapado envilecedor. ¿Qué hacer para librarse de los poderes de golilla y espolín cuartelero? Nada podíamos esperar de nuestras viciosas costumbres electorales. Nuestros gobiernos, que no son un mandato, sino una conquista, han querido siempre que las elecciones sean la victoria del caballo y del rebenque del comisario. El jefe político, que no triunfa en las urnas, es un jefe político detestable. Dimite ó le dimiten. Nuestra democracia no puede ser una democracia mientras así adultere los fundamentos en que reposa el sistema republicano, nuestro sistema representativo. El voto ilustrado se abstiene, la autoridad convierte el crujido de su divisa en un toque á reunión, las oposiciones son revolucionarias, el poder es el feudo de una minoría que parece grande porque oprime y gobierna. Si los partidos populares existen, existen por tradicionalismo y á despecho del voto. La asistencia á las urnas es un acto estéril, porque la esperanza del éxito, la probabilidad del triunfo, no estimula ni anima al que sufraga. Si alguna voz les dice á los vencidos: — perseverad y seguid votando, — esa voz desfallece sin ser oída. El llano la calumnia. El poder la esteriliza con lo férreo y excluyente de su actitud. ¿Qué hacer entonces? Conspirar ó alejarse de la vida pública. Con los gobiernos de partido sólo el partido del gobierno puede vencer en el acto del voto. Para que el pueblo

trabajador asistiera á la batalla de los comicios, sería necesario que la autoridad no interviniese en esa batalla. De esta impotencia de las oposiciones han nacido dos enfermedades crueles: una es la displicencia cívica, el abandono del derecho de elegir, y otra, la peor, es el descrédito de la legislatura, el desprestigio de la entidad parlamentaria, elegida no por el pueblo, no por la opinión serena é imparcial, sino por el poder excluyente y aislado en su fuerza. Mientras no se enderecen los procedimientos no se evitarán la abstención y el escepticismo. Más ó menos tarde la rebelión seguirá desgarrando al país. ¿Cuándo? Cuando pueda, cuando se le presente la oportunidad. Las tempestades no se producen á plazo fijo. El gobierno de partido ha sido un eterno factor de revoluciones, lo mismo en las repúblicas italianas del medioevo que en las repúblicas continentales del siglo diecinueve. La lentitud de nuestra evolución progresiva es lógica, porque nuestro sistema de gobernar retarda y dificulta la evolución, permitiendo á los partidos tradicionales, siempre en batalla, mantenerse inflexibles en el antagonismo de sus leyendas.

Estas duras verdades fueron predicadas por los ateneístas. Las predicaron en otra forma. La musa colérica de Melián Lafinur maldijo á los tiranos. La de Arrascaeta anunció la santa libertad de los pueblos. Bustamante y Sienra Carranza, para no citar otros, reforzaron la varonil empresa de la poesía. Todos condenaban á los gobiernos personales, electores, de opresión, de círculo, de secta, tratando de fortalecer la fibra ciudadana, no para conducir á las muchedumbres al acto del voto, sino para conducirlas al movimiento revolucionario que estalló en 1886. Las rebeldías, hasta derrotadas, son una pena moral. ¿Quién es el castigado? El gobierno que no supo preverlas. El poder

que no supo evitarlas. La historia, que está siempre de parte del derecho, no quiere que el país viva para el partido gubernamental, sino que quiere que la fuerza gubernamental impulse y dé brío á todos los resortes y á todas las ruedas de la gran máquina del país. Del mismo modo que el país no es la heredad exclusiva de un bando, el gobierno no puede ser el patrimonio de ningún partido, porque si así fuera el gobierno, dejaría de ser el gobierno de la nación, para convertirse en el gobierno inaceptable de una parte de ésta. Los ateneístas, que hicieron de la literatura el último baluarte y la brilladora esperanza de nuestra libertad religiosa y política, no predicaban el reinado abusivo de las facciones, sino el reinado del derecho y de la virtud, únicas eminencias que concibe y soporta la democracia. Aquella predicación merecerá el aplauso del tiempo que viene, que es tiempo de justicia. Aquella época no será olvidada y las enseñanzas de aquella época prevalecerán, justificando el carácter civil de nuestras liras y el ardoroso carácter de nuestra oratoria. El Ateneo fué el arca santa en que la república encerró el decálogo del pensamiento libre y el civismo austero, cuando los horizontes de la patria carecían de luz, cuando las dulces flores del ensueño del bien morían sin abrirse en los huertos morales del país de Artigas.

Desde aquella época, ni Augusto nos engaña ni vivamos á Cromwell!

CAPÍTULO XI

Ramírez y Bauzá

SUMARIO:

I. — La elocuencia y la elocución. — Ambrosio Velazco. — Julio Herrera y Obes. — En 1875. — Su modo de decir. — El deber moral. — La Regencia y el herrerismo. — El poder magnético de su palabra. — Don Martín Aguirre.

II. — Carlos María Ramírez. — Ramírez y las tradiciones históricas. — Datos biográficos. — Sus versos. — *La Bandera Radical.* — Las novelas de Ramírez. — Fundación del partido constitucionalista. — Su obra de pensador es completa y durable. — Ramírez y el Dr. Berra. — Ramírez y Artigas. — Ramírez en la tribuna. — Su imaginación, su ciencia y su memoria. — Sus primeros discursos legislativos. — *La Cédula Hipotecaria.* — Párrafos de esa arenga. — Un triunfo merecido. — Los últimos honores.

III. — Francisco Bauzá. — Apuntes biográficos. — Sus versos. — Sus libros. — *Historia de la Dominación Española en el Uruguay.* — Su elocuencia. — Su catolicismo. — Párrafos de sus discursos. — Lo que era como improvisador. — Su fuego y su espontaneidad. — Su escuela tribunicia. — Conclusión.

I

Aun antes de llegar á la vida libre, la oratoria se manifiesta en las deliberaciones de nuestros cabildos.

La elocuencia, si atendemos á la etimología de esta palabra, reside toda entera en la elocución. Ni la elec-

ción de lo que va á decirse, ni el orden en que lo que va á decirse se manifiesta, hacen al verdadero orador. Éste se reconoce y distingue por la elocución, ó de otro modo, por el talento de la palabra. El orador debe saber persuadirnos como un filósofo, entretenernos como un historiador, y emocionarnos como un poeta. Latinos por la raza, españoles por el origen, apasionados por el temperamento, y poseyendo un lenguaje más policromo, más musical, más volador que todos los lenguajes de que el mundo se sirve, fácil nos fué sobresalir en las batallas de la tribuna. En 1874 ya éramos maestros en el arte de hablar. Oid á don Ambrosio Velazco discurrir sobre las facultades de los poderes públicos y sobre el modo de resolver sus antagonismos de autoridad:

"— ¿Tiene el Poder Legislativo, la facultad omnímoda de legislar, en absoluto?.... No, señor.

"El Poder Legislativo tiene la iniciativa de las leyes, en sus Cámaras respectivas; y la tiene por atribución especial. Pero no puede ejercer esa función sin la concurrencia del Poder Ejecutivo.

"Si nuestros Gobiernos mandaran siempre á sus ministros á tomar parte en las deliberaciones de la Asamblea, entonces harían práctico el ejercicio de la parte que les toca como Poder colegislador; y no se limitaría sólo á la función de la promulgación de la ley, sino que empezaría á tomar parte desde su discusión, porque por la Constitución tiene ese derecho.

"Sancionado un proyecto por el Cuerpo Legislativo, ¿es ley, aunque tenga el concurso de ambas Cámaras?.... No, señor Presidente: porque entre las prerrogativas constitucionales del Poder Ejecutivo, está la de hacer observaciones á las leyes que no encuentra convenientes; y esas observaciones importan la participación del Poder Ejecutivo en las funciones

del Poder Legislativo; y esa participación demuestra, que tiene limitadas sus facultades como legislador el Cuerpo Legislativo; puesto que en el caso de oposición por parte del Poder Ejecutivo, á una ley, es necesario que el Proyecto observado vaya á la Asamblea General, en reunión de ambas Cámaras, y obtenga allí el concurso de dos terceras partes de votos, sin lo cual no puede ser ley.

"Todavía, la Ley Fundamental ha dado al Poder Ejecutivo dos armas poderosas: la del veto y la del número de votos."

Agrega en seguida:

"Esto, lo que quiere decir, señor Presidente, es: que según nuestro sistema de Constitución, la última palabra está concedida, tanto en medidas gubernativas, como en medidas legislativas, á la Asamblea General, — con un cierto número de votos; porque no ha querido abandonar al capricho ni á la pasión (y en eso ha hecho bien la Constitución) y ha dicho: vengan los dos tercios de la Asamblea General y esos dos tercios formen la última palabra en la cuestión.

"Es decir, que nuestra Constitución, siempre consigna claramente, por su espíritu y por su letra, que la última palabra siempre la deja al Cuerpo deliberante: y ha hecho bien. Es decir, que entonces, aun contra las observaciones del Poder Ejecutivo, manda la Ley Fundamental: que la última palabra sea la que dispongan las dos terceras partes de los votos de la Asamblea General.

"Esto, pues, para mí, es concluyente.

"Por consecuencia: la teoría de que los Poderes son absolutamente independientes, y de que no tienen por qué conservar interferencias en la acción, uno de otro, es una teoría falsa y perniciosa.

"Falsa, porque es contra los textos constituciona-

les, que establecen lo contrario. Perniciosa, porque al establecer esa separación, esa segregación de los Poderes, se establece la muerte del organismo político que es el desquicio ó la tiranía, como lo dicen los mismos Constituyentes, en su Manifiesto.

"Un Gobierno, que administrando pudiera decir: yo hago lo que quiero, sería lo mismo que un Cuerpo Legislativo que legislase lo que se le antojara, y que legislase sobre todo y para todos, absorbiendo funciones de los otros Poderes.

"No es esto lo que quiero yo; ni lo que he sostenido, ni sostendré jamás. Yo sostengo la doctrina de Story: la aplicación, en cada caso, de los preceptos constitucionales de nuestro organismo político, tal cual nuestra Constitución los establece.

"El Poder Legislativo, no es omnímodo, no es absoluto: tiene que obrar dentro de la órbita de sus atribuciones en consorcio con el Poder Ejecutivo; aunque la última palabra, en la decisión se la haya dado de un modo limitado la Constitución."

Entra luego en largas consideraciones para demostrar que el poder judicial no es juez competente en los litigios entre el poder ejecutivo y el legislador.

"Otro punto que se ha tratado, señor Presidente, es, de que así como la Constitución Americana ha establecido una jurisprudencia especial para aquel país, por su naturaleza y por su Constitución, quieren hacer que ésta, aplicada para un Estado Federal que ha tenido la necesidad de crear unos Tribunales Especiales llamados Tribunales Federales, que no tienen nada que ver con los Tribunales Especiales que tiene cada Estado, se aplique á nuestro país, señor Presidente. Y lo que no se encuentra en la Constitución nuestra, se quiere buscar en la aplicación de una

Constitución extraña, y que es enteramente contraria á nuestro sistema de Gobierno.... Nuestro sistema es Unitario, y el de la Constitución Americana es Federal.

"Así es que nuestra Constitución, con previsión.... porque en esta parte es necesario hacer justicia á los que compusieron esta especie de Código, vieron que ni podían organizar una cosa parecida á la de los Estados Unidos.

"Desde que este país no era sino Unitario, y que su Constitución no se ponía en el caso de que hubiese Estados ni Provincias diferentes, con autonomía propia, no había para qué crear tales Tribunales; y entonces, crearon la Alta Corte; pero, ¿para qué?.... para determinadas funciones: no la dieron ninguna atribución en los conflictos constitucionales. Porque ya he dicho: no se me citará ningún artículo de la Constitución que confiera ó autorice á la Alta Corte ó á los Tribunales Ordinarios, para decidir en casos de esta naturaleza, como por ejemplo: el que nos sucedió en el año pasado, sobre si la Cámara tenía atribución para mandar á tal ó cual distancia de este edificio, y que dijo el Poder Ejecutivo: no lo entiendo así.... ¿Quién dirime ésto?.... ¿Sería la Alta Corte?.... no. ¿Serían los Tribunales Ordinarios?.... no: porque ellas sólo tienen limitadas sus funciones, para los casos de contienda ante ellos; no por acciones de derecho constitucional, sino de derecho civil y comercial.

"Y, señor Presidente, se explica bien: la Constitución ha sido, en esta parte, sabia y previsora, porque en ella, un artículo especial, había consignado y establecido quien debía dirimir estas contiendas; y así está establecido; y de un modo, señor Presidente, más

absoluto que las erróneas absolutas del señor Diputado por Maldonado, respecto á la división de los Poderes.

"Dice el artículo 152 de la Constitución: — "Corresponde exclusivamente al Poder Legislativo interpretar, ó explicar la presente Constitución."

"Este precepto es bien claro, bien terminante: *corresponde exclusivamente al Poder Legislativo interpretar ó explicar la presente Constitución.*

"Quiere decir, que la Constitución ha creado la autoridad que debe decir la última palabra en estas cuestiones."

Luego se extiende, aclara, cita, supone, arguye, sale al encuentro de las objeciones y concluye diciendo, sin elegancia, pero con lógica y agudez:

"Así es, que la Constitución, señor Presidente, con lógica, con verdad, y hasta con utilidad, ha dado también en esta clase de cuestiones la última palabra al Cuerpo Legislativo. Y al darle la última palabra, le ha dado la acción, los medios para llegar á ese fin: porque no se puede establecer una atribución sin darle al Poder á quien se le atribuye, todos los medios de llevarla á cabo.

"Y los medios no son otros que el legislar. Legislando, pues, el Cuerpo Legislativo resuelve un conflicto ó una duda respecto á la explicación é inteligencia de una disposición constitucional. Y entonces, marchando esa prescripción por todos los trámites de cualquiera ley, tiene todas las garantías de acierto y de buena resolución.

"Y es por eso que esa última palabra, la Constitución se la ha dado al Cuerpo Legislativo."

Don Ambrosio Velazco, que presidió la Cámara, era un viejo tribuno caprichoso, experiente, divagador, leído y temible por lo rencoroso de su carácter. Su

genio era tan irascible como vigorosa y nutrida su inteligencia. No era como los irascibles de hoy, que sólo son diestros en interrumpir y en amenazar. No era como los irascibles de hoy, que son irascibles como el toro y el asno. Don Ambrosio Velazco muy pocas veces interrumpía. Impertérrito ante los ataques, por rudos que fuesen, los devolvía con réditos en descuidada forma, cuando le llegaba el turno de hacerse oir, hundiendo sus sarcasmos, como flecha charrúa, en la carne de sus agraviadores, atemorizados y sobrecogidos por su cáustica é implacable mordacidad. Como supo mucho y supo utilizar lo mucho que sabía, se le escuchaba con extrema atención en el cónclave bien celebrado de 1873.

En la misma legislatura riñe sus primeras batallas el doctor Julio Herrera y Obes. Más tarde su elocuencia se perfeccionará; pero ya entonces los ojos se vuelven hacia la persona de aquel orador pulido, pronto, ameno, impresionista, ingenioso y cáustico. Fué uno de los deportados de la barca *Puig*.

En los debates de 1874 y de 1875 no está aún en el mediodía de sus aptitudes; pero éstas ya revolotean en el fondo de su dicción, casi siempre oportuna y feliz. Toca en prodigio su perspicacia y rayan en maravilla sus facultades asimiladoras. El que le roce se punzará. Según las circunstancias, su estilo es flexible como la cera, duro como el hierro, transparente como el cristal, enigmático como el porvenir, ardoroso como la llama, frío como el mármol, y múltiple en matices como las alas de la mariposa que cruza el oro de un rayo de sol.

¡Cuánta miseria! Aquel hombre que, por la magia de su talento, subió tan alto, y que, á despecho de su talento, cayó tan hondo, debe tener una idea muy triste de la especie humana, chacal que lame los piés

de los triunfadores y hunde los dientes en la espalda desnuda de los vencidos. En aquella memorable legislatura, su rectitud cívica no había sido estrangulada aún por las serpientes de la adulación, el mando y el placer. Aun estaban distantes los días sin moral de la influencia directriz. Aun estaban lejanos los dolorosos días de la banderola partidaria al tope. Aun aquel espíritu, agudo y rápido y brillante como una flecha, no dudaba de la verdad de todas las cosas como Pirrón, y no se reía de lo efímero de todas las cosas como Demócrito.

En América no se puede envejecer. En América no se puede rodar en la puja de las ambiciones. Al que cae sólo le queda el consolador fantasma de lo pretérito. El que cae sólo vé tinieblas delante suyo. Los partidos se llaman ingratitud. Las amistades se llaman olvido. Julio Herrera lo adivinó. El viejo molde clásico no es el molde de su oratoria. Su oratoria es movediza como las dunas de los pagos que atraviesan los flamencos egipcios. Es graciosa y atildada y mordaz como una mujer coqueta. No se abandona nunca á las corrientes de la buena fe. En algunos casos baraja números con habilidad ó desenvuelve metódicamente una cierta dosis de ideas generales y de hechos concretos; pero su musa predilecta es el deseo de impresionar, de atraer la atención y de ganarse, arrobándolos ó divirtiéndolos, el espíritu y la buena gracia de su auditorio. Aquel escéptico conoce á su siglo. Aquel escéptico domina á las asambleas nerviosas, sin convicciones, enamoradas de un guiñapo que gobierna ó que aspira al gobierno. Aquel escéptico sabe que los hombres que le rodean sólo se preocupan de injuriarse ó de interrumpirse, dejando á los que mandan la tarea de amedrentar ó de dirigir á la mayoría. Aquel escéptico sabe que nues-

tro mar político es más duro, mucho más duro y mucho más traidor, que el siempre tormentoso mar de la China.

En 1874 aun cree en la eficacia de los sacrificios por la justicia y la libertad. No sabe aún que, como enseña Brice, los hombres dan su color y sus tendencias á las instituciones, desvirtuando el espíritu de las leyes cuando peligra el triunfo de su interés de iglesia inconmovible y retardataria. No sabe aún, como enseña Ostrogorski, que la fidelidad al partido, en que priman los más demagogos ó los más incapaces, es una traición á la democracia augusta y un atentado contra la conciencia individual, que los sectarios de cada grupo quieren que degollemos, á modo de paloma votiva, sobre las aras de un dogma inflexible, anulador y estrecho. Sin embargo, ya entonces se advierte en la forma oral de Julio Herrera algo de su inimitable forma volteriana, aunque la disfrace, en aquellos días, con un velo sutil de enfático y artificioso retoricismo. La legislatura de 1874, ebria de elocuencia y de libertad, no gusta del retruécano, no se place en la gracia, se sonríe por excepción, convencida de que á la tribuna de las arengas sólo deben subir lo noble, lo solemne, lo austero, los grandes vocablos y los grandes motivos. Es aparatosa, imaginativa, ferviente, doctrinal, casi judiciaria en muchas ocasiones. El indiscutible talento del doctor Herrera, que como las gaviotas vuela sin esfuerzo sobre todos los mares y á todos los hálitos, tuvo en aquella legislatura las cualidades de la claridad y la sencillez en la exposición, de la elegancia y la cortesanía en la réplica, de la altitud y el tino y el decir correcto, lo mismo cuando se debatían cuestiones económicas que cuando se debatían principios y problemas de índole moral. Ni su pensamiento ni su forma han ad-

quirido aún toda la agudez, toda la gallardía, toda la fuerza, toda la ingeniosidad que tendrán más tarde limados por la vida, burilados á torno por el escepticismo de su larga experiencia; pero ya el orador está como en su casa en aquella casa donde residen, por derecho propio, los Ramírez, los Velazco, los Bustamante, los Vedia, los Vázquez Sagastume.

En aquella asamblea fué práctico y sobrio; nunca grandilocuente. Oidle discurrir sobre las diferencias que existen entre el deber y la obligación:

"La obligación envuelve el cumplimiento de actos que se nos pueden imponer porque representan el derecho ajeno.

"El deber moral, no: porque son exigencias de la conciencia y que sólo debemos de ello cuenta á Dios.

"La obligación puede establecerse con sanciones penales en las leyes preceptivas. El deber no tiene más que la sanción moral de la conciencia de cada uno.

"Y esta confusión clara y palmaria la veo de relieve en la afirmación que ha hecho el señor Representante por Cerro Largo, sobre que el sufragio es un cargo, es una obligación, y que el Estado podría imponer pena, porque su ejercicio influye en beneficio común.

"Por la misma razón podría exigirse el cumplimiento de todos los deberes morales, porque interesan al buen orden y á la felicidad de las sociedades.

"Sin embargo, hay un límite que no puede trasponer la ley; que es aquel que tiene para los actos de cada uno: la valla de la conciencia individual.

"Si un individuo no cumple con el deber moral que tiene para con el Estado, de llevar el concurso de su voto para la buena elección de los magistrados que deben regir los destinos del país, será responsable, como lo es, cuando no cumple con los deberes de fa-

milia y religión, — que todos interesan y todos refluyen en bien de la sociedad.

"Es esta confusión que hace el señor Representante, entre los deberes y las obligaciones, la que lo lleva á establecer un principio que tiene mucha conexión con el principio fundamental de las sociedades antiguas y que conduce lógicamente á un comunismo fatal.

"Si se establece que todos los actos que refluyen más ó menos indirectamente en beneficio común, pueden imponerse, pueden penarse, la soberanía del individuo desaparece; volvemos á la absorción completa del individuo por el Estado."

Más tarde Julio Herrera se reirá un poco de las sanciones de la conciencia. Él, que fué espiritualista en las horas brillantes de su juventud, se convertirá en uno de los heréticos de la gran iglesia del deber moral. El amoroso de la filosofía que no cree en el acaso, se pasará á las filas del oportunismo con armas y bagajes. Los oportunistas y los estoicos son muy parecidos. Los dos recitan, al despertarse y á modo de oración, el clásico verso:

"Je m'abandonne en proie aux lois de l'univers."

Desde entonces en los discursos de Julio Herrera, aun en los más bellos, no encontraréis nada de sensible ni de afectuoso. Tendrá la claridad, la precisión, la dialéctica, la elegancia, la fina ironía, el ingenio criollo, la réplica oportuna y turbadora. Tendrá todo esto; pero conociendo mucho á los hombres y mucho á la vida, creerá que no es un crimen mentir á los hombres, que son siempre niños, y que todas las rutas de la vida deben cubrirse de rosas, para que no nos espanten y nos desfibren con su aspereza y con su fealdad. Como no cree en las multitudes, inven-

tará la influencia directriz. Como necesita apoyarse en las pasiones de aquello en que no cree, predicará la hegemonía de una banderola. Lo mismo sucede con su concepción de la vida. Es fácil de entender. ¿Os acordáis, no es cierto, de la Regencia? ¿Os acordáis del utopismo económico, del sabor galante, de la incredulidad de aquella época histórica? Pues si os acordáis, comparad aquella época con el florecimiento del herrerismo. En las finanzas reina el espíritu de Law; en los hábitos, flota el perfume de Manon Lescaut; en la filosofía, hay mucho de Voltaire; en la política hay algo de las habilidosas y dobles actitudes de Dubois. La caída será terrible. Las sanciones morales, en que aquella época watteauriana no cree, espían el momento de aparecer. Los ojos de aquellos hombres no pueden verlas, porque están acurrucadas y prontas al salto en uno de los repliegues de la túnica de lo porvenir. Esas sanciones se llaman caída, ingratitud, abandono y olvido. No importa. Mientras llegan, el herrerismo sigue su marcha triunfal. Algunos confían en que no tendrá fin, gracias al talento y á la buena fortuna de su abanderado. Como aquel talento es flexible, es brillante, es agudo, es encantador, y vela graciosamente su escepticismo, aquel talento vence en las batallas de la tribuna de las arengas, á la que subió, no amaestrado aún, en 1873. En aquel entonces, como reconocía don Ambrosio Velazco, el pueblo tuvo sed de justicia y de verdad. Julio Herrera fué uno de los catorce legisladores que renunciaron, por virtud cívica, á raíz de la tragedia del 10 de Enero de 1875. Fué también uno de los deportados de la barca *Puig*. El recuerdo de aquellos días dará brillo, más tarde, á su elocuencia. Alguien ha dicho, hablando de Mr. Balfour, que los ingleses dividen á los oradores en dos categorías: en la primera

agrupan á los oradores que tienen magnetismo, y forman la segunda con los oradores que, aun siendo oradores, carecen de él. Entre nosotros hay pocos oradores que hayan tenido tanto poder magnético como Julio Herrera.

Al hablar de nuestra oratoria parlamentaria, de injustos pecaríamos si olvidásemos la elocuencia doctrinal y erudita de don Martín Aguirre. Inicióse éste en la vida política en 1868, haciendo suya la causa del partido nacional durante la revolución concebida y encabezada por don Bernardo Prudencio Berro. Alejado del país nativo por los trágicos sucesos del año aquel, se refugia en el hospitalario suelo argentino, graduándose de doctor en derecho en la preclara universidad de Buenos Aires. Es uno de los voceros más ilustrados y más influyentes de la revolución de 1870; pero realizada la paz de 1872 y concluída la administración de Gomensoro, trabaja en vano para que su partido rodee con sus armas y con sus luces al débil gobierno del doctor Ellauri. Lastimado en su orgullo de hombre dirigente y en su política de transacciones, se acoge á las dulzuras de la vida privada y toma á su cargo, haciéndola irradiar con lucientes brillos intelectuales, la cátedra universitaria de Economía Política y de Derecho Administrativo. Actúa, con Bauzá y con José Cándido Bustamante, en las Cámaras de 1879, donde representa al departamento de Canelones. En 1886 se encuentra al lado de los que luchan por la libertad en los sangrientos campos del Quebracho, siendo herido en los lances del tristísimo día de Puntas de Soto. Entra después en la legislatura; pero no entra por la puerta grande del voto popular, sino por la puerta de las concesiones del partido adverso. Así lo dijo la prensa independiente de Cerro Largo. Herrera y Borda le

ven junto á ellos, aunque no siempre participe de sus ideas y aunque en varias ocasiones las contraríe. No estuvo con los suyos en 1897, en el año glorioso de Aparicio y de Lamas, en el año feliz del choque de Tres Árboles y el pacto de La Cruz. Cuestas, en 1898, le envió al destierro, de donde volvió para ser diputado primero y senador más tarde. Después de 1904, ya muerto Saravia, poco antes de iniciarse el gobierno del doctor Williman, la fracción impaciente y belicosa de su partido le lleva á la presidencia del Directorio; pero al ver que encontraba inoportuna y antipatriótica, por falta de caudales y de recursos, la guerra civil, le despoja de la autoridad que le concedió, obligándole á la renuncia y volviéndole á la vida privada, hasta que la muerte le otorgó el alto bien del reposo supremo el 23 de Abril de 1909.

Don Martín Aguirre era de alta estatura, de rostro inexpresivo, de cuerpo robusto, de decir mesurado y lentoso. Careció de donaire. El equívoco, el gracejo, la ironía, la sátira, le desagradaron. Fué, más que un tribuno, un político práctico y un hombre de leyes. De prosapia ilustre y de impasible aspecto, se encastilló en lo grave. Hablaba inclinándose sobre su asiento; moviendo, en ocasiones, los dedos de las manos de un modo inconsciente; con ademanes tardos y mucha lentitud, como si le costase encerrar las ideas en el arabesco de sus períodos. Perorando, pareció anfibológico. Leído, lo anfibológico se convierte en claro, persuasivo y correcto. Á pesar de sus aparentes frialdades, era un sér de pasiones y de autoridad. Le creíais linfático y fué nervioso, sanguíneo, no exento de bilis. Leía con acierto é incesantemente. Leía hasta en la mesa. Todas sus citas son certeras y oportunas, como todos sus discursos son metódicos y reflexionados. Conocía á los hombres y los enga-

ñaba, utilizando sus soberbias y sus codicias. Fué un apóstol del oportunismo, que es una mala escuela, habiendo sido revolucionario é idealista en su juventud. Más tarde transigió con lo malo, creyendo que así evitaba el triunfo de lo peor. Estuvo con lo hacedero y con lo posible contra lo improbable y lo dificultoso. El hecho era una divinidad para aquel latino, que opinaba á lo germano y á lo sajón. Se preciaba de lógico; pero no sabía que el bajel de la historia ancla siempre en las playas azules del mundo moral. Su influencia fué grande. Su labor legislativa de las más persistentes y las más abundosas. Al tratarse, en el mes de Marzo de 1880, de la creación del departamento de Rocha, el doctor Aguirre habla bien y con mucha amplitud en pro del proyecto, como habla extensamente y con mucha altura, en el mes de Mayo, al discutirse la venia solicitada para rendir honores á los restos mortales de San Martín. Una cuestión insignificante separaba, entonces, á los uruguayos de los argentinos. Alguno quiso hacer patriotería con aquella cuestión. El doctor Aguirre le salió al encuentro.

"— Los servicios del capitán general don José de San Martín fueron prestados, no á una de las secciones de la América, sino á la América entera; á la América entera, que era completamente solidaria de la gran lucha de la Independencia; — solidaridad llevada al extremo de que la causa de los Orientales y Argentinos se jugaba cuando se combatía en Boyacá, como la causa de los Venezolanos y Colombianos se jugaba cuando se combatía en las Piedras, Cerrito y San Lorenzo, como la causa de la República se jugaba en cada uno de los combates que se libraban en las distintas secciones en que después de la Independencia se ha dividido la América. Si una parte del

continente hubiera quedado bajo la dominación de la nación colonizadora, no cabe duda que las tentativas de ésta hubieran proseguido para volver al estado de colonias á todo el resto, y no cabe duda tampoco de que esas tentativas hubieran tenido una probabilidad de éxito muy considerable.

"Para que se aperciba más todavía de que los honores que vamos á tributar al capitán general San Martín, no son honores á la República Argentina, que tuvo la fortuna de ser su patria, basta que se tenga en cuenta que los más prominentes de los servicios de aquel gran Capitán fueron prestados precisamente en otras secciones de la América. El general San Martín no había alcanzado la fama á que llegó más tarde, ni siquiera podía fundadamente preverse que la alcanzaría, cuando combatía en San Lorenzo ó cuando organizaba en Mendoza los ejércitos que debían atravesar los Andes y vencer en Chacabuco y Maipú. Fué en acciones, y en acciones fuera de los límites del territorio de la República Argentina, donde prestó sus servicios más relevantes y conquistó su puesto en la historia. He aquí, pues, como cualquiera que sea la cuestión que nos divida en el momento con la República Argentina, no por eso deberíamos retardar los honores que vamos á tributar al héroe americano en tardío é insignificante tributo de gratitud al servicio que nos prestó á nosotros mismos, aunque fueron campos distintos de los que constituyen el suelo de nuestra nación aquellos en donde ellos se verificaron.

"Inútil es que trate de levantar en el concepto de la Cámara la gran figura del general San Martín: todos conocemos la historia de Sudamérica y todos nos preocupamos de los estudios históricos que de cierto tiempo á esta parte se vienen practicando, con

laudable celo, para hacer la luz respecto de aquellas grandes acciones y de los hombres que tuvieron la fortuna de practicarlas.

"El general San Martín no escapó á la calumnia; los que veían su largo alejamiento de la América, llegaron á suponer que pasaba una vida de delicias por el egoísmo de no querer participar de nuestras disenciones. Pero la historia reciente ha venido á demostrar que esas delicias que se suponían, fueron en muchos días la miseria y hasta la falta de pan!; y á mostrarnos un hecho verdaderamente curioso y digno de la más profunda reflexión; á mostrarnos que San Martín, como Bolívar, recibió muchos días el pan de la existencia precisamente de un hijo de aquella España á la cual había combatido con éxito tan favorable para nosotros, como desfavorable para la antigua madre patria: que así como Bolívar lanzó el último suspiro bajo el techo de un español, también San Martín recibió muchos días el sustento — de un español, el español Aguado, que había sido su compañero de armas cuando luchaba en la Península contra las huestes de Napoleón. Ese es uno de los rasgos últimamente conocidos y que completan el diseño de la gran figura, verdaderamente grande, del hombre ilustre á quien tratamos de tributar honores con ocasión de la reempatriación de sus restos.

"El acto, pues, que vamos á practicar, es un acto de justicia póstuma, que no puede, que no debe ser materia de discusión: no debemos, por cuestiones de momento que no amenguan y que en nada oscurecen los trascendentales servicios que le debemos; no debemos, digo, dejar de tributarle esos honores, porque ésto aparecería casi como una ingratitud.— "

El doctor Aguirre habló también con lógica verdad al discutirse, en el mismo mes y en el mismo año, un

proyecto sobre instrucción primaria presentado por el señor Pablo Nin y González. Se quería que el Estado estableciese una distinción pecuniaria entre los niños que tienen fortuna y los que no la tienen. El orador sostuvo que la instrucción primaria, la escuela estadoal, debe ser gratuita para todos los niños.

"— Por lo demás; que la cuestión de la enseñanza pública, ó de la instrucción primaria, es un negocio del Estado, más aún que de la familia, me parece que no puede ponerse en duda. La familia vive en la sociedad; y si no puede decirse que la sociedad sea primera que la familia, puede, por lo menos, asegurarse que son coetáneas: y si así, si la familia y la sociedad son de una misma época y si además la familia no puede alcanzar ó conservar, si ha alcanzado, los beneficios de la civilización sino desarrollándose en medio de la sociedad; y si se comprueba que hay un interés positivo social en que en tierna edad reciban educación competente todos los que han de ser un día miembros que desenvuelvan su actividad dentro de esa sociedad misma, no puede caber duda tampoco de que el Estado debe proveer á esa educación; y cuando el padre quiera reservarse el derecho de proveer por sí mismo á la educación de los hijos, entonces el Estado tendrá el derecho de vigilancia, de inspección, de superintendencia.

"En la cita que leí el otro día y que acabo de recordar ahora, al final del párrafo se dice: — "Jamás se acordará demasiada importancia á la educación de los futuros ciudadanos, porque del valor particular de los electores depende el de los legisladores." Y un superintendente de educación de Nueva York, Mr. Rice, dice á su vez: — "En un Estado como el nuestro es preciso que todos los niños, sin instrucción, puedan respirar la instrucción y la luz, como respiran el

aire y la salud, libremente y sin retribución alguna. Procurarles los medios es el primer deber de la nación, porque es su más grande interés."

"Otro americano ilustre, Daniel Webster, había dicho á su vez: — "Miramos la educación como un sabio y liberal sistema de policía, por el cual la propiedad, la vida, la paz de la sociedad, son aseguradas."

"El gran Wáshington había emitido una idea análoga en una carta dirigida á su predilecto discípulo Alejandro Hamilton, manifestándose también en un sentido perfectamente igual, en palabras que había señalado para tener el honor de leerlas también, por la autoridad de la persona.... y que en este momento encuentro: — "El verdadero modo de establecer la justicia, es la educación del pueblo, porque es el medio más seguro de encaminar con acierto el pensamiento de los ciudadanos."

"El ilustre pensador y escritor Macaulay, que nos ha citado el señor diputado doctor Terra, decía en una ocasión solemne en el Parlamento inglés: — "Sostengo que es el derecho y el deber del Estado proveer de educación al pueblo en general. Concibo que los argumentos con que esta proposición puede probarse, son en extremo sencillos, en extremo obvios, en extremo perentorios....

"Quitad la educación, — ¿y qué os queda? La fuerza militar, las cárceles, el calabozo, las colonias penales, la horca y todos los instrumentos de la ley penal. Si, pues, hay un fin que el Gobierno debe perseguir; si sólo dos caminos hay que alcanzar; si uno de éstos eleva la condición moral é intelectual del pueblo, y si el otro es una causa de dolor, ¿quién puede dudar cuál de estos caminos debe elegir el Gobierno?.... Nada me parece más extraño que esta proposición: — El Estado debe tener la facultad de castigar y está

obligado á castigar á sus súbditos que desconozcan sus deberes, sin que no obstante le sea permitido dar un paso para que dichos súbditos sepan cuáles son esos deberes."

"Y antes que él, Tomás Moore, había dicho algo parecido en las palabras que voy también á leer: — "Si consentís que el pueblo sea mal educado y sus costumbres se corrompan desde la infancia y luego lo castigáis por los crímenes á que su primera educación lo predispuso, ¿qué otra cosa puede concluirse de ésto sino que hacéis ladrones para castigarlos después?"

"Creo que basta de citas, porque ellas no crean, sino que ratifican ó demuestran la verdad evidente, de que el Estado, ó la sociedad, mejor dicho, porque el Estado no es más que la dirección, tiene positivo interés en la educación del pueblo; que es éste su más grande interés como se dice en una de las citas que acabo de leer. Si tal es la verdad: si la educación del pueblo es el más grande de los intereses sociales, ese grande interés social no puede ser desempeñado sino por el Estado, que es el órgano de la sociedad; y si ese es un deber del Estado, es un deber que no puede, que no consiente traer aparejado el exigirles una retribución determinada en cada caso á aquellos á quienes se exige que lo cumplan. — "

También en el mes de Junio de 1880 tomó parte principalísima en la discusión del proyecto declarando que los productos similares á los productos de nuestro país tenían libre el tránsito por el territorio de la República, debate empeñadísimo en que tuvo por aliado á Francisco Bauzá y por antagonistas á los señores Torres y Honoré, del mismo modo que, en el mes siguiente del mismo año, tomó parte principalísima en el debate de las modificaciones pro-

puestas por la Comisión de Legislación á varios artículos del Código de Procedimiento Civil.

El doctor Aguirre sabía, como Portalis, que los legisladores no hacen las leyes. Cuando más, las escriben. Las leyes son creadas por las necesidades que se derivan del progreso de los espíritus y de las costumbres. Somos un pueblo nuevo, un pueblo de ayer, y hay reformas que, en la edad infantil de las sociedades, deben evitar los hombres prudentes. Esas reformas vendrán más tarde, á su debido tiempo, en un período muy avanzado de civilización, cuando todos los conocimientos generales sean patrimonio de todas las clases de la sociedad. Así lo dijo en la sesión del 18 de Octubre de 1880. Muy poco antes, en el mes de Julio, había intervenido con eficacia al discutirse el proyecto declarando de interés nacional el pronto establecimiento de la Alta Corte de Justicia, de la que se habla en el artículo 91 de la Constitución.

No tuvo, ciertamente, el doctor Aguirre la dialéctica brillante de Bauzá ni las habilidades retóricas de Ramírez. Más doctrinal y más legista que éstos, no brilló en la tribuna con el fulgor que surge de aquellos grandes atletas de la palabra. Desdeñoso de lo trivial, sólo interviene en los asuntos de fundamento práctico, y le azora la gracia como á una dueña de severo decir las travesuras juveniles de un paje. Así le veis en 1879, así le veis en 1880, así le veis en 1881, así le veis en todos los momentos de su larga y copiosa vida parlamentaria. Larga y copiosa, sí. Lo fué, en efecto, no sólo porque actuó en varias legislaturas, sino porque intervino en las discusiones trascendentales de todas ellas. No era un voto, era una opinión que arrastraba votos, imponiéndose con frecuencia en el curso de los debates. En ciertos momentos desaparecía, como tragado por un escotillón.

Aquel orador, que no cree en las ventajas de la renuncia ni en las virtudes de los gestos heroicos, cree en las virtudes y en las ventajas de la lejanía, usando con largueza del ausentismo á raíz de los sucesos del mes de Mayo de 1881. Por repetidas veces, en distintas épocas, empleó esa táctica. Es que, á sus ojos, la renuncia equivale al desarme definitivo, en tanto que la lejanía nos permite volver, con ventajosa oportunidad, á intervenir en la marcha de los hombres y de los sucesos. Quiso adaptarse á las prácticas políticas de esta época de arribismos y de placeres, en que sólo se rinde culto á lo útil y que el miedo á la maternidad ha matado al amor. Pensaba, como Bismarck, que sólo se llega al poder apoyándose en el poder. Era, como Bismarck, un hombre de fracción inseguro, pronto siempre á hacer que prevaleciesen sus aspiraciones y sus deseos bajo una forma nueva. Sabía, como Bismarck, que las fracciones parlamentarias sacrifican sin pena los intereses de su país á los intereses de su partido, y hablaba el lenguaje del interés á los grupos que cabildean para captarse, fingiendo odios que no sienten ya é ideas que no son las suyas, el favoritismo de los que mandan. Afiliado al partido nacional, no es tradicionalista; pero se vale de los caudillos, los encumbra y los lisonjea. Afiliado al partido nacional, no le acompaña siempre en sus horas de abnegación viril; pero siempre está pronto á servirle de guía, con tal que prime en todo trance su voluntad. No tiene las inalterables y nobilísimas constancias de Madoz. Es partidario de oficio y no de convicciones arraigadas, justificando sus volubilidades por impaciencias mal reprimidas ó por mediocres úlceras de amor propio. Con apellido ilustre, talento excepcional y larga carrera, pudo serlo todo el revolucionario de 1886; pero

aquel orador teórico quiso oficiar de político práctico, y aunque lo mismo sabe de hacienda que de derecho administrativo, de diplomacia que de derecho público, se despopulariza por su eclecticismo vacilante siempre, figurando en la oposición sin tener aptitudes de oposicionista, ó virando al poder sin fundirse del todo con los portavoces de la masa gubernamental. En la legislatura, á pesar de su sistema unas veces de vacilación y otras veces de retraimiento, se le oye con respetuosa solicitud, porque el doctor Aguirre, como el peninsular Joaquín Francisco Pacheco, raciocina y no diserta, arguye y no divaga, siendo grave y profundo y erudito y lógico y lleno de parsimonia en sus peroraciones, aunque éstas pequen de lánguidas y poco movidas por lo frío de los ademanes y la falta de claro obscuro en la entonación. Es, por otra parte, tan delicada la sutileza de su epidermis que los menores alfilerazos le hacen sangrar, á pesar de su tono solemne y conciliador; pero su orgullo sangra hacia adentro, sangra despreciativo, porque no sabe, cuando le azuzan, ni apelar al sentimentalismo como López, ni al sarcasmo como Olózaga, ni á lo magnificente de las imágenes como Donoso Cortés, ni mucho menos á la modestia de la virtud como el muy sincerísimo Aparisi y Guijarro.

Como los borrones de nuestra pluma están tan lejos de los dulces tintes de la lisonja como de los obscuros coloridos del odio, procuramos en éste, como en todos los casos, pecar de veraces, siendo justo que agreguemos á lo que antecede, que por su respeto á las verdaderas prácticas legislativas, por su oratoria ponderada y ministerial, por el fondo y la solidez de sus discursos, por su experiencia y su templanza en los debates, en la historia de nuestra tribuna parlamentaria tiene su sitio propio, su lugar prefijado,

la palabra forense, severa, poco expansiva, de monótonas voces y ademanes sin brío de don Martín Aguirre.

II

Carlos María Ramírez estudió en la Universidad de Montevideo, doctorándose en 1858, al compás de la fusilería de las revueltas de Máximo Pérez y Francisco Caraballo. Tuvo entonces ocasión de estudiar nuestras crisis en la tremenda crisis bancaria de 1869. En esa misma época entró á formar en el núcleo de la redacción de *El Siglo,* donde se distinguió por lo doctrinario de su partidismo y por lo fogoso de sus polémicas. Tomó parte en la guerra civil de 1870, convenciéndose de que nuestros rencores no valían el raudal de sangre y el sacrificio de fortuna que nos costaban. Como secretario de don José Gregorio Suárez pudo convencerse de la implacable saña que anima á nuestros rudos bandos históricos, saña lujosamente puesta de manifiesto lo mismo en la sangrienta derrota gubernista de Severino que en el sangriento triunfo gubernista del Sauce. Asistió á los destierros y á la supresión de la libertad de imprenta, que precedieron á aquellas mortíferas jornadas, sin apercibirse de que todo derecho asesinado engendra una hija póstuma que se llama revolución. Desde entonces fué antitradicionalista. Lo fué con exceso y sin resultado, porque en lugar de dedicarse al perfeccionamiento de las enseñas, se obstinó en suprimirlas á golpes de pluma. No quiso convencerse de la verdad que encierran estas palabras de Raimundo Poincaré:

"— Más aún que un sér geográfico, un sér étnico, ó un sér lingüístico, la patria es un sér histórico. Es

una persona moral que tiene un pasado, y que tiene conciencia en el porvenir. Contiene, pues, una doble fuerza, la de un hecho y la de una voluntad. Descansa á la vez sobre las tradiciones y sobre un consentimiento prolongado.

"¡Qué obcecación creer que las tradiciones sean incompatibles con el progreso! Son los puntos de unión necesarios entre lo que fué y lo que será. Son lo que pasa sobre nosotros con el tiempo; son lo que coloca algo duradero en el momento en que vivimos; son la memoria de un pueblo; son el espejo en que éste puede encontrarse de cuerpo entero. — "

En 1871, al volver del destierro donde había meditado y sufrido, empezó su batalla con la tradición. Con ese objeto fundó *La Bandera Radical,* predicando la conveniencia de que se disolviesen los partidos históricos, en los que veía la causa única de las anarquías y los empobrecimientos que ocasiona la guerra civil. Al herir á esos partidos en sus glorias y en sus intereses, los amargó sin debilitarlos ni convencerlos. No se dió cuenta de que para influir con eficacia sobre nuestras agrupaciones, es necesario pertenecer á ellas sin envenenarlas ni prostituirlas, sino procurando, por todos los medios, lograr que confundan sus intereses y sus ideales con los ideales y con los intereses del alma nacional. Olvidó que la tarea de lo futuro es reconstruir utilizando con sabia destreza los materiales viejos, y no destruir lo existente para edificar utópicos castillos sobre las ruinas. Ramírez olvidó que las tradiciones son potencias terribles, como decía el abate de Madanne.

En ese mismo año de 1871 fué nombrado catedrático fundador del aula de derecho constitucional, en la que desarrolló una serie de brillantes y eruditas lecciones, que más animaba el espíritu de la filosofía

doctrinal de Rousseau que el espíritu de la filosofía experimentadora de Montesquieu. En 1872 el gobierno de Gomensoro nombróle fiscal de Gobierno y Hacienda, puesto que abandonó en 1873 para ocupar el cargo de ministro plenipotenciario ante la corte codiciosísima del Brasil. Bajo Pedro Varela, en Mayo de 1875, tomó parte activa en la revolución de los tres colores, alejándose momentáneamente, cuando aquel justo movimiento popular fué vencido, de la patria en sollozos, del país desquiciado, de la nación con la industria deshecha y el comercio en ruinas. Vuelto al hogar entregóse á sus tareas profesionales y tornó al periodismo, redactando alternativamente, desde 1879 hasta 1885, *El Siglo, El Plata* y *La Razón*. Fué entonces que escribió, con incansable fecundidad, su novela romántica, *Los amores de Marta* y sus célebres artículos sobre *Artigas*, editados después en limpio y elegante volumen por los talleres de don Antonio Barreiro y Ramos.

En 1882 fué nuestro delegado ante el congreso pedagógico de Buenos Aires, y en 1886 preparó la revolución del Quebracho y tomó parte en ella, librándose milagrosamente de caer prisionero en la triste jornada de Puntas de Soto. Había combatido con la pluma y la acción á la más viciosa de nuestras administraciones de cuño militar. De esa administración de ingrata memoria puede decirse lo que dijo Zola del segundo imperio: — "Aquel puñado de aventureros, que acababa de robar un trono, tenía necesidad de un reinado de aventuras, de negocios obscuros, de conciencias vendidas, de mujeres compradas, y en fin, de embriaguez furiosa y universal." — El Ministerio de la Conciliación, que moralmente fué una caída, nos sacó de aquel fango; pero justo es decir, en defensa de aquella debilidad ciudadana, que los espíri-

tus superiores, cansados de esperar inútilmente que las iras del pueblo ajusticiasen á sus verdugos, buscaron en las habilidades de la política un remedio al largo y aborrecible mal que nos consumía, iniciándose una época de negocios y de placeres. En 1887, Carlos María Ramírez volvió á desempeñar nuestra plenipotenciaría ante el Brasil, donde negoció, llevándola á buen término, la convención sanitaria internacional entre aquella nación y las dos repúblicas del Plata.

Regresó en 1888, siendo elegido representante á la legislatura por el departamento de Treinta y Tres. El país no ha olvidado sus reiteradas interpelaciones y su gran discurso sobre la cédula hipotecaria, tan notable el segundo por lo científico de su fondo como fueron notables las primeras por la artística belleza de su forma. Treinta y Tres le afirmó de nuevo en su sitial á fines de 1890,y á aquella Cámara de 1891, donde brillaron la elocuencia laboriosísima de Izcua Barbat y la vibrante elocuencia del doctor Domingo Mendilaharzu, fué á buscarle el presidente don Julio Herrera y Obes cuando le confió la cartera de Hacienda, desde la que intervino en el arreglo del pago de la Deuda Externa y en la liquidación del Banco Nacional. Salió del ministerio un año después, ante la imposibilidad de organizar el Banco del Uruguay, del que había prometido hacerse cargo un sindicato europeo en el que intervenían el barón de Hirsch y la casa de Cassel. Influyó también en su resolución el deseo, manifestado por varios legisladores, de buscar un recurso á la crisis, que nos agobiaba, sirviéndose del papel moneda inconvertible, olvidando las duras lecciones económicas de 1869 y de 1875. Vuelto á la llanura y sintiendo su salud quebrantada, partió al Paraguay en Julio de 1892. No tardó en volver para ponerse al

frente de *La Razón*, desde cuyas columnas combatió muchos de los actos presidenciales de don Juan Idiarte Borda, y desde cuya imprenta vió desfilar los acontecimientos de la revolución de 1897. Muerto Idiarte Borda y realizada la Paz de Setiembre, Ramírez propició la política que emanaba del pacto de la Cruz, siendo senador por el departamento de Rivera hasta la dictadura iniciada en Febrero de 1898. Renunció á su mandato y se asiló en la prensa, para caer en los rígidos brazos de la sombra sin fin al iniciarse, con sus floraciones y alados gorjeos, la primavera de aquel mismo año de 1898.

Ahondemos en esa fecunda y luminosa vida.

Carlos María Ramírez nació en el Brasil, cerca de la frontera del Uruguay, en el estado de Río Grande. Al volver los suyos de la expatriación, dedicóse al estudio de la jurisprudencia en la universidad de Montevideo, á la que honró más tarde con sus sabias lecciones sobre Derecho Constitucional.

En sus mocedades, á los dieciséis años, á la edad en que el alma es una mariposa que liba los jugos del rosal luminoso de los sueños azules, luchó por la fama escribiendo versos de factura lírica y de tinte romántico, que no desmerecen y que aventajan á muchos de los versos que aun vivifica la musa inspiradora de Magariños y Juan Carlos Gómez.

Leedle en las estrofas que dedicó á la guerra, en las consagradas á un poeta cristiano, en las que escribió en *Los castigos* de Víctor Hugo. Es un incorrecto. Es un balbuciente. Su dicción es la misma dicción tribunicia y civil de todos los bardos de aquellas décadas atormentadas. La poesía, para su numen, no tiene á la hermosura por finalidad. Para su numen, el bien y el patriotismo son las palmeras que alzan su copa sobre los valles, llenos de trinos y de per-

fumes, de la isla encantadora donde residen Calíope y Erato.

"Cuando al alma anhelante de justicia
Ufano se alza el victorioso mal,
El héroe toma la luciente espada,
Y el poeta la lira del ideal.

Y el Dios de la justicia los bendice,
Él consagra la espada y el laúd,
Y premia el alma de sus dos cruzados
Como premia el trabajo y la virtud!"

En 1868 Ramírez hizo sus primeras armas como periodista y como orador, sobresaliendo desde aquel entonces en las lides crueles y envejecedoras del diarismo y de la tribuna. Escribió en *El Siglo*. Era muy joven y no fué ecuánime, sino vehemente y apasionado. Lo exigían la época y la mocedad. Bueno es decir, como una advertencia á nuestra juventud, que fué sincero siempre y que no procedió nunca por ambición.

Tomó parte en la guerra civil de 1870. ¿Qué vió en aquellos lances? Desiertos sin cultivo, ranchos en escombros, rencores sin ideas, vindictas que segaban el cuello palpitante de los moribundos. Entonces, convencido de que la discordia acrece y no aplaca los males del país, se despojó austeramente de su divisa, para publicar un folleto que es, ante nuestros ojos, la más inspirada y la más sentida de sus civilizadoras predicaciones.

Condenó la brega sin objeto de las golillas, en nombre de las madres y de las cunas, del campo que apetece convertirse en miés y del buque que apartan de nuestras costas los fuegos del vivac. Aquel folleto,

con su abuso de figuras patéticas, de hipérboles y apóstrofes, es una cascada de elocuencia grandiosa y enternecida. La síntesis de aquel folleto se halla encerrada en una leyenda de carácter medioeval.

"Hay en las tradiciones heroicas de la Francia una leyenda que mil veces ha preocupado mi espíritu como si presenciara un cuadro de realidad, de vida, bajo la influencia de presentimientos extraños. En medio de malezas, dos paladines de Carlo Magno, luchan con desesperación en duelo á muerte; pasa todo un día; los caballos yacen á los pies de los combatientes; brota el fuego de las brillantes corazas; se rompen las espadas en la furia del combate. Los paladines mandan buscar otras armas, y bastante vino para reparar las fuerzas; beben en la misma copa y recomienza el duelo. Así pasan los días con mil sucesos extraordinarios y diversos, mientras los paladines descargan incesantes golpes sobre sus armaduras destrozadas. Apenas un instante de reposo y el duelo recomienza siempre con furor. Al fin, en lo más recio de la lucha y en lo más negro de la noche, baja del cielo una nube y envuelve á los campeones. De esa nube sale un ángel que los saluda con dulzura y en nombre del Dios que creó cielo y rocío, les manda hacer la paz y los aplaza para combatir al enemigo común en Roncesvalles. Los caballeros obedecen, se desprenden de sus cascos y se abrazan caminando juntos á un festín!"

Y Ramírez concluye:

"En esos paladines de Carlo Magno, que buscan fuerza en la misma copa de vino, yo he visto á los partidos de mi patria que reciben inspiración del mismo espíritu. En ese duelo á muerte que se prolonga siempre, tras ligeros instantes de reposo, arrancando en girones el escudo y la cota de los comba-

tientes, yo he visto la guerra civil encarnizada que con breves treguas va raleando las filas de las generaciones orientales. Y dentro de mi corazón, he visto esa nube de los cielos, he oído esa voz del ángel que aplaza á los partidos, para ensayar sus fuerzas contra el enemigo común.... el enemigo común, que es la ignorancia, el desierto, la pobreza, la barbarie, la misma guerra civil. ¿Se realizará el sueño de la fantasía? ¿Obedecerán al ángel los partidos, se desprenderán de sus divisas y se abrazarán, como los paladines de Carlo Magno, para presentarse juntos en el banquete de la paz y de la fraternidad? Tú lo dirás oh! juventud, tú lo dirás!"

El pacto de Abril pareció consagrar aquella nobilísima propaganda. La maldad de los hombres volvió más tarde á encender nuestros odios, demostrando la impracticabilidad de tan romántica é inaccesible utopía. Los partidos tradicionales existirán mientras no existan verdaderos partidos de ideas. Ramírez fundó en 1871, para preparar el pacto bendito, su periódico *La Bandera Radical*. En ese periódico publicó una novela inconclusa y de ambiente nativo: *Los Palmares*. Años después dió á luz una nueva novela en dos tomos: *Los amores de Marta*. Por el plan, los personajes y la frescura de las descripciones vale más la novela no terminada que la concluída. Ésta se resiente de lentitud, de monocromía, de descuido en la frase y de falta de realismo en los caracteres; pero diga lo que diga la crítica colmilluda y regañona, dramático y emocionante y original resultará siempre el episodio último del largo romance, la escena donde Marta desaira el amor de Roberto en el coche que hace pedazos el ferrocarril. Tanto en *Los Palmares* como en *Los amores de Marta*, que no son amores sino amoríos, el autor se ha esforzado por cristalizar la visión

del terruño en que los gargantillos saludan dulcemente al sol que se pone y en que el chajá interrumpe la quietud de las llanuras atreboladas con su sempiterno y monótono grito de alerta. Marta es menos nuestra, menos del pago, que la protagonista de *Los Palmares*. Marta, que languidece sobre unos hombros ó se incendia al sentir el roce de una mano sobre su piel, sin jamás aturdirse ni desbarrancarse de un modo pleno, nos parece un producto estemonuro é híbrido dentro del marco de una civilización instintiva y virgen. Nos cansa el minucioso y pertinaz proceso de aquel caso de psíquica exocarditis. En cambio, la atmósfera moral de *Los Palmares* huele á chirimoyo, á tierra de pasión y de pastoreo; pero también la patria palpita y está, aunque de otra manera, en las planicies por que galopan los caprichos de Marta. Está en la descripción de los horizontes, de los atardeceres, de los húmedos tules esparcidos sobre los barrancos y sobre las lomas. Por el colorido local, por la tendencia á nacionalizar el género novelesco, la historia literaria del país de los tordos no puede silenciar aquellas tentativas romancescas de nuestro Ramírez.

El doctor Ellauri subió á la presidencia en 1873, designando á Ramírez para ejercer las funciones de ministro diplomático en Río Janeiro. No estuvo mucho tiempo en la ciudad de los cielos sin nubes, y volvió á la patria para redactar con pluma valiente y proba los artículos de la *Gaceta Mercantil*. Hombre de convicciones y hombre de honor, Ramírez se indispuso con las dictaduras de origen cuartelero. Persiguiéronle y desterráronle, para enmudecerle, los gobiernos surgidos del motín militar de 1875. En 1880 predicó en *El Plata* las bases del partido constitucional, que surgió á la vida efervescente y batalladora de las repúblicas en 1881. Sabiendo que la luz es el ma-

yor enemigo de las pasiones de carácter atávico, empeñóse también en la obra progresiva y fecunda de la reforma educacional, siendo el colaborador más útil, laborioso y modesto del gran apostolado del inolvidable José Pedro Varela. En 1886 se batió como bueno en la revolución bendita del Quebracho, salvándose por milagro de caer prisionero en los tristes palmares de Puntas de Soto. Emigró á Buenos Aires. Al volver al país redactó *La Razón* durante luengos años, ilustrándola con su polémica en defensa de Artigas, que más tarde fué recogida en un libro que no debe morir y que no morirá. Después le vemos de diputado, de ministro de hacienda y de senador, hallándole la muerte en 1898 cuando escribía, en plena madurez y noble actividad, los más sensatos y los más brillantes y los más aleccionadores de sus artículos en *La Razón*. Se le creyó maligno, y era un hombre bueno. Se le juzgó implacable, y era un sentimental. Se le creyó un práctico, y urdía quimeras en los coloquios de la confianza. Se dijo que abusaba de su saber, y sólo hizo lujo de su saber para bien del país. Los que no le trataron, no le quisieron. Las montañas asustan. Los que vivían cerca de su persona, lloraron á sollozos sobre su cadáver. Así fué, en realidad, el doctor Carlos María Ramírez.

Dicen que nada hizo de durable y completo. Yo no pienso así. Una vez sus artículos se coleccionen, agrupándolos en materias, y una vez sus discursos se coleccionen, con ilustrada solicitud, la obra de Ramírez resultará tan fecunda y tan buena y tan resplandeciente como la obra de nuestros publicistas de mayor vuelo y de más alta recordación. Muchos de los hombres del mundo europeo han llegado á la posteridad con menos méritos y por menos motivos. La obra del periodista y del tribuno no es siempre pa-

sajera. Hay en esa obra lo momentáneo, lo accidental, lo que depende del asunto del día; pero cuando esa obra está vivificada por un propósito constante, firme, profético, sin oblicuidades, nobilísimamente doctrinario, esa obra perdura para experiencia y para lección, como perdura mucho de lo escrito en la prensa y dicho en la tribuna por el genial y múltiple cerebro de Sarmiento. La muerte de Ramírez fué un duelo público, no sólo por lo que Ramírez prometía aún, sino por lo que Ramírez había dado ya. Nuestra prensa nunca llegó á una altura más alta que en las manos de aquel irreemplazable. Como orador, resplandece con caracteres propios en la tribuna académica y parlamentaria. Como hombre de estado, fué mucha su ciencia y grande su virtud. En el periodismo, en la cátedra, en la tribuna, cooperó como pocos al progreso moral y político de nuestro hermoso edén, manifestándose superior á su tiempo y siendo algunos de sus artículos verdaderos programas impuestos al futuro por su proba sabiduría. Y si todo lo que antecede no bastara para salvarle del moho del olvido, le salvaría la forma, el estilo, la verba seductora de sus editoriales y de sus discursos. Yo, que creo en muy pocas estatuas, creo en la de Ramírez.

En 1882 Ramírez publicó su *Juicio Crítico* del bosquejo histórico de nuestro país escrito por el doctor Francisco A. Berra. Ramírez reconocía el espíritu crítico, estudioso y progresista del autor de esa obra; pero lamentaba que éste no hubiera elaborado, con nuevos materiales, un libro nuevo, porque la idea primordial de las obras históricas "no puede suministrarse por entregas". — "En la vida real, decía Ramírez, la historia se hace á pedacitos y las crónicas que los recogen tienen un valor inestimable; pero, en literatura, sólo se logra resucitar el pasado con los hechos

de la acción exterior, con los personajes que en ellos intervienen y los variados agentes íntimos que determinan sus conexiones recíprocas, cuando el historiador se eleva á una concepción sintética y dominante, de la que fluyen, con lógica rigurosa, aunque á menudo latente, las proporciones, las formas y la filosofía de su narración."

Para Ramírez el pecado original de la obra del doctor Berra estaba en que no era un edificio nuevo, sino un edificio refaccionado con materiales deficientes y sobre planos parcialmente elaborados. El libro del doctor Berra era un libro didáctico por la sencillez infantil de su estilo, y era un libro de filosofía histórica por la constante preocupación con que sostenía una tesis ya vieja. No es fácil, y en esto Ramírez tiene razón, dar con la filosofía que entraña la historia de este pedazo de tierra, vinculada por sus anales á los anales de todo el mundo político sudamericano desde los comienzos del siglo XVIII hasta los primeros lustros del siglo XIX. Este rincón de mundo, "que ha sido á veces el mundo entero", pone en apreturas al historiador. Tampoco le faltaba razón al doctor Ramírez cuando sostenía que la historia, para el doctor Berra, no era la resurrección de una época pasada. El historiador no sólo debe saber leer, sino que también debe saber pintar. Para Thierry, y el año 1882 es aún un año romántico, el historiador debe distinguirse por la erudición y por la fantasía. Debe saber, como dice Menéndez Pelayo, no sólo elegir con ciencia y discernimiento, sino componer y presentar artísticamente los elementos dispersos y reales que le proporcionan las horas que han corrido. La historia, que es una animadísima evocación, no nace sólo de los hechos que narra, sino que nace también del modo como los hechos se describen. Ramírez no decía, pues,

sino la verdad cuando decía hablando del bosquejo del doctor Berra: "Faltan en su narración los músculos y los nervios que animan la reproducción del pasado; y falta, sobre todo, esa fisonomía superior que la condensa en fórmulas generales de profunda enseñanza." Ramírez, por lo tanto, quería que el historiador pintara como Thierry y filosofase como Guizot.

Por falta de imaginación y de filosofía, por formulismos que le aturden y le impiden ver, el doctor Berra niega que, — "por instintos irresistibles de su sociabilidad, por una idea vaga de sus intereses de clase", — los criollos incultos de los suburbios y de las campiñas tuviesen la intuición apasionada de la república. El doctor Berra cree que el sentimiento y la ciencia de la democracia radicaban sólo en las clases ilustradas de los centros urbanos, olvidando que la monarquía fué el ensueño de Sarratea, Belgrano, Rivadavia, San Martín y O'Higgins. Así la luminosa personalidad de Artigas no encuentra atenuaciones ante el doctor Berra. Artigas es el cacique inculto, el montonero perturbador, el caudillo de la barbarie en las batallas del despoblado con la ciudad. Artigas es cruel, sanguinario, vengativo, sin letras ni ideales, á modo de jaguar circundado de cachorros hambrientos. Berra nada nos dice de la conducta que observó Artigas con los prisioneros de 1814 y de 1816. Ramírez se alza contra la tradición, vuelve por los fueros de la verdad, quiebra las brumas de lo pasado, y rehabilita la memoria del blandengue bendito. Es cierto que ya le han precedido en esta tarea De-María, Fregeiro y Francisco Bauzá. Es cierto, y él mismo lo reconoce; pero su estilo cálido, que convierte la censura en polémica de resonancia, cava más hondo que los documentos fríos y la lógica sin imágenes. También, contradiciendo autorizadamente al doctor Berra, Ramí-

rez condena la política tenebrosa del gobierno de Buenos Aires, cómplice y aliado de la invasión pórtuga, contra la que se blanden y la que se astillan, con denuedo espartano, las chuzas de los héroes que rodean y aclaman al caudillo inmortal. ¿Qué importa, dando por cierta esta afirmación, que Artigas fuese el representante de la barbarie indígena? Ramírez responde que muchas veces la barbarie ha guardado en su seno los gérmenes de la civilización futura, el porvenir de la humanidad. Oid á Ramírez: — "Estamos cansados de leer que las invasiones de los Bárbaros, arrasando los esplendores del Imperio Romano, ofrecieron al bautismo de la idea cristiana las razas sanas y jóvenes que ella necesitaba para regenerar la tierra. Jamás tuvo la humanidad días más lúgubres; y esos días llegaron á ser siglos. Sangre, violencias, destrucción y catástrofes en todas partes; — creían los contemporáneos que bajo sus plantas se desmoronaba el planeta, — y la vida renacía entre las ruinas con la magnífica flor de la civilización moderna. Entre tanto, el Bajo Imperio había resistido ileso al embate de los Bárbaros, y conservaba intacto el tesoro de las artes, de las letras y las leyes de la antigüedad. ¿Pudo vivir al menos? Era el orgullo vacío; la esterilidad incurable; la podredumbre que se extingue sin violencia y sin dolor en las oscuras cloacas de la historia." — Ramírez acertó al decirnos que este ejemplo era sugestivo. Artigas, removiendo y acaudillando el sentimiento autonómico de las provincias litorales, impidió, tal vez y sin tal vez, que la democracia argentina se descompusiese por exceso de centralización, dado lo múltiple de los intereses y lo extenso de los territorios que forman lo períncIito y maravillante de su unidad. Buenos Aires, que es la más libre y la más poderosa y la más activa y la más opulenta de las ciu-

dades sudamericanas; Buenos Aires, refugio de todos los perseguidos, santuario en que se asilan todos los agraviados, tierra de promisión de todos los laboriosos, receptáculo en que se funden todas las razas á la divina luz de sus nobles afanes de progreso y de gloria; Buenos Aires, donde los míos viven y mis padres duermen el letárgico sueño de la noche sin fin, ha concluído por reconocer lo que hubo de justo y de providencial en el movimiento federalista de la primera década de la Revolución.

El *Juicio Crítico* no es tan concreto como los artículos coleccionados más tarde con el nombre de *Artigas*. Cuando la primera de estas obras apareció, aun no se había hecho del todo la luz. Ramírez decía que, ligado por sus tradiciones de familia á los enemigos del caudillo soberbio, no había formado aún una opinión clara y definitiva sobre aquella poderosa individualidad, dedicándose al empeñoso estudio de los hechos para levantar su último juicio sobre sólidas bases. El cuadro cambia en el segundo de los libros citados. Ese libro es una oda pindárica y una merecidísima apoteosis. El caudillo resurge, con su doble carácter belicoso y civil, en las páginas de fuego de aquella polémica. El caudillo resurge para probarnos, con la inapelable lógica de los hechos, que los hechos debían conducirnos necesariamente á la independencia y á la soberanía. El caudillo resurge, como una evocación ardiente y feliz, desde que entra en combate con los tercios de España hasta que pide asilo á los vírgenes bosques del Paraguay. El caudillo resurge, barrido de la tierra en que luchó nueve años por el insulto, la calumnia, la ingratitud y la proscripción, legando al futuro, que es justicia y es gloria y es piedad, las instrucciones constitucionales del año trece. El caudillo resurge sobre un montón de

lienzos tricolores, entre choque de sables y estallar de obuses, canturriado por las dianas de triunfo de Las Piedras y engrandecido por el toque á degüello de los roncos clarines de Tacuarembó. El caudillo resurge primero como quebrantador del yugo colonial, después como ídolo de los cabildos y de los gauchos de cuatro provincias, luego como héroe de una tragedia esquiliana en implacable lucha con el destino, y por último indigente, olvidado, viviendo de limosna en el exilio duro y sin fulgores, hasta morir bajo el techo pajizo de un rancho de terrón. El caudillo resurge de cuerpo entero en aquellas fogosas y estéticas páginas, que le limpian de crímenes, prueban lo democrático de sus sueños, subliman sus derrotas, rezan la salve de sus desventuras, estudian el benéfico influjo de su leyenda, dan una filosofía histórica á su tarea de luchador indómito, y poetizan con dulces suavidades el último crepúsculo terreno del anciano sublime.

En 1882 había sonado la hora enternecida de la apoteosis. Carlos María Ramírez, sin esconder arrugas, la precipitó con su célebre polémica. Esa es una cantidad de más de cinco cifras en las columnas del haber del libro de su fama. Se objetará, sin duda, que lo citado como duradero pertenece á lo que se llama literatura crítica en las retóricas. Pero, ¿quién ha dicho que la literatura crítica no sea productiva ó creadora también? Nadie, que entienda de cosas literarias, sostendrá ese absurdo. Sin embargo, suponiendo que nada valiese lo que recordamos, ¿no le bastaría, para vivir, su obra de orador á nuestro Ramírez? ¿Por qué viven, sino por esa obra, los Sheridan, los Barnave, los Argüelles y los Olózaga? ¿Acaso, porque no han sido más que políticos y oradores, su obra es incompleta? ¿Acaso, porque no han sido más que políticos y tribunos, el porvenir menospreciará los nombres de

Vergniaud, de O'Connell, de Arrazola, del célebre Inguanzo? Un orador, cuando es sobresaliente, vive vida larga por derecho propio, y el orador, de que nos ocupamos, por lo correcto de su dicción, lo agudo de su sagacidad, la hermosura de sus imágenes, lo fuerte de su lógica, lo sincero de sus entusiasmos, lo probo de su vida y lo grande de su saber, es uno de los oradores más altos y más prestigiosos y más admirables que ha tenido el país durante quince lustros de ardientes y viriles lizas parlamentarias.

En el lecho mortuorio, sus ojos se hundieron, haciéndose la pared superior de las cuencas espaciada y profunda, como signo de su vivaz y luminosa imaginación. Bajo aquel cráneo, esfera singularmente regularísima, hallaron asilo todas las fórmulas del derecho y la sociología, desde los romancescos anales de las antiguas patrias hasta los principios económicos más recientes y más controvertidos. Tuvo la más feliz y la más oportuna de las memorias. Finalizaba 1897. Una noche nos encontrábamos en *La Razón*. Ramírez escribía un suelto político. Se hallaba en la plenitud de su madurez. Era la época en que su estilo, cortado por guiones, abrió en atmósferas serenísimas sus rémiges caudales. Los diarios franceses acababan de publicar algunas escenas de la comedia heroica de Rostand. Blixén y yo comentábamos aquel reflorecimiento del romanticismo. De pronto Ramírez alzó la cabeza y empezó á decir, con cadenciosa música, los versos que Cyrano suspira á los piés del balcón de Roxana.

Je t'aime, je suis fou, je n'en peux plus, c'est trop;
Ton nom est dans mon cœur comme dans un grelot,
Et comme tout le temps, Roxane, je frissonne,
Tout le temps, le grelot s'agite, et le nom sonne!

Unid á esta sensibilidad, á esta ciencia, á esta fantasía, á este discernimiento y á esta memoria, un cabello enrulado, una frente amplísima, unos ojos parlantes, una voz musical, un además sobrio, un gesto simpático, un apellido ilustre, una vida honrada, y os explicaréis la influencia de aquel orador en el recinto legislativo. El respeto que infundía su nombre, la eficacia que tuvo su elocuencia, su labor sabia y múltiple en las comisiones de que formó parte, no se han olvidado ni se olvidarán en la vieja casa donde aún se hacen las leyes de mi pueblo viril. Ese pueblo, que se vistió de luto el 19 de Septiembre de 1898, repite con orgullo y guarda como un ejemplo tonificante el nombre esclarecido de don Carlos María Ramírez. Yo no puedo seguirle en toda la extensión de su vida parlamentaria. Bástame con decir que empezó su labor legislativa haciendo un discurso que puede considerarse como un programa, y en el que, atento á los mandatos de la oratoria antigua, trató de cautivar el espíritu de sus oyentes, ganándose su afecto y su benevolencia.

"Creo haber sido un batallador; y no vengo á esta Cámara con el cansancio de la lucha, porque la lucha es la vida y todavía su peso me parece ligero.

"Experimento, sí, un profundo deseo de contribuir á formar en nuestro seno una atmósfera tranquila, saturada de un amplio espíritu de confraternidad dentro de las mismas disidencias que agitan siempre á las Asambleas libres.

"Durante mi última misión al Brasil, conversando con el señor Belisario, Ministro de Hacienda y uno de los más jóvenes Senadores del Imperio, me explicaba él que el tono habitualmente sereno de los debates del Senado no depende únicamente de la edad provecta ó avanzada de sus miembros, sino también,

y muy principalmente, del carácter vitalicio que distingue allá la institución de la Cámara Alta. Como sabemos, me decía, que debemos estar reunidos durante toda la vida y que sólo la muerte vendrá á separarnos, nos consideramos como miembros de una misma familia.

"Nuestro mandato, señores, tiene una duración limitada; pero cuando pienso que por ministerio de la Ley debemos reunirnos durante tres años consecutivos en este recinto, no puedo menos de mirar á mis colegas como buenos compañeros de un viaje relativamente largo, conmigo mismo, sometidos á una suerte común y solidarios.

"Hemos levado anclas, vamos á emprender la marcha; que el cielo nos conceda á todos sus favores; que lleguemos con salud y en paz al fin de nuestro derrotero!...."

Pocos días después puso de manifiesto su mucha agudeza burlándose donosamente, entre los aplausos de la barra, de nuestras rebeldías é interpelaciones, que no son medios de hostilidad, sino simples zalemas á los poderes públicos. Un diputado interpeló al ministro de gobierno sobre la disponibilidad de las rentas municipales. El choque no pudo ser más amistoso y cordial. Ramírez dijo con ingenio sutil:

"Orestes y Pílades eran en las leyendas antiguas el ejemplo de la amistad íntima y fiel; y yo digo, señor Presidente, que si en los tiempos heroicos de la Grecia hubiera habido Ministros y Parlamentos, y si Pílades hubiera sido Ministro y Orestes Diputado, Orestes habría interpelado á Pílades de la misma manera que el señor Representante por Canelones ha interpelado al señor Ministro."

Después Ramírez recogió é hizo suya la interpelación. El representante del Ejecutivo había afirmado

que no existían leyes municipales en nuestro país. Ramírez respondió estudiando rápidamente la historia de nuestra descentralización administrativa.

"La colonización española nos dejó un buen germen, una buena célula, como se diría hoy, de las Municipalidades, en la institución de los Cabildos, y es verdaderamente sensible que no hayamos edificado sobre esas bases nuestras instituciones locales. Pero sucedió lo siguiente:

"Los hombres viriles que dirigieron el movimiento redentor de 1825, estaban deslumbrados por las ideas y la influencia de don Bernardino Rivadavia, á la sazón Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata; y había motivo verdaderamente para dejarse deslumbrar por un hombre tan eminente, de ideas tan levantadas y que ocupa tan elevado lugar en la historia de la República Argentina. Rivadavia obedeciendo á la influencia de las ideas inglesas en uno de los primeros actos de la Asamblea Provincial, suprimió los Cabildos.

"Aquellos grandes patriotas no obedecían tan sólo (hay que agregarlo) á un espíritu de imitación: los Cabildos, durante la dominación portuguesa, se habían portado muy mal, habían servido al invasor, al conquistador; habían pronunciado votos de adhesión y de fidelidad, que serán manchas eternas en nuestra historia; la institución pagaba las culpas de los hombres que la representaban, y esto sucede con frecuencia; verdad que debemos tomar en cuenta los miembros de esta Cámara para no desprestigiar las instituciones parlamentarias ni por el exceso de independencia díscola, ni por el exceso de sumisión servil.

"Pero llegó el momento de constituir el país y nuestros Constituyentes reaccionaron ya sobre la idea fundamental que envolvía la supresión de los Cabildos,

pues las Juntas Económico Administrativas encierran el germen de la Institución Municipal, que era posible entonces, que es posible ahora y que será posible en medio siglo todavía. Sólo sí que en los primeros años no se pudo desenvolver ese germen, no se pudo poner en ejecución la Ley fundamental por medio de las Leyes orgánicas, porque apenas constituído el país, vino la guerra civil entre los grandes caudillos de nuestra Independencia, y después de la guerra civil, vino nuestra larga guerra contra Rosas, y después de la paz de Octubre vinieron todavía estremecimientos fragorosos, tempestades sangrientas que hicieron imposible toda labor paciente sobre las instituciones del país.

"Pero como nuestro pueblo tiene reacciones admirables para organizarse, desde 1860, bajo la Administración de don Bernardo Berro, cuyo recuerdo ha evocado el señor Ministro de Gobierno, la descentralización administrativa tomó un vuelo admirable: las Administraciones departamentales disponían de sus propios recursos, y en 1863, es un hecho conocido, que todas las Juntas y todas las Jefaturas políticas, tenían fondos depositados en los Bancos, para atender á sus proyectos futuros de mejoras locales.

"En 1863, se encendió de nuevo la guerra civil, que duró dos años. Como es natural, las autoridades departamentales quedaron completamente acéfalas, imperaba únicamente la autoridad militar, hasta que se organizó el Gobierno Provisorio del general Flores; y el primer cuidado de este gobernante fué nombrar Comisiones Extraordinarias Administrativas que reemplacen á las Corporaciones establecidas en la Constitución, dejándoles toda la independencia y todas las rentas que les había dejado el Gobierno de don Bernardo Berro.

"Debo añadir también, que aquellas Comisiones Extraordinarias no desmerecieron de las Juntas de la Administración anterior, y algunas de ellas tuvieron más iniciativa yankee en la realización de los progresos locales.

"Y á este respecto, creo oportuno recordar algo que nos decía el señor Ministro de Hacienda en la interpelación del otro día.

"Insinuaba que no era posible descentralizar las rentas, porque no había hombres capaces de administrarlas en los Departamentos.

"Los había, señor Presidente, en 1863; los había en 1865; ¿y no los habrá ahora, cuando han pasado veinte años, cuando ha aumentado la población, cuando el país ha adelantado inmensamente?....

"Señor: hombres hay; lo que es preciso es saberlos elegir, que el pueblo ó los que hacen sus veces, elijan acertadamente, y si se equivocan, que fiscalicen, que repriman, que castiguen, que remuevan á los funcionarios infieles; pero no se alegue la escasez de hombres, porque el país los tiene en el número que es necesario para la administración departamental.

"Hay males positivos, pero hay males imaginarios: no calumniemos al país."

Después entró en la región de los números, que le era familiar. Dijo al día siguiente:

"Yo siento ocupar tanto tiempo la atención de la Cámara; pero tengo en cuenta dos cosas.

"Primero, con que no discutimos abstracciones, ni hacemos aquí un curso de metafísica: discutimos cuestiones prácticas, cuestiones de administración, cuestiones de hacienda; y esto, á la verdad, nunca será perder el tiempo.

"En segundo lugar, me consuelo con la idea de que es absolutamente imposible hacer de esta cuestión

una cuestión política: de modo que no hay motivo para que ella agite los ánimos ni divida las voluntades.

"Recuerdo, con motivo de esta declaración, un cuento que hacía los otros días el señor Diputado por Paysandú.

"Hace algunos años, en época de perturbaciones, un capitanejo se propuso formar una tropa de vacas ajenas. La hizo, creyendo que pertenecían á sus adversarios políticos, y resultó que el dueño de las vacas era un compañero de causa, el cual fué á reclamarlas. El capitanejo reflexionó sobre la cosa, y concluyó por llevarse las vacas diciendo: *las vacas no tienen divisa.*

"Yo digo de la misma manera, señor Presidente: que las rentas departamentales no tienen divisa; que las instituciones municipales no tienen divisa. Y de la reseña histórica que hice ayer, resulta que todos los partidos y todos los Gobiernos han llevado su piedra á la obra de la descentralización administrativa. Lo ha hecho el mismo Gobierno del general Santos cuyas Legislaturas subdividieron varios Departamentos."

Estudió, después, las leyes que reglamentan nuestra vida municipal y los recursos asignados á nuestros municipios por esas mismas leyes. Asombró por la novedad de sus observaciones, por el número de sus datos, por la agudeza de su ironía, por la templanza de sus censuras, por lo correcto y firme de su lenguaje. Terminó diciendo:

"Todo esto, señor, forma un verdadero código de las atribuciones de las Municipalidades; les dá una esfera amplísima de acción; y lo que falta indudablemente, lo que falta, es darles los medios de cumplir y desempeñar esas tan variadas y numerosas funciones.

"Pero ya las Juntas Económico Administrativas, por el procedimiento evolutivo que es natural en todas las creaciones duraderas, han llegado á tener una verdadera importancia en el país y son una imagen muy aproximada de los verdaderos Municipios.

"Podría aplicarse á las Juntas Económico Administrativas la reminiscencia literaria y un tanto erótica que el señor Ministro de Gobierno engarzó en el Mensaje Presidencial; podríamos decir de ellas: "son como la Venus de Milo; hermosa, pero sin brazos".

"Los brazos que tenían, según nuestras Leyes, eran cortos y débiles; pero eran brazos al fin, y el Decreto de 12 de Junio de 1886 se los cortó. Y el señor Ministro de Gobierno persiste en que, al menos en el terreno legal, permanezcan cortados.

"Yo le exhorto, señor Presidente, á dirigir una mirada de amor á esas Venus departamentales: procure restaurarlas, procure devolverles sus brazos mutilados, procure colocarlas sobre inconmovibles bases de granito.

"No hay ningún país en el mundo, donde exista la centralización de rentas tal como lo ha establecido el decreto de 12 de Junio de 1886.

"En toda la Europa existe el Gobierno municipal; hay Municipalidades; hay descentralización de rentas en todas las vastas regiones de la Rusia autocrática, hasta en las llanuras semisalvajes donde el cosaco hace caracolear sus potros.

"Hay descentralización administrativa y principio de Gobierno municipal, del otro lado del río, hasta en la última provincia argentina, en Jujuí; allí hay lo que no existe en la República Oriental del Uruguay, si nos atenemos al decreto de 12 de Junio de 1886.

"Tenemos que salir brevemente de esta situación,

que es una situación deprimente para las instituciones nacionales.

"Yo no sé en qué forma hemos de salir; yo no hago cuestión de forma ó de amor propio. Pero necesitamos hacer algo, y acepto cualquiera solución, con tal que nos conduzca al resultado apetecido.

"No voy á disputarle triunfos al señor Ministro de Gobierno.

"Nuevo Moisés, que se abran á su voz las aguas del Mar Rojo para vadear á pie enjuto el mal paso de esta interpelación!....

"Nuevo Jehová, haga retroceder con su gesto imponente la ola parlamentaria del 21 de Febrero!.... Salga de este recinto cubierto de laureles; pero no nos niegue el valiosísimo concurso de su prestigio para reabrir, con la descentralización de las rentas, la escuela práctica de nuestros futuros Municipios."

Aquel orador, que pocos días antes, había iniciado su vida parlamentaria con una interpelación al ministro de Hacienda, batiendo en el terreno de los números á don Antonio María Márquez; aquel orador, que en la segunda de sus batallas legislativas elegía para adversario á un ministro de Gobierno como el doctor don Julio Herrera y Obes; aquel orador afluyente, sagaz, erudito, sereno y retórico fué, desde entonces, respetado y temido por todas las legislaturas y todos los credos. Y escucha ¡oh porvenir! Aquel orador, que predicó la paz; que nunca alardeó de funciones de apóstol; que no fué, siendo bravo, espadachín ni farandulero; que abundó en doctrina, memoria y galas; que no tomó jamás aptitudes de incorruptible, pero que murió pobre y sin vanidades oficialescas, — nada quiso deber á la dictadura, no quiso desmentir su vida institucional, no quiso formar parte del Consejo de Estado, y continuó predi-

cando la buena nueva de la concordia, el decálogo de la sensatez y de la justicia, desde las columnas iluminadas de *La Razón*. ¡Aprende, oh juventud! ¡Recuerda, oh porvenir!

En la asamblea de 1889, en aquel cónclave que aún brilla con el brillo de los nombres de Juan José de Herrera, tan sabio en el consejo como probo en la acción, y de Pedro E. Carve, tan rudo en el exponer de sus honradeces como terco en lo dogmático de su afán por llevarlas á la victoria; en aquel cónclave de 1889, que ilustran con el brillo de sus nombres, Francisco Bauzá, que fué el rey de los reyes de nuestra tribuna legislativa, y Aureliano Rodríguez Larreta, que une á la gracia de su ingenio ateniense, los muchos servicios de que le es deudora la paz del país; en aquel cónclave de 1889, que aún brilla con el brillo de los nombres de Herrero y Espinosa, que si pensaba bien, decía mejor, y de Izcua Barbat, que murió calcinado por sus ansias de estudio y de tarea; en aquel cónclave de 1889, que ilustran con el brillo de sus nombres Domingo Mendilaharzu, cuya brillante forma corrió pareja con lo caballeresco de su ademán, y Zorrilla de San Martín, en cuyos períodos el sol ha puesto todos sus resplandores y el pentágrama ha puesto todas sus armonías; en aquel cónclave de 1889 nuestro Carlos María Ramírez pronunció su famoso discurso sobre la Cédula Hipotecaria.

Al empezar la sesión extraordinaria del 7 de Enero de 1890, Carlos María Ramírez principió su discurso. Se trataba de un proyecto de ley, estatuyendo que el Estado garantiría el interés y la amortización de las Cédulas Hipotecarias, á emitirse por el Banco Nacional, hasta la suma de cincuenta millones de pesos. La legislatura estaba cansada. El asunto parecía agotado. En días anteriores don Pedro E. Carve había

combatido largamente el proyecto, afirmando que una institución que, á pesar de haber sido favorecida con toda clase de privilegios y concesiones, necesitaba aún de la garantía del tesoro público para el buen éxito de los nuevos títulos que iba á emitir, nos llevaría, de favor en favor, hasta obligarnos á imponer la circulación forzosa de sus billetes. Francisco Bauzá habló, también en contra del proyecto, en las sesiones del 31 de Diciembre de 1889 y del 2 de Enero de 1890. Aquella arenga es una de las mejores arengas de Bauzá. Éste usó y abusó de su facundia, de su vehemencia, de su ironía, de su clara dicción. Dijo contestando á una corta réplica del señor Bustamante:

"Lo que me ha sacado de quicio, no son las palabras del señor diputado, sino su actitud, que responde á esa tendencia antirepublicana de menosprecio á los que no tienen la mayoría ó la fuerza en el Parlamento, en el Gobierno ó en la plaza pública. Somos verdaderamente desgraciados á este respecto. Se establecen entre nosotros oligarquías accidentales, movibles como nuestro carácter, mas no por eso menos deprimentes á la libertad común, y luego que se sienten en posesión de la fuerza, mandan sin consideración á conveniencias ó razones....

"*Señor Bustamante.* — No es mal sastre el que conoce el paño.

"*Señor Bauzá.* — Así debe ser, desde que tantas veces lo han cortado en mis costillas.

"Decía, pues, que esta forma oligárquica en el ejercicio del Poder, nos avecina á la forma patriarcal de la tribu, sin excluir el cacique con sus idiosincrasias naturales. El cacique se enoja, y la tribu rezonga, pero concede al fin lo que el cacique necesita. Nosotros, los de la Comisión en minoría, pobres capitanejos que apenas contamos unas cuantas lanzas, formamos

parte de los rezongones de la tribu en el caso actual, pero la fortuna no nos sonríe. Ayer nos corrían con el número y un poco de discusión, y hoy se nos corre con el número y el silencio: prueba evidente de que el cacique avanza."

Dijo contestando á una interrupción del doctor Mendilaharzu:

"*Señor Bauzá.* — .... Sea Dios loado que reaccionamos contra este mutismo, indigno por cierto del señor diputado que me interrumpe, puesto que él ha sabido, conmigo, afrontar las derrotas en casos supremos, hablando horas enteras, y me extraña que esta vez se contradiga, debido quizá al efecto de las malas compañías....

"*Señor Ramírez.* — Muchas gracias: está muy galante el señor diputado.

Señor Bauzá. — Estoy en mi terreno, señor diputado, estoy en mi terreno; reivindico muchas horas de amargura que nos ha hecho pasar el señor diputado desde las columnas de la prensa, después de lo cual ha venido á desmentir sus antecedentes, siendo el más mudo de los diputados de la Nación."

Y dijo, en fin, contestando á todos los defensores del proyecto en litigio:

"No cabe duda que el Banco Nacional tiene mucha suerte, tanta suerte, que yo estoy admirado de ella. Cuando lo sostuvimos y lo hicimos durante la legislatura pasada, á despecho de la vocinglería y de los gravísimos dictados de los opositores y doctores de entonces, nosotros creíamos que creábamos una institución buena, pero no estábamos dispuestos sin duda á darle este mundo y el otro. ¡Pero lo que son las cosas!.... Los enemigos de Bancos oficiales, de instituciones fiscales y de prebendas como le llamaban, vinieron á constituirse en Directores de aquella

asociación, y han salido más realistas que el rey, más defensores del Banco que nosotros, hasta tal punto, que, como Emilio Zola, no permiten ni la sonrisa. Queremos hablar del Banco Nacional, y en el acto nos contestan: "¡Alto!.... el Banco Nacional está bien garantido; representa demasiados intereses del país para que ustedes se permitan atacarlo", y al fin y al cabo, nosotros que lo hemos criado, nosotros que le dimos las andaderas, y después concurrimos á sacarle las muletas, ahora que lo vemos mondo y lirondo en plena calle, nos admiramos de notarlo tan insolente."

Á aquella cascada de emociones, sarcasmos y razonamientos respondió con un tranquilo y sapiente discurso el doctor Mendilaharzu, siguiéndole en el uso de la palabra el señor Zumarán, quien expresó y mantuvo que las Cédulas Hipotecarias, culpables ya de la valorización artificial que iban adquiriendo nuestras propiedades, serían de muy difícil colocación en los viejos mercados de Europa y de muy difícil colocación en el mercado bursátil de Montevideo.

Carlos María Ramírez defendió el proyecto al día siguiente. Nunca fué más lógico, nunca fué más hábil, nunca fué más consumado orador. Estaba ofendido, pero pudo alzarse sobre sus ofensas. Ya sabía, como Chamfort, que hay dos cosas á las que es preciso acostumbrarse: las injurias del tiempo y las injusticias de los hombres. Respondió á los ataques con singular nobleza. No le movía ningún interés personal. ¿Para qué demostrarlo?

"Creo que en mi país, donde tengo numerosos enemigos, y muy enconados, el más ciego, el que me atribuya más errores de conducta y más defectos de carácter, no habrá imaginado jamás que el incentivo impuro del oro es el motor oculto de mis ideas y de

mis pasiones. ¡Ó mucho me engaño, ó es de notoriedad, que tengo por los intereses personales una despreocupación casi culpable!" —

La barra, agradecida á aquel muy hondo y muy reconocido desinterés, aclamó al orador.

Éste empleó un minuto en decirnos que no formaba en las filas de los que adulan á los caciques. Aquel minuto encierra una hermosa lección para las mocedades de lo porvenir.

"Yo no soy accionista del Banco Nacional, ni su deudor, ni su acreedor, y no tengo, con las personas que lo dirigen, otra vinculación que la del agravio recibido, y ya olvidado, ó fácilmente desdeñado desde el primer momento.

"Tampoco me alcanza la sospecha de que pueda influir sobre mi ánimo influencia de cacicazgo. Los que no conocen las particularidades de la agitación subterránea que trabaja á una Asamblea en vísperas de elección presidencial, han de haber imaginado que el cacique de la referencia del diputado señor Bauzá, es el actual Presidente de la República, porque de ordinario, es el Jefe del Poder Ejecutivo quien tiene numerosos amigos en los Cuerpos deliberantes. Sobre este concepto falso, necesito dar una explicación. Yo creo que el general Tajes, no exento de errores ciertamente, ha prestado al país grandes y muy grandes servicios. Soy, además, su amigo, pero mi amistad se manifiesta en una forma extraña. Yo no conozco las escaleras, pero ni siquiera el frontispicio de esa casa de audiencias matinales de que hablan frecuentemente los diarios noticiosos; yo no visito jamás al señor Presidente en su despacho de la Casa de Gobierno, y sólo he ido á su casa particular tres ó cuatro veces. Hace un año que no hablo con él. Jamás ha pretendido influir sobre mis opiniones de

diputado, y excuso añadir que, si hubiese pretendido hacerlo en sentido contrario á mis convicciones ó á mis deberes políticos, habría perdido lastimosamente el tiempo. Sé que se puede tener intimidad con un Presidente y conservar la independencia del diputado, pero la mía propia se robustece y evidencia por mi deliberado alejamiento de las cumbres oficiales." —

Se le había acusado de inconsecuencia y destruyó el ataque con estas palabras:

— "No es de ahora, señores, ni de ayer, ni del año pasado, que yo creo que es necesario conceder á una institución de capital privado la garantía del Estado para la Cédula Hipotecaria. Voy á demostrarlo con un antecedente personal de dieciocho años atrás, aunque al hacerlo, sé que me expongo á que el diputado señor Bauzá diga después satíricamente, que ocupo á la Cámara con mi autobiografía personal. Porque ese es uno de los pliegues de injusticia en el espíritu del señor diputado: se deleita, se duerme en los ataques personales, y cuando los agredidos se defienden, él atribuye la defensa á orgullo y vanidad....

"*Señor Bauzá.* — Que es lo que le voy á demostrar al señor diputado.

"*Señor Ramírez* — .... á orgullo y vanidad. ¡Ese es su sistema; esa es su caridad cristiana!

"En 1872 era yo Fiscal de Hacienda, durante la Administración de don Tomás Gomensoro. Se presentó un proyecto de Banco Hipotecario, y pasó á dictamen mío, como era de trámite. Expedí una larga Vista fiscal, que no quedó inédita, que se publicó en el periódico de la Asociación Rural, de 15 de Agosto de 1872. En ese documento, después de largas consideraciones generales, yo decía, aludiendo á la necesidad de colocar la Cédula Hipotecaria en el extranjero: "Con ese objeto es que se reclama la garantía del

Estado; se quiere que las obligaciones lleven el sello de la confianza pública; que tengan en sí misma el más irrefutable certificado de que pertenecen á una Asociación seria y honesta; que ofrezcan la responsabilidad subsidiaria de un fiador que nunca muere, como refuerzo de la responsabilidad principal que una institución perecedera les presenta. Sin estas condiciones, evidentemente, los títulos hipotecarios serían de difícil negociación ó sufrirían el demérito consiguiente al riesgo en que se creerían sus tomadores empeñados."

"La Vista Fiscal, en seguida, refuta las objeciones posibles de la idea del proyecto, y continúa así: "La garantía de las obligaciones hipotecarias puede justificarse como se justifica la garantía de un interés mínimo á las Empresas de vías férreas, como se justifica el empleo de ingentes sumas en proporcionar educación gratuita al pueblo. Un mismo principio rige en esos casos: el Estado pone el concurso de todos al servicio de una obra que debe beneficiar á todos, y que, entregada á la iniciativa individual exclusivamente, ó no se realizaría, ó se realizaría en proporciones mezquinas." —

Agregó que la Cédula Hipotecaria era un instrumento propicio al bajo interés y á los luengos plazos, siempre que los títulos á emitirse tuviesen un valor sólido y fuera de discusión.

— "No concluyen aquí las ventajas de la Cédula Hipotecaria. Con el andar del tiempo, se ha venido á encontrar, que la cédula, á más de recoger para el préstamo hipotecario el capital local, atrae el capital extraño. Alemania, de donde es oriunda, se divide en muchos Estados. El dinero disponible de un Estado no podría ir á otro para colocarse en préstamos hipotecarios aislados, sin obligar á su dueño á tras-

ladarse él mismo para vigilar la operación; pero esta necesidad de trasladarse, desaparece por completo con el establecimiento de Bancos Hipotecarios, instituciones prestigiosas que emiten cédulas representativas de préstamos que ellos han constituído con el debido acierto.

"De esta manera, por la cédula, y sólo por la cédula, Alemania constituye un sólo mercado monetario para satisfacer las necesidades de su propiedad territorial.

"Y todavía hay más. El prestigio de la Cédula Hipotecaria traspasa fácilmente los límites de una nacionalidad. El capital inglés va á buscar la cédula en Francia, en Alemania, en Italia; y así, por este ingenioso mecanismo, los propietarios de estos países vienen á ser deudores hipotecarios de súbditos ingleses que jamás se han movido de su isla.

"Y todavía no es esto todo. Se debe á la República Argentina, país de grandes y fecundas iniciativas, este otro descubrimiento: la cédula puede atravesar tres mil leguas de Océano y dar la vuelta con el capital europeo, atraído por el alto provecho, que sólo pueden ofrecer las tierras vírgenes de América y las grandes especulaciones de los pueblos nuevos, que reciben inmigración, prosperan rápidamente y se agigantan en la lucha por la vida." —

El Estado podía contribuir á dar solidez á los nuevos papeles. El Estado, como nos dice Rossi, es un agente activo de progreso, que coopera á los esfuerzos individuales, siempre que no los sustituya ó entre en antagonismos con estos esfuerzos. Esta es también la opinión de Nitti. Esta era la opinión de nuestro Ramírez.

La Cédula Hipotecaria del Banco Nacional, que aún no contaba con la garantía del tesoro público, no pro-

dujo los bienes que debió producir. Se había convertido en una fuente de lucro exclusivo del Banco Nacional. Éste, por un error de su ley organizadora, cobraba un interés mayor en sus préstamos que el interés de la cédula prestada. Ésta redituaba sólo el seis por ciento. El Banco, en su carácter de prestamista, cobraba el ocho por ciento de interés. ¿Cómo salvar esa enorme dificultad, dada la Ley Orgánica del Banco? Ó pleiteando el Estado con el Banco, ó aviniéndose el Estado con el Banco Nacional. Lo primero sería ruinoso, tal vez inútil. Lo segundo era lo conveniente, porque abarataría el préstamo hipotecario, con lo que — "la propiedad territorial hará uso de la cédula para la colonización, para los abonos químicos, para los trabajos de irrigación y drenaje, para la cultura intensiva, para la plantación de bosques, para las cabañas reproductoras de razas perfeccionadas; porque yo creo, señores, en la utilidad de las cabañas; y no digo como el diputado señor Bauzá: "¿Acaso somos carneros para necesitar cabañas?" ¡de donde se deduce, que como tampoco somos lana, ni cueros, ni fardos de mercaderías europeas, tampoco necesitamos de ferrocarriles de carga!" —

El señor Zumarán había dicho que la valorización experimentada por nuestras propiedades era perjudicial para el país. Ramírez lo niega.

— "El error del señor Zumarán, estriba en un error económico que oigo repetir mucho á personas ilustradas y á hombres que se la dan de prácticos, y es, que la propiedad territorial no vale sino en relación á la renta que produce; que si vale más, ya hay exageración de valores, especulación artificial.

"Es un error, un profundo error de estos economistas del tanto por ciento. La propiedad territorial

no puede ser equiparada á un título de deuda, á un valor mobiliario, que eso sí, no vale sino en relación á su renta.

"La verdad económica, la verdad sociológica, debidamente comprobada desde mucho tiempo atrás, es ésta: "El atractivo apasionado que se adhiere á la posesión del suelo, le da un valor desproporcionado con su potencia productiva."

"La posesión de la tierra, el amor al suelo, es uno de los grandes fenómenos sociales. El hombre se siente fuerte, independiente, libre, cuando es propietario; y por eso ha dicho un estadista de los Estados Unidos, que no se fundará ni consolidará la República ni la libertad, sino multiplicando la clase de los propietarios.

"Sobre este sentimiento de amor á la tierra, ha escrito el doctor Avellaneda, páginas que condensan mucha filosofía, resumen muchos libros y no se borran de la memoria una vez leídas.

"El inmigrante europeo que entre nosotros destina sus economías á adquirir un solar en los suburbios de Montevideo, no lo hace por la renta que espera obtener, que es ninguna, ni por la esperanza del mayor valor que va á tener ese terreno. Lo hace, porque un día espera levantar allí su morada, tener allí su hogar, y dar por rotas para siempre las cadenas del proletariado.

"El labrador ó el hacendado, dueño de una pequeña propiedad rural, no la estima, no la avalúa por la difícil y laboriosa subsistencia que le proporciona: se identifica apasionadamente con ella, porque es el asiento de sus más hondas afecciones, y el refugio y la esperanza de toda su estirpe."—

Cree que el asunto ya está agotado, y que se perjudica al país eternizando dubitativamente la discu-

sión, y concluye su celebrada arenga con una sencillez de clásico relieve:

— "El Banco Nacional, para darse una brújula en sus operaciones, necesita saber si obtendrá ó no la garantía; necesitan saberlo los demás Bancos, atentos siempre á la marcha del Banco privilegiado; los tenedores de Cédulas Hipotecarias, como base de sus operaciones; los especuladores en tierras, para preparar el cumplimiento de los compromisos contraídos; las Empresas de colonización, para discurrir el medio de llevar adelante su obra; todos los que se ven obligados á usar del crédito territorial, para decidirse por el préstamo á oro ó por la cédula; y en fin, puede decirse, que el país entero está forzosamente vinculado, en una ú otra forma, á esa grande masa de intereses en expectativa.

"Hace ocho meses que tramita el proyecto de las cédulas garantidas; ya no es posible mantener la duda sobre su resultado final. Hay que pronunciarse por sí ó por no. El país quiere saber á qué atenerse, y no tenemos el derecho de engañarlo con subterfugios y evasivas. Si hemos de rechazar la garantía del Estado, rechacémosla cuanto antes; si hemos de acordarla, no perdamos vanamente el tiempo.

"Sepamos asumir, señores, la responsabilidad de nuestras opiniones: sigamos discutiendo, pero concluyamos por votar.

"En cuanto á mí, yo votaré en general el proyecto, seguro de que este voto no será jamás un remordimiento de mi vida pública. El porvenir dirá si estoy en el error ó en la verdad, pero no dirá de ninguna manera que estoy en el pecado." —

Se aplaudió mucho. Se aplaudió con justicia. Aquel orador era un gran orador. El único, acaso, que compitió con él se llamaba Bauzá. El olvido no le amor-

tajará en las misteriosas sombras del sepulcro. Amó la verdad en la historia, en la política, en la honradez, — y la verdad, la casta verdad, hace eternos á sus amadores. Es indudable que no siempre logró encontrarla; pero siempre le vimos, como dice Beraud,

Tourner autour du poits où dort la Verité.

Carlos María Ramírez tuvo la cabeza hermosa, la cabellera ensortijada y la frente amplísima, la faz pálida y los ojos llenos de íntimo resplandor. Vestía con descuido. Llevó el rostro encuadrado por una barba suave, tuvo el cuerpo fuerte, tuvo manos de niña, tuvo pies de príncipe, y tuvo la voz musical y llena, propia para seducir y para conmover hasta á sus enemigos.

Murió famoso, velóse el cuerpo en el recinto legislativo, la bandera nacional onduló á media asta, el país costeó los gastos del entierro, y por iniciativa de la asociación de la prensa todos los diarios vistieron sus columnas de luto el 20 de Setiembre de 1898.

III

Ramírez, en el cónclave de 1889, tuvo el principal de sus émulos y antagonistas en Francisco Bauzá.

Francisco Bauzá fué de ilustre abolengo, como Figueroa y como Zorrilla de San Martín.

Empezó, sin terminarlos, los estudios de derecho en la universidad de Montevideo, dedicándose muy pronto al periodismo, pues colaboró en *El Nacional* y en *La Soberanía Nacional*, antes de combatir á los aparicistas desde las columnas de *Los Debates*. En 1875, cuando tenía apenas veinticuatro años, fué nombrado secretario del presidente don Pedro Varela. El

doctor Lamas, ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Varela, le confió la plenipotenciaría de nuestro país ante el gobierno de Buenos Aires. Cuando Latorre subió al poder, Bauzá se refugió en la vida privada, de donde salió, al concluirse la dictadura, para representar en el recinto legislativo á nuestro histórico departamento de Soriano. ¡Quién hubiera dicho que el niño, á quien sus padres quisieron tenazmente dedicar al comercio, iba á ser el más alto de los oradores que se han hecho oir entre los coloniales muros del Cabildo!

Después de una larga actuación parlamentaria, Bauzá fué nuestro habilísimo delegado en tierras del Brasil, puesto que abandonó cuando Santos empezó á romper lanzas con los católicos, sentándose de nuevo en la legislatura durante el ministerio de la Conciliación. Algo más tarde recobró su cargo en el Brasil, llegando á ser ministro de Gobierno en el gobierno del doctor Herrera y Obes.

Bauzá y Ramírez prefirieron la gloria á la fortuna. La popularidad les era más grata que el poder. En sus alados choques, aquellas almas debieron mirarse y decirse:

C'était la part meilleure et nous l'avons choissie.

Francisco Bauzá, en Setiembre de 1869, publicó un folleto de sesenta páginas bautizándolo con el título de *Poesías*. Era, entonces, casi un adolescente aquel vigoroso ingenio montevideano, que debía más tarde sobresalir en la historia, la elocuencia y la vida pública. Decía en el prólogo de sus versos:

"Un libro de poesías no es más que la expresión de las aspiraciones de su tiempo. Cada siglo tiene una idea, cada generación un hombre, cada época un hecho, que constituye la fisonomía histórica de su

existencia transcurrida. La Revolución Americana, al dar su nombre á nuestro siglo, ha vinculado á sus ideas los hombres y los principios, las aspiraciones y las épocas, que han marcado la ruta de las dos grandes generaciones que han caído."

Y agregaba:

"Nosotros, hijos de su continente y de los soldados de su revolución, sentimos en nuestras venas todo el entusiasmo de su sangre. Generación de lucha, nacida entre las tempestades de la guerra, guarda nuestro corazón el presentimiento de los grandes hechos y el orgullo de las páginas inmortales de la Historia de la Patria. Por eso nuestra poesía, apenas naciente, deja entrever ya el ideal que perseguimos. Revolucionaria como su origen, presiente que no ha concluído la misión de nuestros pueblos, porque la revolución de Mayo fué la cruzada contra los tiranos y los tronos; y tronos y tiranos existen aún sobre la tierra. Nuestra poesía, pues, tiene su razón de ser, como tiene una misión y obedece á una necesidad."

Francisco Bauzá, como Alejandro Magariños Cervantes, asigna á los poetas americanos una misión sociológica de carácter político. Mi admirable amigo, el señor Villaespesa, se lamenta de que nuestros ingenios sean á la vez poetas y tribunos, encontrando que su principal defecto reside en "esta elocuencia de agitadores de muchedumbres". Presume y sostiene que la poesía lírica es algo más íntimo, más intenso, más individual que la repetición rimada de las voces que nos vienen de afuera. Eso depende de las circunstancias. En nuestro siglo y en nuestro medio, lo privado se confunde cada vez más con lo colectivo. No hay torre de marfil, por alta que sea, á la que no lleguen los ruidos de la calle, en la que se lucha por la liberación de todos los que padecen. Afianzar las

conquistas del derecho, apresurando la llegada de las verdades y de los consuelos que traerá el porvenir, se me figura que es labor de las liras más que de las espadas, y aun de los decretos legislativos. Es noble ganar las almas para el bien, á fin de que su triunfo sea más rápido y menos difícil. Las almas se manejan por el sentimiento, sobre el que actúa poderosa y eficazmente la poesía. Eso justifica la misión social que á la musa atribuyen Bauzá y Magariños. Hacia el año 684 antes de nuestra era, el encantador de almas se llamaba Tirteo. El encantador, en el siglo diecinueve, se llamó Víctor Hugo. Víctor Hugo ha dicho:

"Qu'un autre au céleste martyre
Préfère un repos sans honneur!
La gloire est le but où j'aspire;
On n'y va point par le bonheur.
L'alcyon, quand l'océan gronde,
Craint que les vents ne troublent l'onde
Oú se berce son doux sommeil;
Mais por l'aiglon, fils des orages,
Ce n'est qu'à travers les nuages
Qu'il prend son vol vers le soleil!"

Las libertades públicas y las privadas, el derecho de todos al pan y al abecedario, la santidad del niño y de la mujer, ¿no son asuntos propios de los poetas? Si la poesía sólo sirviera para cantar al frou-frou de una falda ó á los pétalos purpúreos de una rosa, el poeta sería el más egoísta y el más inútil de los trabajadores humanos. Por desventura, Francisco Bauzá prometió sin cumplir. Son indignas de su talento, las composiciones que dedicó *A la Independencia,* á *Cristóbal Colón* y á *José Artigas.* Sus ideas son pobres, prosaica su dicción, escasísimo su sentimiento.

No es un augur y está muy lejos de ser un tribuno. No eran, por cierto, las rimas aquellas una clava para pulverizar á los reyes y un cincel para esculpir el decálogo de la democracia en el mármol del tiempo. La misma composición en que nos habla de Gessler y Guillermo Tell, el inmortal arquero de Burghen, no es sino el capricho de un ingenio que se desconoce. Bauzá, como poeta, se parece á todos los malos poetas de su tiempo. No siente el enajenamiento que nos produce la sensación de la hermosura infinita, de la que creemos apoderarnos al concebir, y que se desvanece como una nube durante la tarea de ejecutar; pero que se nos muestra, sin entregarse, dejando como un eco de su paso y un efluvio de sus cabellos en nuestros ritmos, así como deja el sagrado misterio de la noche una cinta de luna en nuestra ventana. Bauzá, como todos, pagó á la juventud el tributo de metrizar. En aquel tiempo no se podía aspirar á ser hombre célebre, ni aun hombre distinguido, sino se cultivaba el trato de las musas. Éstas eran violadas como vírgenes que caen en una caverna de salteadores. Todos osaron á su hermosura; todos se atrevieron con su belleza. Bauzá siguió el general impulso, pero no fué poeta ni por la forma ni por el fondo de sus canciones. Nunca pudo decir, como Villaespesa:

"Cuando en el gran silencio nocturno se percibe
el hálito más tenue, el son más fugitivo,
y se funden en uno los cien tonos dispersos,
alguien dice á mi oído, con voz muy baja:—¡ Escribe!....
Y yo, entonces, llorando y sin saberlo, escribo
esas cosas tan tristes que algunos llaman versos."

Bauzá, que no era un sandio, pronto echó de ver que erraba el camino. Otro era el fin de su poderosa

intelectualidad. El mundo es una selva. Los hombres son los árboles. Cada árbol tiene un alma, y cada alma un objeto. El ombú medita. El laurel victorea. El ceibo nos habla del amor ardiente. El olivo pronuncia, al pasaje del céfiro, palabras de paz. Bauzá estaba destinado á sobresalir, por lo grande y robusto de sus aptitudes, en la historia y en la elocuencia. Fué periodista, crítico literario, pintor de costumbres, gala de la legislatura, y ministro de corta duración. Puede considerársele, por lo fecundo, el primero de nuestros oradores parlamentarios, y nos legó la más completa de las historias que poseemos sobre la dominación española en nuestro país. Ser poeta es ser algo, pero no es serlo todo. Puede llegarse, sin ser poeta, á la celebridad. El nombre de Bauzá pertenece de lleno al tiempo futuro. Es de los nombres que no pueden morir.

Por el magnífico establecimiento tipográfico del señor Antonio Barreiro y Ramos, al que tantos servicios debe la literatura uruguaya, se imprimieron y se editaron las obras de Bauzá. Éste, que ya en 1871 se había distinguido como periodista batallador, dirigiendo y redactando *Los Debates*, publicó en 1885 sus *Estudios literarios*, libro de 292 páginas, que comprende tres cuadros de costumbres y algunos artículos críticos sobre los poetas de la revolución de Mayo, sobre la filosofía de Diógenes, sobre lo escrito acerca de la religión y la ciencia por Draper, sobre la personalidad de César Díaz, y sobre los versos de Juan Carlos Gómez y de Francisco Acuña de Figueroa. Siguió á este libro el denominado *Estudios Constitucionales*, de amena é instructiva lectura, imponiéndose la fecunda labor de Bauzá cuando el señor Barreiro dió á luz, en 1895, la segunda edición de su *Historia de la Dominación Española en el Uru-*

guay. Esta obra monumental y no superada, esta obra doctísima por el plan y el método, se divide en tres tomos, comprendiendo el primero una reseña preliminar, cinco libros, un apéndice crítico y cuatro documentos de prueba. Ese tomo trata de los habitantes primitivos de estas regiones, de su descubrimiento y de su conquista, del influjo civilizador de las misiones jesuíticas y mercedarias, de las rivalidades entre los portugueses y los españoles por razón de fronteras y de predominio, cerrándose el volumen con un hermoso capítulo sintético sobre lo historiado. — El tomo segundo comprende ocho libros, un apéndice y quince documentos de prueba. Desfilan por las páginas de ese erudito volumen nuestros gobernadores y nuestros cabildantes hasta la descomposición del régimen colonial, descomposición que se inicia en 1807 y que concluye en 1810 con el movimiento revolucionario de Buenos Aires. El primer tomo tiene 560 páginas de nutrida lectura, y 798 páginas de nutrida lectura tiene el tomo segundo. El tercer tomo, de 843 páginas, comprende seis libros, un apéndice crítico y veinte importantes documentos de prueba. Ese tomo es la historia, la justificación y la apoteosis de nuestro Artigas. Reseñar la obra equivale á elogiarla. Aún hoy, aún en 1911, nada hemos escrito que la supere como obra ordenada, narrativa y sintética. Cada tomo abarca un ciclo, un espacio de nuestra vida y de nuestra cultura, una edad de nuestra existencia tumultuosa y viril, clausurándose cada tomo con un resumen de aguzada y aleccionadora filosofía. El doctor Aquiles González Oliver, que sabe de libros, que es periodista y tribuno, que ejerció con elogio la vicepresidencia de la legislatura provincial de Buenos Aires, nos hablaba hace poco con entusiasmo y con conocimiento de esa obra bien querida de nuestro Bauzá, conside-

rándola como una de las más ilustradas y mejor escritas producciones históricas de América.

Francisco Bauzá reune á ese mérito incontrastable, el mérito de haber sido el primero de nuestros oradores parlamentarios. Su escuela de decir fué la grandilocuente escuela española. Poseyó la energía de los tonos, de los gestos y de las miradas, aquella energía que nos permite dar á conocer nuestro pensamiento de un modo claro, elegante, pintoresco y sugestionador. Le vimos familiar, expansivo, majestuoso, grave, irónico, apasionado y siempre elocuente, ajustando los finísimos encajes de su verba á la dura imposición de las circunstancias. Nadie le igualaba en el arte dificilísimo de la improvisación. Sus réplicas valían más que sus discursos. Sus réplicas eran redes ó zarpazos. Se agigantaba cuando respondía, como el mar cuando tropieza con un escollo. Jamás retrocedió. Sabía que, como dice Eugenio Paignon, en la oratoria de la tribuna, la duda es la derrota. Por orden y por obra de su voluntad, las ideas y las frases le obedecieron como esclavas sumisas. En nuestros parlamentos, no fué grande por la intriga ni por la fortuna. Lo fué por su palabra de hablista consumado. Como todos los buenos oradores legislativos, no era un sintético ni un generalizador. Gustaba de los pormenores, de los detalles, de los incidentes, de los números, de las citas, de los documentos aclaratorios. Era claro su entendimiento, pronta su comprensión, abundosa su fantasía, variado su saber. Así Bauzá expone, narra, explica, prueba, refuta, convence y persuade, triunfando de enemigos resueltos, que empiezan escuchándole con prevención y concluyen coronándole de alabanzas. Es católico. Ha sido santista. Se le acusa de haber vacilado en su credo político, acercándose al partido constitucional en 1871. ¿Qué importa? Su ta-

lento es más fuerte que vuestras filosóficas repugnancias. Su talento es más fuerte que sus mismos errores. Era el 20 de Marzo de 1888. La Cámara discutía si debía mantenerse ó no la ley de extrañamiento del general Santos. Bauzá, á pesar de las dificultades y de las resistencias con que su palabra tropezará, no renuncia al derecho de hacerse oir, pronunciando un discurso que es una maravilla de dicción y de razonamiento.

"Á no estar yo cegado por el patriotismo, señor Presidente, creo que lo que ha constituído la superioridad de los estadistas uruguayos sobre sus rivales, consiste en el sacrificio de la imaginación, que es el elemento más nocivo para el trato de los negocios públicos. Distinguiendo cuidadosamente entre la opinión artificial y la verdadera opinión pública, es que nuestros prohombres pudieron marchar sin vahidos en medio de los mayores tormentos y llegaron á fijar los destinos de una nación que se había consolidado por la virtud de sus propios esfuerzos.

"Este conocimiento tan profundo del corazón humano y del carácter nacional, les condujo á no extremar nunca las represiones ni las expansiones políticas, y la experiencia demuestra hasta qué punto fueron sabios en ese concepto, pues los que incidieron en el sistema contrario, han caído fulminados por su propia debilidad, ó han comparecido manchados de sangre ante la historia.

"Meditando sobre las causas que puedan haber influído en la formación de este criterio, me apercibo que no son otras que la aplicación del principio de justicia á todas las incumbencias del Gobierno, así en la conducta interior, como en el trato de los negocios internacionales. Toda nuestra vida reposa sobre la sanción de ese principio, gallardamente levantado por

el pueblo uruguayo en los días de combate y seguido por la mayoría de sus gobiernos en el curso de nuestra vida, muy azarosa, pero nunca indigna.

"Las exigencias y los principios de una nueva generación política, tienden sin embargo á modificar esta norma de conducta que informaba los procederes de nuestros mayores: contra la teoría de la justicia, se levanta la teoría de la conveniencia; contra la conciencia vulgar y la razón común, que Kant llamaba el imperativo categórico, se levanta la razón política, demasiado vaga en sus concesiones, siempre esquiva en determinar sus efectos precisos; y por ministerio de estas contradicciones singularísimas, va este pueblo y vamos todos, sin apercibirnos, caminando hacia la sanción de la más perniciosa de todas las doctrinas existentes, hacia la sanción de la doctrina del éxito á cualquier precio.

"La diferencia existente, pues, entre la política de nuestros mayores y la nuestra, entre la política que imperaba hasta poco ha en las esferas gubernamentales y la que hoy tiende á imperar, estriba precisamente en que aquélla miraba el porvenir, y ésta sólo mira el presente; en que aquélla buscaba la paz de los ciudadanos, en el olvido recíproco de sus ofensas, como cuando á raíz de la Independencia, decretaba la libertad política de los hombres, como cuando á raíz de la paz de 1851, decretaba que no había vencidos ni vencedores, como cuando á raíz de la batalla del Quebracho, decretaba la libertad del prisionero armado; mientras que esta política tiende al exclusivismo, puesto que á raíz de una conciliación tan pregonada, se decreta el destierro y el confinamiento de Santos."

Á medida que avanza en su discurso, el orador se afirma y crece en estatura:

"Los derechos naturales, señor Presidente, ó sea lo que Lieber llamaba, la Ley abstracta, son más sagrados que las Asambleas, son más grandes que los Gobiernos; no han sido delegados por el pueblo en ninguna Constitución y bajo la acción de ninguna autoridad; los derechos naturales el hombre los ha recibido de Dios, y tiene el derecho de guardarlos consigo, de defenderlos, porque son la garantía única de su condición, porque es un ente racional y destinado al progreso. El derecho á vivir en su país, el derecho á la luz, al aire, á la vida, en fin, al honor, no pueden ser quitados por nadie sino en virtud de leyes muy serias, de procedimientos muy regulares, de investigaciones muy complejas.

"Y aquí, en esta forma que se trata de adoptar, quitándole al general Santos, por odio, lo que no le puede quitar nadie sino Dios, lo que se hace es cavar la tumba de las instituciones, como bien lo ha dicho el señor Carve; es cavar la fosa donde vamos á enterrar la Constitución de la República.

"La virtud excelsa de los Gobiernos no está en aplicar la Constitución cuando conviene á sus miras, sino en aplicarla cuando no conviene.

"Esto lo he dicho cien veces bajo estas bóvedas y cuando he tenido que atacar, aun contra convicciones é ideas arraigadas en los hombres de mi partido, locuras é insensateces como esta que se trata de poner en práctica: porque es locura en pleno siglo XIX tener desterrados políticos fuera del país y tener amenazas buscadas por el Gobierno mismo, elevar de tal manera una personalidad que ella sola venga á constituir el terror de la República entera."

Subiendo, subiendo, el orador agrega:

"Bajo el Gobierno del general Santos, fuí su partidario decidido, cuando antes de subir al Poder me

expuso sus planes y sus vistas de futuro; dejé de serlo, el día que no supo dominar á cañonazos las insolencias de Amézaga y que se lanzó á perseguir la Iglesia Católica para buscar la popularidad que había perdido, comprometiendo la honra de la patria.

"Jamás fuí de sus aduladores; de manera que aun cuando hubiera votado la ley de extrañamiento, no habría sido del número de los ingratos. Pero cuando lo ví solo, abandonado, cuando ví que podía decir como Don Pedro el Cruel, con este pan que tengo en la mano me sobra para alimentar á mis amigos, entonces me dió lástima; me dió lástima que aquel hombre que había llegado á los más altos puestos de la Administración pública, saliese corrido por los mismos que lo habían levantado hasta allí; y levanté mi voz aquí, en este centro de verdad, donde nunca ha faltado la voz de verdad que clame contra las injusticias, y protesté contra el destierro del general Santos, y dije que aquella iniquidad podría caer sobre la frente de los que la decretaron.

"No quiero, por esto, señor Presidente, culminarme y elevarme hasta tal punto que me crea irreprochable; sería eso una insensatez de mi parte.

"En política, y en la política de estos países, muchos son los errores que se cometen. ¿Quién será el primero que pueda arrojar la piedra?.... Pero cuando menos, no me creo acusable de ningún acto por el cual se pusiera en confusión mi conducta del presente con mi conducta pasada, y más, que esta conducta de hoy no respondiera á la que he tenido toda la vida: la defensa de los verdaderos principios constitucionales contra cualquiera de los caprichos del Poder Ejecutivo ó de cualquiera otra de las ramas del Poder Público."

En aquella tarde del 20 de Marzo, Bauzá pisaba te-

rreno firme. En ninguna tierra, civilizada y libre, es tolerable la confinación sin forma de proceso ni sentencia legal. Era ridículo que un pueblo entero temblara ante un hombre. Era incomprensible que un pueblo entero engrandeciese á su victimario, respetando su grado, sus honores, su sueldo, su fortuna, su libertad y cerrándole las puertas de la patria por una condenable ley de excepción. El bastardo principio de la salud pública, empleado á cada instante en las democracias incompletas y mutiladas por los teóricos de la política de la necesidad, es un principio injusto, opresor, cobarde é inadmisible en las tierras que dora la luz magnífica del sol del derecho. El derecho no existe fuera de la ley, aunque el derecho sea, en muchas ocasiones, la protesta dura de la ley burlada. La libertad, que no sabe defenderse sin leyes de excepción, sin apelar á los confinamientos y á los suplicios y á las confiscaciones que la ley no admite, no es libertad sino dictadura, importándole poco á la rectitud que esa dictadura sea personal ó legislativa. La Constitución está por encima de los hombres y de las Asambleas. El poder de las Asambleas sólo es poder cuando actúa de acuerdo con la Constitución. Así hemos pensado toda la vida. Así pensábamos cuando el señor Cuestas desterró á Julio Herrera y á Martín Aguirre.

Necesariamente debió pesar sobre los espíritus aquel orador individual, desordenado, copioso, elegante, incisivo, castizo y libre. Á veces se encrespaba y mordía. Escuchadle:

"Á pesar de que haya quien lo dude, me creo un hombre prudente, y voy á decir por qué. Me creo un hombre prudente, porque á pesar de cierta vehemencia exterior, me he encontrado siempre de acuerdo en los momentos difíciles, con los hombres juiciosos de mi país. Pero creo también que la prudencia, apli-

cada al régimen parlamentario, no estriba en los discursos melifluos, ni en seguir servilmente á la mayoría, porque no siempre la mayoría tiene razón: la prudencia estriba por parte de los diputados, en votar según la ciencia y conciencia de su propio criterio, huyendo el compañerismo del pandillaje, que compromete la imparcialidad de las discusiones y mina de antemano la fuerza de los actos sobre los cuales van ellas á recaer.

"Nosotros no estamos aquí como cualquiera: nuestra voz puede transformarse en una ley.

"Es cierto que nuestro voto nos pertenece, pero también es verdad que somos responsables de él ante la Nación, sobre cuyo honor, estabilidad y riqueza refluyen nuestros actos legislativos.

"La discusión pública, es una de las garantías más preciosas de la forma en que se cumple nuestro mandato. Yo no puedo permitir, pues, que esa garantía se elimine caprichosamente por la confabulación del mayor número, ultrajándonos la mayoría con su silencio, para celebrar más tarde, entre risas, un triunfo obtenido, como vulgarmente se dice, con el asiento.

"Se acabaron los tiempos de diputados de asentaderas. ¡La República del Uruguay merece otros diputados!...."

Dijo en otra ocasión:

"Sea cual fuere la confianza que se tenga en el Gobierno actual, sean cuales fueren las miras que se le atribuyan, no ha de olvidarse que está representado por hombres, y que los hombres somos susceptibles de error, como lo somos de llevar nuestras miras más allá de lo que el deber consiente, cuando nos ciega la pasión. Las leyes fundamentales del Estado, no solamente han dividido los Poderes y fijado la responsabilidad de los mandatarios, por amor á la sime-

tría, sino que lo han hecho para enfrenar los malos instintos que el ejercicio del mando suscita sin remedio en todos los favoritos de la fortuna.

"Se ha visto que la generalidad de los presidentes sudamericanos no han podido resistir á la tentación de indicar sus sucesores, no obstante las cortapisas de la ley y las protestas de la opinión. Años hace, conversando con un diputado sobre estas cosas, me decía, que bien mirada la situación de nuestras democracias, el hecho venía á constituir una especie de garantía, tapando hasta cierto punto el buraco que deja el sistema republicano, entre la tradición y los compromisos del que manda y la irresponsabilidad del que ha de sucederle. Mas yo creo que esta es una doctrina hipócrita, y tengo por más conveniente lo aleatorio en este sentido, que todas las ficciones con que se decora el despotismo á título de conjurar peligros discutibles.

"Desde que impera una forma de gobierno, es necesario ajustarse á ella con leltad, es necesario no bastardearla, porque de otro modo se arriesga á imitar en política á los licoristas inexpertos, que mezclando diversos alcoholes, forman un brebaje. Me parece que en toda nación digna de sí misma, y en todo sistema republicano correcto, lo aleatorio, en este caso, es lo salvador, si por aleatorio se entiende la elección libre, la mayoría formada en razón de su propio criterio, y no por los compromisos del compadrazgo, que son de índole oligárquica, y por consecuencia, antirepublicanos y subversivos."

Le enrostran un hecho de su partido, y responde con altitud:

"Yo no sé lo que hizo mi partido político: yo, dentro de mi partido, he vivido á mis anchas, porque cuando él no quiere hacer lo que yo quiero, yo hago

lo que se me antoja. No soy de esos partidarios serviles que posponen sus principios á las conveniencias de la mayoría y del tumulto, y por eso es, que dentro de mi partido, pudiendo ser el hijo menor ó mimado, suelo ser á veces el más perseguido de todos: no me importa; yo estoy en paz con mi conciencia, y creo que el mejor de todos los jueces es ese."

Más tarde agregará:

"Yo estoy cansado de las distinciones sofísticas que suelen hacerse para abonar determinadas opiniones. Creo en el progreso que modifica las ideas é influye en la conducta de los hombres públicos, pero no creo en la eficacia de los cambios violentos de opinión, que llevan á los hombres con armas y bagajes al campo enemigo, sin consideración á sí mismos y á los demás. No confundo la claudicación con el progreso, porque no tienen ambos la base común de la buena fe.

"Así como se me antojan vividores de oficio, esos moscardones políticos cuya vida se pasa en cantar su propia alabanza, demostrando que siempre han pensado lo mismo en las cuestiones opinables y sujetas á la acción movediza de mil experiencias contradictorias, así repugno también á la gente estrafalaria que no tiene norte en la profesión de principios fundamentales. El uno por su hipocresía y el otro por su cinismo, ambos géneros me fastidian, y prefiero la confesión franca del error ó la razón clara de la insistencia, á todo ese embalaje de palabras vanas con que se quiere decorar una virtud sospechosa ó una conducta reprensible."

Escuchadle atacar, como escuela de barbarie, las corridas de toros:

"*Barbarizarse* quiere decir retrogradar; y si los pueblos tienen el derecho de permanecer estacionarios dentro de un ideal ó de un progreso conquistado, no

tienen el derecho de retroceder, negándose á sí mismos, y sí tienen el deber de conservar un patrimonio que cuando menos deben devolver íntegro á sus sucesores.

"La historia de todos los pueblos demuestra como han caído los que se han barbarizado, desde aquellos que se entregaron á la barbarie primitiva, hasta aquellos que pasaron al paganismo romano, en el cual también había estas diversiones de tauromaquia, de circos de bestias feroces.

"Se ha dicho que la asistencia á las corridas de toros estimula el valor de los concurrentes á la escena.

"Por mi parte, no vacilo en decir que esa afirmación es errónea, porque el valor consiste en afrontar los peligros, pero no en verlos producirse impunemente.

"Entre el valor y la ferocidad hay esta diferencia notable: que el valor hace rostro á las dificultades con ánimo levantado, mientras que la ferocidad las ve producirse y se goza en ellas desde lugar seguro, que es lo que hacen los concurrentes á las plazas de toros."

No es flacura de espíritu repudiar las estériles crueldades de la fiesta española:

"Nadie puede negar que los príncipes de la casa de Hohenzoller pueden presentarse ante cualquiera como los primeros valientes de Europa, y que los actuales generales de fama de esa familia, hicieron brillante y heroicamente la guerra de Francia, batiéndose como leones para derrotar á otros tan valientes, como eran los soldados franceses. Pues bien: esos príncipes, entre ellos el actual emperador Federico III, fueron invitados por el rey Alfonso XII á una corrida de toros: y en medio de la corrida, cuando empezó el despilfarro de caballos y la suerte de picadores, pidieron permiso para retirarse; y preguntándoles por

qué se retiraban, dijeron, que no estaban acostumbrados á ver asesinar animales indefensos."

Insiste en que nada le deben la honra y la libertad de España á la lidia de toros:

"Como no han faltado aquí ardientes defensores de las corridas de toros, los ha habido también afuera; y ya por opiniones vertidas en la prensa pública, se ha llegado hasta querer hacer creer lo que parece imposible, es decir, que toda la regeneración española del año 8 proviene de las plazas de toros; y como decía muy bien el diputado señor Melián Lafinur, se hace aparecer al toro vencedor de Napoleón y al toro regenerador de España.

"No tengo yo formado un concepto tan bajo del pueblo español, cuya historia conozco y admiro, como el que le atribuyen los admiradores de los toros.

"No fueron los toros, señor Presidente, los que cimentaron la grandeza de España en ninguna época; no fueron ellos los que alimentaron el valor legendario de generales como Gonzalo de Córdova, de descubridores como Cristóbal Colón, de hombres políticos como Carlos V y de estadistas como O'Donell.

"No fueron los toros, por cierto, los que inspiraron á los españoles aquella heroica resistencia que empieza el 2 de Mayo, y que empieza á justificarse en un derecho y no en un toro; en el derecho que tenían de conservar los príncipes de la Casa Real ignominiosamente arrancados por los soldados de Murat, y en el derecho que tenían de gobernarse y de cimentar su bandera.... Y todo eso era en nombre de esos altos principios de dignidad y patriotismo españoles, que son el principio de la dignidad y del patriotismo humano: fué en nombre de esos principios que se levantaron los españoles en aquella guerra del año 8 y que derribaron á Napoleón, no por la fuerza de las

corridas de toros, sino por la fuerza y el corazón de los españoles."

Al tratarse, en 1887, del proyecto que modificaba la ley de las instituciones monásticas, aquel gran orador, que era un católico convencido, tuvo instantes de altísima inspiración.

"Se afirma que los votos religiosos son una esclavitud, pero no se da razón alguna que lo pruebe.... ¿Qué es la esclavitud, señores?.... Es la privación para el individuo de toda acción voluntaria exterior. El esclavo vive sujeto á una ley que él no se ha dado, á una condición que él no ha elegido. Luego, pues, la esclavitud es todo lo contrario de la libertad, cuya expresión más correcta puede definirse como la facultad de elegir entre dos motivos. ¿Están las personas religiosas en esa condición? ¿Acaso no han elegido ellas voluntariamente su estado, y no se han sometido motu proprio á la ley que los gobierna?.... ¿Acaso en el ejercicio mismo de sus votos carecen de la libertad de elección, desde que no pueden obedecer, aun en las Órdenes más rígidas, aquello que en su conciencia sea malo?.... Y no sólo ejercen el libre albedrío en los casos de conciencia, sino que lo ejercen también en el gobierno doméstico de la comunidad. Las órdenes religiosas, así de hombres como de mujeres, eligen periódicamente sus superiores, y se reunen en capítulos y asambleas para tratar los negocios generales que conciernen á todos. ¿Es así como proceden los esclavos?.... La respuesta á esta interrogación, resuelve el caso. No hay tal esclavitud en la profesión religiosa: el fraile y la monja son pobres porque quieren serlo; obedecen porque quieren obedecer; son célibes porque debidamente han jurado permanecer así. El mundo suele reirse de estas cosas, pero hay también gentes que se ríen del mundo:

díganlo sino, Francisco de Borja y Teresa de Jesús.

"Por cualquier lado que se encare el asunto, resulta inadecuada, ó por mejor decir absurda, esa calificación de esclavitud que se da al estado religioso.

"De seguro que es una esclavitud bien singular aquella que permite al hombre imponer la razón á las pasiones, el desprecio á los goces del mundo, y el espíritu á la materia.

"Mucho menos hacían los estoicos, y la escuela liberal les admira. ¿Y cómo es posible que esa escuela, acepte sin contradecirse lo menos y rechace y condene lo más?

"¡Oh eternos propagadores de la virtud!.... ¿por qué os asustáis de encontrarla en vuestro camino, y no la toleráis siquiera escondida bajo la bóveda silenciosa del claustro?"

Oidle, ahora, establecer los vínculos que existen entre las órdenes monásticas y la cultura continental.

"Si hay, señor Presidente, un trozo de tierra en el mundo que les deba favores especialísimos á las órdenes religiosas, es el Continente americano. Cuando los españoles vinieron á descubrir y conquistar la América, traían consigo, como era natural, hombres arrojadísimos, marinos de singular genio y aventureros que no teniendo más ley que su espada, entraban á la conquista como se entra á todas las grandes conquistas, con el designio de vencer ó morir: y junto con esas gentes toscas y rudas (excepción hecha de algunos de los hombres que las capitaneaban) venían los capellanes, venían los frailes destinados á fundar instituciones religiosas; y esos pobres frailes y esos capellanes á quienes hoy se desconocen sus servicios y á quienes se mira con tanto desdén, fueron en primer lugar los que prohibieron á los conquistadores que tratasen como esclavos á los indígenas, los que

conservaron á esos indígenas en reducciones, los que les enseñaron la lengua española y la religión católica, los que formaron en sus propias lenguas bárbaras, gramáticas y diccionarios para enriquecer la filología europea y formar la americana, los que introdujeron las artes y las industrias, el libro y la imprenta, los que nos dieron, en suma, toda la civilización cristiana y científica que no podían traer los conquistadores, de suyo semibárbaros. y que traían, sin embargo, á su sombra, los pobres misioneros y los pobres capellanes con sus conocimientos adquiridos por ministerio de la religión que profesaban."

Vedle, en fin, vincular el sacerdocio á la historia nativa y americana.

"Pues que, ¿no estamos nosotros mismos insultando nuestras propias tradiciones al hablar tan indignamente de las órdenes religiosas? ¿Quiénes sino los franciscanos fueron los que más actuaron por la Independencia nacional, señor Presidente, no sólo con el glorioso pronunciamiento que hizo el año 8 la ciudad de Montevideo y al cual dieron nervio dos ó tres frailes del convento de San Francisco, sino en la revolución de Artigas, secundada por los franciscanos que figuraban en el ejército, y entre ellos una entidad respetable, como era monseñor Lamas, entonces soldado y capellán de la revolución, y confesor más tarde del general Carrera?.... ¿No son también los clérigos seculares los que han hecho un papel importantísimo en nuestra historia?....

"¿Quién era el presidente de la Asamblea de la Florida que proclamó nuestra Independencia del Brasil, sino el presbítero Larrobla?.... ¿Quién fué el primero de nuestros dramaturgos, sino el padre Martínez, capellán más tarde del célebre Regimiento 9.º que se batió en el Alto Perú por la Independencia

americana?.... ¿Quién fué el primero de nuestros sabios sino Larrañaga? ¿Quiénes figuraron entre los hombres de primera fila que tuvo nuestra Asamblea Constituyente, compuesta de tantos ciudadanos ilustres, sino sacerdotes hijos del país, conciudadanos nuestros, en los cuales la Nación, por cierto, no se consideraba deshonrada porque llevasen hábito talar?...."

El color de las cosas depende del color del cristal por que se miran. No eran turbios, bajo cierto aspecto, los cristales de los lentes del orador. Éste hubiera podido añadir, en defensa de las órdenes religiosas, que pertenece á esas órdenes la gloria inmarcesible de haber dado origen á las instituciones de caridad pública, distinguiéndose desde el principio por un profundo amor á los indigentes. Así, mientras los protestantes y los budistas poco han hecho por los que sufren en tierras japonesas, el hospital de Kumama y la leprosería de Gotemba, los asilos más altos de la beneficencia oriental, fueron fundados por el padre Corré y el padre Testevinde. Hubiera podido agregar, en defensa del ritualismo católico, que á ser ritualistas se van preparando los templos protestantes, los templos ingleses, desde 1880. Tanto es así que mientras en 1882 sólo se celebraba misa en 123 iglesias británicas y sólo se encendían cerosos blandones en 571, según las últimas estadísticas del credo reformado, se celebra misa en 729 de aquellas iglesias y pasan de 800 los santuarios sumisos á un ritual simbólico. La cuestión religiosa, mirada por los vidrios azules del sentimiento, es un arma poderosísima, y arma poderosísima resultó ser en los labios ardientes de Francisco Bauzá.

Éste no nos engaña ni se engaña á sí mismo. Con razón ó sin ella, para mí sin razón, cree en lo prove-

choso de la autoridad y en lo progresivo del desenvolvimiento de las religiones positivas. Cree y lo dice de un modo magnificente. Oidle argumentar en Febrero de 1879:

"Las ciencias refugiándose en los principios que encontraron sus fundadores; las artes arrimándose á los modelos que mejor sintetizan la idealidad; las sociedades estudiándose á sí mismas en la historia; los sistemas de Gobierno conciliando lo antiguo con lo nuevo; todo indica el predominio de la idea de autoridad marchando triunfante á ocupar el primer puesto en el concierto de la civilización. Y si cuando esto sucede á vista de todos, comenzamos á marchar nosotros contra el torrente universal ¿quién puede asegurar que no seamos sepultados por sus aguas?

"¿Y es acaso alguna idea nueva la que se proclama para matar la autoridad de las creencias? ¿es acaso alguna doctrina superior á la del Cristo la que se pretende imponer por la fustigación del diarismo y la pompa de una elocuencia descomedida? Nada de eso. Contra los dictados del sentido común y las enseñanzas de la historia, lo que se pretende resucitar es una religión natural; y vosotros sabéis, señores, que las religiones naturales han hecho su camino en el mundo, y han caído para no levantarse más. Diógenes y Zenón, se esforzaron por implantar la religión del Deber en Grecia y sucumbieron en la empresa sin poder apuntalar la decadencia griega. Lucrecio y sus adeptos, suscitaron la adoración de la naturaleza en Roma, encontrando el mismo vacío, sin que les fuera dado tampoco detener la caída del Imperio universal. Los terroristas del 93 en Francia, preceptuaron el culto de la Razón, y para hacerlo práctico, adoraron una meretriz en los altares.

"En todas partes donde la religión se ha alzado

con pretensiones de dominio, han caído las instituciones y se han corrompido las costumbres.

"Y es que el culto de lo sobrenatural, la razón divina de las cosas, el problema insondable planteado por la voluntad eterna, y que se resuelve en el tiempo y en el espacio por ministerio de esa misma voluntad, necesita ser acatado por los pueblos, so pena de caer en la adoración de sí mismos para dar origen á aquella vanidad de las vanidades, de que nos habla el profeta y tras de la cual no hay más que la miseria y el suicidio moral. Una religión positiva, con sus dogmas, su culto, sus ceremonias simbólicas, sus sacerdotes y sus fieles, se encontrará siempre en el seno de todo pueblo civilizado. ¿En nombre de qué derecho, pues, querrá arrancársele al pueblo uruguayo la suya?...."

¿Han hablado por ventura, mejor que nuestro Bauzá, el eruditísimo Manterola y el célebre marqués de Valdegamas?

Apasionadísimo de sus ideas, el orador se exalta y sube hasta lo patético de la interrogación en 1888.

"Como ciudadano y como republicano, yo no tengo más amo que Dios, ni otro maestro en las cuestiones de fe y costumbres que el Romano Pontífice; y en todo lo demás, en lo que se relaciona con las ciencias y las artes, en lo que dice con las opiniones y los pareceres, hago uso pleno del libre albedrío que Dios me ha dado, cuando me honró como criatura hecha á su divina semejanza.

"En nombre, pues, de esa libertad racional y necesaria, es que os pregunto de nuevo ¿qué es liberalismo?.... ¿cuáles son sus títulos para imponerse á la conciencia pública en este país ni en ninguno?.... ¿cuáles son sus capitanes, sus hombres de Estado, sus legisladores, sus oradores?....

"Lo pregunto, lo investigo, y no lo veo en ninguna parte.

"Entre tanto, si tendemos la vista á los hechos que nos presenta la historia, hemos de ver que esos frailes tan perseguidos y calumniados por el liberalismo, son los grandes reformadores del mundo.

"Es el fraile Agustín, un santo, á quien Inglaterra debe su civilización; es el fraile Winfrido, otro santo, quien convierte y civiliza la Germania; es Cisneros, un fraile, quien levanta á España á la culminación de su grandeza; es Las Casas, otro fraile, el libertador de los indígenas americanos; es Vicente de Paul, un santo, quien encuentra para Francia y el mundo la fórmula suprema de las manifestaciones evangélicas, instituyendo las Hermanas de Caridad, y los amigos de los pobres; son, en suma, los frailes, quienes, en lo antiguo y lo moderno, están á la cabeza del movimiento regenerador del mundo, por la práctica del desinterés, del patriotismo, de la caridad, por la enseñanza, por la oración, por el sacrificio. ¡Oh, decidme, señores! ¿qué valen, ante esos héroes verdaderos, los héroes de relumbrón del liberalismo?..."

¿Estáis seguros de que la causa, con tan hondo calor defendida, no era la causa de la libertad? Yo no soy católico ni miro con placer las órdenes monásticas; pero entiendo que éstas deben combatirse por la prédica y la persuasión, nunca por la ley, que prohibe, pero que no convence ni cura las cegueras morales. La conciencia es inviolable y es incoercible. Si mi conciencia tiene derecho á la libertad, las conciencias católicas pueden reclamar el mismo derecho. Así me honro al creer que en una república liberal deben estar garantidas todas las libertades, desde la libertad progresista del voto ciudadano hasta la libertad reaccionaria del rezo en clausura.

Después de buscar un apoyo en la historia de nuestra tierra, el orador se dirige al sentimiento y á la imaginación.

"Señores: ¿os habéis detenido alguna vez á contemplar un convento?.... La sencillez y amplitud del edificio, las copas de los árboles descollando sobre pretiles altísimos, aquella campana que plañe en vez de sonar, aquellas puertas que se abren para distribuir la sopa á los pobres y vuelven á cerrarse para restablecer de nuevo la corriente de paz y silencio cuyas ondas lo envuelven todo, forman un conjunto que hiere fuertemente el espíritu. Se conoce desde luego que allí está la mansión del pensamiento solitario, se adivina que tras de aquellas paredes leen los hombres sin que el ruido les perturbe, estudian sin que las intercurrencias mundanas los distraigan, oran sin que los sobresaltos del mundo interpongan su silueta entre la palabra humilde y las regiones celestes, donde ella llega para desarmar la omnipotencia divina. Tal debió ser el aspecto que ofreciese á Colón el monasterio de la Rábida, cuando desalentado y confuso golpeó sus puertas para transfigurarse de mendigo en descubridor de un mundo!"

¿Es útil el liberalismo extremado y rabioso? El orador, apoyándose en la historia, nos responde con una negativa.

"Quiero preguntar ahora, cuáles son los beneficios que el anticatolicismo oficial ha traído, tanto á Francia é Italia, como á España, nuestra ilustre madre. ¿Dónde está aquella Nación francesa, hija primogénita de la Iglesia, cuya historia formaba el encanto de nuestros estudios escolares, y cuyas victorias parecían ser las victorias del género humano? Ahí la tenéis mutilada; ella que fué señora de la Europa occidental debatiéndose entre las ambiciones de polí-

ticos sin fe, marchando sin rumbo y á tientas entre las escabrosidades de un camino sin horizontes! ¿Dónde está aquella Italia güelfa, con sus Pontífices admirables y sus artistas sin rival, manteniendo el nombre y el brillo del espíritu latino en todas partes? Ahí la tenéis, muda, sofocado su genio por la unificación artificial que le ha impuesto una dinastía intrusa, trofeo de los gibelinos triunfantes! ¿Qué ha quedado de aquel Imperio Español, en cuyos límites no alcanzaba á ponerse el astro del día, aquel Imperio cuyos soberanos hasta Carlos III pudieron cada uno llamarse sin jactancia Rey de reyes y señor de señores?

"Ahí lo tenéis, ocupando en Europa las siete octavas partes de una península y poseyendo unas cuantas islas en el mar; que eso es todo lo que ha quedado de aquel coloso cuyo cetro era palanca y escudo de la cristiandad en manos de Carlos y de Felipe.

"Entre tanto, las naciones enemigas de aquellos imperios, la Inglaterra y la Alemania protestantes, mejor aconsejadas por sus propios intereses, en vez de haber extremado la persecución religiosa, se han mantenido en los límites de la prudencia, han reaccionado, han visto claro que lo que había perdido á sus rivales iba á perderlas á ellas mismas. He aquí como los verdaderos estadistas saben pulsar la opinión de su país y trabajan hábilmente por su engrandecimiento. Luego, pues, no es sólo cuestión de fe sino cuestión de política este problema de la persecución religiosa. Si los dos grandes Estados protestantes de Europa os dan el ejemplo en la cuestión, ¿por qué vosotros, hombres políticos de una Nación católica, no lo seguís, sobre todo, cuando esa conducta se os impone, no sólo como un procedimiento de prudencia, sino como un deber constitucional, puesto que toda perse-

cución á la Iglesia es un acto contrario á los preceptos de la Constitución?...."

Aquel gran discurso termina con una sencillez admirable.

"La amplitud de la controversia me ha inducido á tocar muchos puntos, que necesitaban ser desarrollados hasta donde su esclarecimiento lo requería. Lamento que el ardor de las objeciones me haya arrancado algún concepto hiriente, pero bien sabéis que en estas luchas parlamentarias donde se compromete el triunfo de lo que nos es tan caro, domina más el corazón que la cabeza.

"No he pretendido enseñar á nadie: he intentado solamente defender los principios que profeso, consignándolos como lo siento dentro de mí mismo.

"No he pretendido hacer alarde de elocuencia: he querido simplemente manifestar las cosas como son y explicarlas con arreglo al criterio que profesan los hijos de la Iglesia católica.

"Me parece á mí, que el ruido de las discusiones animosas sobre asuntos fundamentales, es indicio cierto de libertad.

"Las bóvedas de esta casa, conmovidas tantas veces por el acento varonil de nuestros mayores, prestan testimonio del hecho, y la deferencia con que escucháis la controversia que hoy sustentamos, demuestra que hay en el fondo de todos los corazones un alto sentimiento de justicia, deseoso de proteger igualmente á vencedores y vencidos para que emitan su libre opinión.

"Los anales de los pueblos, se forman con estos antecedentes.

"De la libertad queda siempre un recuerdo amable, y eso constituye el honor de lo pasado y la esperanza del porvenir.

"Doy las gracias á los señores diputados por haberme escuchado tanto tiempo, y ceso aquí en el uso de la palabra, esperando que la réplica nos traerá alguna luz, ya que no nos la ha traído la discusión anterior promovida por la minoría de la Comisión."

Decía cosas arduas y cosas muy sutiles, siendo insinuante, incisivo y despectivamente imperioso. Tuvo el desprecio de la nulidad. Pasaba sin verla. Gambetta tenía un ojo de vidrio. Cuéntase que, en cierta ocasión, un parlamentarista anónimo le interrumpió diciéndole: — El señor diputado no vé bien este asunto. — Gambetta se encrespó: — Con este ojo, dijo señalando su pupila inútil, lo veo á usted, y con este otro, añadió señalando su pupila sana, veo á mi país. — Bauzá era ciego para los nulos de entendimiento. Los necios no existían para Bauzá. Los contemplaba sin advertirlos, dejándolos gruñir, igual que los mastines de buena raza al falderillo provocador. Era no pequeño, casi delgado, de frente alta, de ojos pensadores, de nariz recta, de facciones finas, de rápido decir y voz polisonora. Su palabra corría más que su pensamiento. Era afluentísimo. Fatigó á los taquígrafos. Mordía su bigote sedoso y cuidado, retorciendo las guías con mano nerviosa, en las hábiles pausas de su peroración, llenas de reticencias, que parecían ser como fosos obscuros y amenazadores. Su vocabulario no titubeó jamás. La sangre afluía, borboteando rítmicamente, á su cerebro de convencido. En el gobierno, lo mismo que en la oposición, se autosugestionaba. Siempre creía lo que decía, en tanto lo decía, aunque no lo creyese antes ó después de decirlo. Esa fué su fuerza. Una convicción es una avalancha. Tuvo veleidades, y las defendió con leonina altivez. Sólo fué inflexible, sólo fué absoluto, sólo fué de una pieza en su catolicismo.

Oidle exclamar el 15 de Junio de 1880:

"— Se ha dicho que la religión católica no forma espíritus de temple y no levanta el entusiasmo del pueblo. Yo pregunto, señores: abrid la historia y decidme, cuáles son los pueblos donde se sabe morir por la patria y sucumbir con ella: y la historia os dirá que son los pueblos esencialmente católicos; es España; es Irlanda; es Polonia. Yo pregunto: cuáles son los héroes de la humanidad; cuáles son los que hayan conmovido más gente y lanzado las ideas de libertad más lejos: abra la historia el señor diputado por Montevideo, y se encontrará con San Benito, á quien la Italia acaba de levantar una estatua por ser el fundador de los conventos donde se refugiaba la ilustración en los tiempos antiguos....

(Murmullos en la Cámara y en la barra).

" .... y se encontrará con Pedro el Ermitaño, que levantó el mundo de Occidente para llevarlo á Oriente y civilizar aquellas regiones....

" *El señor Honoré.*—Y traer la civilización de allá!...

(Aplausos en la barra).

" *El señor Bauzá.* — Prosiga abriendo la historia el señor diputado que me interrumpe, y verá que no fué del Oriente de donde trajo fray Pérez de Marchena, el Prior de la Rábida, aquellas ideas sin las cuales Cristóbal Colón no habría podido descubrir la América; y que no fué de Oriente tampoco de donde sacaron los católicos obispos de la Inglaterra antigua, el fuego patriótico que les llevó á inflamar el corazón de los barones que firmaron la magna Carta.— "

Es que su fe no era la fe, llena de dudas, del célebre Pascal. Su fe era la fe serena, tranquila, calmosa y plácida del físico Cauchi. Pascal se desesperaba porque, en sus éxtasis de delirante, no veía á Dios. Bauzá, como Cauchi, si no lo veía, se imaginaba verlo.

Ver y creer ver, en estas cuestiones, ¿no es la misma cosa? Preguntádselo á los histerismos de Santa Teresa. Aquella visionaria apasionadísima os dirá que sí. Y os dirá que sí, lo mismo que la santa, la ciencia de Maudsley y de Letourneau.

El 16 de Abril de 1880 Bauzá habla en defensa de un proyecto de ley, en cuyo primer artículo se estatuye que — "en los Tratados que el Poder Ejecutivo ajuste con cualquier Potencia que cultive ó desee cultivar relaciones con la República, no podrá por ninguna consideración admitir que las funciones de los agentes diplomáticos ó consulares acreditados en nuestro territorio, invadan la jurisdicción nacional con respecto á la protección de sus connaturales. — "

En pro de este artículo, el orador sostiene que la historia de nuestra política internacional no es sino la historia de nuestros fracasos y de nuestros infortunios, de los sufrimientos y de los vejámenes que hemos padecido en virtud de lo monstruoso de nuestras alianzas y de lo absurdo de nuestros tratados de reciprocidad. Y Bauzá agrega sarcástica y elocuentemente:

"Sabéis de sobra, señores, que todo cuanto digo es la verdad. Sabéis que en 1845 nos aliamos al rey Luis Felipe de Francia, que llamaba á nuestro Presidente — *su grande y buen amigo;* y, que esa alianza contribuyó á prolongar la guerra de 12 años, donde casi perece la República, y nos costó más tarde la amenaza de un bombardeo de nuestras ciudades marítimas por la escuadra franco-inglesa, y nos acaba de costar una crisis financiera para pagar otra deuda, que el señor Thiers, á título de correligionario y buen repúblico, nos mandó cobrar imperativamente. Sabéis que no escarmentados por tamaños desastres, creímos conveniente aliarnos en 1865 al emperador del Brasil,

bajo pretexto de que no podíamos tolerar que los paraguayos hubieran invadido la provincia de Matto-Grosso, cuya autonomía nos interesa tanto como la autonomía de Afganistan; y entramos en una guerra que duró cinco años, que acabó con todo nuestro ejército veterano y que nos ha dejado enditados con el Imperio por unos cuantos millones de pesos....

"*El señor Honoré.* — Y nos dejó el diente del Cuareim.

"*El señor Bauzá.* — Es verdad.

"Esto por lo que dice relación con las alianzas. Escuchad ahora lo que ha pasado con respecto á reconocimientos.

"Allá por el año de 1860, andaba desesperado el Gobierno porque no tenía con quien tratar ni á quien reconocer. Afortunadamente se presentó la cuestión de la unidad italiana. En el acto reconocimos al nuevo Rey de Italia y tratamos con él. Pero á raíz del Tratado, acordóse *nuestro grande y buen amigo* el Rey de Italia, que algunos de sus súbditos reclamaban aquí pequeñas frioleras, cuya suma ascendía á algunos millones, y apenas se desentendió de complicaciones en Europa, cuando haciendo valer las ventajas en que lo colocaba la cláusula que lo consideraba al igual del más favorecido entre nosotros, pidió graciosamente el pago de esas sumas al Presidente Batlle. Para hacer más interesante la reclamación, S. M. la apoyó con algunos barcos de guerra expresamente enviados á nuestros puertos, á objeto sin duda, de que admirásemos sus flotas navales. Resultado total: — pagamos millón y medio de pesos, por el placer de tratar con la Italia.

"Y una vez que habíamos tratado con la Italia, ¿cómo no tratar con la Inglaterra?.... Tratamos, sí, señores; y alguno de nuestros Ministros se carteó

con los cónsules ingleses, meros agentes comerciales, á quienes nosotros, sin embargo les reconocimos carácter diplomático y personería suficiente para gestionar los intereses políticos: y lo que es más, y lo que prueba que cuando hacemos las cosas, las hacemos en grande, dimos á los agentes consulares de Inglaterra en el Uruguay, jurisdicción sobre intereses de sus súbditos muertos ab - intestato, quitando, por lo tanto, al Poder Judicial su ingerencia inalienable en estos asuntos. Tales cosas sólo se hacen, es cierto, en las factorías del Dakar y del Japón, donde un cónsul extranjero manda más que el gobierno nacional. Pero como nosotros, lo que queremos es tratar con todo el mundo al igual del más favorecido, no podíamos negar á la Inglaterra lo que habíamos concedido á la Italia, á la Francia, y hasta al Paraguay.... Ah!.... se me olvidaba decir, que mientras tratábamos, los ingleses nos cobraron 50.000 pesos que dicen que les debíamos, además de lo ya pagado, cuando la amenaza del bombardeo.

"Me parece que con lo dicho basta y sobra para hacer la fisonomía de nuestra política internacional. Diecisiete años de guerra con el extranjero; dos millones de deuda; la pérdida de la flor de nuestros ejércitos; la amenaza de bombardeo de nuestras ciudades marítimas; el reconocimiento de una jurisdicción extraña, dentro del territorio nacional, para dirimir los negocios judiciales; y la humillación y la vergüenza y el vejamen en la mayoría de los casos; tal es el resultado de esta manía de tratar, que viene acentuándose cada vez más entre nosotros; porque á parte de lo que ya se ha tratado, nos amenazan nuevas exigencias del Austria, de la España, y creo que de la Alemania, cuyos agentes en el Uruguay agitan

proyectos de convenio, para quedar al nivel de las naciones más favorecidas."

Ya lo hemos dicho. Bauzá improvisaba como no ha improvisado ninguno de nuestros oradores legislativos. Lo prueba su modo de responder á las interrupciones. Algunas de sus réplicas son eruditos, ordenados y elocuentes discursos. ¿Cómo adquirió aquella dificilísima facilidad? La improvisación es hija de la práctica, si atendemos á lo que nos enseña el célebre tratado de Eugenio Paignon. Seguro de sí mismo, Bauzá se hundía de lleno en el combate sin otras armas que las armas de su convencimiento y de su memoria. Supo, como Barnave, que la primera de las condiciones del triunfo es la osadía. Para estar siempre pronto, estudió sin descanso. Las finanzas, las leyes, los anales del mundo, el amor del idioma, lo apasionado de su temperamento, su vanidad justísima, le hicieron orador. Y, bueno es decirlo, jamás nuestra oratoria parlamentaria tuvo mayores y más ricas sonoridades que al vibrar en los labios de Francisco Bauzá. No era un purista, como se entiende ahora. No se pasó las noches retocando frases. No agotó su sapiencia en busca de efectos. Fué un espontáneo. Hablaba como silban el zorzal en el espinillo y el cabecita negra bajo la verde bóveda de los ombúes. Su parla fué á modo de fuente de sierra, que sale á impulsos de una fuerza interior y que fecunda porque su destino lo quiere así. No estuvo con todos, aunque no siempre estuvo con la verdad, ni hizo mercancía de su palabra, actuando de político por falta de profesión y de tribuno por razones alimenticias. Los que hacen política, sin creer en lo beneficioso de la política, se me figuran monederos falsos. Bauzá, por fortuna para su fama y para su reposo, no min-

tió probidades, ni fingió convicciones, ni afectó complacencias, ni desconoció errores, ni doró hipocresías. Enamorado de su sitial, por sedes de cultura y por instinto batallador, fué hombre de parlamento, de secta y de partido. La oratoria no se concibe sin la pasión. La nieve es muy blanca, muy fundible y muy pura; pero es muy fría. Sin fuego no hay luz. El que no se exalta, el que no combate, el que no sufre por sus ideas, no tiene el culto devoto y abnegado de sus ideas. Sin fiebre en el cerebro y sangre en las palabras no se domina al mónstruo de la tribuna como lo dominaba Francisco Bauzá.

Según Cicerón, llamamos orador al que aboga. Según Plauto, al que ruega. Plauto no se engaña. Recordad que, para Quintiliano, *orator* es sinónimo de *oratrix*. Así, pues, si para Cicerón la oratoria se dirige al raciocinio, para Quintiliano la oratoria procura mover el sentimiento. Juntad estas dos opiniones y encontraréis que la oratoria tiene por fin convencer y apasionar. No es orador el que se reduce á difundir ideas. El orador ablanda, impulsa, seduce y perfecciona los corazones. Isócrates, predicando la igualdad como base de la política y haciendo de lo justo la ley suprema de las relaciones internacionales; Demóstenes, ciego de patriotismo, batiéndose indignado contra el absorbente poder macedónico, en una época en que los griegos preferían el reposo humillante á las lides gloriosas; Cineas, tan lleno de vehemencia como vivaz é irónico, satirizando la ambición estéril é insaciable de los conquistadores, que no ven que la guerra sólo es fecunda y sólo es legítima cuando se emplea como último recurso del derecho ultrajado, se dirigían tanto al entendimiento como al músculo cardíaco de su auditorio, convencidos de que no se persuade sin enternecer y que no se enternece sino

con los ojos húmedos de emoción. Porque esto sabía y esto practicaba, fué grande y luminosa é irresistible la castiza elocuencia de Francisco Bauzá.

Concluyamos.

En ciertas ocasiones Bauzá, muy católico y muy demócrata, os parece contradictorio. Bauzá podría contestarle á vuestra extrañeza, como Walt Whitman:
— Es posible; soy vasto y contengo las multitudes.

Bauzá era un asiduo cultor de la oratoria política española, abundante como ninguna en magníficos y deslumbradores discursos. No se distinguen los oradores del jardín hespérico por el orden lógico y por la fría gravedad de sus arengas; pero sobresalen, en cambio, por lo poético y lo cadencioso y lo entusiasta de su decir, en virtud del clima ardiente y el carácter abierto y la música del idioma de la península, cuya índole y cuyo mecanismo se avienen con la pompa de la tribuna fascinante, imaginativa y apasionada. El lenguaje, polirítmico y multicromo de las regiones gratas al olivo y la vid y al ruiseñor, se acuerda sin dificultad con la nobleza de los ademanes, con lo limpio de la pronunciación, con lo elevado del pensamiento y con lo fogoso de las imágenes que la musa política, la vieja musa ciceroniana, exige de sus cultores. Es, pues, Bauzá un discípulo de la oratoria que ilustra, con la fama de su verba, Muñoz Torrero, aquel razonador y aquel analítico que proclamaba sin palidecer, en el cónclave gaditano, que la soberanía nacional está muy por encima del derecho divino de las coronas. Es, pues, Bauzá un descendiente de la oratoria que ilustra, con la fama de su verba, Agustín Argüelles, de elevada estatura y de ademanes sueltos y de memoria poco común, que fué tan espontáneo y fácil y verboso como el más verboso y fácil y espontáneo de los artífices del decir. Es, pues, Bauzá

un discípulo de la oratoria que ilustra, con la fama de su verba, José Mejía, tan lleno de agudezas en su poético sentimentalismo como terrible argumentador en la astuta emboscada de sus réplicas sobrias y contundentes como un golpe de mazo. Es, pues, Bauzá un descendiente de la oratoria que ilustra, con la fama de su verba, Antonio Capmany, filólogo y gramático y sapiente y maestro sumo en lo que con la escrupulosidad y pulcritud del lenguaje se relaciona. Es, pues, Bauzá un discípulo de la oratoria que ilustra, con la fama de su verba, Alcalá Galiano, insuperable en el modo de modular elegantemente las voces más plebeyas y agresivo sin incultura en medio de la brilladora cascada de sus tropos, siendo en ocasiones grave y patético, y siendo en ocasiones festivo y sarcástico. Es, pues, Bauzá un descendiente de la oratoria que ilustra, con la fama de su verba, José María López, de voz clarísima, y ademán adecuado, y ojos expresivos, y cabello rebelde, y frase pulquérrima, y fantasía pictórica, y memoria grande, y erudición vasta. Es, pues, Bauzá un discípulo y un descendiente de la oratoria que ilustran, con su durable y merecida fama, los nombres de Olózaga, Donoso Cortés, González Bravo, Ríos Rosas y Patricio de la Escosura, porque Bauzá tiene algo de todos ellos y porque en todos ellos encontraréis algo de nuestro Bauzá.

CAPÍTULO XII

Ojeada retrospectiva

SUMARIO:

I. — Nuestra prosa. — Don Andrés Lamas y el padre Lozano. — — Un proemio que honraría á diez doctos. — Otros libros de Lamas. — La bandera de Paysandú. — Gómez. — La locura y el genio. — Gómez y la prensa. — Gómez y el poder. — Gómez como polemista. — Gómez y el Brasil. — El estilo literario de Gómez.

II. — Marcos Sastre. — Nota biográfica. — *El Tempe Argentino.* — Párrafos de esta obra. — Valor de su estilo. — Las *Cartas á Genuaria.* — Sastre y los maestros. — Eduardo Acevedo Díaz. — Bellezas de su forma. — El romanticismo de Acevedo Díaz. — Sus personajes. — Sus descripciones. — La novela. — Estudio de *Brenda.* — *Ismael.* — *Nativa.* — *Grito de Gloria.* — Influencia literaria de Acevedo Díaz.

III. — Magariños Cervantes. — Los románticos y el clasicismo. — El romanticismo y el arte como misión social. — El romanticismo y el espíritu cristiano. — Ejemplos que ofrecen nuestros poetas. — El arte para la idea, según Estrada y Gutiérrez. — Fragmentos de las poesías de Magariños. — Conclusión.

I

En el período literario que nuestra crítica se esfuerza en diseñar, sin poder conseguirlo, nuestra prosa se desenvuelve con una rapidez que raya en maravilla.

Larrañaga la inicia, Lamas la depura, Gómez le dá

la perpetua vibración de sus nervios, Sastre la hermosea con sus lamartinianas sensibilidades, y Acevedo Díaz la impone al público con el vigor viril de la polimúsica de sus párrafos. Desde 1800 hasta 1839 el primero es el triunfador. Después se levantan Lamas y Gómez, cuyo prestigio cunde y se acentúa hasta 1868. Desde 1868 hasta 1880, entre otros muchos que merecen simpatía y elogio, los que más nos seducen son Sastre y Acevedo.

Empecemos por Lamas, que siempre es castizo y que siempre es amable y que enseña siempre. Ocupándose del proemio que Lamas puso á la obra de Lozano, don Bartolomé Mitre reprocha al doctor Lamas el abultamiento que le prestó á la corta sabiduría del prologado. Estamos conformes.

Era muy justa aquella justa crítica. El padre Lozano no fué un historiador ni un hombre de pensamiento. Lozano fué un cronista, un simple cronista, que relató sin rumbo y que discernió mal. Así lo entiende el general Mitre. Don Andrés Lamas, comprendiendo que la crítica de la crónica del reverendísimo no le daba lugar á lucimiento, perdióse en largas y eruditas disquisiciones filológicas, geológicas y etnográficas. El que escribió la historia de los jesuítas en la provincia del Paraguay no estuvo á la altura de los científicos ardores de su tiempo. No podía estarlo por lo constante de su lejanía de los hombres y los libros de Europa. Casi todos los materiales con que está construído el palacio maravilloso del siglo XIX se deben á la industria del siglo XVIII. En el siglo XVIII, Laplace encuentra el por qué del origen y el por qué de los movimientos de los soles centrales y de sus lunas. — En el siglo XVIII, Herschell nos traza la cartología de los archipiélagos estelares y el plan arquitectónico de los cielos. — En

el siglo XVIII, Newton descompone la luz y descubre la complicada física de la óptica. — En el siglo XVIII, Lambert halla las leyes del calor radiante y Black la teoría del calor latente. — En el siglo XVIII, Francklin y Coulomb estudian y utilizan por vez primera la electricidad. — En el siglo XVIII, Linneo inventa la nomenclatura botánica; Vaillant sorprende la fecundidad de los vegetales; Spallanzani se ocupa de la vida de los insectos; Needham conoce la invisible existencia de los infusorios; Lavoisier nos explica la respiración; Buffon penetra en el dominio de la fisiología y Lamarck entrevé la dramática historia del perfeccionamiento de las especies. En el siglo XVIII, Montesquieu afirma que sobre el equilibrio de los tres poderes se levanta la estabilidad y la grandeza de los núcleos sociales; Condillac, siguiendo las huellas de Locke, demuestra que todas las modalidades intelectivas toman sus elementos de una sensación renaciente ó nueva, y Smith coloca las piedras rudimentarias de la economía política.

Poco de todo esto adivinó Lozano, que florece en 1733; pero Lamas se empeñó en atribuirle más de lo que sabía á su reverencia, por lo que Mitre pudo decirle con razón sobrada y doctoral estilo:

"Mientras tanto, considerando su *Introducción* en sí misma, y con relación á las materias de que se ocupa, prescindiendo ella de la parte verdaderamente histórica del autor, á que es dedicada, ya he dicho á usted que la he leído con sumo interés. He admirado en ella, más que su plan lógico, más que la erudición y la meditación que la nutre, la naturalidad y la gracia con que usted hace soportar á las telas de araña de Lozano, el peso de las cuestiones científicas, etnográficas, filológicas y sociales que usted les echa encima, manteniéndolas en equilibrio y haciéndolas

atravesar los abismos que las separan sobre un hilo casi invisible.

"Sin embargo, permítame que le diga, que me parece que algunas partes de la introducción exceden la medida episódica á que debieran encerrarse, como por ejemplo lo relativo á la geología y á la etnografía, y que principalmente la primera de estas materias habría ganado mucho condensándola. Pero no hay que quejarse por esto, puesto que con tal motivo usted prolonga el placer con que se lee toda su introducción desde el principio hasta el fin, deplorando que la estrechez de límites del cuadro que usted mismo le ha trazado, no le permita ser más extenso y dar mayor vuelo á su crítica. En suma, mi crítica se reduce á esto: tal vez abunde, considerada como introducción á una obra inferior, y deja que desear en cuanto se ve que el crítico no tiene campo en que dilatarse."

Lamas, como todos los que tienen conciencia de lo que valen, gustaba del aplauso, de la gloriola, del público renombre. La modestia absoluta es una gran mentira. Superior á la mayor parte de los que le rodean, aquel talento quiere que éstos reconozcan y proclamen su superioridad. Así se muestra, sea cual fuere el trabajo á que se consagra, estilista ameno y erudito profundo, siempre afanoso de derrochar su ingenio y su saber. Leed las notas con que ilustra los documentos múltiples de su colección. La obra descriptiva y geográfica del padre Lozano, donde hay tanto de aceptable y tanto de desecho, sólo le sirve para soltar las alas, atribuyéndole al cronista y el geógrafo y al descriptivo la visión de problemas transcendentales en que no pensó ni pudo pensar. Es que Lamas, en buena ley, escribía más para su gloria que para la gloria del padre Lozano.

Sin embargo de reconocer la justicia de la censura

del general Mitre, apresurémonos á decir, con el doctor Burmeinster, que aquel erudito proemio "bastaría para labrar la reputación de diez sabios." El proemio tiene 148 páginas, rayando casi en lo prodigioso por la cantidad de citas que ilustran su texto. Trata, en sus trece páginas primeras, de las pocas noticias biográficas que poseemos del padre Lozano. Por ellas sabemos que sus contemporáneos le tuvieron por hombre versadísimo en todo género de lecturas; que es de suponer que nació en Madrid en 1697; que se ignora el año en que vino á América, aunque todo conduce á conjeturar que vino cuatro lustros después; que dictó el curso de filosofía en la célebre universidad de Córdoba; que fué cronista de su orden en la provincia del Paraguay; que visitó los archivos de Santiago, Tucumán y Salta; que recorrió los llanos de Cuyo y trepó á los Andes; y que desde 1750 hasta 1767, año en que se verificó la expulsión de los jesuítas de estos países, nada sabe la historia de Lozano. ¿Dónde murió? Se ignora. ¿Cómo murió? Es difícil decirlo. Lo que sí se sabe es el número y la índole de sus escritos, desde el libro monográfico sobre el Chaco, de cuyas fuentes Lamas nos dá minuciosa noticia, hasta la crónica de la conquista del Paraguay, que forma dos extensos volúmenes infolio, de los cuales sólo se conocían tres copias íntegras en 1852. Lamas se sirvió de la copia que poseía don José María Cabrer. Lamas alaba el método y la inteligencia usados en la distribución de la obra. Lamas insiste sobre la claridad y la abundancia de detalles con que está hecha la descripción física de las provincias de Tucumán, el Paraguay y el Plata. Lamas agrega que esta descripción, en lo que se refiere al camino recorrido por los conquistadores y á los establecimientos que éstos fundaron, es un trabajo completo y de primer

orden, de uso constante y de utilidad permanente para la geografía histórica de estas regiones. Lamas, en fin, preconiza y pone de relieve la importancia de una labor que aplicaba toda la ciencia de aquellos tiempos al conocimiento de estos países, entrando en detalles eruditísimos y de valía extrema.

En lo que se refiere á la fauna y á la flora de las regiones topografiadas, Lamas reconoce que Lozano describe á la manera de Plinio y Dioscorides, como Oviedo y Monardes. Al llegar aquí Lamas se nos muestra un consumado naturalista, hablando con aplomo y exactitud de la ceguera y de las patrañas en que cayeron los descubridores y sus descendientes. Más tarde dícenos como el padre Lozano cuenta y discute todas las hipótesis que entonces existían sobre la procedencia del hombre americano, extendiéndose el prologuista sobre el asunto con un maravilloso conocimiento de la materia, para llegar á la finalidad de que bien pudo ser autóctona la población de América, cosa que nunca pudo ocurrírsele al padre Lozano. Con este motivo, Lamas nos habla de paleontología y de arqueología prehistórica, para concluir que nada nos permite establecer sobre base cierta cuales fueron los tipos originarios de las primeras tribus, ni donde se asentaron los centros esparcidores de la vida social y de la cultura primitiva. De otras cosas trata, siendo en verdad un lamentable error que sólo dedique menos de tres páginas al estudio y la crítica de la parte histórica de la muy extensa labor de Lozano.

También es digno de recordación su *Estudio histórico y científico del Banco de la Provincia de Buenos Aires*, enalteciéndole como erudito el folleto publicado en 1871, para demostrar que Juan Díaz de Solís era español y no pórtugo, contra lo afirmado por el

señor Varnhagen, que creyó lo contrario apoyándose en los decires de Méndez Vasconcellos y Damián de Goes. Pero más que esto vale su último libro histórico, *El Génesis de la revolución é independencia de la América española,* en el que fustiga el carácter codicioso y aventurero de los conquistadores, su fanatismo y su rencor á la libertad humana, encarnando el espíritu de la conquista en la personalidad recelosa y ceñuda del padre Valverde. En la misma conquista, Lamas encontró los gérmenes de la independencia. En la esclavitud, que agobió á las colonias, existía en estado latente la revolución. Con los grillos de Caonabo, puestos sobre la hoguera del palacio de Anacaona, el porvenir forjará la espada de Simón Bolívar.

¿De dónde sacó tiempo para saber lo mucho que sabía aquel hombre absorbido por la diplomacia, el foro y la política? Era casi un niño cuando se hizo cargo de *El Nacional,* desde cuyas columnas editoriales combatió á Oribe por las concesiones hechas á Rosas. En 1836, Oribe expulsó á varios de los emigrados políticos que cobijaba la hospitalidad de Montevideo, siendo Lamas extrañado al Brasil con Rivadavia, Agüero y Juan Cruz Varela. Desde entonces se dedica á luchar contra Rosas. Se vale del libro, la guerra y la diplomacia, como representante de la Defensa en Río Janeiro. Es interesante la larga y continua correspondencia que desde allí sostuvo con el doctor Manuel Herrera y Obes. ¿Á qué horas estudiaba? ¿Cómo, entregado por entero á la acción, conservó siempre el amor á las letras? ¿Cómo aquella vida de combatiente, aquella larga vida de hombre de actividades prácticas, no le robó el gusto de los libros, el gusto de lo bello, el gusto deliciosísimo de saberlo todo? Lo cierto es que supo unir el estudio á la ac-

ción, pidiéndole al estudio la quietud y el consuelo que la política no pudo darle, por ser nuestra política de tormentas y de desventuras en todos los ciclos de nuestra historia. Tal vez por eso la historia le sedujo. El alción vive enamorado de la tempestad, que doblega á los pinos, pero no apaga las luces del faro.

No es menos diplomático que político é historiador. Ya sabemos lo que hizo, en sus misiones al Brasil, durante la Defensa. Sabemos también, que durante la administración de Aguirre, luchó por la paz, descubriéndonos la existencia de la alianza que nos enredó en los zarzos espinosos del Paraguay. Lo que aún no sabemos es que en 1859, cuando Buenos Aires entró en litigio con nuestro país y los entrerrianos, Lamas pugnó por impedir el armamento de Martín García, pidiendo que fuesen retiradas las tropas existentes en el islote. Según Lamas, Buenos Aires debía desarmar aquel pedazo de tierra, en virtud de las estipulaciones celebradas el 7 de Marzo de 1856. El gobierno imperial no lo entendía así. Creía éste que, mientras el gobierno de Buenos Aires no emplease la isla en perjuicio de la independencia del estado oriental ó para estorbar el libre comercio de los estados neutros, era dueño absoluto de fortalecerla, como parte integrante de su territorio, contra los países que atentasen de hecho á esa integridad. Lo que tampoco dijimos aún es que, durante la misión que el general Flores le confiara en 1866, Lamas consiguió que se nos devolviera el glorioso estandarte levantado por Gómez sobre los épicos muros de Paysandú, trabajando además, aunque sin alcanzarlo, por hallar algún modo de concluir con la esquiliana tragedia del Paraguay. Por eso nos sorprende que encontrara espacio que dedicar á la historia y las letras, teniendo, como tenía, empleadas sus horas en tantos difíciles

empeños y en tan importantísimas combinaciones. El doctor Palomeque nos cuenta que cuando, en 1882, un grupo de jóvenes concibieron la idea de inhumar los restos de Leandro Gómez en el cementerio de Montevideo, don Andrés Lamas les envió el venerable y sangriento símbolo de la patria, — cuya devolución obtuvo en el Brasil y que el general Flores no quiso aceptar cuando don Andrés Lamas volvió de Río, — para que cubriesen con aquella sagrada reliquia la urna en que dormía el noble defensor de nuestras Termópilas. Y bien, lo que nuestros gobiernos rechazaron, aquel girón de gloria y aquel girón de cielo, le sirvió al doctor Lamas, como éste quería, para reclinar la cabeza en sus últimas horas y recoger el último estertor de sus labios. Era justo que fuese así. Para el general Flores era un remordimiento aquella bandera, aquel signo baleado de la patria invadida. Don Andrés Lamas tenía derecho á morir sobre aquel celaje, sobre aquella nubecilla que el sable extranjero arrancó á la esplendidez del nativo horizonte, porque don Andrés Lamas, que reconquistaba aquella bandera con su diplomática habilidad, no pensó como los sitiadores ni estuvo con los victimarios de Paysandú.

Sobre el sepulcro de don Andrés Lamas hablaron el doctor Ernesto Frías, en nombre del gobierno oriental, y el señor Angel Justiniano Carranza, cuyo discurso concluía así:

"— El doctor Lamas era un hombre de consejo y de gran corazón. Afectuoso y cultísimo por temperamento, fué benévolo en sus apreciaciones. Jamás demostró falsa humildad ni orgullo impío: ni se rebajaba ni se creía infalible. La decepción que entristece, el olvido injusto, la desgracia que abate, no lograron quebrantar la entereza de su carácter: ¡sólo la muerte lo ha conseguido! —"

Don Andrés Lamas volvió á la tierra, á la madre común, el 23 de Setiembre de 1891.

Pasemos á Gómez.

Ya Moreau, antes que Lombroso, nos había dicho que el genio es una especialísima forma de las neurosis. Esa forma es la que engendra las sublimes é inconscientes facultades del espíritu que caracterizan al genio, facultades admirablemente descritas por Myers. En todos los cerebros excepcionales hay una laguna, y no se necesita, para que ésta se manifieste, que el hombre sea un genio en toda la plenitud de la palabra. El talento, cuando es sobresaliente, también implica cierto desequilibrio. Clowston está en lo cierto cuando afirma que el genio linda con la locura; pero, á mi ver, esta aproximación se conoce por la mucha acuidad de las sensaciones y por lo muy novedoso del raciocinio, más y mejor que por el hecho de que Rousseau ande siempre con el sombrero debajo del brazo ó por el hecho de que Schiller no pueda escribir sin una docena de manzanas sobre la mesa. Muchos, sin ser genios, presumen que las erraduras imantadas atraen á la suerte, como el príncipe de Bismarck, y muchos, sin ser genios, andan siempre abstraídos en negocios triviales, como andaba abstraído con su paleta y con sus pinceles el famoso Turner.

En Gómez hay, ciertamente, algún desequilibrio: su soberbia es terrible y es incansable su sensibilidad. Está siempre dispuesto á sentir con todas sus fibras y está siempre dispuesto á ofender con todas sus añiñadas susceptibilidades. Amó y abandonó muchas veces á los que amaba, como Chateaubriand, que también era un gran vanidoso y un niño grande, amó y abandonó á Paulina de Beaumont, á Delfina de Custine y á Natalia de Kersaint.

Esa soberbia ilimitada y esa sensibilidad enfermiza

actúan poderosamente sobre el estilo. Los que las poseen son invencibles en las polémicas en que intervienen la pasión y la personalidad. Gómez era invencible no sólo por esa causa, sino porque siempre puso esa causa al servicio de una idea. La idea, algunas veces, resultó errónea; pero, en todos los casos, fué firme y sincera la convicción de su paladín. Periodista de raza, tenía un concepto muy alto de la prensa para prostituirla, y hombre de dignidad, tenía un concepto muy alto de su persona, para venderse y para enlodarse.

"Fuera del gobierno hay otra política que corresponde á la prensa, y á la tribuna, á la predicación de la palabra, hablada ó escrita: la política de los grandes sentimientos y de las virtudes." — "El deber del periodismo no es transigir y capitular con la maldad ó con el error, sino vencer á la maldad, y convencer al error." — "Á la prensa toca convertir á la opinión pública en conciencia y fuerza de todo lo que es justo, noble y bello, y extirpar en el corazón del pueblo los gérmenes que en él han dejado los malos partidos de sentimientos ruines, indignos y viles. En los pueblos como en los campos, cuanto más robusta y lozana es la vegetación sana y útil, más pronto desaparecen las malezas y se distinguen. El labrador de la prensa tiene que ser incansable en arar y abonar su tierra, si no quiere ver marchitarse, con la resurrección de los abrojos y de los cardos, la sementera crecida con tantos trabajos y sudores."

No amaba la conquista del poder por el poder, la conquista del gobierno para los hombres. El gobierno, á sus ojos, era un medio para hacer práctica la religión del derecho, la justicia, la concordia y la probidad.

"La aspiración de los buenos ciudadanos y de los

hombres de bien en política, como en todo, es que imperen en las sociedades las virtudes y desaparezcan los vicios, encaminando á los pueblos por las sendas de la perfectibilidad humana, obligándoles á avanzar constantemente por ellas con toda clase de esfuerzos, y mediante sacrificios de cualquier género, porque sólo en esas vías hay grandeza para la patria y gloria para sus hijos.

"Si para guiar á los pueblos en ese sentido es necesaria la oposición, la abstención, la derrota, el martirio, los ciudadanos patriotas y los partidos de principios, prefieren ser devorados por las fieras de los circos romanos á quemar incienso al dios Tiberio ó al dios Calígula, ó colgar sus arpas en los sauces de Babilonia por no profanar los himnos de la libertad bajo la esclavitud de los Faraones.

"Mentira, infame mentira la de los políticos, que para medrar y cubrir la iniquidad de los móviles de su conducta, enseñan á la juventud, la grande y bella esperanza de los pueblos, que *se doblen y no se quiebren,* que besen el suelo como el junco vil de la fábula para no ser derribados por los huracanes populares como el altivo roble, que se arrastren palaciegamente como la sabandija para llegar á la cumbre que anida el águila, á *fuerza de arrastrarse*, y tomen para guía la máxima que la indignación de Tácito clava en la frente de los abyectos instrumentos de la tiranía: *omnia serviliter pro dominatione!*"

En un espíritu de ese temple la corrupción no podía morder. Los ideales, que llenaban aquel espíritu, no le dejaban espacio en que acomodarse á la corrupción.

"Siempre serán glorias para los pueblos, hechos como el de los trescientos espartanos que dejan sus cadáveres en las termópilas de muralla contra la in-

vasión de la tiranía extranjera. Siempre serán glorias la defensa de la patria, el combate por la libertad y el martirio por la creencia."

Gómez se muestra un polemista de vuelo altísimo cuando discute con el general Mitre en 1868 y cuando discute con el doctor Lamas en 1855.

Lamas había dicho que nuestras desventuras no se debían á la política brasileña, sino á nuestros errores.

Gómez le sale al paso. Era el doce de Agosto. Á pesar de haber sido forjado en invierno, aquel estilo quema. Es vibrante, hermosísimo, lleno de exaltaciones, y, sin embargo, parece razonador.

"Acabo de leer el folleto que dirige usted desde esta capital á sus compatriotas, y no puedo ni debo guardar silencio.

"Nos hallamos colocados en distintos puntos de vista. Usted hace la defensa de la alianza, de la intervención y de la política del Brasil. Yo las acuso.

"Usted sostiene que si la política brasilera no ha producido sus grandes resultados, ha sido por causas y culpas de nuestro país. Yo me propongo demostrar á usted que si la República Oriental no ha podido consolidar su paz, radicar sus instituciones y labrar su prosperidad, ha sido única y exclusivamente por causas y culpas de la política brasilera.

"Usted dice: "Somos nosotros, sólo nosotros, los que "así como inutilizamos los auxilios pecuniarios que "nos dió el Imperio, inutilizamos también el apoyo "que nos prestaban sus tropas."

"Yo digo: Es la política brasilera, sólo la política brasilera, la que así como inutilizó los elementos con que contábamos para consolidar la paz, inutilizó también los recursos de la República para arreglar su Hacienda."

Lamas confiesa que en la oposición están todos

los elementos honrados de los antiguos partidos. Lamas declara que, en estas condiciones, la paz es imposible.

Y Gómez replica:

"Todo esto que usted dice en su folleto, y literalmente transcribo, es dolorosamente ciertísimo.

"Pero, ¿quién ha traído al Gobierno de la República la aspiración á un partido personal, la consiguiente exclusión de todas las inteligencias del país, el consiguiente abandono de sus intereses por la cuestión de hombres, la consiguiente perpetuación de las divisiones de partido y su mayor dilaceración, el consiguiente sacrificio de nuestros recursos financieros á las necesidades de una mala popularidad personal?

"¿Quién?, señor Lamas!

"Usted responde: — "Nosotros, sólo nosotros."

"Pero, usted acaba de patentizar que *nosotros*, es decir, la República entera, la opinión del país, cuanto él encierra de distinguido, de valioso, de inteligente, en las armas, en las letras, en la industria, en la juventud, cuanto representa poder y acción, ha estado y está en oposición á todo eso.

"¿Quién ha vencido á la opinión, á *colorados* y *blancos* á la vez, á la inmensa opinión de toda la República?

"El general Flores ha disuelto los últimos batallones que quedaban al Estado, no tiene ejército, no tiene bayonetas con que comprimir la opinión.

"Ese otro elemento de poder, el dinero, falta á las pretensiones del general Flores, que se vé en la necesidad de mendigar un socorro en las antesalas de los ministros del Brasil.

"¿Quién ha vencido, pues, tantas y tan poderosas resistencias como usted enumera? Fuerza es buscarlo fuera de nosotros, fuera de los elementos orientales,

todos en oposición, hasta *la mayoría de "los mismos hombres que sirven ó apoyan á la administración"*, según usted propio.

"Fuerza es buscarlo en donde únicamente puede encontrarse.

"Yo responderé por usted señor Lamas: quien ha traído todo eso que usted deplora, no ha sido, no, la República; no hemos sido *nosotros*, ha sido la política brasilera, sólo la política brasilera. — "

Gómez, subiendo siempre, dice más tarde:

"No soy enemigo del Brasil, señor Lamas. No odio á pueblo ninguno de la tierra. Deseo el progreso de todos.

"Quisiera que entre la República Oriental y el Brasil existiesen las más cordiales relaciones de amistad, las más extensas y activas relaciones de comercio.

"Pero, nada más.

"Siempre he sido, y seré el adversario de la alianza brasilera.

"Esa alianza había quitado á mi país:

"Las mejores posiciones de su territorio;

"La navegación del importante lago Merín y sus afluentes;

"La valiosa industria de las salazones.

"Le quitó eso, cuando, como usted dice, nuestro país *caía extenuado por defender noble y heroicamente la civilización de la América meridional;* cuando caía por haber servido con su cuerpo de escudo, de antemural al Brasil y las demás nacionalidades amenazadas en su paz y en su progreso, cuando debía consolarlo de su inmensa ruina un tributo de admiración al gigante esfuerzo de la Polonia Americana.

"Le quitó eso, cuando lo vió exánime. Le ató las manos para el desarrollo y prosperidad de su riqueza, en compensación de un servicio dudoso, cual era, li-

bertarlo de la dictadura del general Rosas: servicio dudoso, repito, porque cualquiera que sea la importancia que el concurso brasilero haya tenido para ese resultado, — importancia que no es ahora ocasión de contestar, y dejo á la historia: lo cierto es que el Brasil entraba en esa guerra por interés propio, no por servicio á la República.

"Tan adversario como era de la alianza brasilera, encontrándola *hecho consumado* cuando volví á mi país tras de larga ausencia, cuando pude empezar á trabajar por la paz y el orden en mi patria, la acepté y sostuve que la República debía cumplir lealmente los deberes de la alianza, ya que la había contratado, como en tesis general profeso que las malas leyes deben cumplirse, mientras sean leyes, aunque sean malas.

"Mi país los ha cumplido.

"El Brasil no.

"El Gobierno brasilero ha infringido los tratados, ha violado el derecho internacional, ha promovido la guerra civil, ha desquiciado la República.

"La alianza no existe de derecho.

"Es preciso, por consiguiente, que ella termine de hecho.

"La alianza nos empobrece y nos degrada.

"Nos hace aparecer á los ojos del mundo como pordioseros de una limosna que no hemos necesitado, que no necesitamos, mientras agota nuestra producción y disipa nuestras rentas.

"Nos presenta como incapaces, de independencia, de soberanía de Nación, mientras desorganiza nuestros elementos de orden y de propio Gobierno.— "

Hoy esas quejas no tendrían razón de ser. Gracias á la política de Río Branco, el Brasil no es ya el aliado de los gobiernos ni de los partidos: hoy el Brasil, que respeta la vida de las patrias, es el aliado

de las naciones. ¡No pasaba lo mismo con el imperio de 1855 y de 1863! ¡Salve á la república, que hace que la moral, el principio ético, anide en la nueva política diplomática del Brasil!

Gómez concluía su extenso alegato, que es interesantísimo, en la forma siguiente:

" — Cuando usted se haya penetrado de la verdad de los hechos, cuando esté persuadido que la intervención brasilera y el subsidio brasilero, que dejan gravado á nuestro país con una enorme deuda, sólo han sido agentes de desorden y ruina para la República, no dudo que repetirá usted conmigo: — Es preciso que termine la alianza.

"No dudo que levantará usted esa bandera al rededor de la cual han de agruparse todos los *orientales, colorados, blancos, conservadores,* porque todos sucesivamente han sido víctimas de la política brasilera, porque todos son ante todo — orientales.

"Bajo esa bandera, en ese campo, ha de realizarse la conciliación de los partidos, la extinción de los odios políticos, no en la reproducción de esa fusión imposible, que propone su folleto, ensayada ya con tan mal éxito en 1851.

"Yo espero que levantará usted bien alto esa bandera que reclama hombres de su altura y de su prestigio.

"Con tal esperanza, la aparición de su folleto me ha hecho dirigir á usted esta carta, que en otros términos pensé escribir á un miembro influyente de la oposición parlamentaria del Brasil, á quién había pedido permiso para dirigírsela. Si en vez de ponerla en sus manos la mando á la prensa, es porque la debo á mi país en donde ha circulado su programa.

"Sé que la opinión ha de dar razón á su folleto contra mi carta. Hay horror á las soluciones extremas,

por claras y excelentes que sean. Se prefieren los términos medios que nada resuelven y prolongan los males. Usted tendrá razón contra mí.

"No importa: cumplo un deber.

"Lleve usted, pues, adelante su programa. Usted no puede dudar de mi odio al caudillaje, con el cual, desde mi más temprana juventud, me tracé por línea de conducta, no transigir ni capitular jamás en ningún acto de la vida. Hay cosas que nos separan, sobre todo, nuestras distintas convicciones respecto de la alianza con el Imperio. — "

¿Veis? El ofendido y el soberbio reaparecen. No cree en la opinión. Odia al caudillaje, que es su antagonista victorioso y feliz. Confía en que el tiempo le dará la razón. Y el tiempo se la dá, tributándole, sobre todo, palmas á su estilo, que hizo de los diarios en que escribía los primeros diarios del Río de la Plata.

Entre tanto, Gómez que encuentra el mundo triste, pequeña la patria y mal educados á los partidos, se refugia en el convencimiento de su superioridad.

Je vais sûr de ma force et dédaigneux du temps.

Su prosa literaria no vale menos que su prosa política. Escuchadle.

"— Aparente es tan sólo la contradicción que hemos intentado apuntar entre el poeta y el filántropo, dos seres inmensamente humanitarios, si pudieran convencerse uno y otro de que la sublimidad de esas creaciones no existe en la distancia que las separa sino en el punto en que se tocan con nosotros: René, desgraciado por no dominar una pasión criminal, por no confesarla: Antony, mártir en su corazón y réprobo del mundo, por salvar en el uno y santificar para el otro la hermosa imagen de un amor inmaculado, son de la familia de lo humano y de lo dramático, caracteres poéticos y verdades.

"El viajero en un camino desconocido asegura la celeridad de su marcha siguiendo la huella de los que se le adelantan; se cuida de no confundirla con los accidentes del suelo, ni atribuir al tiempo lo que es de siglos. La poesía grave, religiosa, melancólica, socialista y educadora, como se ha llamado la contemporánea, es sin duda anterior á los salmos del Profeta y á los cantares de Tirteo: porque son eternos los fundamentos del arte como las leyes de lo creado: circunscribirnos á esa clasificación sería colocarnos entre el infierno de Dante y el Paraíso de Milton. Sin pretensiones á determinar ni excluir, hemos buscado en el giro del pensamiento y en el modo de las creencias, las desemejanzas de nuestra generación, y nos hemos sorprendido al encontrarnos paralelos á Europa. En la época que su regeneración ha desenterrado, á pesar del anatema de Cervantes, en sus pronunciadas simpatías por el Oriente, hemos palpado estrechas analogías con la actualidad nuestra en la caballerosidad y desprendimiento de los paladines, como en el arrojo y galantería de los árabes, mucho de las virtudes espontáneas del salvaje, elegantemente amaneradas á la civilización de nuestras individualidades, una cuasi igualdad en los instintos, en los gustos, y en el régimen de la existencia. La Providencia nos pone en la senda de los demás, sin que hayamos caminado hasta hoy; si el pasado es para nosotros un paso atrás, dejémoslo enmudecer y consagrémoslo. Respeto y veneración á las cenizas de nuestros padres en el sueño de las tradiciones. Pongamos el bautismo de la heroicidad en las sienes del caudillo español *prohibiéndose la fuga*, y en la del cacique indio muriendo sobre un lecho que *no era de rosas*. — "

Así era, á pesar de sus faltas, el escritor que dijo: — "Si alguna vez lloramos, que sea con las lágrimas del gigante. — "

II

Hablemos de la prosa didáctico - poética, es decir, hablemos de Marcos Sastre, del inmortal autor de *El Tempe Argentino* y de las *Cartas á Genuaría*.

Nació en Montevideo y en el año de 1809. El fuego del patriotismo calcinaba el corazón de sus progenitores. Distinguíanse éstos por sus virtudes. Cuando los lusitanos invadieron la patria heredad, la familia del futuro escritor emigró á Santa Fe. El niño se puso en contacto con la naturaleza y empezó á adorarla. La visión de las islas, en que canta el boyero y en que se perfuman las ondas del Paraná, le persiguió durante sus estudios en el Colegio de Monserrat. Córdoba, con sus montañas y sus iglesias y sus doctos claustros, formó su espíritu para la enseñanza, cuando ya la naturaleza lo había encaminado hacia la poesía. Alguien le juzgó apto para el arte de la pintura, y á iniciarse en los secretos de la pintura le enviaron á Buenos Aires. Arribó á ésta con los albores de 1827. Un año después ofició de maestro en un colegio propio, poniendo de relieve sus aptitudes para dirigir el alma de los niños. Al iniciarse nuestra vida institucional, Lavalleja reclamó sus servicios, y Marcos Sastre volvió á Montevideo, siendo oficial mayor de la secretaría de nuestro Senado. Firme en sus aficiones, á pesar de su empleo, dedicóse á escribir sobre instrucción pública, insistiendo en la necesidad de mejorar el modo educativo de la mujer. Se dijo que esta planta, generadora de la familia, tiene derecho á más horizonte y mayores cuidados. En 1831 pasó de nuevo á Córdoba, casándose allí con la señorita Genara Aramburú. Tornó á Montevideo; pero poco después, desencantado de la política, renunció á su empleo en la

legislatura, estableciéndose en Buenos Aires y luego en San Fernando. En el año 40 le embargaron sus bienes por unitario. En el año 1846 redactó su conceptuoso *Discurso sobre la educación*. Rosas no quiso que se publicara y lo guardó en el cofre de sus papeles. Fué, más tarde, director de la enseñanza primaria en Santa Fe, y en 1849 director de la instrucción pública en la belicosa provincia de Entre-Ríos. Redactó allí *El Federal* y *El Iris*. Vuelto á Buenos Aires, la calumnia lo encarceló. Rehabilitado y tenido en mucho, tornó á la enseñanza hasta entregarse á los sanos goces de la vida agrícola cerca de los paradisíacos boscajes del Paraná. Entonces dió á conocer todas sus encantadas descripciones de *El Tempe Argentino*.

Ah! yo también he querido visitar las islas, para darme cuenta de aquella admiración. Fué justificada. Mucho cielo, mucho aire, mucho manto de sol encima de la arena que huele á marisco, mucha sombra gratísima bajo los árboles en que gritan los pájaros indómitos de pecho de carmín. En los bordes terrosos de las barrancas, culantrillos que ríen á la humedad, cañas con plumeríos como un triunfo de gloria, sauces que se inclinan como sedientos sobre la corriente, y en el agua serena hasta lo imperturbable, camalotes que pasan boyando perezosamente, muy perezosamente. ¡Qué rachas de perfumes! ¡Qué coro de élitros! ¡Y qué atardeceres! El confín que se tiñe de violeta, de verde, de topacio, de salmón, de granate tímido, de granate denso, como si las hadas tejiesen el crepúsculo de las islas con las plumas de los ibis de fuego que salen volando de la hoguera donde se consumen los miembros divinos, blancos, sedosos, encantadores y esculturales de Saachamevedra.

Sastre interpreta y pinta la naturaleza con la misma intensidad con que la interpretaban y la pintaron Rousseau, Chateaubriand, Bernardino de Saint-Pierre. Su modo de describir es tan instructivo como agradable, uniéndose en él las gentilezas de un corazón sensible á los hechizos de la más poética de las fantasías. Ningún espíritu estuvo más en contacto que su espíritu con las guirnaldas azules del camalote y con los capullos nacáreos del brezo silvestre. Los penachos de los árboles aislados y la cripta de los árboles en sociedad conversaban en alta voz con la nube y el tuco, para hacerle la confidencia de las intimidades de su alma vegetal. El sol, meciéndose en el deslumbrante espejo del río, ponía una bandera de resplandores sobre la popa de su piragua, enseñándole todo lo que había de aéreo y de inmaterial en el perfume de aquellas trepadoras en flor, en el canto de aquellas aves de policroma pluma, en el respiro de aquellos suavísimos céfiros, en los chapoteos jubilosos de aquellas rizadas ondas, en el inquieto mundo de las zumbantes y laboriosas avispas isleñas. Todo era, en sus meditaciones poéticas, instructiva máxima y didascálico catecismo: el murmurar del viento y de la corriente, el roer del insecto sobre las hojas y el balance de las hojas sobre la rama, el nido del hornero madrugador y el tardo despertar del lirio de los prados, la luz fluidísima del crepúsculo matutino y la aparición del primer lucero en las púrpuras del crepúsculo de la tarde. Oidle:

"Entre el cúmulo inmenso de las riquezas naturales que cubren profusamente la faz de nuestro suelo hermoso; entre los innumerables, nuevos y bellos objetos que ofrece á nuestra contemplación en los tres grandes órdenes de la creación terrestre, hay uno en nuestras islas, prodigioso, pero ofuscado por la misma

sobreabundancia que lo rodea, como la centelleante luciérnaga que se pierde entre las estrellas que brillan al través de nuestro diáfano cielo, ó como el incomparable picaflor que desaparece por su pequeñez en medio de la multitud de lindas y variadas aves que abrigan nuestros montes. Ese objeto tan peregrino como ignorado, cuyo nombre es apenas conocido, es el *camuatí*.

"Prefiero entre todos al camuatí por lo mismo que yace oculto é ignorado, como se encuentra la virtud entre el tumulto de la sociedad humana: el camuatí, que bajo su exterior sencillo, tosco, sin brillo, emblema de la modestia que suele acompañar al mérito, encubre cosas admirables, incomprensibles.

"El camuatí es una república de avispas, incógnita todavía en el mundo científico; es una maravilla de las obras de Dios; es una lección elocuente para los hombres."

Se extiende luego en una larga disertación sobre la vida de las abejas, para hablar después, con tono virgiliano, de la forma exterior y de la vida interna del camuatí. Entonces dice:

"No sé qué especie de sensación tan agradable se experimenta al tener uno en la palma de sus manos uno de esos panales esféricos del camuatí, rebosando de nitidísima cristalina miel. Sea que nos lisonjee la idea de que todo aquel dulce peso que gravita en nuestras manos es puramente de la miel, pues el panal que la contiene es tan leve, tan tenue, tan áureo; sea que encante nuestros ojos la vista de aquella superficie cubierta de brillantes simétricamente colocados, sobre los cuales apenas se dibuja el borde de los alvéolos como un ligero encaje extendido sobre aquella preciosa joya; ó sea la satisfacción de admirar tan de cerca una obra tan maravillosa, y ser dueños de

tan espléndido regalo de la naturaleza; ó sea, en fin, que aquel contorno esférico, la más hermosa de las formas, despierta en nuestro pecho voluptuosas simpatías, lo cierto es que es sumamente delicioso, inexplicablemente delicioso, contemplar uno en la palma de sus manos el hermoso panal del camuatí rebosando de cristalina y rica miel. Todo en él convida á llegarlo á nuestros labios, á aspirar su aroma, á gustar y paladearnos con aquella líquida ambrosía, que se nos ofrece en forma sólida, como un refinamiento del placer, para disfrutarla con más comodidad y deleite. ¡Bendita sea la Divina Providencia! Ella ha mandado al mundo esta muchedumbre innumerable de pequeños obreros para que se empleen en la recolección de una abundante y preciosa miés, que sin esto sería perdida para el hombre."

¡Qué amplitud en la frase, qué música en el período, qué sencillez en la elevación, qué gracia en las figuras, y qué puro fervor en el cariño á la naturaleza! Y dice después aquel exquisito sentimental:

"Las flores sin número que realzan con mil colores y dibujos el manto de la naturaleza; las flores destinadas para hermosear la mansión del hombre, pues que él solo sabe gozar de su hermosura y su fragancia; esas flores tan bellas como efímeras, encierran en sus cálices el dulce néctar, rico tesoro, que el camuatí deposita en sus maravillosas fábricas. ¿Qué cosa hermosa puede haber que no encierre en sí algún bien? La hermosura que no promete más que un fugaz deleite, es una flor sin néctar. Las virtudes y los talentos en la beldad, son cual la miel en el hermoso panal del camuatí.

"Ni la mujer fué destinada á brillar solamente en su juventud pasajera, ni las flores fueron hechas con sólo el objeto de ostentar su efímera belleza. Ellas

tienen un alto y sublime destino: en las flores también se verifica el más estupendo de los misterios de la naturaleza, — la obra de la generación. En ellas tienen las plantas su tálamo nupcial. Sus formas bellas, su brillante colorido, sus variados matices, los perfumes de sus pétalos, el almíbar de sus cálices, todo concurre para hermosear sus dulces amores. Los melíferos camuatíes son los convidados de estas bodas misteriosas; y no sólo presencian aquel tierno consorcio que asegura la fecundidad y el sustento de los vivientes, sino que ellos también contribuyen á estrechar el amoroso enlace. Introducidos en las flores, hacen desprenderse el polen fecundante, y establecida así la comunicación entre los estambres y los pistilos, que son los órganos de la reproducción en las plantas, aseguran y abrevian la fecundación de las simientes que han de perpetuar las especies vegetables."

Así está escrita toda la obra. Después de su lectura parece que se rasga la sombra que flota sobre el mar de la vida. Nada es esclavo de una fuerza que no sabe ni lo que quiere ni á donde va. Nunca ha existido el destino ciego, mudo, implacable, que golpea sin causa y sin justicia. Todo tiene un fin, una misión, un objeto bendito, desde el átomo imperceptible hasta el polvillo de oro de las constelaciones. Y el poeta didáctico habla del mismo modo del chajá, del ombú, del picaflor, de la pasionaria. Lo que enseña lo enseña deliciosamente. ¿Quién ha dicho que el estilo didáctico debe ser de plomo, como un dómine viejo y adormecedor, como un dómine de bonete y palmeta? Lo han dicho los que no tienen alas para enseñar conmoviendo, deslumbrando, haciendo mejores y más veleras las almas de los niños y los adolescentes. El verdadero estilo del naturalista, fuera de la

técnica, es el estilo en que están escritas las doscientas páginas de *El Tempe Argentino*. Me detengo un instante para envidiar. Confieso que quisiera escribir así, como Marcos Sastre. Confieso que quisiera escribir así, adivinando la vida de la naturaleza en el agua, en la flor, en el ave que pasa, en el árbol que crece, en la nube que llora, en la noche cubierta de astros que parpadean como los ojos azules del ensueño de lo inmortal.

Sastre debió ser un eximio maestro. Yo de mí sé deciros que no pude aprender los fenómenos físicos con aquel catalán adusto y rutinario que se llamó Bonet, en tanto que aprendí con delectación la historia de los pájaros y de las plantas con el barcelonés verboso y elocuente que respondía al nombre de Mir. El primero fatigó inútilmente mi inteligencia; el segundo le marcó rumbos y le emplumó las rémiges, enseñándome los dogmas de la vida en el libro hechizado de la naturaleza. La célula, microscópica y esferoidal, que se multiplica y se multiplica hasta formar el algarrobo, el sauce, el ombú, el espinillo de aromas balsámicas; — el colibrí, que brilla como una esmeralda y que zumba como la bordona de una vihuela, transportando á distancia, por encima de los lagos y de las cumbres, el pólen de los capullos unisexuales para apagar la sed amorosa de otros capullos; — los coleópteros, con estuche y con alas, desde el escarabajo de cabeza romboide y de matiz azul, que el estiércol cría, hasta el bóstrico de insaciable voracidad, de cilíndrica forma y de matiz oscuro, que vive en los pinares atrementinados y de hojas perennes; — los hemípteros múltiples, desde la cigarra, tamboril del verano y en la que los antiguos simbolizaban á los malos poetas, hasta la hotina, con un tubo sobre la frente y que figura en el género de los fulgóridos

de color encendido; — la hormiga, laboriosa é inteligente, con sus repúblicas espartanas, en las que habitan en sociedad jerárquica los paladines y los esclavos, las gentes de guerra y las gentes de labor; los peces que nacen, atrofiados los ojos, en la noche sin término de algunas cavernas acuáticas, como para decirnos que la naturaleza quiere que cada ser y que cada órgano, que cada vida y que cada rueda de vida, respondan sin motines al mandato divino de su finalidad; todos los prodigios del mundo zoológico y todos los prodigios del mundo botánico, desde el vermeto, que construye los continentes, hasta el girasol, que mira de continuo hacia la luz, como la saeta de la bitácora se vuelve de continuo hacia el polo magnético, son embrujamientos deliciosamente admirables para ser enseñados con un estilo incoloro y vulgar. ¡Qué mucho duren y que bien se lean las páginas gustosas de *El Tempe Argentino!*

No valen tanto, seguramente, pero no por eso dejan de valer mucho, algunas de las *Cartas á Genuaría*. Oid como empiezan:

"En un cuartito que parece una hermita; en los altos de una casa antigua, grotesca, gótica, romántica, á modo de monasterio; en uno de los aposentos más interiores, que recibe su escasa luz por una ventanilla enrejada de alambre, á donde se entra por una especie de galería ó pasadizo oscuro, que se comunica con un corredor que dá á otro como claustro, del cual se baja por una escalera de convento á un patio sombrío que dá salida á la calle por otro zaguán ó portería; en esta morada, no sé si alegre ó triste para mí, imagen de la confusión de mi espíritu, está tu querido Marcos; aquí te escribe esta carta, que estarás leyendo con tanta curiosidad, ocupándose ahora únicamente de tí. El que anhela ansiosamente y trabaja por el

bienestar de esta tierra desgraciada, y que quisiera hacer la felicidad de toda la humanidad, ahora se tendría por dichoso si lograse hacer la de su esposa y sus hijitos."

Las cartas están llenas de pasión. Hay instantes en que su autor nos hace pensar, por lo que siente y por el modo con que lo dice, en los galanes de las novelas del último tercio de la centuria décimoctava. Escuchad como habla en la página 63 del pequeño y ardoroso volumen:

"Pero delante de tí, hermosura divina, sabrosísima mujer, ¿qué puedo ser sino un loco, un enamorado, un niño, un desatinado? Adiós filosofía, adiós austeridad, cuando soy arrebatado por el torrente, el fuego, el mar de tu amor, del hechizo de tu hermosura, del deleite que emana de toda tu persona, del placer con que me enajena tu alma pura, angelical. ¡Cosa inexplicable! ¡Dulzura, gozo, deleite celestial! ¿Y yo soy dueño de tanta belleza? ¿Yo poseo tanta felicidad? Sí, esposa mía, todo lo poseo; no dudo que te poseo toda, todita, toditita. Y vos eres la única dueña de este hombre raro, maniático, incomprensible, cuerdo y loco, alegre y triste, viejo y mozo, severo é indulgente, amable y áspero, pero virtuoso, virtuoso y virtuoso."

Así está escrito, aunque empleando el *vos* donde debiera emplearse el *tú*, ese pequeño libro de 158 páginas, en el que se habla, entre ímpetus y arrobos de amor, de la falsa y de la verdadera civilización, del culto á la patria y del culto á la naturaleza, de lo que debe ser la madre solícita y del modo como debemos aspirar á la felicidad, del universo y la gloria de Dios. Si Marcos Sastre no es uno de los mejores estilistas que hemos tenido, es que no hemos tenido aún ningún estilista. No se nota ni en su pensamiento ni en su

dicción el tufo del aceite de la lámpara. Espontaneidad, frescura, sencillez, imaginación, gracia, sentimiento, todo se encuentra en aquella fraseología que surge bullidora y purísima como agua de manantial. Es la cinta de plata que brota de una cumbre, el cerebro de aquel soñador magnífico, para enverdecer y para fecundar pendientes y llanos, cantando, en su caída, los himnos sonorosos y arrobadores con que la augusta naturaleza bendice á Dios.

Sastre fué muy católico. Decía en 1867: — "El cura y el maestro son las dos potencias capaces de formar por sí solas la índole de un pueblo." — Su catolicismo le valió algunas acres amonestaciones de la eminente educacionista doña Juana Manzo. Era, sin embargo, un espíritu práctico en materia de enseñanza, aquel que tuvo, en su prosa poética, algo del panteísmo personal de Walt Whitman. Le dolía la situación difícil de los maestros. Sabía, por experiencia y por observación, la verdad que entraña el principio biológico de que es casi imposible ser útil cuando apenas es posible vivir. El 15 de Setiembre de 1864, al abandonar la inspección de escuelas, le decía á la municipalidad de Buenos Aires:

" — Al considerar, por una parte, las dificultades y molestias de la profesión de la enseñanza primaria, el alcance inmenso de la misión del institutor sobre las costumbres y la felicidad de las generaciones, sobre el orden, la felicidad y la paz de las sociedades; y por otra la escasez de recompensa, de consideración y de esperanza para el porvenir, que se ofrece á este guía, á este director de la juventud, es imposible no reconocer la necesidad de establecer una proporción más racional entre la magnitud é importancia del trabajo, y la retribución y dignidad que le corresponden;

imposible no insistir sobre la necesidad social de llegar á este equitativo y trascendental resultado.

"Desde el momento que el público tomase un verdadero interés por la instrucción popular, no tardaría en reconocer que el progreso de la escuela y el bienestar del maestro son dos cosas que marchan juntas; y entonces los padres de familia, las municipalidades, el cuerpo legislativo, y todos los que deseen el bien del país, contribuirían á levantar á los preceptores de la condición precaria y desconsiderada en que hoy yacen en el seno de uno de los pueblos más cultos y ricos de la América del Sud. — "

Es, sin embargo, forzoso reconocer que la prosa oficial y didáctica de Marcos Sastre vale mucho menos que la prosa poética de que hizo derroche en las hermosas páginas de *El Tempe Argentino.*

Más que la prosa de Marcos Sastre, que es delicada, brilla la prosa de sonidos marciales de Acevedo Díaz.

Eduardo Acevedo Díaz cursó los estudios de derecho, sin doctorarse, en la universidad de Montevideo. Militó en las filas de la revolución de 1870. En 1872 redactó *La República.* En 1873 escribió asiduamente en *La Democracia.* Dejó el país en 1875. Estuvo, á las órdenes del coronel Arrúe, en el campo de batalla de Perseverano. Después se estableció en Dolores. En 1876 volvió á escribir en *La Democracia,* denunciando con valentía la muerte alevosa del caudillo Ibarra. Proscripto en los tiempos de la dictadura de Latorre, se asiló por más de diez años en la Argentina. Allí formó su hogar. Regresó á su país para fundar *La Epoca.* En 1888 partió de nuevo para Buenos Aires, publicando las hermosas y varoniles páginas de *Ismael.* Dió á luz, también, algunas descripciones de carácter romancesco é histórico, como *El columpio* y *Dionisio no estaba allí.* Se estableció primero en

Dolores, después en La Plata, y más tarde en Florencio Varela. Le llamaron de Montevideo y escribió *El Nacional* contra Idiarte Borda. Se batió por la revolución de 1897. Hecha la paz, fué miembro del Consejo de Estado. No es un orador ni es un estudioso. Después.... después ha sido senador y ministro en Norte América, Italia y el Brasil.

Ya antes dijimos lo que opinábamos sobre la prosa del autor de *Brenda*.

Por razones de ética política, que han transcendido á la literatura, el estilo metálico de Acevedo ya no nos apasiona; pero no podemos negarle ni desconocerle sus grandes condiciones de pulcritud, de brío y de sonoridad. La justicia es la ley indeclinable de nuestra existencia. Acevedo Díaz es un orfebre primorosísimo de la forma. Cincela sus frases como un artífice florentino el pomo de una daga, como un joyero árabe pule un collar de perlas. Es un lapidario que lava, borda, afina y redondea amorosamente el bloque carrareño de su dicción. Sus cláusulas descubren el ímprobo trabajo que le costó burirlas, delatando orgullosas que todos sus términos han sido escogidos y puestos en orden con el mismo afán con que se eligen, se agrupan y se engarzan los diamantes de una corona. No todas las piedras tienen el mismo nitidísimo oriente; pero, gracias á la habilidad de la ordenación, en todas se quiebra, salta, escintila y deslumbra la luz. Con un pequeño número de palabras, con un vocabulario no muy copioso, ese orífice del lenguaje teje arabescos sinfónicos y policromados, que tienen rigideces y flexibilidades de músculo, ronqueras de bordona y modulaciones atipladas de prima. ¿Conocéis la letra de Acevedo Díaz? Es pequeña, clara, firme, muy junta y exactamente igual. Es de esas letras que se trazan despacio, perezosamente, sin

nerviosidades, sin enmendaduras, sin rasgar el papel, dando al pensamiento el tiempo necesario para acicalarse y para traducirse con una perfección no siempre exenta de pesadez. Hay una íntima correspondencia intelectual entre aquella letra y aquel estilo. La letra es limpia y el estilo es puro; la letra es firme y el estilo es viril; la letra es unida, compacta, regular y armoniosa en todos sus trazos, como el estilo es ampuloso, grave, solemne, épico y lleno de estudiadas sonoridades. Por la lima y la escrupulosidad, que en este caso no se conocen por las enmiendas, nos encontramos más cerca de Flaubert que de Fontenelle. Nuestro autor no improvisa sus frases como Lamartine y la Jorge Sand.

Tres de las novelas de Acevedo Díaz se siguen y entrelazan cronológicamente y por la permanencia de algunos de sus personajes en la acción de la obra, pareciéndose en esto, aunque no en el estilo ni en la amplitud, á los célebres episodios de Pérez Galdós. Acevedo Díaz, en el sentimiento de la naturaleza, no es un enternecido como Rousseau y como Michelet. No subjetiviza cuando compara; no vé lo que vé con ojos de poeta; no sabe hallar para el árbol, para el nido, para el insecto, para el capullo, uno de esos epítetos, emocionados y acariciadores, que completan y aclaran, espiritualizándolos, los seres y las cosas que distinguen y califican. Para su ingenio, ni el cocuyo es el alma de nuestras flores, que aprovecha el sueño de las corolas para mostrarnos que está formada de fosfórica luz, ni el hornero es un indio perezoso y apático, que no cazó nunca ni batalló jamás, encarnado de nuevo en un pájaro trabajador por ordenanza vindicatoria del Grande Espíritu. Para su ingenio, el balance de la púrpura de los claveles, el plácido susurro de las linfas azules, el murmurar del viento en-

tre los talas, la titilante luz del amanecer en las plutónicas serranías, no son modulaciones de la flauta invisible y eterna del arcádico Pan. Las comparaciones de Acevedo son unas veces retóricas y otras veces hijas de la observación; pero el sentimiento apasionadísimo de la naturaleza, ese sentimiento que sabe lo que dicen el canto del zorzal y el perfume silvestre del junco enflorado, no se encuentra ni en las páginas de *Ismael*, ni en las páginas de *Nativa*, ni en las páginas de *Soledad*.

Disecad este trozo:

"Rara vez la planta humana hollaba aquellos sitios, verdaderos asilos ignorados del gaucho errante; y diríase ante su salvaje pompa y virgen soledad, la *smarrita via*, en la selva oscura del poeta. — Troncos gigantes enlazados por graciosas guirnaldas de lianas y *tacyos*, hasta formar tupidas redes en las bóvedas de las copas confundidas; palmeras enhiestas asomando sus cabezas en el espacio, á manera de colosales quitasoles del oriente; robustos *yatahis* y guayabos en estrecha alianza con las indígenas yedras trepadoras, molles y laureles agrupados en tumulto; añosos *quebrachos* y atrevidos *ñangapirées* elevando sus cúpulas en desorden, junto al duro espinillo y al *tala* espinoso, — verdadero erizo vegetal que hiere y desgarra como un dragón que guardara el secreto de la floresta; columnatas singulares, airosos capiteles, variadas volutas, elegantes cimborios simulados por miriadas de hojas y tupidas florescencias; y en la pradera sombría, como asaltando las bases y troncos de aquella hermosa vegetación secular, innúmeras legiones de plantas selváticas irguiéndose con audacia para concluir en esbeltos tallos y trémulos penachos de vivos matices, ó retorciéndose por el suelo cual prodigiosa nidada de serpientes."

En esta enumeración, unas veces los adjetivos señalan condiciones reales en el arbolado de nuestras frondas, y otras veces los símiles, como el del dragón de las viejas fábulas, son debidos á la retórica del lenguaje más que al impulso de convertir en psíquica á la siempre adorable naturaleza. En cambio, Acevedo pinta fielmente, largamente, correctamente, una sierra, un potrero, un monte, un arroyo, aglomerando en un solo lugar el contenido de todo un clima para dar carácter y relieve á sus descripciones, ó traduciendo los modos visibles de nuestra fauna y de nuestra flora con artística exactitud en un lenguaje que suena con sonidos de clarín y campana. Esto es indiscutible. Releed este trozo:

"Los altos pastos y pajas bravas ardían en una vasta extensión, irradiando vivísima lumbre en las alturas y á lo largo de las laderas.

"Sobre el haz de la zona opresa por paralelas de cerros pedregosos, alzábanse viboreando enormes lenguas de fuego; y allí donde más nutridas eran las totoras, formábanse deslumbrantes corolas entre sordas crepitaciones y millaradas de chispas.

"Por pavorosas estelas de brasas pasaba el ganado huyendo. Parecía presa del vértigo. La pezuña del enjambre revolvía y hacía trizas las ascuas, despidiéndolas hacia atrás, entre torbellinos de cenizas ardientes. Muchos toros, con las guedejas y borlones chamuscados, ganando la delantera en medio de roncos bramidos, se apretaban en los fatídicos senderos; uníanse los ludimientos de sus guampas al fragor de los troncos que estallaban bajo la presión de la hirviente savia.

"Al empuje formidable de la piara despavorida, rodaba estrujado entre las llamas de los flancos el ganado menor que no había atinado á guarecerse con

tiempo en los ribazos del arroyo; y al olor de la lana achicharrada se mezclaba el de la cerda y el de cien malezas consumidas por tenaz voracidad, acumulando en la atmósfera gigantescas volutas de humo negro, sembrado de fugaces luminarias.

"Las faldas de la sierra, en otras horas sombrías, aparecían en ese momento como vestidas de terciopelo color sangre, á su vez recamado de cenicientos visos que los gases simulaban al flotar en densos nubarrones sobre los abismos y estribaderos. Los peñascos de las bases y de las cumbres, heridos por el vívido reflejo del incendio, resaltaban en la costa como deformes verrugas de un tinte rojo - amarillento.

"En medio de aquella atmósfera irrespirable, llena de vapores, ruidos y estrellas errantes, los bramidos y relinchos, por muy atronadores que fueran, no alcanzaban á cubrir los gritos enérgicos de los hombres, que se alzaban como notas sobreagudas en la heroica lucha con el incendio."

Ni una sola comparación de carácter espiritual. Las lágrimas de las cosas que mueren no os oprimen y estrujan la garganta. Todo es terreno y físico. En cambio la visión es clara, dantesca, formidable, hermosísima en sus brochazos de realidad. El incendio actúa sobre vuestro olfato, vuestras pupilas y vuestros oídos. No estáis bajo el encantamiento de Marcos Sastre; pero estáis bajo la tiránica y absorbedora dominación de Acevedo Díaz. Colocado en las penumbras amanecientes del naturalismo, pero romántico por fisiológica complexión y por la índole de la edad en que su espíritu empezó á florecer, lo romancesco abunda y domina en la modalidad literaria de nuestro enérgico y hábil prosador. Entendámonos; no lo romancesco en las descripciones, sino en el modo de sentir de los personajes. Entendámonos más aún: lo

romancesco en el modo de sentir de los personajes, pero no en la manera como el autor traduce sus sencillísimos modos de sentimiento, porque Acevedo nos revela la psicología de los héroes de sus novelas históricas, no analizándolos minuciosamente como Bourget, sino sirviéndose del gesto y de la acción como Maupassant.

Apresurémonos á decir que el romanticismo de Acevedo Díaz no es, por lo tanto, el romanticismo ficticio en sus asuntos y todo ideal en sus caracteres que se observa en los romances del amanecer de la centuria décimonona. Nada está más lejos de nuestra idea. En las obras de Acevedo Díaz hay personajes que han sido tomados de la realidad; hay pasiones que fueron pasiones reales; hay pinturas que son verdaderas pinturas de las llanadas y las lomas del pago. El romanticismo, como dice Pellissier, es muchas veces un estado general del alma, más que una concepción sistemática del arte. El alma de Acevedo Díaz es romancesca hasta cuando explora los países de la realidad, mostrándose lo romántico de su espíritu en las voces de su fraseología, en su ningún apego á plantear complicados problemas psicológicos, y en el carácter épico de los asuntos que cautivan la atención de su numen. La psicología de sus personajes jamás es complicada. Casi todos pertenecen á la especie de los primitivos como Ismael y como Felisa. Natalia y el mismo Luis María no son sino productos de una civilización que empieza. Esencialmente romancescos los últimos, hijos del instinto invencible los dos primeros, es fácil bajar hasta los repliegues más hondos de su alma, aunque sea difícil, muy difícil verterlos al exterior con exactitud. En literatura lo sencillo no es siempre lo más cómodo de traducir. En lo complejo hay varios caracteres de trascendencia.

Algunos se nos brindan espontáneos desde el principio, dando vida real al héroe ó al medio. En lo sencillo hay un solo carácter esencial, sobresaliente, dominador. Nada hacéis si no lo descubrís y lo cristalizáis. En ese carácter están el germen, el desenvolvimiento, la catástrofe trágica y el triunfo definitivo de vuestra obra. Acevedo Díaz sabe exprimir y concretizar esos caracteres. Ved sino á Sinforosa, la enamorada de Casimiro, con su cara chata, sus pechos salientes, su vientre abultado, su camisa en hilachas, su sable á la cintura, sus gustos camperos, su decir criollo, sus fierezas de china y sus lujurias de gata montés, muerta por un balazo que le agujerea la mamaria fecunda y que le rompe la espina dorsal. Allí está el numen, el verdadero numen de Acevedo Díaz.

Aunque casi todas las heroínas de la novela actual no son sino un útero, como la Charito de Insúa, hay muchas maneras de serlo. Media una gran distancia, aunque se trate del voluptuoso incendio de los sentidos, entre la Ladi de Felipe Trigo y la Jacinta de nuestro Acevedo, como media una gran distancia entre la Felisa de nuestro Acevedo y la Josefina de López Pinillos.

Indudablemente no hay mucha variedad en los tipos de que se sirve nuestro prosador. Es que el medio, en que los elige ó en que los coloca, no se presta mucho á lo antitético y á lo contradictorio. La variedad está en el detalle, en lo nimio, en el gesto, en el tono, en el reir, en el modo de andar de aquellas criaturas de montón y de vagabundaje. Los zambos, los montaraces, los rebelados, los primitivos se parecen siempre. Forman una familia, como los árboles espinosos de un bosque virgen, que se asemejan hasta la confusión; pero que tienen, cuando se les estudia y cuando se les ama, una poderosa é inenarrable personalidad. Forman una

familia, cuya ley es el músculo; cuya religión es la religión de la independencia; cuyos amores son los amores de las grutas y de las frondas, los amores que rugen los jaguares cuando el sol abrasa los ramos nacarinos del guayacán zahumado y los broches de púrpura de los ceibos añosos. Forman una familia representada por Ismael, el mozo altivo y melancólico y reconcentrado, que con su melena flotadora y con sus quemadores alientos de varón, sabe lo mismo dar un beso que muerde en un clavel de carne, que arrastrar prisionero en su lazo á un cuerpo que rebota sobre los riscos puntiagudos y grises de las cerrilladas. Esa casta, esa tribu, esa familia, — que el instinto ciega y á la que ennoblece la pasión de la libertad, — ha sido pintada con un arte maravilloso por el estilo vidente, férreo, escultural, sonoro, pausado y sin libelúlidas gracilidades de Acevedo Díaz.

Prosigamos. Acevedo sobresale en la descripción, que no es sino una hipotiposis extensa, ó de otro modo, una pintura viva, fiel y animada de los objetos. La descripción, que no debe recoger ni debe enumerar sino los rasgos más característicos de los seres ó de las cosas, pertenece á la primera de las clasificaciones en que los retóricos dividen á las figuras de pensamiento. Acevedo es, por sus descripciones más que por el análisis de los caracteres, un admirable pintor de las costumbres y los instintos de lo que fué. Ha vivido, soñándola y embelleciéndola, la vida de los lustros heroicos de nuestra historia. Ha auscultado el corazón del indio y del matrero de las edades férreas, arreglando la lira de su lenguaje al compás de las pulsaciones de ese corazón rudo y melancólico, como el de los árabes de los desiertos que el sol abrasa y como el de los cosacos de las estepas que la nieve alfombra. Por razones de idiosincrasia ó tempera-

mento, en cada uno de sus gauchos hay algo de la rudeza y de la hidalguía de los bravos ó espadachines de la antigua progenie española. La polipersonalidad de Acevedo es singularísima. Ama y busca, para encarnarse, esas criaturas monteses, toscas y vírgenes, tan bien caracterizadas con pocos trazos en Cuaró, Ladislao, Mercedes y Guadalupe. Su musa, porque también los novelistas tienen su musa, sorprende y retrata, á fuerza de enumeraciones y sin utilizar para nada las figuras patéticas, que no son objetivas, la fisonomía de los bosques y de los poblados de aquellos tiempos de fatigosa brega, en que hasta las lanzas parecían sentir la sed autonómica de los espíritus, como si el ñandubay, con que fueron talladas, supiese que se combatía por el pago donde arraigó fornido y ramoso. La colonial ciudad de San Felipe, en *Ismael*, y la estancia de los Tres Ombúes, en *Nativa*, son lienzos acabados, cintas cinematográficas que se meten en vuestros ojos y perduran en los cristales de vuestra visión. Leed, en el último de estos dos romances, el principio del capítulo que se titula *Vida cimarrona*. Es una joya de verdad, de adivinación, de evocaciones resurrectivas y hasta de sentimiento. Acevedo, á veces, es espartanamente sentencioso. La influencia de Víctor Hugo ha pasado por allí. Podríamos multiplicar los ejemplos que siguen. En *Ismael:* — "La marea humana no tiene orillas." — "Esto matará al rey." — "El dique al torrente. Ese es el problema." — En *Nativa:* — "¡Las soledades nivelaban los instintos!" — "¡El porvenir pertenecía á los fuertes!" — "Instintos indomables y músculos de acero: vuestra es la obra. ¡Ya empieza á amanecer!" — Ese estilo conciso y nervioso, empleado sin inoportuna prodigalidad, dá enérgicas y latigadoras sonoridades á la dicción de Acevedo Díaz.

Nietzsche, que en muchas ocasiones se contradice, nos afirma que "el arte es el asunto más elevado y la verdadera actividad metafísica de esta vida." Parecen confirmar este aserto el número y la finalidad de los romances contemporáneos. La novela, — que puede definirse la representación estética, en lenguaje prosaico, de un asunto interesante y emocional de la comedia humana, — es el género que mejor responde al gusto dominante de nuestros días. Á la amplitud del poema épico, la novela reune la vivacidad y el interés del drama, siendo lo activo de lo vario en lo uno la regla imprescindible y fundamental del género romancesco, que admite y acepta todos los tonos y todos los estilos. En castellana lengua, después de haber pasado por las modalidades caballeresca y heroica y pastoril, dió la novela en el género picaresco, en el que ven nuestros humildes ojos al precursor de la novela llamada de costumbres, como vemos en el llamado romance de aventuras al génesis de la decadente novela histórica. Hurtado y Alemán, Espinel y Guevara, Cervantes y Quevedo no hicieron otra cosa que copiar la vida, como copian la vida Dickens y Sterne, Balzac y Flaubert, Pereda y Galdós, Freytag y Spielhagen, Tourgueneff y Tolstoi.

Dándonos la apariencia del mundo de los sueños ó la apariencia del mundo de las realidades, la novela moderna, basándose en la observación, se transformó primero en novela psicológica y más tarde en novela semi-didáctica, pues casi todo el arte romancesco contemporáneo es arte de tesis. Si como arte tendencioso se nos presenta en las novelas de los franceses Bazin, Carol, Farrère y Rolland, como arte tendencioso predica y se impone en las novelas de los alemanes Bloem, Lauff, Edel y Gaudek. Si como arte tendencioso se nos presenta en los romances suizos de Zahn y de

Chapuisat, como arte tendencioso domina y se impone en los romances norteamericanos de Lawson, Basil King, Dean Howells y Hutchins Hapgood. Hasta el arte holandés se va transformando en simbólico y místico, gracias á los esfuerzos de su dramaturgo Herman Heijermans y gracias al realismo apiadado de su novelista Federico Van Eeden.

Menéndez Pelayo afirma que la novela tiene dos aspectos: puede considerársela como obra literaria de valor real, y puede considerársela como obra literaria de mero pasatiempo, destinada tan sólo á excitar y satisfacer el instinto de curiosidad que á todos nos aqueja. La novela contemporánea no funda su prestigio en los recursos de la invención de casos prodigiosos y de enmarañadísimas aventuras, gozándose antes bien en la verosimilitud de lo que relata, en el análisis psicológico de los caracteres, y en el estudio del medio donde ocurre el suceso dramático que cuenta ó traduce con calológica habilidad. En verdad de verdades la novela contemporánea no es sino la historia de la influencia que el espíritu científico y el espíritu democrático, pesimistas y disectores, han ejercido sobre la evolución sociológica de nuestra época gigante y perturbada. Podríamos decir que la novela de hoy no es sino el balance de las acciones y de las reacciones producidas sobre el organismo social por nuestra creciente sed de lo útil y de lo práctico, acciones y reacciones determinantes de la vitalidad ó de las lacerias del mundo moderno. Así, unas veces la novela nos presenta un caso de auto-observación aguda y exquisita, en tanto que otras veces es como el eco del paso de las masas que se mueven á impulsos de su afán de dichas; pero, ¿cómo llegar al reino de la ventura sin las rémiges de la fe y sin las antorchas de la esperanza? Monistas

ó politeístas, los espíritus luchan en la noche por encontrar un vado que les ayude á salvar el río de la duda, río de olas negras y que parecen encresparse irritadas al morir en las costas inexplorables del porvenir. ¿Qué hemos de hacerle si la duda está en todo y se enrosca á todos?.... ¡Mucho hemos salvado al salvar el sentimiento de misericordia que humaniza y azula la novela moderna, la novela que nos pinta el amor como una divinidad cruel y la novela que nos habla del trágico dominio con que nos agobian las fuerzas ambientes, la novela dolorida y nostálgica de los Mauclair y de los Estaunié!

Acevedo Díaz se inició como novelista con las quinientas páginas de *Brenda*. — *Brenda* es un producto de juventud y un ejemplo de trasnochado romanticismo. — *Brenda* no seducirá jamás á la crítica letrada y razonadora, hayan dicho lo que hayan dicho Mitre, Vedia, Estrada y Tobal. — Pecan, en contra de la novela, la monótona lentitud de su parte expositiva, sus evidentes pretensiones de erudición, lo artificioso y cultiparlista de sus diálogos, lo muy exótico de los nombres de sus personajes, la poca novedad de su trama y los falsos pudores de su heroína, que teme ser violada ridículamente en medio de un baile y gusta de los besos recibidos sin susto en las quietudes perturbadoras de una glorieta. Si Brenda, salida de una casa en que velan sirvientes y amigos, nos parece irreal cuando cruza las quintas en mitad de la noche y en busca de un médico, más irreal nos parece aún cuando se casa con el que diera muerte al coronel Delfor, por muchas razones que el novelista aduzca para explicarnos aquellas antinaturales y antiestéticas bodas. ¿Que Raúl tenía casi veinte años cuando ocurrió el suceso? Perfectamente, pero el coronel era el padre de Brenda. ¿Que el coronel fué el primero en

herir y el mozo no hizo otra cosa que defenderse? No lo dudamos, pero el coronel era el padre de Brenda. ¿Que aquello aconteció en día de batalla y en época de rencores atávicos? Es muy posible, pero el coronel era el padre de Brenda. ¿Que el duelo fué leal y fué inevitable? Sea en buena hora, pero el coronel era el padre de Brenda. Por mucho que arguyan la pasión ardiente y el olvido ingrato, no nos seduce el anillo nupcial que adorna aquellas manos pequeñuelas y blancas como una flor de lino. No nos seduce, porque nuestra edad, á pesar de su amoralismo, no concibe ni aplaude los desposorios bárbaros de Rodrigo y Gimena, pensando que Gimena pudo buscar otro héroe para dueño y señor, como Rodrigo pudo buscar una beldad que no fuera la beldad enlutada de la hija del colérico conde de Asturias.

Más que la trama fundamental, en la que intervienen Brenda y Raúl, Areba y de Selis, nos place el episodio de la muerte del negro Zambique y el episodio de la patética muerte de Cantarela, que se hunde en las olas estrangulada por las sensuales y epilépticas ansias de Gerardo. El liberto Zambique, con sus berrugas y sus ojos sin brillo, su tamboril melódico y su choza africana, muere bien vestido con entorchados y lentejuelas, dejando entre las hierbas su espadín de lujo y sus guantes de hilo. ¡El pobre rey de un día, el liberto callado é inofensivo, el músico cuya marimba suena á elictro de cigarra y á zumbo de avispa de membrillar, merece bien que la inmovilidad absoluta le metamorfosee de escarabajo en mariposa grácil ó en churrinche arisco! ¡Cantarela, la pescadora de tez morena y de labios de púrpura, que cae engañada por el amor y que el amor asesinará, también merecía dormir el sueño de las eternidades en el fondo salobre de las olas amargas, arrullada por

las playeras que suben á quemarse, como un incienso espiritual, en las luces del astro del crepúsculo vespertino!

El público letrado no gustó de *Brenda*. El público hizo bien. Aparte de lo poético de los episodios de la moza burlada y el negro africano, la novela ofrece poco que cosechar y no entraña problema digno de resolver. Su heroína no es tipo de femenil belleza, tal como lo conciben nuestras aficiones y lo modelan nuestras costumbres, que no hallan todavía que haya caducado la autoridad tiernísima y siempre respetable del cuarto mandamiento. ¡No hay verdad ni hermosura en su manera de constituir el nido y entregar el alma, que, por dura que sea y ardorosa que esté, algo debe guardar de la sombra sangrienta del padre que rodó con la frente baleada y el labio convulso!

Acevedo necesitaba un ruidoso desquite. Ese desquite se lo proporcionaron sus novelas históricas, su *Ismael*, su *Grito de gloria* y el aguafuerte que se titula *El combate de la tapera*.

La novela histórica es esencialmente objetiva. Según Revilla, en la novela histórica la narración de los sucesos supera al elemento subjetivo, conociéndose á los personajes más por su intervención en los hechos que por la pintura de su aspecto interior. Según Milá, la novela histórica es la artística exposición "de un cuadro de costumbres de los tiempos pasados", pudiendo afirmarse, como dice Revilla, que en este género de novelas hay una acción histórica y otra ficticia, "encomendadas á personajes históricos y á personajes inventados." Revilla añade: "Unir indisolublemente estas dos acciones sin faltar á la verdad histórica, ni siquiera á la verosimilitud; idealizar los personajes históricos, sin desfigurar su verdadero carácter; identificar los personajes ficticios con el

espíritu de aquella época hasta el punto de que parezcan históricos; idealizar y embellecer la acción histórica sin que se falte á la verdad de los hechos; retratar con fidelidad y animación el cuadro de las pasadas costumbres, y expresar exactamente todas las ideas y sentimientos de aquellas épocas, son condiciones inexcusables de este género de novelas, que revelan á las claras sus grandes dificultades." — Antójaseme que Acevedo Díaz ha sabido triunfar de esas dificultades en *Ismael* y en *Grito de gloria.* Creo sinceramente que la primera de estas dos producciones es un modelo acabadísimo de novela histórica, no sólo por la verosimilitud que envuelve á lo ficticio y por el interés que despierta la acción dramática, sino por la pintura de los personajes y las costumbres y los anhelos del ciclo artiguista. En *Ismael,* é igualmente en *Grito de gloria,* los hechos inventados no contrarían ni alteran los verdaderos, del mismo modo que los héroes ficticios en nada perjudican á la resurrección de los héroes reales, que pasan discretamente por el fondo del cuadro para darle vigor, colorido, hermosura y vida. El autor no sólo sobresale en la descripción de los lugares y de las costumbres, sino que emplea artísticamente el natural amaneramiento de su lenguaje, que en la novela debe ser siempre espontáneo y puro y sin afectaciones de ningún género. En *Ismael* ayúdanle á ello la ingénita hurañez de los héroes de campera estirpe, muy parcos en palabras, así como la alteza de los diálogos que se elaboran entre los muros del convento de San Francisco. Muy poco hecho para pintar heroínas de uñas sonrosadas y corpiños de seda, Acevedo acierta como aciertan pocos al pintar amazonas greñudas de chiripá en girones y de instinto montés, como la Jacinta de *Grito de gloria* ó la Ciriaca de *El combate de la*

tapera. Algunas veces nos sorprende, por excepción, con algún tipo femenino y dulce, de luz de cucuyo y alma de mainumbí, como la Dora que muere en el remanso sereno de *Nativa;* pero los personajes que mejor describe son los personajes silvestres y zahareños y melancólicos y colocados fuera de la ley del conjunto civilizador, como Pablo Luna de *Soledad* ó como Tata - Melcho de *Ismael*.

Dijimos antes que el autor sobresalía en la descripción de los lugares y de las costumbres. Las primeras páginas de *Ismael* bastan para probarlo. Releed el cuadro, burilado en acero, del ciclópeo fortín de Montevideo.

"Dominaban el recinto las construcciones militares, las murallas de colosal fábrica de piedra, la sombría ciudadela, las casernas ciclópeas á prueba de bomba, las macizas ramplas costaneras y los cubos formidables. La artillería de hierro y bronce, aquellas piezas de pesado montaje cuya ánima frotaba de continuo el escobillón, asomaban sus bocas negras á lo largo de los muros y ochavas de los torreones por doquiera que se mirase este erizo de metal fundido, desde las quebradas, matorrales y espesos boscajes que circuían la línea de defensa y las proximidades de los fosos.

"Este asilo de Marte, presentaba en su interior un aspecto extraño: calles angostas y fangosas, verdaderas vías para la marcha de los tercios en columna, entre paralelas de casas bajas con techos de tejas; una plaza sin adornos en que crecía la yerba, en cuyo ángulo á la parte del oeste se elevaba la obra de la Matriz de ladrillo desnudo, teniendo á su frente la mole gris del Cabildo; algo hacia el norte, el convento de San Francisco con sus grandes tapias resguardando el huerto y el cementerio, su plazoleta enrejada, su campanario sin elevación como un nido de cuervos,

y sus frailes de capucha y sandalia vagabundos en la sombra; luego, el caserío monótono de techumbre roja, y encima de la ribera arenosa, unas bóvedas cenicientas semejantes á templos orientales, que eran casernas de depósito con su cuerpo de guardia de pardos granaderos.

"Desde allí, dominando el anfiteatro y la bahía en que echaban el ancla las fragatas, divisábase la fortaleza del cerro como el morrión negro de un gigante, aislada, muda, siniestra, verdadera imagen del sistema colonial, con un frente á la vasta zona marina vigilando el paso de las escuadras, cuyo derrotero transmitía su telégrafo de señales, y con otro hacía el desierto al acecho del peligro jamás conjurado de la tierra del charrúa."

Así es toda aquella sobresalientísima descripción, á la que no va en zaga el estival relato de los quereres que hacen á Velarde dueño de la hermosura morena de Felisa.

"Ismael alargó las manos temblorosas y empezó á tantear. Ella dejó hacer. Miróle y sonrióle, con los ojos húmedos y brillantes. Alguna vez pasó sus dos manos sobre las de él, no para reprimirle sus nerviosos tanteos, sino para acariciarlas. Sentíase feliz. Los alientos del varón le encendían la sangre, quemándole todo el cuerpo, y se abandonaba sin resistencias, acercando y retirando su cabeza del pecho de su amante, con esos movimientos bruscos al principio, pausados luego, de una voluntad que se rinde.

"En cierto momento él la estrujó en un arrebato enérgico. Suspiró Felisa, acercóle otra vez su boca ardiendo, é hízole presa el labio con los dientes. Quiso él desasirse por un segundo, echando atrás el rostro; mas ella le cogió suave con las dos manos de los rulos, y volvió á beber fuego en aquella boca sombreada

por un bigotillo negro, con la tenacidad de una abeja en un pétalo de flor lujuriosa.

"Entonces él se apoyó en la mesa, y la atrajo, con ímpetu rudo, callado, entre las sombras; y cuando Felisa quiso decir algo, que se quedó atravesado como un nudo en su garganta, ya era tarde.... El gaucho vigoroso que domaba potros, era en aquel instante lo que el clima y la soledad lo habían hecho: un instinto en carnadura ardiente, una naturaleza llena de sensualismos irresistibles y arranque grosero."

Felipa muere trágicamente por resistir á las solicitudes voluptuosas de Jorge Almagro, é Ismael se venga del lujurioso peninsular en las últimas horas de los terribles lances de Las Piedras.

"Jorge con su tordillo rendido apuraba la fuga á retaguardia de los dispersos, airado el gesto, en su impotencia de rehacer los escalones que llevaban el desorden á la línea; y volvía el rostro afirmándose en su deshecha cabalgadura para librar con el astil de su lanza de los tiros de *bolas* los corvejones, cuando el *lazo* de Ismael zumbó á pocas varas de distancia, ciñéndosele al cuerpo como un aro de hierro.

"Jorge reconoció á Velarde, y al sentirse cogido á la manera de una bestia montaraz, abandonó la lanza, echó mano al cuchillo en rápido movimiento y tentó cortar la presilla de la trenza vomitando injurias.

"Ismael sin embargo, no le dió tiempo para zafarse; y al verle él torcer riendas callado, implacable é hincar las grandes rodajas en el vientre de su zaino brioso, amartilló una pistola, y se asió con la mano izquierda á las crines del tordillo prorrumpiendo en un grito de rabia.

"Sólo un puñado de cerdas quedó entre sus dedos crispados; porque de súbito con irresistible violencia,

tras una recia sacudida que le hizo perder con los estribos el ánimo, fué arrancado de la montura."

Y el novelista sigue traduciendo en prosa su visión dantesca:

"El cuerpo de Jorge rebotó algunos instantes en la falda de la loma, lo mismo que una peonza elástica lanzada de la cresta por un brazo poderoso.

"El cañón tronó por última vez salpicando pedazos de granada en derredor de Ismael, que recogía su lanza; por un segundo su zaino dobló en el declive los remos delanteros, — enrojecidos los hijares, tendidas las orejas al toque de corneta, — y reincorporándose en el acto volvió á arrancar con un relincho arrastrando á Almagro que se cogía á las hierbas y pedregales con los dedos desollados y las uñas rotas.

"Durante el fugaz segundo en que el caballo de Velarde flaqueó, Jorge logró ponerse de rodillas moviendo sus brazos en espantosa angustia; Ismael le miró con los dientes apretados, pálido, bravío; y Blandengue, tomando sin duda aquel bulto por una res rebelde hendida ya en los jarretes por la media - luna, saltó sobre él y le hundió el colmillo en la garganta.

"Velarde siguió azuzando su caballo con indescriptible furia; y esta carrera desenfrenada por el campo que los combatientes habían sembrado con doscientos muertos y heridos, duró algunos momentos.

"El cuerpo de Almagro sacudido en infernal agonía, machucado al fin en las piedras del terreno, hecho una bola sangrienta pasó rodando sobre los despojos del combate, y al llegar á la línea no era ya más que un montón repugnante de carnes y huesos."

Releyendo las páginas de *Ismael,* hemos recordado que Villemain decía que hay romances históricos más

verdaderos que la misma historia. Analizad este bellísimo retrato de Artigas:

"Representaba cuarenta años. De estatura regular y complexión fuerte, nada existía en su persona que llamase á primera vista el interés de un observador. Era un hombre de un físico agradable, blanca epidermis, — aunque algo razada por el sol y el viento de los campos, — cuello recto sobre un tronco firme, cabellera de ondas recogida en trenza de un color casi rubio, y miembros robustos conformados á su pecho saliente y al dorso fornido.

"Podíanse notar, no obstante, en aquella cabeza, ciertos rasgos que denunciaban nobleza de raza y voluntad enérgica. El ángulo facial, bien medía el grado máximo exigible en la estatuaria antigua. Su cráneo semejaba una cúpula espaciosa, el coronal enhiesto, la frente amplia como una zona, el conjunto de las piezas correcto, formando una bóveda soberbia. La notable curvatura de su nariz, acentuaba vigorosamente los dos arcos del frontal sobre las cuencas, como un pico de cóndor, dando al rostro una expresión severa y varonil; y en su boca de labios poco abultados, dóciles siempre á una sonrisa leve y fría, las comisuras formaban dos ángulos casi oblicuos por una tracción natural de los músculos. Sin poseer toda la pureza del color, sus ojos eran azules, de pupila honda é iris circuído de estrías oscuras, de mirar penetrante y escudriñador, comúnmente de flanco; nutridas las cejas, en perpetuo motín entre las dos fosas ojivales, bigote espartano, barba de ralas hebras, pómulos pronunciados, perfecto el óvalo del rostro.

"De temperamento bilioso, esparcíase por la fisonomía cuyos perfiles delineamos, como un reflejo de cordiales sentimientos, ó de índole suave y amable,

que contrastaba singularmente con el vigor de esos perfiles. La misma mirada pensativa, y vaga á veces, al contraerse la pupila al influjo de una absorción pasajera del ánimo, tenía una expresión amable y benigna, — la que puede transmitir la experiencia de una vida ya desvanecida de azares y tormentas. Si el oficial de blandengues los había sufrido, no lo denunciaban manchas, cicatrices ó mordeduras en sus facciones; era su tez pálida, pero no marchita; no era tersa, pero tampoco hoyosa ni sajada. De las aventuras de juventud, sólo en su frente abierta y extensa había quedado algún surco; más bien formado, antes que por los males físicos, por el pensar consciente de lo que la vida enseña."

Algo quisiéramos decir en elogio de fray Benito, el monje soñador y profético, y algo también quisiéramos decir en elogio del modo de relatar batallas que usa Acevedo, modo que nos recuerda el utilizado por Stendhal; pero nos lo impiden lo conciso del plan de nuestra obra y la falta de espacio. Lo que antecede basta, por otra parte, para darse cuenta del estilo y la índole de las romances del celebrado autor de *Ismael* y del ardoroso polemista de *El Nacional*.

El argumento de *Nativa* es de una gran sencillez. Nata y Dora son dos hermanas. Aunque han sido criadas en la ciudad, viven temporalmente en la estancia de los tres Ombúes. — Ésta se llama así porque más allá del cerco que limita la huerta, — "se elevaban tres ombúes de amplia circunferencia, troncos gruesos de corteza ya grietada, raíces enormes que serpeaban sobre el nivel hendido, horcaduras en diversos ramales que servían de lechos á los gallináceos caseros, y grandes racimos de frutos verde-mar muy nutridos y compactos. Estos colosos tenían ya la cabeza calva

y algunos claros en derredor, por donde penetraban veloces con las alas tendidas en busca de sombra, tordos y urracas bullangueras. — "

En aquella estancia y cerca del corral hay un rancho en ruinas, donde se esconderá, herido por los pórtugos, un discípulo de Larrañaga, el oficial patriota José María Berón.

Después del rancho en ruinas, — "la soledad extendíase por delante con su naturaleza selvática llena de accidentes y verdores eternos, murmurios de caudales de agua cristalina y sordos rumores de ganados, que en la puesta del sol se aglomeraban en una meseta á paso tardo entre bramidos, parándose á intervalos para arrojar la tierra por encima de los lomos recalentados ó para chocar sus cuernos con ruido seco y estridente.

"Por esos sitios y á tales horas las perdices en parejas buscaban su hierba favorita ó sus gusanillos de tierra; la gama erguía su cabeza airosa á la orilla de algún bañado para lanzarse á la carrera entre los arbustos, encorvado en forma de asa su apéndice caudal; y los ñandúes en grupos subían la ladera á paso mesurado, el cuello tieso, silbando melancólicos en coro extraño con múltiples reptiles.

"En el fondo del declive de la alti - llanura que formaban en su nexo las cuchillas, seguían entre breñas su trayectoria culebreando las aguas de un riacho que concluía en plano descendente á espaldas de la huerta. Esta adyacencia de aguas, á la tierra ligera de la planicie de capa vegetal mediocre, siempre dominada por la sílice, daba incremento á las malezas, á la mielga y al trébol, acumulando en su ribazo un verdadero boscaje verde y denso.

"En el borde opuesto, sobre un plano hendido que no era más que un estero, diversas hoyas ó charcas

por él alimentadas daban vigor y vida á los pajales, á las cardas, á los ceibos y á los juncos en enmarañado mapa de masiegas, trazos ramosos, islas de arbustos y prodigiosa masa de rectos bastones que encubrían esas humedades tan queridas de los palmípedos, así como tremedales temibles y cañadas silenciosas.

"En la hondonada profunda corría el río, orlado de montes en sus dos riberas. — "

Don Luciano Robledo, padre de Nata y Dora, recoge al herido. También Robledo es un insurgente, también es un hidrópico de libertad. El herido es apuesto, el herido es joven, el herido aparece con aureolas de héroe de novela á los ojos de aquellas dos garzas soñadoras y asustadizas. Tienen el alma virgen. — El amor fácilmente hará nido en ellas. José María prefiere á Nata. Dora, incapaz de odiar é incapaz de sufrir, se suicida hundiéndose en un remanso de canal torrentosa, en donde nadan cisnes salvajes y patos silvestres.

En la orilla del remanso, al parecer sereno, Dora tiene un minuto de reflexión. Quiere separarse del tronco del sauce, en que se apoya lívida y con lágrimas que le queman los párpados. Sus pies de niña "dieron un giro lento y buscaron apoyo á pocas líneas de la tierra, rozando las hierbas; pero, el cuerpo se dobló hacia atrás como un junco contorneando el sauce con los brazos tendidos y la cabellera suelta; quiso gritar, mas no pudo; y poco á poco se fué deslizando ya sin sentido, hasta sepultarse suavemente en el remanso."

Después Nata tiene que separarse de José María, dejándolo extenuado y herido en la estancia de los Tres Ombúes, donde se hospeda un destacamento de las tropas de Lecor.

Nativa es una novela con tonos de idilio y ecos de

parche, que está llena de páginas buriladísimas y ricas en color.

Acevedo ha ejercido sobre nuestra literatura un influjo notorio y profundísimo. Sus romances no sirvieron tan sólo de honesto recreo á valetudinarios en horas de hastío ni á curiosas doncellas en noches de clausura. Sus obras, aparte de lo que tienen de manifestación individual, determinan un género que hizo escuela y engendró vástagos. Más que á Magariños se debe á Acevedo el género de la reconstrucción de la vida colectiva de los tiempos heroicos y más que á Magariños se debe á Acevedo el género popularizado de la reconstrucción de los usos campestres que se van perdiendo barridos por el humo de la locomotora. Por lo demás, Acevedo no copia en sus novelas, y hace muy bien, á los tipos sin sexo ni ubicación posible, que no tienen substancia y nada significan. Copia, y hay que aplaudirle por sus aficiones, á los tipos que resucitan artísticamente la raza de los gauchos errabundos y batalladores de los tiempos de antaño, sabiendo descubrir, en el fondo de aquellos caracteres que parecen impropios para provocar asuntos de interés, un raudal copiosísimo de emociones estéticas y sentires patrióticos. Si en *Brenda*, que me huele á pecado académico, usa y abusa de los diálogos prolijos é inútiles, sabe con una frase expresar un estado complejo del alma en *Ismael* y en *Grito de gloria*. Sus fábulas son por demás sencillas; pero, en sus descripciones, si no siente las cualidades ocultas de las piedras y de las plantas, siente y pinta admirablemente las cualidades físicas de nuestro arbolado con perfume á ceibo y nuestras serranías con perfume á clavel, como puede observarse en las á veces difusas descripciones de *Nativa* y de *Soledad*.

La naturaleza indígena y el medio sociológico in-

cubado por esa naturaleza virgen, han sido pintados de un modo primoroso y de cuerpo entero por los romances que nos ocupan, incitándonos á tener una novela nuestra, una novela propia y nacional, que comenzando con los cuadros camperos y ecuestres de Acevedo Díaz se acercó poco á poco al naturalismo contemporáneo con las obras en donde luce el disector análisis de Carlos Reiles. La novela nativa empezó como era natural que empezase: con el gaucho nómada, férvido en sus amores, salvaje en sus rabias, soberbio en sus ímpetus, centauro mitológico y lanceador de poema épico. El chambergo, el poncho, el chiripá, la bombacha, la bota cruda, la nazarena rechinadora, el facón de cruz, el trabuco de recortados y la lanza de ñandubay, condicen bien con la tierra no cultivada, con la tierra sin alambres que limiten la propiedad, con la tierra fecunda y hermosísima y libre y melancólica y huraña y llena de sones de primas cantadoras, donde extiende su sombra de brujo el guaribay bravo y donde el rayador vuela sobre las aguas de los ríos azules, no lejos de las tunas en que hace su nido con palos espineros el añumbí parduzco. Después vendrá la otra, la novela de la vida de la ciudad, con sus virtudes y sus hábitos y sus preocupaciones y sus angustias y sus batallas y sus ideales. Después vendrá la otra, con el choque de la heterogénea oleada ultramarina contra lo resistente del medio nativo, para narrarnos lo que haya de gentil y agudo y doloroso en la evolución de los cerebros y de las costumbres. Cada cosa á su tiempo. Los orígenes pertenecen á la fibra brava, al instinto selvático, á la emotivilidad impulsiva y sin riendas, al terruño indomable con los pedreros de pecho pardo, el butiá de abanico, el pacú que hiende el arroyo cantor, y con la fruta sabrosamente extraña del ñangapiré. Los orígenes pertene-

cen al sol charrúa; al sol del monte, el cerro y la cañada. Los orígenes pertenecen á Sinfora, á Aldama, á Cuaró, á Mercedes, á Esteban y á Pablo Luna. En conclusión, si *Celiar* y *Caramurú* forman el ciclo caballeresco de nuestras letras, el ciclo heroico de nuestras letras está formado por *Ismael* y *Grito de gloria,* — por todos los romances batalladores y primitivos de Acevedo Díaz.

Así como cada estación del año tiene sus naturales frutos, así también á cada momento social corresponde una modalidad estética determinada. El arte, dice Seailles, es la necesaria y lógica consecuencia de la vida de las imágenes en el espíritu. Perfectamente; pero nuestra vida interior, la vida intensa y cinematográfica de nuestras imágenes, se forma con el roce del medio que nos circunda. Si es cierto que todo estado interior tiende á crear un cuerpo de imágenes que le simbolice, como nuestros estados interiores son productos ó consecuencias del estado del medio que nos inspira, también es cierto que á cada estado social corresponde un cuerpo de imágenes que cambian y se trasmudan cuando la atmósfera del medio se trasmuda y cambia. El objeto del arte, dice Guyau, es imitar la vida para hacernos simpatizar con las demás vidas y producir así una emoción de carácter social. Cada estado social tiene, pues, su modalidad artística, en su ardiente deseo de traducir y de perpetuar su forma de emotivilidad estética. El espíritu del medioevo nos dá la razón de ser de las leyendas de Parsifal y de Lanzarote, como el espíritu del alma española, en los lustros de la cruz que redime y el hierro que conquista, bulle transparentándose en las esculturas etéreas y seráficas de Salcillo.

En la edad de que tratan las obras de Acevedo, sobre el análisis y la ley y la sociedad, se encumbran

victoriosos el instinto, el entusiasmo, la fantasía, el coraje, el músculo, el corazón virgen, la naturaleza indómita y selvática como el jaguar zarpudo, la res sin marca, el indio nostálgico y el montonero degollador.

Si esto es así, se engañaría lamentablemente el crítico que buscase, por ejemplo, términos de comparación ó puntos de contacto, para enaltecer ó para denigrar, entre las novelas de Acevedo Díaz y las novelas de Insúa, de Felipe Trigo ó de Pío Baroja. Como cada clima y cada estación tienen sus frutos propios, lo mismo en botánica que en amor, cada época y cada país tienen una literatura determinada, aunque ésta se vaya sociológicamente universalizando con los progresos del arte y la psicología. Creo, pues, ridículo pedir á las novelas de Acevedo las modernísimas sensualidades de las amorosas novelas de Insúa. Leed *Las neuróticas* y *El demonio de la voluptuosidad.* Del mismo modo creo ridículo pedir á las novelas de Acevedo la dicción original y llena de nervios, pero mal pergeñada con su léxico alterado y confuso, de las psicológicas y emocionantes audacias de Trigo. Leed *La Altísima* y el *Alma en los labios.* Los estados psíquicos, montaraces y sin dobleces, que el autor uruguayo interpreta, no son los estados de alma que los últimos nos fingen ó nos traducen, pues media un abismo insalvable, que no puede llenar el amor, entre la Soledad de Acevedo Díaz y la Aurora de Insúa, entre la Natalia de nuestro Acevedo y la Gabriela de Felipe Trigo, — ó entre la Adria de Trigo, la Susana de Insúa y la Jacinta del autor de *Ismael.* Es que Eduardo Acevedo Díaz es de su tiempo y es de su país, como son de su tiempo más que de su país Baroja, Belda, López Pinillos y López de Haro.

Los congéneres de Acevedo, más que los novelistas peninsulares, son los novelistas iniciadores de la escuela romántica en el Brasil. Por su regionalismo, no por el carácter de sus mujeres, Acevedo está cerca de José de Alençar, muy del territorio donde nació por los paisajes y las costumbres de su *Til* y de su *Iracema*. Por su regionalismo, no por sus asuntos, Acevedo está cerca de Sylvio Dinante, á quien se deben el idilio bucólico de *Inocencia* y las descripciones maravillosas de *Ceos e terras do Brazil*. Por su regionalismo, por su afán de pintar lo propio, por su deseo de revivir lo que la ola cosmopolita nos vá arrancando, Acevedo está cerca de Francklin Tavora, que ha sabido impregnar de sentimiento patrio y de sabores tradicionales las páginas de su *Laurenço* y de su *Matuto Cabelleira*. Del mismo modo, por sus tipos violentamente apasionados y por el erótico naturalismo de algunas de sus páginas, aunque no por la profundidad y el alcance de su filosofía, Acevedo puede también, de un modo especial y muy relativo, admitir parangones con el ilustre creador de *A carne*, pues si la perfección de nuestro idioma retórico mucho le debe á Acevedo Díaz, mucho le debe el idioma retórico de su país á la acerada pluma de Julio Ribeiro.

La crítica no debe comparar jamás, en busca de lunares, lo que no tiene puntos ni razones de semejanza. Cada fruto en su zona y en su estación. Cada libro en su época y en su medio espiritual. Los Ladislao, los Cuaró, los Creto, los Esteban, los Velarde de *Grito de gloria*, no admiten amalgama de clase alguna con los héroes más sencillos de nuestra edad, porque hasta en los más sencillos de estos héroes — como, por ejemplo, en el rústico Joselón de Moselly, — hay cavilaciones y refinamientos que aquellos ig-

noraron y que puso en el celdaje de su ideas la infinita complexidad de la vida contemporánea. Del mismo modo, en su visión de lo montaraz, sobresale la peculiar manera de Acevedo en la pintura de sus amazonas, cuyo prototipo, cuyo tipo más alto, hallaréis en Jacinta, que igualmente sabe asar un suculento pedazo de novillo, que mover una lanza que pese más de lo que pesó la lanza de Latorre. — Vedla morir en *Grito de gloria*, última parte del drama histórico que empieza en *Ismael* y trágico final de los puros amores contados en *Nativa*.

Jacinta, — transformada en un "jinete joven, lampiño, de semblante moreno y ojos negros, agraciado, robusto, que vestía blusa de tropa y calzaba botas de piel de puma", — aparece, al final la batalla de Sarandí, lanceando al grupo que ha dado muerte á Esteban y á Luis María. Éste yace de espaldas, rojamente sangriento, tendido sobre el estandarte de seda de su escuadrón. Los dragones pórtugos le circundan. Jacinta, ya herida en el cuerpo por un proyectil y casi asfixiada por el humo de la pólvora, no dejará que ultrajen el cuerpo del mozo. Los dragones vacilan. Al fin se atreven.

"Dos ó tres de los más valerosos, tentaron levantar el estandarte con la punta de sus sables; pero Jacinta dió un brinco y sepultó su lanza á dos manos en el vientre del dragón de talla gigantesca que alargaba cuanto podía su brazo para alzarse con el trofeo.

"Se alzó, sí, más con la lanza prendida en sus carnes por la media luna invertida á manera de arpón, que se llevó en la fuga.

"Luego, Jacinta cogió el sable de Luis María en su diestra, rodeó con su otro brazo el cuerpo del herido y empezó á arrastrarle con todas sus fuerzas, diciendo desesperada:

"—¡Á él no, bárbaros!.... ¡Déjenlo por compasión que yo le cierre los ojos; no ven que ya está muerto!.... ¡Á él no, salvajes!

"Y sin dejar de arrastrarle, repetidas veces herida en la cabeza y en los brazos, bañado el rostro en sangre, tambaleando, asiéndose entre crispaciones de las hierbas, su mano sacudía el sable apartando los hierros á golpes de filo.

"Por dos ocasiones gritó, saliendo su voz como un ronquido:

"—¡Cuaró!.... ¡Cuaró!

"El teniente no podía oirle.

"En cambio, sintió de cerca el toque de carga, y la reserva con Lavalleja al frente acuchillando todos los escuadrones enemigos dispersos en la ladera, apareció bruscamente en la loma, descendió á escape al llano, y en lúgubre entrevero fueron cayendo uno á uno la mayor parte de los que habían hecho cejar á la línea del centro.

"En esta carga cayeron prisioneros, entre otros jefes y oficiales, Pintos y Burlamaqui.

"Jacinta arrodillada junto al joven y libre ya de implacables adversarios, percibió entre desfallecimientos y zumbidos sordos, dianas y gritos de victoria.

"Miró azorada á través de tules rojizos.

"La llanura aparecía cubierta de centenares de cadáveres y despojos. Lejos, en el horizonte iluminado por los esplendores del sol, percibió regimientos en desorden, caballos sin jinetes, cuerpos hacinados entre los pastos, galopes furiosos, ecos de cornetas que semejaban aullidos de pavor.

"Después se volvió hacia Luis María, cogióle el rostro entre las dos manos, levantóle los párpados para mirarle las pupilas, peinóle los rulos con los

dedos temblorosos, dióle un beso en la mejilla, y exclamó al fin desalada entre hipos violentos:

"— ¡Ay, flor de mi alma, sol de mi pago! Que salga de estas heridas toda mi sangre, por una mirada de tus ojos....

"Pálida, vacilante, sus manos crispadas se cogieron al cuerpo inmóvil; sacudiéronlo; y en pos de este esfuerzo abrió los brazos para estrecharlo, resbalóse suavemente y quedóse acostada á su lado, exangüe, tiesa, sin temblores."

Hay muchas páginas, como esta hermosa página, en las novelas de Acevedo Díaz.

También son de una simplicidad extrema, fuera de Artigas y de dos de los frailes de *Ismael,* los tipos puebleros de nuestro prosador. No pidáis á sus jóvenes, aunque hayan leído algunos latines, el escepticismo, sólo iluminado por la llama del deseo físico, que se nota en los jóvenes de la novela actual. Los jóvenes de Acevedo no saben querer á dos, ni compartir con otro á las que quieren, ni hablar de adulterios y de perdones basados en las sutilidades de la metafísica, ni dar más importancia á la vida del intelecto que la que le dan los humildes que á su lado batallan y sufren. Sienten, sí, las exaltaciones del patriotismo y de la lujuria; pero las sienten sin filosofarlas, porque aquellos eróticos ceden más que á las ansias instintivas y varoniles que al deseo de conocer las variedades con que se cumple el rito amoroso. El amor no es aún una enfermedad cerebral; un latigazo que estimula la médula, cuando no la destroza. Á su vez, los viejos que figuran en aquellos romances de lides y quereres no son los viejos que, después de haber saboreado la vida para encontrarla amarga y sin finalidad, se pasan las horas sondeando el misterio de la noche sin fin, siempre perseguidos por

los fantasmas de la vida y la muerte. En aquellas novelas, en aquella trilogía histórica y montaraz, no hay ángeles nitidísimos con dobleces de fiera bruta. Todos son ángeles, cuando no son fieras; pero ángeles que, si suprimieseis la patria y el amor, pasarían burguesamente, muy burguesamente, con una burguesía aplastante y fastidiosa, por el cinematógrafo rapidísimo y enfiebrado del vivir moderno. El señor Berón es un viejo enfático y campanudo, pero, en cuentas claras, un buen viejo enchapado á la moda antigua y un poco simplote. Luis María es un mozo de sangre pura y virtuosas costumbres, que sabe amar con tiernos romanticismos y que sabe morir denodadamente besando á su bandera. No le pidais más, porque es así como debe ser, y así es como el autor nos lo pinta en *Nativa* y en *Grito de gloria*.

¿Qué es lo que salva entonces, á estas novelas, de la monotonía que, en ley de lógica, deben producir el aire de familia de los personajes y la repetición de los mismos cuadros? El estilo, en primer lugar, que es como un pincel, lleno de color y de luz, cuando describe nuestra naturaleza y nuestras batallas por la libertad. Y en segundo lugar, el marco histórico dentro del que actúan los amantes ingenuos y los centauros de melena larga. Ese marco es propicio á su numen. Acevedo es perezoso, contemplativo, fantaseador, quijotesco y poco enamorado de la vida social, que apenas conocía cuando escribió sus obras. Acevedo es un primitivo, que sabe leer, aunque no lea mucho y aunque no lea lo más reciente. Acevedo es, en suma, lo mismo que sus héroes, hechos para vivir en las renunciaciones del ensueño y de la soledad, aunque se muevan entre el estruendo de los combates por el ideal y aunque hayan crecido entre los muros de una ciudad codiciosa de la civilización. Así la

época y el estilo, más que lo novelesco que en sus páginas hallaréis, son los que harán durables las narraciones épicas de Acevedo Díaz.

Á veces es poeta por la dicción, por el colorido, por el gusto á lo legendario, por lo bien que se funden su musa descriptiva y la patria naturaleza. Ved la pintura del cenador donde Natalia entierra el cuerpo heroico de José María junto al gentilísimo cuerpo de Dora.

"— Después, los céspedes se unieron á los ceibos que retoñaban, las enredaderas y lianas hiciéronse trenzas largas y ondulantes y se asieron á las cruces con todo el vigor de brazos que se crispan ansiosos de apoyo.

"Las cruces llegaron á desaparecer poco á poco en un boscaje que se alzó trepando en torno del cenador por dentro y fuera, y sólo quedó en el interior como un sendero tortuoso que terminaba allí donde estaban los símbolos funerarios.

"Las avispas y las abejas salvajes zumbaban en los días ardientes bajo la bóveda y elaboraban su miel en la espesura de mburucuyáes y camambués.

"Cuenta una tradición del pago, que en aquel búcaro enorme, ornado siempre de frescas frondas, guías y festones, á la vez que criadero exuberante de selváticas aromas, venían los pájaros en nutridas bandas á fabricar sus nidos, oyéndose al cuajar la aurora y al morir la tarde un himno eterno de complicados silbos y arrullos; y añade la tradición también, que á esas horas, unas veces entre luces y otras entre sombras, veíase entrar y salir del cenador á una mujer taciturna, rígida y fría que no por esto dejaba de sonreir á los vivos, pero que sólo parecía hablar con los muertos.— "

Pinta también, con amor y acierto, los tipos histó-

ricos: el de Artigas en *Ismael* y el de Lavalleja en *Grito de gloria*. No abunda en trazos y no los exagera; los medita y los vierte en parcas pinceladas. Su espíritu los vé y los copia, al reproducirlos con fidelidad. Lavalleja, según nuestro autor y según la historia, "era un hombre de estatura baja, cabeza grande y cuello de coloso á plomo sobre un tronco cuadrado y fornido, macizo del cráneo al pie como una escultura de piedra; ágil, diestro y osado á juzgar por sus movimientos vivos é impetuosos; y el cual al primer golpe de vista, presentaba en su figura los caracteres típicos del sableador, del domador y del caudillo.

"Su rostro amplio y lleno, de frente despejada, narices carnudas, cejas abundantes en remolino, ojos de mirar fuerte, barba un tanto recogida, orejas de pabellón ceñido revelando audacia y grandes alientos, dábanle en conjunto un aspecto de fiereza que acaso en el fondo bien pudiera ser una gran suma de bondad, de abnegación y de sencillez."

No nos cansaríamos nunca de transcribir, en nuestras ansias de aclarar lo expuesto y de hacerle justicia al novelador. Basta, sin embargo, lo que antecede para comprender que la pluma de Acevedo Díaz, en estos romances que parecen poemas en prosa, es una lira y es una paleta cuando narra ó describe, caracterizándose sus enredos por la sencillez, y sus personajes por lo selváticos, por lo primitivos, por su estrecha armonía con el ambiente que los nutre y circunda. Esto, y no otra cosa, es lo que nos dicen, *Ismael*, *Nativa*, *Grito de gloria*, *Soledad* y *El combate de la tapera*.

Digamos, por último, que antes de Ramírez y antes de Acevedo, ya habíamos tentado el género romancesco no sólo con el *Caramurú* de Alejandro Maga-

riños Cervantes, sino con la novela romántica *Virtud y amor hasta la tumba* de Laurindo P. Lapuente. Publicado en Buenos Aires en 1858, este libro de 140 páginas, — cuya acción se desarrolla en Montevideo durante la Defensa, — nos cuenta que Lauro, después de haberla amado, se olvidó de Elvira, para volver á amarla con frenesí cuando Elvira ya no le quiere y está apasionadísima de Rodolfo. Rodolfo, oficial de las tropas antirosistas, sale en comisión, no sin encomendar su prometida á Lauro, con quien está ligado por una profunda y sincera amistad de la infancia. Entonces, como era de esperarse, el traidor aparece; pero no es Lauro, sino don Blas. Don Blas, tío de Elvira y protector de la madre de ésta, que es viuda y pobre, también gusta de Elvira; pero, desairado y enfurecido, retira su apoyo á las dos virtuosas mujeres, dejándolas en la miseria y en el dolor. En estos andares, Elvira sueña que asiste á un combate en que Rodolfo muere. El augurio se cumple. La visión se realiza. Rodolfo queda tendido en el campo de la última batalla, y Elvira, que le adora, corre á reunírsele en la eternidad. Don Blas se arrepiente, y Lauro se angustia perseguido por el recuerdo de su amor imposible. Es infantil el plan, poco interesantes los episodios y paupérrimo el romántico estilo de la obra de Lapuente.

También citaré, para concluir con el género de las ficciones, — aunque sin estudiarlas por no merecerlo su escaso valor, — *Los misterios del pillaje*, novela policíaca publicada por el señor J. P. Montero en 1871, y la novela histórica *Paysandú*, publicada en 1885 por el señor Horacio de San Martín.

III

Magariños Cervantes encarna y personifica el numen poético de la patria desde 1840 hasta 1879.

Magariños, como todos nuestros románticos, desdeñó las minuciosidades de la forma, que son lo más preciado de la forma misma.

El romanticismo es una rebeldía, un motín en el reino de la literatura, motín que coincide con una renovación, con una metamorfosis del alma social. Á la teoría clásica de la belleza demostrada por su universalidad, á la teoría clásica de la belleza única y serenísima é invariable, á esa teoría que es platónica y aristotélica y cartesiana, sucede la idea de que la hermosura, aunque universalizada por lo unánime del aplauso que provoca, debe tender á remozarse en el individualismo, distinguiéndose por su rasgos personales y propios. El clasicismo, según Brunetiere, se caracteriza por el equilibrio de todas las facultades que concurren á la perfección de una obra de arte, siendo necesario para que el clasicismo triunfe y se imponga, no sólo que el artista posea las aptitudes de razonamiento que aquel equilibrio reclama, sino que el idioma, llegado á su madurez, y el espíritu nacional, llegado á su unidad, y el gusto de la época, llegado á su perfección, estén en armonía con el lenguaje, el espíritu y el gusto de la obra. En el romanticismo, por el contrario, desaparece el equilibrio de las facultades, pues el sentimiento y la fantasía invaden los dominios de la razón, siendo el romanticismo un producto, una resultancia, un corolario del lenguaje que se renueva, del espíritu nacional que se modifica, y del gusto que cambia al transformarse

el espíritu del país. Por eso surge el romanticismo galo al declinar la época napoleónica, el romanticismo español cuando la península se aparta de los altares del poder absoluto, y el romanticismo de nuestro continente cuando, ya rotos los grillos coloniales, luchan por alcanzar una organización definitiva y republicana los pueblos de América.

Boileau quería que la razón impusiera sus leyes á la literatura. Aconsejaba que suprimiésemos, de nuestras obras, todo lo condenado por las leyes de la razón. Nuestros románticos se complacieron en lo anormal, en lo novelesco, en lo imaginativo; pero justo es decir que, transformando las letras en armas de combate, en púlpitos de predicación cívica y educadora, acertaron á dar, muchísimas veces, con la verdad, la hermosura y el bien. Oid á nuestro Alejandro Magariños Cervantes:

"Juventud de mi patria! nunca vuelvas
Á buscar en los campos de matanza,
Con el hierro sangriento de la lanza,
Al rayo fratricida del cañón,
La grave solución de tus problemas....
No se desata el nudo con un tajo: —
Lo desata el estudio y el trabajo,
La fé en la libertad y en la razón.

Imita á los pacientes constructores
Que á las ondas enfrenan con su malla;
Ni fíes al azar de una batalla
Tu lábaro: — *educar es redimir.*
Fija la mente en Dios, tendido el brazo
Á la lucha, á la acción, audaz camina;
Abre el surco, fecúndalo, ilumina,
Y te dará su cetro el porvenir!

Con palabras de aliento y esperanza,
Con la inmensa bondad del Nazareno,
Bálsamo brinda al que te dió veneno,
Y extiende con sublime caridad
Tu mano á cuantos sufren; regenera
Al ignorante, al débil, al caído,
Y funda en el amor el bendecido
Imperio de la ley y de la paz!

No te pido por eso que cobarde,
Lo sacrifiques todo á la existencia:
Si peligra otra vez la independencia,
Ó extiende vil tirano su capuz
Sobre las patrias libertades, firme,
Baja arrogante á la palestra fiera;
Combate y muere al pié de tu bandera!
Sube al Calvario con tu santa cruz!

Divorciada del bien, ¿qué es esta vida?....
El tedio abruma el corazón del hombre,
Aunque riqueza, poderío, renombre,
Para probar su temple le dé Dios.
Criatura de estirpe sobrehumana,
La sed del infinito la atormenta,
Y sonríe al caer en la tormenta,
Si deja un rastro luminoso en pos!"

El arte se humaniza con el romanticismo. El romanticismo pone á las musas en estrecho contacto con la sociología y el derecho político. Nuestros románticos no creen, como Goethe, que el objeto del arte es el arte mismo, y que no necesita ser civilizador para ser moral. En cambio creen, como Novalis, en la predestinación del talento, en que el poeta es á modo de augur, en que en cada poeta palpita un ele-

gido, aunque se apartan estéticamente del crítico alemán, para el que la verdadera poesía es grave y calmosa, naciendo más de la meditación que del sentimiento y elaborándose más en el laboratorio de la inteligencia que entre el tumulto de la plaza pública. Para nuestros románticos la hermosura es una esencia platónica, inseparable de sus hermanas la virtud bendita y la verdad moral, que no es la verdad que persiguen las escuelas posteriores al romanticismo, indignándose con Addison cuando Addison les dice que el sentimiento de lo bello no es sino un placer de la imaginación, é indignándose con Hutcheson, cuando Hutcheson les dice que el sentimiento que la hermosura nos produce es equiparable á las sensaciones que nos producen el calor ó el frío. Oid á Magariños:

"En prosa ó verso, es una la potencia
Que arrebata las palmas del combate:
Hay siempre poesía en la elocuencia;
Hermanos son el orador y el vate.

De Bolívar la frase audaz retumba
Como el canto sublime de Tirteo,
Y en Carabobo y Ayacucho, tumba
Abre al coloso ante su voz pigmeo!

Libre ó ceñido al armonioso metro
El verbo de las almas se apodera;
Y á pié ó sobre el Pegaso, lleva cetro
El que incendia los pechos en su hoguera!

El sol del Ideal, el rayo estético,
Iluminan al par su altiva frente:
Cuanto eleva el espíritu es poético;
Cuando llega hasta el alma es elocuente."

Ya lo sabéis: para nuestros románticos el fin de la poesía es elevar las almas. Burke acertó al afirmar que lo bello no es otra cosa que la cualidad ó cualidades de los seres que despiertan el amor ó una pasión semejante al amor; pero ese amor es un amor espiritual y no el amor de carácter físico de que nos habla Burke. Ya lo sabéis: para nuestros románticos la poesía es una amazona que rompe lanzas por la hermosura, que batalla heroicamente por el triunfo del bien, que se considera investida de una función social. Es don Quijote soñando, entre manteos y cuchilladas, con Dulcinea. Es Cirano diciendo sus alejandrinos que suben, como cocuyos y avispas de oro, por el ramaje estivo de la enredadera del balcón de Roxana.

Para Richter la esencia del clasicismo debe buscarse en la sencillez, en la nobleza, en la serenidad de sus concepciones, en tanto que la esencia del romanticismo debe buscarse en el espíritu cristiano que palpita en el fondo de todas sus obras. El sentimiento de lo sublime, que la armonía clásica no supo alcanzar, los románticos lo poseyeron con amplitud, levantándose el sentimiento de lo sublime, como los marcos de una frontera, entre las dos modalidades retóricas. Lo romántico puede llegar á ser clásico, cuando sólo es bello; pero lo clásico nunca pisará las heredades del romanticismo, porque lo clásico no aspira ni alcanza á la sublimidad. La perfección de lo finito es el término de lo clásico. El romanticismo persigue la conquista de lo absoluto. Estas ideas de Richter fueron preconizadas, en parte, por Federico Schlegel. Para éste, la literatura es "la voz de la inteligencia humana, el conjunto de símbolos que representan el espíritu de una edad ó el carácter de una nación." Para éste, la belleza reside en "lo que es expresivo en to-

dos los lugares y en todos los tiempos." Para éste, "el romanticismo es el sentimiento de amor que predomina en la religión cristiana y que, por la religión cristiana, entra y se difunde en la literatura." La ferocidad trágica de la antigua mitología desaparece con el romanticismo. Con el romanticismo, las musas se ennoblecen, se amansan y se subliman, haciéndose más dulces y más consoladoras por la virtud humanizante del Evangelio.

El pensamiento cristiano, de que nos hablan Richter y Schlegel, predomina en nuestro Alejandro Magariños Cervantes.

"Oh Cristo! tu palabra era el aliento,
El escudo y la fuerza del que sólo,
De la cuna al sepulcro, halló en la vida
Infortunio, dolor, miseria, oprobio!

Tú prestabas valor al noble apóstol
Que al marchar al suplicio iba sereno,
Y emplazaba tranquilo á sus verdugos
Ante el Supremo Tribunal eterno!

En nombre de la ciencia y el progreso
Hay quien te pone pleito y te condena,
Y pretende que el hombre miserable,
Insensato reniegue de tu herencia.

¿Porque el vaso sea tosco, es menos puro
El licor que contiene?.... Porque envuelto
En la escoria esté el oro, y el brillante
Bajo la dura piedra, valen menos? ....

Hombre - Dios, Redentor, Mártir sublime,
Tú venciste muriendo, y contemplaste
Por diez y nueve siglos de rodillas,
Sostenido en la cruz el mundo alzarse!"

Como para probar la verdad de lo que afirman los estéticos alemanes, el sentimiento del cristianismo palpita en todos nuestros románticos. Todos levantan, como un faro y como un estandarte, la cruz del Calvario. Dice Aurelio Berro:

"— Creo en tí, Dios! — el pensamiento sea
Que haga vibrar en nuestra mano el arpa:
— Creo en tí, Dios, — que omnipotente y bueno
Diste en la cruz tu vida sacrosanta!

Si el hombre á quien cegó la idolatría
Dió por goce á su numen la venganza;
Un Dios que sufre por amor del hombre,
Sella con sangre la verdad cristiana."

Dice Zorrilla de San Martín:

.... Sin el Dios - Hombre,
Sin su eterna doctrina,
Sin culto en los altares,
Al caos de las almas se encamina,
Apagados sus santos luminares.
Allí la sociedad rompe los lazos
Que á su Creador la ligan;
Ocupa su lugar la hiena atea,
Y en la noche sin Dios de la conciencia,
Apenas si un fulgor que llaman ciencia,
Con fosfórica luz chisporrotea."

Dice Arrascaeta:

"¿Quién sino tú, Señor, formó esos mundos,
Que sin chocar en torno del sol giran,
Y desde el nuestro los mortales miran
Brillando lejos en el cielo azul?
Sólo por tí ese Sol, la tierra alumbra,
Y por tí en el espacio se sustenta,

Por tí vive la planta, el hombre alienta,
Todo es, Señor, porque lo quieres tú."

Ese mismo espíritu de religiosidad se encuentra en Pacheco y Obes, en Fajardo, en Fermín Ferreira, en Sienra y Carranza y hasta en Wáshington P. Bermúdez. Será más ó menos descolorido, estará más ó menos en concordancia con el liberalísimo modo de ser de nuestra época; pero el sentimiento cristiano, el culto á la memoria de la cruz judaica, fué uno de los caracteres de la edad poética que presidió el numen de nuestro Alejandro Magariños Cervantes.

Magariños Cervantes, á pesar de las rudezas de su dicción, es un sensitivo, es un inspirado, es un verdadero y muy noble poeta. Oid como suspira aquel corazón, que parece una guzla, en la noche del casamiento de su hija Sarah:

"¡Que tu unión bendiga quien todo lo puede!
¡Que adversa ó propicia, tu existencia ruede
Pura y siempre en flor!
¡Brinda al tierno esposo, y él te dé colmada,
Siempre embriagadora, la copa encantada
Del sincero amor!

Cual raudal fecundo, de esperanzas lleno,
Los vástagos sean que brote tu seno,
Como él, como tú;
Y nazcan en lecho de lauros y rosas,
Los hijos, valientes; las hijas, hermosas:
Todos con virtud.

Si tú eres la estrofa mejor de mis cantos,
Como dijo un bardo famoso entre tantos
Que te dan loor,
Musa inspiradora! realiza en la tierra,

El mejor poema que la vida encierra,
    El poema de amor!

Y cuando abandones las nativas playas,
Sol esplendoroso donde quier que vayas,
    Revela ideal,
El tipo acabado de gracia y belleza
Que imprime á sus hijas la genial grandeza
    Del pueblo oriental!"

Cuando Magariños Cervantes empezó á zurcir rimas, no faltaba ya quien creyese que "la poesía es un modo extravagante é inútil de exponer ideas", como en 1870 le decía don Eduardo Wilde á don Pedro Goyena; pero la mayor parte de los hombres de aquella edad tenían un altísimo concepto de la forma rimada y un concepto no menos elevado del romanticismo. En menos de tres lustros, la nueva escuela avasalló á todos los ingenios. En 1855 se leía con encomio y placer *La Novia del hereje ó la Inquisición de Lima,* romance dado á luz por Vicente Fidel López en *El Plata* de Navarro Viola, donde enlazando lo útil con lo deleitoso, se publicaban también los *Anales de la Sociedad de Medicina Montevideana.*

Se consideraba á la literatura romántica como un instrumento político y filosófico de civilización. Esta creencia se mantuvo inalterable por largos años. Se doctrinaba incesantemente. Aun en 1868 decía don José Manuel Estrada en la *Revista Argentina:* — "El poeta tiene un deber y en su lira, como en la del profeta hebreo, deben reproducirse, engrandecidas por el estro, todas las vibraciones del alma y del corazón de su raza, con sus esperanzas y sus entusiasmos, y la irresistible tendencia de la persona humana hacia la verdad y la justicia." — Y agregaba: — "La poesía en América debe ser el reflejo de almas lozanas, ar-

dientes é impregnadas de robustas esperanzas", añadiendo que el numen americano — "debe explotar el tesoro latente, pero vislumbrado, que la naturaleza de su suelo le promete," y además, debe "utilizar el martirio revolucionario é infiltrar la esencia de la libertad democrática, no sólo en el organismo del poder público, sino en las costumbres sociales, y refundirla por el sentimiento del derecho, de la dignidad y del deber moral en la persona, que es el centro de la fuerza popular."

Á esta tácita condenación del arte por el arte, don Juan María Gutiérrez unió la suya al estudiar el numen de Esteban Echeverría en *La Revista de Buenos Aires* de 1868: — "Echeverría tenía una alta idea en la influencia social y del poder civilizador de la poesía. La reacción contra el clasicismo no era para él tanto una cuestión de estética ó de gusto literario, cuanto una cuestión de progreso." — Y agregaba: — "Como las pragmáticas del parnaso clásico se enseñaban y se seguían como credo de la vieja ortodoxia colonial, creía deber de hombre nuevo, de demócrata y de patriota establecer un completo y apasionado divorcio entre la doctrina que tantos años había dominado en los pueblos de origen romano, y la moderna, por llamarla así, que se presentaba trayendo audaz el combate y vestida con armaduras que deslumbraban." — Y Gutiérrez encontraba bien la concepción que del arte tuvo Echeverría.

No nos extrañemos, pues, del carácter civil, combatiente, republicano, tribunicio y educador de muchas de las composiciones de Magariños. Todos los rimadores de aquella edad, imitando su ejemplo, creían que el arpa era el arado de oro con que el bien trazaba los surcos de lo porvenir. La poesía era, para aquellos ingenios, algo más que el arte de traducir

los estados subjetivos del alma de su musa para simple recreo de la imaginación y de los sentidos de sus lectores; la poesía era la queja alada del alma social, el zumbido de las rémiges del ave del espíritu público en su viaje hacia las cumbres de la hermosura y de la justicia; la poesía era la consoladora de los pesares humanos, el reflejo auroral del sol del futuro, la sombra de las palmas del edén distante, el iris extendido sobre las tormentosas negruras de la tierra, el himno que anunciaba el reinado feliz de la virtud, la síntesis de la última palabra de Dios.

Y algo parecido pensaban los prosadores. Escuchad á Acevedo Díaz:

"Nada serían los pueblos democráticos sin pasiones ardientes é impetuosas, y nada la alta poesía sin esa fuente, en que ella ha nutrido sus ideales.

"El gran cuadro en sus faces diversas, la acción misma en sus proyecciones profundas, invitan al abandono de una musa ya estéril, á ahondar los surcos, y á difundir todas las conquistas morales en el seno de las muchedumbres, para que el pensamiento y el ideal ocupen los vacíos que dejan la decepción y el infortunio, encendiendo una chispa en cada cerebro y un nuevo amor en cada corazón; germen de ideas, y fuente de ternuras; conciencia del derecho en el uso de la soberanía, y del deber en la religión del hogar. En esta obra la poesía se agiganta. Ayuda al progreso, y ella misma es un perfeccionamiento.

"Levantar con sus cantos instituciones elevadas que decaen, retemplar las conciencias que desmayan, dar una nota más alta á las virtudes, encelar los sentimientos de gloria, mantener perpetua la trova al honor, añadir nuevas ofrendas á la pasión de la patria, tejer coronas al mártir, al héroe, al apóstol, precediendo á la justicia de los tiempos, y fortalecer en el

seno de la familia el culto del amor no conocido por las sociedades antiguas, todo esto pertenece al reino de la poesía americana."

Concluyamos con este largo capítulo.

Ya lo hemos dicho. Nacido en plena ebullición romántica y ganado por las embriagueces de esta soñadora escuela, Alejandro Magariños Cervantes halló sus héroes no en la leyenda medioeval, no en el amurallado castilo, sino en el bosque virgen y en el rancho con techo de totora. Sus heroínas, de frente bronceada y saya de percales, no sueñan con amores tras de la celosía de un mirador morisco ó apoyadas en el alféizar de la ventana gótica de una torre feudal, sino recorriendo las sendas tortuosas de los montes nativos, donde hay mangas de avispas en torno de los ramos del espinillo en flor. Su inspiración no es hija de la luz que deslíen los jóvicos cielos, sino rico producto de la luz que desborda en las curvas azules de nuestros horizontes puros y transparentes, que atraviesan las alas de los cardenales de diadema purpúrea y la nube de rosa de los flamencos de prosapia indígena. No es bueno, sin duda, como labor de rima y labor escénica, el drama en cinco actos *Amor y patria,* representado el 3 de Octubre de 1856, en el teatro de la Victoria de Buenos Aires. Ya no nos interesa ni nos conmueve, por lo mal hilada, la rivalidad política y amorosa entre el brasileño ensoberbecido y el patriota exaltado con cuyos corazones juega la suerte en la villa de San Gabriel. Tampoco nos seduce ni nos interesa *La Estrella del Sur,* publicada en Málaga hacia 1849. Aquel romance, que se desarrolla en tiempo colonial y en la ciudad limeña, está plagado de inútiles é insulsas divagaciones. Carece de plan y carece de estilo. Ni don Juan el hidalgo, ni Emirene la hermosa, ni Tedarra el lascivo, ni Iuca el hercúleo,

logran entretenernos un sólo instante con sus desdichas ó con sus ardides. Todo aquello de los narcóticos y de las cartas es monótono, es falso, es trivial, y merece bien hundirse en el olvido. Lo reconocemos y lo declaramos. ¿Qué queda entonces? Queda *Celiar* y queda *Caramurú*.

El *Don Alvaro,* del duque de Rivas, subió á la escena en Marzo de 1835. *Los amantes de Teruel,* de Hartzenbusch, fueron representados por vez primera en Enero de 1837. El romanticismo se hallaba, pues, en todo su apogeo cuando don Alejandro Magariños Cervantes arribó á España. El *Don Juan Tenorio* de José Zorrilla fué escrito en 1844. Á pesar del deslumbramiento que debían producirle aquellas maravillas, nuestro poeta no buscó sus héroes entre los godos, y los abencerrajes, y los caballeros tan caballeros como el lealísimo conde de Benavente cantado en los romances históricos de Saavedra. El numen de la zona de las calandrias siguió siendo oriental y americano lo mismo en Madrid que en Sevilla, lo mismo en Málaga que en París. El charrúa indómito, el matrero batallador, la joven criolla de ojos ardientes y cabellos embalsamados por flores paisaneras, fueron los personajes que prefirió su pluma. Nuestro cielo hermosísimo, nuestros guayacanes de capullos de nácar, nuestras lomas esbeltas que tapiza y perfuma la grama verde, nuestros ríos hondos y de azul cristal, fueron las visiones de aquella musa vuelta con arrobos enternecidos hacia la tierra distante y amada. Sintió incesantemente la profunda nostalgia de nuestro sol. Él fué el primero en adivinar el rumbo sociológico de nuestras musas. Oidle:

"Heraldo del porvenir, adalid de la justicia y de la verdad, el poeta, y el poeta americano más que ningún otro, tiene una misión eminentemente social que cum-

plir, si quiere merecer ese honroso dictado. Para conseguirlo, debe arrancar de su lira todas las cuerdas profanas, revestirse de dignidad y fortaleza, confiar ciegamente en la Providencia y en los grandes destinos que reserva á la América, no desmayar por los reveses y contratiempos que vengan á entorpecer su marcha; ser moral en su vida pública y privada como nuestro malogrado Berro, que exhaló el último suspiro preocupado con la idea de mejorar la condición de nuestro pueblo; aprovechar su inteligencia, ensanchando la esfera de sus conocimientos, y con este fin dedicarse á estudios severos y de aplicación inmediata á las necesidades de su país, para que si algún día necesita éste sus servicios, pueda acudir á su llamado y cooperar con sus luces á su bienestar, á su progreso y á la defensa de sus libertades, sosteniendo sus derechos en la prensa, en el foro ó en la tribuna."

Así fué siempre, en todas sus manifestaciones, la gran influencia, la influencia doctrinal y moralizadora de Alejandro Magariños Cervantes. Así fué siempre, en todas sus manifestaciones aquel numen excelso, constituyendo ese amor al terruño, la base de su gloria, la razón de su popularidad, la causa justísima de su gran prestigio. Éste llegó á ser tanto que el nombre del poeta pasó las inviolables fronteras de la patria, se adueñó de los países del sur de América y se escuchó con respeto en los círculos literarios de Europa.

Su numen robustísimo lo abarcó todo: la historia, el derecho, la economía política, la censura estética, la novela, el teatro, el canto épico y la poesía lírica. Sin embargo, y nos duele decirlo, le faltó á don Alejandro Magariños Cervantes, para que su obra literaria fuera duradera y siempre leída, la preocupación de la forma, el amor de la lima, y tal vez esa preciosa

virtud del oído interno, sin la cual el poeta no domina jamás el alma y la imaginación de sus lectores. Á pesar de lo estrecho de su contacto con el romanticismo español, aquella magnificente escuela no enseñó á rimar á don Alejandro Magariños Cervantes. Eso nos sorprende. Comprendemos bien la pintoresca penuria y lo no siempre correcto de su prosa. El romanticismo peninsular tan sólo produjo dos prosadores excelsos: Donoso Cortés y Mariano José de Larra. El estilo del primero es florido, suelto, grácil, lozano, vibrante, metafórico, rico en frescura, pródigo en pompa y especialmente apto para las batallas de la elocuencia. El estilo del segundo es mordaz, satírico, lleno de vigor, algo afrancesado, no muy léxico, sin excesivas casticidades, y especialmente apto para la crítica de costumbres. No los conoció ó los conoció poco, por avenirse poco con su idiosincrasia, don Alejandro Magariños Cervantes. El verso era otra cosa. La leyenda en doce romances del duque de Rivas, los dramas de Antonio García Gutiérrez, el poema goethiano de Espronceda, las populares tradiciones de don José Zorrilla, la ternura de las estrofas de Enrique Gil, el temple lírico de los versos de García y Tassara, todo lo escrito desde Martínez de la Rosa hasta Miguel de los Santos Álvarez, todo lo escrito por la generación de Narciso Serra y de Antonio Hurtado, constituye un riquísimo é inavaluable tesoro musical, capaz de hacer pulcramente rítmicos á los más faltos de oído interior y de gusto sinfónico. No hay combinación métrica que no ensayen y en que no acierten la imaginación creadora y el arpa omnicorde de aquellos ingenios. Suave, dulce, exquisita, maravillosa, nunca igualada, superior á la de las composiciones del siglo de oro, es la melodía con que aquellas octavas, aquellos romances, aquellas quintillas y aque-

llos alejandrinos, se meten como conquistadores por el sensorio, siendo inexplicable que á nuestro poeta no se le pegara algo de aquel derroche de sonoridades latino-arábigas, como la canturia del cardenal se afina si su jaula está cerca de la jaula de un canario, ya docto en tejer escalas y arpegios. Aquel pentagrama, aquel derroche de arabescos gentiles, tiene la policromía de los cuadros de Goya. ¿Qué no encontrarán, para exprimir sus pasiones voraces, el suicida que escribió las escenas trágicas de *Macías* y el sensitivo célebre que escribió las estrofas del canto *A Teresa?* Era el tiempo en que Arolas, sacerdote y barcelonés, asaltaba los serrallos más escondidos en busca de asunto para sus orientales. Era el tiempo en que echaban flor la musa elegíaca de Ruiz Aguilera, el horaciano numen de Cabanyes, el donaire andaluz de Rodríguez Rubí y la vizcaina sensibilidad de Antonio de Trueba. Magariños no supo hundirse en la corriente de aquellas armonías, saturándose en las oleadas de sus múltiples tonos. Sólo esto le faltó para sobrevivirse y para perpetuarse. *En la cumbre* acertó. *En la cumbre* es por el asunto y por el estilo, que se aviene al asunto y á la índole de su métrica, la mejor de sus muchas composiciones líricas. Leída por el doctor Alberto Palomeque, el 5 de Setiembre de 1881, en la tribuna del Ateneo, la entonación robusta y el vuelo altísimo de aquella poesía cautivaron al público y á la prensa. Un anciano trepa por la montaña, cuya cumbre domina los verdores del valle y las olas del mar. El anciano ya nada espera del mundo cobarde. Su bandera quedó, rota en girones, sobre el campo de batalla donde murieron los soldados más viriles de la legión del bien. Solo y perseguido, aquel héroe con canas busca un refugio donde anidan los cóndores y las nubes negras.

"Visto desde la altura
El mundano hormiguero cuan pequeño
Parece yá!.... cuan frágiles y vanos
El Poder, la Riqueza, la Hermosura,
La efímera Ventura,
Los triunfos del Orgullo y de la Gloria,
Fugitivas imágenes de un sueño,
Que adormece un instante á los humanos!"

Entonces, el anciano se vuelve hacia Dios.

"Faro inmóvil que plácido destellas
Más allá de los orbes siderales,
Y en densas nebulosas las estrellas
Vas lanzando en ardientes espirales,
Como escala de fuego en el espacio
Para subir al inmortal palacio;
Tú que eres, que serás y has sido siempre
Luz, camino, verdad, amor, justicia,
Eterno resplandor de cuanto bello
Y grande el hombre aclama,
Y con pasión frenética acaricia;
Cuando el mal victorioso,
Como robusto gladiador terrible,
Su maldecida planta
Con desprecio nos ponga sobre el cuello,
Y las fuerzas nos falten, é invisible
Emponzoñado germen nos sofoque;
Señor! Señor! piadoso
Que un rayo de tu lumbre
Nuestra abatida sien fulmíneo toque,
Y encienda en nuestro pecho santa llama,
Y aliento nos dé al menos,
Para llegar cual buenos,
Vencedores ó muertos á la cumbre!"

El anciano, con los ojos llenos de porvenir, muere sobre la altura. La montaña le sirve de túmulo.

"Un grupo de proscriptos, fugitivos,
Allá dirige rápida su planta:
Se acerca, le rodea, y un valiente
Doncel, un niño casi, atentamente
Contempla enternecido
Aquel cadáver yerto....
El llanto de sus ojos
Hace brotar el llanto en quien le mira....
De pronto cae de hinojos
De palidez cubierto,
El cuerpo con sus brazos circunvala,
Sobre el pecho veloz pone el oído,
Y con un grito que del alma exhala,
Súbito el rostro de carmín teñido
Se yergue y clama altivo: *No está muerto!*"

No siempre escribió así don Alejandro Magariños Cervantes. Su versificación, por lo general, es descuidada y dura. Con el indispensable requisito de la forma, del que careció ó no quiso tener, Magariños hubiera creado, cuando menos en el *Celiar,* una obra de esas que sobreviven á su autor, perpetúan su nombre, y hacen de éste una bandera de combate y de triunfo, porque tiene aquella romántica leyenda originalidad en el asunto y en las descripciones, mucha pasión y mucha idealidad, aunque el todo resulte de una dudosa hermosura estética por el desaliño de la retórica indumentaria y la poca delicadeza musical de la rima. En la poesía lírica le ocurrió otro tanto. En *Brisas del Plata* y en *Palmas y ombúes,* por ejemplo, los asuntos son nuevos y las ideas siempre generosas, la fraseología es nuestra y nuestras también las aspiraciones, habiendo en aquellas páginas exqui-

sitos perfumes de trébol y silvestres verdores de burucuyá; pero allí, como en la leyenda citada antes, la lima se ha mostrado rebelde al poeta, que la tuvo en poco. Su obra, sin embargo, se salvará. Sus méritos de músico podrán ser discutidos, así como también la belleza calológica de sus visiones; pero su influencia literaria no, porque ella siempre ha estado y estará fuera de debate, siendo este influjo su mayor lauro, su más rica prenda, su más preciada joya. Lo poliforme de su versificación nos inspiró el deseo de sorprender todos los secretos de la rima y del ritmo; el rumbo ciudadano de sus estrofas vigorizó el carácter civil de nuestras excursiones á las mágicas ciudades del numen, haciéndonos comprender que quien dice hermosura dice bondad; y, finalmente, su apego á las cosas del pago propio, á los horizontes espléndidos y reverberantes del país del chajá, del país del ñandú, del país de las venadas de ojos de miel, influyó en todas las cítaras de su tiempo, haciendo que todas aquellas cítaras se acordasen al son de los vientos que se embalsaman en los capullos de nuestros naranjos y de nuestras zarceras. Dios, que ha creado las patrias, al ver el empeño con que el poeta quiso á la suya, bendijo su labor y bendijo su nombre, asegurándole la doble corona de la inmortalidad terrena y divina.

La vida de Magariños fué la vida de un soñador y de un laborioso. Su juego favorito era el ajedrez, que también fué el juego favorito del doctor Carlos María Ramírez. Gustaba de La Rochefoucauld y tuvo adoración por Víctor Hugo. Murió á los 67 años. Sobre su sepulcro hablaron Francisco Bauzá, en nombre del Gobierno, y Carlos María Ramírez, en nombre del Senado.

Alejandro Magariños Cervantes se durmió para siempre, mecido por la gloria, el 12 de Marzo de 1893.

CAPÍTULO ÚLTIMO

Juan Zorrilla de San Martín

SUMARIO:

I. — Los tres modos de nuestra poesía romántica. — Caracteres de cada uno. — Lo que son el arte y la hermosura para Zorrilla. — Su platonicismo. — *La Leyenda Patria.* — Lo que dice Groussac. — Fragmentos del patriótico canto. — *Opinión de Andrade.*

II. — ¿Es romántico Zorrilla de San Martín? — Hegel y los tres momentos del romanticismo. — El romanticismo y nuestra literatura. — *Tabaré* y el romanticismo. — Vaguedad simbólica del poema de Zorrilla. — Como habla el indio de ojos azules. — El romanticismo y Lessing.

III. — La introducción del *Tabaré.* — Los amores del indio y la española. — Su inconsistencia y su inverosimilitud. — Episodios y citas del poema. — Bellezas del mismo.

IV. — Eternidad de la poesía. — La poesía nace con el primer hombre. — *Tabaré* y el drama de Federico Halm. — Zorrilla y Longfellow. — Nuestro poema y los poemas del Brasil. — Zorrilla y Chateaubriand. — El catolicismo de Zorrilla.

V. — Conclusión.

I

La poesía romántica, en nuestro suelo, comprende tres épocas, aunque estas tres épocas casi se confundan y ocupen muy corto espacio de tiempo. La primera, más combatiente que literaria, no tuvo la pa-

sión de la forma. Podemos citar, como ejemplos de ella, á Laurindo Lapuente y á Heraclio C. Fajardo.

La segunda época, más literaria que la anterior, se distingue porque quiere verter los nuevos vinos del ideal en los odres viejos de la perfección rítmica. Deja que el civismo y la fantasía vuelen á su sabor; pero sin salirse de las reglas gramaticales y sin considerar las leyes de la métrica como un estorbo. Es el romanticismo, si á su esencia se atiende; pero es el romanticismo purificado por los amores á la forma transparente y clásica. Podemos citar como representantes de esta época, aunque no existe entre ellos semejanza alguna, á Wáshington P. Bermúdez y al doctor Joaquín de Salterain.

Al iniciarse el segundo período, ó mejor aún, desde 1873 hasta 1876, la poesía campestre sin música y sin altitud, con sobra de modismos y falta de sales, se desenvuelve más de lo que debiera, distrayendo y maleando el gusto de los lectores de escasa cultura lo producido por Antonio Collazo, Julio Figueroa, Calixto Fuentes y A. G. Rodajas. Rodajas y Collazo, el primero con sus preludios sin armonía y el segundo con su poema sin inspiración sobre el Arerunguá, valen aún menos que Figueroa con sus *Carreras de Lanuz* y que Fuentes con su pobrísimo florilegio *El gaucho oriental*. Recordemos, para explicar aquel resurgimiento del peor de los modos de Ascasubi, que el compadrazgo militarista de baja extracción ya empezaba á pesar sobre los hombros rendidos del país. Por fortuna la moda no se sostiene y el romanticismo retórico se impone sin trabajo gracias á las labores de otros ingenios, entre los que no es justo olvidar á la musa de Constantino Becchi, que alcanzó cierta fama con el sentimiento y la corrección de su canto *Al Sol*

de la Libertad, de su elegía *Á Juan Carlos Gómez,* de su infantil *Leyenda de un Angel,* y de sus viriles *Ecos de un himno.*

La tercera época, la del ensueño, la de la vaguedad, la becqueriana, la que empieza con la dictadura del coronel Latorre, la que nace en 1877, tiene su representante más alto, y talvez su único representante, en Juan Zorrilla de San Martín.

Analicemos.

Sabemos ya que el arte es la expresión de nuestra vida interior por medio del símbolo, ó en otros términos, por la creación de imágenes alegóricas que nos impresionen con intensa vivacidad. Sabemos también que, para el hallazgo de ese símbolo ó de esas imágenes, nuestro espíritu emplea todas sus cualidades de invención, osadía, arrebato, sentimiento, altitud y gracia. Sabemos, por último, que cada época calológica tiene su fórmula racional y explicable, fórmula que dimana del influjo que el medio ejerce sobre los artífices y de la resistencia que los artífices oponen al medio.

En la primera etapa de nuestro romanticismo, todos los poetas aspiran á cantar el verbo del porvenir. Todos los poetas, en aquel ciclo de tempestades, son soldados y apóstoles de la democracia. No aperciben, aquellos nostálgicos del derecho, que la coacción es el principio fundamental de la autoridad en el orden político. Las barbas incultas, los rostros cadavéricos, la indumentaria negligente de aquellos bardos, son como estandartes de rebeldía contra el aliño y el orden que se observaban en la retórica y en la sociedad que les precedieron. Pero, si el influjo del medio explica lo uniforme de la tendencia de aquellas liras, la individualidad resistente de los más altos explica la

nota personal que se deja ver en lo que de íntimo produce Juan Carlos Gómez y en lo que de filosófico produce Laurindo Lapuente.

Aquellas rebeldías contra el orden retórico y el orden social, también se manifiestan en los descuidos del metro y la dicción. Dice don Juan María Gutiérrez: "Echeverría tenía una alta idea en la influencia social y del poder civilizador de la poesía. Su reacción contra el clasicismo no era en él tanto una cuestión de estética ó de gusto literario, cuanto una cuestión de progreso. Él sabía que todas las ideas se tocan, que todos los principios sobre que se basa un orden social, tienen semejanzas de familia y harmonías más ó menos íntimas. Y como las pragmáticas del parnaso clásico se enseñaban y se seguían como credo de la vieja ortodoxia colonial, creía deber de hombre nuevo, de demócrata y de patriota, establecer un completo y apasionado divorcio entre la doctrina, que por tantos años había dominado en los pueblos de origen romano, y la moderna, por llamarla así, que se presentaba trayendo audaz el combate y vestida con armaduras que deslumbraban."

Todos nuestros románticos, en aquel tiempo, pensaron lo mismo que Echeverría. El clasicismo adoró en el estilo, anteponiendo siempre la forma al fondo. Los románticos, sedientos de pasión y de libertad, trataron á la forma con culpable desdén. La forma había sido lo esencial para los clásicos y fué lo accesorio para el romanticismo; pero, á fuerza de considerarla como lo accesorio, la nueva escuela la miró con disgusto y la maltrató. La labor poética dejó de ser una labor artística; pero, con el andar del tiempo, el numen encontró perjudiciales aquellos desvíos, echando de ver que la hermosura de la forma beneficiaba á la hermosura de las ideas. Así el doctor Navarro Viola,

hablando de la poesía, nos dijo en 1870: — "En lo sucesivo no desdeñará por inútiles los preceptos de la poética, porque no se salvaría de que sus obras fuesen criticadas con razón de adolecer de defectos de forma; pero conservará todo entero el sentimiento poético, y al amparo de esa luz del cielo hará leer en sus inspiraciones, para que se graben en el alma de todos, las ideas que su época reclama. La poesía será rima; pero su lira será el credo social y religioso que aprenderán los niños." — Este enlace del espíritu y la envoltura ya iban tratando de realizarlo el semi clasicismo de don Aurelio Berro y el mucho conocimiento del idioma de Wáshington P. Bermúdez. Este enlace del espíritu y la envoltura era el principio estético que iban á practicar, sin predicarlo y sin parecerse, Joaquín de Salterain y José G. del Busto. Por otra parte, como el conflicto entre el influjo del medio y la personalidad del artista se agranda con el desarrollo de la cultura, los númenes iban siendo más individuales, los temas más varios, las preceptivas mucho más eclécticas, aunque, en el fondo, todavía estuviésemos en el período de la literatura patriótica, civil y de combate. Ya empezábamos á comprender que la poesía realiza su misión social, siempre que no se pierda del todo en las nubes, hasta cuando hace de la hermosura su más alta y su más exigente finalidad, pues ni todos los poetas nacen para cruzados de un ensueño político, ni todas las musas saben ver la vida por el cristal de las aspiraciones de la hora que pasa. Entonces surge la tercera época, menos batalladora y más literaria que las anteriores. Es que el romanticismo se va desencantando. Es que la musa sabe que no es posible la edad arcádica, toda de dichas y toda de bienes, que le fingieron las hadas mentirosas que tuvo en su cuna. Es que ya conoce que su acero, por

mucho que lo afile, no logrará arrojar de la tierra al despotismo, á la injusticia, á la desventura, á todas las serpientes que su cántico órfico quiso adormecer. Es que la idea se siente flaquear, viendo que el cañón puede más que la pluma, y el destino implacable más que la perseverancia de la virtud. Es que el numen titubea y busca un nuevo camino, para imponerse, para sobrevivir y para que las oceánidas de la rima amortigüen aún el secular martirio de Prometeo.

—¡Os traigo el ensueño, dice la poesía, ya que no puedo daros la felicidad!—

Y la poesía estaba en lo cierto. El arte, como asegura González Blanco en su *Matilde Rey,* nos hace dueños de un mundo interior que nada ni nadie puede robarnos. Gracias al arte, el más desprovisto de felicidad puede ser, en el mundo de su imaginación, un caballero como Lohengrin ó un potentado como Carnegie. El arte, en Milton, es Dios y Lucifer.

La etapa tercera, la que principia en 1876, está encarnada en Juan Zorrilla de San Martín. En 1876, el romanticismo declinaba extenuado. Entonces aparece, con su imprecisión cerúlea y arrobadora, Juan Zorrilla de San Martín. Tiene veinte años. Nació en Montevideo. Sus padres fueron don Juan Manuel Zorrilla de San Martín y doña Alejandrina de Pozo y Arraga, de prosapia ilustre, pues si el primero desciende de los condes de Martara, emparentada estuvo la segunda con los príncipes de la Cisterna, hallándose entre los ascendientes de nuestro rimador un obispo de Pamplona y otro obispo de Salamanca. Llega de Chile. Nos trae un libro impreso por una de las imprentas de Santiago. ¿Quién es este poeta de baja estatura, de cutis moreno, de cabellos rebeldes, de negros ojos, de palabra musicalísima y de ademanes electrizados por una nerviosidad excelsa? ¿Se ha hecho carne el

espíritu de la belleza de que nos habla Percy Shelley en uno de los himnos de su *The poet's assertion?* Sí, se ha hecho carne. Ese poeta es un iluminado, un elegido, un hechicero, un conquistador. Ese poeta cree, ese poeta ama, ese poeta sabe por qué senderos se llega hasta la cumbre de la montaña. El viento que le orea la frente es viento de laurel. En su alma ha hecho nido una trinidad; la trinidad del amor y de la patria y de la creencia. Las liras, que el ayer dejó colgadas de los sauces, pondrán todos sus salmos y todos sus trenos en la lira gentil de ese recién venido. Los otros ven la forma de la hermosura. Ese encantado verá su esencia, traduciéndola extático y conmovido de un modo aéreo, como entre brumas, como entre tules, como envuelta en un círculo de melancólica y soñante claridad lunar. En Zorrilla, la musa y el poeta están de acuerdo en el éxtasis. Tiernamente, amorosamente, asidos de la mano, se sumergen en los golfos azules de lo Irreal.

¿Cómo concibe, el nuevo cruzado del arte, la hermosura sin fin? Oidle en sus *Resonancias del camino:*

"Yo no sé cómo explicarme, y mucho menos cómo definir, la noción de esa belleza abstracta, hermana de la verdad y del bien, que cuaja en estrofas como se cristalizan los cuerpos en transparentes figuras geométricas, que se inocula en el ritmo como el alma en el cuerpo á que substancialmente se une."

Es un platónico. Sabe que debe haber un espacio "en que existe la línea perfecta, tenuísima, pura, casi sin extensión". De ese espacio salieron la estatua impecable, el color murillesco, la estrofa transparente. Nosotros tenemos idea de lo perfecto; pero lo perfecto, que no está en la tierra, está en aquel espacio en que habita "un sér perfecto en sí mismo, cuyo reflejo en el hombre se llama belleza". Y dice: "El poeta

es el único á quien es dado asomarse en sueños á esa región, y descender y hablarnos de ella. Y, al proponerse contar lo que allí se ve, tiene que hacer palpable lo que no se toca, inteligible lo confuso, limitado lo inmenso, sensible lo que no tiene forma. Entonces canta; canta con palabras que buscan instintivamente el ritmo; que se abrazan en él, para ser algo más que palabras; que vibran reproduciendo otras vibraciones sin nombre; que se agrupan al rededor de núcleos misteriosos, y forman las estrofas que se engranan entre sí como collares de urnas cadenciosas.

"Entonces el sonido es idea que no ha cabido en la palabra, y flota en torno de ella y se difunde en el verso y compenetra la estrofa; ésta palpita como un organismo vivo, con prescindencia del sentido propio de las palabras que la formaron. El sonido es entonces recuerdo, es mensaje, es latido del corazón de la belleza muda, inmóvil, impasible."

Nacido en 1857 y en la ciudad que fundó Zabala, Zorrilla hizo sus primeros estudios en nuestro seminario, pasando luego á Santiago de Chile, en cuya universidad obtuvo el título de doctor en derecho en 1877. Un año después regresó á Montevideo, siendo nombrado Juez de lo Civil y fundando *El Bien Público*, que ha dirigido en distintas épocas. La fama de rimador, que le habían creado sus *Notas de un himno*, fué agrandada y robustecida por *La Leyenda Patria*. En el período legislativo de 1889 se sentó en la Cámara de Diputados, pronunciando algunos vibrantes y elocuentes discursos en defensa de sus católicas opiniones. En 1890 ocupó el cargo de ministro plenipotenciario del Uruguay ante la Santa Sede, pasando desde allí, con el mismo carácter á Francia y España, para ocupar, tras algunos años de cesantía, un puesto de importancia en las oficinas del Banco

de la República. Desde hace mucho tiempo figura entre los correspondientes de la Real Academia Española, y también, desde hace mucho tiempo, es caballero de la orden pontificia de San Silvestre.

La Leyenda Patria fué la glorificación del poeta que nos traía inusitados modos de ritmo y sentimiento. El germanismo, la vaguedad en que se envuelven la imagen y la idea para hermosearse bajo el velo cerúleo que las cubre, cautivó dulcemente á nuestros ingenios. La sirena rhiniana, la que peina sus cabellos con peine de oro á la luz de la luna y en el borde de un lago, dá á todo lo que toca, por excelso que sea, como un ritmo de copla popular. No es, sin embargo, *La Leyenda Patria* producto genuino del modo becqueriano de nuestro Zorrilla, como son franco producto de esa hechizante modalidad poética las *Notas de un himno* y el *Tabaré*. Yo encuentro en *La Leyenda* muchos acordes bíblicos y muchas resonancias que me parecen más propias de la escuela sevillana que del romántico pesimismo alemán. De todos modos *La Leyenda* fué la consagración de una musa que entraba en el palenque luciendo un nuevo mote y un nuevo estandarte. El día en que inauguramos el monumento de la Florida amaneció con sol, con un sol crepitante y esplendoroso. Hubiérase dicho que una cálida ráfaga del muerto verano sonrosaba las nubes, verdeaba las frondas, gorjeaba en los nidos y tañía en la guzla de las olas azules de nuestros arroyos un canto de amor. En un día así, ante la muchedumbre apiñada en la plaza de la ciudad histórica, nuestro Zorrilla sedujo y fanatizó, arrancando víctores á todos los pechos con lo sublime de su numen pindárico y con sus grandes dotes de declamador. Aquello escaldaba los ojos. El poeta y los que lo oyeron se encontraron transportados enteramente por el

asunto. Había en la oda, que nunca morirá, la opulencia de imágenes y el desorden de sentimientos de que habla Marmontel. Allí se resucitaron los juegos de Olimpia, la ciudad situada junto al Alfeo. Allí reverdecieron los triunfos de Olimpia, cantados por Píndaro y en los que brilló el flexible talento de Simónides. Había, en el canto de nuestro poeta, versos dignos del numen de Rioja, como este hermosísimo verso:

"Tardo el corcel y perezoso el plomo."

Es verdad que este verso le pertenece á Olmedo más que á Zorrilla. Olmedo dice en su *Canto á Junín;*

Lento el caballo, perezoso el plomo.

Agreguemos también que Zorrilla, en algunos fragmentos de su *Leyenda Patria,* es tan clásico como Olmedo, con el clasicismo de la escuela oriental ó sevillana, con el clasicismo pomposo y magnificente de la escuela de Malara y Francisco Pacheco y Juan de Jánregui.

Víctor Hugo, encontrándose en Jersey y oyendo recitar algunas estrofas de Leconte de Lisle, cuentan que dijo: "No recuerdo haber escrito estos versos, que, sin embargo, parecen míos." — Si Fernando de Herrera resucitase y oyera recitar la tirada que sigue, por suya la tendría, repitiendo lo dicho por Víctor Hugo.

"Hélos allí....
Con ademán sañudo,
Cárdeno el labio y la pupila ardiente,
De batallar el acerado escudo
Embrazan sin temblar; ciñen la frente
Con el pesado casco del guerrero,

Y altivo un reto lanzan
Que se estrella en el rostro del tirano;
Que cabalga los aires,
Y rueda, y se dilata, y se desborda,
Como, de ruina y destrucción sedienta,
Embozada en su parda vestidura,
Lleva sobre sus hombros la tormenta,
La voz de Dios.... Clavado en la llanura,
Del nuevo *Sinaí* sobre la espalda,
Como león que sacude la melena,
Azota el aire y estremece el asta
El pabellón de *Libertad ó Muerte*
Que el aura agita de presagios llena.
Vibrando está en los labios
El santo juramento
De *Muerte ó Libertad,* firme, grandioso,
Que da á los hombres de virtud ejemplo,
Y se esparce solemne y poderoso,
Cual se difunde el salmo religioso
Por las desiertas bóvedas del templo."

Pablo Groussac escribe: "Lo sabe todo el mundo americano. Es un poema en el gran sentido de la palabra, es decir, una creación. *La Leyenda Patria* me parece muy superior al *Canto á Junín* de Olmedo. Aquí, nada de teatral, ninguna personificación mitológica, nada de heladas evocaciones de los sepulcros de los siglos: todo se agita, vive y palpita, y las palabras parecen calientes aún del aliento de fuego que las lanzó."

Y Groussac agrega:

"Puede decirse que el plan del poema no existe, en el sentido artificial de la expresión.

"Á medida que se lee, se asiste, por decirlo así, á la gestación progresiva del poema: Zorrilla ha obe-

decido, quizá sin deliberarlo, á la ley del desarrollo natural, y es por eso que su composición vive como un organismo."

Y Groussac concluye:

"En cuanto á la ejecución, al estilo poético, me parece de todo punto admirable. Abundancia de ideas é imágenes, gallardía y vigor en la estructura del período poético, frescura y novedad; tiene Zorrilla las grandes fases del genio poético. Le salta del corazón á los labios, sin esfuerzo aparente, el grito arrebatador, el rápido verso pindárico, la palabra henchida de sustancia luminosa, que deja rastro deslumbrante en el espacio, á manera de relámpago que no es sino una chispa, un punto fulgurante, pero que por su rapidez parece una serpiente de fuego bajando del cielo á la tierra."

Lo mismo pensaba, y así nos lo dijo, un poeta olvidado, Christian Roeber. Lo mismo pensaba y tenía razón. *La Leyenda Patria* es hija de una inspiración espontánea, de condóreo vuelo, sin más bridas que el instinto de la belleza y sin más acicates que el entusiasmo que caracteriza al genio creador. El plan es sencillo y metódico, no porque el poeta lo meditara de un modo reflexivo, sino porque no podía y no debía ser de otro modo. Los dioses de Esquilo son dioses desde que nacen, como son héroes desde que se agitan los héroes de Homero. El plan no podía ser de otro modo. El poeta no era dueño de su voluntad. En todas las creaciones perdurables hay algo de milagroso. El numen empuja al ritmo y á la idea en el sentido que le place al numen. El mismo poeta ha reconocido que se deja arrastrar por la musa exaltada:

"Es la voz de la patria.... Pide gloria....
Yo obedezco esa voz. Á su llamado,

Siento en el alma abiertos
Los sepulcros que pueblan mi memoria,
Y, en el sudario envueltos de la historia,
Levantarse sus muertos."

De perfecto acuerdo. No hay plan preconcebido. La poesía se desenvuelve en cuadros, en visiones. Lo primero que la musa alcanza á ver, en su viaje por el pasado, es á la patria vencida, á la patria sierva, á la patria sin himnos de libertad, á la patria con las arpas silenciosas colgadas de los sauces, á la patria que muere al son de los crujidos del lábaro imperial. Y la musa, sobrecogida por esta visión, llora y se desespera:

"¡Y un pueblo alienta allí! ¡Y entre esa noche,
Vive en esclavitud un pueblo.... y vive!
¿Y es ése el pueblo rudo,
Amamantado ayer por la victoria,
Que batalló frenético y sañudo
Y, al fin, cayó sobre el sangriento escudo,
Envuelto en los girones de su gloria?
¿Y es el que bravo, con robusta mano,
De entre las fauces del león ibero
Arrancó ayer su libertad, que en vano
El coloso oprimió, y entre las ruinas
De la antigua grandeza
Del vencedor del árbitro de Europa,
Levantó la cabeza,
De tempranos laureles circuída
Y con sangre de mártires ungida?
¿Y es la patria de *Artigas* la que vierte
Lágrimas de despecho,
Teniendo aún sangre que verter, y alienta
Esa vida engendrada por la muerte,

Que sus memorias en baldón convierte,
Y de su mismo oprobio se alimenta?

¡Oh! no, no puede ser. Pueblo, despierta;
Arranca el porvenir de tu pasado:
    Levántate valiente,
Levántate á reinar, que de rey tienes
El corazón y la guerrera frente."

¡Lástima de *tienes,* que deslustra, en parte, la armonía métrica de ese fragmento hermoso y varonil! ¿Qué hace esa mosca sobre ese laurel?

Á la noche sigue la luz. Á la visión tétrica, la visión auroral. Al treno doloroso, el himno regocijado. ¿Cómo se realiza el milagro histórico? El poeta, en otro cuadro sublime, nos refiere el embrujamiento:

"Es primero un albor.... luego una aurora....
Luego un nimbo de luz de la colina....
Luego aviva.... y se eleva.... y se dilata,
Y, encendiendo el secreto de la niebla,
En fragoroso incendio se desata
    Que, en el cercano monte,
Destrenza su abrasada cabellera,
Y salpica de luz el horizonte,
Y en el cielo uruguayo reverbera.

Despiertan los barqueros.... ya es la hora,
Y, al chocar de los remos sobre el río,
Alzan la barcarola de la aurora
De ritmo audaz y cadencioso brío,
La eterna barcarola redentora.
Caen de los sauces las dormidas arpas
Por impalpable mano arrebatadas;
La selva entona de la patria historia
Los no aprendidos salmos inmortales;

Al beso de la luz se alza la guerra,
Y brotan de la tierra
Palpitantes recuerdos á raudales.
En luminosa ebullición sonora
Los átomos alados
Nadan en luz en torno de la aurora,
Y despiertan los cantos olvidados
Que en el juncal dormían,
Los que en el bosque errantes se escondían,
Los que en las nieblas mudos se arropaban
Ó sin eco en el aire discurrían
É, impulsos sin objeto, desmayaban.

Todo palpita, se estremece y siente,
Todo despierta del sopor sombrío....
Es que enciende el ambiente
El descenso de un astro incandescente
Que ocupa su lugar en el vacío.

Y entre la luz, los cantos, los latidos
Roja, intensa mirada
Que por el campo de la patria hermoso
Paseó la libertad, pisan la frente
Del húmedo arenal *Treinta y Tres Hombres;*
Treinta y Tres Hombres que mi mente adora,
Encarnación, viviente melodía,
Diana triunfal, leyenda redentora
Del alma heroica de la patria mía."

Nuestro parnaso no tiene versos que igualen á estos versos. Inútilmente los buscaríais. Escuchad los que siguen. Van ascendiendo, y se coronan, como las montañas, con un lampo de luz.

"¡Ellos son, ellos son! Patria querida:
No eras tú, no, la que en servil letargo

Te adormeciste ayer; virgen tu alma
Al ostracismo amargo
Huyó vencida, pero no humillada,
Á salvar pura nuestra patria idea,
Y hoy ya torna encarnada
En la enseña divina que flamea
En la cerviz del opresor clavada.
No eras tú, no, la que su aliento enfermo
Daba á los lirios que en las tumbas brotan
Al calor del suspiro de la muerte;
Yo te descubro allí, radiosa y fuerte,
Al verter en el lienzo de la noche
Las tintas del color de la alborada,
Y en el foco febril de tu mirada,
Volvernos, con el sol de nuestra historia,
Ese calor de libertad preciada
Que el broche rompe de la flor sagrada,
Fecundizando el germen de la gloria.

Yo te descubro allí; tu alma tan sólo
Da movimiento á treinta y tres latidos;
Esos, que tornan tu impalpable esencia
Y, empapada en su luz, alzan la frente;
Esos, que arrancan de la amarga noche
La libre aurora del eterno día;
Esos tus hijos son, son nuestros padres,
Patria de mis hermanos, patria mía."

Después los recuerdos se concretan. Primero es Sarandí:

"*¡Sarandí! ¡Sarandí!*.... Santa memoria,
Primicia del valor, ósculo ardiente
Que imprimieron los labios de la gloria
En nuestra joven ardorosa frente!"

Luego es Ituzaingó:

"*Ituzaingó!*.... Señor de las batallas,
¡Oh Dios de Sabahot armipotente!
Tú otorgaste y ceñiste en aquel día
Palmas al mártir, y al guerrero lauros;
Yo pronuncio tu nombre
Junto al que adoro de la patria mía;
Habla, Señor, al hijo;
Narren tus nuncios al heroico pueblo,
La divina leyenda de sus padres,
Que la lira del bardo desfallece
Y, al peso abrumador de los recuerdos,
Muda y arrebatada se estremece."

La visión del pasado ha concluído. ¿Qué queda? El porvenir. Y el poeta le dice á la tierra orgullosa de su libertad:

"Rompa tu arado de la madre tierra
El seno en que rebosa
La mies temprana en la dorada espiga,
Y la siega abundosa
Corone del labriego la fatiga.
Cante el yunque los salmos del trabajo;
Muerda el cincel el alma de la roca,
Del arte inoculándole el aliento,
Y, en el riel de la idea electrizado,
Muera el espacio y vibre el pensamiento.
En las viriles arpas de tus bardos
Palpiten las paternas tradiciones
Y despierten las tumbas á sus muertos,
Á escuchar el honor de las canciones.
Y siempre piensa en que tu heroico suelo
No mide un palmo que valor no emane;

Pisas tumbas de héroes....
¡Ay del que las profane!
Protege, ¡oh Dios! la tumba de los libres;
Protege á nuestra patria independiente
Que inclina á Tí tan sólo,
Sólo ante Tí la coronada frente."

Olegario Andrade se ocupó, también, de *La Leyenda Patria*. Después de comparar el canto de Zorrilla con las odas llenas de fuego y de inspiración de Llona y de Pombo, Andrade decía: — "La forma escogida es apropiada al asunto, como lo son el metro y la extensión. Las imágenes grandiosas son dignas del tema por su majestad, viveza, nervio y colorido. El adjetivo es valiente, apropiado, sonoro, el verso fluido, el metro muy grave y flexible. Es una composición magistral que define el carácter, el genio y el mérito del autor, y honra altamente á las letras uruguayas, como el joven poeta honra á la patria de héroes cuyas hazañas canta."

La Leyenda Patria se ha vulgarizado en demasía. Su autor la ha recitado con mucho arte, pero con sobrada frecuencia ante el público, envejeciéndola y marchitándola antes de tiempo. Sucede con los versos lo mismo que pasa con la música. La constante audición del mismo fragmento le quita novedad, frescura y nobleza. Los organillos son los peores adversarios de Verdi y de Puccini.

II

¿Es romántico el numen de Zorrilla de San Martín? Podemos contestar, sin vacilaciones, de un modo afirmativo.

Hegel, nos dice, explicándonos la forma romántica en el arte, que, en el origen de éste, "la tendencia de la imaginación consistía en hacer esfuerzos para elevarse por encima de la naturaleza y alcanzar la espiritualidad". La tentativa resultó impotente. Los cerebros eran demasiado rudimentarios para labor tan alta. Ni dieron personalidad, esto es, carácter propio á sus abstracciones, ni pudieron representarnos sino una imagen grosera de las fuerzas físicas que avasallan el mundo de lo sensible. El rengífero, toscamente esculpido sobre una roca, es la manifestación de aquella primera etapa del arte.

En la segunda época, en la época del arte clásico, el artífice halla la forma externa y corporal de sus creaciones en los modelos que le brinda la naturaleza; pero constituye con sus propios jugos el fondo de la representación. El arte clásico, que es lo más bello que se ha visto y se verá, "alcanzó su más alto grado de perfección al realizar este feliz acuerdo entre la forma y la idea, cuando el espíritu idealizó la naturaleza y formó con ella una imagen fiel de sí mismo."

Sin embargo, para llegar al gozo de su naturaleza infinita y de su libertad, al espíritu no le basta la expresión corpórea de su perfecta imagen modelada por el espíritu mismo, desde que el consorcio entre la idea y la forma se cumplía en el mundo de la realidad sensible. El espíritu debe buscar la realidad que le corresponde, de acuerdo con su esencia, en su mundo propio, es decir, en el mundo espiritual, en el universo interior del alma. El principio fundamental del arte romántico reside, según Hegel, en "este desarrollo del espíritu que se eleva de tal modo hasta sí mismo, que en sí encuentra lo que antes buscaba en el mundo sensible." La verdadera naturaleza del espíritu sufre cuando la absorbe la forma corporal. El

espíritu, que es una esencia platónica, una esencia purísima, comprende que necesita abandonar todo género de realidad exterior y concentrarse en sí mismo, si quiere presentársenos en la entera plenitud de su hermosura. Para ello, "es necesario que abandone la forma imperfecta de la *subjetividad* para elevarse hasta lo *absoluto*." Y Hegel agrega: "Lo que constituye el fondo verdadero del pensamiento romántico es, por lo tanto, la conciencia que el espíritu tiene de su naturaleza absoluta é infinita, y por ende de su independencia y libertad."

Entre todos nuestros poetas no hay un poeta más espiritualista, un poeta cuyo espíritu tenga una conciencia más acabada de su naturaleza divina, un poeta cuya dicción se acerque más por su vaguedad al ensueño platónico, que Juan Zorrilla de San Martín.

Hegel había sido el confidente más íntimo de Schelling. Hegel mantuvo relaciones cordiales con Schiller y Goethe. Hegel fué el huésped de Víctor Cousin en un viaje que hizo á París, como Víctor Cousin fué el huésped de Hegel en uno de los viajes que hizo á Alemania. Tenía, pues, motivos para hablar bien de cosas de arte. Sin embargo, es confuso, incomprensible á veces, y hay que interpretarle para descubrirle. Para Hegel cada idea tiene tres momentos. Primero se manifiesta de una manera simple é inmediata. Es la tesis, la idea en sí. Más tarde, la idea se opone á sí misma. Es la idea fuera de sí, la antítesis. Por último, después de haberse desdoblado, la idea vuelve á la unidad, reconciliándose la tesis y la antítesis. Es la idea en sí y para sí, la síntesis. El arte pertenece al tercer momento de la idea. Pero no es esto todo. Hegel divide el espíritu en espíritu subjetivo ó en sí; en objetivo ó en lo que lo rodea; en absoluto ó en sí y en lo que lo circunda. El arte es

la labor del tercero de estos espíritus. El arte clásico no sabe expresar "la actividad del espíritu separado de la materia y llegado á la conciencia reflexiva de sí mismo." El arte romántico, aun sirviéndose de lo concreto para la representación de lo abstracto, verá al espíritu actuar de un modo reflexivo y consciente á través y á despecho de la materia. El hombre ya no será el juguete de las divinidades antiguas. El hombre, que es un espíritu, reinará en su espíritu, emancipándose de las fuerzas ciegas y locas que le circundan; pero como el hombre, por ser espíritu tiende á lo absoluto, en vez de adorar en la pluralidad plástica de muchos dioses, adorará en la unidad espiritual de una divinidad sola. Así, en su desarrollo, el arte romántico nos ofrecerá tres momentos principales. — En el primer momento, poniéndose en pugna con la naturaleza finita, triunfará de ella, entrando el espíritu en posesión de su verdadera naturaleza, que es infinita é independiente como reflejo y obra de lo absoluto. El elemento religioso forma este primer círculo del arte. Para ser libre é ilimitado, el espíritu se apoya en Dios. — En el segundo momento, el espíritu pasa de la contemplación religiosa á la actividad humana. Su personalidad, infinita y libre, llena el escenario y encuentra en sí, como interés esencial de la vida, las virtudes que se desprenden de su principio espiritual. Este es el círculo de la caballería romántica, que tiene por númenes al amor y á la fidelidad, á la bravura y al cumplimiento de la palabra empeñada. — El último momento del arte romántico es aquel en que su propia libertad, excesivamente desarrollada, se convierte en el interés esencial y único de la personalidad. En este momento, la personalidad se identifica con su independencia, vive para ser libre y para darse cuenta de que lo es; pero como esa li-

bertad no se basa ni en la fé religiosa ni en las virtudes de la caballería, esa libertad no es de naturaleza espiritual, sino de naturaleza exterior, engendrando una multitud de sucesos, de aventuras arbitrarias y caprichosas. — En el primer momento romántico, el amor divino es el fondo del arte. Su musa es, con sus encarnaciones y resurrecciones, la persona de Cristo. En el segundo momento, el fondo del arte es la caballería. Sus musas son el honor, el amor y la fidelidad, que constituyen y dignifican la personalidad libre. En ese círculo se mueven y reinan, como dominadores, el Cid y Bayardo, Guzmán el Bueno y Guillermo Tell. En el tercer momento, en el momento de la independencia exterior de los caracteres y de las particularidades individuales, el fondo del arte "es la persecución ardiente de los intereses humanos en lo que tienen de actual, de determinado, de positivo." La musa de este círculo es la pasión personal, inflexible en sus actos, violenta en sus impulsos, sin razones morales que la justifiquen y sin objetivos éticos que la hagan divina. Los héroes, que avasallan este momento último del romanticismo, son el René de Chateaubriand, el Manfredo de Byron y el Franz de Schiller.

Nuestras ficciones, las ficciones de nuestra literatura romántica, concentran en uno los tres momentos de que habla Hegel. Nuestro romanticismo fué religioso, caballeresco y apasionadísimo; pero, ni aun al describir los instintos indómitos que le ofrecía un medio casi salvaje, se olvidó del culto debido á la moral. Releed *Celiar* y *Caramurú.* Abrid de nuevo las páginas trinadoras de *Tabaré.* Celiar y Caramurú son dos rebelados contra las leyes y los intereses positivos de la sociedad. Tabaré es un amor irrealizable, una gran desventura cobriza, un aislado doliente y

lacrimoso entre dos civilizaciones que le rechazan y le trituran. Está bien; pero ni Caramurú, ni Celiar, ni Tabaré, son una negación, un impenitente grito de amenaza contra los cielos, un gesto satánico ó irónico contra lo infinito, una duda hecha carne en una lascivia, el símbolo de una generación que camina entre sombra y tropezones hacia la nada. La duda, cayendo sobre un dolor profundo é inconsolable, es á modo de nube preñadísima vaciándose en el mar. Esa desesperación dantesca, cien veces dantesca, no existe en nuestra literatura romántica. Esta rozó, sin penetrar en sus lobregueces, el tercero de los tres momentos descritos por Hegel.

Tabaré, leído á retazos y en veladas públicas desde 1880 hasta 1885, es aún más romancesco y mucho más creyente que *Celiar* y *Caramurú*. Tabaré es el híbrido producto de un cacique y de una española. Luchan en sus arterias la sangre de lava de los charrúas y la sangre de fuego de los conquistadores. La madre del mestizo le ha enseñado á besar una cruz. Tabaré vé á una joven. Es de la raza odiada, de la raza que va vestida de hierro; pero esa joven se parece á la madre del indio de ojos azules, á la pobre doliente muerta en las servidumbres de la vida selvática, á la mujer tristísima que le cantaba canciones que no entonan las madres de los toldos. Tabaré la adora y la reverencia como á un ensueño, como á una visión, como á una deidad. Tabaré la arrulla con un extraño y muy dulce himno salomónico. Tabaré la salva del amor salvaje de Yamandú; pero el hermano de Blanca, confundiéndole con el raptor de la tímida virgen, le hunde en el corazón su espada de Toledo. Mejor: así el indio dejará de sufrir. Y Tabaré agoniza, Tabaré muere, Tabaré calla por todos los siglos

"Como su raza,
Como el desierto,
Como tumba que el muerto ha abandonado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!"

Antes de que don Juan Valera se ocupara del poema de nuestro Zorrilla, yo ya había dicho concretamente que *Tabaré* es una enorme inverosimilitud.

Dije también en aquel entonces, que el becquerianismo, por su imprecisión, no es la modalidad literaria más propia para eternizar las labores de índole objetiva y poética. Sin embargo, justo es reconocer que el estilo de Zorrilla perdería lo mejor de sí alejándose de esa modalidad, que es la que más se aviene con el modo de ser de su alma soñadora, y que es la que ha emplumado las rémiges de su musa exquisita. Lo único á que ahora quiero referirme, lo único de que trato, es de demostrar que nuestra literatura romántica rozó, sin hundirse en él, con el tercer período de que se ocupa la estética hegeliana, siendo religiosa, caballeresca y apasionadísima en todos los momentos, pero dentro de la esfera de lo absoluto con que soñó Platón y en que adoró la filosofía germánica de Schelling.

Permitidme todavía algunas palabras sobre el autor de las *Notas de un himno*. En éste sólo se encuentran los dos primeros períodos de que la calotecnia hegeliana se ocupa. El tercero no existe en sus obras.

El Zorrilla de Montevideo, como el Zorrilla de Valladolid, pertenece á la pléyade de los pretéritos. Lo moderno no le seduce. El Zorrilla de aquí y el Zorrilla de allá, aunque no se parecen, son dos visionarios, dos trovadores, dos tradicionalistas, dos buzos de quimeras, que buscan sus asuntos y sus estrofas en el mar silencioso del ensueño infinito. Su inspiración

se goza idealizando el tiempo que fué, como el alhelí parietario, el alhelí purpúreo, florece en la tristeza de las ruinas. Ningún ingenio responde mejor que el ingenio de nuestro Zorrilla, á lo que de la escuela romántica nos ha dicho la sagacidad crítica de Pellissier. El romanticismo no es, como muchos creen, el simple contrapunto de la retórica pseudo clásica, ni es tampoco, como otros imaginan, la invasión de los gustos germánico é inglés en las naciones europeas de origen latino. El romanticismo se caracteriza principalmente, según madama de Stael, por el renacimiento de la espiritualidad y por el renacimiento del cristiano sentir en unas sociedades que parecían amenazadas de disolución. El romanticismo, ávido de esperanzas inmortales y emociones tiernas, sustituye al espíritu volteriano, á la filosofía de la centuria décimoctava, con el espíritu evangélico, ó mejor, con el espíritu católico, pero no como lo entendían Bonald y le Maistre, sino como lo entendían Chateaubriand y la misma madama de Stael. El romanticismo sentado, como la musa de Lamartine, en la ribera de los grandes lagos melancólicos, lloraba sobre la vaciedad de todas las cosas y sobre la irremediable miseria de todos los nacidos, mezclando la idea de la muerte y el afán de lo absoluto á las visiones que cruzan por el espacio riente ó brumoso de su fantasía. En nuestro medio, Tabaré es la encarnación del héroe romántico, como, en el medio celta, el héroe romántico se personifica en Eudoro ó en Chactas. La ternura vaga, el ensueño doliente, la ventura imposible, el amor irrealizable, y las promesas contenidas en el más allá, en los fantásticos dominios de ultratumba, laten en el indio de Zorrilla de San Martín como laten en los incivilizados de Chateaubriand.

Y el romanticismo, que renovó el alma, renovó el

lenguaje y la métrica del siglo diecinueve. Los clásicos representan la poesía nobiliaria, oficial, pomposa, académica, decorativa, propia de las cortes donde se rinde culto á lo refinado y á lo artificioso. El romanticismo, que nace con el advenimiento de las tendencias democráticas, adoptará el lenguaje doméstico y callejero, franco y ardiente, que corresponde á una edad de revueltas y libertades. Así el romanticismo resucitó palabras que la poesía consideraba indignas de su nobleza, gozándose en el empleo de los arcaísmos que dormitaban en los viejos diccionarios. No contento con esto, el romanticismo puso á contribución, en beneficio de su vocabulario, las artes, las ciencias, la industria y el comercio, proclamando la igualdad de las voces ante la retórica como proclamaba la igualdad de los hombres ante la ley. Rejuveneció, en fin, con el sentimiento, la rima y la frase, creando nuevas combinaciones métricas y dando á los giros el desorden que bullía en las almas embebecidas, apasionadas, rebeldes, sedientas de ideal de los René, de los Adolfo, de los Saint-Preux. El mejor ejemplo de esta modalidad artística se halla en Juan Carlos Gómez, descontentadizo, desencantado, susceptible, orgulloso y siempre en derrota.

Con Zorrilla, menos complejo, el germanismo hace su aparición. Con Zorrilla, sobre todo en el *Tabaré* y en algunas páginas de *Notas de un himno*, la poesía se vuelve casi inmaterial, encontrándose más en lo que sugiere que en lo que dice ó pinta. La poesía, desde entonces, es un corazón emocionado que canta, en voz alta y no siempre segura, su canto interior. Es un idealismo vago, pero siempre altísimo y generoso, que no acierta á traducir de un modo concreto ni sus esperanzas ni sus memorias, ni lo que cree ni lo que ansía. La emoción cae de lo alto no en forma de llu-

via, sino de rocío; no á modo de ráfaga meridiana, sino á modo de etérea luz crepuscular. Todo es vaporoso, esfumado, sin líneas, sin relieve, como una caricia dulce, voluptuosa y lejana. Así Zorrilla es ingenuo como Lamartine, idealista como Vigny y avaro de sus ritmos como Brizeux, al que, sin embargo, sólo se parece por sus pinceladas de color local; pero por encima de todo esto, Zorrilla es de una vaguedad sutil y voladora que nos hace pensar en el intermezzo de Enrique Heine y en las rimas de Adolfo Bécquer.

En el *Tabaré* de Zorrilla de San Martín, á pesar de su romanticismo, se advierte cierta involuntaria tendencia hacia la hoy agonizante escuela simbólica, fundada en la teoría de la sugestión indirecta que las imágenes ejercen sobre nuestro espíritu. Las sugestiones, que el ritmo y los cuadros del poema nos producen, — leed el preludio, — tienen más de sentimientos que de ideas, y más aún de evocaciones de sentimientos que de estados precisos de sentimentabilidad. Es eso lo que imprime al lenguaje de la obra el ritmo vago y el vago color que se observan en la mayor parte de sus estrofas asonantadas, siendo aquella epopeya, cristiana y charrúa, el resultado de un feliz fenómeno imaginativo más que el resultado de una afortunada labor de razonamiento. Tabaré siempre se dirige á Blanca como si Blanca fuera un ser fantástico é inmaterial, una reminiscencia y una evocación de otro ser purísimo y casi incorpóreo, con el que el indio apenas estuvo en contacto en la edad infantil de los juegos junto á los ríos en cuyas aguas negrea el lomo del yacaré, y en la edad infantil de los juegos bajo las frondas donde se escucha el sigiloso roce de la felpa de las zarpas del concolor. Tabaré siempre se dirige á Blanca, más que como dominado por un invencible sentimiento amoroso, como

dominado por la sugestión evocativa que le producen el cabello, la tez, los ojos, el lenguaje, la mansedumbre y la hermosura de la virgen católica, siendo las declaraciones del indio á modo de plegarias á medias aprendidas en el regazo de otra mujer, que era blanca y esbelta y dulce y del mismo mirar y de la misma voz que la niña con que el indio dialoga en las balsámicas espesuras del monte, donde el tero vigila á las rapaces águilas y donde la crucera se enrosca bajo el palio del jazmín en flor. Tabaré siempre se dirige á Blanca como si Blanca fuera un sortilegio, un hechizo, una aparición, la sombra de otra sombra suavemente desvanecida y conservada por el recuerdo á modo de imagen que se vé titubear en el fondo de un lago que agrisa el crepúsculo turbador de la tarde, ese crepúsculo que alarga los objetos y que los cubre con un flecoso velo de indefinible melancolía.

Tabaré, poema en seis cantos y que pasa de cuatro mil quinientos versos, es una obra más soñada que escrita. Escuchad como el indio, por vez primera, se dirige á Blanca:

"Era así como tú.... blanca y hermosa;
Era así.... como tú.
Miraba con tus ojos, y en tu vida
Puso su luz.

Yo la ví sobre el cerro de las sombras
Pálida y sin color;
El indio niño no besó á su madre....
¡No la lloró!

Las avispas de fuego de las nubes,
Ellas brillaron más;
Pero el hogar del indio se apagaba,
Su dulce hogar.

Han pasado más fríos que dos veces
Mis manos y mis piés....
Sólo en las horas lentas yo la veo
Como *cuerpo que fué.*

Hoy vive en tu mirada transparente
Y en el espacio azul....
Era así como tú la madre mía,
Blanca y hermosa.... ¡pero no eres tú!"

Escuchad aún, porque vale la pena de ser oído, lo que le dirá á la virgen cristiana:

"— Así como tu mano,
Blanca como la flor del *guayacán,*
Es la que he visto en la batalla siempre
Mi sudorosa frente refrescar.

La misma mano blanca
De mi desnudo pecho separó
El rayo que arrojaban tus hermanos,
Más rápido que el vuelo del halcón;

La he visto entre sus dedos
Romper la flecha que á esconder llegó
En mis venas el sueño de las sombras,
Ese pálido sueño del dolor....

Pero.... ¡no era la tuya!
Era otra aquella mano ¿no es verdad?
¡Dile al charrúa que esos ojos tuyos
No son los que en sus sueños vé flotar!

Dile que no es tu raza
La que vierte esa tenue claridad
Que en el alma del indio reproduce
Aquella luz de su extinguido hogar;

Aquella luz que el astro de los muertos
Nunca sabrá copiar,
Más pura que el reir de las mañanas,
Y el llorar de las tardes, ¡mucho más!

¡Oh! nó: tú eres la sombra,
Tú no vives la vida como yo;
¿Por qué has de arrebatarme mis recuerdos
Y vestirte ante mí de su color?

¡Déjame! ¡No me sigas!
¿No sientes? ¿No lo ves?
¡El corazón del indio está muy negro!
¡Triste como la sombra del *ahué!*" —

¿Pudo el charrúa enamorarse de la castellana? Indudablemente. Las estrellas fascinan á los jaguares. El amor del charrúa, estimulado por el recuerdo, es una ascensión. Un churrinche penetra en un jardín, vé un rosal, se embriaga de perfumes, y pernocta en él. Eso es concebible. Lo que no es concebible es que la castellana corresponda al amor del charrúa de ojos azules. Su fé, su orgullo, sus costumbres y la leyenda, es decir, el espíritu de la conquista, la apartan del hombre de los bosques donde sestea el puma á la sombra del canelón y del arazá. Lo que no es concebible es que la castellana se enamore del indio taciturno, polígamo, feroz y de toldo errante; del indio que habla un guaraní corrupto, que adorna sus cabellos con plumas de ñandú, que cree en la ciencia adivinatoria de los machíes y que se embriaga con el zumo de las semillas que hace hervir en los oros de la miel silvestre. Por muy grande que sea el influjo que la sangre materna ejerce sobre el alma del niño charrúa, como es muy breve el paso de la madre por su naciente espíritu, mayor es el influjo con que le moldean la tribu, el lenguaje, la costumbre, el bosque, el

vagar por la sábana de los médanos y por las asperezas de los altos cardales. Él no conoce las dulzuras de los nocturnos himnos del ruiseñor; pero él, que sabe del tatú y sabe del aperiá, prefiere á esas dulzuras el silbo de sus flechas, porque odia la civilización de los españoles, como la aborrecen todos aquellos indios de boca grande y ojos pequeños, que no saben de danzas ni dejan que la música les dome el corazón.

Esto sería lo lógico; pero lo lógico, dado el poema, no es lo poético. El poema es cristiano. Si el indio fuese indio, si la visión materna no le purificase, el poema carecería de finalidad. La civilización cristiana debe vencer, hundiendo su espadón en el pecho doliente del amante sugestionado, porque, si el charrúa fuese charrúa, los pudores de la adorada no se impondrían bajo las soledades monteses de la selva y la cruz no cantaría su himno de triunfo sobre el cadáver que el poeta sepulta en una eternidad sin cielo. El fermento cristiano que la madre dejó, batallando con los instintos que nutren el monte y la libertad, enfermará al indio, que, por una justa revancha de la lógica, debe morir con el pecho rasgado, lejos de los suyos, y escuchando los gemidos con que le amortaja la piedad del espíritu de la raza á que su madre pertenecía. Tabaré se engañó. Desde que el cielo de los conquistadores no puede ser el suyo, su mundo tampoco es el mundo de los conquistadores. Su mundo es la costa, donde el pampero doblega los sauces; es el arbolado, donde las calandrias riman su canción; es el toldo, que cruza las serranías y hace noche en los valles; es el mundo de instintos y de ignorancias en que ha vivido y en que no tiene la virtud de morir. ¡Ese, á pesar de los rezos que escuchó en su cuna, es el mundo de Tabaré!

Sin embargo, Valera tiene razón cuando nos dice: "Como quiera que sea, pues no nos incumbe dilucidar la verdad científica del alma de *Tabaré*, el valor estético de la creación es grande, y el arte y el ingenio que se requieren para dar forma, vida y movimiento á esta creación, tienen que ser poco comunes." — Estamos conformes. Es realmente estética esta antagónica fusión de dos razas. Su hermosura está en el desposorio de los contrastes, que engendran un producto doloroso é híbrido. Como en el alma caótica del indio lucha la irreligiosidad de los aborígenes con el ascético misticismo de los españoles, en las arterias del cuerpo del charrúa lucha la sangre hirviente de los conquistadores con la sangre indignada de los conquistados. El poema comprende dos dramas: un drama físico y un drama espiritual. Por eso el héroe es un enfermo y un visionario. El amor, que le mata, le enaltecerá, porque, como ha dicho Bacon, el amor es el más profundo y el mejor de los moralistas. Hay, en el poema, un fondo medioeval al que obedecen todos sus personajes. Perdónenme los bermejos ceibales y las empalizadas del fuerte español. Cuando veo al indio vagar en torno de ellas, febriciente y apasionado, se me figura ver á un pechero, giboso y enfermizo, espiando la luz que surge de las ventanas de una torre gótica, tras cuyas celosías la hija del castellano, rubia y altanera, borda con hilos de oro una crujidora banda de raso celeste, en tanto que un lebrel duerme junto á un sillón en que el feudal adusto rumia sus belicosos recuerdos de cruzado. Por más que la rechazo, siempre la visión esa cruza por el fondo del fondo de mi espíritu. Es que, al transfigurar á nuestro charrúa, Zorrilla de San Martín lo ha hecho antinómico con su edad, con su tribu, con sus costumbres y con la naturaleza salvaje en que se

mueve. Es que Zorrilla de San Martín, al deformarle, lo ha romantizado, incluyéndolo en la familia de los abencerrajes prontos á convertirse por obtener el beso de una joven cristiana, ó en la familia de los trovadores prontos á surcar los fragorosos mares en busca de la sonrisa de gratitud de alguna Melisinda. Es que en el espíritu de Tabaré hay algo del alma de Gwynplaine, de Gilliatt y de Quasimodo.

Recordad lo que hemos dicho al ocuparnos del clasicismo y la escuela romántica. El clasicismo es la modalidad literaria que se subordina á las leyes aristotélicas, es decir, á los principios que nos legaron las literatura griega y romana. Esas literaturas, que veían la felicidad bajo la forma de la belleza, fueron físicas más que espirituales, como físicos más que espirituales fueron sus dioses y sus esculturas. Schlegel ha dicho que la religión griega era "la apoteosis de las fuerzas de la naturaleza y de la vida terrestre". El mismo Schlegel ha podido decir, hablando de la ordenada simplicidad de las creaciones de la musa jónica, que "el genio estatuario inspiraba á los poetas antiguos, porque la escultura dirige exclusivamente nuestra atención hacia el grupo que representa, la separa en lo posible de todos sus alrededores, y si exige algunos accesorios no hace más que indicarlos ligeramente." De ahí que los caracteres del arte clásico sean la unidad, la claridad, la sencillez, y el uso de las formas de que el cuerpo se vale para exteriorizar nuestros sentimientos. Así la tragedia, que no admite lo cómico, debe escribirse en verso, y la comedia, de la que lo patético está desterrado, debe poderse abarcar, de una sola ojeada, en todo su conjunto. Educada en este sistema de componer, la humanidad, desde el siglo XV hasta el XVIII, será la sierva fiel de los intérpretes de Aristóteles.

Al clasicismo sucedió la escuela romántica.

La vaguedad del término *romanticismo,* permite á esta palabra expresar un conjunto de doctrinas y de aspiraciones no bien definidas. Es un nombre de guerra, un nombre que designa á un partido más que á un decálogo de ideas calológicas. Ese nombre nace, á fines del siglo décimoctavo, en la escuela poética alemana que obedeció á la jefatura pontifical de Luis Tieck. Éste, apasionado del medioevo, comenzó á divulgar sus tradiciones, anteponiendo la espiritualidad cristiana á las sensualidades del panteísmo clásico. Según madama de Stael, que naturalizó la palabra romanticismo en la literatura francesa, esta voz nos sirve para designar á "la poesía que tiene su origen en los cantos de los trovadores, poesía que nace de la fusión de la caballería y del cristianismo." El romanticismo pues, como dice Teófilo Bachelet, fué, en sus albores, "la resultancia de la lucha entre el genio moderno y las inspiraciones del genio greco-romano." Bueno es decir, siguiendo á Bachelet, que "es en las naciones de origen germánico donde las razas meridionales hemos ido á buscar los ejemplos de las teorías calificadas de románticas." El romanticismo, en Francia y en España, no fué sino una de las sectas literarias más importantes de la centuria décimonona. En cambio, fué una grandiosa revolución artística y letrada en los pueblos del Rhin, en los pueblos arrullados por la bárbara grandiosidad de los *Nibelungen.* Lessing, para devolver al pueblo alemán la libertad de sus inspiraciones, se rebeló contra la despótica férula de Horacio y de Boileau, arruinando las teorías en que se apoyaba el arte dramático francés y proponiendo otros modelos á la juventud estudiosa de la Germania. Sostuvo, con razón, que la poética de Aristóteles había sido mal interpretada por los críticos

galos del siglo XVII, que atribuyeron una ilógica arbitrariedad á los preceptos del filósofo de Stagyra. Lessing, por último, propuso á sus compatriotas que adoptasen la amplitud sorprendente y el modo de hacer del teatro de Shakespeare. La Alemania siguió el consejo de aquel vidente y celoso mentor, produciendo ingenios como los ingenios de Herder, Goethe y Schiller. Pronto de la libertad se pasó á la licencia y á la anarquía. Comenzó á exagerarse lo que tuvo de violento y de bizarro la edad medioeval, y comenzó á exagerarse el espiritualismo que renegaba de la sequedad materialista de los filósofos del siglo XVIII.

En Francia, madama de Stael inició un movimiento análogo á este movimiento renovador con su libro acerca *De la Alemania*. Al abuso de la autoridad en materia de gusto, que convertía á todos los ingenios en pálidos imitadores de Corneille y Racine, siguió una reacción profunda y violenta contra las doctrinas tiranizadoras que se voceaban falsamente en nombre de Aristóteles, reacción que principia con Chateaubriand y que llega á su apogeo con Víctor Hugo. El poeta no debe obediencia sino á su genio, y el genio poético reside especialmente en la imaginación. El poeta no debe inspirarse en el arte estatuario, porque á veces lo físico es la antítesis de lo espiritual. En una misma obra caben lo cómico y lo patético. En un mismo sér caben lo divino y lo humano. Después el individualismo se desbordó, la crítica se miró despreciada, el sentido común se vió abandonado, lo deforme llegó á confundirse con lo selecto y la escuela romántica se despojó de sus rémiges voladoras, aplicándose las letras á la imitación sistemática de la realidad. Aparecen Balzac, Stendhal y Mérimée.

En el poema de Zorrilla de San Martín, si bien en vano buscaréis el enlace de lo cómico y lo patético.

no buscaréis en vano ni la fusión de la caballería con el cristianismo, ni el antinómico principio de que los románticos hicieron el resorte fundamental de su calotecnia. La musa de Zorrilla de San Martín, como todas las musas del romanticismo, antójaseme que se parece mucho, pero muchísimo, á aquella inolvidable Clemencia Isaura, que enamorada de un trovador muerto en lo más florido de su juventud, dedicóse á honrar la dulce memoria de su bien amado, estableciendo las justas de larga recordación, en las que, obedientes al mandato de los vergueros y ante un público de damas atenciosas, los trovadores leían las endechas que llevaban escritas en papeles damasquinados y en letras de oro. El romanticismo nace enamorado de dos muertos ilustres: el espíritu caballeresco y el ideal cristiano. Por eso, más que en lo que tiene de romántico y medioeval, más que en sus monjes y en sus capitanes y en sus arcabuceros y en sus castellanas y en ese indio desolado que no parece indio, gústame el poema de nuestro cantor en lo que tiene de propio y nuestro y nativo, cuando pinta sobriamente nuestras arboledas, cuando nos habla sobriamente de nuestros ríos, y cuando nos describe de un modo magistral los funerales del cacique que no se rindió al hechizo perturbador de una dulce hermosura blanca y creyente.

"Las tribus cuidan de que tenga el muerto
Las pupilas abiertas;
Bien atadas han puesto en su cintura
Las silbadoras bolas de pelea;

Y, porque espante entre los negros toldos,
Á *Añang* y á *Macachera*,
Con jugos de *urucú* pintan su cuerpo
Y le embijan el rostro que amedrenta.

Tiene azules los pómulos salientes;
Amarillas y negras
Son las rayas que cruzan sus mejillas,
Y su pecho y sus brazos y sus piernas.

El deformado rostro del cadáver
Forma una horrible mueca
Que infundirá terror, cuando el cacique
De los genios del aire se defienda.

¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú! Por todos lados
Los indios atraviesan;
Aullan, corren, saltan jadeantes,
Dando al aire las rígidas melenas.

Hacen silbar las bolas, agitadas
En torno á sus cabezas,
Chocan las lanzas, los cerrados puños
Con feroz ademán al aire elevan,

Y forman un acorde indescriptible
Que en los aires revienta:
Ebullición de gritos y clamores,
Golpes, imprecaciones y carreras.

Ya hiriéndolos de lleno, ya á lo lejos
Bañándolos á medias,
Según que á las hogueras se aproximan,
Ó de ellas con el vértigo se alejan,

La lumbre hace brotar, como arrancados
Del medio en que voltean,
Cuerpos desnudos, rostros que aparecen
Y se hunden nuevamente en las tinieblas."

III

En tanto componía su *Tabaré*, es de imaginarse que nuestro Zorrilla consultó con asiduidad las obras del sabio Paulo Restivo y del no menos sabio don Antonio Ruiz de Montoya. El primero, con su *Lexicon hispano-guaranicum*, y el segundo, con su *Arte, tesoro y vocabulario de la lengua guaraní*, libros á los que no falta la correspondiente y provechosa introducción latina, es de creer que debieron servir de no poco á nuestro poeta para reconstruir el alma y el lenguaje, casi siempre imaginativo, de nuestros aborígenes. Treinta años le costó al segundo de aquellos sacerdotes, según él mismo dice, terminar el estudio de la lengua indígena, que tiene por "lengua tan copiosa y elegante que con razón puede competir con las de fama", agregando que es tan propia en sus significados que, "desnudas las cosas en sí, las dá vestidas de su naturaleza". Añade, en el segundo de sus volúmenes, el padre Montoya, que el guaraní, que carece de verbos sustantivos, está lleno de metáforas y figuras, no siendo fácil caer en la traslación que dá á las palabras su sentido fiel, por ser muchos los términos que tienen más de un sentido y por constar de algunas partículas, — como *mô, mbô, ñâ, yâ, ñê, yî, ro, ñû,* — inseparables de ciertas dicciones que sin esas partículas no tendrían alcance ni valor alguno. Un mismo vocablo puede representar diferentes cosas, siendo la variedad de los acentos y la variedad de la pronunciación las que fijan el sentido de las palabras y completan el obscuro sentido de las frases. El guaraní, que abunda en interjecciones, se distingue por lo eufónico y lo poético y lo imitativo de las palabras,

que procuran traducir las cualidades de lo que expresan, pareciendo hecho, más que para otra cosa, para manifestar las pesadumbres y los hondos quereres. Como Le Bon observa perfectamente, las primeras palabras que el hombre articuló, debieron ser palabras imitativas. La imaginación representativa es la única imaginación que se desarrolla en los pueblos salvajes, desenvolviendo de un modo apenas perceptible su aptitud de abstraerse y generalizar. La imaginación del hombre primitivo no es constructiva ni creadora, sino reminiscente. Así las raíces más antiguas de todas las lenguas son las raíces que reproducen el son característico de las cosas que señalan ó expresan. Siendo las palabras como abreviaciones de las ideas y estando las ideas del hombre primitivo circunscritas al estudio de la naturaleza que le circunda, los primeros vocablos de que se sirve imitan el silbido de la serpiente, el rugir cavernoso del concolor y el estruendo espantable de la tempestad. Según Wilkes y según Dobrizhoffer, citados por Spencer, los patagones y los guaranís eran unos mímicos admirables. El guaraní fórmase especialmente de palabras compuestas. *Yraití,* por ejemplo, que significa cera, se compone de los vocablos *eyra,* en castellano equivalente á miel, y de *haytí,* que en castellano quiere decir nido. *Acayú,* un compuesto de las voces *ça,* ojos, y *yûb,* amarillo, significa tiempo turbio y también significa languidez, desmayo, adormecimiento en nuestro hermoso idioma, como *taci* significa unas veces enfermedad y otras veces angustia, pesadumbre, nostalgia, melancolía, depresión del espíritu. ¡Calcúlese si un lenguaje tan pintoresco y tan traslaticio ayudaría al numen soñador y romántico de Juan Zorrilla de San Martín!

Es muy hermosa la introducción del poema simbó-

lico. Copiemos, al azar, algunas de sus estrofas asonantadas:

"Vosotros, los que amáis los imposibles,
Los que vivís la vida de la idea;
Los que sabéis de ignotas muchedumbres,
Que los espacios infinitos pueblan,

Y de esos seres que entran en las almas
Y mensajes obscuros les revelan,
Desabrochan las flores en el campo,
Y encienden en el cielo las estrellas;

Los que escucháis quejidos y palabras
En el triste rumor de la hoja seca,
Y algo más que la idea del invierno
Próximo y frío á vuestra mente llega,

Al mirar que los vientos otoñales
Los árboles desnudan, y los dejan
Ateridos, inmóviles, deformes,
Como esqueletos de hermosuras muertas;

Seguidme hasta saber de esas historias
Que el mar y el cielo y el dolor nos cuentan;
Que narran el ombú de nuestras lomas,
El verde canelón de las riberas,

La palma centenaria, el camalote,
El ñandubay, los talas y las ceibas:
La historia de la sangre de un desierto.
La triste historia de una raza muerta.

Y vosotros aun más, bardos amigos,
Trovadores galanos de mi tierra,

Vírgenes de mi patria y de mi raza
Que templáis el laúd de los poetas;

Seguidme juntos á escuchar las notas
De una elegía que en la patria nuestra
El bosque entona cuando queda solo,
Y todo duerme entre sus ramas quietas;

Crecen laureles, hijos de la noche,
Que esperan liras para asirse á ellas,
Allá en la obscuridad en que aún palpita
El grito del desierto y de la selva."

El arte, según Zorrilla de San Martín, "no es otra cosa que la reproducción sensible de la vida ideal." — "La única fuente de belleza artística es el pensamiento, en que el bien se difunde y la belleza esplende." — Estudiad, enlazándolos, estos dos apotegmas. ¿Qué encontraréis? Que la verdad y el bien, origen de la hermosura artística, no son la verdad y el bien propios de la vida, sino la verdad y el bien vividos y realizados por el pensamiento de cada productor de bellezas. — "El poeta no puede decir mentiras por más dulces que ellas sean." — Es decir: el poeta no puede hacer traición á su pensamiento, dándonos una verdad y un bien distintos de la verdad y el bien que su pensamiento medita y concibe. ¿Qué importa que ese bien y que esa verdad no estén de acuerdo con las realidades? La musa no vive la vida del mundo corpóreo. La musa vive la vida de su mundo ideal. Tabaré, el símbolo de la raza charrúa, de la raza incrédula, de la raza salvaje, no puede fundirse, — en el mundo interior del poeta, — con Blanca de Orgaz, que es el símbolo de la raza española, de la raza creyente, de la raza que representa la civilización en los

lustros de hierro de la conquista. Esta es la verdad que el poeta halla en su pensamiento, en las inspiraciones de su sangre latina y su fe de cristiano; pero esta verdad, que envuelve la idea de que no hay bien posible fuera del cristianismo y de la cultura, no impide que, para el pensamiento del poeta, también sea verdad que Tabaré, por atavismos de origen materno y por el milagro de una oración oída en la niñez, pueda metamorfosearse hasta desprenderse del espíritu que le infundieron el toldo y la selva, para morir sintiendo, sobre sus párpados, las lágrimas casi amorosas de Blanca de Orgaz. Blanca, el símbolo de la raza y la fe del poeta, quedará viva sobre el cadáver del indio pálido, símbolo de otra raza y encarnación de otras supersticiones. Tabaré, por la virtud de la gracia y la fuerza del amor, renunciará á su tribu y percibirá la luz que azula el mundo ideal del poeta, aunque Tabaré no tropiece, como Chactas, con el padre Aubry, — desde que el padre Esteban evangeliza poco, — y aunque Blanca no trate de convertirle con sus predicaciones, como Parthenia alumbra con sus predicaciones el alma de Ingomar.

Eso no impide que el poeta se enamore del indio y lo traslade al lienzo con un pincel más cálido que el pincel que emplea en la pintura de la española, en cuya alma combaten, sin lograr vencerse, el fuego de la pasión y la llama de la caridad.

"Tipo soñado, sobre el haz surgido
De la infinita niebla;
Ensueño de una noche sin aurora,
Flor que una tumba alimentó en sus grietas:

Cuando veo tu imagen impalpable
Encarnar nuestra América,

Y fundirse en la estrofa transparente,
Darle su vida, y palpitar en ella;

Cuando creo formar el desposorio
De tu ignorada esencia
Con esa forma virgen, que los genios
Para su amor ó su dolor encuentran;

Cuando creo infundirte, con mi vida,
El sér de la epopeya,
Y legarte á mi patria y á mi gloria
Grande como mi amor y mi impotencia,

El más débil contacto de las formas
Desvanece tu huella,
Como al contacto de la luz, se apaga
El brillo sin calor de las luciérnagas.

Pero te ví. Flotabas en lo obscuro,
Como un girón de niebla;
Afluían á tí, buscando vida,
Como á su centro acuden las moléculas,

Líneas, colores, notas de un acorde
Disperso, que frenéticas
Se buscaban en tí; palpitaciones
Que en tí buscaban corazón y arterias;

Miradas que luchaban en tus ojos
Por imprimir su huella,
Y lágrimas y anhelos y esperanzas
Que en tu alma reclamaban existencia.

Todo lo de la raza: lo inaudito,
Lo que el tiempo dispersa,

Y no cabe en la forma limitada,
Y hace estallar la estrofa que lo encierra.

Ha quedado en mi espíritu tu sombra,
Como en los ojos quedan
Los puntos negros de contornos ígneos
Que deja en ellos una lumbre intensa....

¡Ah! nó, no pasarás, como la nube
Que el agua inmóvil en su faz refleja;
Como esos sueños de la media noche
Que en la mañana ya no se recuerdan:

Yo te ofrezco, ¡oh ensueño de mis días!
La vida de mis cantos, que en la tierra
Vivirán más que yo.... ¡Palpita y anda;
Forma imposible de la estirpe muerta!"

En el libro primero, que consta de dos cantos, Caracé se ha apoderado de Magdalena, — "que parece una flor de sangre, que es como la sonrisa de un dolor, que se nos figura como la primera gota de llanto que dejó caer el alma española sobre nuestra tierra." Pocos meses después, un niño llora en el secreto de los ceibales. Nació bajo la tienda de pieles de jaguar en que el cacique guardaba á la cautiva. El niño tiene los ojos azules, de ese azul que hallaréis en las flores del cardo después de la lluvia. La madre le bautiza en las aguas serenas de un río nuestro, y sintiéndose entrar en la noche infinita, le canta al pequeño dormido en una cuna de tréboles balsámicos y margaritas pálidas:

"Duerme, hijo mío. Mira, entre las ramas
Está dormido el viento;

El tigre en el flotante camalote,
Y en el nido los pájaros pequeños;
Hasta en el valle
Duermen los ecos.
Duerme. Si al despertar no me encontraras,
Yo te hablaré á lo lejos;
Una aurora sin sol vendrá á dejarte
Entre los labios mi invisible beso;
Duerme; me llaman,
Concilia el sueño."

En el libro segundo, que tiene seis cantos, Tabaré ha crecido. Ya cayeron, en homérica lucha con los españoles, Magaluna y Abayubá. Don Gonzalo de Orgaz, el aventurero de cimera encarnada, reina en el fuerte de San Salvador. Viven á su lado Blanca, la española inocente de ojos de corza y el padre Esteban, el apacible monje de obscuro sayal. Los peninsulares cautivan á Tabaré. El indio, al encontrarse con la niña española, se siente poseído de un pavor intenso. Es que en el fondo de su memoria se despierta otra imagen, otra imagen muy dulce que dormía en ella. Es que cree que lo invisible, lo soñado, lo que fué y no es, vuelve á tomar formas de amor y de realidad. Es que Blanca, lo apetecido, se confunde con Magdalena, lo casi olvidado. Y en tanto que Blanca duda entre el amor y la caridad, — que no siempre es amor, — el indio vaga, extraño, taciturno, en silencio, hundiendo su mirada en el espacio para evocar á aquella sombra desvanecida que tiene el mismo timbre de la voz de Blanca. Cuando Blanca dialoga con el charrúa, cuando la niña le habla por vez primera, Tabaré se sorprende. Aquella voz tan dulce, que le recuerda otra voz que ha callado, le hace sufrir.

"—¡Tú hablas al indio! ¡Tú, que de las lunas
Tienes la claridad!
¿Por qué lo hieres con tu voz tranquila,
Tranquila como el canto del *sabiá?*

Si tienes en los ojos, de las lunas
La transparente luz,
¿Por qué tu alma para el indio es negra,
Negra como las plumas del *urú?*

¿Por qué lo hieres en el alma obscura?
¡Deja al indio morir!
Tú tienes odio negro para el indio,
Para el triste cacique guaraní."

Y Tabaré huye al bosque nativo, que le rechaza. El indio está embrujado por un mirar de corza. Le hablan la tierra, el aire, los ceibos añosos, la luna que incendia los transparentes bordes de las nubes plomizas. El diálogo dura hasta el amanecer. Tabaré se desploma. Entonces, las notas, los rumores, las ramas quedan en silencio:

"Suspensos han quedado. Es que el charrúa
Está en la selva antigua
Del indio Caracé; es que ha caído
Sobre el sepulcro de su madre extinta.

La cruz abre los brazos á su lado,
¡La cruz de la cautiva!
Parece que, inclinando la cabeza,
La cruz al indio en su regazo abriga.

¿Qué habló con el salvaje, aquella noche,
El alma errante que en la cruz palpita?
Es el secreto de la sombra eterna....
Empieza á amanecer; casi es de día."

En aquella noche y sobre aquella tumba se realiza el misterio de la conversión. ¿Quién lo realiza? La fuerza irresistible que late en el polen y rima la canción en el pico de la calandria. La fuerza irresistible que transforma en idílica la parla sibilante de las culebras, cuando las luces purpúreas del verano arden sobre los tréboles de las lomadas. La fuerza irresistible que no perdona á los reyes ni á los pastores, porque le place que las cunas sonrían en los palacios y en las cabañas. Es claro que yo no creo en aquella rapidísima conversión. Por dulces que sean los ojos de la española no han de poder más que los años vividos en medio de la selva enmarañada y virgen. El indio es indio, porque para indio le educaron las rachas del pampero y las costumbres del toldo salvaje, siendo lógico que, hasta en sus amores, aquel charrúa ame con las ansias de tigre con que codician Caracé y Yamandú. Y es claro también que no creo en que Blanca sienta por nuestro indio ni asomo de ternura, aunque Zorrilla haya caucasicado mucho al hijo de Magdalena y de Caracé.

"¡Extraño sér! ¿Qué raza da sus líneas
Á ese organismo esbelto?
Hay en su cráneo hogar para la idea,
Hay en su frente espacio para el genio.

Esa línea es charrúa; esa otra.... humana.
Ese mirar es tierno....
¿No hay en el fondo de esos ojos claros
Un sér oculto con los ojos negros?

La blanda piel de un tigre
Ha ceñido á su cuerpo;
No se ha pintado el rostro, ni en su labio
Ha atravesado el signo del guerrero.

Es pálido, muy triste; en su semblante
Y en su azorado aspecto,
Hay algo misterioso
Que inspira amor, ó desazón, ó duelo."

Á pesar de eso, yo no creo que Blanca pueda quererle, y no lo creo porque los indios, que los peninsulares degüellan y esclavizan por rebeldes é idólatras, valen menos que un dogo amaestrado ó un corcel de batalla para los españoles. Blanca, como los suyos, debe tener á los indios por antropófagos, porque, según relatan las crónicas de su tierra, nuestros buenos charrúas se merendaron una tarde á Solís. Las Egerias que dirigen á los Numas, las Dalilas que cortan los cabellos á los Sansones, las Circes que detienen á los Ulises, todas esas heroínas ó pecadoras de que nos habla don Juan Valera, probarán que el amor es un poder terrible y grandioso; pero no prueban que nuestro indio pueda convertirse por arte de gracia en un sér de cultura y mucho menos prueban que la española pueda contemplar al indio con ojos que no enturbien las angustias del miedo. Recuérdese como respondieron los españoles á la moderación del viejo Zapicán. Recuérdese que el poema se desarrolla hacia el año de 1575. Recuérdese que por aquella época Felipe II reinaba en España, y que Felipe II fué el rey que dijo á los nobles de Holanda: — Prefiero perder los súbditos á reinar sobre herejes. — Recuérdese la firmeza con que aquel tirano severo, taciturno, devoto, trabajador, amigo de la soledad, dedica las horas de su vida entera á defender la cruz del cristianismo, acuchillando á los moriscos de las Alpujarras, á los protestantes de los Países Bajos, á los turcos de Alí Bajá y complicándose en el horrendo crimen de la

noche de San Bartolomé. Recuérdese, por último, que aquel neurótico y aquel déspota, por un voto hecho en la batalla de San Quintín, construye el Escorial, y que los planos de la planta baja de aquella vivienda figuran las parrillas de San Lorenzo. Blanca, con ser Blanca, es un producto de aquel tiempo fanático y sombrío, tiempo de cuchilladas y de autos de fe, y un charrúa, aunque tuviera los ojos azules, debió parecerle á la peninsular, amiga del rosario y de la confesión, un réprobo, un maldito, un sér más despreciable que los galeotes de la flota del rey y que el lodo negruzco de nuestros bañados.

Por otra parte, me explico que un español se enamore lascivamente de una charrúa. Es un pecado que disculpa la carne mortificada por la abstinencia; pero no me explico que una española se enamore espiritualmente de un indio salvaje, porque su candidez no tiene ni siquiera la disculpa de los erotismos exóticos y malsanos de que Lorrain nos habla en *El señor de Phocas* y en *El vicio errante*. Todo lo que una castellana pueda apetecer, — religión, alcurnia, donaire, buena presencia, cortesía en el trato y lujo en el vestir, — el indio lo aborrece ó lo desconoce. Los extravíos de la carne explican muchas cosas; pero el alma, cuando quiere con pureza, quiere á las almas, y un alma charrúa, modelada en los instintos del bosque y del toldo, no es muy apetecible. Esmeralda puede adorar á Febo; pero no á Quasimodo. Dea puede adorar á Gwynplaine; pero Dea, que es ciega, vé el alma de su amado y no el rostro grotesco de su amador. Y Tabaré, por mucho que Zorrilla lo hermosee con cráneo redondo y ojos azules, es indio y huele á indio, como el jaguar, aunque le zahuméis cada día la jaula, esparce siempre su característico olor de jaguar.

Es claro que el poema, como obra calológica, está por encima de mis escrúpulos. Gómez Carrillo nos decía hace poco:

"— La realidad no existe sino en la realidad. En la literatura, hay arreglo, hay interpretación, hay visión. ¿No os acordáis de la anécdota que contaba Lavedán á unos amigos y que yo publiqué en estas mismas columnas de *La Nación?* Un dramaturgo que era estenógrafo sorprendió un día uno de esos dramas de familia que en su rudeza trágica hacen temblar á los que lo presencian. Con una fidelidad notarial, copió cada frase, apuntó cada gesto, fotografió cada actitud. Luego, con su manuscrito, que era verdaderamente lo que en tiempo de Emilio Zola llamóse una *tajada de vida,* fuése á un empresario y lo decidió á representar su obra. ¡Cuánta esperanza había puesto el pobre hombre ingenuo en aquella tragedia sin embustes, sin convencionalismos, sin literatura! "¡Es más fuerte que Shakespeare y que Sófocles!" — gritaba. Y llegó la noche del estreno; y la gente no aplaudió. "Lo peor de todo — dijo entonces el dramaturgo contando su aventura á Lavedán — es que yo tampoco aplaudí.... En la escena, mi obra, que era, sin embargo, la verdad verdadera sin retoques, parecía falsa." Y agregó: "Es una triste cosa confesarlo, pero no hay otro remedio: el arte es incapaz de reproducir la realidad conservándole su fuerza. El teatro, como la novela, (como la poesía, agregamos nosotros), no se alimenta sino de mentiras, de engaños, de quimeras, de fantasmas, de ensueños. — "

Además, mis realismos desaparecen y la hermosura del poema se impone á mis escrúpulos, con la lectura de su libro tercero y último, dividido en seis cantos de valor exquisito. Empieza con el funeral indio, sigue con el asalto á San Salvador. Continúa con el robo

de Blanca por Yamandú. Luego viene la lucha de Yamandú con Tabaré, que estrangula al cacique junto al inanimado cuerpo de Blanca. Entonces la virgen se despierta, suplica, se azora, tiene miedo y el indio la dice:

"No se abrirá dos veces con la aurora
La flor del *guabiyú;*
No mojarán dos lunas en el río
Su temblorosa luz.

Y ya el charrúa el sueño que no acaba
Comenzará á dormir,
Pues siente ya en sus huesos mucho frío....
¡El frío de morir!

¿Oyes el canto? Ya anda entre las ramas
Con su canto el *urú:*
El pájaro que anuncia las auroras
Y llora por la luz.

¿No lo sientes? Es triste como el indio,
Dulce como el *sabiá*....
No hieras, virgen, al salvaje enfermo
Que la noche sin lunas va á cruzar!

La noche sin auroras y sin cantos,
Donde corren sin fin
Las almas perseguidas, que aspiraron
La flor del *curupí.*

Sólo una vida tiene, una tan sólo
El indio para tí;
Tú no dirás su nombre dulcemente.
Él volverá á morir,

Allá en el bosque donde el astro hermoso
        Nunca se ve asomar,
Donde vuelan los pájaros obscuros
        Que no duermen jamás;

Donde duerme la madre del charrúa
        Tan blanca como tú;
Donde los fuegos de su hogar primero
        Brillaron con su luz.

Nadie dirá con llanto de ternura:
        ¡Ha muerto Tabaré!
Nadie verá los huesos con tristeza,
        De mi *cuerpo que fué;*

Mas la ligera madre del venado
        Herido en el chircal,
Sobre los huesos del cacique muerto
Por el venado herido balará.

Vamos con tus hermanos. Á su selva
        El indio volverá.
Su raza ha muerto; se apagaron todos
        Los fuegos de su hogar.

Ya siento el sueño negro que no acaba
        En mis huesos correr;
Vamos hasta el hogar de tus hermanos;
        Allí te dejaré."

Todo esto es hermoso, como es hermoso el fin del poema. El indio vacilante, ebrio, convulso, tragando sus lágrimas, atraviesa el chircal y el bañado, la loma y el monte, conduciendo á la virgen dormida sobre sus espaldas. El carpintero taladra los troncos, y las

semillas se desprenden de las blandas plumazones del cardo seco. La cigüeña pasea por las cañadas, abanicando á los juncos con sus alas blanquísimas al levantar el vuelo. El aire está poblado de susurros de camoatí y de zumbidos de mangangá. Desde una loma, donde descansa con sus soldados después de haber recorrido inútilmente el bosque, don Gonzalo de Orgaz vé venir al indio doblado bajo el peso de su dulce carga. Le confunde con el raptor, le embiste, le hiere, y la noche sin fin entra en los ojos de Tabaré, mientras Blanca solloza con enternecimiento y el padre Esteban dice con lentitud la cristiana oración de los agonizantes. Si exceptuáis la transmisión hereditaria de la española y el amor de la española por el charrúa, todo esto es lírico, dramático, hermoso, triste y encantador, aumentándose lo grande de su hechizo por lo grande del hechizo que se desprende de la americana naturaleza que le sirve de marco al romance feliz. Si detallara, necesitaría un libro para los detalles, porque no es poco lo que merece ser recordado. Oid algunos trozos para convenceros.

Todo el canto segundo del libro tercero de *Tabaré* merecería ser transcripto y comentado. Ese libro comienza con una bellísima invocación, que es sugestiva y melancólicamente evocadora. Zorrilla sobresale cuando habla á lo incorpóreo, á lo fantástico, á lo que ha sido, á lo que flota espiritualmente sobre las aguas y los frondajes y las cuchillas, como suspendido, por toda la duración de la eternidad, entre el cielo y la tierra.

"Vírgenes transparentes
Que os colgáis en las ramas de los molles,
Y os columpiáis, con vuestros pies trazando
Rayas de luz sobre la linfa inmóvil,

Y en esas lacias hebras
Con que acaricia el sauce al camalote
Subís y descendéis, llevando al río
Rayos de luna en haces brilladores;

Ó hundidas en un lecho de espadañas
Os reclináis en los desiertos bordes,
Á escuchar el secreto de las olas
Que transformáis en trémulas canciones;

Pobladores del aire,
Leves y multiformes,
Hijos de los crepúsculos azules
Que con las alas embozáis los montes;

Que taladráis el diente
De la víbora, en donde
Derramáis los licores ponzoñosos
Que al infiltrarse, el corazón corroen;

Que en los ojos del tigre
Encendéis vuestra antorcha, y las visiones
Preparáis á su luz disparatadas,
Y las vaciáis en sus extraños moldes;

Que en la blanca osamenta,
Hacéis brotar los fuegos fatuos dobles,
Esos que, sobre el haz de los pantanos,
Ebrios, inquietos é impalpables corren,

Suben, bajan, se arrastran, se persiguen,
Se agitan y se rompen,
Y se apagan los unos á los otros
Sin que el aire los mueva ni los sople;

Almas de los murmullos,
Espíritus errantes de las flores
Que, al murmurar, hacéis más perceptible
El solemne silencio de los orbes;

Invisibles remeros
Que empujáis blandamente al camalote
En que navega incorporado el tigre
Que dormido en la orilla descuidóse;

Engendros de los ríos
Que recortáis la escama y los arpones
Del dorado debajo de las islas
Que en vuestros hombros sostenéis á flote,

Meciéndolas en ellos
Sin que el río en que nadan se desborde,
Ni el movimiento imperceptible y blando
Las húmedas barrancas desmorone;

Seres que, como llamas apagadas,
Sois de un pasado informe
La vida actual y eterna, cuyo velo
La fuerza del espíritu descorre;

Testigos que no mueren
Que acompañásteis á las tribus nómades,
Las vísteis desprenderse de su tronco
Y viajar, sumergiéndose en la noche:

Brotad de entre los tiempos y escuchadme.
Yo os nombraré por vuestros propios nombres;
En la forma, en la voz y el movimiento
Mi espíritu sutil os reconoce.

Cabalgando en las horas que pasaron,
Que el tiempo enfrena y en su noche esconde,

Desatad vuestras alas puntiagudas
En legiones aéreas y deformes.

¡Horadadme esa tierra!
¡Sacudidme ese monte!
Como caen los cabellos de un anciano,
Como el cardo desgrana sus plumones,

De la muerta cabeza
En que pensó una raza, acaso logre
Ver desprenderse el pensamiento oculto
Sobre mi frente cuando yo os invoque.

¡Dad un vuelco á ese río!
Salid, desde su légamo á sus bordes,
Con secretos del agua y de la arena,
De los huesos de piedra que se enconden

En el profundo limo
En que tienen las algas sus amores,
Se arrastra el yacaré, duerme la raya,
Y la tortuga sus nidadas pone.

Infundid en ese indio
Que ahora penetra en el callado bosque
Los latidos postreros de una raza
Que á vuestro acento viven y responden;

Latidos de esperanzas imposibles,
Rudo y último acorde
De las arpas malditas que sonaron
Pulsadas por la muerte y los dolores."

No es menos hermosa la descripción del funeral charrúa. — Conviene, sin embargo, advertir al lector

que Zorrilla carece de la polipersonalidad que caracteriza á Shakespeare y á Schiller. Todos los seres, creados por Zorrilla, hablan y sienten con el espíritu de Zorrilla, que no es épico, sino lírico, lo mismo en su poema que en sus canciones patrias. Cuando Zorrilla narra ó describe, el alma soñadora y fantástica de Zorrilla está en el interior de los seres, las cosas y los ruidos. Oidle en la descripción del funeral. — Oid lo que los indios gritan al genio de la noche:

"¡Ahú! ¡Dejad al muerto!
¡Dejad al *tubichá!*
¿Por qué sopláis la lumbre de sus fuegos?
¡Dejad al muerto, *Añang!*

—¡No le cerréis los ojos!
—¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!
—¿Sentís ladrar las sombras? Han salido
Del tronco del ombú.

—¡Corred, seguid aquella
Que se revuelve allá!
Sacude la maleza con las alas,
Y agita el *ñapindá.*

¿Á quién lleva el fantasma
De rápido correr?
Va fugitivo, y en sus hombros lleva
Al *cacique que fué.*

—¡Cómo gritan los árboles!
¡Ahú! ¡ahú! ¡ahú!
—El aire zumba; son los moscardones
Que corre *Añanguazú.*

—¡Persiguiendo la luna
Los perros negros van!
—¡Los perros negros que á beber comienzan
Su tibia claridad!

¡Cómo mira esa sombra
Con sus ojos de luz!
—¡Y cómo se retuercen y se alargan
Sus alas de *ñandú!*

—¡El viento! ¡El viento negro!
¡Allá va! ¡allá va!
¿Quién zumba en él? ¡Las moscas que conduce
Gruñendo el *mamangá!*

Oidle aún en la misma fantástica y magistral pintura:

"¿Qué quieren esas gentes? ¿Por qué corren?
¿Qué ven en las tinieblas?
¿Á quiénes amenazan en el aire
Y dirigen sus bárbaras arengas?

¡Quién no lo sabe! Espantan á las sombras
Que, en bandadas, se acercan
Al indio muerto, por cerrar sus ojos
Y apagarle los fuegos. Ved: son ésas,

Ésas que, con sus alas de carancho,
Entre las ramas vuelan;
Curupirá las sopla y las revuelve,
El negro *Añanguazú* viene con ellas.

Son los hijos del aire y de la noche
Que andan en las tormentas

Encendiendo sus fuegos en las nubes,
Los grandes ruidos derramando en éstas;

Son los perros que roen á las lunas,
Y apagan las estrellas
Y lanzan los ladridos prolongados
Que suelen escucharse en las cavernas;

Los que afilan los dientes de las víboras
Dormidas en sus cuevas,
Y en la yerba que pisan los charrúas
Las arañitas de la muerte siembran.

Son las sombras malditas que al cadáver
Del cacique se acercan,
Para cerrar sus párpados, quedando
Bajo de ellos ocultas; allí esperan

Que se apague del indio la mirada
Y hacia adentro se vuelva.
Entonces lo persiguen y lo acosan
En la noche sin lunas que comienza,

Y allí, escondidos en sus toldos negros,
Le disparan sus flechas,
Fingen rostros horribles en lo obscuro
Y soplan como el viento en sus orejas."

Zorrilla es inimitable en esa interpretación de lo invisible y de lo incorpóreo. Seguid á Tabaré hasta el bosque nativo, donde los árboles le mirarán con ceño, pareciendo que detrás de cada tronco se esconde alguna cosa que maldice al perjuro.

"Y á los pies del charrúa
La tierra daba gritos.

Retorcían los árboles sus troncos
Como animados de un airado espíritu:

—¡El genio de la tierra
Ha de morder tus pies, con los colmillos
De sus víboras negras, que se arrastran
Silbando como el viento! ¡No eres indio!

—¡Pasa! ¿Por qué me huellas?
La sangre brota de tus pies heridos.
¿Por qué me manchas? De tu sangre nacen
Malas serpientes, negros cocodrilos.

—¡No te detengas; huye!
Aquí en mi seno no hallarás abrigo:
Ya para tí la patria es un recuerdo,
¿No te sientes llamar? Es el abismo.

Tabaré oyó la voz, cual si brotara
De las grietas del suelo removido:
Lejanas muchedumbres
Á sus pies agitaban el vacío;

Crujían las raíces de los árboles,
Cual si un extraño fluído
Las retorciera al circular en ellas,
Dándoles movimientos convulsivos."

Oid aún, porque vale la pena de que oigáis:

"Oye entonces al aire de la noche
Que á su lado respira
Jadeante y con penosa intermitencia
Como el hálito de alguien que agoniza:

¿Te ahogas? le gritaba. Es que en tu bosque
La muerte sólo habita;
Está poblado el aire por las sombras,
Por las sombras charrúas que te miran.

Vengo empapado en llanto de las tribus
Que mueren fugitivas;
Vengo cargado de vapor de sangre
Que forma sobre el campo una neblina.

¿Sientes los ayes? Es la muerte; corre
Tras de las madres indias
Que huyen sin hijos. Ellos no se mueven:
Tendidos allá están en las colinas.

Son tus hermanos, muertos en su tierra
Por la raza maldita.
¿Ves esa virgen que en tus sueños anda?
Está empapada de tu sangre. ¡Mírala!

El indio está de pié. Todos sus miembros
Ateridos tiritan;
Le falta el suelo, y vuelve á recobrarlo
En actitud violenta y convulsiva;

La fiebre en su cabeza espeluznada
Hunde la mano rígida,
Y en sus ojos atónitos llamean
Con fosfórica lumbre las pupilas.

Todo es extraño para él: el viento,
Los árboles que imitan
Seres desnudos, negros, que en su torno,
Se han detenido, y cuyos ojos brillan

Entre cabellos que hasta el suelo bajan,
Y lentamente oscilan;
Brillan marcando el sitio en que se encuentran
Cabezas que, sin verse, se adivinan."

¡Qué inspiración tan original! ¡Cuántas expresiones sentidas con belleza y hermosamente dichas! — "Y soplan como el viento en sus orejas." — "Ya para tí la patria es un recuerdo." — "Cabezas que, sin verse. se adivinan." — Pero la hermosura del poema está más que en lo dicho y en lo pintado, en lo que sugiere y deja entrever. — La encadenación de los endecasílabos y eptasílabos en aquellas asonancias se presta maravillosamente á su vaguedad, á la extrañeza novísima de sus símiles, á que no nos fijemos en el desaliño de algunas de sus estrofas y á que nos envuelva como una luz de visión, como una luz lejana en cuyo fondo se mueven, muy rítmicamente, los étereos y esfumados contornos de Blanca y Tabaré.

"Cuando al fondo del soto
El anciano llegó con los guerreros,
Tabaré, con el pecho atravesado,
Yacía inmóvil, en su sangre envuelto.

La espada del hidalgo
Goteaba sangre que regaba el suelo;
Blanca lanzaba clamorosos gritos....
Tabaré no se oía.... Del aliento

De su vida quedaba
Un estertor apenas, que sus miembros
Extendidos en tierra recorría,
Y que en breve cesó.... Pálido, trémulo,

Inmóvil don Gonzalo,
Que aún oprimía el sanguinoso acero,

Miraba á Blanca que, poblando el aire
De gritos de dolor, contra su seno

Estrechaba al charrúa
Que dulce la miró, pero de nuevo
Tristemente cerró, para no abrirlos,
Los apagados ojos en silencio.

El indio oyó su nombre,
Al derrumbarse en el instante eterno.
Blanca desde la tierra lo llamaba,
Lo llamaba por fin, pero de lejos.

Ya Tabaré á los hombres
Ese postrer ensueño
No contará jamás.... Está callado,
Callado para siempre, como el tiempo,
Como su raza,
Como el desierto,
Como tumba que el muerto ha abandonado:
¡Boca sin lengua, eternidad sin cielo!"

Todo el poema, desde sus descripciones hasta sus diálogos, tiene ese mismo carácter de misterio, de extrañeza, de lejanía. En el fondo del bosque, Blanca le dice que va á morir, y Tabaré le grita en lírico arrebato:

"¡Morir tú! grita el indio.... Por el bosque
El *sueño negro* pasa;
Ha brotado en la sombra, y va cruzando,
Y al ñapindá sacude con las alas.

Ha golpeado la frente del charrúa
Con sus manos heladas....

¿Dónde está? ¿Quién, en medio de la selva,
Con esa voz de mis ensueños anda?

¡Morir! ¡La virgen del ensueño dulce!
¿Quién llegará á tocarla?
El indio entre sus brazos ahogaría
Al negro yacaré de las barrancas;

Arrancará á los fuegos de las nubes
Sus encendidas alas,
Y mojará con sangre de su cuerpo
El astro de las lomas solitarias!

¡Tú morir! Cuando el indio con sus manos
Vuelque todas las aguas
Del *Hum* y el *Uruguay*, y allí derrame
Toda la sangre de su obscura raza;

Cuando en sus dientes Tabaré el charrúa
Destroce las escamas
Del yacaré, y al tigre con los dedos
Arranque palpitantes las entrañas,

Aun entonces la virgen de los sueños
Se moverá gallarda:
Todas las flores se abrirán para ella,
Y cantarán por ella las calandrias.

¿Quién con la voz del sueño de mis noches,
Entre las breñas anda?
¿Quién vierte en las arterias del charrúa
El fuego que calienta las venganzas."

Ya lo habréis notado. No hay una estrofa sin una imagen. Esa fantasía no se cansa jamás. Esa musa no

sabe cerrar los ojos. Como el cadáver del cacique, los tiene perpetuamente vueltos hacia adentro, hacia el alma, y urde con los raudales de su luz interior el universo hechizado de su temblorosa, dulce, triste, vaga, mística y absurda quimera. Es que es mucho poeta, pero mucho poeta, nuestro Juan Zorrilla de San Martín.

IV

Si la palabra poesía es una derivación etimológica de un término que equivale á crear ó construir, nuestro Zorrilla es un admirable poeta, porque no copia servilmente los horizontes y los ríos del pago en que nació, sino que anima, crea y construye nuestras flores, nuestros árboles, nuestras aguas, nuestras cúspides y nuestro cielo. Cuando el hombre, puesto en contacto con la naturaleza, se estudia á sí mismo, no tarda en comprender que la poesía ha existido siempre y siempre existirá. En vano Marmontel nos dice que la cuna de la poesía se meció en Grecia, á la sombra de los verdes y floridos boscajes que circundan los templos de Apolo y de Diana. En vano Marmontel nos dice que la poesía es la hija predilecta del lúcido espíritu de los atenienses, cuya admirable literatura, según Macaulay, ha sido "la madre creadora de toda la fuerza, de toda la libertad y de toda la gloria de los pueblos de Occidente", puesto que en la ciudad de las trece puertas y de los tres puertos, en la ciudad del Acrópolis y del Partenón, "se encuentra el origen del fuego devorador de Juvenal, de la imaginación plástica de Dante, de la gracia incomparable del manco de Lepanto, del ingenio de Butler y de la perfección suprema y universal de Shakespeare." En vano Mar-

montel nos dice que la poesía nació en los barrios del Areópago y del Liceo, entre los muros construídos por Cecrops y arrasados por Sila, ó, si mejor se quiere, en los bosques druídicos y en las orillas pónticas, donde el sátiro perseguía á la faunesa en celo, pero temerosa de la brutalidad del caprípedo licencioso, con el mismo afán con que el cisne de la fábula mitológica acariciaba con su purpúreo pico las pomas de carne de la rendida Leda, — ó donde los delfines saltaban alborozados, al compás de la música de los tritones, en torno del lecho de nácares marinos de la celeste Venus. Marmontel no nos merece, en este caso, crédito alguno. No podemos creerle, como creemos á Plinio cuando nos asegura que la prosa es hija del filósofo Pherecides y que la historia es hija de Cadmo de Mileto. La poesía nace con el grito de asombro lanzado por el primer hombre al hallarse en presencia del amanecer, ante el sol que se alzaba riendo en el rocío de las praderas y escintilando en el cristal azul de las fuentes. La poesía nace con el grito de angustia lanzado por el primer hombre ante la lobreguez de la noche entoldada por las nubes espesas y tormentosas, ante la noche que imagina sin fin y cuyo silencio sólo interrumpe el pavoroso rugido del león. Y del mismo modo que la poesía nace con el primer hombre, la poesía morirá cuando el hombre último se acueste desmayado sobre la tierra, sobre una tierra ya sin verdores é inmensamente opaca, porque el sol, que hoy la alumbra, se habrá apagado y reinarán en sus soledades las nieves del polo. Como son coetáneas é inseparables la fuerza y la materia, son coetáneas é inseparables el alma y la poesía, porque en estado de poesía vivirá el alma mientras el hombre sienta el deleite exquisito ó la intraducible melancolía que nos producen la flor que se abre, el pájaro que canta, la

luz que enverdece las hojas del laurel, la boca que sonríe pidiendo un ósculo, la campana que reza la oración del crepúsculo, el fleco de plata de la luna llena sobre unas ruinas, la bandera que entona los himnos del país, y la tumba en que duermen, silenciosos y tristes, los que hemos amado y no despertarán. En el fondo de todas las almas hay un poeta épico como el cantor de Troya, ó hay un poeta elegíaco, como aquel que decía: "¡Velad por mí, lares de mis mayores: vosotros sois los que me habéis nutrido, cuando yo me postraba, siendo muy joven, á vuestros piés."

Sed patrii servate lares, aluistis et ídem,
Cursarem in vestros cúm tener ante pedes.

En todos palpita un Homero ó un Tíbulo; pero no todos sabemos traducir el canto que nos cantan en nuestro corazón. Zorrilla es de los pocos que pueden interpretar esa canción interna que nos arrulla y que nos acompaña toda la vida, acordándose á los juegos alegres de nuestra niñez y á las memorias consolatrices de nuestra ancianidad. Zorrilla es de los pocos que el numen elige para que le traduzcan y le perpetúen, porque el numen también tiene sus preferencias, como la fortuna, como el amor, como el poderío, como la elocuencia, como la caprichosa felicidad. Y por eso Zorrilla es el autor preclaro de *La Leyenda Patria* y del *Tabaré*.

Si Zorrilla de San Martín, como él mismo reconoció en una carta dirigida á Salvini, ha encontrado la idea germinal de su poema en una obra de Federico Halm, justo es que confesemos que Zorrilla de San Martín pudo guardar silencio sobre esa influencia benefactora, pues es difícil que ningún crítico, por agudo que sea, halle ni asomo de semejanza entre el *Tabaré*

de Zorrilla de San Martín y *El hijo de las selvas* de Federico Halm. Ingomar, el jefe de la tribu de los tectosagios, que, enamorado de la dulce Parthenia, abandona sus bosques y sigue á la virgen hasta la africana ciudad de Masilia, en la que los focios han introducido unos cuantos adarmes de cultura ateniense; Ingomar, que cuando le proponen que venda á los suyos, se irrita y vuelve á sus frondas selváticas, á donde le sigue, con amoroso afán, la hermosura jónica de Parthenia, poco ofrece de parecido con el héroe, desmayado y lloroso, de Zorrilla de San Martín. Es verdad que hay en el drama y en el poema mucho arrebato lírico; es verdad que en ambos hallaréis un extraño concepto de la vida salvaje; es verdad que ambos se basan en el choque mortífero de dos civilizaciones opuestas; pero esas civilizaciones, que en el drama se funden por la milagrosa virtud del amor, no se funden en el poema, existiendo una distancia tan grande entre la psicología de Ingomar y la psicología de Tabaré, como es grande la distancia que existe entre la actitud abnegadísima de Parthenia y la tímida actitud de paloma de la creyente Blanca.

Es peligroso el afán de establecer comparaciones á que se muestran aficionados los críticos más serios de todas las latitudes. Casi siempre el parecido se abulta y se falsea. ¿Queréis un ejemplo? Halm y Echegaray han escrito un drama con el mismo asunto y el mismo título: *El gladiador de Ravena*. Pues bien, comparadlos, y aunque las situaciones os resulten las mismas, y aunque el desenlace sea el mismo en las dos obras, los caracteres y sobre todo el lenguaje separan, como una altísima cadena de montañas, á la obra del autor de *Camoens* de la obra del autor de *La muerte en los labios*.

Anatole France ha dicho que Zorrilla era nuestro Longfellow. France tiene razón si ha querido indicar que Zorrilla canta nuestros montes y nuestros arroyos, como Longfellow canta las selvas y los ríos de su país. En esto está y aquí concluye la semejanza. Fuera de esto no existe vínculo perceptible entre los asonantes de *Tabaré* y los exámetros de *Evangelina* ó los versos trocaicos de *Hiawatha*. Las praderas y los bosques canadienses, así como las orillas del lago, en que alzan su toldo los ojipways, no aparecen envueltos en una nube de ensueño por el poeta de origen sajón, como nuestros ceibales y nuestras costas aparecen envueltos en una nube de ensueño místico por el poeta nacido en nuestras llanuras atreboladas. La melancolía vaga y doliente de Longfellow no es la melancolía vaga y doliente, pero mucho más pasional y romancesca, de nuestro Zorrilla. Los indios de Longfellow son indios y no visiones casi esfumadas por la creencia, como el indio fantástico del poema nuestro. Los amores de Longfellow son amores humanos, amores realizables, amores vividos, y no amores celestes, amores imposibles, amores de sombras como los amores de Blanca y Tabaré.

Las escenas pastorales de *Evangelina* y la acción reposada de *Hiawatha* son la antítesis de las dramáticas escenas y de la acción pasional del poema nuestro, cuyos personajes no desaparecen ante la naturaleza, como los personajes de *Evangelina* desaparecen ante la naturaleza virgen y encantadora de la Acadia. Para convenceros de que no existe semejanza alguna entre Longfellow y Zorrilla, leed lo que Austin Alligone dice, sobre el primero, en el tomo segundo de su célebre *Dictionary of authors*.

Lo repetimos: sería inútil buscar puntos de contacto entre nuestro *Tabaré* y la *Evangelina* de Long-

fellow. Evangelina no desciende de casta de hidalgos, sino de un labrador de la virgen Acadia. Gabriel no es el hijo salvaje de una raza en derrota, sino el hijo del bien reputado herrero Basilio. Del mismo modo los amores de Gabriel y de Evangelina, que la muerte trunca, son los castos y lógicos amores entre dos almas que aprenden á quererse, de un modo idílico, jugando sobre el césped de las praderas los juegos de la infancia. La hija del labrador y el hijo del herrero no sólo espigan jugando juntos, sino que juntos aprendieron á rezar las preces que recita en voz baja el cura Feliciano. No hay, pues, conflicto de razas ni de creencias en el poema de Longfellow, como no es posible comparar el amor profundo de Evangelina con la medrosa ternura de Blanca. Y en cuanto al estilo, ¿qué relación existe entre las asonancias musicales y voladoras de nuestro poema, y los exámetros rígidos é inflexibles del poema acádico? Leed y comparad.

In the fisherman's cot the wheel and the loom are still busy:
Maidens still wear their Norman caps their Kirtles of homespun,
And by the evening fire repeat Evangeline's story,
While from its rocky caverns the deep-voiced neighbouring ocean
Speaks, and in accents disconsolate answers the wail of the forest,

Poe atacó despiadadamente este modo de metrizar de Longfellow, Lowell piensa casi lo mismo que Poe, y Lewis Pattee nos dice, con justicia, que la rigidez de la lengua inglesa, en la que la cantidad de las sílabas depende del acento variable, no es propia para la perfecta reproducción del exámetro antiguo. La vaguedad espiritualísima, como bruma dorada, que envuelve al poema de nuestro país, no sería posible, hasta por razones de métrica, en el poema nacido en el norte del continente y bajo la inspiración de la escuela retórica de Cambridge. No basta, para esta-

blecer acuerdos y semejanzas, que Zorrilla se haya ocupado de las nativas corrientes y selvas con un lenguaje y con un espíritu que Longfellow no tuvo al describir los ríos y los bosques del Canadá.

Del mismo modo tampoco existen puntos de contacto entre *Tabaré* y el *Canto de Hiawatha*. Es cierto que ambos se ocupan de las costumbres indias. Es verdad que la vida del toldo y la vida del bosque forman el marco de los dos poemas. Es verdad que Longfellow nos dice al empezar el suyo:

"Should you ask me whence the stories?
Whence these leyends and traditions,
With the odours of the forets,
With the dew and damp of meadows,
With the curling smoke of wigwams,
With the rushing of great rivers,
With their frequent repetitions,
And their wild reverberations
As os thunder in the mountains?"

— Me preguntaréis dónde aprendí estas historias? ¿Dónde estas leyendas y tradiciones con sus boscanos perfumes, con el rocío y la humedad de las praderas, con el humo rizoso de los jacales, con la marcha impetuosa de los ríos enormes, con la frecuente repetición de los mismos cuadros, y con sus reverberaciones extrañas, como las de la chispa eléctrica en las cumbres?

.Es verdad que Longfellow se responde:

"In the vale of Tawasentha,
In the green and silent valley,
By the pleasant water-courses,
Dwelt the singer Nawadaha.
Round about the Indian village

Spread the meadows ant the corn-fields,
And beyond them of stood the forest,
Stood the groves of singing pine-trees,
Green in Summer, white in Winter,
Ever sighing, ever singing."

"En el valle de Tawasentha, en el floresciente y silencioso valle, por los placenteros caminos del agua, allí donde mora la cantante Nawadaha. Vagando en torno de la aldea indiana que circundan las praderas y los sembrados, y más allá de la floresta erguida donde se alza el monte de los músicos pinos, verdes en verano, canosos en invierno, siempre suspirantes y siempre cantadores."

Aunque el medio es similar ó muy parecido, se diferencian enormemente, por el asunto y por la dicción, el poema charrúa y el norteamericano, que, según Forthingham y según Trollope, es la obra maestra de Longfellow. Este introdujo, en su poema, el verso trocaico de origen latino, que se componía de siete pies, unos troqueos y otros espondeos ó de ritmo yámbico. El verso trocaico, que empleó el poeta del norte, consta de ocho sílabas y de cuatro acentos, distribuídos con rigurosidad en las sílabas impares, combinación clásica y poco flexible que en nada se asemeja á la combinación natural y ductilísima de nuestro *Tabaré*. La diferencia que existe entre los héroes de los dos poemas no necesitamos ponerla de manifiesto ante los ojos de los que han leído *The song of Hiawatha.* — Hiawatha, con los alegres juegos de su dulce niñez; Hiawatha, con sus amigos Chibiabos, "the best of all musicians", y Kwasind, "the strongest of all mortals"; Hiawatha, que realiza sin dificultad sus esponsales con Minnehaha, la virgen dacotah; Hiawatha, encargado de enseñar á los iro-

queses las artes de la paz; Hiawatha, alejándose de su pueblo para emprender una larga romería por las tierras distantes en que fenece el sol; Hiawatha el Amado, "Hiawatha the Beloved", desvanecido en la gloria del crepúsculo de la tarde y tras las nieblas apurpuradas del anochecer, "*in the purple mists of evening*"; Hiawatha, personaje mítico y fabuloso que tiene por origen las narraciones verbales de un jefe onondaga, recogidas con celo por la erudita pluma de Schoolcraft, nada tiene de común con el indio triste, solo, enfermo, errabundo, sin hogar en la tierra ni sitio en el cielo, á quien persiguen y á quien torturan la visión de Magdalena y la visión de Blanca

Del mismo modo, no hay punto de contacto entre el poema de nuestro cantor y los poemas de carácter indígena que nos ofrece la musa tropical del Brasil. Media un abismo entre *O Uruguay* de Basilio de Gama y el *Tabaré* de nuestro Zorrilla. No vemos ni en el metro, ni en los episodios de la acción, ni en la pintura de la naturaleza, nada equiparable entre el poema brasileño de 1769 y el poema uruguayo de 1890. ¿Qué tiene que ver Blanca con Lindoya, la india que muere, sobre un lecho de flores, herida por los venenosos colmillos de un aspid? ¿Qué tiene que ver Blanca con Lindoya, la esposa de Cocambo, el cacique aprisionado y muerto por orden del cauteloso Balda? ¿Qué tiene que ver nuestro simbólico y cristiano poema con el poema escrito en honor del valientísimo Gómez Freire de Andrade? Del mismo modo tampoco encuentro puntos de contacto, si se exceptúa lo regional, entre el *Tabaré* nuestro y el *Caramurú* de fray José Durão ó el *Gonzaga* de Pereira da Silva. Tanto estos poemas, como *El Uruguay*, parécenme más clásicos que nuestro poema. Escrito el primero en octavas reales, y escrito el segundo en versos blancos ó versos libres,

afeados por no pocas asonancias; publicado el primero en 1791 y publicado el segundo en 1865, responden á otros gustos y á otras épocas, épocas en que no se conocen ó en que no se usan el simbolismo de origen oriental y la imprecisa modalidad becqueriana de origen germánico. Siendo además, la ocasión del primero el descubrimiento de Bahía por Diego Álvarez Correa, y siendo la ocasión del segundo una tentativa para librar al Brasil del yugo de Lisboa; fundándose, en fin, la parte amatoria del primero en el enlace de Paraguacú con el célebre Álvarez, y estribando la parte amatoria del segundo en los quereres lógicos de Marilia y Gonzaga, no hay absolutamente nada de común entre esas ficciones y la dolorosa ficción irreal de nuestro *Tabaré*.

Tal vez, esforzando muchísimo la imaginación, podría encontrarse una sombra de semejanza entre el *Tabaré* nuestro y las *Americanas* de Machado de Assis, que vieron la luz pública en 1875. En Yamandú hay algo del espíritu de Anagé, que entrega al incendio una aldea naciente para apoderarse de la hermosura de la grácil Potyra, la que muere más tarde y de un modo trágico por resistir á los amores frenéticos de Anagé,

Jaguar da longa fome esporeado.

Apresuremos á manifestar que Potyra no es Blanca. Esposa fidelísima y esposa creyente, Potyra es de la cepa de los Poliutos y de las Sofronias. Digamos también que fuera del salvajismo de Anagé, común á todos los reyes de los bosques vírgenes, ni el fervor cristiano de Machado de Assis es el fervor cristiano de Zorrilla, ni la dicción soñadora de nuestro Zorrilla es la visión concreta, sin brumas y sin velos, de Machado de Assis. Jovellanos dice que la poesía

es el lenguaje de la imaginación animada. Ningún poeta fluminense, ninguno, responde tan bien como nuestro Zorrilla al concepto que de la poesía nos legó Jovellanos. Zorrilla es un imaginativo incurable. La realidad se le presenta siempre bajo un tul tejido por los gnomos de la quimera. Así en las *Americanas* de Machado de Assis la narración supera en mucho á la parte lírica, lo que bastaría para diferenciarlas del modo de crear del poeta nuestro, que es lírico, profundamente lírico, hasta en las porciones más épicas de su *Tabaré*.

No sé tampoco donde ha encontrado don Juan Valera el parecido que dice existir entre nuestro Zorrilla y el bardo brasileño Antonio Gonçalves Dias. ¿Será porque ambos se ocupan de cosas indianas? ¿Será porque los héroes de los dos ingenios se supone que hablaban en guaraní? ¿Será porque Itajuba pretende violar á Coema como Yamandú pretende violar á Blanca? Si no es por eso, hallo inconsistente y aventurada la afirmación del muy ilustre crítico peninsular. Leed la obra poética de Gonçalves Dias en la edición que encabeza el prólogo de Fernandes Pinheiro. En el segundo de los volúmenes de esa octava edición se encuentran las *Poesías Americanas,* así como también el hermoso y celebrado poema *Os Tymbiras*. Las primeras son quince, casi siempre breves y algunas escritas en variedad de metros; pero ni su lenguaje ni sus asuntos son el lenguaje y los episodios de que hace gala Zorrilla de San Martín. Analizad la *Canción del exilio*. Exprimid, cinco veces, la piadosa leyenda *Y - Juca - Pyrama*. Ni la dulzura métrica de la canción, ni la riqueza armónica del relato tradicional, ni los épicos tonos de *El gigante de piedra,* que anima el estro de Víctor Hugo, os recordarán el modo de hacer de Zorrilla de San

Martín. Todo aquello se calcó en el molde de lo ya acostumbrado en métrica romántica, á pesar de los justos elogios que aquello mereció de Alejandro Herculano y de Fernando Wolf. Á todo aquello le falta el sonambulismo, la extraña y vagarosa originalidad que caracteriza á nuestra *Tabaré*. Y lo mismo que digo del canto del Piaga y del himno á Tupau, digo y sostengo del poema *Os Tymbiras*, poema que cruzan los femeniles suspiros de Coema, que en nada se parecen á los quejumbrosos suspiros de Blanca, y poema en que se oyen los golpes dados por Itajuba, en su lucha con el jefe de la tribu de los Gamellas; pero Itajuba, á juzgar por el primer canto de la narración india, más que á la familia de los Yamandú y de los Caracé, pertenece á la familia ercilliana de los Cayocupil y de los Lincoya, de los Tucapelo y los Caupolicán. Así, pues, en verdad os digo y os aseguro que no hallaréis en Gonçalves Dias la vaguedad, la melancolía, la imprecisión, la riqueza de imágenes y de símiles que singularizan á nuestro poema, como no encontraréis en la obra del primero la finalidad que pretende, sin conseguirlo, fundir dos razas en el laboratorio de un amor sin átomos carnales que lo deslustren. Comparad, para convenceros, la introducción del *Tabaré* nuestro con la introducción sintética que hallo en *Os Tymbiras* del poeta del Brasil.

"Os ritos semibarbaros dos Piágas,
Cultores de Tupan, e a terra virgem
Donde, como d'un throno, enfim se abrirão
Da cruz de Christo os piedosos braços;
As festas, e batalhas mal sangradas
Do povo Americano, agora extincto,
Hei de cantar na lira.— Evoco a sombra
Do salvajem guerreiro!.... Torvo o aspecto,

Severo e quasi mudo, a lentos passos,
Caminha incerto, — o bipartito arco
Nas maos sustenta, e dos despidos hombros
Pendelhe a rota aljava.... as entornadas,
Agora inuteis setas, vão mostrando
A marcha triste e os passos mal seguros
De quem, na terra de seos paes, embalde
Procura asilo, e foge humano trato."

No sigo copiando. ¿Para qué seguir?

¿Adivináis, no es cierto, que Gonçalves Dias no supo ó no quiso aprovechar los maravillosos elementos trópicos é imaginativos que el guaraní ha proporcionado á nuestro Zorrilla? ¿Adivináis, no es cierto, que Gonçalves Dias no hizo de su héroe sino la típica resurrección de la raza salvaje que reinó en los bosques del Brasil, de Corrientes y del Paraguay? ¿Adivináis, no es cierto, que Itajuba es un indio que no fué cunado por una Magdalena cristiana y doliente, de ojos azules y cabellos finos, paloma profanada sobre la piel de tigre en que duermen los sueños de las noches de Caracé? Pues justamente en los prodigios pictóricos que extrae del guaraní, y en no haber hecho de su protagonista la heroica resurrección de la raza charrúa, está la originalidad extraña y poderosa del poema de Zorrilla de San Martín. Esto le separa, sin dejar espacio á parangón alguno, de lo escrito y de lo imaginado por Gonçalves Dias. Si Zorrilla sólo hubiese engendrado á Yamandú, poco le deberíamos, pues los instintos que incuban la vida del toldo y el aire de la selva ya habían hecho nido en el corazón, brutalmente perverso, del Onauré de *Los Natchez* de Chateaubriand.

Media también un verdadero abismo entre la naturaleza pintada por Zorrilla en su *Tabaré* y la natu-

raleza pintada por Chateaubriand en *Atala* ó *Los Natchez.* — En Zorrilla no encontraréis ni la grandeza, ni la extensión, ni la majestad que se observan en las descripciones de Chateaubriand, que serán tan falsas como se quiera, pero que son de una hermosura fresquísima y encantadora. Es que Chateaubriand se encontraba aún durante sus viajes de 1822, como él mismo nos dice, en la edad "en que cada árbol era para mí una especie de lira armoniosa, de la que los vientos sacaban acordes inefables." Más tarde, cuando desaparece la juventud, *les jardins parlent peu.* Chateaubriand, como Sainte - Beuve observa admirablemente, no busca la exactitud de lo pintoresco. Su imaginación conforma lo que vé en el molde del amor que lo que vé le inspira, siendo su imaginación la luz que flota, dorándolo todo, *sur la cime indeterminée des forets.* Lo mismo sucede con Zorrilla de San Martín. Sainte-Beuve decía: "La imaginación de los grandes poetas y pintores es como un lago en que se reflejan los objetos naturales, pero en que los objetos naturales se reflejan con algunas condiciones nuevas que no tienen estrictamente en la realidad." La imaginación es el pincel de que se sirven Zorrilla y Chateaubriand; pero la imaginación de Chateaubriand, sensible y melancólica, no es tan soñadora y tan velada como la de nuestro poeta lírico, que desconoce el arte de los accesorios y no tiene como el escritor francés la preocupación constante de que cada uno de sus párrafos sea pulido y armónico como una estatua griega. El pincel de Zorrilla sólo traslada á la pauta ó al lienzo los perfiles del árbol ó el eco del himno de la ola que vé. Desentrañar lo que hay de oculto, de espiritualísimo, de quejumbroso en el viento, en el árbol, en la noche, en los seres, es el afán constante de esa musa inspirada, que no se apercibe de que lo que

le cuentan los seres, la noche, el árbol y el viento es sólo lo que su alma quiere que le digan. Zorrilla, que no es épico, no es un creador de tipos como Shakespeare y como Balzac. Zorrilla, siempre y en todos los casos, interpreta y traduce á Zorrilla.

Zorrilla ha escrito en prosa y ha escrito bien; pero Zorrilla, como prosador, no pertenece á la época que estudio en estas páginas. No caben en ellas ni sus notas de viajero, *Resonancias del camino;* ni sus cristianas elucubraciones, *Huerto cerrado;* ni las arengas que como ministro pronunció en España, *Conferencias y discursos;* ni su notabilísima, docta y bien burilada *Epopeya de Artigas.* Lo que cabe en ellas es decir que el primero de nuestros poetas y el más inspirado de nuestros rimadores se llama Juan Zorrilla de San Martín. Agreguemos que poco le debe á nuestro trovador, á pesar de su paso por la prensa, la prosa política, que se inicia é impone, en forma de libro, con Bustamante, un argentino que murió bajo nuestro cielo, que fué partidario de las europeas intervenciones y que le dió más de un serio disgusto al rosismo acendrado del general Oribe.

Terminemos. — El jefe del catolicismo uruguayo es un pontífice original. — Aceptó, sin irritarse, la ley del divorcio. — ¿Por qué? — Tal vez porque piensa, como Le Bon en su *Psichologie politique,* que es utópica la esperanza de los que pretenden rehacer las sociedades á golpes de decretos, olvidando que las instituciones poco significan cuando no son la envoltura externa del alma interior de la nacionalidad. — Aceptó también, sin entrar en liza con los poderes públicos, la amenaza de una pronta y profunda separación de la Iglesia y el Estado. — ¿Por qué? — Tal vez porque piensa, como el mismo Le Bon, que esa separación le concederá al clero un influjo y una

independencia que no le hubiesen tolerado jamás los más católicos de los monarcas de las edades muertas. — Todo esto no obsta para que la musa de ese pontífice, en las horas crepusculares del novenario, recorra las iglesias mal alumbradas por la luz indecisa de unos trémulos cirios, donde escucha las voces del órgano místico y quejumbroso que arrulló su niñez, para hallar, en el fondo de esas voces cerúleas, ritmos de lieder que le descubren los ensueños que lo absoluto inspira á las vírgenes godas con candideces de Trinitarias y á los indios que sangran sangre de amores como las imágenes macilentas de los llagados Cristos.

V

Terminada queda la primera parte de nuestra labor crítica y antológica. Escrita lejos de nuestro país, más de una vez nos azoró la falta de materiales. Esperemos que el futuro nos tendrá en cuenta la lejanía. La primera parte de nuestra labor está terminada. Sólo nos propusimos, al concebirla, contribuir á la nacionalización de nuestra enseñanza y demostrar que poseemos una literatura propia. Ese fué el norte de nuestra pluma, cuando escribíamos con delectación, pensando en el terruño distante y amado. No se nos oculta que alguno nos dirá que nuestra literatura es imitativa, dividiéndose los escritores de nuestro país en hispanófilos é hispanófogos, según obedezcan á la influencia peninsular ó á la influencia gala. Esto no es cierto siempre. Porque se hayan formado en el estudio de la francesa calología, sin descuidar las artes del escribir castizo, ¿dejarán de ser nuestras las admirables y pul-

crísimas galas de Rodó? Del mismo modo, no son hijos de nadie, sino de su numen, nuestros poetas de imaginación exuberante y apasionada, que unas veces se parecen á Shelley, otras á Hugo, otras á Espronceda, otras á Carducci, otras á Bécquer y otras á Darío. Esto lo único que pone de manifiesto es lo movible de su sensibilidad, lo verdadero de su eclecticismo, lo grande de su poder asimilador y lo universal de la abundancia de sus lecturas. Reconozcamos que á fuerza de remover todos estos estilos, á fuerza de complacerse en el cultivo de todas estas modalidades retóricas, los más diestros de nuestros rimadores concluyen por formarse un estilo propio, debiendo añadirse que ni en el reino del arte ni en el reino de la naturaleza existe la generación espontánea, la familia ó la individualidad sin antecedentes ilustrativos ó aclaratorios. Juan María Gutiérrez afirmaba, hace ya muchos años, que los poetas colombinos eran originales, autónomos, hijos de su numen, porque sentían las hermosuras de nuestra historia y de nuestra naturaleza con corazones americanamente apasionados.

Dejadnos, pues, asimilar todo lo que podamos, mientras sea bueno. Respetad á este siglo frenético de imitación furiosa. ¿Habéis olvidado lo que nos enseña la historia literaria? Recordad que los períodos de asimilación son la crisálida de los períodos de renacimiento, como bien reconoce Francisco Gavidia.

Desde la primera mitad del siglo anterior á nuestra centuria, las ideas germánicas ó latinas, cuando son luminosas, se convierten muy pronto en ideas universales, porque ya no existen fronteras ni distancias entre los cerebros de las naciones. Lo que singulariza á las literaturas es, más que otra cosa, el diferente colorido local y los modos externos de sensación, que nacen de la íntima naturaleza de cada idioma. Nos-

otros poseemos una literatura rica en matices tomados del terruño, y un lenguaje que es nuestro por sus modismos, por su especial manera de traducir y de embellecer los sentimientos que nos agitan. Los versos de Magariños nos pertenecen. Nuestras son las novelas de Reyles. Es nuestra la oratoria de Francisco Bauzá y de Carlos María Ramírez.

Eso es lo único que quisimos poner de relieve: no enseñar á los sabios, sino servir de guía á las ignorancias ansiosas de aprender. Á eso se redujo nuestra ambición. ¿Será útil la obra que entregamos al público? ¿Vale la pena de continuarla? ¿No habrá, en mi libro, una sola verdad? Si hay tan sólo una, con ella me basta. Lamartine decía que el que dá una verdad al espíritu del pueblo, hace una limosna eterna á las generaciones del porvenir. El porvenir, entonces, disipará mis dudas. El futuro dirá si he procedido patrióticamente. Entre tanto, para el terruño es y al terruño vá nuestra humilde labor. Alfonso Karr decía que hay que amar intensa, profunda, bestialmente á la patria. Yo pienso lo mismo que Alfonso Karr. ¡Que el terruño sea, por los siglos de los siglos, inviolable y feliz! ¡Que realice, en los tiempos que vienen, todos sus afanes de hermosura apolina, grandeza material y verdad democrática! ¡Tierra del pericón y de las vidalitas, quién pudiera asistir á tus maravillosas y en sueños columbradas floraciones futuras! ¡Dios te bendiga, pago del trébol, edén donde se acoplan los picaflores, canastilla hechicera de jazmín menudo, terruño que dibujas los simbólicos trazos de un corazón! ¡Dios te salve, oh mi reina y señora coronada y embellecida, desde la cuna hasta la eternidad, por los cinco diamantes del Crucero!

FIN DEL TOMO SEGUNDO

ÍNDICE

ÍNDICE

CAPÍTULO VII

Poetas y prosadores

Pág.

I. — *La poesía y la pintura.* — La dicción pictórica de los románticos. — El drama *Espinas de la orfandad.* —Eduardo G. Gordon. — Índole y muestras de sus composiciones líricas. — El teatro de Gordon. — Su drama *Desengaños de la vida.* — Carácter de sus comedias de costumbres. — Examen rápido de *La fe del alma* y *El lujo de la miseria.* 5

II. — Laurindo Lapuente. — Condiciones de su numen. — Muestras de su estilo poético. — Su tendencia didáctica. — *La sierpe y el cóndor.* — Serenidad y elegancia de la musa de Laurindo Lapuente. — Antonino Lamberti. — El bohemio y el rimador. — El numen de Lamberti es sincero y humano 32

III. — La prosa romántica. — Don Andrés Lamas como historiador. — Muestras de su estilo. — La prosa de Juan Carlos Gómez. — Algo sobre la personalidad moral de éste. — Muestras de su dicción. — Lo que don Manuel Herrera, Domingo F. Sarmiento y Wenceslao Escalante dijeron de Gómez. — Reyes y De-María. — Muestras del estilo del último. — Algunos datos biográficos y críticos acerca de don Antonio Díaz 54

CAPÍTULO VIII

Alejandro Magariños Cervantes

I. — Noticia biográfica. — Su fecundidad. — Clasificación de sus obras. — Un juicio de Lafuente 81

II. — Opiniones de Emerson sobre la poesía. — Peculiaridades de la persona y de la musa de Magariños. — El prólogo de *Brisas del Plata.* — Análisis y fragmentos de esa obra. — Algunas palabras sobre *Horas de melancolía.* — De la poesía nacional. — Trozos de *Palmas y ombúes* . 86

Pág.

III. — *Celiar.* — Lo que dijeron Ochoa y Larra. — El asunto de la leyenda. — Muestras de su versificación. — Nuestra falta de tradiciones. — Benéfica labor de Magariños . 110
IV. — *Caramurú.* — La novela romántica. — Análisis del asunto y del estilo de la obra. — La descripción de Amaro. — Magariños y Cooper. — El duelo en la pulpería. — El incidente de las carreras. — Caramurú y los romances caballerescos. — La hechicera charrúa. — El combate con el yacaré. — Algunos lunares. — El color local. — De la crítica y de los críticos. — Resumen. 123

CAPÍTULO IX

Nuestra literatura en 1870

I. — Ojeada histórica. — Ellauri y Latorre. — La elocuencia política. — Pedro Bustamante. — José Pedro Ramírez. — Agustín de Vedia. — Características de su ética y de su dicción. — Ejemplos y resumen. 149
II. — Los prosadores. — Marcos Sastre. — Fragmentos. — *La Calandria.* — *Los árboles.* — Dos palabras sobre las novelas de Acevedo Díaz. — La personalidad literaria de Palomeque. —Daniel Muñoz. — Sus artículos de costumbres. — *La feria.* — *Antaño y Ogaño.* — *Cristina.* — Rápido examen de este capullo de novela 178
III. — La poesía. — Aurelio Berro. — Estudio y muestras de su numen. — Wáshington P. Bermúdez. — Bermúdez y el género satírico. — Fragmentos de algunas de sus poesías. — El drama *Artigas.* — Orosmán Moratorio. — Matías Behety. — *La mujer abandonada.* — Pérez Nieto. — *Apariencias y realidades.* — Victoriano E. Montes. — Excelencias de su inspiración. — Pruebas de su valer. —Dos líneas sobre Joaquín de Salterain. — Juan Zorrilla de San Martín. — Examen y fragmentos de *Notas de un himno.* 201

CAPÍTULO X

El santismo y las letras

I. — La edad de oro del Ateneo. — La lucha filosófica. — Jesús. — La doctrina evangélica. — El nuevo culto y el culto pagano. — Los bárbaros y la nueva ley. — Constitución de la Iglesia. — Los obispos y los sínodos provin-

Pág.

ciales. — Los obispos y los reyes. — Descrédito del poder episcopal. — Orígenes del pontificado. — Los primeros papas y las persecuciones religiosas. — Juliano. — El poder temporal de los papas. — Gregorio VII. — Conflictos entre los papas y los emperadores. — Inocencio III. — Decadencia moral de los pontífices. — Alejandro VI. — La Reforma. — Los cultos disidentes y el culto católico. — El espíritu moderno y las religiones reveladas. — Manuel B. Otero y Prudencio Vázquez y Vega. — El presbítero Mariano Soler. — *La Razón y El Bien Público.* — Francisco Durá. — Las escuelas políticas y las modalidades religiosas. — El racionalismo. — Erasmo. — La instrucción laica. — La moral y el sistema kantiano. — *Los Anales del Ateneo* 300

II. — El general Santos. — Perfiles de su administración. — La riqueza pública y el mantenimiento de la paz. — El asesinato político. — El progreso y las revoluciones. — Las conferencias de don Pedro Bustamante. — La moral política. — El valor cívico. — La autoridad moral. — Aparición de *El Plata.* — El manifiesto constitucionalista. — El doctor Angel Floro Costa. — Su estilo y sus ideas. — La tesis fundamental de su *Nirvana.* . . . 332

III. — La poesía en el Ateneo. — Carácter épico de su lirismo. — Los poetas ciudadanos. — Enrique de Arrascaeta. — El doctor José Sienra y Carranza. — La rima. — Necesidad de las reglas. — Su razón de ser. — Luis Melián Lafinur. — Como poeta y como prosista. — Sus folletos históricos. — Artigas. — La sátira. — Anacleto Dufort y Alvarez. — La poesía popular. — Elías Regules. — *Mi tapera.* — Ricardo Sánchez. — La poesía como elemento sociológico. — José J. del Busto. — Su vida y su numen. — Análisis de sus composiciones. — El arte por la idea. — Los poetas de la antigüedad. — Conclusión 353

CAPÍTULO XI

Ramírez y Bauzá

I. — La elocuencia y la elocución. — Ambrosio Velazco. — Julio Herrera y Obes. — En 1875. — Su modo de decir. — El deber moral. — La Regencia y el herrerismo. — El poder magnético de su palabra. — Don Martín Aguirre . 405

Pág.

II. — Carlos María Ramírez. — Ramírez y las tradiciones históricas. — Datos biográficos. — Sus versos. — *La Bandera Radical.* — Las novelas de Ramírez. — Fundación del partido constitucionalista. — Su obra de pensador es completa y durable. — Ramírez y el Dr. Berra. — Ramírez y Artigas. — Ramírez en la tribuna. — Su imaginación, su ciencia y su memoria. — Sus primeros discursos legislativos. — *La Cédula Hipotecaria.* — Párrafos de esa arenga. — Un triunfo merecido. — Los últimos honores 428

III. — Francisco Bauzá. — Apuntes biográficos. — Sus versos. — Sus libros. — *Historia de la Dominación Española en el Uruguay.* — Su elocuencia. — Su catolicismo. — Párrafos de sus discursos. — Lo que era como improvisador. — Su fuego y su espontaneidad. — Su escuela tribunicia. — Conclusión. 464

CAPÍTULO XII

Ojeada retrospectiva

I. — Nuestra prosa. — Don Andrés Lamas y el padre Lozano. — Un proemio que honraría á diez doctos. — Otros libros de Lamas. — La bandera de Paysandú. — Gómez. — La locura y el genio. — Gómez y la prensa. — Gómez y el poder. — Gómez como polemista. — Gómez y el Brasil. — El estilo literario de Gómez 501

II. — Marcos Sastre. — Nota biográfica. — *El Tempe Argentino.* — Párrafos de esta obra. — Valor de su estilo. — Las *Cartas á Genuaria.* — Sastre y los maestros. — Eduardo Acevedo Díaz. — Bellezas de su forma. — El romanticismo de Acevedo Díaz. — Sus personajes. — Sus descripciones. — La novela. — Estudio de *Brenda.* — *Ismael.* — *Nativa.* — *Grito de Gloria.* — Influencia literaria de Acevedo Díaz 520

III. — Magariños Cervantes. — Los románticos y el clasicismo. — El romanticismo y el arte como misión social. — El romanticismo y el espíritu cristiano. — Ejemplos que ofrecen nuestros poetas. — El arte para la idea, según Estrada y Gutiérrez. — Fragmentos de las poesías de Magariños. — Conclusión 566

CAPÍTULO ÚLTIMO

Juan Zorrilla de San Martín

Pág.

I. — Los tres modos de nuestra poesía romántica. — Caracteres de cada uno. — Lo que son el arte y la hermosura para Zorrilla. — Su platonicismo. — *La Leyenda Patria.* — Lo que dice Groussac. — Fragmentos del patriótico canto. — *Opinión de Andrade* 585

II. — ¿Es romántico Zorrilla de San Martín? — Hegel y los tres momentos del romanticismo. — El romanticismo y nuestra literatura. — *Tabaré* y el romanticismo. — Vaguedad simbólica del poema de Zorrilla. — Como habla el indio de ojos azules. — El romanticismo y Lessing. . . 602

III. — La introducción del *Tabaré.* — Los amores del indio y la española. — Su inconsistencia y su inverosimilitud. — Episodios y citas del poema. — Bellezas del mismo. . 622

IV. — Eternidad de la poesía. — La poesía nace con el primer hombre. — *Tabaré* y el drama de Federico Halm. — Zorrilla y Longfellow. — Nuestro poema y los poemas del Brasil. — Zorrilla y Chateaubriand. — El catolicismo de Zorrilla 649

V. — Conclusión. 664